

Jude El Oscuro

Thomas Hardy

PRIMERA PARTE

EN MARYGREEN

I. 1.

El maestro se marchaba del pueblo y todo el mundo parecía sentirlo. El molinero de Cresscombe le había prestado su pequeño carro blanco y entoldado y el caballo para transportar sus enseres a su ciudad de destino, a unos treinta y dos kilómetros de distancia, ya que el vehículo en cuestión ofrecía sobrada capacidad para ese traslado. La vivienda de la escuela había sido equipada por la administración, y el único trasto engorroso que el maestro poseía, además del cajón de libros, era un piano vertical que había comprado en una subasta el año en que pensó aprender música instrumental. Aunque, pasado el primer entusiasmo, jamás adquirió soltura alguna para tocar, y la dichosa compra se había convertido en una constante molestia cada vez que cambiaba de casa.

El párroco, a quien no le gustaba el espectáculo de las mudanzas, se había ausentado durante todo el día. No tenía intención de regresar hasta el atardecer, cuando el nuevo maestro hubiera llegado, estuviera instalado y todo discurriera normalmente otra vez.

El herrero, el alguacil y el propio maestro estaban de pie en el salón, en actitud perpleja frente al instrumento. El maestro había observado que, aun cuando consiguieran meterlo en el carro, no sabría qué hacer con él a su llegada a Christminster, ciudad a la que iba destinado, puesto que de momento se quedaría solamente en un alojamiento provisional.

Un niño de once años, que había asistido atentamente al embalaje, se unió al grupo de hombres; y al ver que se frotaban la barbilla pensativos comentó, ruborizándose al sonido de su propia voz:

—Tía tiene una leñera grande; podría dejarlo allí hasta que le encuentre sitio, señor.

—Buena idea —dijo el herrero.

Decidieron mandar una comisión a la tía del niño —una vieja solterona de la vecindad— y preguntarle si no le importaba guardar el piano hasta que el señor Phillotson enviara por él. El herrero y el alguacil fueron a tantear la posibilidad de esta sugerencia, y dejaron solos al chico y al maestro.

—¿Sientes que me vaya, Jude? —preguntó este cariñosamente.

Las lágrimas brotaron de los ojos del niño; no era uno de los alumnos de la clase diurna, de esos que entran prosaicamente en la vida del maestro, sino que había asistido a la clase nocturna solo desde que el maestro se encargaba de la escuela. Los escolares corrientes, a decir verdad, se hallaban muy lejos en ese momento, como ciertos discípulos que cuenta la Historia, poco dispuestos a cualquier clase de ofrecimiento entusiasta de ayuda.

El muchacho abrió con embarazo el libro que el señor Phillotson le había dado como regalo de despedida y reconoció que lo sentía.

—Yo también —dijo el señor Phillotson.

—¿Por qué se va, señor? —preguntó el niño.

—¡Ah!... sería largo de contar. No comprenderías mis razones, Jude. Quizá llegues a entenderlo cuando seas mayor.

—Creo que también podría entenderlo ahora, señor.

—Bien..., pero no lo digas por ahí. ¿Sabes lo que es una universidad y un título universitario? Es el sello que necesita todo hombre que quiera hacer algo en la enseñanza. Mi proyecto, o mi ilusión, es graduarme en la Universidad, y luego ordenarme. Yéndome a vivir a Christminster o cerca de allí, estaré en el mismísimo centro del saber como quien dice; y si mi proyecto es factible, creo que viviendo allí encontraré más ocasiones de llevarlo a cabo que en cualquier otro sitio.

El herrero y su compañero regresaron. La leñera de la vieja señorita Fawley carecía de humedades y tenía fácil acceso; y al parecer, ella consentía en que instalasen el piano allí. Así que lo dejaron en la escuela hasta el atardecer, ya que entonces habría más manos disponibles para trasladarlo. Y el maestro echó una ojeada final a su alrededor.

Jude, el niño, asistió a la carga de unos cuantos bultos pequeños y, a las nueve en punto, el señor Phillotson subió junto a su cajón de libros y demás impedimenta, y se despidió de sus amigos.

—No te olvidaré, Jude —dijo sonriendo, mientras el carro se alejaba—. Pórtate bien, recuerda; y sé bueno con los animales y los pájaros; estudia mucho. Y si alguna vez vienes a Christminster, no dejes de pasar a verme, por nuestra vieja amistad.

El carruaje chirrió por el césped y desapareció luego tras una esquina de la rectoría. El niño regresó junto al pozo que había en un extremo de la explanada del prado, donde había dejado los cubos para ir a ayudar en la mudanza a su protector y maestro. Había ahora un temblor en sus labios y, después de quitar la tapa del pozo para bajar el cubo, apoyó la frente y los brazos en el marco, con una fijeza en el semblante propia del niño reflexivo

que ha sufrido prematuramente los sinsabores de la vida. El pozo al que estaba asomado era tan antiguo como el mismo pueblo, y mirando desde esa posición, parecía como una perspectiva circular, terminada en un disco brillante de agua temblorosa a unos treinta metros de profundidad. Una felpa de musgo verde tapizaba su interior cerca del borde del agua, y más arriba tenía una orla de helechos y lengua cervina.

Jude se dijo, con melodramático tono de muchacho soñador, que el maestro había sacado agua de este pozo montones de veces en mañanas como esta, pero que nunca más vendría a sacarla. «Le he visto contemplando el fondo cuando se cansaba de tirar, como yo ahora, y cuando descansaba un momento, antes de cargar con los cubos para casa. ¡Pero era demasiado inteligente para aguantar aquí más tiempo... en un lugar tan dormido como este!».

Una lágrima saltó de sus ojos a las profundidades del pozo. La mañana era un tanto brumosa, y el aliento del niño se desparramaba como una niebla aún más espesa en el aire quieto y pesado. Una voz repentina interrumpió sus pensamientos:

—¡A ver si traes ya el agua, haragán!

Era una vieja que había salido hasta la entrada del jardín de una casa de techumbre de paja, no lejos de allí. El niño asintió con presteza, subió el agua con lo que representaba un gran esfuerzo para su tamaño, sacó y vació el enorme cubo en los dos que él había traído y, después de pararse un instante a tomar aliento, cargó con ellos y echó a andar por el húmedo césped que rodeaba el pozo, casi en el centro del pueblecito, o más bien aldea, de Marygreen.

Era este pueblo tan vetusto como pequeño, y descansaba en la falda de una altiplanicie ondulada vecina a las estribaciones del norte de Wessex. A pesar de su antigüedad, el pozo era probablemente el único vestigio de la historia local que se conservaba absolutamente intacto. Muchas de las casas de techumbre de paja y sólidas vigas habían sido derribadas de un tiempo a esta parte, y muchos árboles habían besado el suelo. Sobre todo, la antigua iglesia encorvada, con sus torres de madera y su pintoresca cubierta de cuatro vertientes, había sido echada abajo, y venido a parar o bien en montones de piedra para el camino, o bien en tabiques de pocilgas, bancos de jardín, postes de cercados y rocallas en los macizos de flores de la vecindad. En sustitución, cierto devastador de testimonios históricos —que había venido de Londres y se había marchado el mismo día— había erigido un moderno edificio de estilo gótico, extraño a los ojos ingleses, en un nuevo pedazo de terreno. El solar que durante tanto tiempo había ocupado el antiguo templo de las divinidades cristianas ni siquiera se perfilaba sobre el ras de la hierba del prado, que había

sido cementerio desde tiempo inmemorial; y sus tumbas olvidadas no tenían otra señal que unas cruces de hierro de dieciocho peniques y cinco años de garantía.

I. 2.

Aunque Jude Fawley era de constitución endeble, llevó a la casa los dos cubos rebosantes de agua sin descansar. Sobre la puerta había un cartelito azul en el que ponía con letras amarillas: «Drusilla Fawley, panadera». Tras los pequeños rectángulos de cristal del escaparate —esta era una de las pocas casas antiguas que quedaban— había cinco botes de cristal con dulces, y tres bollos en un plato floreado.

Mientras vaciaba los cubos detrás de la casa, podía oír una animada conversación en el interior, entre su tía abuela, la Drusilla del letrero, y algunas mujeres del pueblo. Habían presenciado la partida del maestro y ahora comentaban los detalles del acontecimiento y se dedicaban a predecir el futuro.

—¿Y quién es este? —preguntó una que era más bien forastera, al ver entrar al muchacho.

—No me extraña que lo pregunte, señora Williams. Es mi sobrino nieto... Ha venido después que estuvo usted aquí la última vez. —La anciana lugareña que contestaba era una mujer alta y flaca que hablaba trágicamente de los temas más triviales, y dedicaba una frase de su discurso a cada oyente, por turno—. Vino de Mellstock, del sur de Wessex, hará un año... ¡Qué desgracia, Belinda! —dijo, volviéndose a la derecha—; allí vivía su padre, hasta que le entraron las ansias de la muerte, y en dos días se murió, como tú sabes, Caroline —se volvió a la izquierda—. ¡Habría sido un favor del Cielo que Dios Todopoderoso te hubiera llevado a ti también con tus padres, pobre chiquillo inútil! Me lo he traído para que esté conmigo hasta ver qué puedo hacer con él, aunque no tengo más remedio que dejarle ganar algún penique, si puede. Ahora mismo se dedica a espantarle los pájaros a Troutham, el granjero. Eso le aparta de hacer diabluras. ¿Por qué te vas, Jude? —prosiguió al ver que el muchacho, sintiendo el impacto de las miradas como bofetadas en su rostro, trataba de escabullirse.

La lavandera del pueblo añadió que sin duda era muy buena la idea de la señora o señorita Fawley —que así la llamaban indistintamente—, de tenerle con ella para hacerle compañía en su soledad, traer agua, cerrar las persianas por las noches y ayudar en el horno.

La señorita Fawley lo dudaba...

—¿Por qué no le dijiste al maestro que te llevara a Christminster con él, para hacer de ti un hombre instruido? —continuó en broma, con el ceño arrugado—. Estoy segura de que no habría podido escoger a nadie mejor. Al niño le vuelven loco los libros, esa es la verdad. En nuestra familia es algo corriente. Su prima Sue es igual..., según me han dicho, porque yo no he visto a la niña hace años a pesar de que nació aquí, entre estas cuatro paredes. Mi sobrina y su marido, después que se casaron, estuvieron sin casa un año o más; y luego solo la tuvieron hasta... Bueno, más vale dejar eso. Jude, hijo mío, no te cases nunca. Los Fawley no debemos dar nunca más ese paso. Ella, el único hijo que tuvieron, era para mí como mi propia hija, Belinda, ¡hasta el día de la pelea! ¡Ay, que una jovencita tenga que pasar por esas cosas!

Jude, presintiendo que la atención general se iba a centrar nuevamente en él, pasó a la tahona, donde cogió una torta que tenía para desayunar. Se le había terminado el tiempo de descanso y saltando por el seto del jardín, echó por una vereda hacia el norte, hasta llegar a una inmensa depresión solitaria en medio de aquella altiplanicie, sembrada de maíz. Esta extensa hondonada era el escenario de trabajo que hacía para el señor Troutham, el granjero, y se adentró por ella.

La oscura superficie del campo se elevaba hacia el cielo a su alrededor, perdiéndose gradualmente en la niebla que ocultaba el límite real y acentuaba la soledad. Las únicas notas de variedad en la monotonía del escenario consistían en un almiar, producto de la cosecha anterior, que se elevaba en mitad del terreno labrantío, unos grajos que alzaban el vuelo a su paso, y el camino que cruzaba el barbecho, por donde había venido y por el que apenas si sabía quién transitaba, aunque antaño lo hicieran muchos miembros de su propia familia, ya fallecidos.

—¡Qué feo es todo esto! —murmuró.

Los surcos recientes parecían extenderse como canalillos de una pieza de pana nueva, dándole un aire vulgarmente utilitario a la extensión, eliminando de ella todo matiz, y privándola de toda historia anterior a los últimos meses, si bien cada terrón y cada pedrusco se henchía verdaderamente de sugestivas evocaciones, de ecos de canciones de antiguas recolecciones de cosechas, de palabras pronunciadas y de proezas violentas. En cada palmo de tierra, un día u otro, se habían pasado momentos de energía, de alegría, de brutalidades, de riñas, de fatigas. Los grupos de segadores se habían sentado en cuclillas al sol en cada metro cuadrado. Los matrimonios que poblaban la aldea inmediata se habían forjado allí, mientras segaban y cosechaban. Bajo el seto que separaba el campo de una lejana arboleda, las muchachas se habían entregado a amantes que luego no volverían la cabeza para mirarlas en la cosecha siguiente. Y en

aquel maizal antiguo, muchos hombres habían hecho promesas de amor a unas mujeres cuyas voces les harían temblar a la otra siembra, después de haber pasado por la vicaría. Pero ni Jude ni los grajos que le rodeaban pensaban en estas cosas. Para ellos era un paisaje solitario que poseía únicamente, por un lado, la virtud de ser una tierra que trabajar y, por otro, un granero de donde comer.

El muchacho, de pie junto al almiar antes citado, agitaba su matraca o carraca con viveza a intervalos de pocos segundos. A cada golpeteo, los grajos dejaban de picotear, alzaban el vuelo y se alejaban, bruñidos como el ébano, con sus pausados aleteos; después daban la vuelta, le observaban cautamente, y bajaban a comer a una distancia más respetuosa.

Allí estuvo haciendo sonar la matraca hasta que le dolió el brazo, y finalmente su corazón sintió simpatía por el frustrado deseo de los pájaros. Como él, vivían en un mundo que los rechazaba. ¿Por qué espantarlos? Cada vez los encontraba más amigos y más desvalidos... Eran los únicos en quienes podía inspirar un mínimo interés por él, ya que su tía le decía a menudo que ella no lo tenía. Dejó de agitar la matraca, y los pájaros se posaron de nuevo.

—¡Pobrecitos! —dijo Jude en voz alta—. Comed un poco, comed. Hay bastante para todos. El granjero Troutham puede daros algo. ¡Comed, mis queridos pajarillos, comed lo que queráis!

Se pararon y empezaron a comer, bultos negros sobre el marrón oscuro del suelo, mientras Jude disfrutaba viendo con qué apetito. Un vínculo mágico de simpatía unía su vida a la de ellos. Sus existencias, insignificantes y humildes, se asemejaban mucho a la suya.

La matraca, instrumento sórdido y miserable, injurioso tanto para los pájaros como para él mismo como compañero, había ido a parar lejos. De repente, recibió un golpe violento en las nalgas, seguido de un sonoro claqueo que revelaba a sus asombrados sentidos que alguien se había puesto a manejar el dichoso instrumento. Los pájaros y Jude sufrieron un sobresalto, y los sorprendidos ojos del niño contemplaron al granjero en persona, al gran Troutham, con el rostro congestionado, mirando de manera furibunda la encogida figura de Jude, y agitando la matraca con la mano.

—¡Conque «comed, queridos pajarillos»! Te voy a calentar las costillas, a ver si así vuelves a repetir eso de «comed, queridos pajarillos». Y además, has estado haraganeando en casa del maestro en vez de venir al trabajo, ¿no es así? ¡Esa es la manera como ganas tú los seis peniques diarios que te pago por espantar los grajos de mi maíz!

Y al tiempo que obsequiaba los oídos de Jude con tan arrebatadas voces, Troutham le había cogido por la mano izquierda y, volteando su enclenque

figura en torno a él al extremo de su brazo, seguía castigando el trasero de Jude con la matraca, hasta que los golpes que le descargaba, uno o dos por cada vuelta, resonaron por todo el campo.

—¡No me pegue, por favor..., no me pegue! —gritaba el volteado muchacho, tan desamparado bajo la centrífuga tendencia de su persona como un pez en el aire atrapado en el extremo de un sedal; mientras, veía desfilar la colina, el almiar, la plantación, el camino y los grajos, girando todo a su alrededor en asombrosa carrera circular—. Yo, señor..., yo solo decía que hay bastante cantidad de grano plantada, porque lo he visto..., y que los pobres grajos podían comerse unos pocos..., y que usted no lo notaría, señor... Y el señor Phillotson me decía que procurara ser cariñoso con ellos. ¡Ay, ay, ay!

Esta explicación sincera exasperó al granjero aún más que si Jude hubiese negado resueltamente haber dicho nada; y siguió sacudiendo al bribonzuelo a la vez que lo hacía girar, y los matracazos continuaron resonando por todo el campo, se hicieron audibles a los lejanos trabajadores —por lo cual suponían que Jude cumplía su tarea de espantar con sorprendente aplicación—, repercutieron en la flamante torre de la iglesia que se alzaba tras la niebla, y resonaron por el edificio nuevo, a cuya construcción había contribuido generosamente el granjero, en testimonio de su amor por Dios y los hombres.

Troutham acabó finalmente por cansarse de su tarea punitiva, y depositando al tembloroso muchacho sobre sus propios pies, sacó seis peniques del bolsillo, se los dio en pago por un día de trabajo, y le dijo que se fuera a casa y no apareciera nunca más por aquellos campos.

Jude escapó del alcance de la mano y emprendió el camino llorando... no de dolor, aunque le dolía bastante; no porque encontrara un fallo en el plan de la vida terrena, por el que una cosa que era buena para los pajarillos de Dios, era mala para su jardinero; sino por el tremendo sentimiento de haberse visto completamente humillado, cuando no hacía el año que pertenecía a aquella parroquia, y que por esto podía convertirse, quizá para toda la vida, en una carga para su tía.

Con este negro sentimiento en el espíritu no quiso aparecer por el pueblo, y regresó a casa por un sendero que se desviaba tras un elevado seto y cruzaba después los pastos. A su paso, vio por todas partes decenas de lombrices apareadas, medio tendidas en la superficie del suelo mojado, como siempre sucedía por este tiempo y en esta época del año. Era imposible dar dos pasos seguidos sin aplastar alguna.

Aunque el granjero Troutham acababa de lastimarle, no era él un muchacho que pudiera herir a nadie. Jamás había llevado a casa un nido de pajarillos recién nacidos sin pasarse después la noche desvelado, sintiéndose miserable, y restituirlo muchas veces a su sitio a la mañana siguiente. Apenas

podía soportar el espectáculo de los árboles derribados o cortados, porque imaginaba que sufrirían con ello; y la poda tardía, cuando la savia había subido y los árboles sangraban profusamente, le había causado verdadera aflicción en su niñez. Esta debilidad de carácter, que así puede llamarse, indicaba que pertenecía a esa clase de hombres que nacen para el sufrimiento hasta el día en que caiga el telón sobre sus vidas inútiles, devolviéndoles definitivamente la paz. Siguió su camino de puntillas entre las lombrices, y no tuvo que matar ni una sola.

Al entrar en casa encontró a su tía vendiendo un panecillo a una niña, y cuando esta se hubo marchado, la tía exclamó:

—Bueno, ¿cómo es que estás de vuelta a media mañana?

—Me han echado.

—¿Qué?

—El señor Troutham me ha despedido porque dejaba que los grajos picotearan un poco de maíz. Aquí está mi paga... ¡la última que cobro!

Y arrojó los seis peniques sobre la mesa con gesto trágico.

—¡Ah! —dijo su tía, quedándose sin respiración. Y le soltó un discurso sobre cómo ahora tendría ella que mantenerle toda la primavera sin trabajar—. Si no puedes espantar pájaros, ¿qué vas a hacer? ¡Vamos! ¡Pues la has hecho buena! Ahora, que el granjero Troutham no es más que yo, para que te enteres. Pero, como decía Job, «me escarnecen ahora que son más jóvenes, pero hubo un tiempo en que no habría querido yo a su padre ni entre los perros de mi jauría». Su padre fue jornalero del mío, eso es, y he tenido que estar chiflada para dejarte que fueses a trabajar para él, cosa que no habría hecho si no fuera porque quería evitar que anduvieras haciendo diabluras.

Enfadada con Jude por haberla rebajado a ella, más que por haber abandonado su trabajo, le reñía en primer lugar por esta razón, y solo secundariamente por la falta cometida.

—Pero no tenías por qué dejar que los pájaros se comieran lo que el granjero Troutham tenía plantado. Desde luego, has hecho mal en eso. Jude, Jude, ¿por qué no te has ido con ese maestro tuyo a Christminster o a donde sea? Pero no, eres un niño vulgar; en tu familia nunca tuvisteis donde caeris muertos, ¡y nunca lo tendrás!

—¿Dónde se encuentra esa maravillosa ciudad, tía..., ese lugar adonde se ha marchado el señor Phillotson? —preguntó el niño después de meditar en silencio.

—¡Señor! Deberías saber dónde cae la ciudad de Christminster. A unos treinta kilómetros de aquí. Es un lugar demasiado bueno para que tú tengas

algo que hacer allí, pobre chico.

—¿Y el señor Phillotson vivirá siempre en esa ciudad?

—¿Y yo qué sé?

—¿Podría ir a verle?

—¡Dios mío, no! Si fueras de aquí no preguntarías eso. Nosotros no nos tratamos con la gente de Christminster, ni los de Christminster con nosotros.

Jude salió y, sintiendo más que nunca la futilidad de su existencia, se tumbó de espaldas sobre un montón de estiércol que había junto a la pocilga. La niebla se había vuelto más tenue y podía vislumbrar la posición del sol a través de ella. Se echó el sombrero de paja sobre los ojos, y atisbó por entre las ranuras de su entramado la lechosa brillantez que reverberaba vagamente. Comprendió que el hacerse mayor traía responsabilidades. Las cosas no acontecían exactamente como él las había imaginado. La lógica de la Naturaleza era demasiado horrible para ser de su agrado. Que su benevolencia para con una clase de criaturas fuese crueldad para con otras, repugnaba a su sentido de la armonía. Se daba cuenta de que, a medida que te haces mayor, y sientes que te hallas en el centro de tu existencia y no en un punto de su circunferencia como cuando eras pequeño, te da una especie de escalofrío. Por todo tu alrededor las cosas parecen brillar, deslumbran, alborotan, y sus ruidos y destellos lastiman esa pequeña célula que es tu vida, y la trastornan y la confunden.

¡Si pudiera dejar de crecer! No quería hacerse hombre.

Luego, como cualquier niño corriente, se olvidó de su abatimiento y se levantó de un salto. Durante el resto de la mañana ayudó a su tía, y por la tarde, cuando no había ya nada que hacer, se fue al pueblo. Una vez allí, preguntó a un hombre por dónde caía Christminster.

—¿Christminster? Bueno, pues por allá; pero yo no he estado nunca..., desde luego. Jamás he tenido nada que hacer en ese sitio.

El hombre señaló hacia el nordeste, en la mismísima dirección del campo donde Jude se había sentido tan humillado. En un primer momento, hubo algo desagradable en la coincidencia, pero el temor que le produjo aumentó su curiosidad por esa ciudad. El granjero le había dicho que no quería verle otra vez por aquel campo. Con todo, a Christminster se iba por allí, y el camino era de uso público. Así que salió sigilosamente de la aldea, bajó por la misma hondonada que presenciara su paliza aquella mañana y, sin desviarse un centímetro del sendero, subió la pesada cuesta del otro lado hasta llegar al punto donde el camino desembocaba en la carretera, cerca de un bosquecillo. Aquí terminaba la tierra labrada; ante él se abría una llanura fría y desierta.

I. 3.

No se veía un alma por la carretera ni a uno ni a otro lado, y la blanca calzada parecía ascender y disminuir hasta juntarse con el cielo. En el mismísimo coronamiento la cruzaba en ángulo recto un verdeante «camino»: la Ickniel Street, primitiva calzada romana que atravesaba el distrito. Esta antigua vía se extendía millas y millas de este a oeste, y aún se recordaba haberla visto transitada por manadas de rebaños camino de ferias y mercados. Pero ahora estaba abandonada y cubierta de hierba.

El muchacho nunca se había alejado tanto como esta vez de la acogedora aldea donde le había depositado el factor de una estación de ferrocarril del sur, un sombrío atardecer, hacía pocos meses; y hasta ahora no había tenido ni la menor sospecha de que a dos pasos se extendía una comarca tan lisa y llana como aquella, al pie mismo de su mundo de tierras altas. Ante él se desplegaba entero el semicírculo del norte, de este a oeste, a una distancia de sesenta a ochenta kilómetros; la atmósfera era más azulenca, más húmeda, evidentemente, que la que él respiraba allá arriba. No lejos de la carretera se alzaba un viejo granero de ladrillo gris rojizo, castigado por las inclemencias del tiempo. Las gentes de la localidad lo conocían como la Casa Marrón. Iba a cruzar por delante de ella, cuando vio una escala de mano apoyada contra el alero; Jude se detuvo y se quedó mirándola pensando que cuanto más alto estuviera, más lejos podría ver. En la vertiente del tejado había dos hombres reparando las tejas. Entonces tomó el camino del cruce y se dirigió hacia el granero.

Cuando ya llevaba un rato contemplando con envidia a los obreros, se armó de valor y subió por la escala hasta que llegó junto a ellos.

—¿Se puede saber qué haces aquí, chaval?

—¿Podría decirme por dónde cae la ciudad de Christminster, por favor?

—Christminster está allá enfrente, cerca de aquel grupo de árboles. Desde aquí se puede ver..., bueno, cuando el día es claro. Ahora desde luego no.

El otro pizarrero, contento de tener un pretexto que le apartaba de la monotonía de su trabajo, se había vuelto también a mirar hacia el lugar señalado.

—Lo normal es que no puedas verla con un tiempo como este —dijo—. Tengo comprobado que el mejor momento es cuando el sol se pone con unos resplandores de fuego, y parece... no sé qué.

—Una Jerusalén celestial —sugirió el serio rapazuelo.

—Eso..., aunque a mí jamás se me habría ocurrido una cosa así... Bueno, pero hoy no se ve Christminster, desde luego.

El muchacho forzó también la vista, pero tampoco pudo vislumbrar la lejana ciudad. Bajó del granero, y renunciando a Christminster con la versatilidad propia de su edad, echó a andar por el camino viejo mirando al suelo por si veía por aquellas pendientes alguna cosa digna de interés. Cuando volvió a pasar por delante del granero, de regreso a Marygreen, observó que la escala estaba todavía en el mismo sitio, pero los hombres habían terminado su jornada y se habían marchado.

Estaba anocheciendo; quedaba aún una bruma tenue, pero se había disuelto un poco, salvo en los parajes más húmedos de la baja región y a lo largo del curso de los ríos. Otra vez pensó en Christminster y en que habría deseado ver al menos por una vez esa atractiva ciudad, ya que se había alejado tres o cuatro kilómetros de la casa de su tía con esa intención. Pero, aun cuando se quedara allí a esperar, era poco probable que la atmósfera se despejara antes de la noche. Sin embargo, no se decidía a marcharse de allí, pues con alejarse del lugar un centenar de metros en dirección al pueblo, perdería de vista toda la perspectiva del norte.

Subió a la escala para mirar una vez más en la dirección que los hombres le habían señalado, y se encaramó hasta el último travesaño, sujetándose en las tejas. Probablemente, hasta dentro de muchos días no podría volver a un lugar tan alejado como este. Quizá si rezaba, le sería concedido el deseo de ver Christminster. La gente decía que si rezas, a veces te llegan las cosas que pides, aunque a veces no. Había leído en un librito piadoso que un hombre había empezado a construir una iglesia y, no teniendo dinero para terminarla, se arrodilló y oró, y el dinero le vino al día siguiente por correo. Otro hombre intentó la misma experiencia y el dinero no le llegó, aunque más tarde descubrió que los pantalones que llevaba al arrodillarse se los había hecho un malvado judío. Este hecho no era desalentador, así que bajó y se arrodilló en el tercer travesaño de la escala y, agarrado a los de arriba, pidió que se levantara la niebla.

Luego se sentó nuevamente y esperó. En el transcurso de unos diez o quince minutos la evanescente niebla se disipó por completo por el lado norte del horizonte, como lo había hecho ya por todas partes, y cosa de un cuarto de hora antes de que el sol se ocultara, las nubes de poniente se disiparon, el sol quedó medio al descubierto y sus rayos fluyeron en líneas visibles entre dos barras de nubes de color pizarroso. El muchacho miró inmediatamente en la dirección de antes.

Más acá de los límites de la extensión del paisaje brillaban unos puntos de

luz como cristales de topacio. El aire fue adquiriendo transparencia a medida que pasaban los minutos, hasta que los destellos de topacio, destacando débilmente, se revelaron como veletas, ventanas, mojadadas techumbres de pizarra, campanarios, cúpulas, obras de mampostería de los más variados perfiles. Era Christminster, indudablemente; ya fuera su imagen directa o su espejismo en aquella atmósfera peculiar.

El niño siguió mirando fijamente, hasta que las ventanas y las veletas perdieron su resplandor, extinguiéndose casi tan súbitamente como se apaga la llama de una vela. La vagarosa ciudad se arropó entonces en un velo de bruma. Al volverse hacia poniente vio que el sol había desaparecido. El primer término del paisaje se había poblado de oscuridades fúnebres que daban a los objetos más próximos el tinte y la apariencia de quimeras.

Bajó ansiosamente de la escala y echó a correr hacia casa, procurando no pensar en gigantes, en Herne el Cazador, en el Demonio Apollyon apostado al acecho del Cristiano, o en el capitán, con un agujero ensangrentado en la frente y rodeado de cadáveres, que se amotinaba todas las noches a bordo del barco embrujado. Se daba cuenta de que se le había pasado la edad de creer en todos esos horrores, pero respiró aliviado cuando vio la torre de la iglesia y las luces de las ventanas de las casas, aun cuando no era este el hogar donde había nacido, y su tía abuela apenas se preocupaba por él.

Dentro y alrededor del escaparate de la «tienda» de esta vieja, con sus veinticuatro paneles de cristal cercados de plomo (algunos tan oxidados por el tiempo que apenas si dejaban ver los artículos miserables y baratos que dentro se exhibían formando parte de un surtido de mercancías que un hombre robusto podría llevarse él solo) había desplegado Jude su existencia exterior durante un tiempo más bien largo y monótono. Pero sus sueños eran tan gigantescos como insignificantes eran las cosas que le rodeaban.

A través de la sólida barrera de elevado terreno cretácico, seguía contemplando una ciudad grandiosa: aquella que le dio por comparar con la nueva Jerusalén, aunque quizá, en la manera de figurársela, mostraba más imaginación de pintor y menos de mercader de diamantes que el autor del Apocalipsis. Y la ciudad fue adquiriendo consistencia, estabilidad y fijeza en su vida, sobre todo por el hecho capital de que el hombre cuyos conocimientos y proyectos había venerado tanto estaba viviendo realmente allí; viviendo, además, entre pensadores e intelectuales ilustres.

En las épocas húmedas y tristes, aunque él sabía que en Christminster se resistía a creer que lo hiciera de manera tan lúgubre. Siempre que podía escaparse de los límites de la aldea por una hora o dos, lo que no era frecuente, se iba furtivamente a la Casa Marrón, en lo alto de la colina, y allí forzaba la vista con persistencia; y unas veces se veía recompensado con la visión de una

cúpula o un campanario; otras, con una tenue hebra de humo que para él tenía cierto misticismo de incienso.

Luego llegó el día en que se le ocurrió de pronto que, si subía al lugar de observación después de oscurecer o se alejaba dos o tres kilómetros más, podría ver las luces de la ciudad por la noche. No tendría más remedio que volver solo, pero ni siquiera esta consideración le disuadió, porque indudablemente esto daría un poco de hombría a su carácter.

Un buen día puso en práctica el proyecto. No era tarde cuando llegó a su puesto de observación: justo después del crepúsculo; pero el cielo negro del nordeste, junto con un viento que soplaba del mismo cuadrante, contribuyeron a dar la impresión de una tremenda oscuridad. Tuvo su recompensa; pero lo que vio no fueron las filas de luces, como casi había esperado. No se veía ninguna luz en concreto, sino solo un halo, un resplandor neblinoso que formaba una bóveda por encima y se recortaba contra la negrura de un cielo que contribuía a que la luz y la ciudad parecieran estar a un kilómetro de distancia.

Se puso a imaginar en qué lugar exacto del resplandor se encontraría el maestro, quien por cierto no se había vuelto a comunicar con nadie de Marygreen, y ahora era como si hubiera muerto para ellos. En aquel resplandor le parecía ver a Phillotson paseándose tranquilamente como un santo en el horno de Nabucodonosor.

Había oído decir que las brisas discurren a unos quince kilómetros por hora, y este dato le vino ahora a la memoria. Abrió los labios de cara al nordeste y aspiró el viento como si se tratara de un dulce licor.

—Tú estabas en la ciudad de Christminster hace una hora o dos —dijo, dirigiéndose a la brisa con ternura—, vagando por las calles, haciendo girar las veletas, rozando la cara del señor Phillotson, dejándote respirar por él; y ahora estás aquí, y soy yo el que te respira... a ti, la misma de allí.

De pronto le llegó algo junto con el aire... como un mensaje de la ciudad... o de alguien que vivía allí, al parecer. Sin duda era un repique de campanas, la voz de la ciudad, tenue y musical, que le decía: ¡Qué felices somos aquí!

Había perdido por completo la conciencia de su situación real durante este arrobamiento, y únicamente le volvió a la realidad una brusca llamada: unos metros más abajo de la cresta del cerro donde estaba, hizo su aparición un tronco de caballos, después de media hora de marcha serpeante desde el fondo de la inmensa pendiente. Traían tras ellos un cargamento: combustible, que solo llegaba a las tierras altas por esta ruta particular. Los conducía un carretero, con un segundo hombre y un muchacho que, en ese momento,

calzaba con el pie una gran piedra tras una de las ruedas, y permitía a los jadeantes animales descansar durante un rato, mientras los hombres sacaban una botella del carro y se concedían sendos tragos.

Eran hombres maduros y tenían la voz agradable. Jude se dirigió a ellos y les preguntó si venían de Christminster.

—¡No lo quiera Dios, con este carro! —dijeron.

—Me refiero al sitio aquel de allá. —Se estaba prendando tan románticamente de Christminster que, igual que un joven amante al hablar de su amada, sentía vergüenza de pronunciar su nombre otra vez. Les señaló el resplandor del cielo, casi imperceptible para sus ojos más viejos.

—Sí. Parece que esa parte de allá se ve un poco más brillante que lo demás, aunque yo ni lo había notado; y seguro que es Christminster.

En esto, un librito de cuentos que Jude se había traído bajo el brazo para ir leyendo por el camino antes de que oscureciera, se le escurrió y cayó al suelo. El carretero le miró de reojo mientras lo recogía y enderezaba las hojas.

—¡Ah, chiquillo! —observó—, tendrías que llenarte la cabeza de otras cosas, antes de que puedas leer lo que leen los de allá.

—¿Por qué? —preguntó el muchacho.

—Bueno, ellos no se paran a leer lo que podemos entender las gentes como nosotros —prosiguió el carretero por matar el rato—. No les interesan más que las lenguas raras, esas que se hablaban en los tiempos de la Torre de Babel, cuando no había dos familias que se entendieran. Esas cosas las leen ellos en un santiamén. Allí todo es saber..., nada más que saber; sin contar la religión. Aunque eso también es un saber, porque yo nunca la he podido entender. Sí, es un lugar muy sesudo, lo cual no quiere decir que no se vean mozas por la calle cuando se hace de noche... ¿No has oído decir que allí los curas se dan como hongos? Y a pesar de que se tarda..., ¿cuántos años, Bob?, cinco años en convertir a un mozalbete en un predicador intachable y solemne, lo hacen, si tiene madera, y te lo devuelven con su hocico largo, con su casaca grande y negra, su chaleco, su alzacuellos de religioso y su sombrero, igual que iban los de las Escrituras, hasta el punto de que a veces no lo conoce ni su padre... Allí tienen ese oficio; como cada hijo de vecino tiene el suyo.

—Pero ¿cómo sabe usted...?

—No me interrumpas, muchacho. No interrumpas nunca a una persona mayor. Aparta el caballo delantero, Bobby; parece que vienen... Ten en cuenta que estoy hablando de la vida en los colegios. Allí viven a un nivel superior, no se puede negar, aunque a mí eso me tiene sin cuidado. Tal como estamos nosotros aquí, sobre este mismo cerro, así están ellos en sus espíritus...,

espíritus cultivados, desde luego, algunos de ellos..., capaces de ganar una millonada nada más que pensando en voz alta. Y los hay que son valientes y bien plantados, capaces de ganar otro tanto en copas de plata. En cuanto a la música, en Christminster se oye música buena por todas partes. Tú puedes ser religioso o no, pero a veces no tienes más remedio que liarte a cantar como los demás con tu voz ordinaria. Y tiene una calle, que es la calle mayor, que no hay otra igual en el mundo. ¡Ya ves como sí que sé algunas cosillas sobre Christminster!

Durante ese tiempo, los caballos habían recobrado su aliento y tiraban de sus cabezales otra vez. Jude, después de dirigir una última mirada de adoración hacia el halo lejano, dio la vuelta y echó a andar junto a tan bien informado camarada, a quien no le importaba, mientras caminaban, contarle cosas acerca de la ciudad, de sus torres, de sus edificios públicos y sus iglesias. El carruaje se metió luego por un camino lateral; Jude le dio las gracias al carretero por su información, y dijo que le gustaría poder hablar de Christminster la mitad de bien de lo que lo hacía él.

—Bueno, eso no es más que lo que me han contado a mí —dijo el carretero con modestia—. A mí me pasa como a ti: jamás he puesto los pies allí; pero me entero de aquí y de allá, y ahora te lo cuento a ti. Andando de un lado a otro como voy, y mezclándote con gentes de todas clases, acabas enterándote de montones de cosas. Un amigo mío estuvo de limpia en el Hotel Crozier de Christminster, en sus años mozos; luego, más tarde, llegué a conocerlo como a mi propio hermano.

Jude emprendió solo el camino de regreso; iba tan profundamente sumido en sus pensamientos que se olvidó de su miedo. De repente se sentía mayor. Era el vivo deseo de su corazón por encontrar algo a lo que anclarse, algo en que poder confiar y considerar digno de admiración. ¿Lo encontraría en esa ciudad, si por fin lograba llegar a ella? ¿Sería un sitio en el que, sin temor a los granjeros, a los obstáculos o al ridículo, podría observar y mantenerse a la expectativa, y lanzarse a una empresa importante como los antiguos de los que había oído hablar? Lo que el resplandor luminoso había sido para sus ojos mientras lo estuvo contemplando durante un cuarto de hora, eso mismo era la ciudad para su espíritu mientras proseguía su camino en la oscuridad.

—Es la ciudad de la luz —se dijo a sí mismo.

—Allí crece el árbol de la ciencia —añadió unos pasos más adelante.

—Es el lugar de donde salen y adonde van los que enseñan a los hombres.

—Es lo que se podría llamar un castillo custodiado por el saber y la religión.

Después de este símil se quedó un rato en silencio, y finalmente añadió:

—Justo lo que me gustaría a mí.

I. 4.

Andando despacio y ensimismado en sus reflexiones, el muchacho —que por sus pensamientos parecía unas veces una persona mayor y otras que tenía menos años de los que contaba— fue alcanzado por un presuroso caminante; pese a la oscuridad que reinaba, vislumbró en él un sombrero extraordinariamente alto, un frac y una cadena de reloj, que despedía fugaces destellos al balancearse violentamente sobre un par de piernas delgadas y unas botas silenciosas. Jude, que empezaba a sentirse solo, intentó seguirle el paso.

—¡Bien, hombre, bien! Voy con prisa, así que tendrás que apretar el paso si quieres continuar a mi lado. ¿Sabes quién soy?

—Creo que sí. ¿No es usted el doctor Vilbert?

—¡Ajá!... Veo que me conocen en todas partes. Es lo que pasa por ser un bienhechor de la humanidad.

Vilbert era un matasanos ambulante muy conocido entre las gentes del campo y absolutamente desconocido para el resto del mundo, cosa que ya procuraba él que así fuera a fin de evitar investigaciones molestas. Los campesinos constituían su única clientela, y su fama por el vasto país de Wessex se limitaba a ellos nada más. Su condición social era humilde, y su campo de actividad, más oscuro que el de los charlatanes de feria con su capital y su sistema organizado de publicidad. De hecho, era una reliquia de una especie extinguida. Las distancias que recorría a pie eran enormes, pues cubrían casi totalmente el territorio de Wessex. Un día Jude había visto cómo le vendía a una vieja un tarro de cierta grasa coloreada como remedio para una pierna enferma que tenía; la mujer debía abonarle una guinea por el remedio, a razón de un chelín cada quince días, ya que la valiosa pomada, según el curandero, solo podía sacarse de cierto animal que se criaba en el Monte Sinaí, y para capturarlo había que exponer la vida. Jude, aunque tenía sus dudas acerca de los medicamentos de este caballero, juzgó que era un personaje que viajaba mucho, esto era indiscutible, y por tanto podía ser fuente de información sobre cuestiones no estrictamente profesionales.

—Supongo que ha estado usted en Christminster, ¿no, doctor?

—He estado, y muchas veces —replicó el hombre alto y flaco—. Es uno de mis centros.

—¿Es de veras una ciudad maravillosa para el estudio y la religión?

—Así lo tendrías que proclamar, muchacho, si hubieras estado allí. Porque hasta los hijos de las viejas lavanderas de los colegios hablan en latín... No un buen latín; como hombre exigente que soy lo tengo que reconocer: hablan un latín vulgar... un latín macarrónico, como solíamos decir nosotros en mis tiempos de estudiante.

—¿Y griego?

—Bueno..., esa lengua es más bien para el que va para obispo, que tiene que leer el Nuevo Testamento en original.

—Yo quiero aprender latín y griego.

—Noble deseo. Debes hacerte entonces con una gramática de cada lengua.

—Pienso ir a Christminster algún día.

—Cuando vayas, di por allí que el doctor Vilbert es el único que posee las célebres píldoras que curan infaliblemente todos los trastornos del aparato digestivo, y también el asma y las afecciones respiratorias. Tengo cajas de dos y tres peniques..., especialmente autorizadas con el sello del Gobierno.

—¿Puede traerme usted las gramáticas, si yo le prometo decir eso por aquí?

—Te venderé las mías con mucho gusto..., las que yo usé de estudiante.

—¡Oh, muchas gracias, señor! —dijo Jude, agradecido, aunque sin aliento, porque la asombrosa rapidez con que caminaba el médico le obligaba a mantener un trotecillo que le estaba produciendo dolor de costado.

—Creo que sería mejor que te quedaras atrás, jovencito. Te diré lo que voy a hacer: te traeré las gramáticas y te daré una primera lección, si te acuerdas de recomendar en cada casa del pueblo el unguento dorado del doctor Vilbert, las pastillas de la vida y las píldoras para mujeres.

—¿Dónde le podré ver con las gramáticas?

—Pasaré por aquí de hoy en quince días, a esta misma hora, o sea, a las siete y veinticinco. Mis movimientos están cronometrados con la misma precisión que los planetas en sus órbitas.

—Aquí le esperaré —dijo Jude.

—¿Con encargos para mis remedios?

—Sí, doctor.

Jude se quedó entonces atrás, aguardó unos minutos para recobrar el aliento, y volvió a casa con la sensación de haber dado un paso importante hacia Christminster.

Durante aquel par de semanas anduvo de un lado para otro sonriéndoles a sus propios pensamientos como si se tratara de personas a las que saludara al pasar... Sonreía con esa luminosa sublimidad que emana de los rostros jóvenes cuando se les ocurre alguna idea genial, como si tuvieran en el interior de sus naturalezas transparentes una luz sobrenatural que despertase la embriagada fantasía que el cielo derrama alrededor de ellos.

Cumplió puntualmente la promesa que le hizo al hombre de los mil remedios, en el cual confiaba ahora sinceramente, recorriendo kilómetros y kilómetros de aquí para allá, por las aldeas de los contornos, como si fuera un enviado del médico. La tarde convenida subió a la meseta, se apostó en el mismo lugar en que se había separado de Vilbert, y allí aguardó a que viniera. El médico ambulante fue bastante puntual; pero para sorpresa de Jude, al acomodar su marcha a la del viajero, que no la moderó ni una unidad de fuerza, este no reconoció a su joven acompañante, pese a que en el transcurso de los quince días las tardes habían alargado. Jude pensó que quizá se debía a que llevaba otro sombrero, y saludó al médico con dignidad.

—¿Bien, muchacho? —dijo este, abstraído.

—He venido —dijo Jude.

—¿Tú? ¿Y quién eres tú?... ¡Ah, ya..., claro! ¿Traes algún aviso, chaval?

—Sí.

Y Jude le dio los nombres y las direcciones de los campesinos que estaban dispuestos a probar las virtudes de las mundialmente famosas píldoras y pomadas. El charlatán tomó nota mentalmente con sumo cuidado.

—¿Y las gramáticas de latín y griego? —La voz de Jude temblaba de ansiedad.

—¿Qué gramáticas?

—Las que usted tenía que traerme, las que usó antes de graduarse.

—¡Ah, sí, sí! ¡Se me olvidaron por completo! Es que son tantas las vidas que dependen de mis cuidados, muchacho, que no puedo atender a otras cosas como sería mi deseo.

Jude se dominó lo suficiente para comprender lo que le decían, y luego repitió con una voz de tremenda desdicha:

—¡No me las ha traído!

—No. Pero tú me vas a traer más avisos de personas enfermas y yo te las traeré la próxima vez.

Jude se quedó atrás. Era un muchacho ingenuo, pero ese destello de fugaz

intuición que a veces tienen los niños le reveló inmediatamente cuán burda era la naturaleza de que estaba hecho aquel charlatán. Ninguna luz intelectual podía provenirle de esa fuente. Se le cayeron las hojas a su imaginaria corona de laurel. Se acercó a una valla, se recostó en ella y lloró amargamente.

A la decepción siguió un período neutro y vacío. Quizá podía haber comprado las gramáticas en Alfredston, pero para eso hacía falta dinero y saber qué libros tenía que pedir; y aunque materialmente estaba atendido, se encontraba en tan absoluta indigencia que no poseía ni un solo penique.

Por esas fechas, el señor Phillotson envió por el piano, y esto le abrió una posibilidad a Jude. ¿Por qué no escribir al maestro y pedirle por favor que le enviase las gramáticas de Christminster? Podía deslizar la carta dentro de la caja del instrumento, y seguro que llegaría a las manos deseadas. ¿Por qué no pedir que le enviara un manual cualquiera de segunda mano, que tendría todo el encanto de estar sazonado por el ambiente de la universidad?

Contarle a su tía este proyecto era echarlo a perder. Era preciso actuar solo.

Después de meditarlo un tiempo se puso manos a la obra, y el día, que fueron a llevarse el piano, que coincidió casualmente con su cumpleaños, metió la carta secretamente en la caja del embalaje, dirigida a su muy admirado amigo. No se atrevió a revelar la hazaña a su tía Drusilla por temor a que descubriese el motivo y le obligara a abandonar su proyecto. Se facturó el piano, y Jude esperó días y semanas; y todas las mañanas, antes de que su tía abuela se despertara, pasaba por la oficina de correos. Por fin, efectivamente, llegó un paquete para él, y a través de la envoltura notó que contenía dos libros delgados. Se lo llevó a un lugar solitario y se sentó a abrirlo en el tronco de un olmo derribado.

Desde el éxtasis de su primera visión de Christminster, Jude había meditado mucho y con gran interés sobre cuál sería el proceso por el que las expresiones de una lengua se transformaban en expresiones de otra. Y concluyó que la gramática de una determinada lengua debía contener en primer lugar una regla o clave para descifrar un contenido secreto, la cual, una vez conocida, le permitiría, con solo aplicarla, cambiar a voluntad todas las palabras del idioma propio en las de un idioma extraño. Esta idea pueril, de hecho, consistía en llevar hasta su último extremo la precisión matemática conocida en todo el mundo como Ley de Grimm, o sea, elevar las reglas rudimentarias a la perfección ideal. Y así, suponía que quienes poseían el arte de descifrar lenguas debían descubrir siempre las palabras del idioma propio, ocultas de algún modo en las del idioma extraño, y que este arte se adquiriría mediante los citados libros. Por tanto, cuando —después de observar que el paquete traía el matasellos de Christminster— cortó la cuerda, abrió los libros y hojeó la gramática latina que venía encima, apenas pudo dar crédito a sus

ojos.

Se trataba de un libro viejo: un libro que databa de treinta años atrás, sucio, con la firma de un nombre extraño trazada en un garabateo que era lo más opuesto a la letra de molde, y plagado de fechas de hacía veinte años. Pero no era esta la causa del asombro de Jude. Ahora se daba cuenta por vez primera de que no había ley alguna de transmutación, como había supuesto ingenuamente —la había en cierto modo, pero el gramático no la admitía—, sino que cada palabra griega y latina debía ser retenida separadamente en la memoria a fuerza de años de perseverancia.

Jude tiró los libros al suelo, se recostó en el enorme tronco y se sintió el ser más desdichado del mundo por espacio de un cuarto de hora. Como solía hacer a menudo, se echó el sombrero sobre la cara y atisbó los mitigados rayos del sol a través de las ranuras de su entramado. ¡Así que eso era el latín y el griego, esa gran decepción! El encanto que él había imaginado que le aguardaba era, en realidad, una labor comparable a la de Israel en Egipto.

¡Qué talento tendrían entonces los de Christminster y los de los grandes colegios, pensaba, para aprender miles y miles de palabras, una por una! Él no tenía cabeza para una empresa semejante; y mientras contemplaba la escasa luz del sol filtrada a través de su sombrero, deseó no haber visto jamás un libro, no llegar a ver ninguno más, y no haber nacido.

Cualquiera que hubiese pasado por allí podía haberle preguntado qué era lo que le causaba tanta aflicción, y podía haberle consolado diciéndole que sus ideas eran más avanzadas que las del que había escrito aquella gramática. Pero no pasó nadie, porque nadie pasa; y abrumado por el sentimiento de su gigantesca equivocación, Jude siguió deseando no estar en el mundo.

I. 5.

Durante los tres o cuatro años siguientes se estuvo viendo circular un vehículo singular y extraño por las trochas y senderos de los alrededores de Marygreen, conducido de manera igualmente extraña y singular.

En el transcurso de un mes o dos, después que recibiera los libros, la sensibilidad de Jude se había endurecido con la mala pasada que le habían jugado las lenguas muertas. De hecho, su desencanto ante la índole de esos idiomas había contribuido, al cabo del tiempo, a que aumentara su admiración por la erudición de Christminster. Aprender lenguas, ya fueran vivas o muertas, le parecía una proeza hercúlea por los inmensos escollos que ofrecían; y poco a poco se fue interesando en ellas aún más que si las cosas

hubieran discurrido como él tenía previsto. Lo montañoso del material bajo el que se hallaban las ideas de esos libros polvorientos llamados los clásicos, le decidió a adoptar el procedimiento tozudo, ratonil, de eliminarlo a pocos.

Se había empeñado en hacer su presencia tolerable a su áspera tía ayudándola lo mejor que podía, y el negocio de la pequeña panadería rural había aumentado en consecuencia. Había comprado un viejo caballo de cabeza bamboleante por ocho libras en una subasta, un chirriante carricoche de toldo descolorido por unas cuantas libras más, y con este medio de transporte realizaba Jude su trabajo de llevar pan tres veces por semana a los aldeanos y campesinos aislados de las inmediaciones de Marygreen.

Con todo, la susodicha singularidad radicaba menos en el vehículo en sí que en la manera de conducirlo Jude por los caminos. Su interior era el escenario donde se desarrollaba la mayor parte de la formación de Jude por medio de «estudios privados». Tan pronto como el caballo se aprendió el camino y las casas ante las que tenía que estar parado un rato, el muchacho, sentado en la parte delantera con las riendas sobre el brazo, el libro abierto y sujeto ingeniosamente con una correa del toldo, y el diccionario desplegado sobre sus rodillas, se sumergía en los pasajes más sencillos de César, Virgilio u Horacio, según el caso, a su manera torpe y desmañada, con un esfuerzo tal que habría hecho derramar lágrimas a cualquier pedagogo un poco sentimental; sin embargo, lograba descubrir de algún modo el significado de lo que leía y, más que comprender, adivinaba el espíritu del original que a menudo se apartaba, a juicio suyo, de lo que se le enseñaba a buscar.

Los únicos textos que había podido conseguir eran unas ediciones viejas de los Clásicos Delphin que habían caído en desuso, y que le habían costado poco por esa razón. Pero si eran malos para los escolares perezosos, para él, en cambio, resultaban bastante aceptables. El ensimismado y solitario panadero ambulante tapaba escrupulosamente las traducciones marginales, y solo recurría a ellas cuando necesitaba una explicación, como habría recurrido a un compañero o a un profesor al cruzarse con él. Y aunque Jude tenía pocas probabilidades de llegar a ser un hombre de ciencia con tan rudimentarios procedimientos, se hallaba en camino de encauzarse por donde él quería.

Mientras iba ocupado con estas páginas antiguas ya sobadas por manos que tal vez estaban ya en la tumba, desenterrando los pensamientos de estos espíritus tan remotos y tan próximos a la vez, el viejo y escualido caballo proseguía su camino, y Jude despertaba de los lamentos de Dido cuando el carro se detenía y oía la voz de alguna vieja que le gritaba:

—Hoy dos, panadero; y te devuelvo este que está duro.

Los viandantes y demás solían cruzarse con Jude por los caminos sin que él los viera, y la gente de la vecindad comenzó a murmurar sobre este método

suyo en el que combinaba el trabajo con la distracción (que así consideraban ellos el estudio), la cual, aunque probablemente resultara conveniente para él, en cambio atentaba contra la seguridad de los que frecuentaban las mismas vías públicas. Corrieron las habladurías. Entonces, un individuo de un pueblecito próximo a Marygreen fue a decirle al guardia municipal que no debía consentirle al chico de la panadera que leyese mientras conducía, y aun insistió en la obligación que tenía el alguacil de cogerle in fraganti y llevarle al tribunal de Alfredston, y encerrarle por prácticas peligrosas en la vía pública. Así que el guardia espío a Jude, y un día se encaró con él y le reprendió.

Como Jude tenía que levantarse a las tres de la madrugada para encender el horno, amasar y cocer el pan que distribuía después durante el día, por las noches se veía obligado a meterse en la cama en cuanto terminaba; de modo que, de no leer sus clásicos por los caminos, difícilmente dispondría de tiempo para estudiar. El único recurso, por tanto, era mantener los ojos bien abiertos a su alrededor, y dejar caer el libro disimuladamente tan pronto como viera aparecer a alguien a lo lejos y al municipal en particular. Para ser justos, hay que decir que este no tenía el menor deseo de tropezarse con el carro de Jude, considerando que, en un distrito tan solitario, el principal peligro lo corría el propio Jude; y así, cuando veía el toldo blanquecino asomando por encima de los setos, tomaba otra dirección.

Un día, cuando Fawley iba ya muy adelantado, pues contaba unos dieciséis años, después de haber estado luchando con el Carmen Saeculare camino de casa, alzó los ojos y vio que su carro pasaba en ese momento por el reborde de la meseta, cerca de la Casa Marrón. La luz había cambiado, y eso fue precisamente lo que le hizo levantar la vista. El sol se estaba ocultando al mismo tiempo que surgía la luna llena por detrás de los bosques, en el otro extremo del horizonte. Su espíritu se sintió tan embarazado por el poema que, llevado por la misma emoción que años antes le hiciera arrodillarse en la escala de mano, detuvo el caballo, se apeó y, mirando a su alrededor para cerciorarse de que no venía nadie, se arrodilló en el borde del camino con el libro abierto. Se volvió primero hacia la resplandeciente diosa, que parecía mirarle con gran dulzura y sumo rigor por sus acciones, luego hacia el resplandor agonizante del otro lado, y comenzó:

Phoebe silvarumque potens Diana!

El caballo permaneció inmóvil hasta que hubo terminado el himno, que Jude entonó bajo el influjo de un sentimiento politeísta al que jamás se habría atrevido a entregarse en pleno día.

Una vez en casa, meditó sobre la curiosa superstición, innata o adquirida, que le había impulsado a hacer eso, y sobre el extraño aturdimiento que había conducido a semejante desviación del sentido común y de las costumbres a

una persona como él, que aspiraba a ser en primer lugar un intelectual, pero en segundo, un teólogo cristiano. Eso le pasaba por leer obras paganas solamente. Cuanto más lo pensaba, más convencido se sentía de lo inconsciente de su comportamiento. Empezó a preguntarse si los libros que leía eran los adecuados para el objetivo de su vida. Efectivamente, parecía no haber mucha consonancia entre la literatura pagana y los colegios medievales de Christminster, aquel romance religioso tallado en piedra.

Finalmente consideró que en su amor puro por la lectura se había dejado llevar por una emoción reprobable en un joven cristiano. Se había enfrascado en el Homero de Clarke, pero no había llegado a entregarse nunca al estudio del Nuevo Testamento en griego, aunque poseía un ejemplar que le había mandado por correo un librero de viejo. Abandonó entonces el jónico ya familiar por un dialecto más moderno, y durante mucho tiempo limitó sus lecturas casi exclusivamente a los Evangelios y a las Epístolas, según el texto de Griesbach. Además, un día que fue a Alfredston entró en el conocimiento de la literatura patrística, al descubrir en la tienda del librero algunos volúmenes de los padres de la Iglesia de los que se había tenido que desprender un cura insolvente de la vecindad.

Otra novedad en este cambio de rumbo consistía en que los domingos se iba a visitar todas las iglesias cercanas y se dedicaba a descifrar las inscripciones latinas de las tumbas del siglo XV. En una de estas peregrinaciones se encontró con una vieja jorobada de gran inteligencia que leía todo lo que caía en sus manos, y le contó más cosas aún sobre los románticos encantos de la Ciudad de la luz y del saber. Y entonces decidió con más firmeza que nunca allá.

Pero ¿cómo vivir en aquella ciudad? En la actualidad no tenía absolutamente ningún ingreso. No tenía empleo ni oficio de ninguna clase, ni medios de subsistencia con que contar mientras durasen sus estudios, los cuales se prolongarían probablemente varios años.

¿Qué era lo más imprescindible para los ciudadanos? El alimento, la ropa y la casa. El sueldo de cualquier trabajo que se relacionara con lo primero era demasiado escaso; para dedicarse a lo segundo sentía cierta aversión; en cambio se sentía inclinado por la tercera necesidad. En una ciudad siempre se estaban construyendo edificios, así que aprendería el oficio de albañil. Pensó en un tío suyo al que no conocía, el padre de su prima Susana, un obrero que se dedicaba a trabajos religiosos de forja, y se dijo que el arte medieval, cualquiera que fuese la materia empleada, requería una serie de oficios por los que sentía él una cierta inclinación. No podía andar muy descaminado si seguía los pasos de su tío y trabajaba durante un tiempo en las moradas que cobijaban a aquellas lumbreras empapadas de saber.

Como primera providencia, se hizo con unos bloques pequeños de piedra, puesto que le era imposible conseguir metal, y, suspendiendo temporalmente los estudios, se dedicó a copiar a ratos perdidos las cabezas y los capiteles de su iglesia parroquial.

Había un modesto cantero en Alfredston, y tan pronto como encontró quien le sustituyera en el pequeño negocio de su tía, fue a ofrecer sus servicios a este hombre por un jornal insignificante. Aquí tuvo Jude la oportunidad de aprender al menos los rudimentos del arte de tallar la piedra. Algún tiempo después se presentó a un arquitecto de iglesias del mismo lugar, y bajo su dirección se convirtió en un hábil restaurador, trabajando en las partes ruinosas de varias iglesias de los pueblos de los alrededores.

Aunque no olvidaba que este aprendizaje era solo una base donde apoyarse mientras preparaba aquella obra más grande para la cual creía sentirse llamado, sin embargo encontraba esta ocupación interesante en sí misma. Se había buscado alojamiento en aquel pueblo para la semana, y regresaba a Marygreen todos los sábados por la tarde. Y así llegó a cumplir los diecinueve años, y los dejó atrás.

I. 6.

En esta época memorable de su vida, volvía un sábado de Alfredston a Marygreen a eso de las tres de la tarde. Hacía un tiempo hermoso, cálido y agradable de verano, y caminaba con las herramientas al hombro metidas en el capacho, y los cinceles pequeños tintineaban levemente al chocar contra los grandes. Era el final de la semana; había terminado pronto el trabajo y salía del pueblo dando un rodeo por un camino que no solía frecuentar, porque había prometido pasar por el molino cercano a Cresscombe para hacerle un encargo a su tía.

Se sentía exultante de optimismo. Le parecía vislumbrar ya el medio de vivir cómodamente en Christminster en cuanto transcurriera un año o dos, y se imaginaba a sí mismo llamando a la puerta de una de aquellas fortalezas del saber con las que tanto había soñado. Naturalmente, podía irse allá ahora mismo si quería, de una manera u otra, pero prefería entrar en la ciudad con algo más de seguridad de la que tenía ahora en cuanto a sus posibilidades. Una cálida satisfacción consigo mismo le invadía cuando consideraba lo que había hecho hasta ahora. De vez en cuando, mientras caminaba, iba captando de reojo fragmentos del paisaje de uno y otro lado. Pero apenas los veía; su gesto era una repetición maquinal de lo que acostumbraba hacer cuando no estaba tan ocupado, y lo único que verdaderamente le preocupaba era la estimación

que iba haciendo mentalmente de sus progresos hasta ahora.

«He logrado alcanzar el nivel del estudiante medio para leer a los clásicos antiguos corrientes; a los latinos en particular».

Era verdad; Jude tenía tal facilidad para esa lengua que podía distraerse en sus paseos solitarios imaginando sin esfuerzo conversaciones en latín.

«He leído dos libros de La Ilíada, y además conozco bastante bien algunos pasajes como el discurso de Fénix del libro noveno, el combate entre Héctor y Ajax del decimocuarto, la aparición de Aquiles desarmado y la descripción de su armadura celestial del decimooctavo y las ceremonias funerales del vigésimo tercero. He traducido también algo de Hesíodo, un trocito de Tucídides y buena parte del Nuevo Testamento griego... De todos modos, preferiría que solo hubiera un dialecto.

»He estudiado algo de matemáticas (incluidos los seis primeros libros de Euclides, más el octavo y el duodécimo) y de álgebra, hasta las ecuaciones simples.

»Sé algo de la Patrística y de la Historia romana e inglesa.

»Esto no es más que el principio. Pero aquí no adelantaré mucho más por lo difícil que resulta hacerse con los libros. Por eso debo concentrar primero todas mis energías en instalarme en Christminster. Una vez allí, progresaré tanto con la ayuda con que voy a poder contar, que todo lo que sé ahora me va a parecer pura ignorancia. Tengo que ahorrar dinero, y lo haré; uno de esos colegios me abrirá las puertas... y acogerá al que ahora despreciaría, aunque tenga yo que esperar veinte años para esa acogida.

»¡No pararé hasta ser doctor en teología!».

Y siguió soñando, y pensó que podría llegar a obispo observando una vida pura, esforzada, prudente y cristiana. ¡Y qué ejemplo daría! Si sus ingresos fueran de 5.000 libras al año, buscaría la forma de repartir 4.500 entre los demás y con el resto aún tendría él para vivir regaladamente. Bueno, pensándolo bien, llegar a obispo era absurdo. Pondría el límite en archidiácono. Quizá podía uno ser tan bueno, tan instruido y tan hombre de provecho en su función de archidiácono como en la de obispo. No obstante, volvió a pensar en ser obispo.

«De momento, tan pronto como me encuentre instalado en Christminster, me pondré a estudiar los libros que no he podido encontrar aquí: Tito Livio, Tácito, Herodoto, Esquilo, Sófocles, Aristófanes...».

—¡Eh, eh! ¡Oye! —llamaron alegremente unas voces desde el otro lado del seto; pero él ni siquiera se enteró. Sus pensamientos seguían por el mismo derrotero:

«... Eurípides, Platón, Aristóteles, Lucrecio, Epícteto, Séneca, Antonino. Luego tendré que dominar otras materias: La Patrística entera, el venerable veda y toda la historia de la Iglesia; un poco de hebreo... porque solo conozco las letras...».

—¡Eh, oye!

«... Pero estudiaré mucho. Tengo capacidad para ello a Dios gracias, y eso es lo que cuenta... Sí, Christminster será mi alma mater, y yo seré su hijo amado, en quien ella pondrá toda su complacencia».

Sumido profundamente en estas consideraciones sobre el futuro, Jude había ido aflojando la marcha hasta detenerse del todo, y ahora miraba el suelo como si estuviera allí mismo su futuro, proyectado por una linterna mágica. De pronto, algo vino a estamparse sonoramente contra su oreja, y se percató de que le habían lanzado una cosa blanda y fría que luego había caído a sus pies.

Se agachó y vio lo que era: un trozo de carne; la parte característica del cerdo castrado que los campesinos emplean para engrasarse las botas porque no sirve para otra cosa. Los cerdos abundaban por aquellos alrededores, pues en ciertas regiones del norte de Wessex los criaban y cebaban en grandes cantidades.

Al otro lado del seto corría un riachuelo, y de allí provenían, ahora se daba cuenta por primera vez, los gritos y las risas que se habían mezclado a sus pensamientos. Subió al terraplén y se asomó por encima del seto. En la otra orilla del riachuelo se alzaba una casita con su huerto y una piara de cerdos; frente a ella, junto al arroyo, había tres muchachas arrodilladas, rodeadas de cubos y barreños llenos de despojos de cerdo que ellas lavaban en el agua corriente. Uno o dos pares de ojos miraron con picardía hacia arriba, y al percatarse de que por fin habían atraído su atención, y que las estaba mirando, se dispusieron a dejarse examinar con un gesto de modestia, mientras reanudaban afanosas la tarea de enjuagar.

—¡Muchas gracias! —dijo Jude con severidad.

—¡Yo no he sido, que conste! —afirmó una muchacha dirigiéndose a una compañera, como si no se hubiera enterado de la presencia del joven.

—Ni yo —contestó la segunda.

—¡Oh, Anny, mira que tienes valor! —dijo la tercera.

—¡De tirar yo algo, no habría sido eso!

—¡Bah, a mí ese me tiene sin cuidado!

Se echaron a reír, y prosiguieron su trabajo sin levantar la vista, mientras

seguían acusándose unas a otras.

Jude adoptó un aire de sarcasmo ante sus comentarios, mientras se limpiaba.

—Tú no has sido... ¡qué va! —dijo a la de más arriba de la corriente.

Era una graciosa muchacha de ojos oscuros a la que se dirigía; no era hermosa, aunque podía pasar por tal a cierta distancia, pese a la aspereza de su piel y de su carácter. Tenía un busto redondo y prominente, labios llenos, dientes perfectos y el sano color de un huevo de gallina de la Cochinchina. Era una hembra sólida y completa: ni más ni menos; y Jude estaba casi seguro de que había sido ella la que le había sacado de sus meditaciones sobre las Letras, haciendo que se fijara en lo que a ellas les bullía en la cabeza.

—Tú qué sabes —dijo ella con energía.

—Sea lo que sea, desperdicia lo ajeno.

—Bah, eso no es nada.

—Pero queréis hablar conmigo, ¿no?

—Sí, si no te importa.

—¿Cruzo yo, o vienes tú hacia ese puente de ahí arriba?

Puede que ella vislumbrara la oportunidad; como quiera que sea, los ojos de la muchacha se quedaron fijos en los suyos cuando dijo eso, y mostraron un destello fugaz de entendimiento, un mensaje de muda atracción in posse, entre ella y él, que por lo que se refería a Jude Fawley, no tenía la menor premeditación. Ella vio que la había distinguido de las otras, como se suele distinguir a una mujer en estos casos, no con el propósito deliberado de hacer amistad, sino obedeciendo a una orden enteramente ajena, tal como la reciben inconscientemente los hombres desdichados, cuando lo último que se les ocurriría es ocuparse de las mujeres.

Ella se puso en pie de un salto y dijo:

—Trae eso que ha caído ahí.

Jude comprendió ahora que el hecho de haberle llamado no tenía nada que ver con los intereses de su padre. Dejó en el suelo su capacho de herramientas, recogió la piltrafa; se abrió paso con el bastón y saltó el seto. Caminaron paralelamente cada uno por una orilla del riachuelo hacia el puentecito. Cuando ya estaban cerca, la muchacha, sin que Jude se percatara de ello, succionó la parte interior de sus propias mejillas con un hábil movimiento, lo que originó en la superficie suave y rotunda de su cara unos hoyuelos perfectos que podía mantener el tiempo que estuviera sonriendo. Muchas chicas intentaban hacerse esos hoyuelos en las mejillas, pero eran pocas las

que lo lograban con tanta perfección.

Se encontraron en el centro de la pasarela. Jude le devolvió el proyectil, esperando que le explicara por qué le había detenido en su camino disparándole aquello, en vez de llamarle por las buenas.

Pero ella se puso a mirar de reojo hacia el otro lado y comenzó a balancear el cuerpo adelante y atrás, apoyada en la barandilla del puente; finalmente, movida por una curiosidad erótica, volvió los ojos hacia él para examinarle.

—No irás a creer que yo soy capaz de tirarte cosas, ¿verdad?

—Claro que no.

—Estamos haciendo esto para mi padre, y como es natural él no quiere que se desperdicie nada. Eso sirve para engrasar el cuero. —Señaló con la barbilla el trozo que había quedado sobre la hierba.

—¿Por qué me lo habrán tirado las otras? —preguntó Jude aceptando cortésmente su explicación, aunque dudaba mucho que fuera cierta.

—Porque no tienen vergüenza. No vayas a decir por ahí que he sido yo, ¿eh?

—¿Por qué iba a hacerlo? No sé cómo te llamas.

—Es verdad. ¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Arabella Donn. Vivo aquí.

—Si pasara a menudo por este camino, seguro que ya lo sabría. Pero normalmente voy más directo por la carretera general.

—Mi padre cría cochinos, y esas muchachas me están ayudando a lavar tripas para el embutido y cosas así.

Hablaron un poco más, y otro poco más, allí de pie, mirándose el uno al otro recostados sobre la barandilla del puente. La muda llamada de la mujer al hombre, que emanaba con claridad de toda la persona de Arabella, retuvo a Jude en contra de su intención, casi en contra de su voluntad, y de un modo enteramente nuevo para su experiencia. No sería exagerado decir que hasta ese momento Jude no había mirado nunca a una mujer como tal, sino que había tomado vagamente el sexo opuesto como algo totalmente ajeno a su vida y a sus proyectos. De sus ojos, pasó a contemplar su boca, y su pecho, y sus brazos desnudos, redondos, mojados, ligeramente enrojecidos por el frío del agua, y firmes como el mármol.

—¡Qué chica más guapa eres! —murmuró, aunque no habría hecho falta palabras para expresar la atracción que experimentaba hacia ella.

—¡Ah, pues tenías que verme los domingos! —dijo ella con picardía.

—¿Crees que podría? —preguntó él.

—Eso tú sabrás. Por ahora no sale nadie conmigo, aunque puede que cambie la cosa para dentro de una semana o dos.

Habló sin sonreír, y los hoyuelos desaparecieron.

Jude se sintió llevado por un impulso extraño, sin poderlo evitar.

—¿Me dejarías?

—Bueno.

Arabella se las había arreglado para hacerse nuevamente un hoyuelo volviendo la cara un momento y repitiendo la extraña succión de sus mejillas, en tanto Jude seguía sin tener de ella más que una impresión general.

—¿Entonces, el domingo que viene —aventuró él—, o sea mañana?

—Sí.

—¿Vengo a buscarte?

—Sí.

El rostro de ella se iluminó con un ligero rubor de triunfo, le envolvió con una mirada casi de ternura al despedirse; y regresando por el borde del riachuelo, se reunió con sus compañeras.

Jude Fawley se echó al hombro el capacho de herramientas y reanudó su solitario camino, henchido de un ardor ante el cual se sentía perplejo. Acababa de aspirar el soplo ligero de una atmósfera que flotaba en torno a él allá por donde iba, aunque había estado siempre aislado de ella como por una campana de cristal. Los propósitos de estudiar y aprender, que con tanta precisión se había fijado solo unos minutos antes, se estaban viniendo abajo sin saber cómo.

«Bueno, no es más que un poco de distracción», se dijo, con la vaga impresión de que la chica que le había atraído tenía las maneras vulgares y la cabeza algo hueca; esto le obligó a confesarse a sí mismo que la única razón para ir a buscarla era su propio deseo de divertirse. Notaba en ella, además, algo que se oponía diametralmente a esa parte de sí mismo que se relacionaba con los estudios literarios y con los sueños grandiosos de Christminster. Ninguna vestal habría elegido ese proyectil como pretexto para abordarle. Esto lo vio con los ojos de la inteligencia en un instante fugaz, como podría ver un cartel en una pared iluminada por un faro, momentos antes de apagarse y quedar envuelto nuevamente por la oscuridad. Luego, esta transitoria clarividencia se disipó, y Jude perdió la noción real de las cosas ante el goce

de un placer nuevo e impetuoso, el de haber encontrado un nuevo cauce de interés emocional insospechado hasta ahora, aun cuando siempre lo había tenido muy cerca. Y este placer enardecedor del otro sexo iba a encontrarlo el próximo domingo.

Entretanto, la muchacha se había reunido con sus compañeras y había reanudado en silencio los golpes y chapuzones de despojos en el agua transparente.

—¿Qué, ya está en el bote? —preguntó lacónicamente la que se llamaba Anny.

—No sé. ¡Ahora pienso que le tenía que haber tirado otra cosa! —se lamentó Arabella.

—¡Pues sí! Ese es un donnadie, aunque a ti no te lo parezca. Antes andaba con el viejo carromato del pan de Drusilla Fawley haciendo el reparto por las afueras de Marygreen, hasta que se metió a aprendiz en Alfredston. Desde entonces va muy tieso y lee mucho. Dicen que quiere ser estudiante.

—Me tiene sin cuidado lo que sea o lo que deje de ser, hija mía; ¡así que no te preocupes!

—¡Vamos! ¡No nos vengas con historias! ¿Entonces para qué te has puesto a hablar con él, si no te interesa? De todas maneras ese es infeliz como un crío. Me he dado cuenta mientras coqueteabas con él en el puente; te miraba como si no hubiera visto a una mujer en su vida. En fin, el muchacho será de la mujer que se lo proponga, si ella lo sabe hacer bien.

I. 7.

Al día siguiente, Jude Fawley meditaba en su habitación abuhardillada mientras contemplaba los libros de la mesa y la mancha negra que se había formado en el techo con el humo de su lámpara durante los meses pasados.

Era la tarde del domingo, veinticuatro horas después de haber conocido a Arabella Donn. Durante toda la semana había estado pensando en reservarse esta tarde para una tarea especial: releer el Nuevo Testamento en su texto griego. Tenía otro con mejor tipo de letra que el viejo, el cual seguía la edición de Griesbach con correcciones de numerosos eruditos y comentarios adicionales al margen. Estaba orgulloso de este nuevo libro que había adquirido nada menos que escribiendo a la misma editorial londinense que lo publicaba, cosa que jamás había hecho hasta entonces.

Había disfrutado de antemano pensando en esta tarde dedicada a la lectura,

bajo el techo pacífico de la casa de su tía abuela, como antes, en donde ahora dormía solo dos noches por semana. Pero el día antes había tenido lugar un gran acontecimiento, había sufrido un gran impacto en la suave y silenciosa corriente de su vida, y sintió lo mismo que debe de sentir una serpiente al mudar su vieja piel y no comprender el brillo y la sensibilidad de la nueva.

Definitivamente, no iría a buscarla. Se sentó, abrió el libro, y con los codos clavados en la mesa y las manos en las sienes, empezó por el principio:

Η ΚΑΙΝΗ ΔΙΑΘΗΚΗ

¿No había prometido pasar a recogerla? ¡Claro que sí! Ella le estaría esperando encerrada en su casa, y desperdiciaría la tarde entera por su culpa. Pero además, aparte de su promesa de ir a buscarla, había en ella un no sé qué que le atraía sobremanera. No podía faltar a su promesa. Aunque solo contaba con los domingos y las noches de entresemana para leer, bien podía permitirse un día de expansión; sobre todo teniendo en cuenta que los demás se permitían tantos. Después, probablemente no volvería a verla. En efecto, dados los proyectos que tenía, era prácticamente imposible.

En suma, era como si un brazo de extraordinaria fuerza le agarrara materialmente y tirara de él: era algo que no tenía nada que ver con los impulsos y las inclinaciones que le habían movido hasta el presente. Esta fuerza parecía tener muy poco en cuenta su inteligencia y su voluntad, se saltaba sus objetivos pretendidamente elevados, y le arrastraba como un maestro de escuela furioso arrastra a un escolar cogiéndole por el cuello de la camisa, empujándole a abrazar a una mujer por la que no sentía el menor respeto y cuya vida no tenía nada en común con la suya propia, salvo el lugar donde vivían.

Arrumbó el ΚΑΙΝΗ ΔΙΑΘΗΚΗ, y el predestinado Jude se levantó de un salto y salió disparado de la habitación. Previendo esta eventualidad se había vestido ya con sus mejores ropas. En tres minutos salió de casa y bajó por el sendero que cruzaba el ancho valle sembrado de maíz, hacia la solitaria casa de Arabella situada en la hondonada del otro lado de la cuesta.

Mientras caminaba consultó su reloj. Podía estar de regreso en dos horas, y aún tendría tiempo de sobra para leer después de merendar.

Dejó atrás los abetos raquíuticos y el caserón donde el camino se juntaba con la carretera, apretó el paso y dobló a la izquierda bajando la cuesta que descendía a poniente de la Casa Marrón. Llegó al arroyo que arrancaba al pie mismo de la elevación arcillosa, y a partir de aquí siguió el curso de la corriente hasta que llegó a la casa. Un olor a pocilga emanaba de la parte trasera, junto con los gruñidos de quienes lo provocaban. Cruzó el huerto y llamó a la puerta con el puño de su bastón.

Alguien le había visto por la ventana, porque una voz de hombre dijo en el interior:

—¡Arabella! ¡Aquí está el joven que viene a cortejarte! ¡Apura, niña!

Jude hizo una mueca al oír aquello. Cortejar, en el sentido práctico que evidentemente encerraban las palabras de aquel hombre, era lo último que se le había ocurrido a él. Iba a pasear con ella; tal vez le daría un beso; pero eso de «cortejarla» resultaba, en verdad, algo frío y deliberado que contrastaba excesivamente con sus intenciones. Se abrió la puerta y entró justo en el momento en que bajaba Arabella vestida con deslumbrantes atavíos.

—Siéntese, señor como-se-llame —dijo su padre, hombre enérgico, de negras patillas, en el mismo tono que Jude le había oído desde el exterior.

—Yo preferiría salir inmediatamente, ¿tú no? —susurró ella a Jude.

—Sí —dijo él—. Daremos un paseo hasta la Casa Marrón, y luego volveremos; dentro de media hora podemos estar aquí.

Arabella estaba tan bonita en medio de aquella suciedad que la rodeaba, que se alegró de haber venido, disipándose todos los recelos que hasta ese momento le habían atormentado.

Subieron primeramente hasta lo alto de la gran loma, y durante el ascenso tuvo que darle la mano unas cuantas veces para ayudarla. Después torcieron a la izquierda, a lo largo de la cresta, hasta el camino; y luego siguieron por él hasta donde se cruzaba con la carretera junto a la Casa Marrón, escenario en otro tiempo de sus fervientes anhelos por contemplar Christminster. Pero ahora lo había echado en olvido. Habló con Arabella de las trivialidades más corrientes del lugar con más ardor del que habría puesto en discutir todas las filosofías con todos los profesores de su hasta entonces adorada Universidad, y pasó por el sitio donde se arrodillara ante Diana y Febo sin acordarse de tales personajes mitológicos, ni ocurrírsele que el sol pudiera ser otra cosa que una utilísima lámpara que servía para iluminar el rostro de Arabella. Una indescriptible ligereza de pies le impulsaba a continuar; y Jude, el estudiante incipiente, el futuro doctor, profesor, obispo o lo que fuera, se sintió honrado y glorificado por la condescendencia que su hermosa aldeana tuvo al acceder a salir con él con sus perifollos domingueros.

Llegaron al granero de la Casa Marrón, lugar donde había pensado él dar la vuelta. Al contemplar el inmenso paisaje que se extendía hacia el norte, descubrieron con sorpresa una densa humareda que se elevaba en las proximidades de una aldea, a una distancia de unos tres kilómetros.

—¡Un incendio! —dijo Arabella—. ¡Corramos a verlo! ¡No está lejos!

La ternura que había nacido en el pecho de Jude le había anulado la

voluntad para negarse ahora a esta sugerencia... sugerencia que por otra parte le gustaba, ya que le proporcionaba un pretexto para estar más tiempo con ella. Bajaron la cuesta del cerro casi al trote; pero al llegar al terreno llano del fondo, y después de andar kilómetro y pico, vieron que el fuego estaba mucho más lejos de lo que les había parecido al principio.

Sin embargo, como estaban ya de camino, continuaron; pero hasta las cinco no llegaron al lugar. En total resultó que estaba a unos nueve kilómetros de Marygreen y a unos cuatro de la casa de Arabella. Entretanto, el siniestro había sido dominado, y después de un breve reconocimiento de las lúgubres ruinas, volvieron sobre sus pasos pasando por el pueblo de Alfredston.

Arabella dijo que le gustaría tomar un té y entraron en una taberna de ínfima categoría. Al no pedir cerveza, tuvieron que aguardar largo rato. La criada reconoció a Jude y fue a contarle a la patrona su asombro al ver lo bajo que de repente había caído él, el estudiante «que se daba tantos humos», hasta el punto de salir en compañía de Arabella. Esta se figuró lo que estaban hablando, y se echó a reír al sorprender la seria y tierna mirada de su enamorado, con esa risa baja y triunfal de la mujer despreocupada que ve que se ha salido con la suya.

Se sentaron y se pusieron a mirar a su alrededor, entreteniéndose en contemplar un cuadro de Sansón y Dalila que colgaba de la pared, las manchas circulares de cerveza que había sobre la mesa y las escupideras del suelo llenas de serrín. Aquel ambiente ejercía sobre Jude ese efecto deprimente que pocos lugares pueden producir como una taberna en una tarde de domingo, cuando los rayos del sol poniente entran ya sesgados, y no hay un solo cliente, y el desdichado viajero se encuentra con que no tiene otro sitio donde refugiarse.

Empezaba a oscurecer. La verdad es que ya no podían esperar más por el té, dijeron.

—Entonces, ¿qué hacemos? —dijo Jude—. Son cuatro kilómetros de camino hasta tu casa.

—Podemos tomar cerveza —dijo Arabella.

—¡Cerveza, claro! No se me había ocurrido. Aunque confieso que eso de venir a una taberna a beber cerveza un domingo por la tarde me resulta raro.

—Pero no hemos venido a eso.

—No; es cierto. —Jude tenía ya ganas de encontrarse lejos de aquella atmósfera desagradable; pero pidió cerveza, y se la sirvieron en seguida.

Arabella la probó.

—¡Puaf! —exclamó.

Jude la probó.

—¿Qué le pasa? —preguntó—. La verdad es que yo no entiendo mucho de cerveza. Me gusta bastante, pero no conviene para el estudio; por eso prefiero el café. Pero esta parece buena.

—Está adulterada... ¡No quiero ni probarla! —Y citó tres o cuatro ingredientes que había notado en la bebida, además del lúpulo y la malta, ante el asombro de Jude.

—¡Cuánto sabes! —dijo él de buen humor.

No obstante, cogió ella otra vez su vaso de cerveza y se lo bebió antes de emprender el camino. Acababa de oscurecer y, tan pronto como pasaron las luces del pueblo, caminaron más juntos, hasta rozarse. Ella se preguntaba por qué no la cogía por la cintura, pero no la cogió; solamente se atrevió a decirle lo que él consideraba un gran atrevimiento:

—Agárrate de mi brazo.

Se cogió, pegándose a él hasta el hombro. Jude sintió el calor de su cuerpo contra el suyo, se pasó el bastón al otro brazo y cogió con su mano derecha la derecha de ella.

—Ahora vamos bien juntos; ¿no, cariño? —observó él.

—Sí —dijo ella, y añadió para sí misma: ¡Es un tímido! «¡Qué atrevido me he vuelto!», iba pensando él.

Así prosiguieron el camino, hasta que llegaron al pie de la altiplanicie, y vieron el blanco camino que ascendía ante ellos bajo el resplandor de la luna. Desde allí, el único camino para llegar a casa de Arabella era subir la pendiente y sumergirse después en el valle de la derecha. No hacía mucho que habían empezado a subir la cuesta, cuando por poco chocan con dos hombres a quienes no habían visto.

—Enamorados... A esos te los encuentras fuera de casa en todas las épocas del año, haga el tiempo que haga... Enamorados y perros vagabundos, nada más —dijo uno de los hombres, cuando desaparecían cuesta abajo.

Arabella rio ligeramente.

—¿Somos enamorados? —preguntó Jude.

—Tú sabrás.

—Pero ¿tú qué opinas?

Por toda respuesta, ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Jude comprendió la indirecta, y rodeándola por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó.

No caminaron ya cogidos del brazo, sino enlazados como ella quería. Después de todo, no tenía importancia en esta oscuridad, se dijo Jude. Al llegar a la mitad de la cuesta de la extensa loma, se detuvieron como si se hubieran puesto de acuerdo, y él la volvió a besar. Y llegaron arriba del todo y la besó otra vez.

—Puedes seguir con el brazo ahí, si quieres —dijo ella con dulzura.

Él lo dejó, pensando cuán confiada era.

De este modo, siguieron caminando despacio hacia la casa. Él había salido de su habitación a las tres y media con idea de sentarse otra vez ante el Nuevo Testamento alrededor de las cinco y media. Eran las nueve cuando, después de otro abrazo, se dispuso a dejarla en la puerta de la casa paterna.

Ella le pidió que entrara aunque no fuera más que un minuto, puesto que de otro modo haría raro; parecería como si hubiese estado sola por ahí, por esos caminos oscuros. Accedió él y entró tras ella. No hizo más que abrirse la puerta, cuando vio que además de sus padres había varios vecinos sentados en reunión. Todos hablaron en tono de felicitación, y le tomaron por novio formal de Arabella.

No pertenecían al círculo en el que él se desenvolvía, así que se sintió desplazado y cohibido. No era esto lo que había pretendido; lo único que había querido era pasar una agradable tarde de paseo con Arabella. No permaneció allí más tiempo que el necesario para hablar un momento con la madrastra de ella, mujer simple y tranquila, sin voluntad ni carácter; y luego de dar a todos las buenas noches, se sumergió por el sendero que remontaba el valle con una sensación de alivio.

Pero esta sensación fue solamente momentánea: el influjo de Arabella se impuso en seguida en su espíritu. Caminaba como sintiéndose distinto al Jude del día anterior. ¿Qué representaban los libros para él? ¿Qué le importaban sus proyectos, a los que tan estrictamente se había plegado hasta ahora, hasta el extremo de no malgastar un solo minuto, día tras día? «¡Malgastar!». Eso es algo cuyo sentido depende de tu propio punto de vista: ahora empezaba a vivir por primera vez, no a malgastar su vida. Era preferible amar a una mujer que graduarse o hacerse sacerdote; ¡sí, era incluso mejor que llegar a ser papa!

Cuando llegó a casa, su tía se había acostado, y parecía que sobre la superficie de todas las cosas de su alrededor estaba escrito un sentimiento reprobatorio por su falta de aplicación. Subió la escalera sin luz, y la oscuridad de su habitación le acogió con una pregunta descorazonadora. Allí estaba el libro abierto, tal como lo había dejado, y las letras mayúsculas del título le miraban con insistente reproche, a la luz gris de las estrellas, como los ojos abiertos de un muerto:

H KAINH ΔΙΑΘΗΚΗ

Jude tenía que salir temprano a la mañana siguiente para pasar la semana en Alfredston, donde normalmente vivía de pensión; y con un sentimiento de futilidad, echó en su capacho, sobre las herramientas y demás cosas necesarias, el libro que se había traído y había quedado sin leer.

Guardó su aventura sentimental como un secreto casi hasta para sí mismo. Arabella, por el contrario, la contó a todas sus amigas y conocidas.

Caminando bajo las primeras claridades de la madrugada por la carretera que había recorrido unas horas antes en la oscuridad de la noche al lado de su amada, llegó al pie del cerro y moderó la marcha hasta detenerse. Estaba en el lugar donde le había dado el primer beso. El sol acababa de salir, así que seguramente no había pasado nadie por allí desde entonces. Jude miró al suelo y suspiró. Se fijó con más atención, y pudo descubrir en la tierra húmeda las huellas de sus pies, de cuando estuvieron abrazados los dos. Ahora ella no estaba allí, y los «bordados de la imaginación sobre el cañamazo de la naturaleza» le dibujaron su pasada presencia de tal modo que le abrían un vacío en el corazón que no podía llenar con nada. Había un sauce desmochado cerca del lugar y este sauce era distinto de todos los demás sauces del mundo. Su más ferviente deseo habría sido la absoluta supresión de los seis días que debían transcurrir antes de que pudiera verla de nuevo como le había prometido, aunque solo le quedara una semana de vida.

Hora y media más tarde pasó Arabella por allí mismo con sus dos compañeras del sábado. Y pasó sin fijarse siquiera en el lugar donde se dieran el beso, ni en el sauce que lo indicaba, aunque hablaba y hablaba del suceso sin el menor recato con las otras dos.

—¿Y qué te dijo después?

—Y entonces dijo... —Y relató casi punto por punto algunas de las frases más tiernas. De haber estado Jude tras el seto se habría llevado una sorpresa mayúscula al ver cuán poco secretos eran sus dichos y hechos de la noche anterior.

—¡Ese te quiere; que me ahorquen si no! —murmuró Anny de manera sentenciaría—. ¡Me alegro por ti!

Al cabo de unos instantes, Arabella contestó con un tono extrañamente bajo, hambriento, de latente sensualidad:

—¡Me quiere, sí! Pero yo lo necesito para algo más que para quererme; quiero que sea mi marido... ¡que se case conmigo! Eso es. No podría pasarme sin él. Es la clase de hombre que me gusta. ¡Me volvería loca si no llegara a ser suya completamente! ¡Me di cuenta desde el primer momento!

—Puesto que es tan romántico, tan recto y tan caballeroso, no te será difícil conquistarle, y hasta hacerle tu marido, si lo sabes hacer bien.

Arabella se quedó meditando un momento.

—¿Y cómo lo tengo que hacer? —preguntó.

—Conque no lo sabes, ¿eh?... —dijo Sara, la tercera muchacha.

—¡Palabra que no!... Aparte de lo normal, claro; o sea salir juntos y procurar que no se pase de la raya.

La tercera muchacha dirigió una mirada a la segunda:

—¡No lo sabe!

—¡Ya se ve! —dijo Anny.

—¡Y eso que ha vivido en una ciudad, como quien dice! Bueno, pues nosotras podríamos enseñarte unas cuantas cosas a ti, igual que tú podrías enseñarnos otras a nosotras.

—Sí. ¿Y dices que hay una manera infalible de hacer tuyo a un hombre? ¡Tómame por una ingenua si te da la gana, pero haz el favor de explicármelo!

—Como marido, ¿eh?

—Como marido.

—Siempre que se trate de un campesino serio y formal como él; pero ¡por Dios, no vayas a pensar que me refiero a un soldado, un marinero o a uno de esos que van de pueblo en pueblo o de los que engañan a las pobres mujeres! ¡No quisiera yo que perjudicaran a una amiga!

—¡O sea, que solo vale para uno como él!

Las compañeras de Arabella se miraron, alzaron los ojos con gesto burlón y sonrieron con picardía. Después, una de ellas se acercó a Arabella y, a pesar de que no había nadie por allí cerca, le proporcionó cierta información en voz baja, mientras la otra observaba curiosa el efecto que producía en su semblante.

—¡Ah! —exclamó Arabella lentamente—. ¡No se me había ocurrido!... Pero supón que él no es tan honrado. ¡Después podría pesarle a la mujer el haberlo intentado!

—¡La que nada arriesga, nada tiene! Además, te aseguras de su honradez antes de lanzarte. Así podrás estar bien tranquila. ¡Ojalá tuviera yo ocasión! Eso lo hacen un montón de chicas; o ¿cómo crees tú que llegan a casarse?

Arabella siguió meditando en silencio.

—¡Lo intentaré! —murmuró, pero sin dirigirse a ellas.

I. 8.

Un fin de semana, como de costumbre, salió Jude de Alfredston en dirección a Marygreen para ir a casa de su tía; el camino tenía ahora grandes atractivos para él, muy distintos al de visitar a su vieja y malhumorada parienta. Se desvió a la derecha antes de subir la cuesta del cerro por el simple deseo de ver a Arabella al pasar, aparte de sus citas de rigor. Antes de llegar a la casa, su atenta mirada descubrió la parte superior de su cabeza moviéndose vivamente de un lado a otro por encima del seto del huerto. Al traspasar la verja se encontró con que tres cerdos flacos y jóvenes se habían escapado de la pocilga saltando nada menos que por encima del cercado, y que estaba luchando ella sola con los bichos para hacerlos entrar por la puerta que había dejado abierta. Su semblante cambió la expresión rígida del trabajo por la dulzura del amor cuando vio a Jude y le dirigió una lánguida mirada. Los animales aprovecharon esta pausa y escaparon corriendo.

—¡Acababan de meterlos ahí esta mañana! —exclamó, dispuesta a seguir persiguiéndolos, a pesar de la presencia de su enamorado—. Ayer mismo los trajeron de la granja Spaddleholt, donde los compró padre bastante caros. ¡Y ahora los muy estúpidos quieren volverse allí! ¿Quieres cerrar la verja, cariño, y ayudarme a encerrarlos otra vez? No hay ningún hombre en casa, solo madre, y se perderán si los dejamos.

Se puso a ayudarla, corriendo de aquí para allá, y saltando por encima de las hileras de patatas y coles. De cuando en cuando corrían juntos los dos, y entonces él la cogía un momento y la besaba. El primer cerdo lo atraparon rápidamente; el segundo costó un poco más; el tercero, que era un bicho de patas largas, se mostró más ágil y porfiado. Se metió por un agujero del seto y, una vez fuera, echó a correr por el sendero.

—¡Se perderá si no lo seguimos! —dijo ella—. ¡Ven conmigo!

Arabella salió disparada del huerto con Jude a su lado, esforzándose por no perder de vista al fugitivo. De cuando en cuando, le gritaban a algún muchacho que les agarrara el animal, pero este se revolvía siempre y echaba a correr como antes.

—Dame la mano, cariño —dijo Jude—. Te estás quedando sin aliento.

Ella le dio encantada su cálida mano, y siguieron juntos al trote.

—Esto pasa por traerlos a pie —observó ella—. Se acuerdan siempre del

camino de vuelta. Los tenían que haber transportado.

Entretanto, el cerdo había llegado a un portón abierto que daba libre acceso hacia el cerro, y echó a correr con toda la ligereza que le permitían sus cortas patas. Tan pronto como sus perseguidores lo cruzaron y coronaron la cuesta, comprendieron que tenían que ir hasta la misma granja si querían cogerlo. Desde esas alturas se divisaba al animal como un bultito diminuto que seguía derecho hacia su antigua casa.

—¡Es inútil! —exclamó Arabella—. Llegará allí mucho antes que nosotros. Ya no importa, ahora que sabemos que no se ha perdido ni lo han robado por el camino. Verán que es nuestro y nos lo devolverán. ¡Santo cielo, qué calor tengo!

Sin soltarse de la mano de Jude, se dejó caer en el césped, al pie de un espino achaparrado, haciendo caer a Jude de rodillas al mismo tiempo.

—¡Ay, perdona!... Casi te tiro al suelo. ¡Pero es que estoy rendida!

Ella se echó boca arriba, muy derecha, sobre el césped mojado de la cima del cerro, y contempló la inmensidad azul del cielo reteniendo aún cálidamente la mano de Jude. Este se recostó con el codo junto a ella.

—Hemos estado corriendo para nada —continuó ella; su pecho subía y bajaba en agitada respiración. Tenía el rostro encendido, los rojos labios entreabiertos y la piel empañada por un ligero velo de sudor—. Bueno..., ¿por qué no dices nada, cariño?

—Estoy reventado yo también de tanto correr monte arriba.

Estaban absolutamente solos... en la más completa de las soledades, rodeados de un paraje desierto. Nadie podría acercarse a un kilómetro de distancia sin que ellos le viesan. De hecho, se encontraban en uno de los puntos más elevados del condado, desde donde podían distinguirse los alrededores de Christminster en la lejanía. Pero Jude no pensaba en ello en ese momento.

—¡Mira qué cosa tan preciosa estoy viendo en el árbol este! —dijo Arabella—. Es una especie de oruga de color verde y amarillo, como no la has visto tú jamás.

—¿Dónde? —preguntó Jude incorporándose.

—Desde ahí no puedes verla...; tienes que ponerte aquí —dijo ella.

Él se acercó y juntó su cabeza a la de ella.

—No... no la veo —dijo.

—Mira, ahí; donde sale la rama, junto a esa hoja que se mueve... ¡ahí!

—No la veo —repitió él con la cabeza junto a la mejilla de ella—. Pero seguro que la veré levantado. —Y se puso de pie, mirando en la misma dirección que ella.

—¡Qué tonto eres! —exclamó ella contrariada, apartando la cara.

—Si no la veo, qué más da; ¿es tan importante? —replicó él—. Anda, levántate, Abby.

—¿Porqué?

—Déjame besarte. ¡Lo he estado deseando tanto tiempo!

Ella se volvió hacia él y se quedó mirándole fijamente durante un momento; luego, con un ligero mohín, se puso en pie de un salto y exclamó de pronto: «¡Tengo que irme!». Y echó a andar con paso presuroso hacia su casa. Jude la siguió y se unió a ella.

—¡Uno solo! —suplicó.

—¡No! —dijo ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, sorprendido.

Ella apretó los labios con resentimiento. Jude la siguió como un corderillo hasta que ella aflojó el paso y caminó a su lado, charlando tranquilamente de temas indiferentes, y conteniéndole cada vez que pretendía cogerle la mano o agarrarla por la cintura. De este modo bajaron hasta su casa; y Arabella entró, despidiéndole con un gesto displicente y avinagrado.

«Me he debido tomar demasiada libertad con ella», se dijo Jude, retirándose con un suspiro; y prosiguió el camino hacia Marygreen.

El domingo por la mañana, como era costumbre en casa de Arabella, se hacían todos los preparativos para la comida especial de la semana. El padre se estaba afeitando fuera, ante un espejito que colgaba de la ventana; mientras, la madre y la propia Arabella pelaban judías afanosamente. Pasó una vecina que venía de los oficios matinales de la iglesia más próxima, y al ver a Donn atareado con la navaja delante de la ventana, saludó y entró.

En seguida se puso a bromear con Arabella:

—Ayer te vi corriendo con ese... ¡Ji, ji! Espero que la cosa pare en algo.

Arabella se limitó a lanzarle una mirada sin levantar siquiera la cabeza.

—Según tengo entendido, quiere irse a Christminster tan pronto como pueda.

—¿Ha oído eso recientemente? —preguntó Arabella, aspirando el aire con gesto celoso y felino.

—¡No! Pero todo el mundo sabe desde hace mucho que tiene esa idea. Solo está esperando la ocasión. Pero mientras, supongo que querrá salir con alguna chica. Para la juventud de hoy día, esas cosas no tienen importancia. Para ellos todo es catar de aquí y de allá. En mis tiempos la cosa era diferente.

Cuando la chismosa se hubo marchado, Arabella dijo de pronto a su madre:

—Esta tarde después del té quiero que os vayáis padre y tú a ver como están los Edlin. O mejor..., esta tarde hay misa en Fensworth, os dais un paseo hasta allá.

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

—Nada. Lo que quiero es disponer de la casa yo sola. Él es tímido, y no lo puedo hacer entrar en casa estando vosotros. Se me irá de las manos si no despabilo, por más que le quiera.

—Si hace bueno, saldremos; como quieras.

Por la tarde, Arabella salió a pasear con Jude, el cual hacía semanas que había dejado de mirar un libro, ya estuviera en griego, en latín o en la lengua que fuese. Vagaron por las pendientes hasta que coronaron la calzada cubierta de hierba que recorre la cresta, y siguieron por ella hasta el talud de la altiplanicie que arrancaba de allí mismo, y Jude pensó en los tiempos memorables de aquella calzada, y en los conductores de ganados que la transitaban, antes probablemente de que los romanos llegaran al país. Por todo el ámbito del paisaje que se extendía a los pies de los dos se difundía el repique de las campanas de la iglesia. Luego el repique se redujo a una sola nota, que se hizo más viva, y después enmudeció.

—Bien, volvamos —dijo Arabella, que había estado atenta a las campanas.

Jude asintió. Estando junto a ella, poco le importaba encontrarse en un lugar o en otro. Cuando llegaron a casa, dijo él con lentitud:

—No quiero entrar. ¿Por qué tienes tanta prisa esta tarde? Todavía es pronto.

—Aguarda un momento —dijo ella. Intentó abrir la puerta y la encontró cerrada con llave.

—¡Ah!... se han ido a misa —añadió; y buscó detrás del limpiabarros, sacó la llave y abrió la puerta—. Bueno, ¿puedes pasar un momento? —preguntó con indiferencia—. Estaremos solos.

—Claro —dijo Jude con presteza, viendo que así la situación cambiaba.

Pasaron adentro. ¿Quería té? No, era demasiado tarde; prefería sentarse con ella y charlar un rato. Ella se quitó la chaqueta y el sombrero, y se

sentaron los dos..., bastante juntos, por supuesto.

—No me toques, por favor —dijo ella con dulzura—, que se me puede cascar. O será mejor que lo ponga en lugar seguro. —Y comenzó a desabrocharse el cuello del vestido.

—¿Qué es? —preguntó su enamorado.

—Un huevo..., un huevo de gallina china. Estoy empollando una raza muy rara. Lo llevo conmigo a todas partes, y el pollito tardará menos de tres semanas en salir.

—¿Dónde lo llevas?

—Aquí mismo. —Se metió la mano en el pecho y sacó el huevo envuelto en lana y cubierto con un trozo de vejiga de cerdo por si se rompía. Después de enseñárselo, se lo guardó de nuevo—. Ahora, por favor, no te acerques demasiado. No quiero que se rompa; no tengo ganas de empezar con otro.

—¿Por qué haces esas cosas tan extrañas?

—Es una vieja costumbre. Supongo que resultará natural en una mujer traer seres al mundo.

—Eso me pone a mí en una situación bastante difícil —dijo él riendo.

—Te está bien empleado. Mira..., esto es lo único que puedes obtener de mí.

Dio la vuelta a su silla y, echándose contra el respaldo, le presentó la mejilla cuidadosamente.

—¡Qué tacaña eres!

—¡Haberme cogido hace un minuto, cuando tenía el huevo fuera! ¡Mira! —añadió desafiante—, ¡ahora estoy sin él! —Se había sacado el huevo por segunda vez; pero antes de que él pudiera alcanzarla se lo había vuelto a guardar rápidamente, riéndose con la excitación de su estratagema. Luego hubo un ligero forcejeo, Jude metió la mano y consiguió quitárselo triunfalmente. Ella se ruborizó; y al darse cuenta de pronto de lo que acababa de hacer, se ruborizó él también.

Se miraron los dos, jadeantes; por fin, él se levantó y dijo:

—Un beso; ¡ahora puedo dártelo sin causar estropicios, y te lo voy a dar!

Pero ella dio un brinco también.

—¡Tendrás que encontrarme primero! —gritó.

Al verla echar a correr, su enamorado la siguió. Como la habitación estaba a oscuras, y la ventana era pequeña, no conseguía descubrir dónde se había

metido, hasta que una carcajada le reveló que había subido escaleras arriba; Jude subió precipitadamente tras ella.

I. 9.

Habían transcurrido unos dos meses, y la pareja se había estado viendo durante todo ese tiempo. Arabella parecía descontenta; siempre estaba pensando y esperando y haciéndose preguntas.

Un día llamó al ambulante Vilbert. Como todos los campesinos del contorno, conocía bien al charlatán, y empezó a contarle su caso. Arabella estaba de muy mal humor, pero antes de que se fuera, se mostró más animada. Aquella noche se citó con Jude, que parecía triste.

—Voy a marcharme de aquí —dijo este—. Creo que es mi deber. Estoy seguro de que será mejor para los dos, para ti y para mí. ¡Quisiera que ciertas cosas no hubieran empezado jamás! Gran parte de la culpa es mía, lo sé. Pero nunca es demasiado tarde para rectificar.

Arabella comenzó a llorar.

—¿Cómo sabes tú que no es demasiado tarde? —dijo—. Eso es muy fácil de decir. ¡Aún no te lo he dicho! —Y le miró con los ojos arrasados.

—¿Qué? —preguntó él poniéndose pálido—. ¿No?...

—¡Sí! ¿Y qué voy a hacer yo si me dejas?

—¡Oh, Arabella!... ¡Cómo puedes decir eso, cariño! ¡De sobra sabes que no te dejaría!

—Bueno, entonces...

—Hasta ahora no tengo ningún sueldo, claro; si no, lo habría pensado antes... ¡Pero naturalmente, en este caso debemos casarnos! ¿Qué otra cosa crees que podría hacer yo?

—Yo pensaba..., yo pensaba que seguramente, al saberlo, me dejarías con mayor motivo, y tendría que afrontarlo yo sola.

—¡Deberías conocerme mejor! Desde luego que hace seis meses, incluso hace tres, ni se me habría ocurrido pensar en el matrimonio. Esto viene a chafar por completo mis proyectos..., quiero decir, los proyectos que yo tenía antes de conocerte, cariño. Pero después de todo, ¡qué son! Sueños de libros, de graduaciones, de becas imposibles y demás. Desde luego, tenemos que casarnos. ¡No hay más remedio!

Esa noche salió solo y paseó por la oscuridad. En lo más recóndito de su cerebro sabía (de sobra lo sabía) que Arabella no valía gran cosa como ejemplar humano. Sin embargo, puesto que en el campo era esa la costumbre entre los jóvenes que llegaban demasiado lejos en sus relaciones íntimas con una mujer, como desdichadamente era su caso, estaba dispuesto a atenerse a lo que había dicho y a arrostrar las consecuencias. Con el fin de consolarse, se esforzaba por mantener su fe en ella, y se decía lacónicamente que la imagen que se había forjado de ella era aún más importante que la propia Arabella.

Al domingo siguiente se hicieron las amonestaciones. Toda la gente de la parroquia hablaba de lo tonto y lo simple que era Fawley. Todos sus estudios habían venido a parar en esto, en que tenía que vender los libros para comprar cacerolas. Los que sospechaban la verdad del asunto, y los padres de Arabella entre ellos, declararon que era lo menos que podía esperarse de un muchacho honrado como Jude, en desagravio del daño que le había hecho a su novia. El sacerdote que los casó juzgó también que eso era lo justo.

Y así, de pie ante el susodicho oficiante, los dos juraron que desde ese instante de sus vidas, y hasta que la muerte se los llevara, pensarían, sentirían y desearían exactamente lo mismo que habían pensado, sentido y deseado durante las últimas semanas. Igual de sorprendente que el asunto mismo, resultaba el que nadie pareciera sorprenderse lo más mínimo.

Como la tía de Fawley era panadera, hizo la tarta nupcial, diciendo amargamente que era lo último que podía hacer por él, pobre idiota; y que mucho más le habría valido estar bajo tierra hacía años, con su padre y su madre, en vez de vivir para traerle tantos quebraderos de cabeza. Arabella cortó unas raciones de tarta, las envolvió en un papel, y se las envió a sus compañeras de trabajo, Anny y Sara, con una nota en el paquete: «En agradecimiento por el consejo».

Las perspectivas del nuevo matrimonio no eran muy brillantes, ni siquiera para la mentalidad más optimista. Él, un aprendiz de picapedrero con diecinueve años, no cobraría más que medio jornal hasta que cumpliera el período de aprendizaje. Su mujer era absolutamente inútil en el pueblo donde, al principio, pensó él que sería necesario vivir. Pero la perentoria necesidad de añadir algo a lo que ganaba, por poco que fuese, le llevó a tomar una casucha solitaria junto a la carretera, entre la Casa Marrón y Marygreen, donde podría sacar algo con las hortalizas y utilizar la experiencia de ella para criar un cerdo. Pero no era esta la clase de vida por la que había luchado; además, diariamente tenía que recorrer una larga distancia yendo y viniendo de Alfredston. Arabella pensaba, sin embargo, que todas estas disposiciones eran provisionales; ella había obtenido un marido, esa era la cuestión; un marido que tenía enormes posibilidades de ganar dinero con que comprarse ella vestidos y sombreros, cuando empezara a tener algo de miedo y a sentirse

atado a su oficio, cuando echara a un rincón aquellos antipáticos librotes y se dedicase a tareas más productivas.

Así que la misma tarde de la boda la llevó a la casa de campo, dejando su vieja habitación de casa de su tía, donde tanto había trabajado con el griego y el latín.

Al verla desnudarse por primera vez sintió un ligero escalofrío. Arabella se desprendió con indiferencia de la larga cola de caballo que llevaba enroscada en un moño enorme detrás de la cabeza, la alisó con la mano, y la colgó del espejo que él le había comprado.

—¡Cómo!... ¿no era tuyo? —dijo él, desagradablemente impresionado por el descubrimiento.

—¡Ca, hombre!... Hoy en día no se estila eso entre la gente bien.

—¡Tonterías! Puede que así sea en la capital. Pero en el campo se supone que es diferente. Además, tú tienes bastante pelo, ¿no?

—Sí, bastante para lo que se lleva en el campo. Pero en las ciudades a los hombres les gusta que sea abundante, y cuando yo estuve de camarera en Aldbrickham...

—¿De camarera en Aldbrickham?

—Bueno, camarera precisamente no; solía servir la bebida allá en una taberna... Fue solo por un tiempo; eso es todo. Algunos se empeñaron en que me pusiera un postizo, y yo me lo compré nada más que por capricho. En Aldbrickham, que es un pueblo mucho más elegante que todos tus Christminsteres, cuanto más pelo luces en la cabeza, mejor. Toda dama de buena posición lleva su postizo... Me lo dijo el ayudante del barbero.

Jude pensó con una sensación de malestar que, aunque eso fuese verdad en cierto modo, había en cambio infinidad de muchachas sencillas que iban a la ciudad, y vivían allí durante años y años sin perder su sencillez en la forma de vivir y de arreglarse. ¡Ah!, pero otras llevaban en la sangre el gusto por lo artificioso y adoptaban las falsificaciones desde el primer momento. De todos modos, puede que no fuera un pecado excesivamente grande el que una mujer añadiese un poco de pelo al que tenía, así que decidió no pensar más en el asunto.

Una recién casada puede arreglárselas normalmente para suscitar interés durante unas semanas, aun cuando las perspectivas futuras de casa y medios de subsistencia se presenten sombrías. Siempre hay algo picante en su nuevo estado, y en la manera de manifestarlo a sus amigas, que la eleva por encima de la mediocridad de los hechos y la hace, incluso a la más humilde recién casada, independiente de la vida real durante un tiempo. La señora de Jude

Fawley caminaba por las calles de Alfredston un día de mercado, con ese aire particular reflejado en su persona, cuando se encontró con su antigua amiga Anny, a quien no había visto desde antes de la boda.

Como siempre, se echaron a reír antes de ponerse a charlar; el mundo les parecía gracioso y no tenían necesidad de decírselo.

—Así que resultó un plan estupendo, ¿eh? —dijo la soltera a la casada—. Ya sabía yo que resultaría con uno como él. Es un buen muchacho y debes estar orgullosa.

—Lo estoy —dijo la señora Fawley con serenidad.

—¿Y para cuándo esperas?...

—¡Chiss! ¡De eso nada!

—¿Qué?

—Fue una equivocación.

—¡Arabella, Arabella, qué lagarta eres! ¡Conque equivocación! ¡Qué habilidad..., eres verdaderamente genial! ¡Jamás se me habría ocurrido a mí, con toda mi experiencia! Yo no habría pensado más que en hacer las cosas de verdad..., ¡pero no en llegar a fingirlo!

—No vayas tan de prisa con eso de fingir. ¡No fue fingido, porque yo no lo sabía!

—¡Pues ahí es nada, lo que le va a caer! ¡Ya verás cómo se va a poner los sábados por la noche! Sea lo que sea, él dirá que fue una jugada..., ¡una jugada por partida doble, Dios mío!

—La primera sí lo es; pero la segunda, no. ¡Bah, bastante le importará a él! Se va a llevar una alegría cuando le diga que me había equivocado. Y se quedará tan conforme, como les pasa a todos los hombres. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Una vez casados, casados están.

No obstante, Arabella se sentía algo intranquila al ver que se aproximaba la fecha en que debía revelarle que la alarma que la había sobresaltado carecía de fundamento. La ocasión se presentó una noche a la hora de irse a dormir, en la alcoba de aquella casa solitaria de junto a la carretera, a la que regresaba Jude todos los días después de su faena. Había trabajado de firme durante doce horas, y se había retirado a descansar antes que su mujer. Cuando ella entró en la habitación estaba ya medio dormido y tenía la vaga conciencia de que ella se estaba desvistiendo delante del pequeño espejo.

Un movimiento suyo le hizo despabilarse. Ella estaba sentada de cara a él y se entretenía en hacerse hoyuelos en las mejillas, actividad que ejecutaba con verdadera maestría mediante una ligera succión. Por vez primera le

pareció a él que aquellos hoyuelos habían estado ausentes en muchísimas más ocasiones desde que se habían casado, que en las primeras semanas de conocerse.

—¡No hagas eso, Arabella! —dijo de repente—; no es que esté mal, pero... no me gusta verte hacerlo.

Ella se volvió y rio.

—¡Vaya por Dios, no sabía que estabas despierto! —dijo—. ¡Pero qué patán eres! Eso no es nada.

—¿Dónde lo aprendiste?

—En ninguna parte que yo sepa. Antes se me quedaban con toda facilidad, cuando servía en la taberna; ahora no se tienen. Tenía la cara más llena entonces.

—Me tienen sin cuidado los hoyuelos. No creo que favorezcan a una mujer..., y concretamente a una mujer casada y con un cuerpo tan lleno como el tuyo.

—Muchos hombres piensan de otro modo.

—No me importa lo que piensan muchos hombres. Además, ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo solían decir cuando estaba en la taberna aquella.

—¡Ah!, esa experiencia tuya en la taberna explica entonces tus conocimientos sobre la adulteración de la cerveza, como me dijiste aquel domingo cuando entramos en una a tomar algo. Cuando me casé contigo creía que no habías salido nunca de la casa de tu padre.

—Deberías estar más al día en eso; así comprenderías que de esta manera estoy más formada de lo que estaría si no me hubiera meneado del sitio donde nací. No había mucho que hacer en casa, y me reconcomía por dentro; así que me marché por tres meses.

—Pronto te caerá un montón de obligaciones encima, querida; ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, pues... al niño que viene, naturalmente.

—¡Ah!

—¿Para cuándo? Oye, ¿por qué no me dices exactamente la fecha, en vez de andarte con tantos rodeos?

—¿Decirte?

—Sí... decirme la fecha.

—No tengo nada que decirte. Me equivoqué.

—¿Qué?

—Fue una falsa alarma.

Jude dio un brinco en la cama, se sentó, y se la quedó mirando.

—¿Cómo?

—Las mujeres a veces nos figuramos cosas.

—¡Pero!... Desde luego, con lo desprevenido que estaba yo, sin una silla, sin un céntimo apenas, no me habría lanzado tan de prisa y no te habría traído a esta choza a medio amueblar, de no haber sido por la noticia que me diste, que me obligó a salvarte fuera como fuese... ¡Dios! ¡Dios!

—No te inquietes, querido; lo hecho, hecho está.

—Bien, ¡no tengo nada más que decir!

Después de este seco comentario se tumbó otra vez; y el silencio se impuso entre los dos.

Cuando Jude despertó, a la mañana siguiente, le parecía ver el mundo con ojos diferentes. En cuanto al problema en cuestión, no podía hacer otra cosa que aceptar la palabra de ella; dadas las circunstancias, él no podía haber actuado de otro modo, en tanto prevalecían los convencionalismos al uso. Pero ¿cómo habían llegado a imponerse de ese modo?

Le parecía a él, de una manera vaga y confusa, que había una cierta injusticia en aquel rito social que obligaba a un hombre a anular unos proyectos bien madurados que representaban años y años de reflexiones y de trabajos, a renunciar a la oportunidad de sentirse superior a los animales inferiores y contribuir con su unidad de trabajo al progreso general de su generación, por el hecho de haberse visto momentáneamente sorprendido por un instinto nuevo y transitorio, desprovisto de todo carácter vicioso, y que en todo caso podía denominarse debilidad. Se sentía inclinado a preguntarse qué es lo que había hecho él o qué había perdido ella en aquel lance, para merecer la caída en una trampa que le mutilaría a él, si no a los dos, para el resto de sus días. Quizá era una suerte el que finalmente no existiera la razón perentoria de su matrimonio. Pero quedaba el matrimonio.

Llegó el día de matar el cerdo que Jude y su mujer habían cebado en el corral durante los meses de otoño, y acordaron hacer la matanza tan pronto como despuntara el día, a fin de que Jude pudiera estar en Alfredston a media mañana.

La noche había sido particularmente silenciosa. Jude se asomó a la ventana antes de que amaneciera, y se encontró con que el suelo estaba cubierto de nieve..., de una capa de nieve bastante espesa para esa época del año; y aún seguían cayendo algunos copos.

—Me temo que ese matarife no podrá venir —le dijo a Arabella.

—Vendrá, ya lo verás. Baja y pon agua a calentar, si quieres que Challow lo escalde. Yo hubiera preferido que lo chamuscara.

—Iré a ponerla —dijo Jude—. A mí me gusta como lo hacen en mi tierra.

Bajó, encendió el fuego bajo el caldero de cobre, y empezó a alimentarlo a oscuras con ramas secas de judía, mientras la llama brincaba alegremente llenando la habitación de resplandores; pero esa sensación de alegría se le ensombreció al pensar en la razón por la que brillaba el fuego: calentar agua para escaldar el pelo del cadáver del animal que aún estaba con vida, y cuya voz podía oírse continuamente en un rincón del corral. A las seis y media, hora en que debía llegar el carnicero, el agua estaba hirviendo. La mujer de Jude bajó del dormitorio.

—¿Ha venido Challow? —preguntó.

—No.

Esperaron. El día aclaró un poco más con esa luz mortecina de amanecer nevado. Salió ella y miró a ver si venía por la carretera, y al regresar dijo:

—No viene. Supongo que anoche bebería más de la cuenta. ¡La nieve no es una pega para no venir!

—Entonces lo dejaremos estar. Total no ha sido más que hervir el agua. Puede que en el valle haya caído una buena nevada. —No podemos dejarlo. Ya no queda pienso para el cochino.

Ayer por la mañana se comió el salvado que quedaba.

—¿Ayer por la mañana? ¿Y qué ha comido desde entonces?

—Nada.

—¿Cómo..., ha estado pasando hambre?

—Sí. Eso se hace siempre un día o dos antes de matarlo, para no tener problemas con las tripas. ¡Qué ignorancia, mira que no saber eso!

—Ahora me explico esa manera de gritar. ¡Pobre animal!

—Bueno, tienes que degollarlo. No hay otro remedio. Yo te diré lo que tienes que hacer. O mejor, lo haré yo misma... Me parece que podré; aunque con lo gordo que está, hubiera preferido que lo hubiese hecho Challow. Pero ya que nos ha enviado el cesto de los cuchillos y los tenemos aquí, lo haremos nosotros.

—No consentiré que lo hagas tú —dijo Jude—. Si hay que hacerlo, lo haré yo.

Salió al corral, quitó la nieve con la pala en un rodal de un par de metros o más, y colocó delante la banqueta con los cuchillos y las cuerdas a mano. Un petirrojo presenciaba curioso los preparativos desde el árbol más próximo, y al parecer no le gustó lo siniestro de la escena porque echó a volar pese al hambre que tenía. Entretanto Arabella se había reunido con su marido, y Jude, con la cuerda en la mano, entró en la pocilga y ató al asustado animal, que comenzó gruñendo de sorpresa y luego chillaba de rabia. Arabella abrió la puerta de la pocilga y llevaron a la víctima en volandas hasta la banqueta, con las patas hacia arriba; y mientras Jude lo sujetaba, Arabella lo ató, inmovilizándole las patas para impedirle cualquier forcejeo.

Los chillidos del animal cambiaron de tono. Ya no eran de rabia, sino de desesperación; se encontraba tendido, torpe, desamparado.

—¡Por mi vida! Antes preferiría pasarme sin el cerdo a tener que hacer esto —dijo Jude—. Un animalito al que le he estado dando de comer en mi propia mano.

—¡No seas tan blandengue! Ahí está el cuchillo de degollar..., el que tiene punta. Ahora procura no hacerle el corte demasiado profundo.

—Le daré un buen corte para abreviar la faena. Eso es lo principal.

—¡Ni hablar! —exclamó ella—. La carne necesita sangrar bien, y para eso tiene que morir poco a poco. ¡Si la carne se queda roja y llena de sangre, perderemos un montón de dinero! Tienes que darle un cortecito en la vena nada más. Lo he estado viendo hacer desde que era pequeña y sé lo que me digo. Un buen carnicero debe dejar sangrar al animal bastante tiempo. Por lo menos debe tardar ocho o diez minutos.

—No tardará ni medio minuto, si yo lo puedo remediar; ya puede quedarse la carne del color que sea —dijo Jude con determinación. Apartó las cerdas del cuello del animal, como había visto hacer a los carniceros, y le sajó la grasa; entonces le hundió el cuchillo con toda su fuerza.

—¡Maldita sea! —gritó ella—. ¡Se lo has hincado demasiado! ¡Mira que te lo he dicho veces!

—Tranquila, Arabella; y haz el favor de tener un poco de piedad por este animal.

—¡Sostén el cubo de la sangre y deja de hablar!

Aunque la hazaña profesionalmente considerada fuera una torpeza, en cambio resultó compasiva. La sangre fluyó a borbotones, en vez de salirle un hilillo como a ella le habría gustado. Los gritos del moribundo animal adoptaron su tercero y último acento: el alarido de la agonía. Sus ojos vidriosos se clavaron en Arabella como el reproche mudo y elocuente de una criatura que reconocía al fin la perfidia de aquellos que parecían sus únicos amigos.

—¡Haz que se calle! —dijo Arabella—. Tanto escándalo puede llamar la atención y traernos visita; y yo no quiero que la gente se entere de que hacemos nosotros esta faena.

Recogió del suelo el cuchillo que Jude había dejado caer, se lo introdujo en la cuchillada y le cortó el garguero. Esto acalló al cerdo inmediatamente, y su aliento estertoroso salió por el boquete.

—Ahora está mejor —dijo ella.

—¡Qué oficio más odioso! —dijo él.

—Los cerdos se tienen que matar.

El animal se sacudió en una convulsión final y, a pesar de la cuerda, pateó con las últimas fuerzas que le restaban. Le salió como un cuajarón de grumo negro. El chorro de sangre había cesado hacía unos segundos.

—Ya está; ahora sí que se acabó —dijo ella—. ¡Qué bichos más redomados! ..., siempre aguantan lo que pueden el cuajo ese.

La última sacudida cogió a Jude tan desprevenido que le hizo dar un traspié, y al tratar de mantener el equilibrio le dio una patada al barreño de la sangre.

—¡Eso es! —exclamó ella, completamente fuera de sí—. Ahora ya no puedo hacer el embutido. ¡Vaya un despilfarro que llevamos por tu culpa!

Jude puso el cubo de pie, pero solo le quedaba la tercera parte de la sangre recogida; lo demás se había derramado sobre la nieve, lo que producía un efecto macabro, sórdido y repugnante para cualquiera que viese en aquello algo distinto a una forma ordinaria de obtener carne. Los labios y el hocico del animal se tornaron lívidos, luego blancos, y los músculos de sus miembros se relajaron.

—¡Gracias a Dios! —dijo Jude—. Ya ha terminado.

—¡Me gustaría saber qué tiene que ver Dios con este sucio trabajo de matar un cochino! —dijo ella desdeñosamente—. La gente tiene que comer.

—Lo sé, lo sé —dijo él—. No te estoy reprochando nada.

De súbito oyeron una voz que sonó allí mismo.

—¡Bien por el joven matrimonio! ¡Ni yo mismo lo habría hecho mejor, y que me aspen si miento! —La voz carrasposa provenía de la entrada del huerto y, al levantar la vista, vieron la fornida silueta del señor Challow reclinada sobre la cerca, contemplando con ojo crítico la proeza.

—¡Le parecerá muy bonito, estar ahí de mirón con los brazos cruzados! —dijo Arabella—. ¡Por culpa de su tardanza, la carne llena de sangre y medio estropeada que está! ¡Ni un real por ella nos van a dar!

Challow expresó su pesar.

—Tenían que haber esperado un poco —dijo moviendo la cabeza con desaprobación—, en vez de hacer eso..., y más encontrándose usted en estado, señora.

—Por eso no pase usted pena —dijo Arabella riendo. Jude se rio también, pero le encontró un amargo sabor a la gracia.

Challow compensó el haber llegado tarde a la matanza poniendo todo su celo en escaldar y desollar. Jude se sentía descontento consigo mismo como hombre por haber matado al animal, aunque comprendía que eso no tenía sentido, y que daba lo mismo que lo hubiera hecho otro. La nieve blanca, manchada con la sangre de su compañero muerto, suscitaba un sentimiento de violencia en él, que era un amante de la justicia, por no decir un cristiano; pero no veía la manera de remediar aquello. Efectivamente, como decía su mujer, era un blandengue.

Ahora ya no le gustaba andar por la carretera de Alfredston.

Parecía que las cosas le miraban ahora con indiferencia. Los detalles que la bordeaban le recordaban tanto el tiempo del noviazgo con su mujer que, por no verlos, iba leyendo siempre que podía de camino al trabajo. No obstante, comprendía a veces que su interés por los libros no le apartaba de la vulgaridad ni le proporcionaba originalidad a sus ideas, puesto que cualquier trabajador se interesaba por todo aquello. Al pasar esa tarde junto al riachuelo donde habló con ella por primera vez, oyó voces como aquel día. Una de las muchachas que había sido compañera de Arabella charlaba con una amiga, y el tema de la conversación era precisamente él, quizá porque le habían visto venir de lejos. No repararon en que el seto no era muy espeso, y pudo oír sus palabras al pasar.

—De todas maneras, yo le di la idea. «Quien nada arriesga, nada tiene», le

dije. Y si no me hubiera hecho caso, sería ahora tan señora Fawley como yo.

—A mí me parece que ella ya sabía que no habían encargado cuando le dijo a él que estaba...

¿Qué idea le había dado esta mujer a Arabella para que pudiera convertirse en su señora, o sea, en su mujer? Lo que daba a entender aquello era tan horriblemente desagradable y le roía el espíritu de tal manera, que cuando llegó a su casa, en vez de entrar, tiró el capacho dentro de la cerca del huerto y siguió caminando, decidido a visitar a su vieja tía y cenar algo allí.

Esto hizo que llegara tarde a casa. No obstante, Arabella estaba ocupada en derretir la manteca del cerdo porque durante el día se había dedicado a corretear abandonando su trabajo. Por temor a que las palabras que había sorprendido le impulsaran a decir algo desagradable, Jude procuró hablar poco. Pero Arabella estaba muy charlatana, y dijo entre otras cosas que necesitaba dinero. Al ver el libro que le asomaba del bolsillo, añadió que debía ganar más.

—Un sueldo de aprendiz no es suficiente, por regla general, para mantener a una mujer, cariño.

—Entonces no deberías tenerla.

—¡Vamos, Arabella! No digas eso; de sobra sabes lo que pasó.

—Pongo a Dios por testigo de que yo creía que era verdad lo que te dije. El doctor Vilbert también pensó lo mismo. ¡Fue una suerte para ti que no resultara verdad!

—No he querido decir eso —dijo él apresuradamente—. Yo me refiero a lo que pasó antes. Ya sé que no fue culpa tuya; pero aquellas amigas tuyas te aconsejaron mal. Si no lo hubieran hecho, o tú no les hubieras hecho caso, estaríamos libres en este momento de unas ataduras que, bien mirado, nos mortifican a los dos endemoniadamente. Es triste reconocerlo, pero es verdad.

—¿Quién te ha estado hablando de mis amigas? ¿De qué consejo hablas? Te exijo que me lo digas.

—¡Bah!... es inútil.

—Dímelo... me lo tienes que decir. ¡Sería una canallada que te callaras ahora!

—Muy bien —y le refirió con mucho tacto lo que había oído—. Pero no quiero que hablemos más de eso. Dejémoslo. Ella abandonó su actitud defensiva.

—Esas cosas no tienen importancia —dijo riendo con frialdad—. Una tiene derecho a hacerlo. La que sale perdiendo es ella.

—Eso sí que no, Bella. Podría hacerlo si no implicara un perjuicio para toda la vida, para el hombre o para ella misma; o si las consecuencias de la debilidad de un momento no durasen más que ese momento, o un año si quieres. Pero cuando llegan tan lejos, una mujer no debe hacer caer en la trampa a un hombre, si es honrado él, o caer ella misma si no lo es.

—¿Qué tenía que hacer, entonces?

—Darme tiempo... ¿Qué haces ahí trasteando con la manteca de cerdo a estas horas? Anda, deja eso, por favor.

—Es que si lo dejo tendré que hacerlo mañana temprano. La carne no aguantará.

—Bueno, pues déjalo para mañana.

I. 11.

A la mañana siguiente, que era domingo, Arabella reanudó su tarea a eso de las diez; el trabajo le recordó la conversación de la noche anterior, y se puso otra vez de un humor insoportable.

—¿Qué historia es esa que andan contando por Marygreen de que yo te he cazado? ¡Pues menuda alhaja eres tú, Dios! —Y en medio de su acaloramiento, vio sobre la mesa algunos libros de los clásicos antiguos que tanto apreciaba Jude, cuando no debían estar ahí—. ¡Y quítame los libros de delante! —gritó de mal humor; y cogiéndolos uno por uno, comenzó a arrojarlos al suelo.

—¡Deja los libros en paz! —dijo él—. ¡Podías haberlos apartado a un lado si te estorbaban! ¡Vaya una falta de miramiento, ensuciarlos de esa manera!

Con el trabajo de la manteca, Arabella se había pringado las manos de grasa derretida, por lo que sus dedos dejaban unas manchas tremendas sobre las tapas de los libros. Siguió tirando libros al suelo con obstinación, hasta que Jude, no pudiendo resistir más, la cogió de los brazos para obligarla a dejarlos. Pero sin querer le soltó el lazo que sujetaba sus cabellos y se le derramaron todos sobre las orejas.

—¡Suéltame! —dijo ella.

—Prométeme que dejarás en paz los libros.

Ella vaciló.

—¡Suéltame! —repitió.

—¡Promételo!

Tras una pausa, dijo:

—Bueno.

Jude la soltó; ella cruzó la estancia, se dirigió a la puerta, salió con aire decidido, y se plantó en la carretera. Allí empezó a pasear arriba y abajo, revolviéndose aún más el pelo y desabrochándose varios botones del vestido. Era una agradable mañana de domingo, seca, clara y fría, y se oían las campanas de la iglesia de Alfredston, cuyo repique traía la brisa del norte. Las gentes pasaban por la carretera con sus trajes domingueros; eran parejas en su mayoría..., parejas como Jude y Arabella, cuando unos meses antes salían a pasear por esa misma carretera. Los transeúntes se volvían a contemplar el sorprendente espectáculo que presentaba ella ahora, destocada, con el pelo desgreñado, el corpiño desabrochado, arremangadas las mangas por encima de los codos debido al trabajo, y las manos sucias de grasa derretida. Uno de los que pasaban dijo, afectando un terror humorístico:

—¡Que el Señor nos proteja!

—¡Miren cómo me trata! —gritaba—. ¡Me hace trabajar los domingos por la mañana, en vez de dejarme ir a misa, y me arranca a tirones el pelo y la ropa!

Jude, exasperado, salió decidido a meterla en casa a la fuerza. Pero entonces, de pronto, se le fue toda su irritación. Iluminado por el sentimiento de que todo había terminado entre ellos, y de que no importaba lo que hiciera ella o él, la dejó que alborotara. Sus vidas se habían arruinado; y se habían arruinado por el error fundamental de haberse unido en matrimonio, por haber basado un contrato permanente en un sentimiento pasajero, el cual no implicaba ninguna clase de afinidad entre ambos que pudiese hacer tolerable al menos la vida en común.

—¿Qué, me vas a maltratar porque sí, como tu padre maltrataba a tu madre, y la hermana de tu padre a su marido? —preguntó ella—. ¡Pues sí que no sois raros de casados, en vuestra familia!

Jude se quedó mirándola fijamente, sorprendido. Pero ella no dijo nada más, y siguió dando vueltas hasta que se cansó. Jude se marchó de allí, y después de vagar un rato tomó la dirección de Marygreen, donde entró a ver a su tía abuela, cuyos achaques aumentaban de día en día.

—Tía..., ¿mi padre maltrataba a mi madre, y mi tía a su marido? —preguntó de repente, sentándose junto al fuego.

Ella alzó sus ojos cansados, bajo el vuelo del anticuado sombrero que siempre llevaba puesto.

—¿Quién te ha contado eso? —dijo.

—He oído algo, y quiero saberlo todo.

—Estás en tu derecho, claro; pero tu mujer (porque supongo que ha sido ella) ha hecho una tontería sacándolo a relucir. De todas maneras no hay mucho más que contar. Tu padre y tu madre no se entendían, y se separaron. Venían del mercado de Alfredston, eras tú un niño de pecho aún, cuando en el cerro, junto al granero de la Casa Marrón, se pusieron a discutir; esa fue la última vez. Después, cada uno echó por su lado. Tu madre murió poco más tarde... se ahogó, vamos, y tu padre se marchó contigo al sur de Wessex, y nunca más volvió por aquí.

Jude recordaba el silencio que su padre solía guardar sobre el norte de Wessex y sobre su madre, temas de los que no le había hablado jamás, salvo a la hora de morir.

—Y lo mismo pasó con la hermana de tu padre. La ofendió su marido, y después le resultaba tan odioso vivir con él que se marchó a Londres con la chiquilla. Los Fawley no estamos hechos para el matrimonio: parece que nunca cayó bien en nuestra familia. Tenemos algo en la sangre que no se aviene a que nos manden cosas que haríamos de buena gana si no nos obligaran. Por eso tenías que haberme hecho caso y no haberte casado.

—¿Y dónde dices que mi padre y mi madre se separaron..., en la Casa Marrón?

—Un poco más allá, donde arranca la carretera de Fenworth, que hay un poste de señales. Allí hubo una vez plantada una horca, que por cierto estuvo relacionada también con la historia de nuestra familia. Pero dejemos eso.

Aquella misma tarde, al oscurecer, Jude se despidió de su tía como para regresar a casa. Pero a mitad de camino se desvió y dirigió sus pasos hacia una gran balsa circular. Hacía frío, aunque no demasiado, y poco a poco comenzaron a aparecer temblorosas las primeras estrellas. Jude puso un pie en el borde del hielo, y luego el otro: lo sintió crujir bajo su peso; pero no le hizo retroceder. Siguió avanzando hacia el centro, mientras los crujidos del hielo se hacían más inquietantes. Al llegar al centro, miró en torno a él y dio un brinco. El crujido se repitió, pero no se hundió. Saltó otra vez, pero entonces los crujidos cesaron. Jude regresó al borde y puso los pies en tierra de nuevo.

Es curioso, pensó. ¿Qué le estaría reservado? Supuso que no era suficientemente digno del suicidio. La muerte liberadora le despreciaba como víctima y se negaba a llevárselo.

¿Qué otra cosa podía hacer más baja que la propia autodestrucción?, ¿qué podía haber que fuera menos noble, que estuviese a nivel de su degradada

situación? Podía darse a la bebida. Eso es, por supuesto. Lo había olvidado. La bebida era el consabido refugio de los desesperados que sobraban en el mundo. Ahora comenzaba a ver por qué ciertos hombres se embrutecían en las tabernas. Bajó el cerro en dirección norte y entró en una taberna de aspecto deprimente. Al sentarse descubrió frente a él el cuadro de Sansón y Dalila colgado de la pared, por donde reconoció el lugar que visitara con Arabella aquella primera tarde de domingo de su noviazgo. Pidió aguardiente, y estuvo bebiendo durante una hora o más.

Volvía esa noche a casa dando bandazos, liberado de toda depresión y con la cabeza aceptablemente despejada, cuando comenzó de pronto a reírse a carcajadas, preguntándose cómo le recibiría Arabella al verle de esa manera. La casa estaba a oscuras cuando entró y, con su estado de embriaguez, le costó trabajo encender una luz. Entonces descubrió que, aunque había restos del embuchado, pegotes de manteca y cazos sucios, el producto de ese trabajo no estaba. Encontró una nota escrita por su mujer metida en un sobre viejo que había dejado prendido en el soplillo de la chimenea:

Me voy con mis amigas. No volveré.

El día siguiente lo pasó entero en casa y envió el cerdo desollado a Alfredston. Luego limpió la casa, cerró la puerta, puso la llave en el sitio que ella sabía por si volvía durante su ausencia, y fue a reintegrarse a su trabajo de Alfredston.

Por la noche regresó precipitadamente a casa, pero ella no había pasado por allí. Del mismo modo transcurrió el día siguiente, y el siguiente. Más tarde llegó una carta de ella. Admitía francamente que se había cansado de él. Se aburría con él, decía, y le importaba un comino la vida que llevaba. Las relaciones entre los dos no tenían trazas de mejorar nunca. Seguía diciendo más adelante que sus padres, como él sabía ya, venían pensando desde hacía un tiempo en la posibilidad de emigrar a Australia, ya que la cría de cerdos era un negocio que iba para abajo hoy en día. Por fin habían decidido marcharse, les había pedido que la dejaran ir con ellos, si no tenían inconveniente. Una mujer como ella podía tener allí más posibilidades que en este estúpido país.

Jude le contestó que no le ponía la más mínima objeción a su marcha. Le parecía una decisión inteligente, ya que era ese el deseo de ella, y que sin duda redundaría en beneficio de los dos. Junto con la carta le envió el dinero que había sacado de la venta del cerdo, y todo el que tenía él, que no era mucho.

A partir de ese día no volvió a saber nada de ella más que indirectamente, aunque su padre no saldría en seguida con los bultos, sino que aguardaría hasta haber vendido todos los muebles y enseres. Cuando Jude se enteró de que iba a haber una subasta en casa de los Donn, embaló sus propias cosas y las envió a esa dirección para que ella las vendiera junto con lo demás o hiciera lo que

quisiese.

Después tomó una habitación en Alfredston, y en un escaparate vio el cartelito que anunciaba la venta del mobiliario de su suegro. Leyó la fecha de la subasta, que pasó sin que Jude se acercara por allá y sin percatarse siquiera del aumento de tráfico que llegó a ocasionar en la carretera sur de Alfredston. Pocos días después entró en la oscura tienda de un chamarilero de la calle mayor del pueblo, y en medio de un heterogéneo montón de cacerolas, arcos de caballería, rodillos, candelabros de azófar y demás que habían traído evidentemente de saldo y lo habían hacinado todo en un rincón de la tienda, encontró una fotografía con marco, que resultó ser su propio retrato.

Era uno que se había hecho especialmente y lo había mandado enmarcar en madera de arce para regalárselo a Arabella el día de la boda. Aún se leía detrás: «Para Arabella, de Jude», con la fecha. Seguramente lo habría echado ella en la subasta con todo lo demás.

—¡Ah! —dijo el chamarilero al ver que lo estaba mirando junto con otras cosas del montón, pero sin darse cuenta de que el retrato era de él—. Esos son unos cuantos chismes que me han caído en la subasta de una casa de campo que hay junto a la carretera de Marygreen. El marco está en buen uso si lo manda reparar. Se lo dejo en un chelín.

La muerte más completa de todo sentimiento tierno en su mujer, evidenciada ante sus ojos por esa prueba muda e impremeditada que era el haber vendido su retrato, fue el golpe decisivo que barrió todo sentimiento en él. Pagó el chelín, se llevó la fotografía, y la quemó con marco y todo al llegar a su casa.

Dos o tres días más tarde oyó decir que Arabella y sus padres se habían ido. Le había enviado recado por si quería que fuese a despedirla, pero ella había contestado que era mejor que no, ya que estaba decidida a irse, lo que posiblemente era verdad. Al día siguiente a la marcha, concluida la jornada de trabajo, salió después de cenar a pasear bajo el cielo estrellado, caminando por aquella carretera tan familiar que se dirigía a la altiplanicie donde experimentara las emociones más intensas de su vida. Le pareció que el lugar era suyo otra vez.

No podía comprender lo que había sucedido. Caminando por la antigua calzada, tenía la sensación de que era niño todavía, apenas unos días mayor que cuando estuvo soñando en lo alto de ese cerro, inflamado por primera vez con aquella pasión por Christminster y el estudio. «Sin embargo, soy un hombre ya —se dijo—. Tengo mujer. Y más aún, he llegado incluso al extremo de disgustarme con ella, de regañar con ella, y hasta de separarme de ella».

Recordó entonces que no estaba lejos del lugar donde decían que su padre y su madre se habían separado.

Un poco más allá estaba la elevación desde donde podía verse Christminster, o lo que él tomara por tal. En la cuneta, a un paso de donde estaba, había un hito de piedra clavado en el suelo. Siempre había estado allí. Jude se aproximó y, más que leer, adivinó el número de kilómetros que marcaba hasta la ciudad. Recordó que una vez, cuando volvía para casa, se detuvo a tallar orgullosamente, con su flamante cincel, una inscripción en su cara posterior, sintetizando así sus aspiraciones. Fue en la primera semana de su aprendizaje, antes de que viniera a desviarle de sus proyectos una mujer inoportuna. Se preguntó si se podría leer todavía la inscripción; dio la vuelta y apartó las ortigas que tapaban la parte de atrás. A la luz de una cerilla pudo distinguir todavía lo que con tanto entusiasmo había esculpido hacía tiempo:

HACIA ALLÁ

J. F.

Al verla intacta, rodeada de hierbas y ortigas, se encendió en su espíritu la chispa de sus antiguos fervores. Irremisiblemente, tenía que emprender de nuevo su proyecto y llevarlo a cabo contra viento y marea, para evitar la morbosa pesadumbre que sentía, aun cuando veía que el mundo estaba lleno de fealdades. *Bene agere et laetari* —hacer el bien con alegría—, que según tenía entendido era la filosofía de un tal Espinoza, podía ser ahora la suya propia.

Lucharía contra su mala estrella y emprendería nuevamente sus antiguos proyectos.

Se alejó un poco y contempló el horizonte del nordeste. En efecto, a lo lejos se distinguía un halo desmayado, una neblina vagamente iluminada, apenas reconocible, salvo por los ojos de la fe. Eso bastaba para él. Se iría a Christminster tan pronto como concluyera su período de aprendizaje.

Regresó a la pensión más animado y rezó sus oraciones.

SEGUNDA PARTE

EN CHRISTMINSTER

II. 1.

El siguiente paso de la vida de Jude digno de mención es aquel en el que aparece avanzando firmemente por un paisaje sombrío de tres años de vegetación posterior a la que adornó su noviazgo con Arabella y la ruptura de su sórdida vida conyugal con ella. Se dirigía a la ciudad de Christminster; estaba a unos dos o tres kilómetros al sudoeste.

Por fin se había librado de Marygreen y Alfredston; había concluido su aprendizaje y, con las herramientas al hombro, había emprendido un nuevo camino: el camino con el que, salvo el paréntesis de su experiencia matrimonial con Arabella, había estado soñando desde hacía casi diez años.

Jude era ahora un joven enérgico, reflexivo, y de aspecto serio más que guapo. Tenía la piel morena, los ojos oscuros, y una barba negra y bien cuidada, algo más espesa de lo habitual a su edad; lo mismo que su pelo negro, espeso y crespo, le costaba trabajo peinársela o quitarle el polvo de piedra que cogía en el trabajo. Su capacitación en este, adquirida en el campo, era completa: comprendía la talla de lápidas sepulcrales, sillería gótica para restauración de iglesias y todo tipo de trabajos en piedra. En Londres probablemente se habría especializado como escayolista, como tallador de motivos foliáceos... tal vez estatuario.

Esa tarde había hecho en carro el trayecto de Alfredston al pueblo más próximo a la ciudad, y ahora seguía a pie los seis o siete kilómetros que quedaban, más por gusto que por necesidad, ya que siempre había soñado con entrar así.

Lo que le decidió por fin a ir a Christminster fue un motivo muy extraño, más bien de tipo sentimental que razonado, como les suele ocurrir a los jóvenes. Un día, viviendo aún en Alfredston, fue a Marygreen a ver a su anciana tía; y entre los candelabros de latón que tenía en la repisa de la chimenea vio el retrato de una preciosa jovencita con un sombrero de ala ancha cuyos pliegues radiados hacían el afecto de una aureola. Preguntó quién era y su tía abuela contestó de mala gana que era su primera Sue Bridehead, de la rama enemiga de la familia; a otra pregunta suya, la vieja contestó que la muchacha vivía en Christminster, aunque no sabía dónde, ni a qué se dedicaba.

Su tía no quiso darle la fotografía, pero se quedó prendado de la joven; y finalmente fue el factor que le animó a realizar su íntimo deseo de seguir el ejemplo de su amigo el maestro de escuela.

Se detuvo en lo alto de una cuesta ondulada y suave, y desde allí contempló la ciudad de cerca por primera vez. Sus edificios de piedra gris y sus tejados de pizarra se alzaban sobre el reborde rocoso de Wessex, casi como si quisiera ponerse de puntillas sobre el extremo septentrional de la ondulada línea a lo largo de la cual el Támesis apacible, acaricia los prados de ese antiguo reino. Los edificios descansaban tranquilos a la luz del ocaso, en tanto

las veletas de una multitud de campanarios y cúpulas añadían pinceladas de vivo centelleo a la severidad de esas tierras secundarias y terciarias.

Al llegar abajo siguió por un camino bordeado de sauces desmochados que se iban desdibujando con las sombras del crepúsculo, y no tardó en vislumbrar las primeras luces de la ciudad: las mismas que un día proyectaran su resplandor y su gloria contra el cielo cautivándole la mirada en aquellos días de ensoñación, tan lejanos ya. Sus ojos amarillos le hacían guiños dubitativamente como si, decepcionadas por su tardanza tras esperarle durante tantos años, no estuvieran ahora del todo decididas a aceptarle.

Era una especie de Dick Whittington cuyo espíritu apuntaba a objetivos que estaban por encima del mero interés material. Entró en las primeras calles con el paso precavido de un explorador. No encontró la verdadera ciudad en esta parte de las afueras. Puesto que lo primero era buscar alojamiento, se dirigió a los lugares donde podrían ofrecerle por un precio módico el tipo de aposento que necesitaba; después de mucho preguntar, tomó una habitación en un barrio que llamaban de «Beersheba», aunque él no lo sabía entonces. Se instaló allí, y después de tomarse un té salió a la calle.

Era una noche ventosa, llena de susurros, sin luna. Con el fin de orientarse, se detuvo bajo una farola y abrió un plano que se había traído. El viento se lo doblaba y se lo sacudía, pero pudo ver lo suficiente para saber qué dirección debía tomar para llegar al corazón de la ciudad.

Después de muchas vueltas, llegó ante el primer edificio de estilo medieval. Era un colegio, como podía verse en su entrada. Entró, dio una vuelta al patio y husmeó por los rincones oscuros donde no llegaba ninguna luz. Muy cerca de este colegio había otro; y un poco más allá, otro; empezaba a sentirse envuelto por el hálito y el espíritu de la venerable ciudad. Cada vez que topaba con algún detalle que disonaba de esta atmósfera intelectual, dejaba que su mirada resbalara por encima como si no lo hubiera visto.

Empezó a tocar una campana y se detuvo a escucharla, hasta que oyó ciento una campanadas. Pensó que se había equivocado en la cuenta: seguramente habían sido cien.

Cuando cerraron las puertas y no pudo entrar ya a curiosear por los patios, vagó junto a los muros y los pórticos, palpando con los dedos los contornos de los sillares y de las esculturas. Pasó el tiempo. Cada vez circulaba menos gente por la calle, pero él seguía vagando entre sombras; porque ¿acaso no venía imaginando él estos momentos desde hacía diez años? Y después de todo, ¿qué importaba no descansar una noche, por una vez? El resplandor de las farolas, proyectado muy alto contra el cielo negro, recortaba los pináculos y los muros de las fachadas. En oscuros callejones, que parecían no haber sido pisados jamás por el hombre y haber caído en el completo olvido, sobresalían

pórticos, miradores, entradas de rico y florido trazado medieval, todo con un aire de abandono que las piedras gastadas acentuaban. Parecía imposible que cobijara el pensamiento moderno aquellas mansiones tan vetustas y decrepitas.

Al darse cuenta de que no había un alma viviente por aquellos lugares, Jude comenzó a sentirse impresionado por su propia soledad, con la sensación de ser un espectro de sí mismo, alguien que no podía hacerse ver ni oír. Aspiró profundamente, y sintiéndose casi su propio fantasma, orientó sus pensamientos hacia otras presencias fantasmales que poblaban todos aquellos rincones.

Durante el período previo a esta aventura, después de la marcha irrevocable de su mujer, había leído y aprendido casi cuanto podía leerse y aprenderse acerca de los hombres de talento que habían pasado su juventud entre estos muros venerables, y cuyos espíritus habían rondado junto a ellos más tarde. Debido a sus propias lecturas, se imaginaba a algunos de ellos desproporcionadamente grandes en comparación con los demás. Los gemidos del viento en los recodos, en los contrafuertes y en los quicios de las puertas eran como el paso de estos únicos moradores; el golpeteo débil de las hojas de hiedra era el murmullo melancólico de sus almas; y las sombras, sus tenues siluetas de nervioso movimiento que le acompañaban en su paseo solitario. Penetrar la oscuridad era como tropezar con ellos sin sentir la consistencia de sus cuerpos.

Las calles estaban desiertas, pero estas fantasmagorías le impedían adentrarse en ellas. Pululaban los poetas antiguos y modernos, tanto el amigo y panegirista de Shakespeare como el que acababa de enmudecer, o el cantor del pueblo que aún está entre nosotros. Los grandes filósofos caminaban, no con la frente arrugada y el cabello canoso como los presentan sus retratos, sino con la cara tersa, esbeltos y ágiles como en sus años de juventud; entre los modernos teólogos, amortajados todos con sus sobrepellices, destacaban para Jude Fawley con más realidad los fundadores de la escuela religiosa llamada tractariana: aquellos tres hombres famosos, el entusiasta, el poeta y el formulador, cuyas enseñanzas habían influido incluso en él, aun cuando había vivido siempre en oscuro aislamiento. En sus figuraciones, le pareció verlos estremecerse de aversión ante la presencia de esos otros hijos de la ciudad con sus pelucas bien encasquetadas: el estadista, el libertino, el orador y el escéptico; el historiador repulido que trataba el cristianismo con condescendiente ironía, y otros igualmente incrédulos que, al igual que los temerosos de Dios, conocían todos los patios y frecuentaban los claustros con idéntica libertad.

Veía los más diversos tipos de hombres de Estado, todos ellos de gran firmeza y aire poco soñador: el erudito, el retórico y el trabajador infatigable; aquel cuya capacidad intelectual aumentaba con los años, y el que la perdía

por la misma razón.

A continuación, en esta visión imaginaria, seguían los sabios y los filólogos, formando una mezcla singular e imposible: hombres de semblante pensativo, de frente esforzada y débiles ojos de murciélago a causa del estudio; luego, personalidades oficiales: gobernadores generales, virreyes a los que ni miraba, jueces y magistrados de rostro inmutable y labios apretados cuyos nombres apenas conocía. Dirigió una mirada más atenta a los prelados, en razón de sus propias esperanzas pasadas. Formaban un inmenso tropel...; unos eran hombres impulsivos, otros razonadores; estaba el defensor de la Iglesia latina, el santo autor del Himno vespertino, y el gran predicador errante, autor de salmos, creyente fervoroso de existencia ensombrecida, como la de Jude, a causa de dificultades matrimoniales.

Jude se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta, conversando con ellos igual que un actor en un melodrama apostrofa a su auditorio desde el otro lado de las candilejas; y calló de repente cohibido por su absurdo comportamiento. Podía ser que algún estudiante o algún pensador sentado junto a su lámpara oyera esos discursos incoherentes y levantara la cabeza preguntándose qué voz era aquella y qué se proponía. Jude se dio cuenta de que, como ser de carne y hueso que era, tenía la antigua ciudad para él solo, aparte de algún viandante retrasado, y que iba a coger un resfriado.

Desde la oscuridad le llegó una voz; una voz bien real y concreta:

—Lleva ya bastante rato sentado en ese banco, joven. ¿Se puede saber qué espera?

Era de un policía que le había estado observando sin que él se diera cuenta.

Jude regresó a casa y se acostó después de leer un poco sobre aquellos hombres y los diversos mensajes que habían dirigido al mundo en uno o dos de los libros que versaban sobre los hijos de la Universidad que se había traído consigo. Y mientras le vencía el sueño, le pareció oír el susurro de las palabras memorables de aquellos hombres que él había aprendido de memoria; unas las oía con toda claridad, y otras le resultaban ininteligibles. Uno de los espectros (que posteriormente calificó Christminster de «baluarte de las causas perdidas», aunque Jude no recordaba ese detalle) apostrofaba a la ciudad de esta manera:

—¡Ciudad hermosa! ¡Qué venerable y atractiva eres, qué ajena a esa ferocidad de la vida intelectual de nuestro siglo!, ¡y qué serena!... Tu encanto inefable nos está diciendo continuamente cuál es nuestra meta verdadera, nuestro ideal, nuestra perfección.

Y oyó otra voz, la del partidario de la Ley cerealista, cuyo fantasma estaba en un patio donde había una gran campana. Jude pensó que su alma podría

haber repetido este discurso magistral:

—Señoría, puede que esté equivocado, pero mi opinión es que debemos adoptar en este momento, como medida de excepción, lo que en parecidas circunstancias ha servido de remedio a un país afligido por el hambre, permitiendo la libre importación de productos alimenticios, sea cual fuere su país de procedencia... Privadme mañana mismo de mis funciones, pero jamás podréis acusarme de haber empleado los poderes que me han sido otorgados con fines ilícitos o interesados, con deseos de satisfacer mis ambiciones, ni de sacar ningún beneficio personal.

Luego tomó la palabra el astuto autor del inmortal capítulo sobre el Cristianismo:

—¿Cómo justificar la tremenda indiferencia del mundo pagano y filosófico hacia esos testimonios con que la Divina Omnipotencia se ha manifestado?... Los sabios de Grecia y Roma cerraron los ojos a este espectáculo imponente, y pretendieron ignorar cualquier alteración del orden moral y físico del mundo.

Luego, el espectro del poeta, el último de los optimistas, dijo:

¡El mundo está compuesto por todos nosotros!

Cada individuo de la Multitud contribuye
a que palpite la vida según el plan universal.

A continuación, uno de los tres entusiastas que acababa de ver, el autor de la Apología, exclamó:

—Mi razonamiento era este: que la absoluta certeza sobre las verdades referentes a la teología natural es el resultado de un conjunto de probabilidades concurrentes y coincidentes; que unas probabilidades que no llegan a convertirse en certeza lógica pueden, sin embargo, engendrar una certeza subjetiva. El segundo, menos polémico, murmuró con más serenidad:

¿Por qué desfallecemos y sentimos miedo de vivir solos, si solos,
porque el Cielo lo ha dispuesto, moriremos?

Y del mismo modo oyó algunas palabras pronunciadas por el fantasma de rostro consumido, el Espectador genial:

—Cuando pienso en las tumbas de los hombres eminentes, todo impulso de envidia muere en mí; cuando leo los epitafios de las mujeres hermosas, todo deseo desordenado se me apaga; cuando tropiezo con el desconuelo de los padres ante una lápida, mi corazón se ablanda conmovido; cuando veo las tumbas de los propios padres, considero la vanidad del desconuelo por aquellos a quienes no tardaremos en seguir.

Por último habló un prelado con voz serena, y mientras duraba su cadenciosa y familiar composición, entrañable para él desde su más temprana infancia, cayó profundamente dormido:

Enséñame a vivir; que tema tanto
a la tumba como a mi lecho.

Enséñame a morir...

No se despertó hasta la mañana siguiente. Los fantasmas del pasado parecían haberse disipado, y todo hablaba del presente. Saltó de la cama pensando que había dormido demasiado, y se dijo:

—¡Diablos... me he olvidado por completo de mi preciosa prima y de que se encuentra aquí!... y de mi maestro también.

Pero quizá las palabras sobre el maestro las dijo con menos convicción que las palabras sobre su prima.

II. 2.

La necesidad de pensar en su situación actual, incluida la cuestión de la subsistencia, disipó toda fantasmagoría y le obligó a sustituir sus elevados pensamientos por las necesidades inmediatas. Tenía que levantarse y buscar trabajo; trabajo manual, que es la única clase de actividad considerada como trabajo por aquellos que lo ejercen.

Deambulando por las calles en busca de empleo, descubrió que los colegios habían cambiado traidoramente su agradable fisonomía: unos eran ostentosos, otros habían adoptado el aspecto de panteones familiares y todos reflejaban cierto barbarismo en su arquitectura. El espíritu de los hombres eminentes había desaparecido.

Estudiaba las innumerables páginas arquitectónicas que le rodeaban, menos como crítico artístico de sus formas que como compañero de aquellos artesanos fallecidos de cuyas manos habían salido estas formas. Examinó las molduras, las palpó como experto en la materia, comprobó lo difíciles o fáciles que eran de labrar, si requerían poco o mucho tiempo, si cansaban el brazo o eran de cincelado cómodo.

Lo que durante la noche había sido perfecto o ideal, por el día se había vuelto realidad más o menos defectuosa. Ahora veía que a los añosos edificios les habían infligido ultrajes, atrocidades. El estado en que se hallaban algunos le conmovió como le habría conmovido la mutilación de un ser vivo. Estaban

heridos, rotos, con sus perfiles externos borrosos por la lucha mortal contra los años, las inclemencias del tiempo y la barbarie del hombre.

La ruina de estos testimonios históricos le recordó que, en resumidas cuentas, no era esta una manera diligente de empezar algo práctico como era su propósito. Había venido a trabajar y a vivir de su trabajo, y la mañana estaba a punto de concluir. En cierto modo era reconfortante pensar que habría trabajo de sobra para él como restaurador en una ciudad donde tanto abundaban los edificios de piedra ruinosos. Preguntó el camino para llegar al taller del picapedrero cuyo nombre le habían proporcionado en Alfredston, y no tardó en oír el ruido familiar de limas y cinceles.

El taller era un modesto centro de restauración. Allí encontró reproducciones exactas, con las aristas limpias y las curvas bien perfiladas, de las gastadas esculturas que había contemplado en los muros corroídos por el tiempo. Eran modernas ideas en prosa de lo que los colegios cubiertos de musgo presentaban en vieja poesía. Puede incluso que algunas de esas antigüedades no fueran más que prosa en otro tiempo. No habían hecho otra cosa que aguardar, y así habían llegado a convertirse en poesía. ¡Cuán fácil resultaba para el más insignificante edificio, y qué difícil para la mayoría de los hombres!

Preguntó por el capataz y dio una vuelta por entre tracerías recién terminadas, ajimeces, dinteles, chapiteles, pináculos y cresterías a medio concluir o en espera de que se las llevaran. Todos los trabajos estaban labrados con precisión, con matemática igualdad y exactitud: afuera, en los viejos muros de las calles, quedaban los trazos rotos de la idea original: curvas hendidas sin precisión ninguna, irregularidad, desorden.

Jude sintió un destello de auténtica iluminación: eso, ese taller de picapedrero, era un centro de esfuerzo tan meritorio como el que se honraba con el nombre de investigación científica en el más noble de los colegios. Pero desechó esta reflexión ante la fuerza de su primitiva idea. Estaba dispuesto a aceptar el empleo que le ofrecieran por recomendación de su anterior patrono; pero solo lo aceptaría de manera provisional. Así era en él ese vicio moderno que llaman inquietud.

Por otra parte, se daba cuenta de que lo más que podía hacer aquí era copiar, reparar e imitar; imaginaba que todo esto se debía a una causa temporal y local. No se daba cuenta de que el arte medieval estaba tan seco como una hoja de helecho en un trozo de carbón mineral; de que en el mundo que le rodeaba se estaban desarrollando nuevas tendencias en las que la arquitectura gótica y sus derivaciones no tenían cabida alguna. No se le había revelado aún la lucha a muerte de la lógica y la concepción contemporáneas contra lo que él tenía por algo venerable.

Al no encontrar trabajo allí, se marchó pensando una vez más en su prima, cuya presencia presentía no lejos de él, como con un ligero sentimiento de interés, si no de emoción. ¡Cómo le habría gustado tener consigo su retrato! Por último, le escribió a su tía que se lo enviara. Y ella se lo envió, pero con la recomendación de que no creara problemas familiares yendo a verla a ella o a sus parientes. Jude, que era afectuoso hasta la ridiculez, no le prometió nada: colocó el retrato en la chimenea, lo besó —no sabía bien por qué— y se sintió más a gusto. Parecía que ella miraba y presidía su té. Esto le consolaba: era lo único que le unía a las emociones de la ciudad viva.

Estaba el maestro de escuela..., que probablemente sería ahora un honorable sacerdote. Pero no estaba en condiciones de ir a ver ahora a una persona tan respetable; su aspecto rudo y desaseado, y su precaria situación, dejaban mucho que desear. Así que siguió viviendo en soledad. Aunque la gente bullía a su alrededor, prácticamente no veía a nadie. No habiéndose sumergido en la vida activa de la ciudad, para él era como si no existiera. Pero los santos y los profetas que decoraban los ventanales, las pinturas de los museos, las estatuas, los bustos, las gárgolas, las cabezas de las ménsulas..., todas estas cosas parecían respirar el mismo aire que él. Como los recién llegados a un lugar cuyo pasado está profundamente impreso, veía manifestarse este pasado con una evidencia insospechada, y aun increíble, para los que residían allí habitualmente.

Durante muchos días, aprovechando las ocasiones en que pasaba por delante, frecuentó los claustros y los patios de los colegios, sorprendido por el eco profano de sus propios pasos, enérgicos como golpes de martillo. El «espíritu» de Christminster, como se le ha llamado, le iba invadiendo cada vez más; hasta que llegó un momento en que seguramente conocía los edificios material, artística e históricamente mejor que cualquiera de sus moradores.

Ahora que se hallaba Jude en el lugar por el que tanto había suspirado se daba cuenta realmente de lo lejos que estaba del objeto de sus anhelos. Solo un muro le separaba de aquellos jóvenes de su misma edad con los que compartía las mismas inquietudes intelectuales; jóvenes que no tenían nada que hacer de la mañana a la noche sino leer, tomar notas, estudiar y asimilar. Un muro nada más... pero ¡qué muro!

Cada día, cada hora, cuando iba en busca de trabajo, los veía ir y venir, se rozaba con ellos, oía sus voces, observaba sus gestos. Las conversaciones de algunos de aspecto más intelectual le resultaban a menudo asombrosamente semejantes a sus propios pensamientos, debido a los estudios que había hecho antes de venir a la ciudad. Sin embargo se sentía tan lejos de ellos como si se encontrara en los antípodas. Y por supuesto, lo estaba. Él no era más que un trabajador de blusa blanca y polvo de piedra en las arrugas de la ropa; y al cruzar por en medio de ellos ni siquiera le veían, o le oían, sino más bien

miraban a través de él, como si fuese de cristal, a algún compañero del otro lado. Fueran lo que fuesen ellos para Jude, él, en cambio, carecía de consistencia para ellos; y, no obstante, había pensado siempre que al venir aquí estaría muy cerca de sus vidas.

Pero después de todo tenía el futuro por delante; y si llegaba a tener la suerte de encontrar un buen empleo, llevaría a cabo su soñado proyecto. Así que daba gracias a Dios por su salud y su fuerza, y de este modo se animaba. De momento estaban todas las puertas cerradas para él, incluidas las de los colegios; pero quizá se le abrirían un día. Ya llegaría el día en que se asomaría a contemplar el mundo desde alguna ventana de esos palacios de la ciencia y el saber.

Por fin recibió aviso del taller del picapedrero; tenía un puesto para él. Fue el primer aliciente, y aceptó en seguida la oferta.

Era joven y fuerte, de lo contrario no habría podido poner tanto fervor en la empresa que ahora llevaba a cabo de estudiar durante casi toda la noche, después de trabajar todo el día. Primero compró una lámpara de pantalla por cuatro chelines y medio para tener buena luz. Luego se abasteció de plumas y papel, y de los libros necesarios que no le había sido posible encontrar en otra parte. Después, para consternación de su patrona, corrió el mobiliario de la habitación —que era de lo más simple—, colgó una cortina de una cuerda en medio de la habitación, dividiéndola en dos para que nadie le fiscalizara las horas que se quitaba de sueño, sacó los libros y se sentó.

Debido a los gastos abrumadores del matrimonio con la casa y la compra de los muebles, que después desaparecieron con la partida de su mujer, no había podido ahorrar un céntimo durante ese desventurado período, y hasta que no empezó a cobrar un jornal, se vio precisado a vivir en la más rigurosa estrechez. Tras haber comprado un libro o dos, ni siquiera pudo adquirir un brasero; y cuando soplaba el cierzo en las noches crudas, se sentaba junto a su lámpara envuelto en un abrigo, con el sombrero bien encasquetado y los guantes de lana.

Desde la ventana podía divisar la aguja de la catedral, y la cúpula bajo la que resonaba la gran campana de la ciudad. Y si se asomaba a la ventana de la escalera veía también la elevada torre del campanario con sus ventanas estrechas y largas, así como los altos pináculos de un colegio que había junto al río. Y todas estas cosas le servían de estímulo cuando sentía decaer su fe en el futuro.

Como les ocurre a casi todos los entusiastas, no pensaba en detalles. Tenía unas cuantas ideas generales de las que se había enterado por casualidad, pero nunca se preocupó de más. Por ahora, se decía, todo lo que tenía que hacer era prepararse: ahorrar dinero y estudiar; después ya vería qué posibilidades se le

presentaban para convertirse en hijo de la Universidad. «Pues la sabiduría es una defensa, y el dinero otra; pero la gracia de la ciencia está en que la sabiduría da vida a quienes la poseen». Su deseo le absorbía por completo, y le impedía considerar el lado práctico.

Por esta época fue cuando recibió una carta llena de ansiedad de su pobre tía, en la que le hablaba de lo que ya le preocupaba antes: el temor de que Jude no tuviera suficiente fuerza de voluntad para abstenerse de ir a ver a su prima Sue Bridehead y a sus parientes. El padre de Sue, según decía la tía, había regresado a Londres, pero la muchacha se había quedado en Christminster. Para desmerecerla más a sus ojos le decía que era artista o diseñadora de una tienda de objetos religiosos, lugares estos que constituían perfectos semilleros de idolatría, donde seguramente se entregaba a toda clase de mojigangas... si no se había hecho ya papista (la señorita Drusilla Fawley, como de su época, era evangélica).

Pero como Jude seguía un camino más bien intelectual que teológico, esta información sobre la probable manera de pensar de Sue no le impresionó gran cosa ni en un sentido ni en otro, aunque encontró francamente interesante la pista que le sugería acerca de dónde podría encontrarla. En cuanto estuvo libre, se fue con desacostumbrada alegría a pasear por delante de las tiendas que respondían a la descripción de su tía abuela. En una de ellas vio a una chica sentada detrás de un pupitre con toda la pinta de ser el original del retrato. Se atrevió a entrar con un pretexto trivial, y después de comprar algo se entretuvo un poco. Al parecer la tienda estaba atendida por mujeres. Había libros anglicanos, artículos de escritorio, ejemplares de la Biblia y objetos de regalo: angelitos de escayola, cuadros de santos con marcos góticos, cruces de ébano que eran casi como crucifijos, libros de oraciones que eran casi como misales. Sintió una gran timidez al mirar a la muchacha del pupitre. Era tan bonita que no le parecía posible que fuese familia suya. Entonces ella se dirigió a una de las mujeres de más edad que estaban detrás del mostrador; y encontró que su voz tenía algo de la suya propia. ¿Qué hacía? Miró furtivamente. Tenía ante sí una plancha de zinc de veinte o treinta centímetros de larga, en forma de pergamino, completamente recubierta de pintura por encima. Sobre ella estaba pintando o iluminando con caracteres góticos la palabra:

«¡Qué dulce, santa y cristiana ocupación la suya!», pensó.

Ahora se explicaba perfectamente su presencia allí; su habilidad en trabajos de esta clase se debía sin duda a la profesión de su padre, que hacía ornamentos de metal para las iglesias. El rótulo que estaba pintando tenía evidentemente por objeto invitar a la devoción.

Salió de la tienda. Le habría sido fácil dirigirle la palabra en ese momento,

pero le parecía poco correcto hacer caso omiso del ruego de su tía tan pronto. Es cierto que le había tratado con rudeza, pero al fin y al cabo le había criado, y el hecho de que no estuviera allí para vigilarle daba una fuerza conmovedora a su deseo que en otras condiciones habría desechado él por su falta de sentido.

Así que no le dijo nada. No se daría a conocer a Sue por ahora. Y cuando se alejaba, se dio cuenta de que tenía otras razones, además. La veía tan elegante comparada con él, que iba con la chaqueta del trabajo y unos pantalones polvorientos, que no se consideró en condiciones de presentarse; lo mismo le había pasado con respecto al señor Phillotson. Incluso era posible que ella hubiese heredado los prejuicios de su familia y le despreciara, al menos hasta donde puede hacerlo un cristiano; y sobre todo cuando le contara esa parte tan desagradable de su vida durante la cual se vio ligado a una mujer hacia la que, con toda seguridad, no sentiría la menor simpatía.

Así pues, la observaba de lejos y se complacía en verla. La conciencia de saberla allí le estimulaba. Pero seguía siendo un ser más o menos ideal, acerca de cuya naturaleza comenzó él a tejer extraños y fantásticos desvaríos.

Unas dos o tres semanas después se afanaba Jude, junto con otros obreros, en descargar de un carruaje un bloque de piedra labrada delante del Colegio Crozier de la calle de Antaño, antes de izarlo al antepecho que estaban reparando. Una vez preparados todos, dijo el capataz:

—¡Va todos a una! ¡Haaa-la!

Y tiraron todos de la cuerda.

De pronto, mientras tiraba, notó Jude que su prima estaba casi pegada a él, aguardando a que quitaran el sillar y dejaran libre el paso. Ella le miró con sus ojos limpios y enigmáticos, en los que —así lo creyó él al menos— la agudeza se combinaba con la ternura, y con ambas el misterio; la expresión que reflejaban, igual que la de sus labios, conservaba aún la animación de la charla que venía sosteniendo con una compañera, y se la comunicó a él sin saberlo. Pero no se fijó en Jude más de lo que se fijó en las motas de polvo que él levantaba en su trabajo y hacía que brillaran al sol.

Le emocionó tanto su proximidad que empezó a temblar, y apartó la cara instintivamente para evitar que le reconociera, aun cuando ella no sabía quién era y seguramente ni habría oído pronunciar jamás su nombre. Jude pudo darse cuenta de que, pese a que en el fondo era una pueblerina, el haber pasado en Londres los últimos años de su niñez y haberse hecho mujer después aquí le había quitado toda tosquedad.

Cuando se fue reanudó el trabajo, y siguió pensando en ella. Se había sentido tan embargado por el encanto de su presencia que ni se había dado

cuenta de qué figura tenía. Ahora recordaba vagamente que no era muy alta, que era ágil y delgada y vestía con muy buen gusto. Eso era todo cuanto había visto. Por lo demás, no tenía nada de escultural; sus movimientos eran nerviosos. Una muchacha despierta, graciosa, aunque puede que un pintor no la hubiera considerado guapa o bonita. No obstante, le había impresionado mucho. La veía muy lejos de esa rusticidad en que se desenvolvía él. ¿Cómo podía habérselas arreglado un vástago de su infortunada estirpe, que parecía maldita, para lograr ese grado de refinamiento? Seguramente por el tiempo que estuvo en Londres, pensó.

Desde ese momento, la emoción que se le había ido acumulando en el pecho por efecto de su soledad y la poesía del lugar donde habitaba, comenzó a polarizarse insensiblemente en este ser semi ilusorio; y presentía que, por firme que fuese el propósito de obedecer a su tía, no tardaría en sentirse sin fuerzas para resistir el deseo de darse a conocer a ella.

Se decía a sí mismo que pensaba en ella desde el punto de vista familiar exclusivamente, puesto que existían razones decisivas por las que ni debía ni podía pensar en ella de otro modo.

La primera, que era casado, y estaría muy mal. La segunda, que eran primos. Y no parecía bien que dos primos se enamoraran aunque las circunstancias favorecieran el nacimiento de esta pasión. Y en tercer lugar, que aun siendo libres los dos, en una familia como la suya donde el matrimonio normal tenía tan desastrosas consecuencias, el matrimonio entre dos cónyuges de la misma sangre sería doblemente funesto, y esas desastrosas consecuencias podían acarrear un trágico desenlace.

Por tanto, debía pensar en Sue solo con el interés que tiene uno por un miembro de su propia estirpe, y considerarla como alguien de quien podía enorgullecerse, con quien le daría gusto charlar y saludarse, y poder tomar el té juntos más adelante, invitarla, y mantener con ella unas relaciones familiares y de buena camaradería. De este modo, sería para él una estrella propicia, una fuerza impulsora, una compañera en la fe anglicana y una amiga entrañable.

II. 3.

Pero a pesar de los diversos motivos que le refrenaban, el instinto de Jude le impulsaba a acercarse a ella tímidamente, y al domingo siguiente acudió por la mañana al servicio religioso del Colegio Cardinal con el propósito de verla otra vez, porque había descubierto que era allí donde solía ir.

Pero Sue no fue, así que la esperó después por la tarde. Sabía que si acudía llegaría por la derecha del gran patio plantado de césped, que era por donde se entraba, y aguardó en un rincón mientras repicaba la campana. Unos minutos antes de que empezara el servicio apareció, como una figura más, caminando junto a los muros del Colegio; al verla fue a situarse en el lado opuesto, y entró tras ella, más contento que nunca de no haberse dado a conocer. Poder verla y no ser visto ni conocido era cuanto pedía por el momento.

Se entretuvo un instante en el vestíbulo, y cuando entró y tomó asiento, el servicio había empezado ya. Era una tarde lúgubre, quieta, cargada de tormenta; una de esas en que los hombres vulgares y prácticos sienten que la religión es algo necesario y no un lujo de las clases sentimentales y ociosas. Con la penumbra reinante y la luz filtrada de los ventanales, solo podía distinguir de manera confusa a los fieles del otro lado, pero sabía que Sue estaba entre ellos. No bien había acabado de descubrir el lugar exacto que ella ocupaba, cuando el Salmo 119 que el coro estaba cantando llegó a la segunda parte, *In quo corriget*, y el órgano atacó una patética melodía gregoriana mientras los cantores entonaban:

¿Cómo purificará el joven su camino?

Era exactamente el problema que absorbía la atención de Jude en ese momento. Qué miserablemente se había portado al dejarse llevar de la pasión animal por una mujer, dando lugar con ello a tan desastrosas consecuencias; después, impulsándole a poner fin a su vida, y finalmente a refugiarse en la bebida. Las grandes oleadas de música ahogaban los cantos del coro y, criado como había sido en el temor de Dios, no es de extrañar que sintiera la firme convicción de que aquel salmo, por designio de la Providencia, estaba especialmente dedicado a su primera entrada en tan solemne recinto. Sin embargo, no era más que un salmo ordinario que correspondía a la vigésimo cuarta tarde del mes.

La muchacha por la que había comenzado a alimentar un extraordinario sentimiento de ternura se hallaba a la sazón envuelta por las mismas armonías que llenaban sus oídos, y este pensamiento le llenó de gozo. Seguramente venía a menudo a este sitio, y empapada en cuerpo y alma de sentimiento religioso como debía de estar por su trabajo y sus costumbres, sin duda tendría ya mucho en común con él. Para un joven sensible y solitario, la conciencia de haber encontrado al fin un refugio donde anclar sus pensamientos, que prometía proporcionarle satisfacciones sociales y espirituales, era como el rocío del Hermón; y permaneció durante todo el servicio en una perpetua atmósfera de éxtasis.

Aunque estaba muy lejos de sospecharlo, alguien podía haberle dicho que esa atmósfera provenía lo mismo de Chipre que de Galilea.

Jude aguardó hasta que la vio levantarse de su asiento y cruzar la mampara, y entonces se levantó. Ella no se volvió, y cuando Jude llegó a la puerta, caminaba ya por el amplio sendero del patio. Vestido como iba con su traje de los domingos, se sentía tentado a seguirla y darse a conocer. Pero no estaba completamente preparado; y, ¡ay!, ¿sería prudente dar ese paso, con la clase de sentimiento que se le estaba despertando?

Porque, aunque dicho sentimiento pareciese de origen religioso por haberlo experimentado durante el servicio, no estaba tan ciego como para no comprender la naturaleza de ese magnetismo. La joven le era tan desconocida que el parentesco no era sino un pretexto; y se decía: «¡No puede ser! ¡Un hombre casado como yo no debe hacer esto!». Pero Sue era familia suya de todos modos, y el hecho de que estuviera casado, aunque su mujer se encontrara muy lejos de este hemisferio, podía ser en cierto modo ventajoso. Esto disiparía del ánimo de Sue toda idea de que a él le movía ningún tierno deseo y haría que sus relaciones fuesen francas y sin recelos. Se daba cuenta con cierto dolor de corazón de lo poco que le importaba la libertad y la confianza que el saber esta noticia pudiera suponer para ella.

Unos días antes de que se celebraran esos oficios en la catedral, la simpática muchacha de ojos claros y pies menudos que era Sue Bridehead había tenido una tarde de asueto, y después de dejar la tienda de objetos religiosos, en la que no solo trabajaba sino que vivía también, salió al campo con un libro en la mano. Era uno de esos días despejados que amanecen a veces en Wessex y otros lugares en plena temporada de frío y de lluvias, como intercalado caprichosamente por el dios del tiempo. Caminó durante unos dos kilómetros o tres, hasta que llegó a un paraje bastante más elevado que la ciudad que acababa de dejar atrás. La carretera atravesaba verdes prados; al llegar a una cerca se detuvo a terminar la página que estaba leyendo, y luego se volvió a contemplar las torres y cúpulas y pináculos viejos y nuevos.

Al otro lado de la cerca, junto al sendero, vio a un hombre de pelo negro y cara cetrina sentado en la hierba al lado de un gran tablero cuadrado donde exhibía cierto número de estatuillas de escayola apiñadas y sujetas en él, algunas de las cuales estaban pintadas de color bronce. Al parecer las estaba ordenando antes de seguir su camino. La mayoría eran pequeñas reproducciones de antiguas esculturas de mármol que representaban divinidades de muy distinto género; entre ellas, un tipo de Venus de lo más corriente y una Diana, y del otro sexo, un Apolo, un Baco y un Marte. Aunque las figuras estaban a bastante distancia de ella, el sol poniente las hacía brillar de tal modo, recortándolas sobre el verde de la hierba, que pudo ver sus contornos con luminosa nitidez; y, puesto que se interponían entre ella y las torres de la iglesia, le suscitaron una serie de ideas extrañas y contradictorias. El hombre se levantó y, al verla, se quitó el sombrero con toda cortesía y

proclamó:

—¡Figuríitas!,

en un tono completamente acorde con su pinta. Se colocó hábilmente el gran muestrario de celebridades humanas y divinas sobre la rodilla, y de ahí se lo subió a la cabeza, llevándolo hasta la cerca. Primero le ofreció las más pequeñas: busto de reyes y reinas; después un trovador, y luego un Cupido alado. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Cuánto valen esas dos? —dijo, tocando con el dedo una Venus y un Apolo, que eran las de mayor tamaño de la bandeja.

El hombre le contestó que le dejaba las dos por diez chelines.

—Es demasiado caro para mí —dijo Sue. Le ofreció bastante menos; y para sorpresa suya, el vendedor quitó el alambre que las sujetaba y se las tendió por encima de la cerca. Y ella las cogió como si se tratara de dos tesoros.

Después de pagarlas, y una vez que se hubo marchado el hombre, empezó a cavilar sobre lo que haría con ellas. Le parecían enormes ahora que eran suyas, y demasiado desnudas. Debido a su temperamento nervioso, temblaba de pensar en lo que había hecho. Al manejarlas se manchó de blanco los guantes y la chaqueta. Después de caminar durante un rato, se le ocurrió una idea, y cogiendo unas cuantas hojas grandes de bardana, perejil y otras plantas que crecían junto al seto, las envolvió de forma que pareciera más bien un costal de muestras recogidas por una entusiasta de la naturaleza.

—¡Bueno, cualquier cosa es mejor que las dichas baratijas de beata! — se dijo. Pero aún se sentía nerviosa, y casi hubiera preferido no haber comprado las estatuillas.

Mirando de cuando en cuando entre las hojas para ver si no le había roto un brazo a la Venus, entró con su cargamento de paganismo en la ciudad más cristiana del país por un oscuro callejón paralelo a la calle principal, y dio un rodeo para entrar por la puerta lateral del establecimiento donde trabajaba. Subió lo que había comprado directamente a su habitación, con la intención de guardarlo bajo llave en un baúl que era de su propiedad; pero como abultaban tanto, las envolvió en dos trozos de papel y las puso en un rincón.

La dueña de la casa, la señorita Fontover, era una dama de avanzada edad que usaba lentes y vestía casi como una abadesa; era también apasionada de la liturgia, que se convirtió en su negocio, y parroquiana asidua de los oficios divinos que se celebraban en la iglesia de San Silas, del ya citado barrio de Beersheba, a la que Jude había comenzado también a asistir. Era esta dama hija de un sacerdote de escasos recursos, y a su muerte, acaecida varios años

antes, afrontó valerosamente la situación y evitó la miseria abriendo una tiendecita de objetos religiosos, que después amplió considerablemente. Llevaba un crucifijo y algunos abalorios colgados del cuello con una cadenita como únicos adornos personales, y se sabía el Año Cristiano de memoria.

La dama subió a llamar a Sue para el té, y al ver que la muchacha tardaba en contestar entró en la habitación en el preciso momento en que ataba a toda prisa cada paquete con un trozo de cordel.

—¿Qué tiene ahí?, ¿algo que se ha comprado, señorita Bridehead? —preguntó, mirando los dos paquetes.

—Sí...; unas cosas para adornar mi habitación —dijo Sue.

—Bueno, yo creía que había bastantes adornos aquí —dijo la señorita Fontover mirando las estampas de santos con sus marcos dorados, los pergaminos con frases bíblicas y demás objetos que, al no haberse podido vender por estar pasados de moda, los había empleado para adornar esa oscura habitación—. ¿Y qué son? ¡Hay que ver lo que abultan! —Hizo un agujero como del tamaño de una hostia en el papel que los envolvía y trató de averiguar lo que eran—. ¿Son estatuas? Dos figuras, ¿no? ¿Dónde las ha comprado usted?

—Bueno...; se las he comprado a un vendedor ambulante. —¿Son dos santos?

—Sí.

—¿Cuáles?

—San Pedro... y la Magdalena.

—Bien...; yo venía a decirle que baje a tomar el té y a terminar de pintar el texto del órgano, si queda suficiente luz después.

Estos pequeños obstáculos con los que tropezaba lo que no había sido más que un simple capricho pasajero despertaron en ella unas tremendas ganas de desempaquetar las figuras para contemplarlas otra vez; y a la hora de acostarse, cuando estaba segura de que nadie entraría a molestarla, desenvolvió las divinidades sin ningún temor. Las colocó sobre la cómoda con una vela a cada lado, se metió en la cama y se puso a leer un libro que había sacado de la maleta del que no tenía conocimiento la señorita Fontover. Era una obra de Gibbon, y estaba leyendo el capítulo que trataba sobre el reinado de Juliano el Apóstata. De cuando en cuando alzaba la vista para contemplar las estatuillas, y le resultaban extrañas y fuera del ambiente porque tras ellas, colgadas de la pared, había una estampa que representaba la escena del Calvario. Y como movida por aquel contraste, saltó de la cama y sacó otro libro de la maleta —este en verso— y lo abrió por el famoso poema que dice

Tú has vencido, pálido galileo:

¡El mundo se ha vuelto gris bajo tu aliento!

y lo leyó hasta el final. Luego apagó la luz de su mesilla.

Estaba en esa edad en que por lo general uno duerme profundamente. No obstante, esa noche permaneció despierta; y cada vez que abría los ojos, la luz difusa que entraba de la calle hacía resaltar las figuras de escayola de encima de la cómoda en singular contraste con lo demás: el texto, el mártir y el cuadro de la Crucifixión de gótico marco dorado, del que solo se distinguía la cruz latina, mientras que la figura quedaba oscurecida por las sombras.

Una de las veces, los relojes de los campanarios tocaron una hora temprana de la madrugada. Esas campanadas las oyó también otra persona que, inclinada sobre los libros, velaba en la misma ciudad, no lejos de allí. Puesto que era sábado por la noche, Jude no necesitaba poner el despertador para levantarse temprano; de ahí que siguiera estudiando, como era su costumbre, dos o tres horas más que los otros días. Precisamente en ese momento se hallaba sumido en el estudio del texto de Griesbach. En el mismísimo instante en que Sue se removía y miraba sus figuritas, el policía y los ciudadanos rezagados que pasaban bajo la ventana de Jude, de haber prestado atención, podían haber oído murmurar ciertas palabras extrañas, que para él poseían un encanto indescriptible:

All'hemin heis Theos ho Pater, ex hou ta panta, kai hemeis eis auton.

Finalmente, con voz grave y respetuosa, recitó mientras cerraba el libro:

Kai heis Kurios Iesous Christos, de hou ta panta kai hemeis de autou!

II. 4.

Era hábil en su oficio, capaz de realizar cualquier clase de trabajo, como suele ser frecuente entre los artesanos de pueblo. En Londres, el que talla relieves foliados se niega a ejecutar el trozo de moldura que sirve de unión a esas hojas, como si el hecho de realizar esa segunda mitad de un todo significara bajar de categoría. Cuando a Jude se le terminaba el trabajo de ornamentación gótica, o de tracería en las ventanas de los edificios bancarios, labraba inscripciones de monumentos y lápidas, y disfrutaba cambiando de especialidad.

La siguiente ocasión que tuvo de verla fue una vez en que se encontraba subido a una escala de mano realizando uno de estos trabajos en el interior de una iglesia. Se iba a celebrar un breve oficio matinal y, al entrar el párroco,

Jude bajó de la escala y se sentó junto con la media docena de personas allí reunidas, esperando a que terminaran las oraciones para reanudar sus martilleos. Hasta que no iba mediado el servicio religioso no se dio cuenta de que una de las mujeres era Sue, que había ido acompañando a la vieja señorita Fontover.

Jude contempló desde su asiento sus hombros preciosos, su ágil manera de levantarse y sentarse, no exenta de cierta indiferencia, así como sus leves genuflexiones, y pensó en la ayuda que habría representado para él una muchacha anglicana como ella en circunstancias más afortunadas. No fue su afán por continuar el trabajo lo que le hizo encaramarse en lo alto de la escalera, tan pronto como los feligreses comenzaron a desfilar: la verdad es que, en ese lugar, no se atrevía a encontrarse frente a frente con la mujer que comenzaba a influir en él de manera tan extraordinaria. Las tres razones por las que no debía entablar una amistad más íntima con Sue Bridehead, ahora que se daba cuenta de que su interés por ella era inequívocamente sexual, se le hacían más claramente evidentes. Pero también era cierto que el hombre no podía vivir solo para el trabajo; que este hombre particular que se llamaba Jude, al menos, necesitaba un poco de amor. Muchos habrían ido en busca de la muchacha sin tardanza, se habrían aferrado al placer de esa amistad fácil a la que ella difícilmente podía haberse negado y habrían confiado lo demás al azar. Jude no era así... en principio.

Pero a medida que pasaban los días, y más particularmente las noches solitarias, se daba cuenta para consternación suya de que cada vez pensaba más en ella, en lugar de pensar cada vez menos; y experimentaba una tímida felicidad en hacer cosas insólitas, descabelladas y sin sentido. Rodeado todo el día por su influjo, y frecuentando los lugares que Sue visitaba, no paraba de pensar en ella, y se veía obligado a confesarse a sí mismo que en todo esto quien saldría derrotada de esta batalla sería su conciencia.

Aún era Sue casi un ideal para él. Tal vez si llegaba a conocerla se curaría de esta inesperada y reprobable pasión. Pero una voz le susurraba que, aunque deseaba conocerla, en cambio no quería curarse.

No cabía la menor duda de que, desde la ortodoxia de su propio punto de vista, la situación se estaba haciendo inmoral. Porque enamorarse de Sue, cuando estaba obligado por las leyes de su país a amar a Arabella y a nadie más hasta el final de su vida, era empezar mal otra vez, sobre todo teniendo en cuenta el proyecto de carrera que pretendía llevar a cabo. Esta convicción se le había hecho tan viva que un día, cuando se hallaba trabajando solo en una iglesia de la vecindad, como le solía acontecer, se sintió en la necesidad de rezar para vencer su flaqueza. Pero por mucho que quisiera mantenerse en una actitud ejemplar a este respecto, no podía. Resulta inútil, se daba perfecta cuenta, pedirle a Dios que te libre de la tentación, cuando tu corazón desea

precisamente ser tentado setenta veces siete. De este modo se justificaba a sí mismo. «Al fin y al cabo —se decía—, no es exactamente un problema de erotolepsia lo que a mí me pasa, como en la primera vez. Me doy cuenta de que es una muchacha excepcionalmente brillante; y lo que yo siento es más que nada un deseo de simpatizar intelectualmente con ella, y una necesidad de afecto en mi soledad». De este modo la siguió adorando, con el temor de llegar a ver en ello la perversidad humana. Porque fuera cual fuese el talento de Sue, o sus virtudes, o su religiosidad, lo cierto es que ninguna de estas prendas era en absoluto la causa de su afecto por ella.

Una tarde entró una muchacha en el taller del picapedrero con aire dubitativo y, levantándose las faldas para no ensuciárselas de polvo, se dirigió a la oficina.

—¡Qué preciosidad! —dijo uno de los obreros al que llamaban Tío Joe.

—¿Quién es? —preguntó otro.

—No lo sé... A esa la he visto yo por aquí. ¡Ah, ya! Es la hija de Bridehead, un tío de talento que hizo todo el trabajo de forja de la iglesia de San Silas hará unos diez años, y después se fue a Londres. No sé qué hará ahora... seguramente no gran cosa, puesto que la muchacha viene por aquí.

Entretanto, la joven llamó a la puerta de la oficina y preguntó si Jude Fawley estaba en el taller. Daba la casualidad de que Jude estaba fuera esa tarde, noticia que recibió ella con cierto desencanto, y se marchó inmediatamente. Cuando Jude volvió se lo dijeron; y al describirle a la chica, exclamó:

—¡Cómo..., pero si esa es mi prima Sue!

Se asomó a la calle, pero ya había desaparecido. No pensó más en evitar su encuentro, sino que decidió ir a verla esa misma tarde. Y al llegar a su pensión se encontró con una carta de ella, la primera, una de esas notas que, aun siendo de lo más simple en sí misma, al considerarla después retrospectivamente, la encuentra uno llena de apasionadas consecuencias. El hecho de ignorar que estas primeras cartas que las mujeres envían a los hombres, o viceversa, son preludio del drama que más tarde se desencadena, es lo que hace que, al leerlas después a la luz pálida o inflamada de ese drama, las encontremos grandiosas, solemnes y, en algunos casos, terribles.

La carta de Sue era de lo más inocente y natural. Se dirigía a él como a su querido primo Jude; le decía que se había enterado por casualidad de que vivía en Christminster, y le reprochaba no haber ido a visitarla. Podían haber pasado muy buenos ratos juntos, decía, porque se sentía muy sola y apenas tenía amigas de verdad. En cambio, ahora era probable que se marchara pronto, con lo que perderían tal vez para siempre la oportunidad de llegar a ser buenos

amigos.

Jude sintió un sudor frío al saber que se marcharía. Era una eventualidad que no se le había ocurrido, así que decidió contestarle inmediatamente. La vería esa misma noche, le decía, una hora después de escribirle, en la cruz del pavimento que marcaba el lugar de los Martirios.

Después de enviar la nota por un chico, lamentó haberla citado en la calle, cuando podía haberle dicho que pasaría a verla. En realidad, era costumbre verse así en el campo y no se le había ocurrido otra cosa. Así era como se había visto con Arabella, por desgracia; pero podía no parecer correcto tratándose de una joven como Sue. Sin embargo, ya no tenía remedio; conque se dirigió hacia el lugar de la cita unos minutos antes de la hora fijada, bajo el débil resplandor de los faroles recién encendidos.

La amplia calle estaba silenciosa y casi desierta, aunque no era demasiado tarde. Vio una figura en el otro extremo, que luego resultó ser ella, y ambos llegaron a la cruz del suelo casi al mismo tiempo. Antes de llegar, ella gritó:

—¡No te voy a conocer en un lugar como este! Vamos un poco más allá.

La voz, aunque decidida y argentina, le había salido temblorosa. Siguieron andando en paralelo; y por complacerla, aguardó a que ella se acercara para acercarse él también, cosa que hizo cuando iba ya por el lugar donde paraba la diligencia del correo, aunque a estas horas no había nadie allí.

—Siento haberte pedido que vinieras en vez de ir a verte —comenzó Jude con la timidez de un enamorado—. Pero pensé que ganaríamos tiempo si salíamos a dar una vuelta.

—¡Bah!... No tiene importancia —dijo ella con franca camaradería—. En realidad, no tengo lugar apropiado para recibir a nadie. Lo que quería decirte es que el sitio que has elegido para encontrarnos es horrible. Bueno, creo que horrible no es la palabra... Me refiero a que es macabro, que sugiere cosas desagradables. Pero ¿no te parece gracioso que empecemos así, sin conocerte aún? —Le miró de hito en hito, aunque Jude apenas la miraba a ella—. Parece que me conoces más tú a mí que yo a ti —añadió ella.

—Sí...; te he visto a menudo.

—¿Sabías quién era yo y no me dijiste nada? ¡Y nos conocemos ahora, cuando estoy a punto de marcharme de aquí!

—Sí. Es una lástima. Me será difícil hacer amigos. Desde luego, tengo a un viejo conocido que debe de vivir cerca, pero no quiero visitarle todavía. ¿Tú conoces a un tal señor Phillotson? Seguramente debe de ser párroco de algún pueblecito de los alrededores.

—No...; yo solamente conozco a un señor Phillotson que vive en las

afueras, no lejos de aquí; en Lumsdon exactamente. Pero es maestro de escuela.

—¡Ah! A lo mejor es el mismo. ¡Pero no es posible! ¡Maestro de escuela nada más! ¿Sabes su nombre? ¿Sabes si se llama Richard?

—Sí, ese es; he tenido que enviarle libros, aunque no le he visto nunca.

—¡Entonces, no lo ha conseguido!

El semblante de Jude experimentó un desencanto; porque, ¿cómo podría salir él airoso de una empresa en la que había fracasado el gran Phillotson? De no haber recibido la noticia en la dulce compañía de Sue, habría tenido un día de desesperación; pero aun en este momento presentía la negra depresión en que le sumiría el fracasado proyecto del señor Phillotson de ingresar en la Universidad, cuando ella no estuviera.

—Ya que hemos salido a dar una vuelta, ¿quieres que pasemos a verle? —dijo de pronto Jude—. No es muy tarde.

Ella accedió; y echaron cuesta arriba a través de un maravilloso paisaje poblado de árboles que había en las afueras. Primero vieron recortarse en el cielo una torre almenada y el cuadrado campanario de una iglesia, y luego surgió el edificio de la escuela. Preguntaron a alguien de la calle si estaría en casa el señor Phillotson, y les contestaron que el señor Phillotson estaba siempre en casa. Llamaron a la puerta de la vivienda, y el maestro salió por la puerta de la escuela con una vela en la mano y una mirada interrogadora en el semblante, más flaco y devorado por las preocupaciones desde que Jude le viera por última vez.

El hecho de que, después de tantos años, el encuentro con el señor Phillotson fuera así de simple, destruyó de golpe la aureola con que Jude había envuelto la figura del maestro en su imaginación desde su partida. Pero al mismo tiempo despertó en su interior un sentimiento de simpatía hacia ese hombre visiblemente vencido y acabado. Jude se presentó y dijo que había venido a verle como a un viejo amigo, por lo bien que se había portado con él en sus tiempos de niñez.

—No me acuerdo de usted lo más mínimo —dijo el maestro después de reflexionar—. ¿Y dice que era uno de mis alumnos? Así será, claro; pero he tenido miles de alumnos en mi vida, y como es natural han cambiado tanto que recuerdo a muy pocos, quitando a los últimos que he tenido.

—Fue en Marygreen —dijo Jude, que empezaba a arrepentirse de haber ido.

—Sí, estuve allí algún tiempo. ¿Y ella es alguna antigua alumna también?

—No, es mi prima... Le escribí a usted una vez pidiéndole unas

gramáticas, no sé si se acordará; y usted me las envió.

—¡Ah..., ya! Recuerdo vagamente ese detalle.

—Fue usted muy amable en enviármelas. Y además fue el primero que me orientó por este camino. El día que se marchó de Marygreen, después de cargar sus cosas, quiso despedirse de mí y me dijo que proyectaba estudiar en la Universidad y hacerse sacerdote..., que el título universitario era el sello indispensable para un hombre que quería hacer algo como teólogo o como profesor.

—Todo eso lo pensaba yo en mi fuero interno; pero no sabía que se lo hubiera contado a nadie. Hace años ya que renuncié a esa idea.

—Yo nunca la he olvidado. Esa idea es la que me hizo venir a esta parte del país y la que me ha hecho venir a verle esta noche.

—Pase —dijo Phillotson—. Y su prima también.

Entraron en el salón de la escuela, donde había una lámpara con una pantalla de papel que iluminaba unos tres o cuatro libros. Phillotson quitó la pantalla con el fin de poderse ver mejor unos a otros, y la luz iluminó el rostro pequeño de Sue con sus vivos ojos negros y su pelo, las facciones serias de su primo y la figura del propio maestro, persona de unos cuarenta y cinco años, flaco y meditabundo, de labios finos, ligeramente encorvado, vestido con una negra levita a la que le relucían los hombros y los codos y la espalda por el roce.

La antigua amistad se renovó imperceptiblemente, y el maestro habló de sus experiencias, y los primos de las suyas. Les dijo que a veces aún pensaba en el sacerdocio y que aunque no pudiera entrar en él como había pensado en los pasados años, podía entrar, en cambio, como predicador. Entretanto, dijo, se encontraba a gusto en su situación actual, aunque echaba en falta la ayuda de un profesor auxiliar.

No se quedaron a cenar porque Sue tenía que estar en casa temprano, y emprendieron el camino de regreso a Christminster. Aunque no hablaron sino de temas generales, Jude se había quedado sorprendido al descubrir que su prima era toda una revelación de mujer para él. Era tan vibrante que todo lo que hacía parecía brotarle de su sensibilidad. Su energía la hacía caminar a un paso que a él le resultaba difícil mantener; en ciertos aspectos, su sensibilidad llegaba a tales extremos que podía confundirse con la vanidad. Jude se daba cuenta con hartazgo de corazón de que mientras los sentimientos de ella hacia él solo eran de franca camaradería, él la amaba mucho más que antes de conocerla; y se sentía triste, no por regresar a casa, sino porque pensaba que ella se marcharía pronto.

—¿Por qué te vas de Christminster? —dijo con pesar—. ¿Cómo puedes dejar una ciudad cuya historia está tan vinculada a la de Newman, Pusey, Ward, Keble y tantos otros?

—Es verdad. Pero ¿qué representan todos ellos para la historia del mundo? ... ¡Es una razón muy graciosa para quedarse en un sitio! ¡No se me había ocurrido! —rio—. Bueno... tengo que irme —prosiguió—: la señorita Fontover, una de las propietarias para las que trabajo, está ofendida conmigo y yo con ella, y por eso es mejor que me vaya.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha roto unas esculturas.

—¿Aposta?

—Sí. Las encontré en mi habitación y, a pesar de que eran mías, las tiró al suelo y las pateó porque no estaban acordes con su gusto, y hasta hizo añicos la cabeza y los brazos de una de ellas con el tacón... ¡Algo horrible!

—¿Qué eran, demasiado católicas-apostólicas para ella? Supongo que las llamaría imágenes papistas y te hablaría de la invocación de los santos.

—No...; no es eso. Se trataba de una cuestión bien distinta.

—¡Ah, entonces me sorprende!

—Sí. Mis santos no le gustaron por otra razón. Así que me vi obligada a contestarle; y el resultado es que he decidido no continuar allí más tiempo y buscarme un empleo en el que pueda ser más independiente.

—¿Por qué no vuelves a la enseñanza? Según has dicho empezaste una vez.

—Nunca se me ha pasado por la cabeza continuar; me suelo ganar la vida como decoradora.

—¿Por qué no me dejas que le diga al señor Phillotson que te tenga con él? Luego, si te gusta, y vas a la Escuela Normal y te sacas el título de maestra, ganarás el doble que como decoradora o restauradora, y tendrás el doble de libertad.

—Bueno...; díselo. Ahora debo entrar ya en casa. ¡Buenas noches, Jude! Me alegro de que por fin nos hayamos conocido. No tenemos ninguna necesidad de llevarnos mal como nuestros padres, ¿no te parece?

Jude no quiso darle a entender lo mucho que estaba de acuerdo con su parecer, y echó a andar hacia la lejana calle donde tenía su alojamiento.

El conservar a Sue Bridehead junto a él se convirtió de pronto en un deseo que le hacía actuar sin mirar las consecuencias; a la noche siguiente se fue otra

vez a Lumsdon, porque no quería fiar los efectos persuasivos a una mera carta. Su proposición pilló al maestro desprevenido.

—A mí me hace falta más bien lo que se suele llamar una interina de segundo año —dijo—. Por supuesto, su prima en particular es una chica competente; pero no tiene experiencia. ¿O sí la tiene? ¿Tiene intención de entrar en la enseñanza en serio?

Jude le dijo que creía que sí, y sus ingeniosos argumentos acerca de la ayuda que su natural aptitud supondría para el señor Phillotson, de la que Jude no tenía ni idea, influyeron de tal modo en el ánimo del maestro que dijo que la contrataría; pero le previno como amigo que a menos que su prima se propusiera realmente continuar sus estudios y tomara el trabajo solo como unas prácticas para ingresar después en la Escuela Normal, perdería el tiempo, dada la ridiculez del sueldo.

Al día siguiente de esta visita, Phillotson recibió una carta de Jude en la que le informaba que había consultado de nuevo con su prima y que esta se estaba encariñando cada vez más con la idea de la enseñanza, así que había aceptado. Ni por un momento se le ocurrió al maestro que el ardor de Jude en ayudar a su prima se debiera a otra cosa que al sentido del apoyo que suele existir entre los miembros de una misma familia.

II. 5.

El maestro de escuela estaba sentado en su modesta casa aneja a la escuela; ambos edificios eran modernos. Contemplaba el viejo edificio que se alzaba al otro lado del camino, donde vivía su ayudante Sue. Se habían puesto muy pronto de acuerdo. El alumno de la Normal asignado a la escuela del señor Phillotson no se había presentado, por lo que este tomó a Sue para que ocupara su puesto. Un arreglo provisional de este género solo podía durar hasta que pasara el Inspector de Enseñanza en su visita anual, cuya aprobación era indispensable para que el contrato se hiciera en firme. La señorita Sue Gridehead había dado clases durante dos años en Londres, así que, aunque después las dejara, no podía decirse que fuera una novata, y Phillotson consideró que no sería difícil conservarla a su servicio, cosa que deseaba pese a llevar con él tan solo tres o cuatro semanas. La había encontrado tan inteligente como Jude se la había descrito; y ¿qué patrono no desea conservar a un aprendiz que le soluciona la mitad de su trabajo?

Eran poco más de las ocho y media de la mañana; esperó a verla cruzar la calle en dirección a la escuela, donde se reunirían los dos. A las nueve menos

veinte la vio salir con un gracioso sombrero en la cabeza, y la observó con curiosidad. Esa mañana parecía envuelta en un nuevo encanto que nada tenía que ver con su habilidad como profesora. Se dirigió a la escuela él también, y durante todo el día estuvo Sue dando clase bajo su mirada, en el otro extremo de la sala. Efectivamente, era una buena profesora.

Parte de su deber como maestro era darle por las noches clases particulares a su auxiliar, y un artículo del Código exigía que, en caso de que profesor y alumno fueran de distinto sexo, estuviera presente una mujer madura y respetable. Richard Phillotson pensaba que la regla era absurda en este caso, ya que él podía ser el padre de la chica por su edad; pero cumplía este requisito con todo rigor, y se instalaba junto a la joven en la habitación donde cosía la señora Hawes, la viuda en cuya casa estaba hospedada Sue. De todos modos, no habría sido fácil saltarse esta norma, puesto que no había otro cuarto de estar en toda la casa.

A veces, mientras calculaba —estaba repasando la aritmética—, ella levantaba la vista involuntariamente y se le quedaba mirando con una leve sonrisa interrogadora, como si diera por sentado que, siendo él profesor, podía saber todo lo que pasaba por su cerebro, y trataba de saber si era correcto o no. Pero la verdad es que Phillotson no pensaba en la aritmética ni mucho menos, sino en ella, y de una manera novelesca bastante extraña en un preceptor como él. Tal vez ella se daba cuenta de cuáles eran sus pensamientos.

Durante algunas semanas, el trabajo discurrió con una monotonía realmente deliciosa para él. Luego sucedió que tuvieron que llevar a los niños a Christminster para visitar una exposición itinerante de una maqueta que reproducía Jerusalén; por su interés pedagógico, las escuelas podían pasar a verla al precio de un penique por niño. Se pusieron en camino de dos en dos; ella iba junto a los de su clase, con su sombrilla de algodón y el pulgar levantado apretando la caña; Phillotson iba detrás, con su levita oscilante, moviendo el bastón con donosura y sumido en esa abstracción en que había caído desde la llegada de Sue. Era una tarde soleada y polvorienta, y encontraron la exposición casi vacía al entrar.

La maqueta de la antigua ciudad estaba colocada en medio de la estancia, y el dueño, cuyo semblante reflejaba una filantropía religiosa, andaba con un puntero en la mano mostrando a los niños los diversos barrios y lugares que ellos conocían de nombre por sus lecturas de la Biblia: el monte Moriah, el valle de Josafat, la ciudad de Sión, las murallas y las puertas, frente a una de las cuales había un gran montículo en forma de túmulo, y sobre el montículo una crucecita blanca. Este sitio, dijo, era el Calvario.

—Creo —dijo Sue al maestro en un momento en que se hallaban ambos algo apartados— que esa reproducción, con todo lo detallada que es, resulta

bastante fantástica. ¿Quién sabe si Jerusalén era así en tiempos de Cristo? Estoy segura de que este hombre no tiene ni idea.

—Está hecha de acuerdo con los planos más verosímiles que se han podido levantar tras numerosas visitas a la ciudad actual.

—A mí me parece que ya cansa tanto Jerusalén —dijo ella—; sobre todo teniendo en cuenta que no descendemos de judíos. Al fin y al cabo ni la ciudad esa ni sus gentes tenían la importancia que tuvieron una Atenas, una Roma, una Alejandría y tantas otras ciudades antiguas.

—¡Pero, mujer, considere lo que significa para nosotros!

Sue se quedó callada porque se dejaba reprender fácilmente; fue entonces cuando divisó tras el grupo de niños que se apiñaba en torno a la maqueta a un joven con chaqueta blanca de franela, cuya figura estaba tan encorvada intentando escudriñar el valle de Josafat, que su rostro se ocultaba casi por completo tras el monte de los Olivos.

—Mire a su primo Jude —prosiguió el maestro—. ¡Él no parece que esté tan cansado de Jerusalén!

—¡Ah..., no le había visto! —exclamó ella con jovialidad—. ¡Jude..., con qué seriedad te lo tomas!

Jude salió de su ensimismamiento con un sobresalto al percatarse de la presencia de Sue.

—¡Sue! —exclamó, experimentando una grata turbación—. ¡Entonces esos alumnos son tuyos, claro! Ya me había enterado yo de que admitían a las escuelas por las tardes y pensé que a lo mejor venías; pero he encontrado esto tan interesante que me he olvidado de dónde estaba. ¡Cuántas cosas le hace pensar a uno!, ¿verdad? Me pasaría horas enteras contemplándolas; pero, por desgracia, tengo solo unos minutos de tiempo. Estoy trabajando aquí cerca.

—Su prima es tan terriblemente inteligente que la critica de manera despiadada —dijo Phillotson, ironizando de buen humor—. Dice que pone en duda su fidelidad respecto del original.

—¡No, señor Phillotson; eso no es completamente cierto! ¡Detesto que me tomen por lo que suele llamarse una chica sabihonda...; abundan demasiado hoy en día! —contestó Sue, azorada—. Yo solamente quería decir...; ¡no sé qué es lo que quería decir, pero no lo que usted piensa!

—Yo sí sé a qué te refieres —dijo Jude, con ardor, aunque no tenía ni idea—. Y creo que tienes razón.

—¡Muy bien, Jude...; ya veo que crees en mí! —Llevada de un impulso, le cogió la mano y, dirigiendo una mirada de reproche al maestro, se volvió hacia

Jude. Su voz había revelado un temblor que a ella misma le pareció absurdo por una broma tan inofensiva. No tenía ni idea de cómo se habían volcado hacia ella los corazones de los dos hombres ante esta espontánea revelación de sus sentimientos, ni de las complicaciones que esto iba a acarrearles en el futuro.

La maqueta tenía un valor demasiado didáctico para que los niños no tardaran en cansarse; poco después emprendieron el regreso a Lumsdon, y Jude volvió a su trabajo. Vio cómo la bandada infantil, con sus trajecitos y sus guardapolvos limpios, invadía la calle cuesta abajo en dirección al campo, junto a Phillotson y Sue, y se apoderó de él un sentimiento triste y desagradable, como si se viera excluido de los planes de los dos. Phillotson le había invitado a ir a verlos el viernes por la tarde, puesto que ese día no tenía que dar a Sue ninguna lección, y Jude había prometido entusiasmado aprovechar la oportunidad.

Entretanto, los escolares y sus profesores se dirigieron a casa; y al día siguiente, al echar un vistazo a la pizarra de la clase de Supe, Phillotson se quedó sorprendido al ver dibujado con tiza un paisaje muy bien hecho de Jerusalén, con todos los edificios en su lugar exacto.

—Creía que no le había interesado gran cosa la reproducción y que casi ni se había fijado —dijo.

—Es verdad —dijo ella—; pero me acordaba bien de esta parte.

—Es más de lo que yo recuerdo.

El Inspector de Enseñanza andaba a la sazón haciendo las consabidas «visitas-sorpresa» por los alrededores, con el fin de pillar a los profesores desprevenidos; dos días más tarde, en mitad de las lecciones matinales, se abrió la puerta sigilosamente, y apareció ese buen señor, el rey del terror... de los estudiantes de magisterio.

Para el señor Phillotson la sorpresa no fue muy grande; como la dama de la historia, le había jugado la misma pasada demasiadas veces para cogerle desprevenido. Pero la clase de Sue estaba en el último rincón de la sala, y en ese momento se encontraba ella de espaldas a la entrada; el inspector entonces se quedó detrás y estuvo escuchando sus explicaciones como medio minuto, hasta que ella se dio cuenta. Se volvió, pues, y comprendió que había llegado el momento supremo. El efecto que le produjo dada su timidez fue tal que dejó escapar un grito de terror. Phillotson, con un extraño sentido de solicitud más allá de su propio control, estaba justo a su lado en el momento en que la joven se desmayó. Un momento después se recobró, echándose a reír; pero cuando el inspector se hubo marchado, le vino la reacción, y se quedó tan pálida que Phillotson tuvo que llevarla a su propia habitación, donde le dio una copa de

brandy para que se recuperara. Entonces se dio cuenta Sue de que él le retenía la mano.

—¡Debió haberme avisado —murmuró con aspereza— de que iba a llegar una de esas visitas-sorpresa! ¡Ahora no sé qué va a pasar! ¡Escribiré y les contará a los superiores que no sirvo, y caeré en desgracia para siempre!

La miró con tanta dulzura, que ella se emocionó, y lamentó habérselo recriminado. Cuando se sintió mejor, se marchó a su casa.

Entretanto, Jude había estado esperando el viernes con impaciencia. Había pasado el miércoles y el jueves tan deseoso de verla, que después de anochecer salió a pasear por la carretera de Lumsdon; y al regresar a su habitación y abrir el libro, comprendió que le era imposible concentrarse en la página que tenía delante. El viernes se arregló lo mejor que pudo para agradar a Sue, y después de tomar un sorbo de té se puso en camino, pese a que la tarde era lluviosa. Los árboles, por encima de su cabeza, hacían aún más espesa la oscuridad y goteaban tristemente sobre él, llenándole de malos presagios; porque, a pesar de que se daba cuenta de que la amaba, sabía igualmente que no podría representar para ella más de lo que representaba ahora.

Al doblar una curva y entrar en el pueblo, lo primero con lo que tropezaron sus ojos fue con dos siluetas bajo un paraguas que salían de la puerta de la vicaría. Estaban muy lejos y de espaldas, así que no le vieron; pero él se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de Sue y Phillotson. Este sostenía el paraguas por encima de ella y, evidentemente, habían ido a visitar al vicario..., seguramente por algún asunto relacionado con las tareas de la escuela. Mientras caminaban por el mojado y solitario callejón, Jude vio que Phillotson rodeaba el talle de la muchacha con el brazo, y que ella se lo quitaba con suavidad. Pero él la volvió a coger, y ella le dejó, mirando alrededor con cierto aire de desconfianza. No se volvió del todo, así que no vio a Jude, el cual se dejó caer en el seto como fulminado por un rayo. Allí permaneció escondido hasta que llegaron a casa de Sue; entonces entró ella, y Phillotson siguió hasta la escuela, que era allí mismo.

—¡Pero si es demasiado viejo para ella...; demasiado viejo! —exclamó Jude en el colmo de la angustia al ver su amor sin esperanzas.

No podía entrometerse. ¿Acaso no pertenecía a Arabella? No pudo seguir adelante, y volvió sobre sus pasos camino de Christminster. Cada paso que daba parecía decirle que no debía cruzarse en el camino del maestro y de Sue bajo ningún concepto. Phillotson era tal vez unos veinte años mayor que ella, pero hay muchos matrimonios así que han sido muy felices. Lo irónico del caso estaba en que la intimidad que había nacido entre su prima y el maestro se debía enteramente a él.

II. 6.

La vieja y amargada tía de Jude se había puesto enferma, así que al domingo siguiente se fue a Marygreen a verla. La visita representó una victoria en su lucha contra el deseo de desviarse hacia Lumsdon y tener una penosa entrevista con su prima, en la que no podría decirle lo que pugnaba por brotarle del corazón ni podría hacer alusión a la escena que le torturaba.

Su tía no podía levantarse ya de la cama, y Jude empleó gran parte de ese día en arreglarle las cosas para que estuviera a gusto. Había vendido el pequeño negocio de la panadería a un vecino, y con el producto de la venta y sus ahorros tenía de sobra para sus necesidades; contaba además con la ayuda de una viuda que vivía en el pueblo. Solo cuando ya estaba a punto de marcharse, pudo Jude sostener una charla tranquila con ella; y la conversación derivó insensiblemente hacia su prima.

—¿Nació Sue aquí?

—Ahí..., en esa habitación. Entonces vivían aquí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada...; quería saberlo.

—¡O sea, que has ido a verla! —dijo la vieja con sequedad—. ¿Yo qué te tenía dicho?

—Bueno..., no fui yo exactamente quien fue a verla.

—¿Has hablado con ella?

—Sí.

—Entonces no sigas. Su padre le ha enseñado a odiar a la familia de su madre; seguramente no mirará con buenos ojos a un obrero como tú... ahora que se ha convertido en una señoritinga de capital. Siempre me ha tenido sin cuidado. Toda la vida ha sido una niña descarada, un manojo de nervios. Más de una vez le he tenido que sacudir por respondona. Mira, un día se metió en la alberca sin zapatos y sin medias, con las faldas levantadas por encima de las rodillas, y antes de que yo le hiciera ver que era una vergüenza, me gritó: «¡Márchate, tía! ¡Esto no es para verlo unos ojos modestos!».

—Era una niña entonces.

—Tenía los doce cumplidos; ni un día menos.

—Bueno..., claro. Pero ahora que es mayor es una muchacha de carácter reflexivo, vibrante, tierna y sensible como...

—¡Jude! —gritó su tía, incorporándose de golpe en la cama—. ¡No vayas a

hacer ninguna tontería con ella!

—No, no; claro que no.

—Tu matrimonio con esa Arabella fue lo peor que un hombre puede hacerse a sí mismo, por muy mal que se quiera. Pero ella se ha marchado a la otra punta del mundo y seguramente no volverá a darte ningún quebradero de cabeza. Pero aún sería peor que, atado y obligado como estás, empezaras a hacerte ilusiones con Sue. Si tu prima es amable contigo, aprecia su amabilidad en lo que vale. Pero querer ir más allá de una buena amistad sería una locura. Si ella es una coqueta de esas de capital, podría llevarte a la ruina.

—¡No hables mal de ella, tía! ¡Te lo pido por favor!

Tuvo un momento de respiro con la entrada de la compañera y enfermera de su tía, la cual debía de haber estado escuchando la conversación, porque empezó a hablar de tiempos pasados, refiriéndose a Sue Bridehead como tema de sus recuerdos. Y contó lo rara que era la señorita Sue cuando estudiaba en la escuela que hay al otro lado del prado, antes de marcharse con su padre a Londres..., y cómo un día que el vicario organizó unas lecturas y recitales, ella, que era la más pequeña de todas, subió a la tarima «con su vestidito blanco, sus zapatitos y su cinturón rosa» a recitar el «Excelsior», «Había una animación de fiesta en la noche» y «El Cuervo»; cómo juntaba sus pequeñas cejas durante su actuación, mirando alrededor de sí trágicamente y diciendo al aire como si hubiese alguien realmente:

Viejo cuervo, trágico y sombrío, que vagas por nocturnos litorales,
¡di cuál es tu nombre altivo en los confines de la Noche plutoniana!

—Nos representó al asqueroso pajarraco con tanta claridad —corroboró la enferma de mala gana—, allí de pie, con su cinturón y todos sus perifollos, que casi parecía que lo tenías delante de los ojos. Tú también, Jude; tú también te dabas la misma maña para hacer ver cosas en el aire.

La vecina siguió hablando del talento de Sue en otros aspectos:

—No era exactamente una muchacha ligera de cascos, claro; pero hacía cosas que son más propias de chicos por lo general. Yo la he visto tropezar y caer rodando cuesta abajo hasta esa alberca de ahí, con todo el pelo revuelto, en medio de una veintena de chiquillos que andaban por allá arriba, recortados contra el cielo como si fueran sombras pintadas en un cristal, y luego echar a correr otra vez cuesta arriba sin detenerse siquiera. Excepto ella, todos eran chicos; luego ellos se pusieron a aplaudirla, y ella les contestó: «Menos descaro, chicos», y se metió en casa corriendo. Trataron de convencerla para que se fuera con ellos. Pero no quiso.

Estas visiones retrospectivas de Sue hacían que Jude se sintiera tanto más

miserable cuanto que no podía pretenderla; ese día se marchó de casa de su tía con el corazón encogido. Habría deseado pasar por la escuela para echar una mirada a la clase donde la pequeña figura de Sue se había hecho tan célebre; pero desechó esta idea y siguió su camino.

Era domingo por la tarde, y algunos lugareños que le conocían se habían reunido allí muy endomingados. Jude se llevó un sobresalto al oír que uno de ellos le saludaba:

—¡Por fin has conseguido irte allá!

Jude dio muestras de no entender.

—Bueno, al centro del saber..., ¡la Ciudad de la Luz!, como solías llamarla tú cuando eras muchacho. ¿Es como tú te la imaginabas?

—¡Sí, y mucho más! —exclamó Jude.

—Una vez estuve yo allí, no más de una hora sería, y no encontré gran cosa que ver; edificios viejos y ruinosos, mitad iglesias y mitad hospicios, y poco trajín por las calles.

—Te equivocas, John; hay muchas más cosas de las que suele ver un hombre yendo por la calle. Es el centro del saber y de la religión, el granero intelectual y espiritual de este país. Todo el silencio y ese escaso trajín que dices es la quietud del movimiento infinito: el sueño de la peonza, como dice un escritor conocido.

—Bueno, puede que así sea, o puede que no. Yo lo que digo es que en una hora o dos que estuve allí no vi nada de eso; de manera que me metí en un bar, me tomé una jarra de cerveza con una barra de pan y un cacho de queso, y esperé allí hasta la hora de volver. ¿Estás en un colegio ahora?

—¡No! —dijo Jude—. Estoy casi tan lejos de eso como antes.

—¿Cómo es posible?

Jude se dio una palmada en el bolsillo.

—¡Justo lo que habíamos pensado! Esos sitios no son para gentes como tú...; ahí solo van los que tienen mucho dinero.

—En eso os equivocáis —dijo Jude con cierta amargura—. ¡Son también para gentes como nosotros!

Sin embargo, esta observación bastó para desviar la atención de Jude del mundo imaginario en el que vivía desde hacía algún tiempo, en el que un ser abstracto, que no era otro que él mismo, se empapaba de ciencia y de arte, consolidando así su vocación y asegurándose un lugar en el paraíso del saber. Reflexionó sobre sus proyectos a la luz fría del norte. Se había dado cuenta

últimamente de que su conocimiento del griego, concretamente del griego de los grandes trágicos, no era del todo satisfactorio. Se sentía a veces tan cansado de una jornada de trabajo que no podía mantener la atención necesaria para un estudio provechoso. Echaba de menos la ayuda de un profesor particular o de un amigo..., de alguien que le dijera en un segundo lo que a veces le costaba un mes de esfuerzos extraerlo de unos libros farragosos y difíciles.

Decididamente, era necesario examinar los hechos con un poco más de atención de como venía haciendo de un tiempo a esta parte. ¿Qué iba a sacar, después de todo, con dedicar sus horas de ocio a esa dudosa tarea llamada «estudio particular» sin examinar antes sus posibilidades?

«Debería haber pensado en esto antes —se iba diciendo, camino de regreso—. Habría sido mucho mejor no haberme embarcado nunca en un proyecto, que emprenderlo sin ver claramente adónde me dirijo o cuál es el fin que persigo... ¡Este merodear por delante de los colegios como si esperara que alguien me agarrara de un brazo y me metiera dentro no puede continuar! Necesito una orientación concreta».

En efecto, a la semana siguiente se ocupó de ello. La oportunidad se le presentó una tarde al ver a un señor de edad, el director de cierto colegio, según le habían dicho, paseando por la alameda de un jardín, no lejos de donde Jude se había sentado casualmente. Dicho señor se fue aproximando, y Jude pudo observarle con atención. Le pareció una persona bondadosa, discreta, más bien reservada. Tras una breve reflexión, Jude comprendió que no era oportuno levantarse y abordarle por las buenas; pero el incidente le impresionó hasta tal extremo que le indujo a pensar que lo más sensato sería escribir a una de estas personas exponiéndole sus dificultades y pidiéndole consejo.

Y así, en el transcurso de una o dos semanas, se apostó en determinados lugares de la ciudad con objeto de observar a algunos de los más distinguidos directores, directores técnicos y jefes de estudio de los distintos centros; de todos ellos seleccionó finalmente a cinco en cuyas fisonomías creía ver a unos hombres de gran sensibilidad y perspicacia. Por fin escribió una carta a cada uno de ellos exponiendo brevemente sus dificultades y pidiéndoles parecer sobre la apurada situación en que se encontraba.

Nada más echar las cartas empezó Jude a arrepentirse; habría sido preferible no mandarlas. «Es la típica petición impertinente, ordinaria y atrevida que tanto abunda en nuestros días —se dijo—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido nada mejor que dirigirme de esa manera a personas completamente desconocidas? Pueden pensar que trato de engañarlas, que soy un haragán que huye del trabajo o un bribón, a pesar de lo que digo en las cartas..., ¡y tal vez sea verdad que lo soy!».

Sin embargo, se aferró a la esperanza de recibir alguna contestación como única posibilidad de redención. Esperó día tras día, diciéndose que era absurdo esperar, pero esperando sin embargo. Durante esta espera recibió de repente noticias de Phillotson. Iba a dejar la escuela de las afueras de Christminster para hacerse cargo de otra de más categoría de por el sur, en el centro de Wessex. No quiso pensar lo que podía significar esto, ni en qué medida afectaría a su prima, ni si se trataría, como era muy probable, de una decisión práctica del maestro para ganar más a fin de vivir dos en vez de uno con ese sueldo. Y las tiernas relaciones entre Phillotson y la joven de la que él estaba apasionadamente enamorado le impidieron dirigirse a Phillotson para pedirle consejo sobre sus proyectos.

Entretanto, las personalidades académicas a las que había escrito no se dignaban contestar y Jude se sentía desamparado como en tiempos atrás, con el agravante de que ahora veía mermadas sus esperanzas. Por una serie de averiguaciones indirectas, no tardó en enterarse de que, como había venido sospechando hacía tiempo con inquietud, la única solución era examinarse y sacar una brillante calificación para obtener una beca. Pero para ello le hacía falta primero mucha disposición natural y una buena preparación. Para un hombre que estudiaba por su cuenta, por mucha aplicación e interés que pusiera, y aun después de un largo período de diez años, era casi imposible competir con quienes pasaban la vida dirigidos por buenos profesores y trabajaban con métodos establecidos.

La otra alternativa, la de pagarse el ingreso, parecía ser realmente la única factible para él, y su dificultad era simplemente material. Pensando en esto, comenzó a tantear hasta qué punto podía llegar esta dificultad material; y para consternación suya averiguó que, en caso de poder ahorrar dinero, tenían que pasar por lo menos quince años para encontrarse en condiciones de presentarse a un director de colegio y hacer el examen de ingreso. La empresa era descabellada.

Se daba cuenta del hechizo falaz que la ciudad había ejercido sobre él. Llegar y poder vivir allí, pasear por delante de las iglesias y colegios y empaparse del *genius loci* había sido el objetivo más evidente, el ideal de su soñadora juventud cuando contemplaba la ciudad y esta le sugería sus encantos bajo el halo luminoso que se divisaba en el horizonte. «Solo pido poder llegar —se había dicho con la petulancia de un Crusoe en su gran embarcación—; lo demás será solo cuestión de tiempo y energía». Mucho mejor habría sido para él, en todos los sentidos, no haber vislumbrado jamás esta ciudad engañosa ni haber oído nunca hablar de ella, haberse marchado a alguna ciudad comercial con el único objetivo de ganar dinero como fuese y considerar su proyecto en su verdadera perspectiva. Pero, bueno, lo que en este momento estaba claro para él era que el proyecto entero había estallado,

igual que una pompa de jabón, al contacto con una sosegada reflexión. Miró hacia atrás, a lo largo de sus años pasados, y el pensamiento que le vino fue muy semejante al de Heine:

¡Sobre los ojos inspirados y vivos del joven
veo alzarse el gorro burlesco del histrión!

Por fortuna, su decepción no podía afectar a la vida de su querida Sue, arrastrándola en este derrumbamiento. De modo que le ahorró los dolorosos detalles de este despertar a la conciencia de sus propias limitaciones. Al fin y al cabo, ella solo había llegado a conocer una parte pequeña de la miserable lucha en la que estaba empeñado sin preparación ni dinero.

Nunca olvidaría la noche en que despertó de su sueño. No sabiendo dónde meterse, subió a la cámara octagonal de la linterna de un extraño teatro que había en el centro de esta ciudad fantástica y singular. Estaba toda rodeada de ventanas, desde las que se podían contemplar todos los edificios del casco urbano. Jude recorrió con la mirada todas las perspectivas, una tras otra, con aire meditabundo, lúgubre, pero decidido. Estos edificios, con sus asociaciones y privilegios, no eran para él. Desde el tejado resplandeciente de la biblioteca, en la que casi nunca había tenido ocasión de entrar, su mirada recorrió las diversas torres de campanario, los edificios públicos, hastiales, calles, capillas, jardines y patios que componían el ensemble de este incomparable panorama. Comprendió que su destino no estaba allí, sino entre los trabajadores manuales del barrio mísero donde vivía, a los que los visitantes y los panegiristas no consideraban ni mucho menos como parte integrante de la ciudad, a pesar de que sin ellos no podrían estudiar los sabios ni vivir los pensadores.

Miró el campo que se extendía más allá de la ciudad, los árboles que ocultaban a la mujer que al principio había sido un refugio para su corazón y cuya pérdida era ahora una tortura enloquecedora. De no ser por este golpe, habría podido soportar mejor su destino. De haber tenido a Sue a su lado, habría podido renunciar a sus ambiciones con una sonrisa. Sin ella, la prolongada tensión a la que había estado sometido le afectaría inevitablemente de manera desastrosa. Seguramente Phillotson había sufrido un desengaño intelectual parecido al que sufría él en estos momentos. Pero el maestro había alcanzado después la dicha de tener un consuelo en la dulce Sue, mientras que él no tenía a nadie que le consolara.

Bajó a la calle y deambuló indiferente hasta que llegó a una taberna y entró. Tomó varios vasos de cerveza seguidos, y cuando salió era de noche. Vagó por las calles bajo la luz temblona de los faroles hasta que llegó a casa. Entró a cenar, y un momento después de sentarse a la mesa la patrona le trajo una carta que acababa de llegar para él. Se la dejó al lado respetuosamente,

como si presintiera la importancia que podía tener; Jude, al verla, se dio cuenta de que llevaba el sello en seco de uno de los colegios a los que se había dirigido.

—¡Uno... al fin! —exclamó Jude.

Era una breve nota, no exactamente lo que él había esperado; pero era del director en personal. Decía así:

BIBLIOLL COLLEGE

Sr. D. Jude Fawley Picapedrero.

Muy señor mío:

He leído su carta con interés y, a juzgar por la descripción que hace de sí mismo como obrero, me inclino a creer que tendrá muchas más posibilidades de triunfar en la vida continuando en su propia esfera y perseverando en su trabajo, que emprendiendo un nuevo rumbo. Esto es, pues, lo que yo le aconsejo que haga.

Atentamente,

T. Tetuphenay

Este consejo, terriblemente sensato, exasperó a Jude. Todo eso lo había comprendido de antemano. Sabía que era verdad. No obstante, sintió la carta como una bofetada, después de diez años de trabajo, y su reacción inmediata fue levantarse de la mesa y salir a la calle, en vez de irse a estudiar como era su costumbre. Entró en un bar, se bebió un par de vasos o tres, y luego vagó sin rumbo hasta que llegó a un lugar llamado los Cuatro Caminos, en el centro de la ciudad, donde se detuvo a contemplar a la gente con indiferencia, como en sueños; luego, volviendo en sí, se puso a charlar con un policía que estaba allí de servicio.

El agente bostezó, se estiró empujando el cuerpo sobre la punta de los pies, sonrió, y mirando con buen humor a Jude, dijo:

—Ha bebido, ¿eh joven?

—No; no he hecho más que empezar —replicó él con cinismo.

Fuera cual fuese su estado, tenía la cabeza bastante despejada. Solo oyó las últimas observaciones del policía, que hablaba de la lucha continua de la gente que, como él, habían estado en este cruce, y de la cual nadie se acordaba ahora. Este sitio tenía más historia que el colegio más antiguo de la ciudad. Estaba literalmente lleno, poblado de espectros de todos aquellos seres humanos que habían ido a reunirse allí para vivir una tragedia, una comedia o una farsa: acontecimientos reales de la mayor intensidad. En Cuatro Caminos, los hombres habían discutido de Napoleón, de la pérdida de América, de la

ejecución del rey Carlos, de la muerte de los Mártires en la hoguera, de las Cruzadas, de la conquista normanda y probablemente de la llegada de César. Aquí se habían citado los dos sexos para amarse, para odiarse, para unirse, para separarse; habían esperado y habían sufrido el uno por el otro; habían triunfado el uno sobre el otro; se habían maldecido el uno al otro en un arrebatado de celos, y el uno al otro se habían perdonado.

Jude comenzaba a ver que la vida de la ciudad era un tratado de humanidad infinitamente más palpitante, variado y breve que la vida académica de los estudios. Esos hombres y mujeres que lucharon antes que él eran la realidad de Christminster, aunque no supieran gran cosa de «Christ» ni de «Minster», es decir, de monasterio. Es gracioso. En cambio, la población flotante de estudiantes y profesores que conocían perfectamente ambas cosas no era de Christminster estrictamente hablando.

Consultó su reloj y, siguiendo su idea, siguió andando hasta que llegó a una verbená donde se tocaba música de baile. Entró y la encontró atestada de jóvenes empleados, muchachas, soldados, aprendices, chiquillos de once años que ya andaban con el cigarrillo en la boca y livianas mujeres de la clase más respetable y amateur. Había encontrado la vida real de Christminster. La banda de música tocaba, y la multitud paseaba empujándose unos a otros; de cuando en cuando subía un hombre al estrado y cantaba una canción cómica.

El espíritu de Sue parecía rondar en torno a él impidiéndole flirtear y beber con las chicas retozonas que andaban coqueteando, deseosas de divertirse un poco. A las diez en punto se marchó de allí y regresó a casa dando un rodeo con objeto de pasar por delante de la puerta del colegio cuyo director le había enviado la carta.

Las puertas estaban cerradas. Movido por un impulso, se sacó del bolsillo un trozo de tiza que llevaba habitualmente por su profesión, y escribió en la fachada:

«También tengo yo tanto entendimiento como vosotros;

no me considero inferior:

en verdad, ¿quién ignora estas cosas?»

Job, XII, 3

II. 7.

Ese arranque de desprecio le alivió el ánimo, y a la mañana siguiente se rio de su propia presunción. Pero no era una risa sana. Volvió a leer la carta del

director y la sensatez reflejada en sus líneas, que al principio le había exasperado, ahora le deprimió y le desinfló. Se vio a sí mismo como un perfecto imbécil.

Privado de sus objetivos intelectual y sentimental, se sentía sin fuerzas para seguir trabajando. En el momento en que se había sentido reconciliado con su destino de estudiante, sus relaciones sin esperanza con Sue habían venido a turbar su tranquilidad. Volvió a acosarle con cruel persistencia la idea de que había perdido toda posibilidad de unirse a la persona espiritualmente más afín que había encontrado, hasta que, incapaz de soportarla más tiempo, corrió a distraerse en la vida real de Christminster. Esta vez se refugió en una sórdida taberna de techo bajo que era muy popular entre determinada clase de gente de la ciudad y que en momentos más afortunados solo le habría interesado por lo curiosa y extraña. Se sentó y allí pasó el día, más o menos, convencido de que en el fondo era un vicioso, por lo que era descabellado esperar conseguir nada.

Al atardecer comenzaron a llegar uno a uno los clientes asiduos de la taberna. Jude seguía sentado en un rincón, aunque ya se había gastado todo el dinero que llevaba encima, y no había comido más que una galleta en todo el día. Miraba a la concurrencia allí reunida con la ecuanimidad y filosofía del hombre que ha estado bebiendo abundantemente, y entabló conversación con algunos: con Taylor el Calderero, un viejo que andaba comprando hierro viejo por las iglesias, el cual había sido muy piadoso en sus años jóvenes, al parecer, pero que ahora no sabía más que jurar y blasfemar; también con un subastador de nariz colorada, y con dos picapedreros como él que se llamaban Tío Jim y Tío Joe. Había además algunos escribientes, y un aprendiz de confeccionista de togas y sobrepellices; dos damas que hacían alarde de una moralidad dudosa, de acuerdo con sus acompañantes, y que se apodaban «Flor de Delicias» y la «Pecosa»; algunos «entendidos» en caballos pertenecientes al mundillo de las apuestas; un actor de teatro que estaba de paso, y dos jovenzuelos viva-la-Virgen que resultaron ser dos estudiantes que habían ido a reunirse con un hombre para hablar de mujeres y después se habían quedado bebiendo y fumando con los de las carreras; a cada momento miraban la hora.

La tertulia se generalizó. Empezaron a criticar la sociedad de Christminster, compadeciendo sinceramente a catedráticos, magistrados y demás personalidades por sus defectos; y exponían con entera liberalidad y desenfado sus pareceres sobre cómo debían comportarse estos hombres y cómo debían llevar a cabo sus asuntos para que se les tuviera el debido respeto.

Jude Fawley, con la presunción, desfachatez y aplomo que da el alcohol al tipo más sesudo, expuso su opinión en un tono terminante; y dada la naturaleza de los objetivos que él se había propuesto durante tantos años, todo

lo que decían los demás se traducía para él, por una especie de delirio maquinal, en el tema del saber y el estudio, por lo que se extendía hablando sobre lo que él sabía con una insistencia que en sus horas de lucidez le habría parecido lastimosa.

—Por mí pueden irse todos al infierno —decía—; ¡los prebostes, los directores, los decanos, los académicos y los catedráticos de Universidad! ¡Lo único que sé es que los habría machacado en su propio terreno si me llegan a dar una oportunidad, y les habría enseñado unas cuantas cosas que no saben aún!

—¡Oíd, oíd! —decían los estudiantes desde su rincón, en donde seguían hablando de mujeres.

—Tú siempre has tenido afición a los libros, según he oído —dijo Taylor el Calderero—; de modo que no pongo en duda lo que dices. Si se tratara de mí, sería distinto. Yo siempre he pensado que hay más cosas que aprender fuera de un libro que dentro de él, de manera que he seguido por otro camino; si no, no sería ahora lo que soy.

—Tú querías hacerte cura, ¿no? —dijo el Tío Joe—. Puesto que eres tan instruido como para aspirar a tanto, ¿por qué no nos recitas algo de lo que has aprendido? ¿Sabes el credo en latín, compadre? Con eso es con lo que achantaron a un tipo en mi tierra.

—¡Pues claro que lo sé! —dijo Jude, con arrogancia.

—¡Mentira! ¡Eso es un farol que se echa! —gritó una de las damas.

—Anda, cállate, «Flor de Delicias» —dijo uno de los estudiantes—. ¡Silencio! —Apuró el vaso, golpeó con él el mostrador y anunció—: El señor del rincón va a recitar los artículos del Credo, en lengua latina, para instrucción de la concurrencia.

—¡Ni hablar! —dijo Jude.

—Sí, hombre..., ¡inténtalo! —dijo el que confeccionaba sobrepellices.

—¡No lo sabes! —dijo el Tío Joe.

—¡Sí; sí que lo sabe! —dijo Taylor el Calderero.

—¡Les juro que lo sé! —dijo Jude—. Bien; si me pagan dos dedos de whisky lo digo de un tirón.

—Eso me parece muy razonable —dijo el estudiante, echando una moneda para pagar el whisky.

La camarera llenó el vaso con la resignación de la persona que está obligada a vivir entre animales de especies inferiores, y se lo tendió a Jude, el

cual, después de bebérselo, se plantó en medio de la sala y empezó a recitar con énfasis, sin la menor vacilación:

—«Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, Factorem coeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium...».

—¡Bravo! ¡Excelente latín! —exclamó uno de los estudiantes que, sin embargo, no entendía ni jota.

Todos los demás guardaron silencio; la camarera dejó de trastear. La voz de Jude resonaba solemne en el saloncito interior donde dormitaba el patrón, que salió en ese momento a ver qué pasaba. Jude había declamado de un tirón, y prosiguió:

—«... Crucifixus etiam pro nobis: sub Pontio Pilato passus, et sepultus est. Et resurrexit tertia die, secundum Scripturas».

—¡Es el de Nicea —dijo el segundo estudiante en tono de burla—, y nosotros queríamos el de los Apóstoles!

—¡No dijiste nada de eso! ¡Además, cualquier imbécil sabe, menos tú, que el de Nicea es el más histórico!

—¡Dejadle, dejadle que siga! —dijo el subastador.

Pero la cabeza de Jude comenzó a ofuscarse rápidamente, y ya no pudo continuar. Se puso la mano en la frente y su rostro adoptó una expresión de dolor.

—Dadle otro vaso: veréis cómo le levanta el ánimo y lo termina —dijo Taylor el Calderero.

Alguien arrojó una moneda de tres peniques y le sirvieron otro vaso. Jude alargó el brazo sin mirar, y después de bebérselo de un trago prosiguió con voz momentáneamente reanimada, elevándola a medida que se acercaba al final a la manera de un sacerdote cuando se dirige a sus fieles:

—«... Et in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem, qui ex Patre Filioque procedit. Qui cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur. Qui locutus est per prophetas.

»Et unam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam. Confiteor unum Baptisma in remissionem peccatorum. Et exspecto Resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi saeculi. Amen».

—¡Bien! —gritaron varios, saboreando la última palabra, que era la primera y la última que les sonaba.

Entonces pareció que se le disipaban a Jude los vapores del cerebro, mientras miraba en torno a sí.

—¡Manada de idiotas! —gritó—. ¿Quién de vosotros sabe lo que he dicho o he dejado de decir? ¡Para vuestras cabezas embrutecidas, lo mismo habría dado que lo recitara en camelo! ¡Mira adónde he venido a parar..., con qué chusma me he metido!

El patrón, que ya había sido amonestado por las autoridades por acoger a tipos sospechosos, temió que se armara alboroto y salió del mostrador; pero Jude, en un repentino destello de lucidez, dio media vuelta y, hastiado, abandonó el local dando un portazo seco tras de sí.

Apretó el paso, bajó la cuesta del callejón y salió a una calle principal por donde continuó su camino hasta la calle mayor, dejando allá detrás el rumor de sus recientes compañeros. Siguió andando en busca del único ser en el mundo hacia el cual podía correr, bajo el influjo de un anhelo pueril..., deseo impremeditado cuya falta de sentido no estaba en condiciones de apreciar. Al cabo de una hora, serían entre las diez y las once, entraba en el poblado de Lumsdon, y al llegar a la casa vio que había luz en el piso de abajo, por lo que dedujo cabalmente que ella estaba allí.

Jude se acercó a la pared y dio en el cristal de la ventana con el dedo, llamando impaciente:

—¡Sue, Sue!

Ella debió reconocer su voz porque desapareció la luz de la habitación y un segundo después se abrió la puerta apareciendo Sue con la vela en la mano.

—¿Pero eres Jude? ¡Claro! ¡Mi querido, mi queridísimo primo! ¿Ocurre algo?

—Mira, yo..., ¡no he podido contenerme y he venido, Sue! —dijo entrando en el umbral—. ¡Soy un ser despreciable, Sue..., de un momento a otro se me va a partir el corazón! ¡No podía soportar más tiempo la vida que llevo! ¡Así que me he puesto a beber y a blasfemar o algo parecido, y a hablar de cosas sagradas en lugares de mala nota..., recitando por pura baladronada lo que no se debe decir sino con sumo respeto! ¡Sue, hazme algo..., márame..., me lo tengo merecido! ¡Lo único que te pido es que no me odies ni me desprecies como el resto del mundo!

—¡Te encuentras mal, pobrecito mío! ¡Pues claro que no te desprecio, faltaría más! Entra y descansa, y deja que vea lo que puedo hacer por ti. Apóyate en mí, no te preocupes. —Levantando con una mano la vela, y sosteniéndole con la otra, lo pasó adentro y lo acomodó en la única butaca que había en la casa; le extendió los pies sobre una silla y le quitó las botas. Jude, recobrando un tanto la serenidad, solo pudo decir:

—¡Sue, Sue querida! —con la voz quebrada de dolor y de pesar.

Ella le preguntó si quería comer algo, pero él movió negativamente la cabeza. Entonces le dijo Sue que se iba a dormir, que bajaría por la mañana temprano y que le haría algo de desayunar; le dio las buenas noches y subió a su habitación.

Casi inmediatamente cayó vencido por un sueño pesado y no se despertó hasta el amanecer. Al principio no sabía dónde estaba, pero gradualmente fue viendo más clara cada vez su situación, y la consideró con toda la frialdad de una mente despejada. ¿Sabía su prima lo peor de su situación..., lo peor de todo? ¿Cómo podría ponerse ahora delante de ella? No tardaría en bajar a preparar el desayuno, como había dicho, y tendría que enfrentarse con ella con toda su vergüenza. No podía soportar este pensamiento, así que se calzó sigilosamente las botas y, cogiendo el sombrero de la percha donde Sue lo había colgado, salió de la casa sin hacer el menor ruido.

Su idea fija era marcharse a algún lugar recóndito y oscuro, y allí tal vez rezar; y el único lugar que le vino a la cabeza fue Marygreen. Pasó por su alojamiento de Christminster, donde le aguardaba una nota de su jefe anunciándole que quedaba despedido, y después de liar los bártulos, le volvió la espalda a la ciudad que había sido como una espina en el costado, tomó el camino hacia el sur y se internó por esa comarca de Wessex. No llevaba dinero alguno en el bolsillo; había depositado sus escasos ahorros en un banco de Christminster, y afortunadamente no los había tocado nunca. La única forma de llegar a Marygreen, por consiguiente, era caminando; y, puesto que había una distancia aproximada de treinta y dos kilómetros, tuvo tiempo de sobra para recuperar totalmente su lucidez de espíritu.

Llegó a Alfredston cuando empezaba a caer la noche. Allí empeñó el chaleco, y después de dejar el pueblo dos o tres kilómetros atrás, se echó al pie de un pajar para pasar la noche. Se despertó al clarear el día, sacudió el heno y la paja de sus ropas y reemprendió la marcha. Caminó por la larga y blanca carretera que ascendía hasta la altiplanicie que ya había divisado desde muy atrás, y pasó el hito que había en lo alto, en el que hacía años había esculpido sus esperanzas.

Entró en la antigua aldea a la hora en que la gente estaba desayunando. Cansado, salpicado de barro, pero en posesión de su habitual lucidez de espíritu, se sentó junto al pozo, pensando que con ello hacía un Cristo bien mezquino. Al ver un barreño con agua, se mojó el rostro allí mismo y siguió hasta la casa de su tía abuela, a la que encontró desayunando en la cama asistida por la mujer que vivía con ella.

—¿Qué pasa..., estás sin empleo? —preguntó su tía, mirándole con sus ojos hundidos bajo unos párpados pesados como tapaderas de barro; no podía concebir que ese aspecto derrotado obedeciera a otra causa, ella que había

pasado la vida entera luchando con dificultades materiales.

—Sí —dijo Jude con pesar—. Creo que necesito descansar un poco.

Más reanimado después de tomar un bocado, subió a su vieja habitación y se tumbó en mangas de camisa como un artesano. Se quedó dormido, y cuando despertó fue como si lo hubiera hecho en el infierno. Era el infierno..., «el infierno de la conciencia del fracaso»: en sus aspiraciones y en amor. Pensó en el abismo en que se había precipitado antes de abandonar esta región; entonces había creído que era la mayor de las profundidades, pero no lo era tanto como esta otra. Lo primero no fue más que un resquebrajamiento de los baluartes exteriores de su esperanza; esto otro era el derrumbamiento de su segunda línea.

De haber sido mujer, se habría puesto a gritar bajo la tensión nerviosa que estaba sufriendo. Pero ese desahogo estaba vedado a su condición de varón, así que apretó los dientes con desesperación, lo que le formó arrugas alrededor de la boca y grandes surcos entre las cejas como a Laoconte.

El viento gemía lastimero entre los árboles y sonaba en la chimenea como las notas de un órgano. Cada hoja de la hiedra que cubría la tapia del cementerio parroquial inmediato —abandonado y sin iglesia ya— picoteaba vivamente a su vecina, y la veleta de la nueva iglesia gótico-victoriana, allá en su nuevo emplazamiento, comenzaba a chirriar. Sin embargo, parecía que todos esos profundos murmullos no se debían al viento, sino a una voz. Un momento después adivinó su procedencia: el vicario estaba rezando con su tía en la habitación contigua. Recordó que le había hablado de él. Luego cesó ese rumor, y unos pasos cruzaron el rellano de la escalera. Jude se incorporó en la cama y llamó:

—¡Eh, oiga!

Los pasos se dirigieron hacia su puerta; se abrió y entró un hombre. Era un sacerdote joven.

—Supongo que es usted el señor Highridge —dijo Jude—. Mi tía me ha hablado de usted más de una vez. Bueno, aquí estoy; de vuelta a casa. Me he echado a perder; aunque la verdad es que tenía las mejores intenciones del mundo. Ahora me he vuelto un chiflado melancólico por culpa de la bebida y unas cuantas cosas más.

Poco a poco fue descubriéndole al vicario sus últimos proyectos y sucesos, haciendo menos hincapié en el lado ambicioso de sus sueños, por una tendencia impremeditada, y más en el teológico, aunque hasta ese momento no había sido más que una faceta de su plan general de progreso.

—Ahora me doy cuenta de que he sido un tonto, y que no se me ocurren

más que insensateces —añadió Jude como conclusión—. Y no lamento ni pizca que se me hayan derrumbado todas mis esperanzas universitarias. No volvería a empezar aunque me garantizaran que iba a conseguirlo. Me importa un comino el éxito social, ahora. Pero me gustaría hacer algo que estuviera bien; lamento mucho mi situación religiosa y haber perdido la posibilidad de ordenarme sacerdote.

El vicario, que era nuevo en el lugar, se sintió profundamente interesado, y dijo finalmente:

—Si usted se siente realmente llamado al sacerdocio, como parece desprenderse de sus palabras, propias de una persona instruida y discreta, podría entrar en la iglesia como predicador. Lo único que debe hacer es proponerse no beber.

—¡Eso sería fácil para mí, si tuviera una brizna de esperanza que me sostuviera!

TERCERA PARTE

EN MELCHESTER

III. 1.

Era una nueva idea: abrazar la vida eclesiástica y altruista, distinta de la intelectual y competitiva. Un hombre podía predicar y hacer el bien a su prójimo sin necesidad de sacar matrículas de honor en los colegios de Christminster, y sin otros conocimientos que los corrientes. Su vieja quimera que había culminado con la visión del obispado no se debía ni mucho menos, a un entusiasmo por la moral o la teología, sino a una ambición mundana disfrazada con un sobrepelliz. Aunque no hubiera sido este su origen, tenía miedo de que todo su proyecto no fuera más que una inquietud social, un mero producto de la civilización sin fundamento alguno en sentimientos más elevados. En ese momento había miles de jóvenes empeñados en la misma tarea de buscarse a sí mismos. El rústico sensual que comía, bebía y vivía con su mujer despreocupadamente, entregado a una vida vana, era un ser más agradable que él.

Pero sí podía encontrar un rasgo de generosidad y grandeza en el hecho de entrar en la Iglesia de esta manera tan distinta de la académica, sin pretensiones de alcanzar un grado superior, limitándose a ser tan solo un

humilde vicario de esos que consumen su vida en un pueblo oscuro, o en un barrio de ciudad. Esa podía ser la auténtica religión, y una especie de vida purgativa digna de ser emprendida por un hombre lleno de remordimientos.

La luz favorable bajo la cual contemplaba esta nueva idea, en contraste con sus pasados proyectos, alegraba a Jude mientras meditaba sentado, solo y andrajoso; unos días después le acabó de dar el coup de grâce a su carrera intelectual..., carrera que había abarcado unos doce años de su vida. Sin embargo, durante un período completamente neutro, no hizo nada por emprender este nuevo camino, ocupándose solo de ejecutar pequeños trabajos: colocar y grabar lápidas por los pueblos de los alrededores, resignándose a que media docena de granjeros y otros campesinos que se dignaban saludarle le consideraran un fracasado y un maula.

El interés humano del nuevo proyecto —y es indispensable que exista un interés humano aun para lo más espiritual y abnegado— lo originó una carta de Sue que traía reciente el matasellos. Le escribía evidentemente preocupada, y hablaba muy poco de lo que hacía; solo le decía que había aprobado unos exámenes para una beca, y que iba a entrar en la Escuela Normal de Melchester para completar la preparación necesaria a la profesión que había elegido, en parte por intervención suya. Había una facultad de Teología en Melchester; Melchester era una ciudad tranquila y apacible, de ambiente casi enteramente eclesiástico; un lugar donde no tenían cabida la ciencia mundana ni las sutilezas intelectuales, en donde serían más altamente estimados sus sentimientos altruistas que no una brillantez que no poseía.

Puesto que necesitaría continuar trabajando por un tiempo en su oficio mientras estudiaba teología, cosa que había descuidado en Christminster para empollarse los textos clásicos corrientes, ¿qué mejor camino escoger que el de conseguir trabajo en esa lejana ciudad, y seguir este plan de estudio? No se le pasaba por alto la contradicción moral que existía entre su excesivo interés humano por ese lugar, debido exclusivamente a Sue, y el deber de no considerarla como meta de sus anhelos, como le había sucedido al principio. Pero hizo esta gran concesión a la fragilidad humana, con la esperanza de llegar a quererla solo como a una amiga y pariente.

Pensó que podía encauzar los años venideros de forma que pudiera empezar su ministerio a los treinta años, edad que le atraía considerablemente, puesto que era la de su modelo cuando empezó a enseñar en Galilea. Esto le concedería mucho tiempo para estudiar con tranquilidad y ganar dinero en su oficio para ayudarse después a finalizar sus estudios en una Facultad de Teología.

Pasaron las Navidades y Sue entró en la Escuela Normal de Melchester. Era la peor época del año para que Jude encontrase nuevo empleo, de modo

que le escribió a Sue proponiéndole aplazar un mes o cosa así su llegada, hasta que alargaran los días. Ella se dio tanta prisa en contestar que le parecía bien, que lamentó habérselo propuesto. Evidentemente, se interesaba muy poco por él, aunque jamás le había reprochado su extraño comportamiento al ir a su casa aquella noche, marchándose después sin decir nada. Ni le había dicho una palabra acerca de sus relaciones con el señor Phillotson.

De repente, no obstante, le llegó una apasionada carta de Sue. Le contaba que se sentía muy sola y desdichada. Detestaba el lugar donde estaba; era peor que la tienda de objetos religiosos; era peor que nada. Se sentía desamparada; ¿podía ir él inmediatamente?... Aunque cuando estuviera allí, ella no podría salir a verle más que en contadas ocasiones, ya que las reglas de la residencia eran bastante estrictas. Era el señor Phillotson quien le había aconsejado que fuera allí, y ahora se arrepentía de haberle hecho caso.

Las solicitudes de Phillotson no prosperaban, pues, por lo que Jude se sintió inmensamente contento. Lio los bártulos y se fue a Melchester con el corazón alegre como no lo había tenido desde hacía meses.

Puesto que quería empezar una nueva vida, buscó una fonda de la liga antialcohólica, encontrando una de su gusto en la calle que salía de la estación. Después de comer algo, salió otra vez bajo la apagada luz invernal, cruzó el puente de la ciudad, dobló una esquina y se encaminó hacia la catedral. El día era brumoso. Al llegar al pie de los muros de la obra arquitectónica más gallarda de Inglaterra, se detuvo a contemplarla. El altísimo edificio le pareció una montaña; la torre del campanario se elevaba más y más, disminuyendo en las alturas, hasta perderse en las brumas que la envolvían.

Comenzaron entonces a encenderse los faroles; Jude le dio la vuelta, dirigiéndose a la fachada de poniente. Le pareció un buen augurio descubrir numerosos bloques de piedra por los alrededores, ya que ello significaba que estaban restaurando o reparando a fondo la catedral. Le parecía, lleno de supersticiones, que la Divina Providencia había dispuesto que encontrara abundante trabajo mientras esperaba la llamada a una labor más elevada.

Luego le invadió una súbita oleada de calor al pensar en lo cerca que estaba de la joven de ojos vivos y brillantes y ancha frente rematada por una espesa mata de pelo negro; de la joven de mirada ardiente y dulzura a veces atrevida..., como la de esas mujeres que había visto en algunas reproducciones de cuadros de la escuela española. Estaba aquí..., en este mismo atrio..., en una de las casas que había frente a la fachada oeste de la catedral.

Bajó por el ancho sendero de grava y se dirigió al edificio. Era una construcción antigua del siglo XV, con parteluz en las ventanas y un patio delantero que separaba el edificio de la calle mediante una tapia. Jude abrió la puerta y entró a preguntar por su prima; le pasaron a una antesala, no sin cierto

recelo, y pocos minutos después entró ella.

Aunque no hacía mucho que estaba aquí, la encontró cambiada desde la última vez que la viera. Había perdido toda su saltarina espontaneidad; sus movimientos ondulantes estaban reprimidos, su rebozo y sus sutilezas habían desaparecido igualmente. Además, tampoco era exactamente la mujer que había escrito la carta que le había llamado. Evidentemente, le había escrito a toda prisa, movida por un impulso del que a estas horas estaría arrepentida; posiblemente por su propia autodegradación. Jude estaba intensamente emocionado.

—Pensarás que soy un miserable... por presentarme como me presenté..., y marcharme de aquella manera tan vergonzosa, ¿verdad, Sue?

—Bueno, ¡procuré no pensar en ello! Me dijiste lo bastante para darme cuenta de cuál era la causa. ¡Espero no tener ningún motivo para poner en duda lo que vales, mi pobre Jude! ¡Y me alegro de que hayas venido!

Llevaba un vestido de color morado con un lacito en el cuello. Estaba cortado con mucha sencillez y le caía con gracia a lo largo de su cuerpo delgado. El pelo, que antes se peinaba según la última moda, lo llevaba ahora muy sujeto y recogido, lo que le daba un aire de mujer sometida a una severa disciplina, aunque de su interior irradiaba una vivacidad que esa disciplina no conseguía velar.

Sue había avanzado con donosura, pero Jude comprendió que no esperaba que la besara como ardía en deseos de hacer, sino bajo el signo de su parentesco. No vio en Sue el menor indicio de que le tomara por un enamorado ni de que llegara a considerarle nunca como tal, ahora que conocía lo peor de él, aun en el caso de que tuviera derecho; y esto venía a favorecer la decisión que había tomado de contarle sus complicaciones matrimoniales, cosa que siempre había dejado para más adelante por temor a perder la dicha de su compañía.

Sue salió a la calle con él y estuvieron paseando y charlando exclusivamente de cuestiones del momento. Jude dijo que le gustaría hacerle algún pequeño regalo, y entonces ella confesó con cierto rubor que estaba hambrienta de lo más. Les racionaban demasiado la comida en el colegio, así que el regalo que ella más agradecería en el mundo sería que la invitaran a comer, a merendar o a cenar, lo mismo daba. Así que Jude la llevó a un restaurante y pidió lo que la casa pudiera servir, que no era mucho. El lugar les brindó la oportunidad de un delicioso tête-à-tête, puesto que no había nadie más en el local, y pudieron charlar con entera libertad.

Ella le habló de la escuela tal y como funcionaba en aquel tiempo, de la dura vida que llevaban, de la manera de ser tan distinta que tenía cada

compañera, ya que provenían de todos los lugares de la diócesis, y de cómo tenía que levantarse de madrugada y ponerse a estudiar con luz artificial, con toda la amargura de una joven a quien resultaban nuevas estas exigencias. Jude estuvo escuchándola mientras contaba todo esto; pero lo que él quería saber especialmente era sus relaciones con el señor Phillotson. Eso fue lo que ella no dijo. Cuando hubieron terminado de comer, Jude puso impulsivamente su mano sobre la de ella, que levantó la vista, sonrió y se la tomó con entera libertad entre las suyas, suaves y pequeñas, y se puso a separarle los dedos y a examinárselos con frialdad, como si fuera un guante que estuviera comprando.

—Tienes unas manos ásperas, Jude; ¿verdad? —dijo ella.

—Sí. Así serían las tuyas, si estuvieras todo el día con el martillo y el cincel.

—Pues mira, no me desagrada. Encuentro muy noble que las manos de un hombre estén marcadas por el trabajo que realiza... Bueno, después de todo, estoy contenta de haber venido a esta Escuela de Magisterio. ¡Imagina lo independiente que seré cuando termine los dos años de estudios! Sacaré buenas notas, espero, y el señor Phillotson empleará su influencia para que me den una buena escuela.

Por fin había abordado el tema.

—Tuve una sospecha, un temor —dijo Jude—; que él... se interesaba por ti en el sentido sentimental, más bien, y que quizá quería pedirte en matrimonio.

—¡Qué tonto eres!

—Supongo que te habrá hablado de eso.

—Y si me hubiera hablado, ¿qué importaría? ¡Un viejo como él!

—Vamos, Sue; no es tan viejo como todo eso. Además, yo le vi...

—¡Besándome no, de eso estoy segura!

—No; pero sí cogiéndote por la cintura.

—¡Ah..., ya me acuerdo! Pero yo no sabía que iba a hacerlo.

—Estás tratando de esquivar la cuestión, Sue, y eso no está bien.

Sus labios sensibles comenzaron a temblar y sus ojos a pestañear, y este reproche la decidió a hablar.

—¡Sé que te enfadarás si te lo cuento todo, y por eso no quiero!

—Está bien; no tiene importancia, querida —dijo él con dulzura—. No tengo ningún derecho a pedirte cuentas y además no quiero saberlo.

—¡Te lo voy a contar! —dijo ella con la terquedad que la caracterizaba—. Lo que he hecho es lo siguiente: le he... le he prometido... que me casaré con él cuando haya sacado el título; el proyecto que tenemos es hacernos cargo de una escuela mixta de niños y niñas en una ciudad grande, como suelen hacer los matrimonios de maestros, y sacarnos un buen sueldo entre los dos.

—¡Pero, Sue..., eso está muy bien! ¡Si no podías haber obrado mejor!

Le dirigió una mirada fugaz y sus ojos se encontraron, y en los de él había un reproche que desmentía sus palabras. Después retiró la mano de las de ella y volvió su rostro absorto hacia la ventana. Sue le miró pasivamente, sin hacer el menor movimiento.

—¡Sabía que ibas a enfadarte! —dijo sin aparentar la menor emoción—. Bueno, ¡supongo que he hecho mal! ¡No debía haberte pedido que vinieras! Sería mejor que no nos volviéramos a ver, que nos escribiéramos de tarde en tarde y solo para contarnos cuestiones puramente profesionales.

Eso era justamente lo que él no podía soportar, como seguramente sabía ella, y se volvió de inmediato.

—Sí podemos vernos —se apresuró a decir—. El hecho de que estés prometida no me importa lo más mínimo. ¡Tengo perfecto derecho a verte cuando quiera, y naturalmente lo haré!

—Bueno; no hablemos más de ello. Sería echar a perder por completo la tarde. ¡Qué importa lo que vaya a hacer dentro de dos años!

Sue era un enigma para él, así que dejó de hablar del asunto.

—¿Vamos a dar una vuelta por la catedral? —preguntó él cuando terminaron de comer.

—¿A la catedral? Sí. Aunque yo preferiría ir a la estación —contestó, con la voz enfadada todavía—. Ahora está allí el centro de la vida de la ciudad. ¡La catedral tuvo su tiempo!

—¡Qué moderna eres!

—¡También lo serías tú si hubieses vivido en la Edad Media como yo durante estos últimos años! La catedral era un maravilloso lugar hace cuatro o cinco siglos; pero ha quedado desplazada... De todos modos no me considero moderna. Si te pararas a pensar, verías que soy de antes de la Edad Media.

Jude parecía disgustado.

—¡Está bien... no hablemos más de eso! —exclamó ella—. Solo que si supieras lo mala que soy desde tu punto de vista, no pensarías tanto en mí ni te preocuparías de si estoy prometida o no. Bueno, es hora de que volvamos hacia la residencia; tengo que volver, o cerrarán y me dejarán fuera toda la

noche.

La acompañó hasta la puerta y se despidieron. Jude tenía el convencimiento de que la desdichada visita que le había hecho aquella noche nefasta había precipitado el compromiso matrimonial de su prima, lo que no hizo sino amargarle más. Su actitud de reproche así lo indicaba, aunque no se lo dijera con palabras. No obstante, comenzó a buscar empleo, cosa que no fue tan fácil como en Christminster, ya que se ejecutaban menos trabajos en piedra en esta ciudad tranquila, y la mano de obra era en su mayor parte fija. Pero poco a poco fue encontrando ocupación. Su primer trabajo consistió en tallar algunas lápidas en el cementerio de lo alto del cerro; después le dieron empleo en lo que él más deseaba: en la restauración de la catedral, obra de gran envergadura que comprendía toda la mampostería interior, remozar gran cantidad de sillares y sustituir algunos por otros nuevos.

Terminar todo aquello podía ser trabajo de años, y tenía bastante confianza en su propia habilidad con el martillo y el cincel para comprender que de él dependía el permanecer el tiempo que quisiera.

El alojamiento que tomó junto al atrio de la iglesia no habría repugnado a un vicario, pagando, para lo que ganaba, un precio bastante más elevado de lo que suele pagar cualquier trabajador. Su dormitorio-cuarto de estar estaba adornado con las fotografías de las rectorías y deanatos en los que la patrona había vivido como ama de confianza en sus tiempos, y abajo en el recibimiento había un reloj sobre la repisa de la chimenea con una dedicatoria dirigida a dicha dama por sus compañeros de servidumbre con ocasión de su matrimonio. Jude añadió a los ornamentos de su habitación las fotografías de algunas esculturas y monumentos religiosos ejecutados por sus propias manos; y así, fue considerado un inquilino digno del cuarto que pasaba a ocupar.

Encontró un gran surtido de textos teológicos en las librerías de la ciudad, y con ellos volvió a reanudar sus estudios con un espíritu y dirección diferentes a como los había orientado al principio. Para descansar de la Patrística y de obras como las de Paley y Butler, se puso a leer a Newman, Pusey y otras muchas eminencias modernas. Alquiló un armonio, lo colocó en su habitación y se puso a practicar cánticos a una y dos voces.

III. 2.

—Mañana es nuestro gran día. ¿Adónde vamos a ir?

—Yo tengo libre de tres a nueve. Vayamos donde vayamos, a esa hora tengo que estar de vuelta. Nada de visitar ruinas, Jude... Las ruinas me

aburren.

—Bueno..., iremos al castillo de Wardour. Y luego pasamos por Fonthill, si quieres.

—¡Lo de Wardour son unas ruinas góticas, y yo estoy harta del gótico!

—¡Qué va! Al contrario. Es de estilo clásico..., corintio, me parece. Con un montón de cuadros.

—Ah, eso es otra cosa. Me gusta el sano estilo corintio. Iremos allá.

Así charlaban los dos unas semanas después, y a la mañana siguiente prepararon la marcha. Cada detalle de la excursión hacía vibrar de ilusión el espíritu de Jude, que no se atrevía a reflexionar sobre la vida contradictoria que llevaba. La conducta de su Sue era un delicioso rompecabezas para él; no podía decir más.

Por fin llegó el gozoso momento de pasar por la puerta del colegio a recogerla; su aparición, vestida con una sencillez monacal, fue más obligada que buscada; el trajín de la estación, los gritos de los mozos, el silbido de los trenes..., todo venía a constituir el fondo de una hermosa cristalización. Nadie se fijaba en Sue vestida de esa manera, y esto le hacía pensar a Jude con inmenso placer que solo él conocía los encantos que sometía la disciplina de ese vestido. Con haberse gastado diez libras en una tienda de ropa, lo que no habría sido propio de la vida que llevaba ni de su verdadera manera de ser, habría hecho volver la cabeza a todo Melchester. El revisor del tren los tomó por una pareja de novios y los acomodó en un compartimiento para ellos solos.

—¡Este señor ha tenido un buen detalle que no va a servir para nada! — dijo ella.

Jude no contestó. Consideró esta observación innecesariamente cruel y en cierto modo poco veraz.

Llegaron al parque y castillo, y recorrieron las galerías de cuadros; Jude prefería los temas religiosos de Andrea del Sarto, Guido Reni, el Españoleto, Sassoferrato, Carlo Dolci y demás. Sue se detenía pacientemente junto a él, y le miraba de reojo con cierta actitud crítica cuando, contemplando las Vírgenes, las Sagradas Familias y los Santos, adoptaba un aire absorto y reverente. Tras estudiar a fondo su semblante en esta actitud, seguía caminando y le esperaba ante un Lely o un Reynolds. Era evidente que se sentía profundamente interesada por su primo como puede uno interesarse por un hombre que trata de encontrar su camino en un laberinto del que uno mismo ha logrado escapar.

Cuando salieron aún les quedaba mucho tiempo, y Jude propuso subir un poco hacia el norte, después de comer algo, y coger otra línea de tren en una

estación que distaba unos once kilómetros, que los llevaría de regreso a Melchester. Sue, dispuesta siempre para cualquier empresa que hiciera aún más intensa la vivencia de su día libre, accedió de buena gana; y allá se fueron, dejando tras ellos la estación inmediata.

Era un campo anchuroso, llano, elevado. Caminaban y charlaban alegremente; Jude cortó de un chaparro un bastón para Sue tan alto como ella, con una gran curva, lo que le daba el aire de una pastora. A mitad de camino cruzaron una carretera que iba de este a oeste: la vieja carretera de Londres a Land's End. Se detuvieron, miraron a un lado y a otro un segundo, y observaron el aspecto desolado de esta carretera que en otro tiempo fue animada vía pública; el viento la barría llenándola de tierra, levantando del suelo remolinos de paja y tamo.

Cruzaron la carretera y la dejaron atrás, pero al cabo de un kilómetro Sue empezó a dar muestras de cansancio y Jude se sintió preocupado por ella. En total habían recorrido una buena distancia, de modo que se verían en una situación delicada si no llegaban a la otra estación. Durante un buen trecho no apareció a la vista ninguna casa en la vasta extensión de campos y plantaciones de nabos; pero luego llegaron a un redil y vieron cerca de allí al pastor colocando vallas. Les dijo que la única cabaña que había por aquellos alrededores era la de su madre y suya; y señalándoles una pequeña hondonada de donde salía una débil hebra de humo azul, les aconsejó que fueran allá y descansaran.

Así lo hicieron, y una vieja que no tenía un solo diente los invitó a entrar; fueron tan amables con ella como los forasteros cuando su única posibilidad de descansar y resguardarse depende del favor del dueño de la casa.

—Preciosa cabaña —dijo Jude.

—No entiendo de preciosidades. Dentro de poco le hará falta otra techumbre y no sé de qué la vamos a hacer, porque la paja se ha puesto tan por las nubes, que al final le va a salir a uno más barato hacérsela de tejas de hierro que de albardilla.

Se sentaron a descansar y al poco entró el pastor.

—No molestarse por mí —dijo, deteniéndolos con un gesto de la mano—. Aquí podéis estar todo el tiempo que queráis. ¿O pensabais volver a Melchester esta noche en tren? Porque, si es así, ya os lo podéis ir quitando de la cabeza, sin conocer la región. A mí no me importa acompañaros hasta donde sea menester, pero de todas maneras el tren se habrá ido para cuando lleguemos.

Esto los sobresaltó.

—Quedaros aquí, ¿eh?, y pasáis la noche..., ¿no, madre? Estaréis como en vuestra casa. Un poco incómodos para dormir, pero peor sería andar por esos caminos. —Se volvió hacia Jude y le preguntó aparte—: ¿Sois casados?

—¡Chist..., no! —dijo Jude.

—¡Ah... conste que no lo decía con mala intención! En fin, ella puede quedarse en el cuarto de madre, y tú y yo nos podemos echar en el de fuera cuando ellas estén ya acostadas. Puedo llamarte con tiempo para coger el primer tren de vuelta. Este lo habéis perdido ya.

Tras deliberar sobre la situación decidieron aceptar el ofrecimiento, y se sentaron junto al pastor y su madre, y compartieron con ellos el hervido de verduras con tocino para cenar.

—Me gusta esto —dijo Sue mientras sus anfitriones retiraban los platos—. Lejos de todas las leyes, salvo las de la gravitación y la germinación.

—Crees que te gusta, pero no es así en realidad: tú eres un auténtico producto de la civilización —dijo Jude, a quien le entristecía pensar que estaba prometida.

—Eso sí que no, Jude. Me gusta leer y demás, pero echo mucho de menos la vida de cuando era niña, con la libertad que tenía.

—¿Te acuerdas de veras? A mí me da la impresión de que no hay en ti una franca despreocupación.

—¡Que no! Tú no sabes lo que soy en el fondo.

—¿Qué?

—Una ismaelita.

—Una señorita de capital, eso es lo que eres.

Ella se sintió ofendida y apartó la mirada.

El pastor los despertó a la mañana siguiente como había dicho. Era un día claro y hermoso, y anduvieron a gusto los seis kilómetros que había hasta la estación. Una vez en Melchester, se dirigieron a la residencia, y cuando llegaron ante la fachada del viejo edificio donde iba a encerrarse de nuevo, Sue pareció algo asustada.

—¡Espero que no me echen!

Hicieron sonar la gran campana y aguardaron.

—¡Ah!, tenía una cosa para ti, y casi se me olvida —dijo ella precipitadamente, mientras registraba el bolso—. Es una foto mía de carnet de hace poco. ¿La quieres?

—¡Pues claro! —La tomó contentísimo, en el momento en que llegaba el portero. Tenía una expresión agorera en el semblante al abrir la puerta. Entró ella, se volvió para mirar a Jude y le dijo adiós con la mano.

III. 3.

Las setenta muchachas que ocupaban esa especie de convento conocido como Escuela Normal de Melchester, cuyas edades oscilaban entre los diecinueve años y los veintiuno, aunque había varias mayores, constituían una comunidad muy variada que abarcaba a hijas de obreros, de pastores, de médicos, de tenderos, de granjeros, de lecheros, de militares, de pescadores y de aldeanos. Estaban todas sentadas en la gran sala del colegio la tarde antedicha, cuando corrió el rumor de que a la hora de cerrar Sue Bridehead no había llegado aún.

—Se marchó con un joven que sale con ella —dijo una de segundo año que entendía mucho de hombres—. Y la señorita Traceley la vio en la estación con él. Se la va a ganar cuando venga.

—Dijo que era su primo —observó una jovencita que era nueva.

—Esa excusa resulta ya un poco demasiado gastada en esta escuela para que pueda servirnos de tabla de salvación —dijo la delegada de curso con sequedad.

El hecho era que, solo doce meses antes, había sucedido un caso lamentable de seducción de una de las alumnas, la cual había alegado el mismo pretexto con el fin de entrevistarse a menudo con su amante. El caso había provocado un escándalo, y desde entonces la dirección miraba con severidad la cuestión de los primos.

A las nueve en punto se pasó lista, y la señorita Traceley pronunció sonoramente el nombre de Sue por tres veces, sin obtener respuesta alguna.

A las nueve y cuarto, las setenta muchachas cantaban de pie el Himno vespertino, y luego se arrodillaron para rezar las oraciones. Después de las plegarias entraron a cenar y cada una de ellas tenía el mismo pensamiento: «¿Dónde estará Sue Bridehead?». Algunas de las estudiantes que habían visto a Jude desde la ventana consideraban que no importaba el riesgo de ser castigada, con tal de dejarse besar por un joven tan interesante. Ninguna creía en el parentesco de los dos.

Media hora después estaban todas acostadas, con sus tiernos rostros femeninos vueltos hacia las lámparas de gas que iluminaban los dormitorios

de trecho en trecho. Cada uno de ellos reflejaba la sentencia «Debilidad» como la pena que debía soportar el sexo al que pertenecía, que de ningún modo podía ser fuerte por grandes que fueran los esfuerzos de sus facultades y de sus voluntariosos corazones, mientras las leyes inexorables de la naturaleza siguieran siendo las mismas. Componían un espectáculo delicioso, patético y sugestivo, inconscientes de su propio pathos y belleza, cosas que no llegarían a descubrir hasta que, después de las tormentas y luchas que vendrían con los años y sus injusticias, su soledad, embarazos y desgracias, volvieran los ojos hacia esta experiencia para considerarla como una etapa de sus vidas que habían dejado correr sin prestarle atención.

Una de las jefas entró a apagar las luces, y antes de hacerlo echó una última ojeada a la litera de Sue, que seguía vacía, y al pequeño tocador que tenía a los pies de la cama que, como todos los demás, estaba adornado con chucherías propias de jovencitas entre las que no faltaban unas fotografías con sus marcos. El tocador de Sue tenía un aspecto moderado, con las fotos de dos hombres con sus marcos de terciopelo y filigrana junto al espejo.

—¿Quiénes son esos hombres..., lo ha dicho ella alguna vez? —preguntó la celadora—. Ya sabéis que, en rigor, solo se permiten fotografías de parientes en el tocador.

—Uno de ellos, el mayor —dijo la estudiante de la litera contigua—, es el maestro de escuela con quien estuvo de auxiliar: el señor Phillotson.

—Y el otro, ese estudiante de birrete y toga, ¿quién es?

—Es un amigo, o era. Nunca nos ha dicho su nombre.

—¿Es algunos de estos dos el que ha pasado a recogerla?

—No.

—¿Está usted segura de que no era el estudiante?

—Completamente segura. Era un joven de barba negra.

Apagaron las luces en seguida, y hasta el momento de caer dormidas se dedicaron a hacer conjeturas sobre Sue, preguntándose qué devaneos habría tenido en Londres y en Christminster antes de ir ahí; y algunas de las más inquietas saltaron incluso de la cama y se asomaron por los ventanales a contemplar la inmensa fachada de poniente de la catedral, frente a la escuela, y la torre que se alzaba detrás.

Cuando despertaron a la mañana siguiente, miraron hacia el rincón de Sue, comprobando que aún no estaba allí su ocupante. Después de las clases matinales que dieron con luz de gas y arregladas a medias, cuando estaban todas arriba vistiéndose para el desayuno, oyeron tocar sonoramente la campana de la entrada. Salió la celadora del dormitorio, y volvió al poco para

decir que por orden de la directora, nadie debía hablar con Bridehead sin su permiso.

Así pues, cuando subió al dormitorio a asearse apresuradamente, con el semblante cansado y ruboroso, y entró en su cuartito en silencio, nadie vino a saludarla o a preguntarle. Al bajar vieron que no las había seguido al comedor para desayunar; luego se enteraron de que había sido reprendida severamente, y que le habían ordenado recluírse en una habitación solitaria durante una semana, donde estaría confinada, tomaría sus comidas y estudiaría.

Ante esta noticia, las setenta comenzaron a murmurar considerando que la sentencia era demasiado severa. Prepararon una carta firmada por todas y se la enviaron a la directora, solicitando que atenuara el castigo de Sue. No tuvo resultado. Por la tarde, cuando la profesora de Geografía comenzaba a dictar sus apuntes, las alumnas de la clase siguieron con los brazos cruzados.

—¿Quiere decirse que no van a trabajar? —dijo la profesora por último—. De todas formas puedo decirles que se ha podido averiguar que el joven con quien Bridehead permaneció fuera no era su primo, por la sencilla razón de que ella no tiene primos. Hemos escrito a Christminster para cerciorarnos.

—Nos gustaría creer en ella —dijo la delegada.

—Ese joven fue despedido de su trabajo en Christminster por emborracharse y blasfemar en lugares públicos, y ha venido aquí con el exclusivo fin de estar cerca de ella.

No obstante, persistieron en su actitud, y la profesora abandonó el aula para preguntar a sus superiores qué debía hacer.

Luego, hacia el atardecer, estando en clase las de su curso, oyeron grandes exclamaciones en el aula de las de primero, que era contigua, y una de ellas entró precipitadamente a decir que Sue Bridehead se había escapado por la ventana trasera de la habitación donde la habían encerrado, había cruzado el prado en la oscuridad, y había desaparecido. Nadie se explicaba cómo se las había arreglado para salir del jardín, ya que la parte de atrás daba al río, y delante la puerta estaba cerrada.

Fueron a ver la habitación vacía y el ventanal, cuyas hojas, entre el parteluz, permanecían abiertas. Registraron el campo de césped con una linterna, examinando cada arbusto y cada matorral, pero no estaba escondida por allí. Luego interrogaron al portero de la entrada principal quien, tras una breve reflexión, dijo haber oído una especie de chapuzón en la parte de atrás, en el río, pero que no le dio importancia pensando que habrían bajado algunos patos.

—¡Ha debido de cruzar el río! —dijo una profesora.

—O se ha ahogado —dijo el portero.

Esta sugerencia sobresaltó a la directora... no tanto por la posible muerte de Sue como por la aparición en los periódicos de la noticia pormenorizando los detalles del suceso, lo cual, añadido al escándalo del año anterior, daría a la escuela una notoriedad poco envidiable durante muchos meses.

Se proveyeron de más linternas e inspeccionaron el río; luego, por último, descubrieron en el barro de la orilla opuesta las huellas de unas botas pequeñas, lo que revelaba sin lugar a dudas que la impulsiva muchacha había vadeado el río por donde el agua alcanzaba casi hasta los hombros: era el principal río de la comarca, citado con respeto en todos los libros de Geografía. Al ver que Sue no había acarreado la desgracia de la escuela ahogándose, la directora comenzó a hablar sobre ella con altivez, manifestando su alegría por que se hubiera marchado.

Esa misma noche estaba Jude en su alojamiento vecino al atrio de la catedral. Después de oscurecer, solía subir a menudo al atrio silencioso y se estaba allí, frente al edificio donde habitaba Sue, viendo pasar de un lado para otro las sombras de las cabezas de las muchachas, por detrás de las persianas, y deseando no tener nada que hacer sino estudiar y aprender durante todo el día lo que muchas de aquellas atolondradas inquilinas desdeñaban. Pero esa noche, después de tomar el té y cepillarse la ropa, se sumió en la lectura del volumen vigésimo noveno de la Biblioteca Pusey de la Patrística, una colección de libros que había comprado en una librería de segunda mano a un precio milagrosamente barato para una obra inestimable como esa. Le pareció oír como si algo hubiera golpeado ligeramente en la ventana; luego lo oyó otra vez. Sin duda era alguien que había tirado una china. Se levantó y abrió la ventana en silencio.

—¡Jude! —oyó desde abajo.

—¡Sue!

—¡Sí... soy yo! ¿Puedo subir sin que me vean?

—¡Claro que sí!

—Entonces, no bajas. Cierra la ventana.

Jude aguardó. Sabía que ella podría entrar con facilidad, puesto que la puerta de la calle se abría con un simple picaporte que cualquiera podía hacer girar, como en la mayoría de las viejas casas de pueblo. El corazón le saltaba ante la idea de que acudía a él con sus tribulaciones lo mismo que él había corrido a ella con las suyas. ¡Qué iguales eran en todo! Abrió la puerta de su habitación, oyó un rumor apagado en la escalera a oscuras, y un momento después apareció ella bajo la luz de la lámpara. Se adelantó Jude a cogerla de

la mano, y vio que estaba chorreando como una deidad marina, con las ropas pegadas al cuerpo como esas figuras del friso del Partenón.

—¡Qué frío tengo! —dijo castañeteando los dientes—. ¿Puedo sentarme junto al fuego, Jude?

Se dirigió al escaso fuego de la chimenea, pero como el agua le chorreaba al andar, la idea de secarse al fuego resultaba absurda.

—¿Qué has hecho, cariño? —preguntó alarmado, dejando escapar el tierno epíteto inadvertidamente.

—¡Atravesar a pie el río más ancho de la comarca..., eso es lo que he hecho! Me habían encerrado por quedarme fuera contigo; y me ha parecido tan injusto que no lo he podido soportar; así que, ¡he saltado por la ventana y me he escapado cruzando el río! —Había comenzado su explicación en su tono habitual, ligeramente desdeñoso, pero antes de terminar empezaron a temblarle los labios finos y sonrosados y a duras penas pudo contener las lágrimas.

—¡Sue querida! —dijo—. ¡Debes quitarte toda la ropa! Deja que piense... Tendrás que ponerte algo de la patrona. Se lo voy a pedir.

—¡No, no! ¡Por el amor del cielo, que no se entere! ¡Estamos tan cerca de la Normal que no tardarían en presentarse aquí!

—Bueno, entonces debes ponerte ropa mía. ¿Te importa?

—De ningún modo.

—Mi traje de los domingos. Lo tengo aquí a mano.

De hecho, todo estaba a mano en la reducida habitación de Jude, puesto que no había espacio suficiente para que pudiera ser de otro modo. Abrió un cajón, sacó su mejor traje oscuro, y después de sacudirlo dijo:

—Vamos a ver, ¿cuánto tardarás?

—Diez minutos.

Jude salió de la habitación y bajó a la calle, donde estuvo deambulando arriba y abajo. Un reloj dio las siete y media, así que volvió. Sentada en la única butaca vio a una criatura frágil y delgada disfrazada de él mismo en día de domingo, tan patética e indefensa que se le encogió el corazón. Sus ropas estaban extendidas sobre dos sillas delante del fuego. Se ruborizó al sentarse él a su lado, pero solo por un momento.

—Me imagino, Jude, que te resultará rarísimo verme de esta manera, con todas mis ropas puestas ahí, ¿verdad? ¡Pero es una tontería! No son más que ropas de mujer..., vestimenta sin sexo y ropa blanca... ¡Me gustaría no

sentirme tan cansada y tan mal! ¿Quieres secármelas? Por favor, Jude, sécalas y podré ir a buscarme alojamiento en seguida. No es demasiado tarde aún.

—No; no podrás, si te sientes mal. Debes quedarte aquí. Querida, mi querida Sue, ¿qué puedo hacer por ti?

—¡No sé! Me es imposible dejar de tiritar. Me gustaría entrar en calor.

Jude le echó su abrigo por encima, y luego se fue al bar más próximo y volvió con una botellita en la mano.

—Aquí tienes un brandy del mejor —dijo—. Tómalo, querida; tómalo entero.

—Pero no me lo harás beber de la botella, ¿verdad?

Jude trajo un vaso del tocador y le sirvió la bebida con un poco de agua. Ella dudó un instante, pero se lo bebió y se echó hacia atrás en la butaca.

Entonces empezó a contarle detalladamente sus peripecias desde el momento en que se despidieron; pero a mitad de la historia le flojeó la voz, cabeceó un poco y finalmente enmudeció. Había caído en un profundo sueño. Jude, tremendamente preocupado por si había cogido un enfriamiento que le perjudicara seriamente la salud, se alegró de oír su respiración regular. Se acercó a ella con sumo cuidado, y observó que le había nacido un cálido rubor en las mejillas, antes amoratadas, y comprobó que la mano que le colgaba ya no estaba fría. Luego permaneció en pie, de espaldas a la chimenea, contemplándola, y vio en ella casi una divinidad.

III. 4.

Jude vio interrumpidas sus divagaciones por el crujido de unos pasos que subían la escalera.

Recogió apresuradamente las ropas de Sue de las sillas donde estaban puestas a secar, las metió debajo de la cama, y se sentó con el libro delante. Alguien llamó a la puerta y entró inmediatamente. Era la patrona.

—¡Ah, no sabía si estaba usted o no, señor Fawley! Quería saber si va a cenar. Veo que hay un joven con usted...

—Sí, señora. Pero creo que no voy a bajar esta noche. Súbame la cena en una bandeja, por favor, y una taza de té.

Era costumbre de Jude bajar a la cocina y tomar las comidas con la familia para evitar molestias. Sin embargo, su patrona le subió la cena en esta ocasión,

y él salió a la puerta a recogerse la.

Cuando se hubo marchado, puso la tetera junto al fuego de la chimenea y sacó otra vez las ropas de Sue; pero distaban mucho de estar secas. Un traje de lana, según veía, cogía bastante agua. Las volvió a extender, avivó el fuego y se quedó absorto mientras el vapor que despedía la ropa escapaba por la chimenea.

De pronto, ella exclamó:

—¡Jude!

—Sí. ¿Qué tal, cómo te sientes ahora?

—Mejor. Completamente bien. Me he dormido, ¿verdad? ¿Es muy tarde?

—Son más de las diez.

—¿De veras? ¡No sé qué voy a hacer! —dijo, levantándose.

—Quedarte donde estás.

—Sí; eso es lo que me gustaría. ¡Pero no sé qué dirían después! ¿Y tú, qué vas a hacer?

—Voy a permanecer sentado aquí junto al fuego toda la noche, leyendo. Mañana es domingo y no tengo que ir a ninguna parte. Evitarás un fuerte resfriado si te quedas. No te preocupes. Yo estoy perfectamente. Mira lo que tengo para ti. Un poco de cena.

Al incorporarse, respiró con dificultad y dijo:

—Todavía me siento débil. Creía que estaba bien y el caso es que no debía estar aquí, ¿verdad?

Pero la cena la reconfortó, y después de tomar una taza de té y echarse hacia atrás, se sintió más animada y alegre.

El té debía de estar verde, o demasiado cargado, porque se sentía francamente despierta, en tanto que Jude, que no lo había probado, empezaba a sentir la pesadez del sueño; hasta que ella le despabiló con su charla.

—Dijiste que soy un producto de la civilización o algo así, ¿no? —dijo rompiendo el silencio—. Me pareció muy extraño.

—¿Por qué?

—Bueno, porque eso es completamente falso. Soy una especie de negación de la civilización.

—Estás muy filosófica. «Una negación» es un término muy profundo.

—¿De veras? ¿Te sorprende lo sabihonda que soy? —preguntó ella con un

asomo de burla.

—No...; sabihonda, no. Únicamente que no hablas como una chica..., bueno, como una chica que no ha tenido estudios.

—Yo he tenido algunos estudios. No sé latín ni griego, aunque conozco la gramática de esas lenguas. Pero conozco la mayoría de los clásicos griegos y latinos a través de sus traducciones, además de otros libros. He leído a Lemprière, Cátulo, Marcial, Juvenal, Luciano, Beaumont y Fletcher, Boccaccio, Scarron, De Brantôme, Sterne, De Foe, Smollett, Fielding, Shakespeare, la Biblia y demás, y he visto que todo el interés morboso por esos libros termina con su misterio.

—Has leído más que yo —dijo él dejando escapar un suspiro—. ¿Cómo es que has leído esos autores tan raros?

—Bueno —dijo ella pensativamente—. Por pura casualidad. Mi vida está formada completamente por aquello que, según dicen, hay de más original en mí. No tengo miedo a los hombres ni a sus libros. Me siento unida a ellos, sobre todo a uno o dos, casi como si fuera de su mismo sexo. Me refiero a que ante ellos no tengo lo que les han enseñado a muchas mujeres: esa actitud defensiva frente a los ataques de sus virtudes; porque el hombre medio, el que no está embrutecido por un sensualismo salvaje, jamás molestará a una mujer de día o de noche, en casa o fuera de casa, a no ser que ella le dé pie. Hasta que ella no le diga con una mirada: «Adelante», él se sentirá siempre temeroso; y si no se lo llega a decir o a insinuar con la mirada, jamás se lanzará. Sin embargo, lo que iba a decir es que cuando tenía dieciocho años, llegué a intimar con un estudiante de Christminster, y él me enseñó muchas cosas y me prestó libros que de otro modo nunca habría leído.

—¿Terminó vuestra amistad?

—Sí. El pobre muchacho murió dos o tres años después de graduarse y marcharse de Christminster.

—¿Le veías con frecuencia?

—Sí. Solíamos salir juntos a pasear y a leer y a cosas así, casi como dos compañeros. Me pidió que me fuera a vivir con él, y yo le dije que sí por carta. Pero cuando fui a reunirme con él a Londres me encontré con que él pretendía algo muy distinto de lo que yo creía. En realidad quería que yo fuera su amante, pero yo no estaba enamorada de él... Se lo dije, y me habría marchado si no hubiera accedido a mi idea; pero dijo que estaba de acuerdo. Compartimos un cuarto durante quince meses; llegó a ser redactor jefe de uno de los grandes diarios de Londres; pero cayó enfermo y tuvo que marcharse fuera. Dijo que yo le estaba partiendo el corazón a base de tenerle alejado estando tan cerca; nunca lo hubiera creído de una mujer. Dijo que quizá yo

había llevado ese juego demasiado lejos. Volvió a casa únicamente para morir. Su muerte me llenó de terribles remordimientos por mi crueldad..., aunque supongo que moriría de tisis y no únicamente por mi culpa. Fui a Sandbourne para asistir a su entierro, y fui la única persona que le acompañó. Me dejó un poco de dinero... porque le partí el corazón, imagino. Así son los hombres: ¡mucho mejores que las mujeres!

—¡Válgame Dios!... ¿Y qué hiciste entonces?

—¡Ah, qué enfadado estás ahora conmigo! —dijo con una súbita nota trágica en su voz argentina—. ¡De haberlo sabido, no te lo habría contado!

—No. No estoy enfadado. Cuéntamelo todo.

—Bueno, invertí su dinero, pobre chico, en un proyecto estúpido, y lo perdí. Viví por mis propios medios en Londres durante un tiempo y luego regresé a Christminster, ya que mi padre, que estaba también en Londres y había comenzado a trabajar en la forja de artesanía cerca de Long-Acre, no quería tenerme consigo; y encontré colocación en la tienda de objetos artísticos donde me encontraste... ¡Ya te dije que no sabías lo mala que era!

Jude contempló la butaca con su ocupante, estudiando con más atención a la criatura a quien había dado protección. Su voz tembló cuando dijo:

—¡Aunque has vivido, Sue, te considero tan inocente como libre de convencionalismos!

—No puedo parecerte tan inocente, ya que

he tirado de la túnica

de esa pálida figura que tu fantasía había vestido,

—dijo ella con ostensible tono de burla, a pesar de que Jude veía que estaba a punto de echarse a llorar—. ¡Pero jamás me he entregado a ningún amante, si es eso lo que piensas! Sigo igual que antes.

—Te creo completamente. Pero algunas mujeres no se habrían conservado igual que antes.

—Tal vez no. Sobre todo las mejores. Dicen que debo de ser de una naturaleza fría sin sexo en este sentido. ¡Pero es que no quiero tenerlo! Algunos de los poetas más apasionadamente eróticos han sido los que más se han contenido en su vida cotidiana.

—¿Le hablaste al señor Phillotson de tu amigo el universitario? —Sí...; hace mucho. Jamás he ocultado eso a nadie.

—¿Y qué te dijo?

—No me hizo ningún reproche...; solo dijo que yo lo era todo para él,

hiciera lo que hiciese, y cosas por el estilo.

Jude se sentía muy deprimido; ella parecía alejarse cada vez más con su extraña manera de ser y su singular insensibilidad para lo sexual.

—¿De veras no estás enfadado conmigo, querido Jude? —preguntó de pronto, con una voz tan extraordinariamente tierna que apenas parecía provenir de la misma mujer que acababa de contar su historia con tanta indiferencia—. ¡Creo que preferiría ofender a cualquiera antes que a ti!

—No sé si estoy enfadado o no. ¡Lo que sé es que me importas mucho!

—¡Pero no más! Vaya, no debía haber dicho eso. ¡Por favor, no digas nada ahora!

Hubo otro largo silencio. Presentía que ella le estaba tratando con crueldad, aunque no podía decir de qué manera. Su tremendo desamparo parecía hacerla mucho más fuerte que él.

—Soy terriblemente ignorante en cuestiones de tipo general, a pesar de todo lo que he estudiado —dijo para variar de tema—. Como sabes, estoy profundamente interesado por la Teología. ¿Y qué crees tú que estaría haciendo ahora si no estuvieras tú aquí? Estaría rezando mis oraciones. Supongo que a ti esas cosas no te interesan...

—No; desde luego —contestó ella—. Prefiero no rezar, si no te importa. Me parecería una hipocresía.

—Sabía que no te gustaría, por eso no te lo he propuesto antes. Recordarás que espero ser pastor un día.

—Dijiste que querías ordenarte, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿no has renunciado a esa idea? Yo creía que ya lo habías dejado.

—Desde luego que no. Al principio estaba firmemente convencido de que tú pensabas igual que yo sobre esta materia, al verte tan metida en el anglicanismo de Christminster. Y el señor Phillotson...

—A mí no me impone ningún respeto Christminster, a no ser, en cierto modo, desde el punto de vista intelectual —dijo Sue Bridehead con seriedad—. Mi amigo del que te he hablado me quitó todo eso. Era el hombre menos religioso que he conocido en mi vida, y el más moral. Y el talento en Christminster es como el vino nuevo en botellas viejas. El medievalismo de Christminster debe desaparecer, debe extirparse, o la propia Christminster desaparecerá. Evidentemente, a veces uno no puede reprimir una afición oculta a las tradiciones y a la vieja fe, conservada allí por un grupo de

pensadores de una sinceridad sencilla y conmovedora; pero cuando más triste me encontraba, con la mayor rectitud de espíritu, pensaba siempre:

¡Oh glorias macabras de los santos, miembros muertos
de los dioses ejecutados!...

—¡Sue, si fueras buena amiga mía, no hablarías de esa manera!

—¡Entonces no lo haré, querido Jude! —dijo con la voz emocionada otra vez, y apartó la cara.

—Yo aún pienso que Christminster posee muchas cosas ilustres, aunque he guardado cierto resentimiento por no haber podido seguir allí —dijo él con dulzura, resistiendo al impulso de hacerla llorar.

—Es un lugar de ignorantes, quitando a la gente del pueblo, artesanos, borrachos y pordioseros —dijo ella con perversidad, viendo que él no era de su parecer—. Esos ven la vida tal como es, por supuesto; en cambio en los colegios son muy pocos los que la ven así. Lo puedes comprobar en ti mismo. Tú eres uno de esos hombres para quienes estaba realmente destinada Christminster, el estudio, pero sin dinero, ni oportunidades, ni amigos. Y os han echado a la calle los hijos de los millonarios.

—Bueno, puedo hacerlo sin todas esas ventajas. Lo que me importa es algo que está por encima.

—Y lo que me importa a mí es algo más amplio y más auténtico —insistió ella—. Actualmente, en Christminster la inteligencia tira para un lado y la religión para otro; de modo que permanecen absolutamente inmóviles, como dos cameros que se dan topetazos el uno al otro.

—¿Y el señor Phillotson qué?...

—¡Es un lugar repleto de fetichistas y visionarios!

Se dio cuenta Jude de que cada vez que trataba de hablar del maestro, ella desviaba la conversación haciendo unas generalizaciones ofensivas para la Universidad. Jude sentía una extremada y morbosa curiosidad por saber cuál era su vida como protegée y prometida del señor Phillotson; sin embargo, ella no le daba una sola pista.

—Bueno, eso es justamente lo que soy yo también —dijo—. Tengo miedo de la vida, y veo espectros por todas partes.

—¡Pero tú eres bueno y eres querido! —murmuró ella.

El corazón le dio un brinco, pero no replicó.

—En este momento te encuentras en el estadio de adhesión al tractarianismo, ¿no es así? —añadió, mostrando una impertinencia que

ocultaba su verdadero sentimiento, argucia que era muy frecuente en ella—. Vamos a ver, ¿cuándo me encontraba yo en esa situación?... Fue por el año mil ochocientos...

—Me sabe muy mal que te burles de esa manera, Sue. Bueno, ¿ahora quieres hacerme un favor? Ya he leído un capítulo, y he rezado mis oraciones, como te he dicho. ¿Quieres ahora distraerte con uno de esos libros, el que te guste, sentada de espaldas a mí, y dejarme cumplir con mis prácticas religiosas? ¿Seguro que no quieres acompañarme?

—Te miraré solamente.

—No. ¡No me molestes, Sue!

—Bueno, bueno...; me volveré de espaldas y no te molestaré, Jude —replicó con el tono de una niña que promete ser buena en adelante, volviéndose obedientemente de espaldas. Había junto a ella una Biblia pequeña, además de la que estaba empleando él, y durante el tiempo en que él estuvo recogido se dedicó a pasar hojas.

—Jude —dijo con viveza, una vez que él hubo terminado—, ¿quieres que te haga un nuevo Nuevo Testamento, como el que me hice yo en Christminster?

—Sí. ¿Cómo lo hiciste?

—Modifiqué el viejo que tenía, arrancando las Epístolas y los Evangelios en pliegos separados, y volviéndolos a colocar por orden cronológico según la fecha en que fueron escritos, empezando por los tesalónicos, a continuación las Epístolas, y colocando los Evangelios mucho más atrás. Luego cosí el volumen otra vez. Mi amigo el universitario, el señor..., pero no importa su nombre, pobre muchacho, decía que era una excelente idea. Lo que sé es que después lo lee uno y lo encuentra el doble de interesante y mucho más fácil de entender.

—¡Hum! —dijo Jude con una sensación de sacrilegio.

—¡Y esto!; ¡vaya una atrocidad literaria! —dijo, hojeando las páginas del Cantar de los Cantares de Salomón—. Me refiero a esas sinopsis en la cabecera de cada capítulo explicando el verdadero significado de la composición. No tienes por qué alarmarte: nadie exige inspiración para los encabezamientos de capítulo. Incluso muchos teólogos los miran con desprecio. Resulta lo más cómico del mundo pensar en los veinticuatro obispos o patriarcas, o lo que fuesen, sentados con sus caras largas y escribiendo esas majaderías.

Jude parecía apenado.

—Eres completamente volteriana —murmuró.

—¿De veras? ¡Entonces no diré una palabra más, aparte de que nadie tiene derecho a falsificar la Biblia! ¡Odio toda esa farsa que intenta tapar con abstracciones eclesiásticas el amor extático, natural y humano que late en ese canto grandioso y apasionado! —Sus palabras se habían vuelto fogosas, casi petulantes ante el reproche de Jude, y los ojos se le habían puesto húmedos—. Quisiera tener un amigo aquí que me sostuviera; ¡pero nunca tengo a nadie a mi lado!

—Pero, ¡querida Sue, mi queridísima Sue, yo no estoy en contra tuya! —dijo tomándole la mano, sorprendido de ver que mezclaba sus sentimientos personales en una discusión de tipo general.

—¡Sí lo estás, sí lo estás! —exclamó, volviéndose para que no le viera los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Tú estás de parte de los de la Normal..., al menos eso parece! Lo que yo digo es que explicar un verso como: «¿Adónde se marchó tu bien amado, oh tú, la más hermosa entre las mujeres?», con la nota: «La Iglesia proclama su fe», ¡es una completa ridiculez!

—¡Bueno, déjalo! ¡Tú haces de todo una cuestión personal! Yo... me siento en este momento demasiado inclinado a aplicar esas palabras a cuestiones profanas. ¡Para mí, tú eres la más hermosa de las mujeres, tenlo en cuenta!

—¡No debías decir eso ahora! —replicó Sue, con un tono de suave severidad. Se miraron y se estrecharon la mano como dos amigos en una taberna. Jude se dio cuenta de lo absurdo que era discutir sobre un tema tan hipotético, y ella de la tontería que era llorar por una cosa que estaba escrita en un libro tan viejo como la Biblia.

—Yo no pretendo socavar tus convicciones...; ¡eso de ninguna manera! —prosiguió con dulzura, porque ahora era él quien estaba más incomodado—. Yo solo quería y suspiraba por poder ayudar a un hombre de fines elevados; y cuando te vi a ti, y supe que querías ser mi amigo, yo..., ¿te lo digo?, pensé que ese hombre eras tú. Pero tienes tanta fe en la tradición que no sé qué decir.

—Bueno, querida; supongo que uno debe tener fe en algo. La vida no es tan larga como para hacerle la prueba a cada cosa, como en los problemas de Euclides, antes de creerla. Yo me decido por el cristianismo.

—Bueno, podías haber elegido algo peor.

—Desde luego. ¡Y puede que ya lo haya hecho! —Pensaba en Arabella.

—No quiero preguntarte qué, porque vamos a ser muy buenos los dos, ¿verdad?; y nunca, nunca más nos vamos a meter el uno con el otro. —Alzó la mirada con confianza, y parecía que su voz trataba de cobijarse en el pecho de Jude.

—¡Te voy a querer siempre mucho! —dijo Jude.

—Y yo a ti. ¡Porque eres bueno y perdonas a tu pequeña Sue, que es tan mala y tan pesada!

Él apartó la mirada, porque esta ambigua expresión de ternura le parecía excesivamente turbadora. ¿Sería eso lo que había partido el corazón del pobre redactor jefe, y le tocaría ahora a él?... ¡Pero Sue era tan adorable!... Si al menos pudiera él apartar de su mente la conciencia de su feminidad, igual que ella prescindía, al parecer, del hecho de que él perteneciera al sexo masculino, qué compañera tan estupenda sería; porque sus diferentes puntos de vista sobre temas discutibles no hacían sino unirlos más en los temas de la diaria experiencia humana. La sentía más cerca de sí que a ninguna de las mujeres que había conocido, y no creía que fuera posible que el tiempo, las creencias o la separación pudieran apartarle de ella.

Pero al acordarse de sus muestras de descreimiento volvió a apesadumbrarse. Siguieron sentados hasta que ella se quedó dormida otra vez, y él se adormiló también. Cada vez que se despabilaba le daba una vuelta a las prendas de Sue y avivaba el fuego de nuevo. A eso de las seis de la mañana estaba despierto del todo, y al encender una vela vio que las ropas estaban ya secas. Sue, que se había acomodado en una butaca mucho más confortable que él, seguía durmiendo enfundada en su abrigo. Estaba caliente como un pan y tenía pinta de chiquillo como un Ganimedes. Colocó las prendas junto a ella, la tocó en el hombro y bajó a lavarse al patio a la luz de las estrellas.

III. 5.

Al volver la encontró vestida con su ropa.

—Ahora, ¿podría marcharme sin que nadie me viera? —preguntó—. La gente todavía no está levantada.

—Pero si aún no has desayunado.

—¡No quiero desayunar! ¡Me temo que no debía haber huido de la escuela! Las cosas parecen bien diferentes a la fría luz de la madrugada, ¿verdad? ¡Qué dirá el señor Phillotson cuando se entere! Yo que vine aquí exclusivamente por deseo suyo. Es el único hombre en el mundo por el que siento temor o respeto. Espero que me perdone; ¡pero me va a echar una buena reprimenda, ya verás!

—Yo iré y le explicaré... —comenzó Jude.

—No, tú no irás. ¡No importa! Que piense lo que quiera... ¡Yo hago lo que

me parece!

—Pero si acabas de decir...

—Bueno, a pesar de lo que he dicho, haré lo que crea conveniente. Ya lo tengo pensado: iré a casa de la hermana de una de mis compañeras de la Normal, que me ha pedido que vaya a verla. Está en una escuela cerca de Shaston, a unos treinta kilómetros de aquí... Me quedaré allí hasta que haya pasado todo esto y después volveré a la Normal.

En el último momento, la convenció de que le dejara hacerle una taza de café en una pequeña cafetera que tenía en la habitación, para preparárselo temprano, antes de ir al trabajo.

—Come algo también —dijo—, y vámonos. Ya desayunarás más fuerte cuando llegues allí.

Salieron sigilosamente de la casa, y Jude la acompañó a la estación. Cuando iban por la calle, se asomó una cabeza por una de las ventanas superiores del edificio donde él se alojaba, y luego se apartó rápidamente. Sue parecía sufrir aún la zozobra de su temeridad y lamentaba haberse rebelado; al despedirse, le dijo que tendría noticias suyas tan pronto como fuera admitida en la Escuela Normal. Permanecieron juntos en el andén con una sensación de pesar; se notaba a la legua que no deseaban decir nada más.

—Quiero confesarte una cosa... o, mejor dicho, dos —dijo él apresuradamente mientras entraba el tren en la estación—. ¡Una ardiente y otra fría!

—Jude —dijo ella—. Sé una de ellas. ¡Y no debes!

—¿Qué?

—No debes amarme. ¡Me debes querer como a una amiga... nada más!

El semblante de Jude se ensombreció de tal modo, que ella se sintió conmovida, mientras le decía adiós desde la ventanilla. Luego el tren se puso en marcha, y Sue, haciendo gestos con su preciosa mano, desapareció a lo lejos.

El domingo en que ella se marchó, Melchester le pareció a Jude una ciudad bastante lúgubre; y tan odiosa le resultaba la catedral que no asistió a ningún oficio religioso. A la mañana siguiente le llegó una carta de ella que, con su habitual prontitud, le había escrito nada más llegar a casa de su amiga. Le hablaba de su llegada y del buen recibimiento que había tenido, y luego añadía:

De lo que quiero hablarte, querido Jude, es de algo que te dije al despedirnos. Has sido tan bueno y amable conmigo que cuando dejé de verte

me di cuenta de la manera tan cruel y desagradecida como me he portado, y no he hecho más que reprochármelo. Si tú me quieres amar, Jude, puedes hacerlo: no me importa; y además, ¡no volveré a decirte nunca más que no debes!

Bueno, no hablemos más de eso. ¿Sabrás perdonar a tu atolondrada amiga por su crueldad?, ¿y no la harás sentirse mezquina por decirte que no?

Hasta siempre,

SUE

Inútil decir cuál fue su respuesta, ni qué habría hecho de haber sido libre, con lo que Sue no habría tenido necesidad de pasar una larga temporada en casa de una amiga. Presentía que si para llevarse a la muchacha solo hubiera tenido que enfrentarse con Phillotson, su victoria habría sido casi segura.

No obstante, Jude corría el peligro de dar más importancia a la impulsiva nota de Sue de la que realmente debía de tener.

Al cabo de unos días se dio cuenta de que abrigaba la esperanza de recibir carta suya otra vez. Pero no llegó noticia alguna; llevado de su intensa solicitud, le escribió de nuevo proponiéndole ir a visitarla algún domingo, puesto que estaba solo a treinta kilómetros de distancia.

Esperaba que tardaría un par de días en llegarle la respuesta, pero no fue así, y al día siguiente el cartero pasó también de largo. El sábado, en un estado de febril ansiedad, le envió unas líneas avisando que iría al día siguiente, porque estaba seguro de que le había pasado algo.

Lo primero que pensó fue que había caído mala por la mojadura; pero no tardó en ocurrírsele que en ese caso podía haberle encargado a alguien que le escribiera. Se hizo un mar de suposiciones, y no terminaron estas hasta que llegó a la escuela de las afueras de Shaston, entre las once y las doce, una espléndida mañana de domingo, hallando el lugar completamente desierto, ya que todos sus habitantes se habían congregado en la iglesia, donde de cuando en cuando se oían sus voces al unísono.

Le abrió la puerta una niña.

—La señorita Bridehead está arriba —dijo—, y dice que suba, por favor.

—¿Está enferma? —preguntó Jude con ansiedad.

—Un poco..., no mucho.

Jude subió. Al llegar al rellano de la escalera, una voz le indicó el camino: la de Sue, que le llamaba por su nombre. Cruzó la puerta y la encontró acostada en una cama pequeña, en una habitación de unos nueve metros cuadrados.

—¡Sue! —exclamó, sentándose junto a ella y tomándole la mano—. ¡Por eso no pudiste escribirme!, ¿verdad?

—¡No..., no fue eso! —contestó—. Cogí un buen resfriado..., pero podía haberte escrito. ¡Solo que no quise!

—¿Por qué?... ¿Me tienes tanto miedo?

—Sí... ¡Esto es precisamente lo que temía! Pero he decidido no escribirte más. No me dejan volver a la Normal...; por eso no pude escribir. ¡Y no por lo que pasó, sino por la razón que me dan!

—¿Qué quieres decir?

—Que no solo no quieren admitirme otra vez, sino que además me dan un consejo.

No contestó directamente.

—He prometido no decírtelo nunca, Jude...; ¡es demasiado miserable y vulgar!

—¿Se refiere a nosotros?

—Sí.

—¡Entonces, dímelo!

—Bueno...; ¡alguien les ha enviado cierta información sin fundamento sobre nosotros, y dicen que tú y yo debemos casarnos cuanto antes para salvar mi reputación! ¡Vaya..., te lo he tenido que contar! ¡Ahora lo siento!

—¡Mi pobre Sue!

—¡Nunca he pensado en ti desde ese punto de vista! Es cierto que ha llegado a ocurrírseme considerarte como ellos piensan, pero en seguida deseché esa idea. Reconozco que nuestro parentesco es puramente nominal, puesto que antes de conocernos no éramos más que extraños. Pero en cuanto a casarnos, querido Jude... ¡Bueno, naturalmente que si yo hubiera tenido la idea de casarme contigo, no habría salido contigo tan a menudo! Y jamás se me ocurrió que tú pudieras pensar semejante cosa hasta la otra noche; entonces comprendí que estabas un poco enamorado de mí. Tal vez no debería haber intimado contigo. La culpa es mía. ¡Siempre tengo yo la culpa de todo!

Su voz parecía un poco forzada e irreal, y se miraron con mucho pesar.

—¡Qué ciega he estado al principio! —prosiguió—. No tenía ni remota idea de cuáles eran tus sentimientos. ¡Ah, no te has portado bien conmigo, considerándome como tu amada sin decirme nada y dejando que lo descubriera por mí misma! Los demás se han dado cuenta de tu actitud, ¡y, naturalmente, han pensado que hacíamos algo malo! ¡Nunca más podré

confiar en ti!

—Sí, Sue —dijo él simplemente—; me merezco el reproche... más de lo que tú te imaginas. Yo sabía perfectamente, hasta la última o penúltima vez que nos vimos, que no te dabas cuenta de lo que yo sentía por ti. Admito que la manera de conocernos impidió que sintiéramos los lazos familiares y que estos no eran sino una especie de pretexto del que me podía servir. Pero ¿no crees que merezco alguna consideración por ocultar mis malos, mis malísimos sentimientos, ya que no podía evitarlos?

Ella volvió los ojos con escepticismo hacia él y luego los apartó como si temiera llegar a perdonarle.

Según todas las leyes de la naturaleza y el sexo, el beso era la única respuesta adecuada al estado de ánimo y al momento, persuadido como estaba de que la reservada idea que Sue se había formado de él cambiaría así de sentido. Algunos hombres habrían desechado todo escrúpulo y se hubieran lanzado sin tener en cuenta ni la declaración de Sue sobre la indiferencia de sus sentimientos ni el par de firmas del registro que se guardaba en la sacristía de la parroquia de Arabella. Pero Jude no hizo eso. A decir verdad, él había venido en cierto modo a contarle su desdichada historia. La tenía en la punta de la lengua; no obstante, en esa hora de angustia no pudo sincerarse. Prefirió atenerse a la barrera conocida que separaba a ambos.

—Por supuesto..., tú no..., no me quieres bajo ningún aspecto —se lamentó—. No debes hacerlo, y eso está bien. Tú perteneces al señor Phillotson. Por cierto, ¿ha venido a verte?

—Sí —dijo ella con presteza, al tiempo que su cara cambiaba ligeramente de expresión—. Aunque yo no le pedí que viniera. ¡Como es natural, tú te alegras de que haya estado aquí! ¡Pero si no viniera más, me tendría sin cuidado!

Lo que confundía a Jude era verla ofenderse por el hecho de aceptar honradamente a su rival, dado que desdeñaba sus sentimientos amorosos. Así que se puso a hablar de otra cosa.

—Ya pasará todo, Sue —dijo—. Los directores de la escuela no son el mundo entero. Seguramente podrás estudiar en alguna otra.

—Se lo preguntaré al señor Phillotson —dijo ella con decisión.

La amable anfitriona de Sue regresó en ese momento de la iglesia y dejaron de hablar de cosas personales. Jude se marchó por la tarde, sintiéndose desesperadamente desdichado. Pero la había visto y había estado un rato con que conformarse con unas relaciones de es de su vida. Esa lección de renuncia era necesaria y conveniente para él, como futuro sacerdote.

Pero al despertarse a la mañana siguiente, se sintió bastante irritado con ella, y decidió que era una muchacha muy poco razonable, por no decir caprichosa. Más tarde, como la necesidad de rectificar, le llegó una rápida nota que debió de escribir Sue casi inmediatamente después de marcharse él:

¡Perdona mi mal genio de ayer! Me porté horriblemente contigo; lo sé, y me siento avergonzada de mi mal comportamiento. ¡Qué detalle tan galante no haberte enfadado! Por favor, Jude, considérame aún como tu amiga y camarada, con todos mis defectos. Procuraré no portarme así otra vez.

Voy a ir a Melchester el sábado para recoger mis cosas de la Escuela Normal. ¿Podríamos salir juntos una media hora?

Saludos de tu arrepentida

SUE

Jude la perdonó inmediatamente y le pidió que fuera a buscarle a la obra de la catedral cuando llegara.

III. 6.

Entretanto, un hombre de edad madura acariciaba una ilusión maravillosa relacionada con la persona a la que estaba escribiendo. Este hombre era Richard Phillotson, que acababa de dejar la escuela mixta de Lumsdon, próxima a Christminster, para hacerse cargo de una gran escuela de niños en su pueblo natal de Shaston, situado en lo alto de una colina, unos noventa y tres kilómetros al sudoeste en línea recta.

Una sola mirada bastaba para comprender que el maestro había abandonado sus sueños y proyectos acariciados durante tantos años, a cambio de una nueva ilusión que nada tenía que ver con la Iglesia ni la literatura. Hombre esencialmente falto de sentido práctico, se veía ahora obligado a ganar y ahorrar dinero con una finalidad material: mantener a una esposa, la cual, si quería, podía dirigir la escuela de niñas contigua a la suya; por esta razón precisamente le había aconsejado que ingresara en el magisterio, ya que no podían casarse inmediatamente.

Durante los mismos días en que Jude se fue de Marygreen a Melchester y se metía allí en aventuras con Sue, el maestro tomaba posesión de su nueva escuela de Shaston. Una vez colocados los muebles, ordenados los libros y remachados los clavos, se dedicó a trabajar en su cuarto durante las oscuras noches de invierno, reemprendiendo algunos de sus viejos estudios sobre antigüedades romano-británicas; esta labor estaba mal remunerada para un

maestro nacional, pero después de abandonar su proyecto de ingresar en la Universidad, le había interesado por ser un filón relativamente poco explotado y asequible a quienes, como él, habían vivido en lugares apartados donde abundaba esa clase de restos, llegando a unas conclusiones que contrastaban sorprendentemente con las opiniones generalmente aceptadas.

Reemprender dicha investigación era clara y visiblemente la afición favorita de Phillotson en esta época: su razón ostensible para andar solo por los campos donde abundaban las calzadas, los fosos y los túmulos, o encerrarse en su casa con unas cuantas urnas, tejas y mosaicos que había reunido, en vez de visitar a sus nuevos vecinos, quienes por su parte se habían mostrado deseosos de estar en buenas relaciones con él. Pero en el fondo no era esta la verdadera o, cuando menos, toda la razón. Así que una noche, tarde ya —serían cerca de las doce—, cuando la luz de su lámpara, brillando en la ventana de una esquina que descollaba en el pueblo y dominaba la inmensidad del valle de poniente, proclamaba que en esa habitación había una persona entregada al estudio, él, sin embargo, no estudiaba exactamente.

En el interior de la habitación, los libros, los muebles, su levita desabrochada, su postura ante la mesa, incluso la vacilante llama del fuego, todo daba la grave impresión de un trabajo imperturbable..., cosa más que verosímil tratándose de un hombre a quien no se le habían brindado más posibilidades que las suyas propias. Y no obstante esto que había sido verdad hasta hace poco, ahora ya no lo era. Lo que leía no era Historia. Eran unos apuntes que él mismo había dictado unos meses antes, escritos en una letra decidida y femenina, y lo que le absorbía era la interpretación de sus rasgos, palabra por palabra.

Sacó luego de un cajón un paquete de cartas cuidadosamente atado; eran pocas, muy pocas, como suele ser la correspondencia de hoy día. Cada una estaba en su sobre tal como había llegado, y tenían la misma letra que los apuntes de Historia. Las fue desdoblado una por una y las leyó con aire soñador. A primera vista parecía que en esas breves notas no había nada que invitara a soñar. Eran cartas sencillas, francas, cuya firma era tan solo «Sue B.»; exactamente como las escribiría cualquiera durante una corta ausencia, pensando que iban a romperse después. En su mayor parte se referían a libros que ella leía y a incidentes propios de una Escuela Normal; cosas de las que ella misma se olvidaría al día siguiente de haber escrito. En una, la más reciente, decía la joven que había recibido su discreta carta, y que era muy noble y generoso por su parte no ir a verla más de lo que ella deseaba (ya que por un lado era un lugar molesto para las visitas, y por otro deseaba con vehemencia que no se conociera el compromiso entre los dos, cosa que ocurriría infaliblemente si la visitaba a menudo). El maestro estudiaba con todo cuidado estas frases. ¿Qué sombra de satisfacción podía obtener de la

gratitud de una mujer hacia el hombre que la amaba porque no iba a verla con frecuencia? El problema le obsesionaba, le atormentaba.

Abrió otro cajón y cogió un sobre del que sacó una fotografía de Sue cuando era niña, mucho antes de conocerla, de pie bajo un enrejado con una cestita en la mano. Había otra en que se la veía ya joven, con los ojos tan negros como su cabello: era una imagen atractiva y muy distinta de ella, que revelaba también un carácter reflexivo oculto bajo un humor liviano. Era una copia de la que le había dado a Jude, como se la habría dado a cualquier hombre. Phillotson fue a besarla, pero se detuvo a medio camino, indeciso ante aquellas palabras desconcertantes; finalmente besó la cartulina con todo el apasionamiento de un joven de dieciocho años, pero con más devoción.

El maestro era un hombre de aspecto enfermizo y cara anticuada que aún lo parecía más por la manera de afeitarse. Había en él cierta distinción natural que indicaba el deseo innato de conducirse con rectitud en todo. Era algo premioso en el habla, pero su tono era tan sincero que ocultaba el defecto de sus vacilaciones. Su pelo gris, ondulado, se desplegaba en todas direcciones desde la coronilla. Tenía cuatro arrugas horizontales en la frente, y solo usaba lentes cuando leía por la noche. Lo que le había mantenido apartado hasta ahora de toda idea de matrimonio era indudablemente más una renuncia forzosa debida a sus proyectos de estudio que una falta de interés por las mujeres.

Un comportamiento como el de esa noche solía observarlo a menudo cuando no se hallaba bajo las miradas vivas y penetrantes de los chicos, cosa que ahora le resultaba intolerable, consciente de su desasosegado amor por Sue; y aun le llenaba de temor el encontrarse con esas miradas taladrantes en las horas grises de la mañana, no fueran a leer los sueños que abrigaba.

Había accedido amablemente al deseo de Sue de no ir a visitarla a menudo a la Escuela Normal; pero finalmente, después de someter su paciencia a una dura prueba, partió un sábado por la tarde con idea de hacerle una inesperada visita. Allí, delante de la puerta donde estuvo esperando unos minutos para ver su cara, recibió la noticia de su marcha —o, mejor dicho, de su expulsión— sin prevenirle antes y sin paliativos de ninguna especie; cuando volvía de regreso, apenas veía la carretera que tenía ante sí.

La verdad es que Sue no le había escrito una sola palabra sobre la cuestión, aunque ya hacía de eso catorce días. Tras una breve reflexión, se dijo que esto no probaba nada, puesto que lo mismo podía guardar silencio por una delicadeza natural como por un sentimiento de culpabilidad.

En la escuela le habían informado dónde estaba viviendo ella ahora, y al no tener él ninguna preocupación inmediata sobre su bienestar, sus pensamientos tomaron el derrotero de una violenta indignación contra la dirección de la

Escuela Normal. En su turbación, Phillotson entró en la catedral vecina, que a la sazón estaba en un estado de horrible desmantelamiento por los trabajos de restauración. Se sentó en un bloque de piedra sin cuidar de no mancharse los pantalones; sus ojos, indiferentes, seguían los movimientos de los obreros, hasta que se dio cuenta de que el culpable, el amante de Sue, Jude, estaba entre ellos.

Jude no había vuelto a hablar con su antiguo héroe desde que visitara la reproducción de Jerusalén. Desde el día en que vio casualmente a Phillotson tratando de galantear a Sue en el callejón, sentía una sensación desagradable cada vez que pensaba en ese hombre maduro, en encontrárselo o aun en hablar con él por cualquier motivo; y desde que se enteró del éxito de Phillotson al obtener de ella la promesa de matrimonio, reconoció francamente que no quería oír hablar más de su antiguo maestro, ni saber nada de sus trabajos, ni aun pensar en las virtudes que podía tener como persona. El mismo día de la visita del maestro, Jude esperaba la llegada de Sue, pues ella se lo había prometido; así que cuando vio al maestro en la nave del edificio y vio además que se dirigía hacia él, sintió no poco embarazo, aunque la turbación del propio Phillotson impidió que este lo advirtiera.

Jude se acercó a él, y ambos se alejaron de los demás obreros retirándose al lugar donde había estado sentado Phillotson. Jude le ofreció un trozo de arpillera como cojín y le dijo que era peligroso sentarse directamente sobre el bloque de piedra.

—Sí, sí —dijo Phillotson con aire ausente mientras se sentaba, con los ojos fijos en el suelo como si tratara de recordar dónde estaba—. No te entretendré mucho. Solo se trata de que me han dicho que tú has visto a mi pequeña Sue recientemente, y se me ha ocurrido que podrías contarme lo que pasa. Solo quería saber algo... en particular.

—¡Creo que sé el qué! —dijo Jude apresuradamente—. ¿Es sobre su fuga de la Escuela Normal, y haber acudido después a mí?

—Sí.

—Bueno... —Por un momento, Jude sintió un deseo perverso de aniquilar a su rival a toda costa. Dejándose arrastrar por ese impulso traicionero que puede provocar el amor por una misma mujer en hombres absolutamente honrados en todos los demás aspectos de sus vidas, podía deshacerse de Phillotson diciéndole que el escándalo era cierto y que Sue había cometido con él algo irreparable. Pero su acción no respondió por un momento a su instinto animal, y lo que dijo fue—: Me alegro de que haya tenido el detalle de venir a hablar francamente conmigo sobre esto. ¿Sabe lo que dicen?, que debía casarme con ella.

—¿Cómo?

—Y es lo que yo desearía con toda mi alma, si fuera posible. Phillotson temblaba, y la palidez natural de su rostro adquirió un matiz cadavérico:

—¡No tenía ni idea de que se tratara de eso! ¡Válgame Dios!

—¡No, no! —dijo Jude, horrorizado—. Creí que me había entendido. Quiero decir que piensan que yo tengo una posición y que puedo casarme con ella como podría hacerlo con cualquier otra, y tomar un piso en vez de andar de aquí para allá, ¡cosa que me gustaría muchísimo!

Lo que realmente quería darle a entender es que amaba a la muchacha.

—Pero ya que hemos empezado a hablar de este penoso asunto, ¿qué es lo que realmente ha sucedido? —preguntó Phillotson con la firmeza del hombre que comprende que prefiere recibir un golpe violento a la larga agonía de la duda en el futuro—. Este es uno de los casos en que deben ponerse en claro incluso las cuestiones más delicadas para impedir falsas suposiciones y evitar el escándalo.

Jude se lo explicó de buena gana; le contó con todos los pormenores la noche que pasaron en la cabaña del pastor, cómo fue ella a buscarle a su pensión, su resfriado por haberse mojado, su discusión toda la noche y la despedida a la mañana siguiente.

—Bien —dijo Phillotson al concluir—. ¿Me das tu palabra, y sé que puedo fiarme de ti, de que la sospecha por la que fue expulsada carece absolutamente de fundamento?

—Desde luego —dijo Jude con solemnidad—. Absolutamente. ¡Dios es testigo!

El maestro se levantó. Los dos se daban cuenta de que la entrevista no podía derivar en una charla amistosa sobre sus experiencias recientes; y después de acompañarle Jude a dar una vuelta por el interior y enseñarle algunas muestras de la restauración que se estaba realizando, Phillotson se despidió y se fue.

Esta visita tuvo lugar a eso de las once de la mañana; pero Sue no había aparecido. Cuando Jude se fue a comer, a la una, la vio venir por la calle de la Puerta del Norte, caminando como si no viniera a buscarle ni mucho menos. La alcanzó inmediatamente y le recordó que él le había pedido que viniera a buscarle a la catedral, y que ella se lo había prometido.

—He ido a recoger mis cosas a la Escuela Normal —dijo ella; observación que esperaba aceptara él como respuesta, aunque no lo era.

Al verla de ese humor evasivo, decidió darle la información que hasta

entonces se había guardado.

—¿No has visto al señor Phillotson hoy? —se aventuró a preguntar.

—No. Pero no quiero que vuelvas a preguntarme más por él; ¡si lo haces, no voy a contestarte!

—Qué extraño... —Se calló y la miró.

—¿Qué?

—Que no sueles ser tan amable en persona como lo eres en tus cartas.

—¿Eso crees? —dijo ella, sonriendo con viva curiosidad—. Bueno, es extraño; pero a mí me pasa lo mismo que a ti, Jude. Cuando ya no estás, me da la sensación de que me he portado con una frialdad...

Como ella conocía los sentimientos de Jude, este vio que se acercaban a un terreno peligroso. Pensó que era el momento de hablar honradamente.

Pero no dijo nada, y ella prosiguió:

—Eso fue lo que me decidió a escribirte y decirte... que no me importaba que me amaras... ¡todo lo que quisieras!

La inmensa alegría que podía haber sentido por lo que estas palabras significaban o parecían significar fue anulada por la decisión que había tomado, y se mantuvo tenso hasta que empezó:

—Yo nunca te he dicho...

—Sí que me lo has dicho —murmuró ella.

—Me refiero a que nunca te he contado mi historia... entera. —Pero me lo figuro. Casi puede decirse que la sé.

Jude alzó los ojos. ¿Sería posible que conociera su aventura con Arabella y que en unos meses había dejado de ser matrimonio más radicalmente que por la muerte? Pero se dio cuenta de que no.

—No te la puedo contar aquí en la calle —continuó con voz lúgubre—. Y sería mejor que no fuéramos a mi pensión. Entremos aquí.

Estaban junto al edificio del mercado. Era el único lugar conveniente, y entraron; el mercado había terminado; los puestos y los corredores estaban vacíos. Él habría preferido un sitio más agradable; pero, como casi siempre suele suceder, en vez de hablar en un romántico prado o en un templo solemne, tuvo que hacerlo mientras paseaban arriba y abajo por un piso sucio de hojas de col podridas, en medio de toda la inmundicia de las verduras estropeadas, desechadas por invendibles. Empezó y terminó su breve relato, limitándose a contarle que se había casado unos años antes y que su mujer

vivía aún.

Casi antes de que cambiara la expresión de su semblante, ella preguntó apresuradamente:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No pude. Me pareció demasiado cruel.

—Para ti, Jude. ¡En cambio has preferido ser cruel conmigo!

—¡No, mi vida! —exclamó con apasionamiento. Intentó cogerle la mano, pero ella la apartó. Sus viejas relaciones de confianza parecían haber terminado súbitamente, quedando solo el antagonismo de los dos sexos sin una afinidad de sentimientos que lo contrarrestara. Ella había dejado de ser su camarada, su amiga, su inconsciente bien amada, y sus ojos le miraron en silencio como a un extraño.

—Me avergonzaba de ese episodio de mi vida que me llevó al matrimonio —continuó él—. No puedo explicártelo ahora. ¡Podría habértelo contado, si te lo hubieras tomado de otro modo!

—Pero ¿cómo me lo voy a tomar de otro modo? —exclamó ella—. Yo te he dicho o escrito que... ¡que podías amarme o algo por el estilo!, nada más que por lástima, y durante todo este tiempo... ¡Ah, qué mal salen siempre las cosas! —dijo, dando una patada en el suelo con nerviosismo.

—¡No eres justa conmigo, Sue! No se me había ocurrido que llegaras a quererme hasta hace poco; así que ¡pensé que no importaba! ¿Tú me quieres, Sue?... Entiéndeme; ¡vamos a dejar eso de «por lástima», que no me gusta nada!

Era una pregunta que, dadas las circunstancias, ella prefirió no contestar.

—Supongo que ella..., tu mujer... será muy guapa, aunque sea mala, ¿verdad? —preguntó con prontitud.

—Es bastante guapa, dentro de lo que cabe.

—¡Más que yo, seguro!

—Tú eres muy distinta. Hace ya años que no la he visto..., pero seguro que volverá... ¡Siempre ocurre lo mismo!

—¡Qué extraño resulta en ti que no estés con ella! —dijo Sue, con los labios temblorosos y un nudo en la garganta, lo que contrastaba con la ironía de sus palabras—. Tú, un hombre tan religioso. ¿Cómo van a interceder por ti después de eso los semidioses de tu Panteón, esos personajes legendarios que llamas Santos? Si lo hubiera hecho yo, sería distinto y no tendría importancia, porque al menos yo no veo en el matrimonio un sacramento. ¡Tus teorías no

están tan adelantadas como tu vida práctica!

—Sue, eres terriblemente mordaz cuando quieres... ¡Eres un perfecto Voltaire! ¡Pero puedes tratarme como se te antoje!

Al darse cuenta de lo desdichado que era, ella se ablandó y, tratando de disimular unas lágrimas, dijo con todo el reproche de mujer herida:

—¡Ah... debías habérmelo dicho antes de pedirme que te dejara quererme! Yo no abrigaba ningún sentimiento hacia ti, hasta el momento de despedirnos en la estación, aparte...

Por una vez, Sue se sintió tan desdichada como él al intentar sobreponerse a toda emoción, sin conseguirlo.

—¡No llores, cariño! —suplicó él.

—No lloro... porque te... quiera, sino por tu falta de... de confianza.

Estaban completamente a cubierto en la plaza del Mercado, y él no pudo reprimir el deseo de rodearle el talle con el brazo. Este impulso momentáneo fue lo que la hizo reaccionar.

—¡No, no! —dijo zafándose con vigor, mientras se secaba los ojos—. ¡Ni hablar! Sería una hipocresía pretender que lo haces porque eres mi primo, ya que no puede ser por ninguna otra razón.

Dieron unos pasos, y ella pareció recobrar el ánimo. Jude se sentía abatido; le habría dolido menos si ella se hubiera mostrado de otro modo. Pero bien mirado había dado prueba de una mentalidad abierta y generosa, a pesar del estallido de mal humor que acababa de tener, propio de un espíritu mezquino, pero inevitable a veces en las mujeres.

—No te reprocho lo que no has podido evitar —dijo sonriendo—. ¡Cómo iba a ser tan tonta! Lo que me sienta un poquito mal es que no me lo hayas dicho antes. Pero, en fin, no importa. De todos modos tendríamos que separarnos, ¿verdad?, aunque no hubieras tenido ese problema en tu vida.

—¡No, eso sí que no, Sue! ¡Ese es el único obstáculo!

—Olvidas que para eso tendría que quererte yo aunque no hubiera ningún obstáculo —dijo Sue con una seriedad que no dejaba traslucir lo que pensaba—. Y que somos primos además, y no es conveniente que se casen los primos. Y... que, por otra parte, estoy prometida con otro. En cuanto a salir juntos como hasta ahora, en plan de amigos, la gente de nuestro alrededor va a hacer que sea también imposible. Sus ideas sobre las relaciones entre hombre y mujer son muy limitadas, como lo prueba el que me hayan echado de la Escuela Normal. Su filosofía solo reconoce un tipo de relación basada en el instinto animal. Para ellos resulta desconocido el ancho campo de un gran

afecto en el que el deseo desempeña cuando más un papel meramente secundario: el papel, ¿cómo diríamos?, de una Venus Urania.

El hecho de poder hablar con esa erudición mostraba que era dueña de sí misma otra vez; y antes de despedirse casi había recuperado la vivacidad de su mirada, su cordialidad, sus alegres ademanes y su actitud de generosa comprensión hacia las demás personas de su edad y sexo.

Jude pudo expresarse ahora con más libertad:

—Había varias razones en contra para que yo te lo contara así por las buenas. Una es la que ya te he dicho; otra es que siempre me han estado insistiendo en que no me casara..., que yo pertenecía a una familia muy extraña y singular... cuyas desgracias ocurrían siempre por culpa del matrimonio.

—¡Ah!... ¿Y quién te decía eso?

—Mi tía abuela. Decía que entre los Fawley, el matrimonio terminaba siempre mal.

—¡Qué raro! ¡Mi padre me decía lo mismo también!

Los dos se quedaron en suspenso ante el mismo pensamiento, bastante desagradable aun tratándose de una suposición: el de que la unión entre ellos dos, en caso de que fuera posible, haría aumentar terriblemente las posibilidades de una vida desdichada; sería como juntar el hambre con las ganas de comer.

—¡Bueno, pero eso no quiere decir nada! —dijo ella con nerviosa despreocupación—. Nuestra familia no ha tenido suerte durante los últimos años al elegir pareja...; eso es todo.

Y luego trataron de convencerse a sí mismos de que todo lo que había sucedido no tenía la menor importancia, que podían seguir siendo primos y amigos, escribirse a menudo y pasar muchos ratos felices cada vez que se vieran, aunque no sería tan a menudo como hasta ahora. Se despidieron como buenos amigos; sin embargo, la última mirada de Jude parecía encerrar una pregunta, porque presentía que ni aun en este sentido podía estar seguro de lo que ella pensaba.

III. 7.

La noticia que recibió de Sue uno o dos días después tuvo para Jude el efecto de un rayo.

Antes de leer la carta ya sospechó que se trataba de algo serio, al ver la firma con su nombre completo, cosa que no había vuelto a hacer desde su primera carta:

Querido Jude:

Tengo que contarte algo que tal vez no te sorprenda, aunque puede que te extrañe su celeridad (como dicen las compañías ferroviarias de sus trenes). El señor Phillotson y yo nos vamos a casar pronto: dentro de tres o cuatro semanas. Nuestra intención era, como tú sabes, esperar a que yo terminara el curso en la Normal y sacar el título para poder ayudarlo en sus clases, si fuera menester. Pero él dice generosamente que ahora que ya no estoy en la Escuela de Magisterio, no tiene objeto esperar. Es un detalle magnífico por su parte, porque la culpa de esta situación embarazosa en que me encuentro la tengo yo, ya que yo misma he sido quien ha motivado mi expulsión.

Deséame mucha felicidad. Recuerda que dijiste que lo harías, ¡así que no me lo niegues!

Tu prima, con afecto,

SUSANNA FLORENCE MARY BRIDEHEAD

La noticia le afectó mucho; no pudo probar bocado en el desayuno, aunque se bebió el té porque tenía la boca seca. Poco después volvió al trabajo riendo con el sarcasmo del hombre desengañado. Todo parecía convertirse en sátira. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer la pobre muchacha?, se preguntaba; se sentía peor que si hubiera llorado.

—¡Ah, Susanna Florence Mary! —decía mientras trabajaba—. ¡Tú no sabes lo que es el matrimonio!

¿La habría decidido a dar este paso el saber que estaba casado, y la habría impulsado a comprometerse con Phillotson aquella visita que le hizo estando borracho? Indudablemente, estaban además esas otras razones sociales y prácticas, suficientes en sí mismas para tomar esta decisión; pero Sue no era persona práctica y calculadora; y otra vez se sintió inclinado a pensar que el resentimiento que había provocado en ella su confesión la había decidido a ceder ante la probable opinión de Phillotson de que la mejor manera de probar lo infundadas que eran las sospechas de las autoridades académicas era casarse de repente, hacer la boda normal de una pareja de prometidos. La verdad es que Sue se encontraba en una situación delicada. ¡Pobre Sue!

Decidió representar el papel de espartano: obrar lo mejor posible y ayudarla; pero no pudo mandar su felicitación, como ella le pedía, hasta un día o dos después. Entretanto le llegó otra carta de su impaciente amada:

Jude:

¿Quieres ser mi padrino ante el altar? No tengo a nadie que pueda serlo con más propiedad que tú, ya que eres el único pariente casado que vive cerca de aquí, aun contando con que mi padre tuviera el detalle de acceder, cosa que no creo. Espero que no sea un trastorno para ti. He estado mirando en el libro de oraciones la ceremonia nupcial, y me parece humillante que se requiera la presencia de alguien para entregar a la novia. Según lo que dice ese librito, mi esposo me elige por su libre voluntad, pero yo no le elijo a él. Alguien me entrega a él, lo mismo que si fuera una burra o una cabra o cualquier otro animal doméstico. ¡Bendita sea tu elevada concepción de la mujer, oh hombre religioso! Pero se me olvidaba: ya no tengo el privilegio de poder meterme contigo.

Hasta siempre,

SUSANNA FLORENCE MARY BRIDEHEAD

Jude se armó de heroísmo y contestó:

Querida Sue:

¡Naturalmente, te deseo que seas feliz! Y por supuesto que te acompañaré al altar. Lo que sugiero es que, como no tienes casa propia, no salgas de la escuela de tu prometido, sino de mi casa. Sería más adecuado, ya que como dices soy tu pariente más cercano en esta parte del mundo.

¿Por qué firmas tu carta de esa manera tan formularia y terrible? ¡Supongo que aún me quieres un poquito! Tuyo afectuosamente,

JUDE

Más que la firma, lo que le sentó mal fue esa pequeña espina que él había pasado por alto: la expresión «pariente casado»... ¡Qué idiota le hacía parecer como enamorado! Si Sue se lo había escrito con sarcasmo, difícilmente se lo perdonaría; pero si lo había hecho con sufrimiento..., ¡entonces era otra cosa!

De todos modos, debía haberle hecho el ofrecimiento de la casa a Phillotson, porque fue él quien le envió unas letras de sincero agradecimiento, aceptando la proposición. Sue le daba las gracias también. Jude se mudó a un alojamiento más amplio, tanto para escapar del espionaje de la desconfiada patrona que había sido una de las causantes del desagradable incidente con Sue, como por falta de espacio.

Más tarde recibió una carta de Sue notificándole la fecha de la boda; y Jude decidió, tras consultarlo con ella, que debía ir a instalarse a su casa el sábado siguiente: así estaría en la ciudad unos diez días antes de la ceremonia, lo suficiente para simbolizar una residencia nominal de quince días.

Sue llegó en el tren de las diez del citado día, y Jude no salió a esperarla a la estación por deseo expreso de ella, para que no perdiera la paga de una

mañana de trabajo, decía (si es que era esa su verdadera razón). Pero a estas alturas conocía ya tan bien a Sue, que al acordarse de la mutua sensibilidad en los momentos de crisis emocionales, pensó que debió de ser eso lo que la hizo tomar esta decisión. Cuando Jude volvió a casa a comer, ella había tomado posesión de su cuarto.

Vivía en la misma casa que él, pero en otro piso, y se veían poco. La cena era la única comida que hacían juntos, y el comportamiento de Sue parecía el de una chiquilla asustada. Jude no sabía lo que pensaba ella; sus conversaciones eran puramente maquinales, aunque no la notaba pálida o desmejorada. Phillotson iba con frecuencia, pero casi siempre cuando Jude estaba ausente. La mañana del día de la boda, que Jude se lo había tomado de asueto, Sue y su primo desayunaron juntos por primera y última vez en este singular período, en la habitación —el salón— que había alquilado él por el tiempo que estuviera Sue residiendo allí. Viendo, como vería toda mujer, con qué torpeza se desvivía Jude por hacerle cómodo el lugar, se animó:

—¿Qué te ocurre, Jude? —dijo de pronto.

Estaba apoyado con los codos en la mesa y la barbilla en las manos, mirando hacia un futuro que parecía trazado en el mantel.

—¡Bueno..., nada!

—Tú eres «padre», ¿no? Así es como llaman al que hace de padrino.

Jude podía haber dicho: «¡Phillotson sí que se merece que le llames así por los años que tiene!». Pero no quiso incomodarla con esa réplica fácil.

Ella hablaba incansablemente, como si temiera dejarle reflexionar, y antes de terminar el desayuno lamentaban ya los dos haberse permitido este momento de confianza, en vez de haber desayunado aparte. Lo que más abrumaba a Jude era pensar que, habiendo cometido él el error de casarse, estaba ayudando y animando a la mujer que amaba a hacer lo mismo, en lugar de suplicarle y aconsejarle lo contrario. Le daban ganas de decirle: «¿Estás completamente decidida?».

Después del desayuno salieron a hacer un recado juntos, movidos por el mismo pensamiento de que era la única oportunidad que tendrían de disfrutar de una camaradería sin protocolos. Por una ironía del destino, y por esa singular manera de ser que tenía Sue, a quien le gustaba tentar a la Providencia en los momentos críticos, le cogió del brazo mientras caminaban por la calle enfangada —cosa que ella no había hecho nunca—, y al doblar la esquina se encontraron ante una iglesia gris de estilo gótico y cubierta, muy inclinada: la de Santo Tomás.

—Esta es la iglesia —dijo Jude.

—¿Donde me voy a casar?

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó ella con curiosidad—. Me gustaría entrar y ver el sitio donde tendré que arrodillarme dentro de poco para hacerlo.

Jude se dijo nuevamente a sí mismo: «¡No sabe lo que significa el matrimonio!».

Accedió pasivamente a su deseo y entraron por la puerta occidental. La única persona que había en el sombrío recinto era la mujer de la limpieza. Sue seguía cogida del brazo de Jude, casi como si fuera su novia. A decir verdad, esa mañana se portó cruelmente cariñosa con él; y el pensamiento del castigo que le esperaba a ella se atemperaba con un dolor:

... ¡No sé si el golpe

la herirá como hiere a los hombres,

ni si será demasiado para su condición de mujer!

Siguieron avanzando con indiferencia por la nave hacia la balaustrada del altar, donde permanecieron en silencio; luego dieron la vuelta y atravesaron la nave otra vez, ella todavía del brazo, de manera que parecían dos recién casados. Este incidente, sugestivo en exceso y enteramente provocado por ella, estuvo a punto de hacer que Jude perdiera la serenidad.

—Me gusta hacer cosas así —dijo Sue con la delicada voz de un epicúreo en cuestión de emociones, lo que confirmaba que era cierto lo que decía.

—¡Lo sé! —dijo Jude.

—Me parecen interesantes porque probablemente no las ha hecho nadie nunca. Dentro de un par de horas entraré en la iglesia de esta manera con mi marido, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—¿Fue así como te casaste tú?

—¡Por Dios, Sue..., no seas tan despiadada!... ¡Vaya, no era eso lo que quería decir, querida!

—¡Ah, te ha molestado! —dijo ella con pesar, parpadeando, con los ojos repentinamente húmedos—. ¡Y yo que me había prometido no enfadarte!... Creo que no debía haberte pedido que me trajeras aquí. ¡Claro que no! Ahora me doy cuenta. Mis ganas de sentir sensaciones nuevas me meten siempre en dificultades de esta clase. ¡Perdóname!... Me perdonas, ¿verdad que sí, Jude?

Su súplica expresaba tal arrepentimiento que los ojos de Jude se pusieron

más húmedos que los de ella cuando le apretó la mano para decirle que sí.

—Bueno, vamos de prisa ahora; ¡no volveré a hacerlo! —prosiguió ella con humildad. Salieron del edificio. Sue tenía intención de ir a la estación a esperar a Phillotson. Pero a la primera persona que encontraron en la calle Mayor fue al propio maestro, pues el tren había llegado antes de lo previsto. En realidad no había nada malo en que Sue se cogiera del brazo de Jude; pero retiró la mano, y Jude vio que Phillotson parecía sorprendido.

—Hemos estado haciendo algo muy gracioso —dijo ella, sonriendo con candidez—. Hemos estado en la iglesia ensayando. ¿Verdad, Jude?

—¿Cómo? —exclamó Phillotson, extrañado.

Jude deploró en su fuero interno lo que le parecía una franqueza innecesaria; pero Sue había dicho demasiado para no tener que explicarlo todo, y así lo hizo, contándole que habían marchado juntos hasta el altar.

Viendo lo perplejo que estaba Phillotson, Jude dijo lo más alegremente que pudo:

—Voy a comprarle a Sue otro regalito. ¿Quieren venir los dos conmigo?

—No —dijo Sue—. Me voy a casa con él. —Y después de rogarle a su enamorado que no tardara, se fue con el maestro.

Jude no tardó en reunirse con ellos en casa, y poco después se arreglaron para la ceremonia. Phillotson se había cepillado el pelo hasta unos extremos dolorosos, y el cuello de su camisa parecía más almidonado y tieso que en los veinte años anteriores. Aparte de eso, tenía un aspecto grave y meditabundo, talmente el de un hombre de quien no sería difícil predecir que iba a ser un marido afable y considerado. Saltaba a la vista que adoraba a Sue; y casi se podía adivinar que ella no se hacía merecedora de esa adoración.

Aunque la iglesia no estaba lejos, había alquilado un coche en el León Rojo, y en el momento de salir se congregaron en la puerta seis o siete mujeres y niños. El maestro de escuela y Sue eran desconocidos para ellos, aunque debieron reconocer a Jude como vecino; y tomaron a la pareja como parientes suyos venidos de otro lugar. Nadie podría imaginar que Sue hubiera sido recientemente alumna de la Escuela de Magisterio.

En el coche, Jude se sacó del bolsillo el regalito extra, que resultó ser dos o tres metros de tul blanco, y lo prendió en el sombrero de ella a modo de velo.

—Hace muy raro encima del sombrero —dijo ella—. Me quitaré el sombrero.

—No..., déjalo así —dijo Phillotson. Y ella obedeció.

Una vez que entraron en la iglesia y estuvieron de pie en sus respectivos

puestos, Jude vio que la visita anterior había suavizado lo doloroso de su misión; pero cuando ya iba mediada la ceremonia, empezó a lamentar en lo más hondo de su corazón haber aceptado el papel de padrino. ¿Cómo se le había ocurrido a Sue la temeridad de pedirle a él semejante favor, cosa que resultaba probablemente tan cruel para él como para ella? Qué distintas eran las mujeres de los hombres en estas cuestiones. ¿Sería que en vez de tener más sensibilidad, como se les suele atribuir, eran más duras de sentimientos, menos románticas? ¿O más heroicas? ¿O, sencillamente, era que Sue tenía un temperamento tan perverso que se atormentaba deliberadamente a sí misma y a él, por el extraño y morboso placer de infligirse dolor y sentir después una tierna piedad por él, haciendo a la vez que él se la tuviera a ella? Observó que su semblante estaba tenso, y al llegar el momento supremo de entregarla a Phillotson apenas era dueña de sí misma, aunque más porque se daba cuenta de lo que sentiría su primo, a quien no tenía por qué haber hecho venir, que por sí misma. Posiblemente seguiría ocasionando estos mismos sufrimientos una y otra vez, y seguiría apiadándose de su víctima con toda su extraordinaria falta de consecuencia.

Phillotson parecía no darse cuenta, envuelto como estaba en una atmósfera brumosa que le impedía captar las emociones de los demás. Tan pronto como estamparon sus firmas y salieron, y hubo terminado la tensión, Jude se sintió aliviado.

Celebraron una comida sencilla en su casa y se marcharon a las dos. Sue cruzó la acera y, al ir a subir al coche, miró hacia atrás; Jude captó un destello de temor en sus ojos. ¿Sería que había cometido la tremenda locura de arrojarle a unas tinieblas ignoradas solo para afirmar su independencia frente a él, para desquitarse por su falta de confianza en ella? Tal vez Sue procedía con ese atrevimiento con los hombres porque desconocía, con un candor infantil, ese lado de sus naturalezas que agosta el corazón y la vida de las mujeres.

Al poner un pie en el estribo, dio media vuelta, diciendo que había olvidado algo. Jude y la patrona se ofrecieron para ir a traérselo.

—No —dijo ella echando a correr—. Es mi pañuelo. Y sé dónde lo he dejado.

Jude la siguió. Lo había encontrado y volvía con él en la mano. Ella le miró a los ojos con los suyos arrasados en lágrimas. De pronto, entreabrió los labios como si fuera a decir algo. Pero siguió su camino; y fuera lo que fuese lo que iba a decir, se lo guardó para sí.

Jude se preguntó si sería verdad que se había dejado el pañuelo olvidado, o si no habría querido confesarle, llena de zozobra, un amor que hasta el último momento no se decidió a manifestar.

No pudo quedarse en su silencioso alojamiento después de marcharse ellos; así que, temiendo que le viniera la tentación de ahogar su desdicha en alcohol, subió, se cambió la ropa oscura por la blanca, las botas finas por las bastas y se incorporó a su trabajo habitual por la tarde.

Pero una vez en la catedral, comenzó a oír una voz interior y a sentirse dominado por la idea de que ella volvería. Se figuraba que no podría entrar en la casa con Phillotson. Este presentimiento fue en aumento, turbándole más cada vez. En el momento en que el reloj indicó el fin de la jornada, tiró las herramientas y echó a correr hacia casa.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí? —preguntó. No había ido nadie.

Como tenía derecho al cuarto de estar de la planta baja hasta las doce de la noche, pasó allí toda la velada; aun después que el reloj diera las once y se hubiera retirado toda la familia, no pudo desechar la idea de que volvería y se quedaría a dormir en la pequeña alcoba contigua a la suya, donde había dormido en las noches anteriores. Sus decisiones eran siempre imprevisibles: ¿por qué no iba a venir? De buena gana habría accedido a dejar de considerarla como su bien amada o como su mujer, con tal que viviera como amiga y compañera de alojamiento, incluso manteniendo el trato más distante. Aún estaba puesta la cena; se dirigió a la puerta de la entrada, la abrió con suavidad, regresó a la habitación y se sentó como se sentaban antiguamente a velar durante la noche de San Juan, esperando el fantasma de la amada. Pero no llegó.

Después de esperar inútilmente, subió y se asomó a la ventana, y se la figuró de viaje a Londres, donde ella y Phillotson habían pensado pasar unos días de descanso; se los imaginó dirigiéndose hacia el hotel a través de la húmeda oscuridad de la noche, bajo este mismo cielo festoneado de nubes, a través de las cuales se adivinaba la posición de la luna y se vislumbraban una o dos estrellas de gran tamaño como débiles y difusas claridades. Era el principio de un nuevo capítulo de la historia de Sue. Proyectó su espíritu hacia el futuro, y la vio rodeada de niños más o menos parecidos a ella. Pero el consuelo de verlos como una prolongación de la sola personalidad de ella le estaba negado, como les ocurre a todos los soñadores, por la obstinación de la Naturaleza en no permitir que nazca descendencia alguna solo de un progenitor. Cada nueva existencia deseada está falseada por el hecho de ser media parte de una aleación. «¡Si después de alejarme o extinguirse mi amor

podiera ir y ver a su hijo, suyo únicamente, encontraría un gran consuelo!», se decía Jude. Y luego volvió a ver con dolor, como había visto cada vez más a menudo últimamente, el desprecio de la Naturaleza por los sentimientos más delicados del hombre, y su indiferencia hacia sus aspiraciones.

La fuerza opresiva de su afecto por Sue se le manifestó con más claridad aún en los días que siguieron. No podía soportar ya las luces de las calles de Melchester; el sol se le había vuelto una pintura tristona y el cielo de color cinc. Luego recibió noticias de Marygreen anunciándole que su vieja tía se encontraba muy mal; noticias que coincidieron con una carta de su antiguo patrono de Christminster ofreciéndole empleo fijo en condiciones excelentes, en caso de que quisiera volver. Las cartas fueron casi un consuelo para él. Se fue a visitar a tía Drusilla y decidió después continuar hasta Christminster para ver en qué consistían las ofertas del constructor.

Jude encontró a su tía mucho peor de lo que la nota de la viuda Edlin le había dado a entender. Podía vivir unas semanas, unos meses; pero era poco probable. Escribió a Sue para informarle del estado de la tía y sugerirle que fuera a verla antes de morir. Podían reunirse en la estación de Alfredston el día siguiente por la tarde, que era lunes, al regresar él del viaje a Christminster, si podía ella coger el tren que se cruzaba con el suyo en esta estación. Así que al día siguiente fue a Christminster con la intención de regresar a Alfredston con tiempo para la cita que le había propuesto.

La ciudad del saber tenía ahora un aspecto extraño para él, que había perdido su sensibilidad para todo lo que evocaba. No obstante, cuando el sol hizo más vivo el contraste de luces y sombras en la arquitectura ojival de las fachadas, y proyectó la silueta recortada de las cresterías sobre el césped de los patios, Jude pensó que jamás había visto ciudad más hermosa. Llegó a la calle donde viera a Sue por primera vez. El pupitre que ella ocupaba cuando su femenina figura, inclinada sobre un pergamino religioso con un pincel en la mano, atrajo la atención de sus ojos inquisidores, estaba en su antiguo lugar, pero vacío. Era como si ella hubiera muerto y no hubiesen encontrado a nadie capaz de sustituirla en esa tarea artística. Ella era ahora el fantasma de la ciudad, mientras que las eminencias intelectuales y las dignidades eclesiásticas que tanta emoción despertaron en él en otro tiempo ya no lograban imponer allí su presencia.

Sin embargo, allí estaba él; y siguiendo su idea, se dirigió a su antiguo alojamiento del barrio de Beersheba, cerca de la iglesia ritualista de San Silas. Le abrió la puerta su antigua patrona, que pareció alegrarse al verle de nuevo; y después de servirle algo de comer le contó que el constructor había pasado por allí para preguntar su dirección.

Jude fue al taller donde había trabajado antes. Pero los viejos cobertizos y

bancos le resultaban desagradables; se daba cuenta de que no le era posible comprometerse a vivir en esa ciudad de sus desvanecidos sueños. No deseaba sino que llegara la hora de regresar y coger el tren para Alfredston, donde seguramente le esperaría Sue.

Luego, por espacio de una espantosa media hora, deprimido por todo lo que le recordaban esos lugares, sintió de nuevo algo que le había hecho mucho daño más de una vez: que no valía la pena que nadie se preocupara por él, ni siquiera él mismo; durante esa media hora se encontró con Taylor el Calderero —el viejo que iba comprando hierro viejo por las iglesias— en Cuatro Caminos, y este le propuso entrar en un bar y echar un trago juntos. Siguieron andando hasta que llegaron ante uno de los centros palpitantes de la vida de Christminster: la taberna donde un día aceptara el desafío de recitar el Credo en latín.

Desde que se marchó Jude de la ciudad se había convertido en un bar popular, con una entrada espaciosa que invitaba a pasar, y una barra enteramente nueva y de estilo moderno.

Taylor el Calderero vació su vaso y se fue, diciendo que aquello lo habían puesto demasiado elegante para sentirse a gusto, a menos que llevara más bebida en el cuerpo que dinero en el bolsillo. Jude se quedó a terminar el suyo y permaneció observando con aire distraído el local, que en ese momento estaba casi vacío. Habían quitado el antiguo mostrador y habían instalado otro completamente nuevo; el mobiliario de caoba sustituía a los viejos muebles pintados, mientras que el fondo estaba lleno de sofás. La sala estaba dividida en compartimentos según la moda, separados por unas mamparas de cristal esmerilado con marco de caoba para evitar a los bebedores de un compartimento la vergüenza de ser reconocidos por los del otro. Detrás del mostrador, dos camareras se afanaban sobre los tubos blancos de las bombas de cerveza y la hilera de grifos niquelados que goteaban sobre una bandeja de estaño.

Como se sentía cansado y no tenía nada que hacer hasta la hora de tomar el tren, Jude fue a sentarse en uno de los sofás. Detrás de las camareras había grandes espejos biselados con repisas de cristal distribuidas a lo largo, en las que se alineaban preciosos líquidos de nombres desconocidos para Jude, en unas botellas de color topacio, zafiro, rubí y amatista. El local se animó con la entrada de algunos clientes que fueron a ocupar el compartimento vecino, y con el sonsonete de la registradora que emitía un «¡cling!» cada vez que efectuaban un cobro.

Jude no podía ver desde donde estaba a la camarera que atendía el reservado contiguo, aunque sí la vio pasar de espaldas junto a la mampara de cristal. Estaba observando todo esto con indiferencia, cuando ella se volvió

hacia el espejo para arreglarse el pelo. Entonces se quedó atónito al descubrir el rostro de Arabella.

Si hubiera pasado por delante de donde él estaba le habría visto. Pero no pasó, porque a él le atendía la camarera del otro lado. Abby iba con un vestido negro de blancas bocamangas de lino y un gran cuello igualmente blanco; su figura, más desarrollada que antes, se acentuaba con un ramillete de narcisos prendido sobre el pecho izquierdo. En el compartimento donde servía ella había un recipiente de metal galvanizado sobre una lámpara de alcohol cuya llama azul hacía desprender un ligero vapor; Jude veía todo esto por el espejo que había detrás de ella, que también reflejaba las caras de los hombres a quienes estaba atendiendo: uno de ellos era un joven distinguido, posiblemente un estudiante universitario, que le había estado contando alguna aventura divertida.

—¡Vamos, señor Cockman! ¡Venir a contarle eso a una mujer inocente como yo! —exclamó ella alegremente—. Señor Cockman, ¿qué se pone en el bigote para mantener esas vueltas tan hermosas?

Como el joven tenía la cara completamente rasurada, la broma provocó una carcajada a su costa.

—¡Venga! —dijo él—, ponme un curasao; y dame fuego, por favor.

Le sirvió licor de una de aquellas hermosas botellas; y encendiendo una cerilla, se la sostuvo con traviesa solicitud mientras él daba chupadas al cigarro.

—Bueno; y qué, ¿has oído hablar de tu marido últimamente?

—Ni una palabra —dijo ella.

—¿Dónde está?

—Lo dejé en Australia; supongo que allí estará todavía. Jude abrió los ojos asombrado.

—¿Por qué os separasteis?

—No haga preguntas, y no le dirán mentiras.

—Está bien; venga, dame el cambio que tienes que darme hace ya un cuarto de hora; quiero irme a patear las calles de esta pintoresca ciudad.

Le dio el cambio que había encima de la mesa auxiliar, y al recogerlo él, le cogió los dedos y se los retuvo. Hubo un ligero forcejeo entre risas; luego le dijo adiós y se fue.

Jude lo había estado presenciando con los asombrados ojos de un filósofo. Era extraordinario lo lejos que se sentía de la vida de Arabella. No acababa de

comprender su vinculación nominal. Y, además, en su actual estado de ánimo le daba lo mismo que Arabella fuera su mujer.

Los clientes del reservado que ella atendía se marcharon y, después de pensarlo un momento, Jude se metió en él y se acercó al pequeño mostrador auxiliar. Arabella no le reconoció de momento. Luego sus ojos se encontraron. Ella se llevó un sobresalto; por fin su mirada brilló con burlona desvergüenza y exclamó:

—¡Vaya por Dios! ¡Yo creía que estabas bajo tierra desde hacía años!

—¡Ah!

—No he sabido nada de ti; de lo contrario, no sé si habría venido yo por aquí. ¡Pero no importa! ¿Qué te pongo?, ¿un whisky con soda? Vamos, invita la casa, ¡por nuestra vieja amistad!

—Gracias, Arabella —dijo Jude sin una sola sonrisa—, pero no quiero beber más.

La verdad era que la inesperada presencia de ella en ese lugar le había quitado las ganas de beber tan radicalmente como si le hubieran devuelto de repente a su primera infancia.

—Es una lástima, ahora que podrías beber gratis.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde hace unas seis semanas. Hace tres meses que volví de Sidney. A mí me ha gustado siempre este tipo de trabajo.

—¡Me extraña que hayas venido a esta ciudad!

—Bueno, como ya te he dicho, yo creía que estabas en el otro mundo, y en Londres vi un anuncio ofreciendo este puesto. Era muy difícil que me conocieran aquí, aunque me daba lo mismo, ya que no había venido a Christminster desde que era niña.

—¿Cómo es que has vuelto de Australia?

—Bueno, tenía mis razones... Entonces, ¿todavía no eres un letrado de esos?

—No.

—¿Ni siquiera un reverendo?

—No.

—¿Ni uno de esos que van para reverendo?

—Yo soy lo que era.

—Sí..., eso parece.

Apoyó con negligencia los dedos sobre el grifo de la cerveza mientras le observaba con curiosidad. Él se fijó en que tenía las manos más blancas y delgadas que cuando vivían juntos, y que en la mano que empuñaba la palanca llevaba una sortija con dos zafiros que parecían auténticos... Sin duda lo serían; y los jóvenes que frecuentaban el bar los admirarían como tales.

—Conque vas diciendo que tienes marido —prosiguió él.

—Sí. Pensé que sería más comprometido decir que era viuda, como habría sido mi gusto.

—Cierto. A mí me conocen un poco por aquí.

—No me refería a eso..., ya te he dicho que no esperaba encontrarte. Es por otra cosa.

—¿Por qué?

—No importa eso ahora —replicó evasivamente—. Vivo mi vida como quiero y no me interesa tu compañía.

En esto entró un mozalbete imberbe, con un bigotito como la depilada ceja de una dama, y pidió de beber una mezcla rara; Arabella tuvo que ir a atenderle.

—No podemos hablar aquí —dijo ella al pasar junto a Jude—. ¿Me puedes esperar a las nueve? Anda, no seas tonto y espérame. Puedo salir dos horas antes, si lo pido. No vivo en la casa, por ahora.

Jude dijo en tono lúgubre, después de pensarlo:

—Volveré. Supongo que será mejor que arreglemos algunas cosas.

—¡De eso nada! ¡Yo no tengo nada que arreglar contigo! —Pero yo necesito saber una cosa o dos; y como tú dices, no podemos hablar aquí. Así que pasaré a verte.

Y dejándose el vaso casi lleno, salió a pasear por la calle. Un negro nubarrón había venido a ensombrecer el sentimiento diáfano de su triste amor por Sue. Aunque la palabra de Arabella no era de fiar en absoluto, quizá fuera cierto que no quería causarle molestias y que de veras le había creído muerto. Como fuese, ahora no había hacer más que una cosa, y era jugar limpio; la ley era la ley, y la mujer con la que él no se sentía más unido de lo que pueda estarlo el este con el oeste, formaba una sola persona con él a los ojos de la Iglesia.

Habiendo quedado en verse con Arabella, le era imposible ir a Alfredston a reunirse con Sue, como había prometido. Cada vez que lo pensaba sentía un

profundo dolor; pero la coincidencia se había presentado inevitablemente así. Puede que la Providencia hubiera enviado a Arabella para castigarle por su amor indebido. Pasó, pues, la tarde vagando sin rumbo por la ciudad mientras esperaba, evitando los claustros y los edificios públicos, porque no podía soportar verlos, y entró de nuevo en el bar cuando empezaban a sonar los ciento un toques de la Gran Campana del Colegio Cardinal, coincidencia que a él se le antojó de una gratuita ironía. El bar estaba espléndidamente iluminado y, en general, muy animado y alegre. Los rostros de las camareras tenían los colores encendidos y un rubor sonrosado en las mejillas; sus gestos se habían vuelto más vivos que antes, más abandonados, más atractivos, más tiernos, expresando con ellos sus sentimientos y deseos con menos eufemismo, riendo con cierta languidez, pero sin reserva.

El local se había ido llenando de hombres de todas clases durante la hora anterior, y desde fuera se oía el tumulto de sus voces. Pero ahora había ya menos gente. Le hizo una seña a Arabella y le dijo que esperaría fuera a que saliera.

—Pero primero quiero que tomes algo conmigo —dijo ella de muy buen humor—. La copita de las buenas noches: yo la tomo siempre. Luego puedes irte y me esperas un minuto; es mejor que no nos vean salir juntos. —Sirvió dos copas de brandy; y aunque se le notaba en la cara que tenía ya bastante alcohol en el cuerpo, por haberlo ingerido o, lo que era más probable, por la atmósfera que había estado respirando durante tantas horas, se bebió la suya de un trago. Él apuró también la suya y abandonó el bar.

Pocos minutos después salió ella, con una chaqueta de paño grueso y un sombrero con una pluma negra.

—Vivo aquí cerca —dijo, cogiéndole del brazo—, y tengo llave, así que puedo regresar a cualquier hora. ¿A qué arreglo te referías?

—Bueno..., a ninguno en particular —contestó, completamente cansado, con mal cuerpo, y pensando otra vez en Alfredston y en el tren que no había cogido, en la probable decepción de Sue al no encontrarle a su llegada, y en el perdido placer de acompañarla por la larga y solitaria cuesta de Marygreen bajo la luz de las estrellas—. En realidad tenía que haberme marchado. ¡Me temo que mi tía está agonizando!

—Iré contigo mañana por la mañana. Creo que me dejarán un día de permiso.

El que Arabella, que no sentía la menor simpatía por él o por su familia, se acercara a su tía en su lecho de muerte al lado de Sue era algo que contrastaba considerablemente con la idea que tenía de ella. No obstante, dijo:

—Naturalmente, si quieres puedes venir.

—Bueno, ya veremos... Ahora, hasta que hayamos llegado a un acuerdo, no es conveniente que nos vean juntos por aquí, donde te conocen a ti y a mí empiezan a conocerme también, aunque nadie sospeche que tengamos nada que ver el uno con el otro. Y ya que vamos hacia la estación, ¿por qué no cogemos el tren de las nueve cuarenta para Aldbrickham? Podríamos estar allí en menos de media hora; allí no nos conocen, y por una noche podremos obrar con toda libertad, hasta que nos hayamos decidido por una cosa o por otra.

—Como quieras.

—Entonces espera que recoja un par de cosas. Vivo aquí. A veces cuando salgo tarde duermo en una de las habitaciones de donde trabajo, así que nadie pensará nada si paso la noche fuera.

Volvió rápidamente, y se fueron a la estación; y tras media hora de tren, llegaron a Aldbrickham, donde entraron en una posada de tercera clase, no lejos de la estación, y pidieron de cenar.

III. 9.

A la mañana siguiente, entre nueve y nueve y media, emprendieron el camino de regreso a Christminster, ocupando ellos solos el compartimiento de un vagón de tercera. Como tuvo que arreglarse apresuradamente, lo mismo que Jude, para poder coger el tren, Arabella tenía el aspecto un tanto desaseado, y su cara distaba mucho de poseer la animación que la había caracterizado en el bar la noche anterior. Al salir de la estación se encontró con que aún faltaba media hora para entrar en el bar. Salieron a dar una vuelta por las afueras, en dirección a Alfredston. Jude miró el camino que ascendía a lo lejos.

—¡Ah..., cuidado que soy débil! —murmuró finalmente.

—¿Qué? —dijo ella.

—¡Esta es la mismísima carretera por la que llegué a Christminster hace años lleno de proyectos!

—Bueno, sea la carretera que sea, creo que ya falta poco para que entre al trabajo; tengo que estar en el bar a las once en punto. Y por fin he pensado que no voy a pedir permiso para ir a ver a tu tía. Así que es mejor que nos despedamos aquí. Prefiero entrar sola en la calle Mayor, puesto que no hemos acordado nada.

—Muy bien, pero habías dicho esta mañana que ibas a contarme algo antes de despedirnos, ¿no?

—Sí: dos cosas... En particular, una. Pero todavía no me has prometido que guardarás el secreto. Si me lo prometes, te lo digo. Como mujer honrada que soy, quiero que lo sepas... Es lo que te había empezado a contar anoche, sobre aquel señor que regentaba el hotel de Sidney. —Arabella hablaba atropelladamente—. ¿Me guardarás el secreto?

—Sí, sí..., ¡te lo prometo! —dijo Jude, impaciente—. No voy a ir por ahí revelando tus secretos.

—Pues siempre que salíamos juntos, me decía que estaba enamorado de mí y me insistía en que me casara con él. Yo no pensaba volver otra vez a Inglaterra; y como no tenía casa propia en Australia, puesto que vivía con mi padre, acabé por decirle que sí y me casé.

—¿Que te casaste con él?

—Sí.

—¿Regularmente, legalmente, o sea, por la Iglesia?

—Sí. Y viví con él hasta que me vine. Fue estúpido, ya lo sé; ¡pero hecho está! Ahora ya lo sabes. ¡No me descubras! Dice que quiere venir a Inglaterra, el pobre. No creo que lo haga; pero si viniera, no le sería fácil encontrarme.

Jude se había quedado pálido e inmóvil.

—¿Y por qué diablos no me dijiste eso anoche? —exclamó.

—Bueno, porque no... ¿Qué pasa, no quieres hacer las paces conmigo?

—O sea, que cuando hablabas de «tu marido» en el bar, te referías a él, naturalmente..., ¡no a mí!

—Pues claro... Vamos, no empieces ahora.

—¡No tengo nada que decir! —replicó Jude—. No tengo absolutamente nada que decir sobre el... el delito... que acabas de confesar.

—¡Delito! ¡Puf! ¡Allá no le dan tanta importancia a esas cosas! Hay una barbaridad de gente que hace lo mismo... ¡Si te lo tomas así, me iré con él otra vez! ¡Me quería mucho y vivíamos honradamente, como cualquier matrimonio respetable de la colonia! ¿Cómo iba a saber lo que había sido de ti?

—No voy a hacerte ningún reproche. Podría decirte muchas cosas; pero quizá no sea este el momento. ¿Qué quieres de mí?

—Nada. Hay otra cosa que quería decirte, ¡pero me parece que ya tenemos bastante por el momento! Pensaré lo que me has dicho, y ya hablaremos.

Así que se despidieron. Jude esperó hasta que la vio desaparecer en dirección al hotel, y entonces se fue a la estación, que estaba cerca. Aún

faltaban tres cuartos de hora para que pasara el tren de Alfredston, así que se puso a deambular sin rumbo por la ciudad hasta que llegó a Cuatro Caminos; allí se detuvo como tantas veces lo había hecho, a contemplar la calle Mayor, que se abría ante él, con un colegio tras otro, en una perspectiva pintoresca, comparable solo a las de algunas ciudades del continente, como la calle de los Palacios de Génova; las líneas de los edificios eran tan limpias en la atmósfera matinal como el dibujo de un arquitecto. Pero Jude estaba muy lejos de percibir o apreciar estas cosas. Todo quedaba velado por la indescriptible vivencia de la noche que había compartido con Arabella; por un sentimiento de degradación, al revivir sus experiencias con ella, su aspecto mientras dormía en las primeras horas del amanecer. Y su semblante inmóvil adquirió una expresión de condenado. Si solo se hubiera tratado de un resentimiento hacia ella, habría sido menos desdichado; pero la compadecía a la vez que la despreciaba.

Jude volvió sobre sus pasos. Cuando se dirigía a la estación oyó que le llamaban por su nombre, aunque se fijó menos en el nombre que en la voz. Con gran sorpresa por su parte, vio nada menos que a Sue ante él como una visión presagiosa e inquietante, igual que en un sueño, con la boca nerviosa y los ojos cansados mirándole interrogadores y llenos de reproche.

—¡Jude, qué alegría encontrarte aquí! —dijo con voz quebrada y viva, a punto de sollozar. Luego se ruborizó al darse cuenta de que él pensaba, como ella, que no se habían visto desde la boda.

Evitaron mirarse para ocultarse mutuamente la emoción, se cogieron de la mano sin decir nada y caminaron juntos durante un rato, hasta que ella le miró con furtiva solicitud.

—¡Llegué a la estación de Alfredston anoche, como me pediste, pero no había nadie esperándome! Entonces me fui sola a Marygreen, y allí me encontré con que la tía estaba un poquito mejor. Estuve con ella, y como no llegaste en toda la noche, empecé a preocuparme por ti. Pensé que tal vez, al encontrarte de nuevo en la vieja ciudad, te habías desmoralizado al... al pensar que yo... que yo me había casado... y no estaba aquí como antes; y que no tenías a nadie con quien hablar; ¡y que intentarías ahogar tu tristeza igual que aquella vez, cuando te desesperaste tanto porque no podías estudiar una carrera!, y que te habías olvidado de la promesa que me hiciste de no volver a repetirlo. ¡Y pensé que por eso no habías ido a buscarme!

—¡Y has venido a salvarme, como un ángel bueno!

—Pensé que debía venir en el tren de la mañana, y tratar de encontrarte..., en caso... en caso...

—¡He tenido continuamente presente la promesa que te hice, cariño! No la

romperé nunca más, te lo aseguro. Quizá haya hecho algo peor, pero eso desde luego no. Me repugna solo el pensarlo.

—Me alegro de que no te hayas quedado por eso —dijo con un leve puchero en la voz—. ¡Pero no fuiste anoche a buscarme como debías!

—No fui..., lo siento. Tenía una cita a las nueve... Demasiado tarde para coger el tren que se cruzaba con el tuyo, o para volver a casa.

Mirando a su amada tal como se le aparecía ahora, como la amiga más dulce y desinteresada que jamás había tenido, con una gran viveza imaginativa, y tan etérea que se podía ver el temblor de su espíritu a través de sus miembros, Jude se sentía sinceramente avergonzado de la mundanidad de las horas pasadas en compañía de Arabella. Sería grosero e inmoral introducir estos recientes acontecimientos de su vida en el espíritu de quien, para él, carecía de corporeidad hasta el extremo de que a veces le parecía imposible que pudiera ser la esposa de un hombre corriente. Y no obstante, era la mujer de Phillotson. Cómo había llegado a serlo, cómo podía vivir como tal, era algo que rebasaba su comprensión al verla como la veía hoy.

—¿Vienes conmigo? —dijo—. Precisamente sale ahora un tren. No sé cómo se encontrará mi tía... Conque, Sue, realmente has hecho este viaje por mí. ¡Pobrecita, a qué hora habrás tenido que salir!

—Sí. Al estar sentada allí, velando yo sola, empecé a ponerme nerviosa por ti, y en vez de irme a dormir, cuando empezó a clarear, me vine. Y ahora, ¿quieres no volver a asustarme en balde con tus insinuaciones de mala conducta?

Jude no estaba tan seguro de que asustarse por su mala conducta fuera en balde. Le soltó la mano al subir al tren. El vagón donde se sentaron el uno junto al otro —Sue entre él y la ventana— parecía el mismo que el que había ocupado horas antes con otra mujer. Contemplaba las delicadas líneas del perfil de Sue, y las pequeñas prominencias de sus pechos, apretados como manzanas, tan distintos de las ampulosidades de Arabella. Aunque ella sabía que la estaba observando, no se volvió, sino que siguió mirando hacia delante, como temiendo que se iniciara una turbulenta discusión si se encontraban sus ojos.

—Sue..., ahora eres casada lo mismo que yo; y, sin embargo, nos hemos dado tanta prisa que no hemos hablado de ello.

—No hace ninguna falta —replicó vivamente.

—Bueno, seguramente no... Pero yo quisiera...

Jude, no hablemos de mí..., ¡hazme el favor! —suplicó—. Es una cosa que me deprime. ¡Perdona que te hable así!... ¿Dónde estuviste anoche?

Le hizo la pregunta con toda inocencia, por cambiar de conversación. Él se dio cuenta y contestó únicamente: «En una posada», aunque habría sido un gran alivio para él contarle el inesperado encuentro con su mujer. Pero la noticia final que esta le diera acerca de su matrimonio en Australia le impidió hablar de ella para no perjudicarla.

Siguieron charlando, aunque con cierto embarazo, hasta que llegaron a Alfredston. El hecho de que Sue no fuera como antes porque llevaba la etiqueta de «Phillotson» paralizaba a Jude cada vez que quería conversar con ella. Sin embargo, le parecía que no había cambiado en nada... no sabía bien por qué. Quedaban ocho kilómetros de viaje a través del campo, en los que lo mismo se tardaba a pie que en una calesa, ya que era todo cuesta arriba. Jude no había hecho nunca este trayecto con Sue, aunque sí con otra. Ahora le parecía que llevaba consigo una luz resplandeciente que disipaba los sombríos recuerdos de otros tiempos.

Sue charlaba; pero Jude notaba que seguía evitando hablar de sí misma. Por último, le preguntó si su marido estaba bien.

—Sí —dijo ella—. Tiene que estar todo el día en la escuela; si no, habría venido conmigo. Es tan amable y tan bueno que se habría dejado la clase por acompañarme, incluso en contra de sus principios, pues no le gustan nada las vacaciones ocasionales; pero yo no se lo he consentido. Pensé que era mejor venir sola. Tía Drusilla es una mujer muy excéntrica, y como él es casi un extraño para ella, la situación habría sido molesta para los dos. Aparte de que, por lo visto, apenas está en sus cabales; así que me alegro de no haberle traído.

Jude iba caminando cabizbajo mientras ella cantaba las alabanzas de Phillotson.

—El señor Phillotson te complace en todo, como es su deber —dijo.

—Claro.

—Debes de ser una esposa feliz.

—Por supuesto que lo soy.

—Bueno, casi tenía que haber dicho desposada. No hace tanto tiempo que te entregué a él, y...

—¡Sí, lo sé! ¡Lo sé! —Había algo en su cara que desmentía sus últimas afirmaciones, pronunciadas con tanta discreción y voz tan neutra que lo mismo podían haberse extraído de una conversación-modelo de un «Prontuario de la mujer casada». Jude conocía el matiz de cada vibración de la voz de Sue; podía interpretar cada síntoma de su estado de ánimo, y estaba convencido de que no era feliz, aunque aún no llevaba casada un mes. Pero el salir precipitadamente de casa para asistir en sus últimos momentos a una parienta a

la que apenas había conocido en vida no probaba nada, porque era muy propio de Sue hacer ese tipo de cosas.

—Bueno, como siempre, te deseo que seas muy feliz, señora Phillotson.

Ella le miró con reproche.

—No, tú no eres la señora Phillotson —murmuró Jude—. Tú eres la dulce e independiente Sue Bridehead, ¡solo que no te das cuenta! El matrimonio todavía no te ha triturado y digerido en su inmenso estómago como un átomo que ha perdido su individualidad.

Sue adoptó un aire ofendido y por fin contestó:

—¡Ni a ti tampoco, por lo que veo!

—¡A mí sí! —dijo moviendo la cabeza con tristeza.

Al llegar a la casita solitaria bajo los abetos, entre la Casa Marrón y Marygreen, en la que Jude y Arabella habían vivido y reñido, se volvió a contemplarla. Ahora la habitaba una familia de aspecto famélico. No pudo evitar decirle a Sue:

—Esta es la casa que tuvimos mi mujer y yo durante el tiempo que vivimos juntos. Aquí me la traje de su casa.

Ella se volvió a mirarla también.

—O sea, que representa para ti lo que para mí la escuela de Shaston.

—Sí; pero yo no fui tan feliz en la mía como tú en la tuya.

Ella apretó los labios por toda respuesta, y siguieron caminando un poco; luego le miró como para ver su intención.

—Naturalmente, puede que haya exagerado tu felicidad... nunca se sabe —continuó él suavemente.

—¡No quiero que pienses eso ni por un momento, Jude, aunque lo digas para tomarme el pelo! Es tan bueno conmigo como podría serlo el mejor de los hombres, y me deja completa libertad, cosa que no suelen hacer los maridos de edad madura... Si crees que no soy feliz porque es demasiado viejo para mí, te equivocas.

—Yo no critico su conducta... respecto a ti, cariño.

—Y no me digas más cosas para molestarme, ¿quieres?

—No diré nada.

Se calló, pero sabía que de un modo u otro Sue se daba cuenta de que al casarse con Phillotson había hecho algo que no debía.

Se sumergieron en la inmensa oquedad de los campos del otro lado, donde se hallaba el pueblo: era el lugar donde Jude había recibido una paliza a manos de un granjero, hacía ya muchos años. Cuando llegaban al pueblo y se acercaban a la casa, encontraron en la puerta a la señora Edlin, que al verlos alzó las manos en un gesto de súplica.

—¡Ha bajado; parece mentira! —exclamó la viuda—. Se ha levantado de la cama sin que nadie se lo haya podido quitar de la cabeza. ¡No sé lo que va a pasarle!

En efecto, la anciana estaba sentada junto al fuego, envuelta en una manta; y cuando entraron, volvió hacia ellos un semblante como el del Lázaro de Sebastiano. Debieron de poner los dos cara de estupor, porque dijo con voz hueca:

—¡Ah... conque os asustáis! ¡Pues no voy a quedarme ni un segundo más ahí arriba para darle gusto a nadie! Es más de lo que puede soportar este cuerpo, eso de que te mande a la cama un tipo que no sabe de la misa la mitad... ¡Ah —añadió, volviéndose hacia Sue—, ya verás cómo te estrellas en el matrimonio igual que él! Es lo que pasa en nuestra familia, y en casi todas las demás. ¡Tenías que haber hecho lo que yo! ¡Y además con Phillotson, el maestro! ¿Por qué te has casado con ese?

—¿Por qué se casan casi todas las mujeres, tía?

—¡Ah! ¡Quieres decir que estabas enamorada de ese hombre!

—No me refería a nada en concreto.

—¿Tú le quieres?

—No me pregunte esas cosas, tía.

—Aún me acuerdo bastante de cómo era. Un individuo muy atento y educado, pero... ¡Por Dios, no es que quiera herir tus sentimientos!; pero hay hombres por ahí que no podría tragar cualquier mujer con un poco de gusto, y yo siempre lo había tenido por uno de esos. Ahora ya no puedo decirlo porque tú debes conocerlo mejor que yo... ¡Pero eso es lo que yo podría haber dicho!

Sue se levantó de un salto y salió precipitadamente. Jude la siguió y la encontró llorando junto a la casa.

—¡No llores, cariño! —dijo Jude con pesar—. Lo hace con buena intención, pero es muy brusca y muy rara.

—¡No..., si no es eso! —dijo Sue intentando secarse los ojos—. Si no me importan nada sus brusquedades.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¡Es que lo que dice es... es verdad!

—¡Válgame Dios! ¿Es que... es que no le quieres? —preguntó Jude.

—¡No quiero decir eso! —se apresuró a explicar ella—. ¡Sino que no debía..., que a lo mejor no debía haberme casado!

Jude se preguntó si realmente era eso lo que iba a decir al principio. Volvieron a entrar y dejaron de hablar de ese tema; la tía se mostró más amable con Sue, diciéndole que no eran muchas las jóvenes recién casadas que emprendían un viaje largo para ir a ver a un vejestorio como ella solo porque estaba mala. Por la tarde, Sue preparó su marcha y Jude alquiló el carro de un vecino para que la llevara hasta Alfredston.

—Te acompañaré a la estación, ¿quieres? —dijo.

Pero ella no lo consintió. Llegó el hombre con el carruaje y Jude la ayudó a subir, tal vez con innecesaria solicitud, porque ella le miró con reprobación.

—Supongo que... que podré ir a verte algún día, cuando esté otra vez en Melchester, ¿verdad? —le preguntó algo contrariado.

Ella se inclinó y dijo en voz baja:

—No, Jude; no vengas todavía. Creo que aún no estás en buena disposición de ánimo.

—Como quieras —dijo Jude—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo ella haciendo un gesto con la mano, mientras se alejaba.

—¡Tiene razón! ¡No iré! —murmuró él.

Pasó esa noche y los días que siguieron, reprimiendo por todos los medios posibles las ganas de ir a verla, privándose incluso de comer, en un intento por matar con ayunos su apasionada inclinación a amarla. Leía sermones sobre la disciplina de la carne; y buscaba los pasajes de la historia de la Iglesia que trataba sobre los ascetas del siglo II. Antes de regresar de Marygreen a Melchester, le llegó una carta de Arabella. Al verla, se le despertó un sentimiento de culpa aún más fuerte por su breve regreso a ella que por su amor por Sue.

Observó que la carta traía el matasellos de Londres y no de Christminster. Arabella le contaba que pocos días después de despedirse aquella mañana en Christminster recibió inesperadamente una afectuosa carta de su marido australiano, antiguo gerente de hotel en Sidney. Había llegado a Inglaterra con el propósito de buscarla, había sacado licencia para abrir una taberna en Lambeth, y le pedía que fuera para ayudarle a llevar el negocio, que era sin duda de lo más próspero; el local estaba situado en un barrio excelente, muy populoso y bebedor, y ya hacían una caja de 200 libras mensuales, ganancia

que doblarían con facilidad.

Como decía que la quería mucho todavía y quería saber su paradero, como se habían separado por una tontería, y como su contrato de Christminster era solo temporal, había accedido a su súplica marchándose con él. Sentía inevitablemente que le pertenecía más a él que a Jude, ya que también se había casado con todas las de la ley y había vivido con él mucho más tiempo. Así que se despedía de Jude sin guardarle rencor alguno y confiaba en no volver a verle, pues era una débil mujer, y en que no hablaría mal de ella arruinando su vida, ahora que tenía la oportunidad de mejorar su situación y de llevar una vida decente.

III. 10.

Jude regresó a Melchester, que tenía la incierta ventaja de estar a unos treinta kilómetros escasos de la actual residencia de Sue. Al principio se decía que esta proximidad era una razón evidente para irse hacia el norte, pero Christminster era un lugar demasiado triste para soportarlo, mientras que la proximidad de Shaston a Melchester podría facilitarle la gloria de vencer al Enemigo en lucha cuerpo a cuerpo, tal como la afrontaban deliberadamente los santos y las vírgenes del cristianismo primitivo, los cuales, desdeñando huir ignominiosamente de la tentación, llegaban a convivir con ella con entera impunidad. Jude no cesaba de recordar, sin embargo, que, como decía lacónicamente un historiador, «la Naturaleza reclama a veces sus derechos a quienes la ofenden» en tales situaciones.

Volvió con febril desesperación a sus estudios religiosos, reconociendo que la sinceridad de sus fines y la fidelidad a la causa eran más que dudosas últimamente. Su pasión por Sue le turbaba el espíritu; pero el haber pasado doce horas de intimidad con Arabella le parecía instintivamente algo peor... aun cuando ella no le había hablado de su marido de Sidney hasta después. Creía firmemente que había vencido toda inclinación a refugiarse en la bebida..., lo que, desde luego, jamás había hecho por gusto, sino solamente para escapar de la insoportable miseria del espíritu. Sin embargo, se daba cuenta con desaliento de que en realidad llevaba dentro demasiadas pasiones para ser un buen pastor; lo más que podía esperar era que en una vida de constante lucha entre la carne y el espíritu, la primera no saliese siempre victoriosa.

Como afición complementaria a sus estudios de Teología, ejercitó su ligera disposición para la música religiosa y bajo continuo, hasta que fue capaz de unir aceptablemente el canto al acompañamiento. A unos dos o tres kilómetros

de Melchester había una iglesia restaurada a la que Jude tuvo que ir a colocar unas columnas y capiteles nuevos. Con este motivo, hizo amistad con el organista y entró a formar parte del coro como bajo.

Iba dos veces cada domingo a esta parroquia, y si se terciaba también entre semana. Una tarde, por Pascua, se reunió el coro a ensayar para el domingo siguiente un himno nuevo que, según había oído decir, era de un compositor de Wessex. El himno resultó extraordinariamente emotivo. A medida que lo repetían, sus cadencias se iban imponiendo al espíritu de Jude y le emocionaban profundamente.

Al terminar, se acercó al organista para preguntarle acerca de dicha composición. La partitura estaba manuscrita y tenía el nombre del compositor en la parte superior, junto al título de la obra: Al pie de la Cruz.

—Sí —dijo el organista—. Es de uno de por aquí; de un músico profesional de Kennetbridge, un pueblo que está entre este y Christminster. El vicario le conoce. Se crio y se educó en las tradiciones de Christminster, lo que explica la calidad de la pieza. Creo que toca allí en una gran iglesia, y tiene un coro selecto. A veces va a Melchester, y hubo un tiempo en que intentó entrar de organista en la catedral, cuando el puesto quedó vacante. Su himno va a tocarse en todas partes esta Pascua.

Tarareando el canto mientras iba de regreso a casa, Jude empezó a meditar sobre el compositor y las razones que le moverían a componerlo. ¡Qué hombre más sensible debía de ser! ¡Cómo le gustaría conocer a un hombre así, perplejo y atormentado como se sentía a causa de Sue y Arabella, y con la conciencia turbada por su complicada situación! «Es el único que podría comprender mis problemas», se decía el impulsivo Jude. Si había en el mundo alguien que podía ser su confidente, era ese compositor; porque ese hombre había sufrido, había vibrado, había suspirado.

En resumen, con el escaso tiempo y dinero que tenía para emprender un viaje, Fawley decidió, como niño que era, ir a Kennetbridge el domingo siguiente. Llegado el día, partió por la mañana temprano, ya que debía hacer varios transbordos. Llegó a mediodía, y después de cruzar un puente, entró en un barrio antiguo muy pintoresco, donde preguntó por la casa del compositor.

Le señalaron un edificio de ladrillo rojo que había un poco más lejos y le dijeron que dicho señor había pasado por allí no hacía aún cinco minutos.

—¿Hacia dónde? —preguntó Jude con presteza.

—Ha salido de la iglesia y parece que iba derecho a su casa.

Jude apretó el paso y no tardó en tener el placer de ver a unos metros de él a un hombre vestido con una levita negra y un sombrero igualmente negro. Se

apresuró un poco más con el fin de alcanzarle. «¡Un alma hambrienta en persecución de un alma pletórica! —se dijo—. ¡Tengo que hablar con ese hombre!».

Sin embargo, no podía abordarle antes de que entrara en su casa, y además habría que ver si era el momento adecuado para visitarle. Pero fuera oportuno o no, decidió verle allí y ahora, puesto que estaba a un paso de su casa y el viaje de regreso era demasiado largo para esperar hasta la tarde. Un hombre de espíritu tan elevado sabría disculpar la falta de protocolo, y le daría sabios consejos, si es que era una pasión terrenal e ilegítima lo que había entrado solapadamente en su corazón, que no debía estar abierto más que a la religión.

Así que llamó, y le hicieron pasar.

El músico salió a su encuentro al cabo de un momento, y como Jude iba respetablemente vestido, era bien parecido y de modales francos, le recibió amablemente. No obstante, Jude se dio cuenta de que le iba a resultar difícil exponerle su problema.

—He estado cantando en el coro de una pequeña iglesia próxima a Melchester —dijo—. Y esta semana hemos ensayado *Al pie de la Cruz*, que, según me han dicho, lo ha compuesto usted, ¿no es así, señor?

—Sí..., lo compuse hará un año más o menos.

—Me... me gusta mucho. ¡Me parece realmente maravilloso!

—¡Ah, bueno! Eso me han dicho otros también. Sí, podría sacarle dinero si encontrara la manera de publicarlo. Tengo otras composiciones para unirlas a ese himno, también; me gustaría poderlas dar a conocer, porque no he sacado de ellas todavía ni cinco libras. Estos editores... Ellos quieren comprar los derechos de las obras de compositores poco conocidos, como la mía, por menos dinero de lo que tendría que pagar yo por que me hicieran una veintena de copias a mano. El himno al que usted se refiere lo he prestado a unos cuantos amigos de aquí y de Melchester; así he podido lograr que se cante algo. Pero la música es una mala profesión para vivir de ella...; yo voy a dejarla por completo. Hoy en día, si uno quiere hacer dinero se tiene que dedicar a los negocios. Yo pienso dedicarme al negocio del vino. Aquí tengo mi futuro catálogo...; no se ha publicado aún, pero puede quedarse uno.

Le tendió un folleto de varias páginas orladas con una franja roja en el que figuraban diversas clases de rosado, champaña, oporto, jerez y otros vinos con los que se proponía iniciar su nueva aventura. Para Jude fue una gran sorpresa el que un hombre de espíritu tan elevado se comportara de esa manera, y comprendió que no podía confiarse a él.

Hablaron un poco más, pero de una manera forzada, porque cuando el

músico se dio cuenta de que Jude era un pobre hombre cambió de actitud, ya que su aspecto y sus modales le habían engañado sobre su posición social y el objeto de su visita. Jude farfulló algunas palabras diciendo que deseaba vivamente felicitar al autor de una composición tan sublime, y se despidió embarazosamente.

Durante todo el regreso en el lento tren del domingo, y sentado en las salas de espera sin calefacción, en ese frío día de primavera, se sintió deprimido por la simpleza que había cometido al emprender ese viaje. No bien hubo llegado a su alojamiento de Melchester, encontró una carta que había llegado por la mañana, pocos minutos después de marcharse él. Era una nota breve y contrita de Sue en la que decía con dulce humildad que se había portado horriblemente mal con él al decirle que no debía ir a verla; que se despreciaba por haberse sometido a los convencionalismos sociales, y que fuera sin falta ese mismo domingo; que cogiera el tren de las once cuarenta y cinco, así comería con ellos a la una y media.

Jude casi se tiró de los pelos por haber recibido esta carta demasiado tarde para hacer lo que Sue le pedía; pero de un tiempo a esta parte se había disciplinado considerablemente, así que al fin consideró que la quimérica expedición a Kennetbridge había sido una intervención especial de la Providencia para apartarle de la tentación. Pero esa exaltada religiosidad que había observado en sí mismo más de una vez recientemente, le hizo desechar la idea ridícula de que Dios le enviara a un pueblo a hacer recados sin pies ni cabeza. Tenía unas ganas inmensas de verla y estaba furioso por haber perdido la ocasión; le escribió inmediatamente contándole lo que había sucedido y diciéndole que no tenía suficiente paciencia para aguardar al domingo siguiente, así que iría el día de la semana que ella dijera.

Como le había escrito una carta demasiado ardiente, Sue, como era su costumbre, demoró su contestación hasta el jueves, víspera de Viernes Santo; entonces le comunicó que podía ir esa tarde si quería, porque era lo más pronto que ella podía recibirle, ya que trabajaba como profesora auxiliar en la escuela de su marido. Así que Jude pidió permiso en la obra de la catedral a cambio de no percibir la parte correspondiente de su paga, y se fue.

CUARTA PARTE

EN SHASTON

IV. 1.

Shaston, la antigua Palladour británica,

Cuya fundación primera suscita extrañas historias (como canta Drayton), era y es en sí misma una ciudad de ensueño. La vaga fantasía de su castillo, sus tres cecas, la magnífica abadía y su ábside, gloria suprema del sur de Wessex, sus doce iglesias, sus santuarios, capillas, hospitales, sus puntiagudos edificios de mampostería, todo ello irremediabilmente destruido en la actualidad, sumergen al visitante, aun contra su voluntad, en una absorta melancolía que no logran disipar ni el aire estimulante ni el paisaje ilimitado que le rodea. En esta ciudad han sido enterrados un rey y una reina, abades y abadesas, santos y obispos, caballeros y escuderos.

Los restos mortales del rey Eduardo el Mártir, respetuosamente exhumados para su veneración, dieron a Shaston un renombre que atrajo peregrinos de todas las partes de Europa, permitiéndole conservar una fama que se extendía muchísimo más allá de las costas inglesas. La escisión religiosa fue, según nos dicen los historiadores, la sentencia de muerte para esta hermosa creación de la Alta Edad Media. Con la destrucción de la inmensa abadía, la ciudad entera acabó en ruinas: los huesos del mártir tuvieron el mismo destino que el sagrado recinto donde se guardaban, y en la actualidad no hay siquiera una lápida que indique el lugar donde descansan.

Todavía conserva esta ciudad su encanto pintoresco y singular; pero resulta extraño que esos encantos, sobre los que muchos escritores llamaron la atención en una época en que no se apreciaba tanto la belleza de los escenarios naturales, pasen ahora inadvertidos; y así, uno de los lugares más misteriosos y originales de Inglaterra no atrae hoy en día a ningún visitante.

Dicha ciudad, especialmente en sus flancos norte, este y sur, ocupa una situación única en lo alto de una escarpadura imponente y agreste sobre el valle del Blackmoor, profundamente erosionado; y la vista que se domina desde el castillo, con los verdeantes pastos de los tres condados —el Wessex Sur, Central e Inferior—, es una sorpresa tan inesperada para los ojos del viajero desprevenido como saludable es el aire para sus pulmones. Inaccesible al ferrocarril, la mejor manera de llegar hasta ella es subir a pie o en vehículos ligeros, y aun estos no lo pueden hacer sino por una especie de istmo que hay al nordeste, el cual comunica la ciudad con una alta meseta de greda que se extiende a partir de allí.

Tal es, y tal era, la hoy olvidada Shaston o Palladour. Debido a su emplazamiento, el gran problema de la ciudad ha sido la falta de agua; y desde toda la vida, según se recuerda, se han visto caballos, asnos y hombres subiendo penosamente por los caminos serpeantes hasta la ciudad, cargados con cubas y barriles que llenan en los pozos abiertos al pie de la montaña, y a

los aguadores vendiendo su mercancía al precio de medio penique el cubo.

Esta dificultad en el suministro de agua, unida a otras dos circunstancias extrañas, a saber: la del camino del cementerio, que tiene una cuesta casi tan empinada como la de un tejado por detrás de la iglesia, y el hecho de que en otro tiempo atravesara el pueblo un período de corrupción conventual y doméstica, dio pie al dicho de que Shaston era famosa por ofrecer al hombre tres consuelos como no se los podía brindar ningún otro lugar del mundo. Era la ciudad donde el cementerio estaba más cerca del cielo que el campanario, donde abundaba más la cerveza que el agua y donde había más prostitutas que mujeres honradas. Se decía también que de la Edad Media para acá sus habitantes se habían vuelto tan pobres que no podían pagarse sacerdotes, de ahí que se vieran obligados a derribar sus iglesias y prescindir completamente de rendir culto público a Dios, necesidad de la que se lamentaban sentados en la taberna delante de un vaso. En aquel tiempo parece que a los de Shaston no les faltaba sentido del humor.

Tenía otra particularidad —esta de tiempos más recientes— derivada de su situación: era lugar de descanso y cuartel general de propietarios de carromatos, compañías de cómicos, barracas de tiro al blanco y demás empresas ambulantes cuyos negocios prosperaban principalmente en las ferias y mercados. Igual que suelen verse extraños pájaros salvajes reunidos en lo alto de los promontorios, deliberando con aire meditabundo sobre si emprender vuelos más largos o regresar por el mismo camino que les había traído hasta ahí, así se detenían, en el silencio embotado de esta ciudad encaramada, las caravanas amarillas y verdes de nombres exóticos, como sorprendidas por un cambio de paisaje tan violento que les impedía continuar; y aquí permanecían todo el invierno, hasta que reanudaban sus viejas rutas en la primavera siguiente.

Hacia ese lugar ventoso y fantástico subía Jude por primera vez en su vida desde la estación más próxima, una tarde a las cuatro; y después de coronar penosamente la cuesta llegó a las primeras casas de la aireada ciudad y se dirigió a la escuela. Era demasiado temprano; los alumnos estaban todavía en clase y se oía rumor de voces bajas como un enjambre de mosquitos; se alejó un poco por el paseo de la Abadía, desde donde contempló el pueblo que el destino había convertido en lugar de residencia de quien él más amaba en el mundo. Enfrente de las escuelas, que eran unos edificios grandes construidos en piedra, crecían dos enormes hayas, con sus troncos de suave color gris, como solo suelen crecer en los terrenos elevados y calizos. Al otro lado de los ventanales de montante y ajimez podían distinguirse las pelambreras negras, castañas y rubias de los escolares por encima del antepecho. Para matar el rato, bajó hacia la terraza que en su día fuera jardín de la abadía; y, a pesar suyo, el corazón le latía con violencia.

No queriendo entrar antes de que los niños se hubieran marchado, se quedó allí hasta que oyó voces fuera y aparecieron las niñas con sus blancos delantales encima de los vestidos rojos y azules, correteando por los senderos por los que se habían paseado la abadesa, la priora, la subpriora y las cincuenta monjas trescientos años antes. Al volver sobre sus pasos vio que había esperado demasiado tiempo, que Sue había salido inmediatamente después de la última niña, y que el señor Phillotson había estado ausente toda la tarde porque tenía una reunión de profesores en Shottsford.

Jude entró en la clase vacía y se sentó, porque la muchacha que estaba barriendo le había informado que la señora Phillotson volvería dentro de unos minutos. Había allí un piano —en realidad era el viejo piano que Phillotson tenía cuando estaba en Marygreen—, y aunque las sombras del atardecer casi le impedían ver las teclas, se puso a tocar a su manera y maquinalmente atacó el himno que tanto le había impresionado la semana anterior.

Alguien se movió detrás de él, y pensando que era la muchacha que barría, Jude siguió tocando, hasta que esta persona se acercó y posó suavemente los dedos sobre su mano izquierda. La mano que notó encima de la suya era menuda y le resultaba conocida, así que se volvió.

—Sigue —dijo Sue—. Me gusta. Lo aprendí antes de marcharme de Melchester. Solían tocarlo en la Escuela Normal.

—¡Me es imposible seguir aporreando el piano delante de ti!; ¡toca tú!

—Está bien..., no me importa.

Sue se sentó; y la interpretación de ella, aunque no tenía nada de extraordinaria, le pareció divina comparada con la suya. Sue, como él, pareció visiblemente emocionada —para su propia sorpresa— al recordar el himno; y cuando hubo terminado, Jude le tendió la mano, y encontró la de ella a mitad de camino. Se la cogió... como solía cogérsela antes de que se casara.

—Es extraño —dijo Sue con voz completamente cambiada— que me haya emocionado esa canción; porque...

—¿Por qué?

—Porque no soy de esa clase... ni mucho menos.

—¿De las que se emocionan fácilmente?

—No me refería a eso.

—¡Pero, en cambio, sí eres de las que digo, porque en el fondo eres igual que yo!

—¡Pero con ideas distintas!

Siguió tocando y, de repente, se volvió, y con un movimiento impremeditado e instintivo se cogieron la mano otra vez.

Ella se rio un poco forzada y le soltó rápidamente.

—¡Qué gracia! —dijo—. Me pregunto por qué habremos hecho esto a la vez.

—Me figuro que porque somos iguales, como he dicho antes.

—¡Pero no en nuestra forma de pensar! Si acaso, un poco en nuestros sentimientos.

—Los sentimientos son los que mandan sobre los pensamientos... ¿No es como para blasfemar el pensar que el compositor de este himno sea uno de los hombres más vulgares que he conocido en mi vida?

—¿Cómo? ¿Le conoces?

—Fui a verle.

—¡Qué bobo eres...; has hecho precisamente lo que habría hecho yo! ¿Por qué fuiste?

—Porque no somos iguales —dijo él con sequedad.

—Bueno, tornaremos un poco de té —dijo Sue—. ¿Quieres que lo tomemos aquí en vez de ir a casa? Total no cuesta nada traer la tetera y demás. Es que no vivimos en la escuela, sino en un caserón antiguo del final de la calle que llaman de la Alameda Vieja. Es tan antiguo que me deprime como no te puedes figurar. Esas casonas están muy bien para ir a verlas, pero no para vivir en ellas... Yo me siento como aplastada dentro de tierra por el paso de tantas vidas como han vivido en ella. En un edificio nuevo, como el de estas escuelas, por ejemplo, solo tienes que soportar tu propia vida. Siéntate y le diré a Ada que traiga los cacharros del té.

Aguardó Jude al resplandor de la estufa cuya tapa abrió ella antes de salir, y cuando volvió, seguida de la criada con el té, se sentaron junto a esa misma luz, auxiliada por la llama azulenca de un mechero de alcohol que ardía bajo la tetera de bronce, encima de la tarima.

—Este es uno de los regalos de boda que me hiciste —dijo ella señalando la tetera.

—Sí —dijo Jude.

El susodicho regalo cantaba una cancioncilla burlesca, se le antojó a él; y para cambiar de tema dijo:

—¿Conoces alguna edición legible del Nuevo Testamento que no sea la canónica? Seguramente no tendréis una de esas como texto de lectura,

¿verdad?

—¡No, por Dios! Escandalizaríamos a los vecinos... Yo sí tengo un ejemplar. Hace tiempo ya que no lo leo, pero en vida de mi primer amigo lo solía leer con mucho interés; son los Evangelios Apócrifos, de Cowper.

—Ese libro parece que es el que me interesa. —Pero su pensamiento sufrió una punzada dolorosa al oír lo de «primer amigo» refiriéndose, como sabía él, a su compañero el universitario de tiempo atrás. Se preguntaba si le habría contado ese episodio a Phillotson.

—El Evangelio de Nicodemus es muy bonito —continuó ella para desviarle de toda idea que le suscitara sentimientos de celos, cosa que ella había intuido con toda claridad como siempre. En efecto, cuando se ponían a hablar de un tema indiferente, como ahora, había siempre una segunda conversación silenciosa entre sus emociones, tan perfecta era la reciprocidad que existía entre los dos—. Parece auténtico. Además compuesto totalmente en versículos está; así que parece como si leyeras en sueños a uno de los otros evangelistas: las cosas parecen las mismas. Pero, Jude, ¿todavía te interesan todas esas cuestiones? ¿Es que estás estudiando Apologética?

—Sí. Estoy estudiando más Teología que nunca.

Ella le miró con curiosidad.

—¿Por qué me miras así?

—¿Y para qué estudias eso?

—Estoy seguro de que podrías hablarme de una infinidad de cosas que yo ignoro sobre esta materia. ¡Has debido de aprender muchísimo con tu difunto amigo!

—¡No hablemos más de eso ahora! —suplicó ella—. ¿Vas a seguir trabajando la semana que viene en esa iglesia donde aprendiste el himno?

—Sí, probablemente.

—Entonces estupendo. ¿Puedo ir a verte allí? Coge de camino hacia aquí, y podría acercarme cualquier tarde; no es más que media hora de tren.

—¡No, no vengas!

—¿Por qué?... ¿No vamos a seguir siendo amigos ya más, como antes?

—No.

—Vaya. ¡Creía que siempre seguirías siendo amable conmigo!

—No. Ya no.

—¿Qué he hecho yo, entonces? Yo creía que nosotros dos... —El trémolo

de su voz la obligó a callar.

—Sue, a veces pienso que eres una coqueta —le espetó de repente.

Hubo un momento de silencio, hasta que Sue se levantó de un salto; y para sorpresa de Jude, vio al resplandor del mechero que se había ruborizado.

—¡No puedo seguir hablando más contigo, Jude! —dijo adoptando un tono trágico de contralto, como en otros tiempos—. ¡Se está haciendo tarde para que continuemos juntos de esta manera, cantando canciones morbosas de Viernes Santo que le hacen a una pensar cosas que no se le deberían ocurrir!... No está bien que continuemos aquí. Sí, tienes que irte, ¡puesto que no me comprendes! Soy todo lo contrario de eso que me acusas tan cruelmente... ¡Oh, Jude, mira que eres cruel; llamarme eso! Pero yo no puedo decirte la verdad. ¡Te dejaría asombrado si te contara cómo me dejo llevar por mis impulsos, y lo mucho que siento haber nacido así de atractiva cuando no quiero el atractivo para nada! El deseo de algunas mujeres de ser amadas es insaciable; y así es también a menudo su deseo de amar; pero entonces se encuentran con que no pueden dar su amor constantemente al individuo legalmente designado por la licencia del obispo para recibirlo. ¡Pero tú eres tan recto, Jude, que no puedes comprenderme!... Ahora vete. Siento que no esté en casa mi marido.

—¿De veras?

—¡Bueno, creo que he dicho eso por puro formulismo! La verdad es que no lo siento. ¡En todo caso, triste es decirlo, no tiene importancia!

Así como poco antes se habían cogido efusivamente de la mano, ahora Sue le tocó levemente los dedos para despedirse. No bien había salido Jude por la puerta, saltó ella sobre un banco y abrió la ventana bajo la cual pasaba él.

—¿Cuándo tienes que irte para coger el tren, Jude? —preguntó.

Jude miró hacia arriba algo sorprendido.

—El coche que baja a la estación saldrá dentro de tres cuartos de hora o así.

—¿Qué vas a hacer hasta entonces?

—Pues... dar una vuelta. Puede que vaya a la iglesia vieja a sentarme un rato.

—¡Me parece que he sido injusta al despedirte de esa manera! Ya has pensado bastante en iglesias, el Cielo es testigo de eso, para ir a refugiarte este rato a la sombra de una de ellas. Quédate ahí.

—¿Dónde?

—Donde estás. Puedo charlar contigo mejor así que cuando estabas aquí dentro... ¡Ha sido un detalle por tu parte perder media jornada de trabajo para venir a verme!... Eres un José soñador de sueños, Jude. Y un don Quijote trágico. Y a veces hasta un san Esteban, que mientras lo lapidaban veía cómo se abrían los Cielos. ¡Mi pobre amigo y camarada, cuánto te queda todavía por sufrir!

Ahora que el elevado antepecho de la ventana se interponía entre los dos y Jude no se le podía acercar, parecía no importarle emplear una franqueza que había evitado cuando lo tenía junto a ella.

—He estado pensando —prosiguió con el tono de una persona embargada por la emoción— que las normas sociales de la civilización nos obligan a no tener más relación en nuestra situación real que la que tienen las figuras convencionales de las constelaciones con los verdaderos trazos del cielo. Me llaman señora de Richard Phillotson y vivo una pacífica vida de casada con el hombre que se llama así. Pero no soy realmente la señora de Richard Phillotson, sino una mujer sacudida por pasiones contradictorias, y con inexplicables antipatías... Bueno, no te entretengo más, que vas a perder el coche. Vete, y ven a visitarme otro día, pero a casa.

—¡Vendré! —dijo Jude—. ¿Cuándo?

—De hoy en ocho días. ¡Adiós, adiós! —Alargó la mano y se la pasó por la frente con gesto compasivo... solo un instante. Jude se despidió, perdiéndose en la oscuridad.

Cuando iba por la calle Bimport le pareció oír las ruedas de un coche que arrancaba; y en efecto, al llegar al Duke's Arms, en la plaza del Mercado, el coche se había ido. Le era imposible ir a pie hasta la estación y llegar a tiempo para coger el tren, así que se vio obligado a esperar el siguiente: el último de la noche que empalmaría con el tren de Melchester.

Deambuló un rato y comió algo; luego, como todavía faltaba media hora, sus pies le llevaron involuntariamente por el venerable cementerio de la iglesia de la Trinidad, con sus paseos flanqueados de tilos, en dirección a las escuelas otra vez. Estaban completamente a oscuras. Ella le había dicho que vivía enfrente, en Old-Grove Place, un edificio antiguo que no tardó en identificar por la descripción que le había hecho Sue.

Los postigos de las ventanas no estaban cerrados y vio el resplandor débil de una vela. Podía distinguir con claridad el interior: el piso de la casa estaba un par de peldaños por debajo de la calle, que había ido elevándose con el transcurso de los siglos desde que construyeran la casa. Sue acababa de entrar, evidentemente, porque se hallaba aún con el sombrero puesto en el salón o cuarto de estar, habitación que tenía los muros revestidos de madera de roble

desde el suelo hasta un techo cruzado por enormes vigas talladas, a poca distancia de su cabeza. La chimenea, en consonancia con el resto, era igualmente maciza, con oscuras pilastras y volutas esculpidas. Efectivamente, los siglos debían de pesar tremendamente sobre cualquier joven esposa que tuviera que pasarse la vida allí dentro.

Había abierto una caja tallada en palo de rosa y miraba una fotografía. Después de contemplarla un instante, la apretó contra su pecho y volvió a colocarla en su lugar.

Luego, al darse cuenta de que no había cerrado las ventanas, se dispuso a hacerlo, vela en mano. Estaba demasiado oscuro el exterior para que viera a Jude, pero él pudo observarla perfectamente y se dio cuenta de que sus largas pestañas estaban inequívocamente húmedas de lágrimas.

Cerró los postigos, y Jude se alejó dispuesto a emprender el viaje de regreso. «¿De quién será la fotografía que estaba mirando?», se dijo. Él le había dado la suya una vez, pero sabía que tenía otras. Sin embargo, ¿por qué no podía ser la suya?

Sabía que vendría a verla otra vez, puesto que ella se lo había pedido. Aquellos hombres serios cuyas vidas leía, los santos, a quienes Sue llamaba «semidioses» con inocente falta de respeto, habrían huido de tales encuentros, de haber dudado de sus propias fuerzas. Pero él no podía. Era capaz de ayunar y rezar el tiempo que fuera, pero en su interior podía más lo humano que lo divino.

IV. 2.

Sin embargo, lo que Dios no dispone, lo dispone la mujer. Dos días más tarde recibió una nota de ella:

No vengas la próxima semana. ¡Por tu propio interés, no vengas! Nos hemos creído demasiado libres bajo la influencia de ese himno y de la luz del crepúsculo. Piensa lo menos que puedas en

SUSANNA FLORENCE MARY

El desencanto fue tremendo. Conocía su humor y podía imaginarse hasta la expresión de su rostro cuando firmaba con todos sus nombres. Pero fuera cual fuese su humor, no podía decir que estaba equivocada. Así que contestó:

De acuerdo. Tienes razón. Es una lección de renuncia que debía haber aprendido a estas alturas.

JUDE

Envió la nota la víspera de Pascua, y la decisión que ambos habían tomado parecía definitiva. Pero otras fuerzas y leyes ajenas a ellos estaban en acción. El lunes de Pascua por la mañana recibió Jude un telegrama de la viuda Edlin, a quien había dado sus señas por si ocurría algo grave:

Tu tía agoniza. Ven inmediatamente.

Soltó las herramientas y se fue. Tres horas y media después coronaba las elevaciones próximas a Marygreen y se sumergía en la concavidad de los campos por donde cruzaba un atajo hacia el pueblo. Cuando subía la cuesta del otro lado, un campesino que le había estado viendo venir desde el cercado que bordeaba el camino hizo un gesto embarazoso y se dispuso a hablarle.

«Esa cara que pone quiere decir que ha muerto —se dijo Jude—. ¡Pobre tía Drusilla!».

En efecto; era lo que suponía; le enviaba la señora Edlin para que le diera la noticia.

—Si llegas a estar no te habría reconocido. Parecía talmente una muñeca con ojos de cristal; así que no importa que no hayas estado aquí —le dijo el hombre.

Jude siguió andando hasta la casa; por la tarde, una vez que se terminaron sus cervezas y se fueron los que habían venido a amortajarla, se sentó solo en la casa silenciosa. Era absolutamente imprescindible comunicárselo a Sue, aunque dos o tres días antes hubieran acordado romper toda clase de relación. Le escribió una nota de lo más breve:

Tía Drusilla ha fallecido. Ha sucedido casi de repente. El entierro tendrá lugar el viernes por la tarde.

Se quedó en Marygreen mientras tanto, y el viernes por la mañana fue a ver si la fosa estaba terminada; se preguntaba si vendría Sue. No había escrito, lo que parecía indicar que sí. Hacia mediodía, después de comprobar que no había más que un tren que ella pudiera coger, cerró la puerta, cruzó los prados del valle y subió la enorme cuesta hasta la Casa Marrón, adonde solía ir antes a contemplar la inmensa perspectiva septentrional y el panorama más cercano en medio del cual se alzaba Alfredston. Unos tres kilómetros más allá de este pueblo divisó un chorro de humo que se desplazaba en el paisaje de izquierda a derecha.

Aún tenía que esperar bastante para saber si ella había venido. Esperó, sin embargo, y finalmente vio aproximarse un coche de alquiler, hasta que llegó al mismo pie del cerro. Allí se apeó una persona que, después de dar el coche media vuelta, emprendió la marcha cuesta arriba. Era ella: su figura era tan

frágil que daba la sensación de que se rompería si la abrazaba apasionadamente..., cosa que él no podía hacer. Había subido más de la mitad de la cuesta, cuando hizo súbitamente un gesto con la cabeza, por lo que Jude comprendió que acababa de reconocerle. Su rostro esbozó una triste sonrisa que le duró hasta que se encontraron los dos, al bajar Jude a su encuentro.

—¡Me ha parecido que iba a ser muy triste dejarte solo en el entierro! —dijo ella con nerviosismo—. Así que en el último momento me he decidido a venir.

—¡Mi fiel amiga Sue! —murmuró Jude.

No obstante, con esa ambigüedad singular de su doble naturaleza, Sue no permitió que se prolongara la escena del encuentro, a pesar de que faltaba algún tiempo para el entierro. Un sentimiento tan desusadamente complicado como el que los unía en esta hora era difícil que se repitiese en muchos años, si es que llegaba a repetirse alguna vez; a Jude le habría gustado detenerse y meditar y conversar. Pero Sue, o no lo vio, o viendo más lejos que él no se permitió la menor concesión.

La triste y sencilla ceremonia concluyó en seguida: el recorrido hasta la iglesia lo hicieron casi al trote porque el de la funeraria, que era hombre dinámico, tenía un entierro de más categoría una hora después a unos cinco kilómetros de allí. A Drusilla la enterraron en la parte nueva del cementerio, bastante lejos de sus antepasados. Sue y Jude habían ido juntos al cementerio, y ahora se habían sentado a tomar el té en la casa familiar; sus vidas se unían al menos en esta última atención para con la difunta.

—¿Fue siempre contraria al matrimonio, desde el principio hasta el fin? —preguntó Sue.

—Sí. Sobre todo cuando se trataba de miembros de nuestra familia.

Sue le miró a los ojos y retuvo la mirada un momento.

—Somos una familia bastante calamitosa. ¿No piensas tú lo mismo, Jude?

—Ella decía que no servíamos para el matrimonio. Desde luego, como casados somos bastante desdichados. ¡Al menos yo!

Sue guardó silencio.

—¿No está feo, Jude —dijo con un ligero temblor—, que un marido o una mujer diga a una tercera persona que es desgraciado en su matrimonio? Si la boda tiene para uno un sentido religioso, me parece mal; ahora que si no es más que un sórdido contrato basado en una conveniencia material de familia, de categoría social y demás, o por la herencia que los hijos puedan recibir en tierras y dinero, haciendo todo ello que el padre varón se encargue de arreglarlo (como suele suceder), ¿por qué no va a decir uno, y proclamarlo a

los cuatro vientos, que el matrimonio le lastima y deshace su vida, ya se trate de él o de ella?

—Eso es lo que te he dicho yo alguna vez.

Ella prosiguió.

—¿Crees que hay muchas parejas en las que uno de los dos hace desdichado al otro sin un motivo concreto?

—Supongo que sí. Si quiere a otra persona, por ejemplo.

—Pero, aparte de eso, ¿sería muy mala una mujer si, por ejemplo, no le gustara vivir con su marido, únicamente —su voz tembló, y él se figuró por qué—, solo y únicamente porque ella siente aversión personal hacia él..., oposición física..., antipatía, o como quiera que se llame, aunque se mostrara respetuosa y agradecida? Es una mera suposición. ¿Debería ella tratar de superar sus reparos?

Jude le dirigió una mirada llena de turbación. Después dijo apartando los ojos:

—Sería justamente uno de esos casos en que mis experiencias son contrarias a mis principios. Hablando como fiel amante del orden, cosa que espero ser aunque me temo que no lo soy, diría que sí. Hablando según mi propia experiencia y sin prejuicios, te diría que no... ¡Sue, estoy convencido de que no eres feliz!

—¡Pues claro que lo soy! —desmintió ella—. ¿Cómo podría ser desdichada una mujer que solo hace ocho semanas que se ha casado con el hombre que ella ha escogido libremente?

—¡Que ha escogido libremente!

—¿Por qué lo repites?... Bueno, tengo que regresar en el tren de las seis. Tú te quedarás aquí, ¿no?

—Solo unos días, para arreglar los asuntos de la tía. Esta casa está vendida ya. ¿Te acompaño hasta la estación?

Sue se opuso con una ligera sonrisa.

—Es mejor que no. Si quieres, acompáñame un trecho.

—Pero, un momento: ¡tú no puedes marcharte esta noche! El tren no te llevaría a Shaston. Tienes que quedarte y regresar mañana. Si no quieres quedarte aquí, la señora Edlin tiene sitio de sobra.

—Bueno —dijo ella con indecisión—. De todos modos le dije a él que no era seguro que pudiera volver en la misma tarde.

Jude fue a la vecina casa de la viuda para decírselo; volvió unos minutos después y se sentó de nuevo.

—Es horrible nuestra situación, Sue...; ¡es horrible! —dijo de repente con los ojos fijos en el suelo.

—¡No! ¿Por qué?

—No te puedo contar toda mi parte de desdicha. La tuya es que no debías haberte casado con Phillotson. De eso me di cuenta antes de que dieras ese paso, pero pensé que no debía meterme. ¡Estaba equivocado! ¡Sí tenía que haberme metido!

—Pero ¿qué te hace suponer todo eso, querido?

—Porque... ¡te veo por debajo del plumaje, mi pobre pajarillo!

Ella tenía la mano sobre la mesa, y Jude le puso la suya encima. Sue la retiró.

—¡Es absurdo, Sue —exclamó él—, después de lo que hemos hablado! Yo soy más escrupuloso y formalista que tú, si vamos a eso; ¡y el hecho de oponerte a un gesto tan inocente indica que eres ridículamente inconsecuente!

—Tal vez sea demasiado pusilánime —dijo ella arrepentida—. Solo que me ha parecido una especie de costumbre nuestra... demasiado frecuente quizá. Mira, puedes cogérmela todo lo que quieras. ¿Soy buena?

—Sí, mucho.

—Pero se lo tendré que decir.

—¿A quién?

—A Richard.

—Bueno..., por supuesto, si lo consideras necesario. Pero como esto no tiene ninguna importancia, le vas a dar que pensar sin motivo.

—Bien; ¿estás seguro de que obras solamente como primo mío?

—Absolutamente seguro. Yo no guardo ya ningún sentimiento de amor.

—Eso es una noticia. ¿Desde cuándo?

—Desde que vi a Arabella.

Sue acusó el golpe; luego dijo con curiosidad:

—¿Cuándo la viste?

—Cuando estuve en Christminster.

—Así que ha vuelto; ¡no me lo habías dicho! Supongo que ahora te irás a

vivir con ella.

—Naturalmente...; lo mismo que tú vives con tu marido.

Sue miró los tiestos de geranios y cactus de la ventana, marchitos por falta de cuidado, y se quedó contemplando la lejanía a través de los tallos, hasta que empezaron a ponérsele los ojos húmedos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jude con dulzura.

—¿Por qué te alegras tanto de volver con ella?, si... si...; vamos, si aún es verdad lo que me decías, o sea, si era verdad cuando me lo dijiste, ¿cómo has podido volver tan pronto a Arabella?

—Supongo que con la ayuda de una gracia especial de la Providencia.

—¡Ah...; no es verdad! —dijo ella con dulce resentimiento—. Me estás tomando el pelo...; eso es todo...; ¡porque piensas que no soy feliz!

—No sé si lo eres. No quiero saberlo.

—Si fuera desgraciada, sería culpa mía; por mala; ¡porque no tengo ningún motivo para dejar de quererle! Es considerado conmigo en todos los aspectos, y es un hombre interesante por la cantidad de conocimientos que ha adquirido leyendo todo lo que cae en sus manos... ¿A ti qué te parece, Jude, que un hombre debe casarse con una mujer de su misma edad o con una más joven que él, dieciocho años más joven..., como él y yo?

—Depende de lo que sienta el uno por el otro.

No le daba ninguna oportunidad de satisfacción y tuvo que proseguir sin ayuda, lo que hizo con voz vencida, a punto de sollozar:

—Creo..., creo que debo ser igual de sincera que tú. Tal vez hayas adivinado lo que quiero decir...: que aunque yo quiero al señor Phillotson como a un amigo, no le amo...; ¡es un tormento para mí... vivir con él como marido! Bueno; ya lo he dicho. No lo puedo remediar, aunque he querido dar la impresión de que..., de que soy feliz. ¡Ahora me despreciarás toda la vida, supongo! —Ocultó el rostro entre sus manos, sobre el mantel, y lloró en silencio sacudida por unos sollozos entrecortados que hacían estremecer la frágil mesa de tres patas.

—¡Hace solo un mes o dos que me he casado! —prosiguió, inclinada aún sobre la mesa y con la cara entre las manos—. Dicen que al principio la mujer anda siempre angustiada... y que después de media docena de años acaba por sumirse en una indiferencia soportable. ¡Pero eso es como si dijeran que cortarle un miembro a una persona no tiene importancia, puesto que con el tiempo puede llegar a acostumbrarse perfectamente a valerse de un brazo postizo o de una pata de palo!

Jude apenas podía hablar; pero dijo:

—¡Sabía que algo andaba mal, Sue! ¡Lo sabía!

—¡Pero no es lo que te imaginas! Lo único malo que hay es mi propia maldad, como seguramente lo llamarías tú...; ¡es una repugnancia que siento yo, por una razón que no me es posible confesar y que nadie en el mundo admitiría en general!... ¡Lo que tanto me tortura es la necesidad de acceder a este hombre cada vez que él lo desee, por bueno que sea moralmente! ¡Ese horrible contrato me obliga a soportar de una manera particular aquello cuya esencia consiste en ser voluntario!... ¡Quisiera que me pegara, que me engañara, que hiciera abiertamente algo en que encontrar yo una justificación para sentir lo que siento! Pero no hace nada, aparte de haberse enfriado desde que se ha dado cuenta de mi forma de ser. Esa es la razón por la que no ha venido al entierro... ¡Oh, soy muy desdichada...; ya no sé qué hacer!... No te me acerques, Jude; no está bien. ¡No...; no!

Pero él había saltado y había apretado su cara contra la de ella, o más bien contra su oreja, ya que la cara le era inaccesible.

—¡Te he dicho que no, Jude!

—Lo sé; solo quería... ¡consolarte! Todo esto pasa por estar yo casado antes de haberte conocido, ¿verdad? Si no, habrías sido mi mujer, ¿a que sí?

En vez de contestar, se levantó rápidamente diciendo que iba a dar una vuelta hasta la tumba de la tía para serenarse. Jude no la acompañó. Veinte minutos después la vio cruzar el césped en dirección a la casa de la señora Edlin, y un poco más tarde mandó a una niña a que le recogiera el bolso y le dijera a él que estaba demasiado cansada para volver a verle esa noche.

En la solitaria habitación de la casa de su tía, Jude se sentó a contemplar la cabaña de la viuda Edlin, que ya se diluía entre las sombras de la noche. Sabía que Sue se encontraba entre aquellas cuatro paredes sintiendo la misma soledad y el mismo desaliento que sentía él, y nuevamente dudó de su lema religioso de que eso era lo mejor.

Se retiró a descansar pronto, pero tuvo el sueño agitado, consciente de la proximidad de Sue. A eso de las dos de la madrugada, cuando el sueño empezaba a ser más pesado, le despertó un chillido lastimero que le era bastante familiar, de cuando vivía en Marygreen. Era el grito de un conejo al ser atrapado por un cepe. Como era costumbre en estas pequeñas criaturas, no volvió a repetir su grito de inmediato, y seguramente no volvería a gritar ya más que una o dos veces, pero continuaría soportando su tortura hasta el amanecer, en que llegaría el trampero y le daría un golpe en la cabeza.

Él, que durante su niñez había salvado las vidas de las lombrices, comenzó

ahora a representarse las agonías del conejo con su pata destrozada. Si había quedado «mal cogido» por una pata de atrás, el animal se estaría debatiendo durante las seis horas siguientes hasta que los dientes de acero del cepo acabaran por desgarrarle la carne dejando al aire el hueso de la pata, y si el muelle del artefacto estaba flojo y lograba escapar moriría en los campos con la pata gangrenada. Si estaba «bien cogido», como suele decirse, por una pata delantera, le habría roto el hueso y se arrancaría la pata con un par de intentos inútiles de huir.

Transcurrió casi media hora, y el conejo repitió su chillido. Jude no se sintió ya capaz de dormir hasta haber librado al conejo de su tormento, así que se vistió rápidamente, bajó y, a la luz de la luna, cruzó el césped en dirección del chillido. Llegó a la cerca que bordeaba el jardín de la viuda y se detuvo. Un ligero ruido metálico del cepo, al agitarlo el animal en sus contorsiones, le sirvió de orientación, y al llegar al sitio le dio un golpe en la nuca con el canto de la mano y el conejo cayó muerto.

Cuando volvía, vio a una mujer asomada en una ventana de la planta baja de la casa vecina.

—¡Jude! —dijo tímidamente una voz, la de Sue—. Eres tú..., ¿verdad?

—¡Sí, cariño!

—No he podido dormir lo que se dice nada, y al oír chillar al conejo no he parado de pensar en lo que sufriría, hasta que se me ha ocurrido que debía ir y acabarlo de matar. Pero me alegro de que se te haya ocurrido a ti primero... ¡No debían permitir que pusieran esos cepos de acero!, ¿verdad?

Jude se había acercado a la ventana, que era muy baja, hasta el punto de que podía ver a Sue hasta la cintura. Ella dejó abierto el cristal y puso su mano sobre la de él, mientras le miraba ansiosamente con el rostro iluminado por la luna.

—¿Te ha despertado el chillido? —dijo él.

—No... Ya estaba despierta.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, ¡ahora sabes de sobra por qué! Sé que con tus ideas religiosas considerarás que una mujer casada que tiene un problema como el mío comete un pecado mortal si se lo confía a un hombre, tal como yo te lo he contado a ti. ¡Ahora estoy arrepentida!

—No lo estés, cariño —dijo él—. Esa puede haber sido mi opinión; pero mis principios y yo estamos empezando a no marchar al unísono.

—¡Lo sabía..., lo sabía! Y por eso no quería venir a turbar tus creencias.

Pero... ¡qué contenta estoy de verte!... ¡Bueno, pero yo no quería volver a verte más, ahora que el último lazo que existía entre nosotros, tía Drusilla, ha muerto!

Jude le cogió la mano y se la besó.

—¡Queda otro más fuerte! Nunca más me voy a calentar la cabeza con mis principios y mis ideas religiosas. ¡Al diablo! Déjame ayudarte; aunque esté enamorado de ti, aunque tú...

—¡Calla!..., no sé qué pretendes; pero no puedo admitir eso. ¡Vaya! ¡Piensa lo que quieras, pero no me acoses con preguntas!

—Me ocurra lo que me ocurra, ¡quisiera que tú fueras feliz!

—¡No puedo serlo! Son muy pocos los que me comprenden..., dirían que tengo un carácter caprichoso o algo parecido, y me condenarían... En la vida civilizada, la tragedia habitual del amor tiene poco que ver con lo que el amor tiene de trágico en sí, porque la fabrican artificialmente unas gentes que, en estado de naturaleza, se separarían de buena gana en vez de obligarse a vivir unidos... Si hubiera podido desahogarme contándole mis desdichas a cualquier otra persona, seguramente no te las habría contado a ti. Pero no tengo a nadie. ¡Y necesito contárselo a alguien! Jude, antes de casarme con él, jamás había pensado seriamente en lo que significaba el matrimonio, a pesar de que lo sabía. Ha sido una estupidez por mi parte; no tengo excusa posible. Tenía la edad suficiente y me consideraba con bastante experiencia. ¡Así que me lancé, después del lío aquel de la Escuela Normal, con toda la obcecación de una idiota!... ¡Debería estar permitido deshacer lo que se ha hecho por pura ignorancia! Seguro que esto le pasa a un montón de mujeres; solo que se someten, y yo me revuelvo... ¡Qué no dirá la gente de los tiempos venideros cuando se pare a considerar las bárbaras costumbres y supersticiones de estos tiempos que nos ha tocado la desdicha de vivir!

—Estás muy amargada, mi querida Sue. ¡Cómo quisiera..., quisiera!...

—¡Ahora vete, por favor!

Con un movimiento impulsivo se inclinó sobre el alféizar y apoyó su rostro sobre el cabello de Jude, llorando, y después de depositar un levísimo beso sobre su cabeza, se retiró rápidamente, de suerte que él no pudo cogerla entre sus brazos, cosa que habría hecho irremisiblemente. Cerró la ventana, y Jude regresó a casa.

IV. 3.

La confesión que Sue le hizo de su desdicha tuvo inquieto a Jude toda la noche, llenándole de tristeza.

A la mañana siguiente, cuando llegó el momento de que Sue se marchara, los vecinos la vieron desaparecer a pie, acompañada de Jude, por el camino que descendía hasta la solitaria carretera de Alfredston. Una hora después volvía él solo por el mismo camino, y su rostro traía una expresión excitada, no exenta de determinación. Había surgido un incidente.

Al llegar a la desierta carretera general estuvieron un rato parados despidiéndose; y llevados por el estado de ánimo apasionado y tenso que los embargaba, se habían preguntado temerosamente el uno al otro hasta dónde debía llegar su intimidad; al final casi riñeron, y ella le dijo llorando a lágrima viva que no estaba bien que él, un futuro sacerdote, intentara besarla ni aun para despedirse como quería hacer. Luego concedió ella que el hecho de besarla no significaba nada: todo dependía del ánimo con que se besaba. Si la besaba como primo y amigo, no tenía nada que objetar; pero si quería hacerlo porque la amaba, entonces no se lo podía permitir.

—¿Me juras que no me besarás con esa intención? —había dicho ella.

No; no se lo quiso jurar. Entonces se separaron enfadados y cada uno emprendió su camino; pero a los veinte o treinta metros se volvieron los dos a la vez. Y el hecho de volver la mirada hacia atrás fue fatal para la reserva que hasta aquí habían mantenido mal que bien. Corrieron el uno hacia el otro, y de la manera más impensada se abrazaron, besándose larga y apasionadamente. Cuando al fin se separaron, ella iba con las mejillas sonrojadas y a él le latía con violencia el corazón.

Este beso marcó un giro decisivo en la carrera de Jude. Una vez en casa, y entregado a sus meditaciones, se dio cuenta de una cosa: que aunque el beso que le había dado a ese ser etéreo le pareciera el momento más puro de su malhadada vida, en tanto venía a alimentar un sentimiento ilícito le hacía ver la contradicción que suponía el persistir en la idea de convertirse en soldado y servidor de una religión en la que el amor sexual estaba considerado en el mejor de los casos como una flaqueza y, en el peor, como una maldición. Lo que había dicho Sue con tanto calor era efectivamente la fría realidad. Puesto que en lo único que pensaba era en defender su amor con uñas y dientes y en prodigar, por encima de todo, sus atenciones para con ella, estaba condenado ipso facto como profesor de la moral tradicionalmente aceptada. Su naturaleza le incapacitaba, evidentemente, como le había incapacitado su posición social, para el desempeño de la función de defensor de un dogma acreditado.

Era extraño que su primera aspiración —la de seguir unos estudios con aprovechamiento— se hubiera visto truncada por una mujer, y que la segunda —el apostolado— viniera a truncársela igualmente otra mujer. «¿Tendrán la

culpa las mujeres —se decía—, o la tendrá este artificial sistema de cosas bajo el que los normales impulsos del sexo se convierten en cepos domésticos y lazos que atrapan y sujetan a quienes aspiran a progresar?».

Su constante aspiración había sido llegar a ser un profeta, por humilde que fuera, para sus hermanos atribulados, sin ánimo de alcanzar ningún lucro personal. Sin embargo, con una esposa que vivía lejos de él con otro marido, preso como estaba de un amor ilícito, y habiéndose rebelado su amada contra su propio estado, probablemente por culpa suya, se había colocado en una situación difícilmente respetable, según las normas usuales y corrientes.

No tenía por qué pensarlo más; no cabía otra cosa sino hacer frente a la evidencia: se había convertido en un perfecto impostor como hombre consagrado a la orientación religiosa.

Esa tarde, al oscurecer, salió al huerto y cavó un hoyo, llevó todos los libros de Teología y de Ética que poseía, y los metió en él. Sabía que en este país de verdaderos creyentes no le darían por ellos más de lo que valieran al peso, así que prefirió deshacerse de todos a su manera, aunque perdiese dinero. Prendió fuego a unos cuantos folletos sueltos para empezar, hizo trozos todos los volúmenes y los fue removiendo entre las llamas con una horca de tres dientes. La hoguera iluminó y calentó la parte trasera de la casa, el corral y su propia cara, hasta que se consumieron todos los libros más o menos.

Aunque ahora se considerara casi un forastero aquí, los campesinos que pasaban le saludaban por encima del seto del jardín.

—Qué, quemando papelorios de tu tía, ¿eh? La verdad es que, viviendo ochenta años en una misma casa, acaban por amontonársele a uno papeles por todos los rincones.

Era casi la una de la madrugada cuando hojas, cubiertas y lomos de Jeremy Taylor, Butler, Doddridge, Paley, Pusey, Newman y demás se habían convertido en un montón de cenizas; pero la noche era tranquila, y mientras revolvía una y otra vez los trozos de papel con la horca, la sensación de no ser ya un hipócrita ante sí mismo le proporcionó a su espíritu un alivio que le calmó. Podía seguir creyendo como antes, pero no pretendía profesar nada; no proclamaba y exhibía instrumentos de fe que por el hecho de poseerlos podían dar lugar a que se pensara que los anteponía a todo. Ahora podía alimentar su pasión por Sue como un pecador y no como un sepulcro blanqueado.

Entretanto, Sue, después de despedirse de él el día anterior, había llegado a la estación con los ojos arrasados en lágrimas por haber corrido hacia él y haberse dejado besar. Jude no debía haber disimulado que la amaba, haciendo con ello que obrara impulsiva e impremeditadamente, por no decir mal. Se sentía inclinada a calificar su conducta de esta última manera; la lógica de Sue

era extraordinariamente complicada y parecía sostener que una cosa podía estar bien antes de hacerla, pero una vez hecha podía estar mal; o en otras palabras: lo que era bueno teóricamente podía ser malo en la práctica.

«¡Creo que he sido demasiado débil! —se reprochaba por el camino llorando a lágrima viva—. ¡Me ha dado un beso ardiente de amante!... ¡Eso es! Así que no le voy a escribir más; o por lo menos tardaré mucho en escribirle, ¡para que aprenda! Verás lo ofendido que se va a sentir... esperando recibir carta mañana y pasado y al otro, y la carta sin llegarle. Sufrirá con la incertidumbre... ¡Se lo tiene merecido! ¡Y me alegro!». Y las lágrimas de piedad por los futuros sufrimientos que iba a infligir a Jude se mezclaban con las que derramaba de lástima hacia sí misma.

Y la mujer menuda y delicada cuyo marido le resultaba desagradable, la muchacha etérea, nerviosa y sensitiva, incapaz por temperamento e instinto de cumplir con sus deberes conyugales con Phillotson, y probablemente con casi ningún hombre, siguió su camino hipando y con los ojos cansados de tanto mirar y atormentarse desesperadamente.

Phillotson fue a esperarla a la estación y, al verla tan afligida, pensó que era por el fallecimiento y entierro de su tía. Empezó a contarle las cosas que había hecho durante el día y la visita de su amigo Gillingham, un maestro de escuela de las proximidades a quien no había visto hacía años. Mientras subían hacia el pueblo, sentada en lo alto del autobús junto a él, dijo de pronto y como quien quiere castigarse a sí misma, mientras contemplaba el blanco camino y los arbustos de avellano que lo bordeaban:

—Richard..., he dejado que Fawley me cogiera la mano durante un rato. ¿Te parece que he hecho mal?

Él, que evidentemente iba absorto en pensamientos de muy distinta naturaleza, dijo vagamente:

—¿De veras? ¿Y por qué hiciste eso?

—No lo sé. Él quería y yo le he dejado.

—Espero que le haya gustado. Diría que eso no es nuevo.

Se quedaron callados. Si este caso se hubiera tenido que dilucidar ante el tribunal de un juez omnisciente, este habría podido constatar el hecho curioso de que Sue había dado la menor indiscreción como la más grave, y no había dicho una palabra sobre el beso.

Esa tarde se sentó Phillotson a repasar los libros de registros de la escuela. En contra de su costumbre, ella permaneció todo el rato en silencio, en estado de tensión y nerviosismo, hasta que finalmente dijo que estaba cansada y se fue temprano a la cama. Cuando subió Phillotson, cansado del farrago de

cuentas, eran las doce menos cuarto. Al entrar en la alcoba, que durante el día dominaba una vista de unos treinta o cuarenta kilómetros sobre el valle del Blackmoor, y aun más allá de los confines de Wessex, se acercó a la ventana y, pegando el rostro contra el cristal, miró fijamente hacia la oscuridad misteriosa que ahora ocultaba la inmensidad del paisaje. Estaba meditando.

—Me parece —dijo por fin, sin volver la cabeza— que voy a pedir a la delegación que cambie de proveedor de material escolar. Este nos ha mandado todos los cuadernos mal impresos otra vez.

No tuvo respuesta. Creyendo que Sue estaba adormilada, continuó:

—Y habrá que reparar el ventilador de la clase. El aire me viene implacablemente a la cabeza y me produce dolor de oído.

Como el silencio parecía más rotundo que de ordinario, se volvió. Los pesados paneles de oscura caoba que recubrían las paredes del viejo caserón de Old-Grove Place, y la maciza chimenea que llegaba hasta el techo, contrastaban singularmente con la cama de bruñido bronce y los muebles nuevos de abedul que había comprado para ella; los dos estilos parecían saludarse a través de trescientos años sobre un piso que retemblaba.

—¡Su! —dijo (pues así pronunciaba su nombre).

No estaba en la cama, aunque al parecer se había metido ya, porque sus ropas estaban colgadas al lado. Pensando que a lo mejor había olvidado algo en la cocina y había bajado a por ello, se quitó la levita y se entretuvo un poco haciendo tiempo; hasta que, viendo que no subía, salió al rellano con una vela y llamó otra vez:

—¡Su!

—¡Sí! —oyó que contestaba su voz desde la cocina.

—¿Qué haces a estas horas de la noche? ¡Anda, deja eso y no te canses en balde!

—¡No tengo sueño; estoy leyendo y tengo un buen fuego aquí!

Phillotson se acostó. Un rato después se despertó. Ella no había subido aún. Encendió una vela, salió presurosamente al pasillo y la llamó de nuevo:

Sue contestó: «¡Sí!», como antes; pero su voz sonó más apagada y hueca, y no comprendió al principio de dónde provenía. Debajo de la escalera había un cuartucho sin ventana; parecía venir de allí. La puerta estaba cerrada, pero no tenía cerradura ni cerrojo. Phillotson, alarmado, se dirigió hacia allí temiendo que hubiera perdido súbitamente el juicio.

—¿Qué haces ahí dentro? —preguntó.

—Me he acostado aquí para no molestarte.

—Pero ahí no hay ninguna cama, ¿no? ¡Ni ventilación! ¡Pero, bueno, te vas a asfixiar como te quedas ahí toda la noche!

—No, no creo. No te preocupes por mí.

—Pero... —Phillotson agarró el picaporte y tiró. Ella había cerrado por dentro con un cordel que se rompió del tirón. Como no había cama, había echado unas mantas en el suelo, haciéndose un pequeño nido en el reducidísimo espacio que permitía el cuartucho.

Al quedarse mirándola él, se levantó de un salto toda temblorosa y con los ojos muy abiertos.

—¡No debías haber abierto la puerta de un tirón! —exclamó excitada—. ¡No está bien! ¡Vete, por favor, vete!

La vio tan desamparada y llorosa, con su camisión blanco destacando en la oscuridad de aquel trastero, que se quedó completamente perplejo. Ella siguió suplicándole que no la molestara.

Phillotson dijo:

—Me he portado bien contigo y te he dado libertad en todo; ¡de modo que me parece monstruoso que tú te portes ahora de esa manera!

—¡Sí, lo sé! —dijo Sue llorando—. ¡Está mal hecho y soy muy mala! Lo siento mucho. ¡Pero después de todo no tengo yo la culpa!

—¿Quién entonces? ¿La tengo yo?

—No... no sé quién. El universo, supongo: ¡las cosas en general, porque son horribles y crueles!

—Bueno, es inútil que sigamos hablando de eso. ¡Armar ese alboroto en la casa a estas horas de la noche! Como no tengamos cuidado nos va a oír Elisa —se refería a la criada—. ¡Imagina lo que diría cualquiera de los sacerdotes de este pueblo si nos viera! Detesto esta clase de excentricidades, Sue. ¡No hay orden ni estabilidad en tus sentimientos!... En fin, no quiero molestarte más; solo te aconsejo que no cierres demasiado la puerta o te encontraré asfixiada mañana.

Al levantarse a la mañana siguiente fue inmediatamente a asomarse al cuarto trastero, pero Sue había bajado ya. En el lugar donde ella había dormido había como un pequeño nido, y las telarañas colgaban por encima. «¡Qué aversión debe sentir una mujer para perderle el miedo a las arañas!», se dijo amargamente.

La encontró sentada a la mesa del desayuno, y empezaron a comer casi en

silencio; los vecinos del pueblo pasaban por el empedrado —o más bien por el camino de tierra, ya que aquí escaseaba el empedrado—, que estaba como a medio metro por encima del nivel del suelo de la sala. Y daban los buenos días a la feliz pareja al pasar.

—Richard —dijo Sue de pronto—, ¿te importaría que viviera separada de ti?

—¿Separada de mí? Bueno, eso es lo que hacías antes de casarnos. Entonces, ¿qué sentido tiene el que nos hayamos casado?

—Si te lo dijera, no volverías a quererme.

—De todos modos quisiera saberlo.

—Bueno, pues porque no podía hacer otra cosa. Te había dado mi promesa mucho tiempo antes de eso, recuerda. Después, al pasar el tiempo, empecé a lamentar mi promesa y traté de buscar una forma decorosa de romperla. Pero al no encontrarla, sentí más indiferencia y despreocupación por los convencionalismos. Luego ya sabes los rumores que empezaron a correr y cómo me echaron de la Escuela Normal, con el tiempo y el trabajo que te había costado prepararme para ingresar; esto me asustó, y me pareció que lo menos que debía hacer era mantener mi compromiso. Naturalmente, yo no tenía por qué haberme inquietado por las habladurías, porque eso es justamente lo que nunca pensé que me preocuparía. Pero he sido cobarde, como tantas otras mujeres, y mi teórica libertad de prejuicios se ha venido abajo. De no haberme pasado eso, entonces habría sido preferible herir tus sentimientos una vez por todas a casarnos y estar haciéndote daño toda la vida... Y tú te has portado con una generosidad que no tiene nombre al no dar crédito ni por un momento a los rumores.

—Yo me siento obligado a confesarte honradamente que he considerado esa posibilidad, y que he estado hablando con tu primo sobre ello.

—¡Ah! —exclamó ella, con dolorosa sorpresa.

—Yo no dudaba de ti.

—¡Pero fuiste a preguntar!

—Me bastó su palabra.

Sue tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Él no habría ido a preguntar! —dijo—. Pero no me has contestado. ¿Me dejas que me vaya? Sé que no es normal que te lo pida...

—No lo es, desde luego.

—¡Pero te lo quiero pedir! ¡Las leyes domésticas deberían hacerse según

los temperamentos, y estos deberían estar clasificados! ¡Si unas personas tienen una forma de ser especial, entonces pueden sufrir bajo esas mismas leyes que a otras les proporcionan bienestar!... No sé si me comprendes.

—Pero nosotros nos hemos casado...

—¿Para qué tanta ley y tanta norma —prorrumpió—, si te hacen desdichado a pesar de que sabes que no has cometido ningún pecado?

—Pero tú cometes un pecado al no quererme.

—¡Yo sí te quiero! Pero no había pensado que... que en el matrimonio se requería bastante más que eso... Y cuando un hombre y una mujer hacen vida íntima con los sentimientos que siento yo cometen siempre un adulterio, aunque sea legal. ¡En fin, ya lo he dicho!... ¿Tú me dejas, Richard?

—¡Me apenas profundamente, Susanna, con esta impertinencia!

—¿Por qué no podemos convenir en devolvernos la libertad el uno al otro? Nosotros sellamos un pacto y lo podemos anular; no legalmente, desde luego, pero moralmente sí podemos; sobre todo no teniendo que cargar con nuevas obligaciones como son los hijos. Luego podríamos seguir siendo amigos y vernos sin hacernos sufrir el uno al otro. ¡Ah, Richard, sé buen amigo y ten piedad! Dentro de unos años habremos muerto los dos y a nadie le importará que me hayas liberado del yugo por un tiempo. Yo sé que pensarás que soy excéntrica o demasiado impresionable o absurda. Bueno, pero ¿por qué tengo que sufrir por haber nacido así, si no hago daño a nadie?

—¡Sí lo haces... me lo haces a mí! Y has prometido amarme.

—¡Sí, es verdad! Yo tengo la culpa. ¡Siempre la tengo yo! ¡Tan culpable es uno de obligarse a amar siempre como de mantenerse siempre fiel a una misma fe, y tan idiota como jurar que te gustará siempre la misma comida o la misma bebida!

—¿Y para vivir separada de mí piensas vivir por tus propios medios?

—Bueno, si tú lo prefieres así, sí. Pero yo tenía intención de vivir coy Jude.

—¿Como su mujer?

—Como yo quiera.

Phillotson hizo un gesto de dolor.

Sue prosiguió:

—Aquel o aquella que «deje que sea el mundo, o la porción de mundo que le rodea, quien decida su propia forma de vida, no tiene necesidad de otra facultad que la aptitud simiesca de la imitación». Son palabras de J. S. Mill.

Lo he estado leyendo. ¿Por qué no obras según este principio? A mí me ha gustado siempre.

—¡Bastante me importa a mí J. S. Mill! —se lamentó él—. ¡Lo único que yo quiero es llevar una vida tranquila! ¿Te molestaría si te dijera que he empezado a sospechar lo que jamás se me había ocurrido antes de nuestro matrimonio: que estabas enamorada, y que lo estás aún, de Jude Fawley?

—Puedes seguir pensando eso, puesto que has empezado. ¿Pero crees que si lo estuviera te pediría permiso para irme a vivir con él?

La campana de la escuela salvó a Phillotson de la necesidad de contestar a lo que evidentemente no le resultaba a él un argumentum ad verecundiam tan convincente como ella pretendía dar a entender al faltarle el valor en el último momento. Sue empezaba a mostrarse tan desconcertante y tan inconsecuente que estaba dispuesto a tomar como otra de sus pequeñas extravagancias la más grave súplica que una mujer podía hacer.

Esa mañana se dirigieron a la escuela como de costumbre, y Sue entró en su clase, donde él podía observarla de espaldas, cada vez que se volvía, a través del cristal separador. Mientras seguía explicando y escuchando las lecciones, su frente y sus cejas se encogían debido a la concentrada agitación de sus pensamientos; por último arrancó un trozo de papel y escribió:

Tu petición no me deja atender el trabajo. ¡No sé lo que hago! ¿Me lo has pedido en serio?

Dobló el papel y se lo dio a un niño para que se lo llevara a Sue. El niño titubeó antes de entrar en la otra clase. Phillotson vio volverse a su mujer y coger la nota; luego inclinó su preciosa cabeza para leerla —con los labios ligeramente apretados— para evitar que se le escapara cualquier gesto expresivo bajo el fuego de tantas miradas juveniles. No podía verle las manos, pero sí la vio cambiar de postura, y el niño no tardó en regresar, pero sin respuesta alguna. Unos minutos después, no obstante, apareció una alumna de la clase de Sue con una nota parecida a la suya. Traía solo estas palabras a lápiz:

Siento de veras tener que decirte que te lo he pedido en serio.

Phillotson pareció más turbado que antes, y nuevamente se le arrugó el ceño. A los diez minutos volvió a llamar al niño que le había hecho el recado y le envió con otra misiva:

Bien sabe Dios que yo no quiero contrariarte en nada que sea razonable. Lo único que deseo es tu bienestar y felicidad. Pero no puedo consentir esa pretensión absurda de irte a vivir con tu amante. Perderías el respeto y la consideración de todos; ¡y yo también!

Después de un intervalo, se redactó un parte similar en la clase adyacente y llegó la respuesta:

Sé que miras por mi bien. ¡Pero yo no pretendo ser respetable! El contribuir al «desarrollo humano en su más rica diversidad» (por citar una frase de tu Humboldt), está, a mi juicio, muy por encima de la respetabilidad. Sin duda mis gustos son bajos desde tu punto de vista... ¡desesperadamente bajos! Voy a pedirte un favor, si es que no quieres que me vaya con él: que me dejes vivir en tu casa separada de ti.

A esto no contestó.

Ella volvió a escribir:

Sé lo que piensas. Pero ¿no puedes tener lástima de mí? ¡Por favor, te lo pido por misericordia! No te lo pediría si no me viera casi forzada por cosas que no puedo soportar. Ninguna desdichada ha deseado en la vida más que yo que Eva no hubiera caído, y que (según creían los cristianos primitivos) hubiera proliferado cierta moda vegetal en el Paraíso. ¡Pero no quiero bromear ahora! Sé bueno conmigo... ¡aunque no lo haya sido yo contigo! Me iré, me marcharé a donde sea y no te causaré nunca ningún problema.

Transcurrió cerca de una hora, y luego él le envió su contestación:

No quiero hacerte sufrir. ¡De sobra lo sabes! Dame un poco de tiempo. Estoy dispuesto a acceder a tu último ruego.

Una línea de ella:

Te lo agradezco de todo corazón, Richard. No merezco tu amabilidad.

Todo el día estuvo Phillotson mirándola perplejo a través del cristal de separación; y se sentía tan solo como antes de haberla conocido.

Pero mantuvo su palabra y consintió que viviera aparte en la misma casa. Al principio, cuando se veían a la hora de las comidas, ella parecía más serena bajo esta nueva situación; pero la tensión que reinaba entre los dos minaba el temperamento de Sue, y se le pusieron tan tirantes las fibras de su naturaleza como las cuerdas de un arpa. Charlaba de prisa y atropelladamente para evitar que él hablara de cosas serias.

IV. 4.

Phillotson se había quedado hasta bastante tarde, como solía hacer a menudo, para tratar de reunir y clasificar los materiales de su afición, abandonada durante mucho tiempo, sobre antigüedades romanas. Por primera

vez desde que reanudara este trabajo sentía que volvía a despertársele su antiguo interés. Se olvidó de tiempo y lugar, y cuando se dio cuenta y subió a acostarse eran cerca de las dos de la madrugada.

Su preocupación era tal que, aunque dormía ahora en el otro extremo de la casa, subió maquinalmente a la habitación que ocuparan él y su mujer al principio de alquilar Old-Grove Place y que desde que surgieron aquellas diferencias con Sue había pasado a ser de ella exclusivamente. Entró y sin darse cuenta empezó a desvestirse.

De la cama brotó un grito seguido de un rápido movimiento. Antes de que el maestro se diera cuenta de dónde estaba vio incorporarse a Sue medio dormida, mirarle con ojos asustados, y saltar de la cama por el otro lado de donde él estaba, el más próximo a la ventana. Esta estaba medio oculta por las cortinas del dosel de la cama; pero Phillotson oyó que la abría. Antes de que llegara a adivinar qué se proponía, Sue se había encaramado en el antepecho y había saltado fuera. Desapareció en la oscuridad y la oyó caer abajo.

Phillotson, horrorizado, echó a correr escaleras abajo, chocando aparatosamente contra la columna de la escalera con la prisa. Abrió la pesada puerta, subió los dos o tres escalones del umbral, y allí en la grava, delante de él, vio que yacía un bulto blanco. Phillotson cogió a Sue en brazos, la entró al recibimiento, la sentó en una silla y la examinó a la luz temblona de la vela que había dejado en el primer peldaño de la escalera.

Por fortuna no se había roto el cuello. Ella le miró con unos ojos que parecían no verle; y aunque no los tenía particularmente grandes, ahora daban esa sensación. Se apretó el costado, se frotó el brazo como resintiéndose de un dolor; luego se puso en pie con expresión evidentemente angustiada.

—¡Gracias a Dios que no te has matado! Aunque no es por no haberlo intentado... ¿Te has hecho mucho daño?

En realidad, la caída no había sido grave debido seguramente a la poca altura de las viejas habitaciones y al elevado nivel del suelo en el exterior. Aparte del raspón en el codo y una contusión en el costado, efectivamente, se había hecho poco daño.

—¡Estaba dormida, me parece! —empezó a decir, con su pálido rostro vuelto hacia otra parte—. Y algo me asustó..., un sueño terrible... Me pareció verte... —Entonces le vino a la memoria lo que realmente había sucedido.

Su bata colgaba detrás de la puerta, y el pobre Phillotson se la echó por los hombros.

—¿Te ayudo a subir? —le preguntó con pesar; porque el significado de toda esta escena le había hecho sentir asco de sí mismo y de todo.

—No, gracias, Richard. Me he hecho muy poco daño. Puedo andar.

—Debías cerrar la puerta con llave —dijo él maquinalmente, como si estuviera reprendiendo a la clase—. Así no podría importunarte nadie, ni siquiera por equivocación.

—Lo he intentado, pero no cierra. Están todas las cerraduras averiadas.

Este comentario no pareció aliviar la situación. Subió despacio, alumbrándose con la luz vacilante de la vela. Phillotson no la siguió, ni intentó subir hasta que la oyó entrar en su habitación. Entonces cerró la puerta de la calle y se sentó en el primer peldaño; cogió el pilar de la barandilla con una mano y apoyó en la otra su rostro. Así se estuvo mucho, mucho tiempo... Habría conmovido a cualquiera. Por fin, alzando la cabeza y dejando escapar un suspiro que parecía decir que debía continuar la tarea de vivir, tuviera mujer o no, tomó la vela y subió a su solitaria habitación del otro lado del pasillo.

No volvió a ocurrir nada relacionado con la situación entre ambos hasta la noche siguiente cuando, inmediatamente después de terminar la clase, Phillotson se fue a Shaston diciendo que no quería tomar el té y sin explicarle adónde iba. Salió del pueblo, bajó por una empinada carretera en dirección noroeste, y luego continuó descendiendo hasta que el terreno cambió su sequedad blanquecina por una arcilla pegajosa de color oscuro. Se encontraba ahora a nivel de un terreno de aluvión,

Donde Duncliffe es la señal del viajero
y el turbulento Stour oscurece sus aguas.

Más de una vez miró hacia atrás en la creciente oscuridad de la tarde. Contra el cielo se recortaba Shaston como una silueta oscura.

Sobre la elevada altura gris
de Paladore, cuando la palidez del día
se va...

Las luces recién encendidas de las ventanas brillaban con un resplandor fijo como si estuvieran mirándole a él. Una de ellas era la de su propia casa. Por encima podía distinguir los pináculos de la torre de la iglesia de la Trinidad. El aire aquí, templado por la humedad del barro pegajoso, no era como el de allá arriba; era más bien suave y tranquilizador, de suerte que después de caminar como dos o tres kilómetros, se vio obligado a enjugarse la cara con el pañuelo.

Después de dejar el cerro de Duncliffe a la izquierda, siguió decidido en medio de la oscuridad, como suele andar un hombre, tanto de día como de

noche, por aquellos parajes en los que ha jugado en su niñez. Siguió caminando durante seis o siete kilómetros, hasta

Donde el Stour recibe la fuerza
de seis claros manantiales;

cruzó un afluente del Stour y llegó a Leddenton —un pueblecito de trescientos o cuatrocientos habitantes—; una vez allí se dirigió a la escuela de chicos y llamó a la puerta de la vivienda del maestro.

Le abrió un estudiante de magisterio y al preguntarle si estaba el señor Gillingham en casa, contestó que sí, al tiempo que se marchaba dejando a Phillotson que buscara él mismo el camino. Entró y encontró a su amigo retirando algunos libros que le habían servido para dar las clases de la tarde. La luz de la lámpara de parafina iluminó el rostro de Phillotson: pálido y compungido, en contraste con el de su amigo, que tenía un semblante frío y práctico. Habían sido compañeros de estudio en su juventud y luego en la Escuela de Magisterio de Wintoncester, muchos años antes.

—¡Dichosos los ojos, Dick! Pero traes mala cara. ¿Qué te pasa?

Phillotson entró sin contestar; Gillingham cerró el armario y se puso de pie junto a su visitante.

—¿Cómo es que no has venido por aquí desde..., vamos a ver..., desde que te casaste? Fui a verte y no estabas; y palabra que, con esa subida que hay y lo pronto que anochece, prefiero esperar a que alarguen los días antes de echarme cuesta arriba otra vez. Pero celebro que no se te haya ocurrido a ti lo mismo.

Aunque eran profesores muy buenos y competentes, entre ellos empleaban expresiones típicas de cuando eran chiquillos.

—George, he venido a explicarte las razones que tengo para dar el paso que estoy a punto de dar, para que tú por lo menos comprendas mis motivos, por si otras personas te lo preguntan alguna vez, puesto que tienen derecho a hacerlo, y sé que lo harán... Pero en el actual estado de cosas, cualquier situación es preferible a esto. ¡Y no consienta Dios que tengas nunca una experiencia como la mía!

—Siéntate. No te referirás a... a que ha surgido algún problema entre tú y tu mujer, ¿verdad?

—Exactamente... Mi desdichada situación consiste en que tengo una mujer a la que amo, pero ella no solo no me quiere a mí, sino... sino que... Bueno, no quiero decirlo. ¡Sé cuáles son sus sentimientos! ¡Preferiría que me odiara!

—¡Chist!

—Y lo triste del caso es que ella no tiene tanta culpa como yo. Ella ha estado haciendo prácticas de enseñanza bajo mi supervisión, como sabes, y yo me aproveché de su inexperiencia, salimos juntos, y sin darle tiempo a que lo pensara bien, conseguí que aceptara unas largas relaciones. Después se vio con otro, pero se atuvo a nuestro compromiso.

—¿Amando al otro?

—Sí; con una tierna y singular solicitud, al parecer, aunque la naturaleza exacta de su sentimiento es un enigma para mí... y me parece que también para él; incluso creo que lo es para ella. Es una de las criaturas más extrañas que he conocido jamás. Sin embargo, hay dos hechos que me sorprenden: primero, la extraordinaria simpatía o afinidad que existe entre los dos. Él es primo suyo, lo cual lo explica hasta cierto punto. ¡Parecen una sola persona partida en dos! Y segundo, la insuperable aversión que siente hacia mí como marido, lo que no quita para que me quiera como amigo, que es más de lo que se puede soportar. Me consta que ella ha luchado escrupulosamente contra todo esto, pero en vano. ¡No puedo soportarlo..., no puedo! Y no puedo replicarle sus argumentos. Ha leído diez veces más que yo. Su inteligencia brilla como el diamante, mientras que la mía parece papel de estraza, se quema sin arder en llama... ¡Está por encima de mí!

—Ya se le pasará, ¿no?

—¡Nunca! Es..., pero no quiero tratar de explicármelo... Existen razones por las que no cambiará. Últimamente me ha preguntado la mar de tranquila y con toda determinación si la dejaba marcharse con él. Lo más grave fue ayer que, al entrar yo en su alcoba por equivocación, se tiró por la ventana: ¡figúrate el miedo que me tendrá! Después dijo que había tenido un sueño, pero solo para tranquilizarme. Ahora bien, cuando una mujer se tira por la ventana sin importarle si se va a partir la cabeza o no, está segura de lo que quiere; así que he llegado a una conclusión: que no está bien hacer sufrir a un semejante; ¡y yo no soy tan inhumano como para consentirlo, cueste lo que cueste!

—¿Cómo..., vas a dejarla ir? ¿Y con su amante?

—Con quién, es asunto suyo. Yo voy a dejarla ir; que se vaya con él si quiere. Sé que a lo mejor hago mal, sé que, lógicamente, o desde el punto de vista religioso, no puedo justificar semejante concesión a su deseo, ni conciliarla con las creencias en que he sido educado. Solo sé una cosa: algo me dice que hago mal oponiéndome. Yo, como otros hombres, mantengo que si una mujer le hace una petición tan descabellada como esa a su marido, lo único que cabe hacer que pueda considerarse justo, decoroso y conveniente es

rechazarla y encerrarla virtuosamente bajo siete llaves, y matar a su amante, tal vez. Pero ¿es eso justo, conveniente y decoroso, o es una bajeza despreciable y egoísta? Yo no me atrevo a juzgarlo. Simplemente voy a obrar por instinto y dejar los principios a un lado. Si una persona que se ha metido a ciegas en una ciénaga pide auxilio, yo me siento inclinado a prestárselo si puedo.

—Pero..., hazte cargo, esto va a plantearte dificultades con los vecinos, la sociedad..., ¿qué ocurriría si todo el mundo...?

—¡Bueno, no voy a ponerme a filosofar ahora! Solo quiero ver por mis propios ojos.

—¡Bien, yo no estoy de acuerdo con tu instinto, Dick! —dijo Gillingham gravemente—. A decir verdad, me asombra que un muchacho tan serio y trabajador como tú llegue a tomar en consideración semejante disparate ni por un momento. Cuando fui a verte, me dijiste que era una mujer desconcertante y singular: ¡pero estoy viendo que lo eres tú!

—¿Te has encontrado alguna vez con una mujer, que tú sabes que es esencialmente buena, aunque te haya implorado que le devuelvas la libertad..., has sido tú el hombre ante el cual se ha arrodillado para suplicártelo?

—Doy gracias al cielo de poder decir que no.

—Entonces no creo que estés en condiciones de poder opinar. Yo sí he sido ese hombre; y eso es lo que importa en el mundo si uno lleva dentro un poco de valentía y caballerosidad. ¡Yo no tenía la más remota idea (porque he vivido alejado de las mujeres durante bastantes años) de que el hecho de llevar a una mujer al altar y ponerle un anillo en el dedo pudiera acarrearle a uno esa tragedia diaria, continua, que compartimos ella y yo ahora!

—Bueno, admito que habría cierta disculpa en dejarla ir, con tal que fuera a vivir sola. Pero acompañada de un caballero..., es algo muy distinto.

—Ni mucho menos. ¿No crees, como yo, que ella podría preferir soportar su desventurada situación actual a prometer vivir separada de él? Eso es cuestión suya. No es lo mismo, ni muchísimo menos, que la hipocresía de vivir con el marido engañándole... Con todo, ella no ha dado a entender claramente que pretenda hacer vida marital con él, aunque creo que su propósito es ese... Y a lo que alcanzo yo a comprender, no se trata de que sientan los dos una atracción innoble y animal: eso es lo peor, porque me hace pensar que su afecto será duradero. No tenía intención de confesarte que en las primeras semanas de mi matrimonio, antes de tener una idea clara, como estaba celoso, me oculté en la escuela una tarde en que estaban los dos allí, y escuché lo que se decían. Ahora me avergüenzo de mi acción, aunque supongo que tenía derecho a hacerlo. Descubrí, por el comportamiento de ambos, que

parte del afecto que los une se debe a la extraordinaria afinidad o simpatía que existe entre ellos, y que esta elimina cualquier sombra de sensualidad. Su mayor deseo es estar juntos..., contarse sus emociones y sus ideas y sus sueños.

—¡Son platónicos!

—Bueno, no. Si acaso están más cerca de Shelley. Me recuerdan a..., ¿cómo se llamaban?, Laon y Cythna. Y un poco también a Pablo y Virginia. ¡Y cuanto más lo pienso, más me pongo de parte de ellos!

—Pero si la gente hiciera lo que quieres hacer tú, habría una desintegración general de la vida doméstica. La familia dejaría de ser la unidad social.

—¡Sí... Estoy hecho un mar de confusiones! —dijo Phillotson con tristeza—. Recuerda que nunca he sido un buen razonador... De todos modos, no veo por qué no podrían formar esa unidad la mujer y los hijos, sin el hombre.

—¡Por el amor del cielo! ¡Un matriarcado! ¿Dice eso ella también?

—No, claro. Ella no tiene ni idea de que yo he llevado sus propias ideas más lejos que ella misma..., ¡en las últimas doce horas!

—Tu determinación va a trastornar todo lo que se les ha enseñado a los de por aquí. ¡Dios..., qué dirán los de Shaston!

—No digo que no. ¡No sé, no sé!... Ya te digo que me guío por lo que siento, que no soy un razonador.

—Bueno —dijo Gillingham—, tomemos las cosas con calma; vamos a beber algo. —Bajó la escalera y regresó con una botella de sidra, y cada uno bebió un buen vaso—. A mí me parece que te han embaucado y que no eres el mismo —prosiguió—. Vuelve a casa y hazte el ánimo de soportarle algunas de sus chifladuras. Pero que se quede contigo. Por todas partes oigo decir que es una muchacha encantadora.

—¡Ah, sí! ¡Esto es lo doloroso del caso! Bueno, tengo que irme. Me queda una buena tirada por delante.

Gillingham acompañó a su amigo durante kilómetro y medio, y al despedirse le manifestó la esperanza de que esta visita, tan extraña por su objeto, sirviera para renovar el viejo compañerismo entre ambos. «¡Sujétala!», fueron las últimas palabras que le gritó a Phillotson desde la oscuridad; a lo que su amigo contestó: «¡Sí, sí!».

Pero cuando Phillotson se quedó solo bajo el cielo encapotado de la noche y sin otro ruido que el murmullo de las aguas tributarias del Stour, se dijo:

—¡De manera, mi querido Gillingham, que no tienes argumentos más sólidos que oponer!

—Debía pegarle una buena bofetada para hacerla entrar en razón... ¡Eso es! —murmuraba Gillingham mientras regresaba a su casa.

Llegó el día siguiente; durante el desayuno dijo Phillotson a Sue:

—Puedes irte... con quien quieras. Te doy mi consentimiento absoluta e incondicionalmente.

Habiendo llegado a esta conclusión, Phillotson se sentía cada vez más firmemente convencido de que era la mejor. La imperturbable serenidad que le proporcionaba el sentir que cumplía con su deber para con una mujer que estaba a su merced, casi superaba el dolor de renunciar a ella.

Transcurrieron unos días y llegó la tarde en que debían tomar la última comida juntos: una tarde nublada y ventosa..., con un viento que raramente amainaba en la altitud de estos parajes. ¡Cómo se le quedó grabada la imagen de ella esa tarde!: aquel aspecto suyo al entrar en el salón a tomar el té; una figura menuda y endeble; un rostro tenso y cansado, marcado con la palidez de los días y noches de angustia, reflejando una tragedia que contrastaba tremendamente con sus días de alegre abandono; su mismo esfuerzo para probar un bocado y su imposibilidad de tragar nada. Su nerviosismo debido al temor a que la ofendiera por marcharse podía haberlo interpretado un extraño como una muestra del disgusto que le producía a ella tener que soportar la presencia de Phillotson durante los pocos minutos que le quedaban.

—Sería mejor que tomaras una loncha de jamón o un huevo o lo que sea con el té. No puedes emprender el viaje con un trozo de pan con mantequilla.

Se tomó la loncha que le cortó él y se pusieron a charlar de cuestiones rutinarias de la casa, tales como dónde encontraría él la llave de tal o cual alacena, y cuáles recibos estaban pagados y cuáles no.

—Sabes muy bien que tengo naturaleza de soltero, Sue —dijo en un heroico intento por tranquilizarla—. Así que quedarme sin mujer no representa en realidad una complicación para mí, como les suele ocurrir a otros hombres que han estado casados durante un tiempo. Además, tengo intención de escribir un libro sobre «Las antigüedades romanas de Wessex», que me ocupará todos mis ratos libres.

—¡Si un día quieres enviarme una parte del manuscrito para que te lo copie, como hacíamos antes, lo haré con mucho gusto! —dijo ella con una amabilidad conciliadora—. A mí me gustaría muchísimo seguir ayudándote como... como... amiga.

Phillotson reflexionó un momento y dijo:

—No, creo que si nos debemos separar, lo mejor es que lo hagamos por completo. Precisamente por eso no quiero preguntarte nada; y, sobre todo,

quiero que no intentes tenerme al corriente de lo que haces y lo que no; no quiero ni saber tu dirección... Bueno, ¿cuánto dinero quieres? Supongo que necesitarás llevar algo.

—¡Pero, Richard, cómo voy aceptar dinero tuyo para marcharme de tu lado! Eso ni pensarlo. Tengo dinero mío para una temporada, y Jude me dejará...

—Preferiría que no me lo nombraras, si no te importa. Eres libre, absolutamente libre; lo que hagas en adelante es cuenta tuya.

—Muy bien. Pero quiero decirte que he empaquetado solo una o dos mudas y un par de cosas totalmente personales. Quiero que le eches una mirada al baúl antes de cerrarlo. Además de eso, me llevo solo un paquetito que cabrá en la maleta de Jude.

—¡No voy a ponerme a revisar tu equipaje! Lo que yo quisiera es que te llevaras las tres cuartas partes de los muebles de la casa. A mí me van a estorbar. Tengo cierto afecto por una o dos piezas que pertenecieron a mis padres. Pero lo demás, te agradecería que mandaras a alguien a recogerlo cuando te venga bien.

—Eso no lo haré nunca.

—Te vas en el tren de las seis y media, ¿no? Son ya las seis menos cuarto.

—Tú... ¡Tú no parece sentir mucho que me vaya, Richard! —No..., tal vez no.

—Me gusta mucho cómo te has portado. Es curioso que, desde el momento en que he empezado a considerarte no como mi marido sino como mi antiguo maestro, he comenzado a tenerte cariño. No voy a cometer la ridiculez de decir que te quiero, porque sabes que no es verdad, salvo como amigo. ¡Pero para mí eres un amigo de veras!

A Sue se le llenaron los ojos de lágrimas por un momento, al hacerse estas reflexiones; y pasó a recogerla el autobús de la estación. Phillotson mandó cargar sus cosas en la baca, la ayudó a subir, y se vio forzado a simular que la besaba mientras le deseaba buen viaje, cosa que ella comprendió perfectamente e hizo lo mismo. Por la manera cordial de despedirse, el conductor del autobús no pensó sino que ella se marchaba por unos días.

Al volver a casa, Phillotson subió al piso de arriba y abrió la ventana desde donde se dominaba el camino que el autobús había tomado. No tardó en perderse a lo lejos el ruido de las ruedas. Bajó entonces, con el rostro contraído de dolor; se puso el sombrero y emprendió el mismo camino por espacio de kilómetro y medio. Luego, de pronto, dio media vuelta y regresó a su casa.

No había hecho más que entrar, cuando la voz de su amigo Gillingham le saludó desde el salón.

—He estado un rato llamando; de modo que, viendo que estaba abierta la puerta, he entrado y me he sentado aquí a esperar. Ya te dije que vendría.

—Sí. Te lo agradezco mucho, Gillingham; y, sobre todo, que hayas venido esta noche.

—¿Cómo está tu mujer?...

—Muy bien. Se ha marchado: acaba de irse. Esa es su taza de té; no hará ni una hora que se lo ha tomado. Y ese es el plato que... —A Phillotson se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir. Se volvió y apartó a un lado los cacharros del té—. A propósito, ¿has tomado té? —preguntó entonces en un tono distinto.

—No... Sí... Bueno, no importa —dijo Gillingham, preocupado—. ¿Y se ha ido, dices?

—Sí... Habría dado mi vida por que se quedara; pero no soy capaz de ser cruel con ella en nombre de la ley. Al parecer, ha ido a reunirse con su amante. No tengo ni idea de lo que van a hacer. Sea lo que sea, tiene mi total consentimiento.

Había tal firmeza, tal aplomo en las palabras de Phillotson, que su amigo se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Quieres... que te deje solo? —preguntó.

—No, no. Es una suerte para mí que hayas venido. Tengo que arreglar algunas cosas y deshacerme de otras. ¿Quieres ayudarme?

Gillingham asintió. Subieron a las habitaciones de arriba; el maestro abrió los cajones y empezó a sacar todas las cosas que Sue se había dejado y a guardarlas en un baúl.

—No ha querido llevarse todo lo que yo hubiera deseado —prosiguió—. Pero ya que he decidido dejarla que viva a su manera, mi determinación es tajante.

—Otros hombres se habrían avenido a vivir separados.

—Ya le he dado bastantes vueltas a todo eso y no quiero discutirlo más. Yo era, y soy, el hombre más anticuado del mundo en cuestión de matrimonio. La verdad es que jamás se me ha ocurrido criticar sus principios morales. Pero se me han puesto de proa ciertos hechos y no he podido luchar contra ellos.

Siguieron guardando cosas en silencio. Cuando hubieron terminado, Phillotson cerró el baúl con llave.

—¡En fin! —dijo—. ¡Que le sirvan de adorno para otro, ya nunca más para mí!

IV. 5.

Veinticuatro horas antes, Sue había escrito la siguiente nota a Jude:

Se ha arreglado como te dije, y me marcho mañana por la tarde. Richard y yo hemos pensado que podría hacerse sin llamar la atención después de anochecer. Estoy un poco asustada y por eso te pido que no dejes de estar en el andén de Melchester para esperarme. Llegaré un poco antes de las siete. Naturalmente, sé que estarás, querido Jude; pero me siento tan cohibida que insisto en suplicarte que seas puntual. ¡Él ha sido muy amable conmigo en todo!

¡Hasta que nos veamos!,

S.

Mientras el autobús descendía más y más por la pendiente del pueblo encaramado, ella —la única pasajera esa tarde— miraba con tristeza la carretera que iba quedando atrás. Pero su semblante no reflejaba la menor sombra de vacilación.

El tren que debía coger paraba solo a una señal que se le hiciera. A Sue le resultaba extraño que una organización tan poderosa como la del ferrocarril se detuviera solo por ella: una fugitiva de su hogar legítimo.

A los veinte minutos de viaje llegaba a su destino, y Sue empezó a recoger sus cosas para apearse. En el momento en que el tren se detuvo en el andén de Melchester, una mano se agarró a la portezuela y apareció Jude. Entró en el compartimento con presteza. Llevaba una bolsa negra en la mano y vestía el traje oscuro que se ponía los domingos y por las tardes al terminar el trabajo. En general, tenía el aspecto de un joven apuesto; el ardiente afecto que sentía por ella le brillaba en los ojos.

—¡Oh, Jude! —Le cogió las manos con las suyas, y su estado de tensión se resolvió en una serie de sollozos convulsivos—. ¡Qué alegría más grande! ¿Bajo aquí?

—No. ¡Lo que voy a hacer es subir yo! He recogido mis cosas. Además de esta bolsa, solo llevo un baúl, que he facturado.

—Entonces, ¿no bajo? ¿Es que no vamos a quedarnos aquí?

—¿No te das cuenta de que no podríamos? Aquí nos conocen...; a mí, por

lo menos, me conocen demasiado. He facturado mi equipaje para Aldbrickham; y aquí tienes tu billete, puesto que el que llevas solo te sirve hasta aquí.

—Yo creía que íbamos a quedarnos a vivir aquí —repitió ella.

—Es mejor que no.

—No, claro.

—No me ha dado tiempo a escribirte y decirte el lugar adonde había pensado que nos fuéramos. Aldbrickham es una ciudad mucho más grande, de sesenta o setenta mil habitantes, y nadie sabe nada de nosotros allí.

—¿Y has dejado tu trabajo de la catedral aquí?

—Sí. Un poco improvisadamente... Tu carta me pilló de sorpresa. En realidad, habrían podido obligarme a que terminara la semana. Pero yo he dicho que la cosa era muy urgente, y me han dejado. Estaba dispuesto a dejarlo en cuanto me lo pidieras, cariño. ¡La verdad es que lo he dejado ya más de una vez por ti!

—Presiento que te estoy haciendo mucho daño. He echado a perder tus proyectos de entrar en la Iglesia; echo a perder los progresos de tu trabajo; ¡todo!

—La Iglesia ya no significa nada para mí. ¡Déjala estar! No seré uno de
Los santos-soldados que, línea tras línea,
arden todos por alcanzar la cumbre gloriosa,
¡si es que existe! Mi felicidad suprema no está allá arriba, sino aquí.

—¡Qué mala soy... trastornando la vida de los hombres de esta manera! —dijo ella, reflejando en su voz la emoción que había empezado a embargar la de él. Pero no bien hubo recorrido el tren una veintena de kilómetros, Sue había recobrado ya su serenidad.

—Ha sido muy bueno dejándome marchar —volvió a decir—. Y aquí tengo una nota que encontré en mi tocador dirigida a ti.

—Sí. Es un hombre que vale mucho —dijo Jude mirando la nota—. Me avergüenzo de odiarle por haberse casado contigo.

—De acuerdo con la regla de los caprichos femeninos, ahora supongo que debería sentirme repentinamente enamorada de él por haberme permitido marchar con tanta generosidad, cosa que yo no me esperaba —contestó ella sonriendo—. Pero soy tan fría, o desagradecida, o tan lo que sea, que ni siquiera su generosidad ha hecho que le ame o que me arrepienta o sienta deseos de seguir a su lado como esposa, aunque sí me ha conmovido su

grandeza de ánimo, y le respeto más que nunca.

—Eso puede que no nos ayude en lo nuestro tanto como si hubiera sido menos benévolo y te hubieras fugado en contra de su voluntad —murmuró Jude.

—Eso no lo habría hecho nunca.

Jude se quedó mirándola con aire meditabundo. Luego, súbitamente, la besó, y quiso besarla otra vez.

—¡No...; uno nada más..., por favor, Jude!

—Eres cruel —replicó; pero accedió—. Me ha pasado una cosa extraña —continuó Jude tras un silencio—. Arabella me ha escrito para pedirme que solicite el divorcio: le haría un gran favor, dice. Quiere casarse honrada y legalmente con ese hombre con el que ya lo está virtualmente; y me pide que se lo haga factible.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Le he contestado que sí. Al principio me pareció que no sería posible sin crearle complicaciones en su segundo matrimonio, y yo no quiero perjudicarla por ningún concepto. ¡Después de todo, puede que ella no sea peor que yo! Pero por aquí no saben nada, y me he enterado de que no es nada difícil llevarlo a cabo. Si ella quiere empezar una nueva vida, yo tengo razones de sobra para no ponerle trabas.

—Entonces, ¿quedarás libre?

—Sí; quedaré libre.

—¿Para dónde has sacado los billetes? —preguntó ella, con la falta de continuidad de ideas que la caracterizaba esa noche.

—Para Aldbrickham; ya te lo he dicho.

—Pero llegaremos muy tarde, ¿no?

—Sí. He pensado en eso y he telegrafiado pidiendo una habitación para nosotros dos en el hotel Temperance de allí.

—¿Una?

—Sí...; una.

Sue le miró.

—¡Oh, Jude! —dijo apoyando la frente contra un rincón del compartimento—. Me figuraba que harías eso y que iba a decepcionarte. ¡Pero no era esa mi intención!

En la pausa que siguió, los ojos de Jude se quedaron clavados, con expresión atontada, en el asiento de enfrente.

—¡Bueno...! —dijo—. ¡Bueno!

Se quedó callado; y al ver Sue lo frustrado que se había quedado, pegó su mejilla contra la de él, murmurando:

—¡No te enfades, cariño!

—No..., si no estoy enfadado —dijo—. Solo que... yo lo había entendido de esta forma... ¿Se trata de un cambio repentino de idea?

—¡No tienes ningún derecho a hacerme esa pregunta, y no te voy a contestar! —dijo ella sonriendo.

—Mi vida, para mí tu felicidad está por encima de todo (aunque parece que tenemos tendencia a regañar a menudo) y tu voluntad es ley. Espero que no me tomes por un simple... egoísta. ¡Sea como tú quieras! —Después de reflexionar un momento, su semblante adoptó un aire de perplejidad—. A lo mejor es que no me quieres... ¡o que te has sometido al fin a los convencionalismos! ¡Aunque los odio por ti, espero que sea por eso y no por algún motivo más terrible!

Ni siquiera en ese momento tan propicio a la confesión fue Sue capaz de sincerarse completamente y explicarle el enigma que era su corazón.

—Achácalo a mi timidez —dijo con precipitada ambigüedad—; a la timidez natural de una mujer que atraviesa una crisis. Yo puedo pensar, lo mismo que tú, que tengo perfecto derecho desde este momento a vivir contigo como tú habías pensado. Puedo mantener la opinión de que, en una sociedad ideal, el padre del hijo que tenga una mujer será para ella una cuestión tan íntima como su ropa interior, sobre la que nadie tendrá derecho a preguntar. Pero en cierto modo, debido tal vez a la generosidad de Richard al devolverme mi libertad, preferiría ser un poquitín rígida. Si me hubiera escapado por una escala de cuerda y él nos hubiera perseguido con dos pistolas, la cosa habría sido distinta. ¡Pero no insistas y no me critiques, Jude! Comprende que no tengo la valentía de mis opiniones. Sé que soy una pobre criatura desdichada. ¡Mi naturaleza no es tan apasionada como la tuya!

Él se limitó a repetir:

—Yo pensaba... lo que era natural que pensara. Pero si no vamos a ser amantes, no lo seremos. Seguro que Phillotson está convencido de que lo somos. Mira lo que me ha escrito.

Abrió la carta que ella le había traído y leyó:

Quiero ponerte una sola condición: que seas amable y comprensivo con

ella. Sé que la quieres. Pero incluso el amor puede ser cruel a veces. Vosotros estáis hechos el uno para el otro: eso es una cosa clara y palpable para cualquier persona imparcial. Tú has sido siempre el «tercero» en mi corta vida con ella. Te lo repito, cuídame a Sue.

—¡Qué bueno es!, ¿verdad? —dijo ella conteniendo las lágrimas; y, después de reflexionar, exclamó—: ¡Estaba muy resignado a dejarme marchar..., casi demasiado resignado! Nunca estuve tan cerca de quererle como cuando le vi cuidar de todos los preparativos para que me resultara cómodo el viaje, incluso ofreciéndome dinero. Pero no me enamoré. Si alguna vez llegara a quererle un poquitín nada más, volvería con él; incluso ahora.

—Pero no le quieres, ¿verdad?

—Es cierto...; ¡terriblemente cierto! No le quiero.

—¡Y casi me temo que a mí tampoco! —dijo él con sequedad—. ¡Ni a nadie, quizá!... Sue, a veces, cuando estoy enfadado contigo, creo que eres incapaz de amar de verdad.

—¡Eso no está bien ni es leal por tu parte! —dijo, y apartándose de él todo lo que pudo, se puso a mirar hacia la oscuridad. Y añadió en tono ofendido sin volverse—: Tal vez mi modo de querer no sea el de otras mujeres. Pero siento una dicha de una suprema delicadeza estando contigo, y no quiero ir más lejos y arriesgarlo todo por... ¡tratar de hacerlo más intenso! Ya me había dado perfecta cuenta de que al venir corría el riesgo que corre toda mujer con un hombre. Pero tratándose de mí y de ti, decidí confiar en que tú pondrías mi deseo por encima de tu placer. ¡No discutamos más, Jude!

—De acuerdo, si ello te causa remordimientos...; pero tú me quieres mucho, ¿verdad, Sue? ¡Por favor, dime que sí! ¡Dime que me quieres la cuarta parte, la décima parte de lo que te quiero yo, y seré feliz!

—Te he dejado que me beses, y eso ya dice bastante. —¡Déjame otra vez!

—Venga..., no seas tan ansioso.

Jude se recostó hacia atrás y dejó de mirarla durante largo rato. Le vino a la memoria aquel episodio que le había contado de su vida pasada, el del desventurado estudiante de Christminster a quien ella había tratado del mismo modo, y se veía corriendo ese mismo torturador destino.

—¡Resulta bastante extraña esta fuga! —murmuró Jude—. A lo mejor te estás valiendo de mí para huir de Phillotson. ¡Palabra que casi parece que es eso... viéndote sentada ahí, tan tiesa!

—Haz el favor de no enfadarte, ¡no te lo permito! —dijo ella en tono conciliador, volviéndose y sentándose más cerca de él—. Acabas de darme un beso y no me ha sabido nada mal precisamente, Jude, lo reconozco. Solo que

no quiero que empieces otra vez... dadas las circunstancias, ¿no lo entiendes?

No podía rebatirle nunca sus argumentos cuando discutían (y ella lo sabía muy bien). Así que se sentaron el uno junto al otro con las manos cogidas, hasta que a ella le vino algo a la cabeza.

—¡No me es posible ir a esa posada Temperance, ahora que has enviado el telegrama!

—¿Por qué no?

—¡Lo puedes comprender muy bien!

—Bueno; alguna otra habrá que esté abierta. ¡A veces pienso que, desde que te casaste con Phillotson por culpa de aquel estúpido escándalo, bajo el artificio de mantener un criterio independiente, estás tan esclavizada por el código social como cualquier mujer!

—En teoría, no. Lo que pasa es que después no tengo la valentía de mis propias ideas, como te he dicho antes. De todas maneras yo no me casé con él por el escándalo. Hay veces en que el deseo de ser amada de una mujer ocupa la mayor parte de su conciencia, y aunque se angustia ante la idea de tratar a un hombre con crueldad, le anima a que la siga amando, aunque ella no le quiera en absoluto. Luego, al verle sufrir, le vienen los remordimientos y hace lo que puede por reparar el mal que ha cometido.

—En otras palabras, quieres darme a entender que has estado coqueteando despiadadamente con el pobre viejo y que luego te has arrepentido, y para repararlo te has casado con él aun a costa de condenarte a un verdadero suplicio.

—Bueno, ¡puedes expresarlo con esa brutalidad si quieres!, algo hay de verdad en ello... Eso y el escándalo, todo junto... ¡y el haberme ocultado tú lo que debías haberme dicho antes!

Jude se daba cuenta de que estaba llorosa y apenada porque se había metido con ella y trató de suavizar la cosa diciendo:

—Bueno, cariño; ¡no importa! ¡Crucifícame si quieres! ¡Tú sabes que para mí lo eres todo en el mundo, pase lo que pase!

—¡Que soy muy mala y no tengo escrúpulos...; eso es lo que crees! — dijo, tratando de disimular sus lágrimas.

—¡Creo y sé que tú eres mi querida Sue, y que ni el tiempo ni el espacio, ni las dificultades presentes ni venideras podrán apartarme de ti!

Aunque complicada en muchos aspectos, era tan infantil en otros que bastó esto para contentarla, y llegaron al final del viaje más amigos que nunca. Eran alrededor de las diez cuando entraba el tren en Aldbrickham, ciudad del

condado del Wessex Norte. Como ella no quería quedarse en el hotel Temperance por los términos con que Jude había redactado el telegrama, preguntaron por otro; un mozo les cogió el equipaje y se ofreció a llevarlos a uno que había un poco más abajo, El Jorge, que resultó ser la posada donde Jude había pasado la noche con Arabella cuando se encontraron después de una separación de años.

Sin embargo, debido a que entraron por otra puerta y a su preocupación, no reconoció el lugar al principio. Después de ocupar sus respectivas habitaciones, bajaron a cenar. Aprovechando una ausencia momentánea de Jude, la camarera habló con Sue.

—Me parece, señora, que recuerdo a su pariente o amigo o lo que sea; ha venido otra vez por la noche como ahora, con su esposa, o por lo menos con una mujer que no se parecía en nada a usted, y estuvo del mismo modo que con usted.

—¿Seguro? —dijo Sue con cierto sobresalto—. No creo, ¡debe de haberse confundido! ¿Cuándo fue eso?

—Hará un mes o dos. Ella era una mujer hermosa, más bien llena. Alquilamos esta habitación.

Cuando regresó Jude y se sentó a cenar, Sue tenía una expresión ausente y desolada.

—Jude —dijo con voz quejumbrosa esa noche, cuando iban a despedirse en el rellano de la escalera—, ¡esto no me parece de buen gusto ni es portarse con delicadeza como nos solíamos portar entre nosotros! ¡No me gusta la habitación... ni puedo soportar este lugar! ¡Y, además, ya no te quiero como antes!

—¡Qué nerviosa estás, cariño! ¿Por qué te pones así de repente?

—¡Porque es una crueldad traerme aquí!

—¿Por qué?

—Porque estuviste aquí recientemente con Arabella. ¡Ea, ya lo he dicho!

—¡Válgame Dios, cómo...! —dijo Jude mirando en torno a sí—. ¡Pues es verdad, es la misma! De veras que no me había dado cuenta, Sue. Bueno... no es crueldad en el plan que venimos: como dos parientes que vienen a quedarse juntos.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvisteis aquí? ¡Dímelo, dímelo!

—El día antes de encontrarte en Christminster, cuando volvimos juntos a Marygreen. Te dije que me encontré con ella.

—Sí, me dijiste que la habías visto, pero no me lo contaste todo. Tu versión era que hablasteis como dos personas extrañas que no eran marido y mujer a los ojos del Cielo..., no que te reconciliaste con ella.

—No nos reconciamos —dijo él con tristeza—. No te lo puedo explicar, Sue.

—Me has mentido; ¡tú, mi última esperanza! ¡Nunca lo olvidaré, nunca!

—¡Pero Sue, mi vida, si solo vamos a ser amigos por expreso deseo tuyo, no amantes! Es una tremenda falta de sentido por tu parte que...

—¡Los amigos pueden tener celos!

—A mí me parece que no. Tú no me concedes a mí lo más mínimo, y yo te lo tengo que conceder a ti todo. Al fin y al cabo, tú has estado en muy buenas relaciones con tu marido hasta hace poco.

—No, no lo hemos estado, Jude. ¡Cómo puedes pensar eso! Tú me has engañado aunque no fuera esa tu intención. —Se sentía tan humillada que Jude se vio obligado a llevarla a su habitación y cerrar la puerta para que la gente no pudiera oírlos—. ¿Fue en esta habitación? Sí, sí fue... ¡Lo veo en tu cara! ¡No quiero quedarme en ella! ¡Qué traición, haberla tenido en tus brazos otra vez! ¡Yo he saltado por la ventana!

—Pero, Sue, ella era mi legítima esposa después de todo, si no...

Sue se dejó caer de rodillas y se puso a llorar hundiendo el rostro en la cama.

—En mi vida he visto cosa igual...; es como el perro del hortelano —dijo Jude—. ¡No me puedo acercar a ti, pero a otra tampoco!

—¡No comprendes mi sentimiento! ¿Por qué? ¿Por qué eres tan bruto? ¡Yo he sido capaz de saltar por la ventana!

—¿Que has saltado por la ventana?

—No te lo puedo explicar.

Era cierto que Jude no comprendía muy bien sus sentimientos. Pero algo sí; y esto le hacía quererla más.

—Yo...; yo creía que no querías a nadie..., que no deseabas a ninguna en el mundo más que a mí por entonces... ¡y siempre! —prosiguió Sue.

—Y es verdad. ¡No quería a nadie más, y ahora tampoco! —dijo Jude tan apenado como ella.

—Pero debes haber pensado mucho en ella, o...

—No; eso no era necesario; tú no lo comprendes...; ¡eso no lo pueden

comprender las mujeres! ¿Por qué tienes que coger ese berrinche por una tontería?

Ella levantó la vista desde la colcha y dijo con tono provocativo, entre pucheros:

—Si no llega a ser por eso, tal vez me habría decidido a ir al hotel Temperance como tú querías; ¡porque ya empezaba a pensar que te pertenezco!

—¡No tiene importancia! —dijo Jude, distante.

—Yo creía que, efectivamente, ella no había vuelto a ser tuya desde que os separasteis, hace ya un montón de años. Yo creía que al separarnos de ese modo, tú de ella y yo de mi marido, el matrimonio terminaba.

—Yo no puedo decir una palabra más sin hablar mal de ella, y no quiero hacerlo —dijo él—. Sin embargo, tengo que decirte una cosa para terminar la discusión. Ella se ha casado con otro hombre: ¡se ha casado de verdad! Y yo no me enteré de eso hasta después de marcharnos de aquí.

—¿Que se ha casado con otro?... Eso es un delito a los ojos del mundo, aunque yo no lo veo así.

—Vaya; ya vuelves a ser la misma. Sí, es un delito..., cosa que a ti no te convence, pero que no te atreves a negar. ¡Pero nunca hablaré mal de ella!; evidentemente, tiene un resquemor en la conciencia que la empuja a pedirme que solicite el divorcio cuanto antes, para volver a casarse legalmente con ese hombre. Así que comprenderás que no es fácil que vuelva a verla.

—¿De veras que no sabías nada de todo eso cuando la viste? —dijo Sue más serena, mientras se levantaba.

—No. ¡Teniendo en cuenta todas estas cosas, creo que no deberías estar enfadada, cariño!

—No lo estoy. ¡Pero de todos modos no iré al hotel Temperance!

—No importa —le dijo él riendo—. Con estar cerca de ti me considero feliz. Es más de lo que merece este ser miserable y terrenal llamado Yo; tú, en cambio, eres espíritu, criatura incorpórea; queridísimo, adorable fantasma inasequible... apenas sin consistencia ¡hasta el punto de que cuando te rodeé con mis brazos casi esperaba que pasaran a través de ti como si abrazara el aire! Perdóname si soy groseramente material, como tú dices. Recuerda que fue una trampa eso de llamarnos primos cuando en realidad ni siquiera nos conocíamos. La enemistad entre nuestros padres te revestía a mis ojos de un atractivo aún más intenso que el mero deseo de tener una nueva amistad.

—¡Recítame entonces esos versos maravillosos del Epipsychidion, de

Shelley, como si estuvieran dedicados a mí! —rogó ella, acercándosele—. ¿Los conoces?

—No me sé casi ninguna poesía —replicó Jude con pesar.

—¿De veras? Escucha algunas:

Había un ser con quien mi espíritu, a menudo,
se encontraba en su quimérico vagar por las alturas.

Un serafín del Cielo, demasiado dulce para ser humano,
velado bajo esa radiante figura de mujer...

¡Demasiado halagador, así que no sigo! ¡Pero dime que soy yo! ¡Dímelo!

—Eres tú, mi vida; ¡eres así exactamente!

—¡Bueno, entonces te perdono! Y me puedes besar una vez, pero aquí... y no mucho. —Se puso la punta del dedo cuidadosamente en la mejilla, y él hizo lo que le mandó—. ¿De veras me quieres mucho, a pesar de que yo a ti no?

—¡Sí, amor mío! —dijo él con un suspiro; y le dio las buenas noches.

IV. 6.

Al volver a su pueblo natal de Shaston, el maestro de escuela Phillotson había despertado el interés y los recuerdos de sus habitantes, que, aunque no le elogiaban por sus conocimientos como habrían hecho en cualquier otra parte, sí tenían por él un sincero respeto. Cuando, poco después de su llegada, llevó a su casa a una preciosa mujer —peligrosamente guapa para él si no andaba con ojo, según decían—, se alegraron de tenerla entre ellos.

Transcurrió algún tiempo después de la huida de Sue del hogar sin que su ausencia suscitara ningún comentario. A los pocos días de marcharse ella, había venido otra joven a ocupar su puesto de instructora, por lo que no llamó la atención, ya que la sustitución de Sue parecía meramente provisional. Pero cuando, al cabo de un mes, Phillotson admitió casualmente ante un conocido que ignoraba el paradero de su mujer, comenzó a despertarse la curiosidad; hasta que la gente, sacando sus propias conclusiones, llegó a afirmar que Sue le había engañado y se había fugado. La melancolía del maestro, cada vez mayor, y su falta de interés por el trabajo, contribuyeron a consolidar esta idea.

Aunque Phillotson había guardado silencio durante el tiempo que pudo, salvo con su amigo Gillingham, su honradez y rectitud no le permitieron callar por más tiempo al enterarse de las falsas interpretaciones que se hacían de la

conducta de Sue. Un lunes por la mañana, el presidente del Comité escolar fue a visitarle, y, después de ocuparse de los asuntos de la escuela, llamó aparte a Phillotson, lejos de los niños para que no los oyeran.

—Perdone que le haga una pregunta, Phillotson, ya que todo el mundo habla de ello: ¿es cierto que sus asuntos familiares..., que su mujer no se ha ido de visita, sino que se ha fugado con un amante? Si es así, quiero expresarle mi sincera condolencia.

—No —dijo Phillotson—. No ha habido ningún secreto en su marcha.

—¿Se ha ido a visitar a unos amigos?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que ha pasado?

—Se ha marchado en circunstancias que corrientemente hacen compadecer al marido. Pero yo le di mi consentimiento.

El presidente parecía no haber captado la observación.

—Lo que digo es completamente cierto —continuó Phillotson pertinaz—. Ella me pidió que la dejara marcharse con su amante, y yo la dejé. ¿Por qué no? Es mayor de edad, así que el problema debe resolverlo su propia conciencia..., no la mía. No soy su carcelero. No me es posible explicar más. Además, no me gusta que me pregunten.

Los niños observaban la seriedad que reflejaban los semblantes de los dos hombres, y cuando fueron a sus casas dijeron a sus padres que había sucedido algo nuevo en el asunto de la señora Phillotson. Luego la criadita de Phillotson, que era una niña que acababa de terminar su escolaridad, fue diciendo que el señor Phillotson había ayudado a su señora a hacer las maletas, le había ofrecido el dinero que necesitara y había escrito una amable carta al joven con quien ella iba a reunirse diciéndole que la cuidara. El presidente del comité meditó todo esto detenidamente, consultó con otros miembros del comité y, por fin, notificó a Phillotson que convocaría una reunión para hablar con él privadamente. La reunión duró bastante tiempo, y el maestro de escuela regresó a casa pálido y cansado, como de costumbre. Gillingham le estaba aguardando.

—Bueno; ya ha pasado lo que tú decías —observó Phillotson, dejándose caer en una butaca completamente rendido—. Me han pedido que les mande mi dimisión por mi escandalosa conducta, por concederle la libertad a mi mujer... o, como ellos dicen, por proteger el adulterio. ¡Pero no la presentaré!

—Si yo estuviera en tu lugar, sí lo haría.

—Yo no. No es asunto de ellos. Eso no tiene absolutamente nada que ver

con mi capacidad profesional. Que me expulsen si quieren.

—Si la armas, te verás en los periódicos y no volverán a contratarte jamás en una escuela. Mira, ellos tienen que tener en cuenta que lo que tú hiciste lo ha hecho un profesor de la juventud y que eso puede traer repercusiones en las costumbres del pueblo, y según el sentir común de la gente, tu situación es indefendible. Permite que te lo diga.

Sin embargo, Phillotson no quiso escuchar este prudente consejo.

—Me tiene sin cuidado —dijo—. No me voy, a no ser que me echen. Y por una razón bien sencilla: porque si presento mi dimisión significa que reconozco que he obrado mal; y la verdad es que cada día estoy más convencido de que a los ojos del Cielo, y según toda justicia natural y humana, he hecho estrictamente lo que debía.

Gillingham se daba cuenta de que por mucho que se empeñara, su amigo no podría sostener semejante actitud; pero no replicó, y a su debido tiempo — que fue un cuarto de hora después—, le llegó la carta oficial de su destitución; y es que los miembros del comité habían prolongado la reunión tras la marcha de Phillotson para redactarla. Este contestó que no aceptaba esa destitución y organizó una asamblea pública a la que acudió puntualmente, a pesar de que se le veía tan demacrado y enfermo que su amigo le había insistido en que se quedara en casa. Cuando se levantó a explicar las razones por las que había rechazado la decisión del comité, lo hizo con firmeza, tal como se las había expuesto a su amigo, y afirmó, además, que el problema era una cuestión familiar que no les concernía a ellos. Este argumento se lo impugnaron alegando que las excentricidades privadas de un profesor caían totalmente dentro del área de control del comité, ya que repercutían en la moral de sus alumnos. Phillotson replicó que no veía cómo un acto de caridad natural podía dañar la moral.

Todos los respetables habitantes y gentes acomodadas del pueblo se pusieron en contra de Phillotson. Pero para sorpresa suya se levantaron una docena o más de campeones, como brotados del suelo, en su defensa.

Se ha dicho ya que Shaston era el puerto donde anclaba un curioso e interesante grupo de gentes ambulantes que frecuentaban las numerosas ferias y mercados que tenían lugar por todo Wessex durante los meses de verano y otoño. Aunque Phillotson no había cruzado jamás una palabra con ninguno de estos señores, ahora ellos aportaban noblemente un heroico refuerzo en su defensa. El grupo comprendía dos buhoneros, el dueño de un barracón de tiro al blanco con las chicas que cargaban los rifles, un par de profesores de boxeo, el encargado de un ti vivo, dos mujeres que hacían escobas por los pueblos y se decían viudas, uno que andaba vendiendo pan de jengibre, el dueño de unos columpios y uno de esos forzudos con los que el público puede medir su

fuerza.

Esta generosa falange de defensores, y algunos otros de criterio independiente cuyas propias experiencias conyugales habían atravesado las mismas vicisitudes, se levantaron y estrecharon efusivamente la mano de Phillotson; después de lo cual manifestaron todos ellos a la asamblea sus puntos de vista con tal vehemencia que en seguida se organizó la discusión, y el resultado fue una batalla campal en la que destrozaron una pizarra, rompieron los cristales de tres ventanas de la escuela, un tintero fue a estamparse contra la pechera de un concejal, un capillero se vio catapultado de tal modo contra el mapa de Palestina que metió la cabeza exactamente en Samaria, y de allí salieron infinidad de ojos amoratados y narices ensangrentadas, una de las cuales fue, para horror de todo el mundo, la del venerable párroco, debido al celo de un deshollinador que había tomado partido en favor de Phillotson. Cuando el maestro vio la cara del párroco manando sangre comenzó a lamentar, casi gimoteando, todos estos desdichados y bochornosos incidentes, y sintió en el alma no haber presentado la dimisión cuando se la pidieron, marchándose a casa tan enfermo que a la mañana siguiente no pudo levantarse de la cama.

El grotesco y lamentable incidente fue el comienzo de una seria enfermedad; y siguió postrado en su lecho solitario, en el patético estado de ánimo del hombre maduro que comprende al fin que su vida intelectual y familiar se encamina hacia la oscuridad y el fracaso. Gillingham iba a verle por las tardes y en una de las ocasiones mencionó el nombre de Sue.

—¡A ella le tiene sin cuidado lo que a mí me pase! —dijo Phillotson—. ¿Por qué iba a importarle?

—Pero no sabe que estás enfermo.

—Tanto mejor para ella y para mí.

—¿Dónde viven ella y su amante?

—En Melchester, supongo; al menos él vivía allí hace algún tiempo.

Cuando Gillingham llegó a su casa, se sentó y se puso a reflexionar, y por último escribió una carta anónima a Sue con el sobre dirigido a nombre de Jude, a la capital diocesana. Al llegar a dicha ciudad, la remitieron a Marygreen, al Wessex Norte, y de aquí la envió a Aldbrickham la única persona que sabía la dirección que tenían ambos actualmente: la viuda que había asistido a su tía.

Tres días después, al atardecer, cuando ya el sol se ocultaba con todo su esplendor por las tierras bajas de Blackmoor y las ventanas de Shaston semejaban lenguas de fuego a ojos de los campesinos del valle, al enfermo le

pareció que alguien entraba en la casa, y unos minutos después llamaron a la puerta del dormitorio. Phillotson guardó silencio; se abrió la puerta con indecisión y apareció... Sue.

Llevaba un vestido claro y primaveral, y su llegada fue como una aparición: como el vuelo de una polilla. Phillotson alzó los ojos hacia ella y se sonrojó; pero pareció reprimir su primer impulso de hablar.

—No he venido por nada —dijo Sue inclinando su atemorizado rostro hacia él—. Solo me he enterado de que estabas enfermo..., muy enfermo; y..., y como sé que tú reconoces que puede existir otra clase de afecto entre hombre y mujer además del físico, he venido.

—No estoy muy grave, mi querida amiga. Solo me encuentro indispuerto.

—No lo sabía; ¡y me temo que solo una enfermedad grave habría justificado mi visita!

—Sí..., sí. ¡Y casi habría preferido que no hubieses venido! Quiero decir que es un poco demasiado pronto. Pero ya que estás aquí, vamos a aprovecharlo lo mejor que podamos. Supongo que no has oído decir nada de la escuela.

—No...; ¿qué pasa?

—Nada; que me voy a otro pueblo. El comité y yo no nos entendemos y lo tengo que dejar...; eso es todo.

Ni por un instante sospechó ella, ni en ese momento ni después, las desastrosas consecuencias que le acarreó a él el haberla dejado que se fuera; ni una sola vez se le pasó por la cabeza ni recibió noticia alguna de Shaston. Hablaron de cosas triviales e intrascendentes, y cuando la pasmada criadita subió el té, le dijo él que trajera otra taza para Sue. Aquella jovencita estaba muchísimo más interesada en la historia de lo que ellos se figuraban, y al bajar la escalera alzó los ojos y los brazos en un exagerado gesto de asombro. Mientras sorbían el té, Sue se acercó a la ventana, y dijo con aire meditabundo:

—Es preciosa la puesta de sol, Richard.

—Desde aquí casi todas son maravillosas debido a los rayos que atraviesan la neblina del valle. En fin, yo me las tengo que perder, puesto que no llegan hasta este oscuro rincón donde tengo que estar acostado.

—¿No te gustaría ver esta en particular? Es como si se hubieran abierto las puertas del cielo.

—¡Ah, sí! Pero no puedo.

—Yo te ayudaré.

—No... Esta cama no puede correrse.

—Pero ahora verás lo que voy a hacer.

Se dirigió al aguamanil, que tenía un espejo orientable, y lo corrió hasta la ventana colocándolo de modo que reflejara la luz del sol, luego movió el espejo hasta que los rayos del sol fueron a dar en la cara de Phillotson.

—¡Mira!... ¡Mira qué sol más rojo y más grande! —dijo ella—. Estoy segura de que te gustará...; ¡ya verás como sí! —Hablabla en un tono infantil, contrito, afable, como si no pudiera hacer demasiado por él.

Phillotson sonrió con tristeza.

—¡Eres una criatura verdaderamente singular! —murmuró, con el sol deslumbrándole los ojos—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a verme, después de lo que pasó?

—¡Dejemos estar lo que pasó! —se apresuró a decir—. Tengo que coger el autobús para la estación, ya que Jude no sabe que he venido; estaba fuera a la hora de salir, así que volveré inmediatamente. Richard, estoy muy contenta de ver que te encuentras mejor. No me odias, ¿a que no? ¡Has sido un amigo muy bueno para mí!

—Me alegro de saber que piensas eso —dijo Phillotson con sequedad—. ¡No, no te odio!

Se hizo de noche muy de prisa en la oscura habitación durante esa charla intermitente, y cuando encendieron las velas y llegó la hora de marcharse, Sue le puso la mano encima de las suyas... o más bien la deslizó fugazmente entre las de Phillotson, porque así era de expresiva. Al marcharse, casi había cerrado ya la puerta, cuando él la llamó:

—¡Sue!

Había notado, en el momento en que ella se dirigía a la puerta, que se iba con el rostro lloroso y los labios temblorosos.

Fue una falta de tacto hacerla volver; se dio cuenta al llamarla. Pero no pudo remediarlo, y ella volvió.

—Sue —murmuró—, ¿quieres que hagamos las paces y te quedas? ¡Te prometo perdonarte y olvidarlo todo!

—¡Oh, no puedes, no puedes! —dijo ella atribuladamente—. ¡Es imposible que lo olvides ahora!

—¿Es que él es ya tu marido, quiero decir de hecho, naturalmente?

—Puedes suponerlo. Está en trámites para divorciarse de su mujer, Arabella.

—¡Su mujer! Eso sí que es una noticia para mí; conque estaba casado.

—Fue un mal matrimonio.

—Como el tuyo.

—Como el mío. Lo hace más por ella que por él mismo. Su mujer le escribió pidiéndole que le hiciera ese favor, porque así ella podría casarse y llevar una vida respetable. Y Jude ha accedido.

—Una esposa... Hacerle un favor. Sí, claro; el favor de dejarla en completa libertad... Pero todo esto a mí no me gusta. Yo puedo perdonarte, Sue.

—¡No, no! ¡Tú no puedes volver a recibirme, ahora que he sido lo bastante perversa... como para hacer lo que he hecho!

Se había despertado en el semblante de Sue ese temor incipiente que siempre surgía en ella cuando él cambiaba de amigo a marido, obligándola a adoptar una actitud defensiva frente a los sentimientos conyugales de él.

—Ahora debo irme. Ya volveré...; ¿puedo?

—Yo no te pido que te vayas, ni siquiera ahora. Lo que te pido es que te quedes.

—Gracias, Richard; pero debo marcharme. Puesto que no estás tan grave como yo había pensado, no me puedo quedar.

—Es suya...; ¡suya de pies a cabeza! —dijo Phillotson; pero tan débilmente que Sue no le oyó mientras cerraba la puerta. Por temor a que el maestro reaccionara de manera impulsiva y sentimental, y quizá también por cierto pudor a confesar lo que él consideraría una arbitrariedad propia de su habitual volubilidad de carácter, no se atrevió a decirle que sus relaciones con Jude, hasta el momento, eran incompletas; y Phillotson se quedó sufriendo las torturas del infierno al pensar en la mezcla endemoniada y terrible de aversión y simpatía que le manifestaba aquella mujer que llevaba su apellido, y que tanta prisa se daba por regresar con su amante.

Gillingham estaba tan interesado en los problemas de Phillotson, y tan seriamente preocupado por él, que subía a Shaston dos o tres veces por semana, aunque entre ir y volver el viaje representaba unos quince kilómetros, trayecto que tenía que hacer entre la hora del té y la de la cena, después de todo un día de trabajo en la escuela. Cuando pasó a verle después de la visita de Sue, encontró a su amigo abajo en el salón, y Gillingham observó que su estado de ansiedad había cedido y se encontraba más sereno y tranquilo.

—Ha estado aquí después de venir tú la última vez —dijo Phillotson.

—¿Quién, tu mujer?

—Sí.

—¡Ah! ¿Habéis hecho las paces?

—No... Vino nada más que a arreglarme la almohada con sus blancas y pequeñas manos; hizo el papel de solícita enfermera durante media hora y luego se fue.

—¡Por vida de!... ¡La muy tunanta!

—¿Qué dices?

—¡No...; nada!

—¿Qué piensas?

—Pienso que es una mujercita inasequible y antojadiza. Si no fuera tu mujer...

—No lo es; es de otro, salvo ante la ley. Y estoy pensando en algo que ella misma me sugirió mientras hablábamos, y es que en atención a ella debía solicitar la disolución legal del lazo que nos une. Y es extraño, pero ahora es cuando pienso que lo puedo hacer: ahora que ella ha vuelto aquí y ha rechazado mi ofrecimiento de que se quedara contando con mi perdón. Creo que esta visita suya me da la oportunidad de pedir el divorcio, aunque hasta ahora no se me había ocurrido. ¿De qué me vale seguir teniéndola sujeta a mí si no es mía? Yo sé (vamos, estoy completamente seguro) que ella consideraría este paso como el gesto más caritativo que yo podría tener con ella. Porque, aunque siente simpatía por mí como persona y me compadece e incluso llora por mí, como marido en cambio no me puede soportar; hablando sin eufemismos, me detesta. Me detesta, y mi única alternativa honrosa, digna y humanitaria es completar lo que ya está empezado... Y por imperativo de la vida también, sería preferible que ella fuese independiente. Yo he arruinado ya irremisiblemente mi porvenir por hacer lo que creía que era mejor para los dos, aunque ella no lo sepa; de aquí a que me muera, solo veo ante mí una espantosa miseria, porque jamás me volverán a aceptar como profesor. Aún me daré por satisfecho si consigo sacar lo bastante para subsistir lo que me resta de vida, ahora que me he quedado sin trabajo. En esas condiciones es preferible vivir solo. Y también puedo decirte que lo que me ha dado la idea de dejarla libre es cierta noticia que ella me ha dado: que Fawley está en trámite de divorciarse también.

—¡Ah!, pero ¿está también casado? ¡Vaya una pareja rara!

—Bueno..., no era tu opinión lo que quería. Lo que iba a decirte es que el liberarla yo no va a perjudicarla lo más mínimo, sino que le brindará una posibilidad de ser feliz como no había soñado ella hasta ahora. Porque entonces podrán casarse, cosa que debían haber hecho desde un principio.

Gillingham no se dio prisa en contestar.

—Puede que no esté de acuerdo con tus razones —dijo lentamente, porque respetaba siempre cualquier parecer, aunque no lo compartiera—. Pero creo que está bien tu decisión... si eres capaz de llevarla a cabo. Aunque no sé si podrás.

QUINTA PARTE

EN ALDBRICKHAM Y OTROS LUGARES

V. 1.

Podemos ver en seguida cómo se disiparon las dudas de Gillingham, si nos saltamos la serie de incidentes y meses penosos que siguieron a los acontecimientos del capítulo anterior y llegamos a un domingo del mes de febrero del año siguiente.

Sue y Jude vivían en Aldbrickham y mantenían exactamente las mismas relaciones que habían establecido entre sí cuando ella abandonó Shaston para reunirse con él el año anterior. Los trámites judiciales les llegaban solo como un rumor lejano, junto con alguna carta que apenas entendían.

Como de costumbre, se habían sentado a tomar juntos el desayuno en una casita a nombre de Jude, por la que pagaba quince libras mensuales de alquiler más tres libras de impuestos diversos, y que había amueblado él con las vetustas pertenencias de su anciana tía, gastándose en traerlas de Marygreen más de lo que valían. Sue vivía en la casa y se ocupaba de todo.

Al entrar en la habitación esa mañana, Sue traía en la mano una carta que acababa de recibir.

—Bueno, ¿de qué se trata? —le preguntó él después de darle un beso.

—La sentencia provisional del caso Phillotson versus Phillotson y Fawley, fallada hace seis meses, acaba de ser declarada definitiva.

—¡Ah! —dijo Jude mientras se sentaba.

El pleito de Jude contra Arabella había tenido la misma conclusión un mes o dos antes. Ambos casos eran demasiado insignificantes para aparecer en los periódicos y solo habían quedado registrados los nombres en una larga lista de casos parecidos.

—¡Ahora, Sue, pase lo que pase, puedes hacer lo que te apetezca! —Miró a su amada con curiosidad.

—Ahora somos los dos tan libres como si no nos hubiéramos casado nunca, ¿verdad?

—Igual..., a no ser, me parece, que un cura se niegue personalmente a casarte otra vez y deje el trabajo para otro.

—Pero yo me pregunto: ¿es ese exactamente nuestro caso? Sé que generalmente es así. ¡Pero tengo la desagradable sensación de que he conseguido mi libertad a base de falsos pretextos!

—¿Cómo?

—Pues... que si se hubiera conocido la verdad sobre nosotros, no habría sido esa la sentencia. El juicio se ha resuelto así solo porque no ha habido ninguna defensa y hemos dejado que prosperaran falsas suposiciones. Desde luego, mi libertad es legal. Pero ¿lo es propiamente?

—Bueno..., ¿y por qué has dejado que la cosa se basara en una suposición falsa? La única persona a la que puedes echarle la culpa es a ti misma —dijo él maliciosamente.

—¡Jude, por favor! No deberías ser tan quisquilloso con eso a estas alturas. Debes tomarme como soy.

—Muy bien, cariño, no lo seré. Tal vez tengas razón. En cuanto a lo que me preguntabas, nosotros no estábamos obligados a probar nada. Eso era asunto de ellos. De cualquier modo, vivimos juntos.

—Sí. Aunque no como ellos piensan.

—Una cosa es verdad: que decida lo que decida la sentencia, cuando un matrimonio se ha disuelto, se ha disuelto. Esa es la ventaja que tenemos por ser unas personas oscuras; te resuelven estas cosas por la vía rápida. Lo mismo pasó con el caso de Arabella y mío. Yo tenía miedo de que se llegara a descubrir el delito de su segundo matrimonio y la sancionaran; pero nadie se interesó por ella... ni le preguntaron ni sospecharon nada. De haber sido personajes importantes, habríamos tenido un sinfín de dificultades y habrían pasado días y días en investigaciones.

Sue fue contagiándose gradualmente del buen humor de su enamorado por esta sensación de libertad y le propuso salir al campo a pasear, aunque tuvieran que hacer una comida fría. Jude accedió. Sue subió a arreglarse y se puso un vestido de colores alegres para celebrar su libertad; al verla, Jude se puso una corbata más clara.

—Ahora vamos a pavonearnos por ahí cogidos del brazo como cualquier

pareja de novios —dijo él—. Legalmente estamos en nuestro derecho.

Salieron de la ciudad y siguieron andando por un sendero que atravesaba las tierras llanas de los alrededores y los campos de cultivo que ahora estaban helados, sin verdor ni cosecha alguna. La pareja estaba, sin embargo, tan absorta en su nueva situación que apenas se daba cuenta del paisaje.

—Bueno, cariño, el resultado de todo esto es que podremos casarnos, después de que pase un espacio de tiempo decente.

—Sí; supongo que sí —dijo Sue sin entusiasmo.

—¿Es que no quieres?

—No es que no quiera, Jude, cariño; pero mi manera de sentir es exactamente la misma que antes. Tengo el mismo miedo a que ese lazo férreo del matrimonio mate el afecto que tú sientes por mí y el que siento yo por ti, como ocurrió con nuestros desdichados padres.

—Pero ¿qué podemos hacer? Yo te quiero y tú lo sabes, Sue.

—Lo sé de sobra. Pero pienso que me gustaría muchísimo seguir viviendo siempre como si fuéramos novios, como ahora, y viéndonos solo de día. Es muchísimo más dulce..., al menos para la mujer, cuando está segura de su compañero. Sobre todo ahora que ya no tenemos por qué estar tan pendientes de las apariencias.

—Nuestras experiencias matrimoniales no han sido muy alentadoras, desde luego —dijo él con cierta tristeza—; bien por nuestra propia forma de ser, descontenta y poco práctica, bien por nuestra mala suerte. Pero nosotros dos...

—Sería juntar dos descontentos, lo que resultaría el doble de catastrófico... Me parece, Jude, que empezaría a tenerte miedo desde el momento en que te comprometieras a quererme bajo el sello del Gobierno y ese mismo trámite me autorizara a mí a ser amada por ti... ¡Uf, qué horrible, qué sórdido me parece todo eso! Aunque seas libre, yo me fío de ti más que de ningún otro hombre en el mundo.

—¡No, no... no digas que el matrimonio sería capaz de cambiarme! —protestó él; no obstante, su voz delataba cierto temor también.

—Aparte de nosotros y de nuestras desdichadas rarezas, resulta extraño a la naturaleza del hombre amar toda la vida a una persona porque se le ha dicho que debe y tiene que estar enamorado de esa persona. Probablemente habría más posibilidad de que lo hiciera si se le dijese que no la amara. Si la ceremonia del matrimonio consistiera en el juramento y la firma de un contrato por ambas partes comprometiéndose a no amarse a partir de esa fecha, por haber sido autorizada la posesión, y a evitar lo más posible estar juntos en público, habría más parejas de enamorados de las que hay hoy en

día. ¡Figúrate la de citas clandestinas que tendrían el marido y la mujer perjuros, la de veces que negarían haberse visto, que treparían a las ventanas de los dormitorios y se esconderían en los armarios! Entonces habría muy pocas relaciones frías.

—Sí; pero aun admitiendo que eso sea cierto, tú no eres la única persona en el mundo que lo ve, mi pequeña Sue. La gente sigue casándose porque no puede resistirse a las fuerzas naturales, aunque muchos se dan cuenta perfectamente de que tal vez están comprando el placer de un mes con la desdicha de toda una vida. Estoy seguro de que mis padres, lo mismo que los tuyos, comprendieron eso, si es que tenían el mismo hábito de observación que nosotros. Pero de todos modos se casaron, porque tenían pasiones comunes. Pero tú, Sue, una criatura tan fantasmal, incorpórea, si me permites decirlo, tienes tan escasa pasión animal en tu interior que puedes imponer la razón sobre la materia, cuando los demás infortunados mortales, hechos de burda materia, no podemos.

—Bueno —suspiró ella—, acabas de reconocer que la cosa terminaría mal para nosotros. Y yo no soy una mujer tan excepcional como tú crees. Hay menos mujeres de las que crees a quienes les gusta el matrimonio; y solo van a él por la dignidad que les confiere y las ventajas sociales que consiguen a veces: dignidad y ventajas de las que estoy completamente decidida a prescindir.

Jude volvió una vez más sobre su antigua queja: que con la intimidad que ahora tenían, no la había oído nunca decir honesta y sinceramente que le amaba o que podría amarle.

—A veces temo que sea porque no puedes —dijo él con una incertidumbre que se acercaba al enfado—. Y sigues igual de reticente. Yo sé que las mujeres se aconsejan unas a otras que no deben decir nunca toda la verdad a un hombre. Pero la forma más elevada de afecto se basa en una absoluta sinceridad por ambas partes. Las mujeres no saben que cuando un hombre piensa en aquellas con las que ha tenido relaciones sentimentales, su corazón se siente más unido a la que ha sido completamente sincera con él. Los mejores hombres, aunque se dejan cautivar por las que se muestran esquivas y vanas, no son retenidos por ellas. Una Némesis acecha siempre a la mujer que juega al juego del engaño demasiado a menudo; y esta Némesis será el absoluto desprecio que tarde o temprano sentirán por ella sus viejos admiradores y que le acompañará hasta la tumba sin despertar la menor compasión.

Sue, que contemplaba la lejanía, adoptó una expresión culpable; y replicó de pronto con voz trágica:

—¡Creo que hoy no te quiero lo mismo que antes, Jude! —¿No? ¿Por qué?

—Bueno, pues... porque no eres galante..., te pones demasiado sermoneador. ¡Aunque supongo que debo de ser tan mala y despreciable que me merezco el más riguroso de los reproches!

—No, no eres mala. Eres una mujer adorable. Pero escurridiza como una anguila cuando quiero arrancarte una confesión.

—¡Sí, soy mala, y terca, y de todo! ¡De nada sirve que digas que no! Las personas que son buenas no necesitan que se las regañe como a mí... Pero ahora ya no tengo a nadie más que a ti, y nadie puede salir en mi defensa; ¡es muy duro que no pueda decidir por mí misma cómo voy a vivir contigo, si casada o no!

—Sue, mi queridísima compañera, yo no pretendo obligarte a nada..., ¡pues no faltaba más! No está bien que seas tan suspicaz. Anda, no hablemos más de eso, seguiremos lo mismo que hasta ahora; durante el resto del paseo charlaremos de estas praderas solamente, y de los arroyos, y de las perspectivas que se les presenta a los agricultores para este año que viene.

Después de eso no volvieron a mencionar entre ellos el tema del matrimonio durante varios días, aunque viviendo como vivían, con solo un pasillo entre los dos, el tema estaba constantemente en el pensamiento de ambos. Sue ayudaba ahora a Jude materialmente: hacía poco que se dedicaba él a tallar lápidas y a labrar inscripciones por cuenta propia, instalado en un patio pequeño que había en la parte trasera de su casita; durante los descansos de sus tareas domésticas, ella le señalaba las letras en la piedra, y después de labrarlas Jude, las pintaba de negro. Era un trabajo inferior al que desempeñara antes como restaurador en la catedral, y sus únicos clientes eran las gentes humildes de la vecindad, que sabían lo barato que trabajaba este «Dude Fawley: Escultor de monumentos» (como se titulaba a sí mismo en el rótulo de la puerta), y le encargaban las sencillas lápidas que necesitaban para sus difuntos. Pero ahora se sentía más libre que antes, y era el único medio de que Sue, que deseaba fervientemente no representar una carga para él, pudiera echarle una mano.

V. 2.

Era una noche de finales de mes, y Jude acababa de regresar a casa después de asistir a una conferencia sobre historia antigua en una sala pública próxima a donde vivían. Sue, que se había quedado en casa durante su ausencia, le sirvió de cenar. En contra de su costumbre, no hizo ningún comentario. Jude cogió una revista y se sumió en su lectura hasta que, al levantar la vista, vio

que ella tenía una expresión preocupada.

—¿Te sientes triste, Sue? —preguntó.

Tardó un momento en contestar.

—Tengo un recado para ti —dijo.

—¿Ha venido alguien?

—Sí. Una mujer. —La voz de Sue tembló al hablar; de pronto se sentó, y poniéndose las manos en el regazo con gesto de desamparo, fijó la mirada en el fuego de la chimenea—. ¡No sé si he hecho bien o no! —prosiguió—. Le dije que no estabas en casa, y cuando me contestó que esperaría le dije que a lo mejor no podrías verla.

—¿Por qué dijiste eso, cariño? Supongo que querría alguna lápida. ¿Iba de luto?

—No. No iba de luto ni quería ninguna lápida; y me he figurado que no desearías verla. —Sue le miraba con ojos suplicantes.

—Pero ¿quién era? ¿No te lo ha dicho?

—No. No quiso dejar su nombre. Pero yo sé quién es..., ¡lo sé! ¡Es Arabella!

—¡Válgame el Cielo! ¿A qué habrá venido Arabella? ¿Por qué se te ha ocurrido pensar que es ella?

—No sabría decirlo. ¡Pero lo sé! Estoy completamente segura... por la manera de brillarle los ojos cuando me miró. Era una mujer más bien gorda y de pinta vulgar.

—Bueno..., yo no diría que Arabella es vulgar exactamente, a no ser por su manera de hablar, aunque puede que se haya vuelto un poco ahora por trabajar en una taberna. Era más bien guapa, cuando yo la conocí.

—¡Guapa! ¡Claro..., claro que lo es!

—Me ha parecido como si te temblaran los labios. Bueno, dejando eso aparte, puesto que ya no significa nada para mí y está casada con otro de corazón, ¿por qué habrá venido a molestarnos?

—¿Estás seguro de que está casada? ¿Tienes noticias concluyentes de que es así?

—No..., concluyentes no. Pero esa fue la razón por la que me pidió que nos divorciáramos. Ella y el hombre ese querían llevar una vida decente, según me dio a entender.

—¡Ay, Jude..., estoy segura de que era Arabella! —exclamó cubriéndose

los ojos con las manos—. ¡Qué desgraciada soy! ¡Haya venido a lo que haya venido, parece un mal presagio! Tú seguramente no podrías soportar verla, ¿a que no?

—Desde luego que no. Me sería muy doloroso hablar con ella ahora..., por ella tanto como por mí. Pero se ha marchado. ¿Dijo si volvería?

—No. Pero se fue de muy mala gana.

Sue, que se trastornaba ante cualquier pequeñez, no pudo probar bocado, y tan pronto como Jude acabó de cenar, subió a acostarse. No bien terminó él de apagar el fuego, pasar el cerrojo y subir la escalera, oyó que llamaban a la puerta. Sue, que no había hecho más que entrar en su habitación, salió precipitadamente.

—¡Es ella otra vez! —susurró Sue con acento aterrado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha llamado así antes.

Se quedaron atentos, y volvieron a llamar. No tenían criada, así que había de contestar uno de los dos.

—Me asomaré por la ventana —dijo Sue—. Sea quien sea, no esperará que le abramos a estas horas.

Entró en su habitación y abrió la ventana. La calle, habitada por gente trabajadora que se retiraba temprano, estaba desierta de un extremo a otro; solo se veía una figura: la de una mujer que paseaba arriba y abajo cerca de una farola que había unos metros más allá.

—¿Quién es? —preguntó él.

—¿Es usted el señor Fawley? —oyó decir a la mujer, con la voz inconfundible de Arabella.

Jude contestó que sí.

—¿Es ella? —preguntó Sue en voz baja desde la puerta de la habitación.

—Sí, cariño —dijo Jude—. ¿Qué quieres, Arabella? —preguntó.

—Perdóname, Jude, por venir a molestarte —dijo Arabella con humildad—. Pero he venido a verte antes..., quería verte urgentemente esta noche, si puede ser. ¡Estoy en un apuro y no tengo a nadie que pueda ayudarme!

—¿Tienes problemas, dices?

—Sí.

Hubo un silencio. Jude sintió nacer en su pecho una inoportuna simpatía

por ella ante esta súplica.

—Pero ¿no estabas casada? —preguntó.

Arabella dudó.

—No, Jude, no lo estoy —respondió—. Por fin él no quiso. Y estoy en un gran apuro. Dentro de poco me van a dar un puesto de camarera. Pero tendré que esperar algún tiempo, y de veras me encuentro en un apuro por una responsabilidad que me viene a caer encima desde Australia; si no, no habría venido a molestarte..., de veras que no. Es algo que quiero hablar contigo.

Sue estaba expectante, en una tensión dolorosa, escuchando cada palabra, pero sin decir ni una.

—¿Es por falta de dinero, Arabella? —preguntó él en un tono verdaderamente amable.

—Tengo bastante para pagarme la habitación esta noche y lo justo para volver.

—¿Dónde vives?

—Sigo en Londres. —Estaba a punto de darle la dirección, pero dijo—: Temo que puedan estar escuchándonos, así que no quiero entrar en detalles aquí en voz alta. Si quieres acompañarme un poco hacia la Posada del Príncipe, donde voy a quedarme esta noche, te lo explicaré todo. ¡Anda, hazme ese favor; te lo pido en nombre de nuestros viejos tiempos!

—¡Pobrecilla!... Creo que debo tener con ella la atención de escucharla —dijo Jude, que estaba perplejo—. Puesto que se va mañana, no creo que tenga mucha importancia.

—¡Pero puedes ir a verla mañana, Jude! ¡No vayas ahora, Jude! —dijo Sue suplicante desde la puerta—. ¡Eso es solo una trampa, estoy segura; igual que la que te tendió antes! ¡No, no vayas, cariño! Es una mujer de pasiones bajas..., ¡lo veo en su figura, se lo noto en la voz!

—De todos modos iré —dijo Jude—. No intentes detenerme, Sue. Bien sabe Dios lo poco que la quiero ahora, pero no deseo ser cruel con ella. —Se dirigió a la escalera.

—¡Pero ella no es tu mujer! —gritó Sue toda excitada—. Y yo...

—Y tú por ahora tampoco, cariño —replicó Jude.

—¿Pero es que vas a irte con ella? ¡No lo hagas! ¡Quédate en casa! ¡Por favor, por lo que más quieras, quédate en casa, Jude, no te vayas con ella, puesto que no es más mujer tuya que yo!

—Bueno, en cierto modo lo es más que tú si vamos a eso —dijo cogiendo

el sombrero con decisión—. Te he pedido que te cases conmigo, y he esperado con una paciencia propia del santo Job, y no veo yo que haya conseguido nada con mi abnegación. Seguramente le daré algún dinero y escucharé lo que está deseando contarme; ¡es lo menos que se puede hacer!

Había tanta determinación en su actitud, que Sue comprendió que era inútil oponerse. No dijo nada más, sino que volvió a su habitación humildemente como una mártir, y le oyó bajar, descorrer el cerrojo y cerrar tras él. Entonces, dejando a un lado su dignidad como hace toda mujer cuando no hay nadie que pueda sorprenderla, bajó presurosa entre acongojados sollozos. Escuchó. Sabía exactamente a qué distancia estaba la posada donde dijo Arabella que iba a quedarse esa noche. Tardarían unos siete minutos en llegar allí andando a un paso normal; y siete minutos para volver. Si no volvía en catorce minutos, es que se habían entretenido. Eran las once menos veinticinco. Pudiera ser que entrara en la posada con Arabella, ya que llegarían antes de cenar; quizá ella le obligara a beber algo; y solo el Cielo sabría qué calamidades le sobrevendrían entonces.

Sue siguió esperando sumida en muda incertidumbre. Parecía que había transcurrido ya el tiempo que ella había calculado, cuando se abrió la puerta y apareció Jude.

Sue dio un grito de alegría.

—¡Oh, sabía que podía fiarme de ti..., qué bueno eres!... —comentó.

—No la he encontrado en la calle y he salido en zapatillas. Se ha debido ir pensando que soy tan duro de corazón que no he querido escuchar lo que quería decirme, la pobre. He vuelto para ponerme las botas; está empezando a llover.

—Pero ¡por qué te tomas todas esas molestias por una mujer que se ha portado tan mal contigo! —dijo Sue, en un estallido de celos y de desilusión.

—Pero, Sue, se trata de una mujer, y hubo un tiempo en que la quería; yo no puedo ser un bruto en estas circunstancias.

—¡Ella ya no es tu mujer! —exclamó Sue con apasionada excitación—. ¡No debes salir a buscarla! ¡No está bien! No puedes irte con ella, ahora que es una extraña para ti. ¡Pero cómo puedes olvidar una cosa como esa, mi vida!

—Es la misma de siempre: una criatura sin rumbo, descuidada, irreflexiva —dijo mientras seguía poniéndose las botas—. Lo que esos leguleyos de Londres hayan decidido sobre nuestro caso no tiene nada que ver con mis verdaderas relaciones con ella. Si era mi mujer cuando estaba en Australia con otro marido, ahora lo sigue siendo.

—¡Pero no lo era! ¡Eso es lo que quiero hacerte ver! ¡Es absurdo!...

Bueno, volverás en seguida, dentro de unos minutos, ¿verdad que sí, cariño? ¡Es demasiado vulgar, demasiado ordinaria para hablar con ella durante mucho rato, Jude, y siempre lo ha sido!

—Tal vez sea grosero yo también, por desgracia. Tengo en mi interior el germen de todas las flaquezas humanas, estoy convencido..., por eso me di cuenta de que era una insensatez hacerme cura. Creo que me he salvado de entregarme a la bebida; ¡pero no tengo idea de qué vicio oculto se despertará en mi naturaleza! ¡Yo te quiero, Sue, aunque haya estado aguardando tanto tiempo para tan poca cosa! Todo lo mejor y más noble que hay en mí te ama, y tu desasimiento respecto a todo lo que es grosero me ha relevado y me ha permitido hacer lo que jamás habría imaginado que sería capaz de hacer, ni yo ni ningún hombre, hace un año o dos. Está muy bien proclamar el dominio de sí y denunciar la maldad que significa tener sometida a una mujer. ¡Pero me gustaría que unas cuantas personas virtuosas que condenaron en el pasado mi actitud hacia Arabella y otras cosas, se encontraran en este suplicio de Tántalo en que me encuentro yo en estas últimas semanas!... Se convencerían, me parece, de que me he sometido un poco al plegarme siempre a tus deseos... y viviendo aquí, en la misma casa, sin que haya nada entre nosotros dos.

—Sí, has sido muy bueno conmigo, Jude; demasiado bien lo sé, mi querido protector.

—Bueno..., Arabella ha recurrido a mí para pedirme ayuda. ¡Al menos debo salir y hablar con ella, Sue!

—¡Yo no digo nada!... ¡Si debes hacerlo, hazlo! —dijo ella estallando en unos sollozos que parecía que iban a partirle el corazón—. ¡No tengo a nadie más que a ti, Jude, y vas a dejarme! No sabía que eras así... No puedo soportarlo, ¡no puedo! ¡Si ella fuera tuya, sería diferente!

—O si lo fueras tú.

—Está bien..., si debo serlo, lo seré. ¡Puesto que tú lo quieres así, bueno! Lo seré. ¡No era esa mi intención! Y tampoco quería casarme otra vez... ¡Pero sí, de acuerdo, de acuerdo! Yo te quiero. ¡Debía haberme dado cuenta de que me conquistarías a la larga, viviendo como vivimos!

Corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—No soy una criatura fría y sin sexo, ¿verdad?, solo porque te haya mantenido a distancia. ¡Estoy segura de que tú no piensas eso de mí! ¡Espera y verás! Yo te pertenezco, ¿no? ¡Pues me rindo!

—Y yo arreglaré las cosas para nuestro matrimonio mañana, o tan pronto como tú quieras.

—Sí, Jude.

—Bueno, entonces dejémosla que se vaya —dijo él, abrazándola con dulzura—. No estaría bien que ahora fuera a verla. Ella no es como tú, mi vida, ni lo ha sido jamás: hablo solo con estricta justicia. No llores más. Toma y toma; y toma. —La besó a un lado, luego al otro, y en medio, y volvió a cerrar la puerta con cerrojo.

El día siguiente amaneció lluvioso.

—Bueno, cariño —dijo Jude alegremente en el desayuno—; como hoy es sábado, quiero ir a ver si pueden hacerse las primeras amonestaciones mañana mismo para no perder una semana. Las hacemos, ¿no? Porque así nos ahorramos una libra o dos.

Sue asintió con aire ausente. Pero en ese momento su pensamiento discurría por otros cauces. Había pasado el momento intenso de la pasión, y sus rasgos reflejaban el abatimiento.

—¡Estoy pensando en lo mala y egoísta que fui anoche! —murmuró—. Decididamente fue una falta de caridad o algo peor tratar así a Arabella. ¡No me importó que estuviera en apuros ni que quería hablar contigo! Puede que verdaderamente quisiera consultarte algo con toda justicia. ¡Esa es una manifestación más de mi maldad! El amor tiene sus oscuras leyes morales cuando interviene la rivalidad... Al menos, si el de los demás no las tienen, el mío sí... ¿Qué le pasaría anoche? ¡Ojalá que llegara bien a la posada, la pobre!

—Pues claro que llegó —dijo Jude con placidez.

—Espero que no encontrara la puerta cerrada y no tuviera que andar por esas calles bajo la lluvia. ¿Me dejas que me ponga el impermeable y vaya a ver si llegó bien? Llevo pensando en ella toda la mañana.

—Bueno..., no creo que sea necesario. No tienes ni idea de cómo sabe arreglárselas sola. De todas maneras, cariño, si quieres puedes ir a ver.

No tenía límites la cantidad de penitencias extrañas e inútiles que Sue se imponía humildemente cuando se sentía contrita, y era siempre instintivo en ella ir a ver especialmente a aquellas personas con las que estaba en tales relaciones que habrían precisamente hecho alejarse a cualquiera; así que la petición no sorprendió a Jude.

—Y cuando vengas —dijo él—, quisiera ir a eso de las amonestaciones. ¿Vendrás conmigo?

Sue dijo que sí y salió provista de impermeable y paraguas, dejando que Jude la besara y devolviéndole el beso como nunca lo había hecho hasta ahora. Decididamente, los tiempos habían cambiado.

—¡El pajarillo ha sido atrapado al fin! —dijo ella con una sombra de tristeza en su sonrisa.

—No..., solo ha llegado a su cobijo —afirmó él.

Echó a andar por la calle enfangada y no tardó en llegar a la posada que había mencionado Arabella, no lejos de allí. Le informaron que Arabella no se había marchado aún, y no sabiendo cómo hacerse anunciar, le envió recado de que había venido una persona amiga suya de la calle de la Primavera, y dio la dirección de Jude. Le rogaron que subiera, mostrándole la habitación de Arabella, y se encontró con que esta no se había levantado aún. Iba a dar media vuelta, cuando Arabella gritó desde la cama:

—Pasa y cierra la puerta.

Sue obedeció. Arabella estaba acostada de cara a la ventana y no se volvió inmediatamente; Sue fue lo bastante mala, pese a su arrepentimiento, como para desear por un instante que Jude hubiera podido ver a su antigua esposa en ese momento, con la luz del día dando de lleno sobre ella. Bajo la luz de las lámparas había podido parecer medianamente guapa de perfil, pero ahora tenía un aspecto desaliñado que impresionaba; y al ver el frescor juvenil de su propia persona reflejado en el espejo se animó; hasta que comprendió, tras una breve reflexión, que esa satisfacción suya era baja y sexual, y sintió asco de sí misma.

—Solo he venido a ver si no tuvo problemas anoche al volver y si se encontraba bien —dijo con amabilidad—. Me quedé preocupada después, por si le llegaba a pasar algo.

—¡Oh, qué idiotez! Creía que el que había venido a visitarme era... su amigo... su marido, señora Fawley, porque supongo que lo será usted, ¿no? —dijo Arabella, echando la cabeza sobre las almohadas con un gesto de desencanto y aflojando los hoyuelos que se había tomado el trabajo de hacer.

—No, no lo soy —dijo Sue.

—¡Ah!, creí que lo era, aunque él no fuera realmente suyo. La decencia es la decencia a cualquier hora del día.

—No sé qué quiere decir —dijo Sue con sequedad—. ¡Es mío, si es eso lo que quiere darme a entender!

—Ayer no lo era.

Sue se puso como una amapola, y preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Por la manera como me habló usted. Bueno, querida, se ha dado usted prisa; espero que mi visita de anoche la haya ayudado a decidirse..., ¡ja, ja! Pero no se lo quiero quitar.

Sue miró la lluvia, el tocador sucio, la cola de cabello postizo que Arabella

había colgado del espejo, como cuando vivía con Jude, y se sintió arrepentida de haber venido. En ese momento llamaron a la puerta y la doncella entró con un telegrama para la «señora Cartlett».

Arabella lo abrió sin levantarse de la cama y su ceño desapareció.

—Le agradezco mucho que se haya preocupado por mí —dijo suavemente, cuando la doncella se hubo marchado—; pero no era necesario que se molestase. Definitivamente mi hombre no puede pasarse sin mí y consiente en mantener la promesa de casarnos que me hizo al principio. ¡Mire lo que dice! Este viene en respuesta de uno que yo le mandé. —Le tendió el telegrama para que Sue lo leyera, pero esta no se lo cogió—. Me pide que vuelva. Dice que la taberna que tiene en Lambeth se le irá a pique si no le ayudo. ¡Pero ese no me vuelve a poner la mano encima el día que tenga una copa de más, sobre todo ahora que estamos más casados por las leyes inglesas que nunca!... En cuanto a usted, si yo estuviera en su lugar camelaría cuanto antes a Jude para que me llevara al altar de una vez. Se lo digo como amiga.

—Él lo está deseando —replicó Sue con frío orgullo.

—Entonces adelante, por Dios. Que después la vida con un hombre no viene a ser más que una especie de negocio, y las cuestiones de dinero andan mejor. Y luego mire, si te peleas y te pone de patitas en la calle, tienes la ley que te protege, cosa que no tendría una de otra manera, a no ser que te arreara una cuchillada o te partiera la cabeza de un estacazo. Y si se larga y te deja (se lo digo como amiga, de mujer a mujer, porque nunca se sabe de lo que es capaz un hombre), entonces tienes la ganga de poder quedarte con los muebles sin que te tengan por ladrona. Yo me voy a casar con mi hombre otra vez, ahora que está dispuesto, ya que la cosa quedó un poco deslucida en la primera ceremonia. En el telegrama que le mandé anoche le decía que Jude y yo casi nos habíamos arreglado; ¡eso es lo que ha debido asustarle! A lo mejor nos habíamos arreglado de verdad, si no llega a ser por usted —dijo riendo—; y entonces, ¡qué diferente sería todo! ¡No hay hombre más bobo que Jude cuando una mujer se encuentra en apuros y le camela un poquitín! Se porta igual que con los pájaros y los bichos. De todas maneras, ya que todo ha salido bien, es como si hubiéramos hecho las paces y la perdono. Y se lo digo otra vez: arregle su asunto legalmente lo antes posible. Tropezará con un montón de problemas más adelante si no lo hace.

—Ya le he dicho que él me ha pedido que nos casemos: que convirtamos nuestro matrimonio natural en un matrimonio legal —dijo Sue, con más dignidad aún—. Es por deseo mío exclusivamente por lo que no nos hemos casado ya.

—¡Ah, sí!... Es usted una mujer fuerte, como yo —dijo Arabella mirando a su visitante con humorístico cinismo—. Dejó plantado al primero, lo mismo

que yo, ¿verdad?

—Bueno, ¡adiós, buenos días!... Tengo que marcharme —dijo Sue apresuradamente.

—Y yo también; ¡tengo que levantarme y largarme de aquí! —replicó la otra saltando de la cama tan de improviso, que temblaron las partes blandas de su persona. Sue se hizo a un lado con azoramiento—. ¡Por Dios, que soy una mujer nada más..., no un fenómeno de dos metros!... Un momento, querida —prosiguió, poniendo la mano sobre el brazo de Sue—. Era verdad que quería consultar cierto asunto con Jude, como le dije a él. Vine por eso, más que por otra cosa. ¿Podrá venir a hablar conmigo a la estación? Yo tengo que irme ahora para allá. ¿No? Bueno, le escribiré. No quería decírselo por carta, pero no importa: lo haré.

V. 3.

Cuando Sue llegó a casa, Jude la estaba esperando en la puerta para ir a hacer la primera gestión para la boda. Ella se cogió de su brazo y se fueron los dos sin decir palabra, como suelen hacer los buenos compañeros. Jude vio que estaba preocupada y se abstuvo de preguntarle.

—¡Ah, Jude..., he estado hablando con ella! —dijo por fin—. ¡Me gustaría no haber ido! Y, sin embargo, es mejor tener presentes ciertas cosas.

—Espero que se haya portado con educación.

—Sí. Me... me cae simpática, no lo puedo remediar..., aunque no sea más que un poco. No le falta generosidad; y me alegro de que se le hayan resuelto de pronto todos los problemas. —Le explicó que la habían vuelto a reclamar, lo que le permitiría recuperar su posición—. Me ha hablado de lo nuestro. Y lo que Arabella me ha dicho me ha convencido más que nunca de lo espantosamente vulgar que resulta una institución legal como el matrimonio..., una especie de trampa para atrapar a un hombre. No puedo soportar ni pensar en ello. ¡Me gustaría no haber prometido dejarte que fueras a pedir las amonestaciones esta mañana!

—Bueno, por mí no te preocupes. Puedo hacerlo en cualquier otro momento. Yo pensaba que a lo mejor te gustaría solucionar eso cuanto antes.

—La verdad es que no estoy ahora más inquieta de lo que estaba antes. Quizá con cualquier otro hombre me habría sentido un poco inquieta; pero entre las poquísimas virtudes que poseen tu familia y la mía, cariño, creo que debe contarse la constancia. Así que no tengo el más mínimo temor de

perderte, ahora que soy verdaderamente tuya y tú eres realmente mío. De hecho, siento mi espíritu más aliviado que antes, porque mi conciencia está tranquila respecto a Richard, ahora que puede hacer uso de su libertad. Antes me parecía que le estábamos engañando.

—Sue, cuando te pones así, más que habitante de un país cristiano me pareces una de esas mujeres que surgen en las grandiosas civilizaciones de la Antigüedad que yo solía estudiar en mis tiempos, cuando malgastaba horas y horas leyendo a los clásicos. A veces casi espero que me digas que acabas de charlar con una amiga con la que te has tropezado en la Vía Sacra sobre las noticias más recientes de Octavia o de Livia; o que has estado escuchando la elocuencia de Aspasia o acabas de ver a Praxíteles trabajando en su última Venus, mientras Friné se quejaba de que estaba cansada de posar.

A la sazón habían llegado a la casa del sacristán. Sue se quedó abajo mientras Jude subía hasta la puerta. Cuando ya estaba con la mano levantada para llamar le gritó:

—¡Jude!

Él se volvió.

—Espera un minuto, ¿te importa?

Jude regresó a su lado.

—Vamos a pensarlo —dijo ella tímidamente—. ¡He tenido un sueño tan horrible esta noche!... Y Arabella...

—¿Qué te ha dicho Arabella? —preguntó Jude.

—Me ha dicho que al estar casada, las leyes la protegen a una si el hombre le pega..., y que cuando regaña el matrimonio... Jude, ¿estás seguro de que cuando tengas derecho a poseerme legalmente seremos tan felices como lo somos ahora? Los hombres y las mujeres de nuestra familia son muy generosos cuando todo depende de su buena voluntad, pero chocan siempre cuando se les exige. ¿No temes tú la actitud que sin querer puede resultar de una obligación legal? ¿No te parece que eso puede destruir una pasión cuya esencia consiste en su gratuidad?

—¡Palabra, mi vida, que me estás dando miedo a mí también con todos esos presagios! Bueno. Vámonos a casa y ya lo pensaremos mejor.

La cara de ella se iluminó.

—¡Eso..., vamos a pensarlo! —dijo.

Y se volvieron desde la puerta misma de casa del sacristán; Sue le cogió del brazo y murmuró mientras iban de camino a casa:

¿Puedes impedir el revoloteo de la abeja,
o que cambie la paloma torcaz el color de su cuello?
¡No! Ni puede el amor encadenado...

Lo pensaron mejor, o decidieron pensarlo mejor más adelante. En todo caso, lo aplazaron y les pareció que vivían en un paraíso de ensueño. Al cabo de dos o tres semanas, las cosas seguían igual, sin que las amonestaciones se leyeran en parroquia alguna de Aldbrickham.

Mientras lo iban retrasando y retrasando, una mañana antes del desayuno recibieron una carta y un periódico que les enviaba Arabella. Al ver la letra, Jude subió a la habitación de Sue a decírselo, y ella bajó tan pronto como estuvo arreglada. Sue abrió el periódico y Jude, la carta. Después de echarle una ojeada, le tendió el periódico señalándole con el dedo un párrafo de la primera página; pero él estaba tan embebido en la carta, que no levantó la vista.

—¡Mira! —dijo ella.

Jude miró y leyó. Era un diario que circulaba solo por el sur de Londres, y la noticia que señalaba era simplemente el anuncio de una boda en la iglesia de San Juan de la calle de Waterloo, con los nombres «Cartlett-Donn»; la pareja no era otra que la formada por Arabella y el tabernero.

—Bueno, esto ya es una tranquilidad —dijo Sue con satisfacción—. Aunque considero que sería demasiado bajo hacer lo mismo, me alegro... En fin, ella está segura por ahora en cierto sentido, tenga los defectos que tenga la pobre. Ha hecho bien en comunicárnoslo, en vez de tenernos inquietos por ella. Yo también debería escribir a Richard y preguntarle cómo le va, ¿verdad?

Pero Jude seguía leyendo absorto. Después de echar una mirada al anuncio, dijo con voz preocupada:

—Escucha la carta. ¡No sé ni qué decir ni qué hacer!

LOS TRES CUERNOS, Lambeth

Querido Jude (no quiero poner distancias llamándote señor Fawley):

Te envío hoy un periódico por el que sabrás que me casé otra vez con Cartlett el martes pasado. De manera que el asunto ha terminado definitivamente. Pero te escribo sobre todo por la cuestión de la que te quería hablar en privado cuando fui a Aldbrickham. No se lo podía contar a tu señora amiga, y desde luego hubiera preferido decírtelo de palabra, porque me explico mejor cuando hablo que cuando escribo. La cosa es, Jude, que aunque no te había dicho nunca nada, tuve un niño de nuestro matrimonio a los ocho meses de dejarte, cuando estaba en Sidney viviendo con mis padres. Todo eso

lo puedo probar fácilmente. Como me había separado de ti antes de sospechar nada y me encontraba allá, y habíamos regañado además tan en serio, no me pareció conveniente escribirte para darte la noticia. Yo estaba entonces tratando de conseguir una buena colocación, así que mis padres cuidaron del niño y desde entonces ha estado con ellos. Por eso no te dije nada cuando nos encontramos en Christminster, ni después en el juzgado. Tiene edad para comprender, por supuesto, y mis padres me han escrito recientemente diciéndome que como pasan dificultades allá, y yo me he situado bastante bien aquí, no ven por qué tienen que cargar más con el niño, puesto que viven sus padres. Yo lo traería conmigo, desde luego, pero aún no tiene edad para ayudar en el bar, tardaría años en poder hacerlo, y naturalmente Cartlett podría considerarlo un estorbo. En fin, de todos modos me lo mandan con unos amigos que por casualidad se vienen para acá, y quiero pedirte que te hagas cargo de él cuando llegue, porque yo no sabría qué hacer con él. Es legítimamente tuyo, lo juro con toda solemnidad. Si alguien te dijera que no lo es, llámale sucio embustero de parte mía. No importa lo que haya hecho yo antes o después, pero contigo he sido honrada desde que nos casamos hasta que nos separamos, así que te saluda y queda sinceramente tuya, etc.

ARABELLA CARTLETT

Sue tenía el semblante descompuesto.

—¿Qué vamos a hacer, cariño? —preguntó desmayadamente. Jude no contestó, y Sue se quedó mirándole con ansiedad, respirando pesadamente.

—¡Esto sí que es un golpe para mí! —dijo en voz baja—. ¡Es posible que sea verdad! No puedo probarlo. Efectivamente, si nació cuando dice ella, es mío. ¡No comprendo por qué no me lo dijo cuando nos encontramos en Christminster y nos vinimos aquella noche hasta aquí!... ¡Ah!, ahora recuerdo que me dijo que había algo que le gustaría que yo supiera, si alguna vez volvíamos a arreglarnos.

—¡Al pobre niño parece que no le quiere nadie! —replicó Sue, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Jude había logrado ya recobrar su ánimo.

—¡Mío o no, qué noción de la vida tendrá! —dijo—. Confieso que si las cosas me fueran mejor, no me pararía ni un momento a pensar de quién pueda ser. Me lo traería conmigo y lo criaría. ¿Qué significa al fin y al cabo la mezquina cuestión de la paternidad? Si te paras a pensar, ¿qué importa que un niño sea de tu misma sangre o no? Todos los niños de nuestro tiempo son colectivamente hijos nuestros, de los adultos de este mismo tiempo; así que tienen derecho a que los cuidemos en general. Ese amor exagerado de los padres para con sus propios hijos y ese desprecio por los de los demás, así

como el espíritu de clase, el patriotismo, el Antónpirulerismo y demás virtudes, no son en el fondo más que egoísmo ruin.

Sue se levantó de un brinco y besó a Jude con apasionada devoción.

—Sí... ¡Así es, mi vida! ¡Y lo traeremos aquí! Y si no es tuyo, tanto mejor. Quisiera que no lo fuera..., ¡pero creo que no está bien pensar eso! ¡Si no lo es, me gustaría tenerlo con nosotros como hijo adoptivo!

—¡Bueno, puedes pensar lo que quieras sobre el niño, mi pequeña y enigmática compañera! —dijo él—. Yo sé que, sea lo que sea, no me gustaría dejar abandonado al pobre crío. Piensa lo que sería su vida en un tugurio de Lambeth, con todas sus malas influencias, con una madre que no le quiere y que evidentemente casi no le ha visto, y un padrastro que no le conoce. «¡Maldito sea el día en que nací y la noche en que dijeron mis padres: hemos engendrado un hijo!». ¡Eso es lo que acabaré diciendo el niño, mi hijo, antes de que pase mucho tiempo!

—¡Eso no!

—Como soy el demandante, imagino que tendré derecho a hacerme cargo de él.

—Lo tengas o no, deberás traerlo con nosotros. Eso está claro. Haré lo que pueda para ser una madre para él, y ya verás cómo lo podemos arreglar para que esté con nosotros. Trabajaré más. ¿Sabes cuándo llegará?

—Dentro de unas semanas, supongo.

—Me gustaría... ¿Cuándo nos decidiremos a casarnos, Jude? —El día que tú quieras. La decisión es completamente tuya, cariño. Solo tienes que decir una palabra.

—¿Lo haremos antes de que venga el niño?

—Me parece muy bien.

—Así se encontrará en un hogar más natural, quizá —murmuró ella.

Jude escribió una carta en términos puramente formularios diciendo que le enviara al chico tan pronto como llegase, sin hacer la menor alusión a lo sorprendente que resultaba la noticia que Arabella les daba, sin mostrar la menor sombra de duda sobre la paternidad del niño, ni referirse a la actitud que él podía haber observado para con ella de haberlo sabido.

Al día siguiente, en el tren que llegaba a Aldbrickham a las diez de la noche, se hubiera podido ver la cara pálida y menuda de un niño en la oscuridad de un vagón de tercera. Tenía unos ojos grandes y asustados, y llevaba una corbata blanca de lana, sobre la que se veía una llave colgada del cuello con un cordelito: llamaba la atención esa llave al brillar a la luz de la

lámpara. En la cinta del sombrero llevaba metido medio billete de tren. Durante casi todo el viaje mantuvo los ojos fijos en el asiento de enfrente, sin volverlos hacia la ventanilla ni siquiera cuando el tren entraba en una estación y lo anunciaban a gritos. En el asiento de enfrente iban dos o tres personas; una de ellas era una trabajadora con una cesta en el regazo en la que llevaba un gatito. La mujer abría de cuando en cuando la tapa, y el gatito sacaba la cabeza y se ponía a jugar. Todos los viajeros se reían al verlo, menos el chico de la llave y el billete en el sombrero que, mirando al gatito con ojos como platos, parecía decir en silencio: «La risa nace siempre por equivocación. Bien mirado, no existe ningún ser que sea gracioso bajo el sol».

En una ocasión, aprovechando una parada, el revisor se asomó al compartimiento y le dijo al niño:

—¿Qué tal, valiente? Tu baúl va bien en el furgón de equipaje.

—Sí —dijo el muchacho con desánimo; trató de sonreír sin conseguirlo.

Era la Vejez disfrazada de Juventud, pero con tanta torpeza que su verdadera personalidad se entreveía por todos los resquicios. Un oleaje de tiempo ancestral y remoto parecía levantar de vez en cuando a la criatura en el amanecer de su vida, y entonces su rostro contemplaba el pasado a través de un Océano de Tiempo, y daba la impresión de que le dejaba indiferente lo que veía.

Cuando los demás viajeros cerraron los ojos, cosa que fueron haciendo uno tras otro —incluso el mismo gatito se ovilló en su cesta, cansado de su limitado campo de juego—, el muchacho siguió igual que antes. Incluso pareció doblemente despierto, como una divinidad esclava y reducida, sentado pasivamente y contemplando a sus compañeros como si viera el ciclo entero de sus vidas más que sus inmediatas formas corporales.

Era el hijo de Arabella. Con su habitual apatía, había esperado a anunciarle a Jude lo del niño hasta la víspera de su llegada, cuando ya era absolutamente imposible aplazarlo más, a pesar de que lo sabía desde hacía semanas y de que había ido a Aldbrickham, como ella misma dijera, principalmente con la intención de revelararle la existencia del niño y su intención de que viviera en casa de Jude. El mismo día en que ella recibió la respuesta de Jude, ya por la tarde, llegaba el niño a los muelles de Londres, y la familia con la que había venido, después de instalarle en un coche que salía para Lambeth y darle al cochero la dirección de su madre, se despidió de él y se fue.

A su llegada a Los Tres Cuernos, Arabella le miró con una expresión que podía significar: «Eres tal como yo te había imaginado»; le dio una buena comida, un poco de dinero, y a pesar de que ya se estaba haciendo de noche, lo embarcó en el primer tren porque no quería que le viese su marido Cartlett,

que estaba fuera.

El tren llegó a Aldbrickham y el niño fue depositado en el andén desierto junto a su baúl. El empleado le cogió el billete y, considerando que aquello era bastante raro, le preguntó adónde iba él solo a esas horas de la noche.

—A la calle de la Primavera —dijo el pequeño sin inmutarse.

—¡Hombre!, eso está muy lejos de aquí; casi en el campo; y la gente se habrá acostado ya.

—Tengo que ir allí.

—Te hará falta alquilar un coche para cargar el baúl.

—No. Tengo que ir andando.

—Bueno; entonces lo mejor será que dejes el baúl aquí y mandes a alguien por él. Hay un autobús que cubre la mitad del camino, pero la otra mitad tendrás que hacerla a pie.

—No me da miedo.

—¿Cómo es que no han venido a esperarte?

—Creo que no sabían que yo iba a venir.

—¿Quiénes son tus amigos?

—Madre me ha pedido que no lo diga.

—Bueno, entonces lo único que puedo hacer es cuidarte esto. Ahora, corre ligero.

Sin decir una palabra más, el chico salió a la calle, echó una ojeada alrededor para ver si alguien le seguía o le estaba mirando. Después de andar un corto trecho, preguntó por la calle adonde iba. Le dijeron que debía seguir todo recto hasta las afueras.

El niño emprendió una marcha firme y maquinal que en él tenía la misma impersonalidad que el movimiento de una ola, de una brisa o de una nube. Siguió literalmente la dirección indicada sin levantar la vista para cerciorarse. Por su actitud podría haberse adivinado que sus ideas sobre la vida eran distintas de las que tenían los niños del pueblo. Los niños reparan primero en los detalles, y de ahí aprenden a elevarse a lo general; empiezan con lo que les es inmediato, para ir abarcando gradualmente lo universal. Él, en cambio, parecía haber empezado por las generalidades de la vida, y nunca se preocupó de los detalles particulares. Para él, las casas, los sauces, los campos oscuros de más allá, no eran edificios de ladrillo, árboles, praderas, sino abstractas residencias humanas, vegetación y mundo sombrío y anchuroso.

Encontró la callejuela que buscaba y llamó a la puerta de la casa de Jude. Este acababa de acostarse, y Sue estaba a punto de entrar en la habitación contigua, cuando oyó llamar, y bajó.

—¿Es aquí donde vive mi padre? —preguntó el niño.

—¿Quién?

—El señor Fawley se llama.

Sue subió corriendo a decírselo a Jude; este bajó apresuradamente tan pronto como pudo, aunque Sue estaba tan impaciente que le pareció que tardaba una eternidad.

—¿Cómo... él... tan pronto? —preguntó a Jude al salir.

Sue examinó los rasgos del niño, y se metió de repente en el cuartito de estar de al lado. Jude colocó al niño a su altura, le miró atentamente con melancólica ternura, y diciéndole que habría ido a esperarle de haber sabido que llegaba tan pronto, lo depositó provisionalmente en una silla y fue en busca de Sue, porque conocía su naturaleza hipersensible y sabía que estaría muy afectada. La encontró en la oscuridad, reclinada sobre una butaca. La rodeó con sus brazos, y poniendo su cara junto a la de ella, susurró:

—¿Qué ocurre?

—¡Tiene razón Arabella...; tiene razón! ¡Te veo a ti en su cara!

—Bueno; por lo menos ya es algo que ha salido de mi vida como tenía que salir.

—¡Pero la otra mitad del niño es... ella! ¡Y eso es lo que no puedo soportar! Aunque tengo que hacerme el ánimo...; intentaré acostumbrarme; ¡sí, lo haré!

—¡Mi queridísima y celosilla Sue! Retiro todo lo que he dicho sobre tu naturaleza asexual. ¡No importa! El tiempo puede enderezar las cosas... ¡Y, Sue, cariño, tengo una idea! Lo educaremos y lo prepararemos para que ingrese en la Universidad. Lo que no he podido realizar yo mismo, ¿por qué no voy a poderlo llevar a cabo en él? Ahora se están haciendo más fáciles las cosas para los estudiantes sin recursos.

—¡Eres un soñador! —dijo ella, y cogiéndole de la mano volvió con él junto al niño.

El chico, al ver que Sue le miraba, la miró a su vez y preguntó:

—¿Es usted mi madre verdadera, por fin?

—¿Por qué? ¿Parezco la mujer de tu padre?

—Bueno, sí; solo que parece que él la quiere, y usted le quiere a él. ¿Puedo llamarla madre?

El niño la miró con ojos implorantes y se echó a llorar. Sue, al verle, no pudo contenerse y se echó a llorar también; era como un arpa que podía hacer vibrar el más leve soplo emotivo de otro corazón con la misma vehemencia que una sacudida del suyo.

—¡Puedes llamarme madre si quieres, pobrecito mío! —dijo pegando su mejilla contra la del niño para ocultar sus lágrimas.

—¿Qué llevas colgado del cuello? —preguntó Jude con afectada tranquilidad.

—La llave de mi baúl, que está en la estación.

Se pusieron los dos manos a la obra y le dieron de cenar, improvisándole después una cama, donde no tardó en quedarse dormido. Los dos se asomaron a verle.

—Te ha llamado madre dos o tres veces antes de quedarse dormido —murmuró Jude—. ¡Es extraño que te lo pidiera él!

—Bueno..., es muy significativo —dijo Sue—. Vamos a encontrar más cosas dignas de reflexión en ese corazoncito hambriento que en todas las estrellas del cielo. Debemos armarnos de valor y llevar a cabo esa ceremonia, ¿verdad? Es inútil luchar contra la corriente; me siento sumergida en mi especie. ¡Jude, me amarás con ternura después! ¿Verdad? Quiero ser muy buena con esa criatura y portarme como una madre; y si nos casamos legalmente, la cosa resultará más fácil para mí.

V. 4.

El siguiente y segundo intento de casarse fue más meditado, aunque empezaron a hacer las gestiones a la mañana siguiente de la llegada del extraordinario niño a su hogar.

Observaron que tenía la costumbre de permanecer sentado en silencio, con su extraño rostro impassible y sus ojos detenidos en cosas que no veía en realidad.

—Su cara parece la máscara trágica de Melpómene —dijo Sue—. ¿Cómo te llamas, pequeño? No nos lo has dicho, ¿verdad?

—Me llamaban siempre Padrecito Tiempo. Era un mote. Porque parezco un viejo, dicen.

—Y hablas también como una persona mayor —dijo Sue con ternura—. Es extraño, Jude, que estos niños tan excepcionalmente viejos vengan casi siempre de países nuevos. Pero ¿qué nombre te pusieron al bautizarte?

—No me bautizaron.

—¿Por qué?

—Porque si me moría sin acristianar, se ahorran el gasto del entierro cristiano.

—¿No te llamarás Jude, por casualidad? —dijo su padre algo desilusionado.

El niño movió negativamente la cabeza.

—Nunca lo había oído.

—Claro que no —dijo Sue con pereza—; ¡con lo que te odiaba ella entonces!

—Bien; te bautizaremos —dijo Jude; y volviéndose a Sue, le dijo aparte—: El día que nos casemos.

Sin embargo, la llegada del niño desconcertaba a Jude.

El hecho de no estar casados les hacía comportarse con timidez, y considerando que la boda civil era más discreta que la religiosa, decidieron no ir a la iglesia esta vez. Sue y Jude fueron juntos al Registro a presentar la solicitud: estaban tan compenetrados que ninguno de los dos podía hacer nada importante sin el otro.

Jude Fawley relleno el impreso mientras Sue presenciaba por encima de su hombro cómo iba escribiendo las palabras. Al leer el pliego, cosa que jamás había visto, en el que inscribieron su propio nombre y el de Jude, y en el que se daba por sentado que esa esencia tan volátil que es el amor iba a ser perenne, su semblante adoptó una expresión penosamente aprensiva: «Nombre y apellido de los contrayentes» (ahora debían ser contrayentes, no amantes, pensó ella). «Estado» (idea horrible). «Situación u ocupación». «Edad». «Domicilio». «Tiempo que residen en la localidad». «Iglesia o lugar donde debe celebrarse la boda». «Distrito y provincia donde viven los contrayentes respectivamente».

—¡Esto es echar a perder el sentimiento! —dijo Sue camino de casa—. Lo convierten en algo aún más sórdido que la firma del contrato en una sacristía. Celebrarlo en la iglesia todavía tiene su encanto. En fin, esta vez lo llevaremos a cabo.

—Claro que sí. «Porque, ¿quién es el hombre que ha desposado a una mujer y no la ha tomado? Dejad que regrese a su casa, no vaya a morir en la

batalla y otro hombre la tome por él». Eso es lo que dice el legislador judío.

—¡Cómo te sabes las Sagradas Escrituras, Jude! Verdaderamente, debías haber sido cura. ¡Yo solo puedo citar autores paganos!

Durante el tiempo que tardaron en tramitarles los papeles, Sue, cuando salía a hacer recados, pasaba a veces por delante del Registro y miraba furtivamente el anuncio de su proyectada boda clavado en la pared. No podía soportar el verlo. Después de su anterior experiencia matrimonial, el romance de su unión pareció morir al situar su caso actual en la misma categoría. Solía llevar al Padrecito Tiempo de la mano, e imaginaba que la gente pensaría que era suyo y que la proyectada ceremonia venía a reparar un viejo desliz.

Entretanto, Jude decidió unir de alguna manera su presente con su pasado invitando a la boda a la única persona que quedaba en el mundo relacionada con su niñez en Marygreen: a la anciana viuda Edlin, que había sido amiga de su tía abuela y enfermera suya durante su última enfermedad. No esperaba que acudiera; pero fue, y lo hizo provista de singulares regalos, tales como manzanas, mermelada, unas despabiladeras de azófar, una antigua fuente de peltre, un calentador y un saco enorme de plumas de oca para hacer un colchón. La instalaron en la habitación sobrante; se retiró muy temprano, y a través del techo de la sala de abajo pudieron oírla rezar fervorosamente el Padre Nuestro en voz alta, tal como lo dirigiría el pastor.

No obstante, como no conseguía dormirse, y Sue y Jude estaban aún levantados (de hecho no eran más de las diez), se vistió otra vez y bajó; y permanecieron todos juntos ante el fuego hasta bastante tarde..., incluso el Padrecito Tiempo; pero como no hablaba, casi no se daban cuenta de que estaba allí.

—Bueno, yo no soy contraria al matrimonio como lo era vuestra tía abuela —dijo la viuda—. Así que espero que hagáis una buena boda esta vez en todos los sentidos. Nadie lo puede desear más que yo, conociendo a vuestras familias como seguramente no las conoce nadie de los que quedan aún en el mundo. Porque bien sabe Dios lo desdichadas que han sido en ese aspecto.

Sue suspiró incómoda.

—Todos eran personas de buen corazón, incapaces de matar una mosca —prosiguió la invitada—. Pero las cosas les salían al revés y cualquier tontería los trastornaba. Y por eso le pasó lo que le pasó al de la historia que cuentan por ahí..., si es que era de vuestra familia.

—¿Qué historia? —dijo Jude.

—Bueno...; esa que cuentan: ya sabes, la del que ahorcaron en lo alto del monte, cerca de la Casa Marrón, no lejos de la señal que hay entre Marygreen

y Alfredston, de donde sale la otra carretera. Pero, ¡Señor!, eso fue en tiempos de mi abuelo, o sea que seguramente no era familia vuestra.

—Conozco muy bien el sitio donde estuvo plantada la horca —murmuró Jude—. Pero nunca oí hablar de eso. ¿Qué pasó? ¿Acaso ese hombre, ese antepasado de Sue y mío, mató a su mujer?

—No fue eso precisamente. Verás: ella le dejó y se fue con el niño que tenía a vivir con unos amigos, y estando con ellos murió el niño. Él quiso llevárselo para enterrarlo donde estaba enterrada su familia, pero ella no se lo quiso entregar. Entonces cogió el marido y se fue allá una noche con el carro y entró a escondidas en la casa para robar el ataúd; pero le cogieron, y como era un testarudo, no dijo a qué había entrado. Total, que le encerraron por robo con todas las agravantes, y por eso lo colgaron y ajusticiaron en el monte de la Casa Marrón. Después, la madre se volvió loca. Pero lo mismo podía ser familia vuestra que mía, el hombre ese.

Entonces, desde un rincón oscuro junto a la chimenea, oyeron una vocecita que parecía brotar de la tierra:

—¡Si yo fuera usted, madre, no me casaría con padre!

Era el Padrecito Tiempo el que había hablado, y los tres, que ya se habían olvidado de él, se sobresaltaron.

—Bueno, eso no es más que un cuento —dijo Sue alegremente.

Después de este divertido relato de la viuda en vísperas de la boda, se levantaron y, dándole a la invitada las buenas noches, se retiraron a descansar.

A la mañana siguiente, antes de salir, Sue, que se sentía cada vez más nervioso, llevó a Jude en secreto al cuarto de estar.

Jude, quiero que me des un beso espiritual de enamorado —dijo cobijándose en él temblorosa y con las pestañas mojadas—. ¡Ya nunca más volverá a ser igual! Hubiera querido no dar este paso. Pero supongo que debemos seguir adelante. ¡Qué horrible historia la de anoche!; ha echado a perder todas mis ilusiones de hoy. Parece como si un destino trágico se cerniera sobre nuestra familia, igual que ocurría en la casa de los Átridas.

—O en la de Jeroboán —dijo el exteólogo.

—Sí. ¡Y me parece una gran temeridad por nuestra parte que nos casemos! Voy a unirme a ti con las mismas palabras con que me uní a mi otro marido, y tú a mí con las mismas que empleaste para unirme a tu otra mujer; ¡sin hacer caso de esas desalentadoras experiencias!

—Si te produce inquietud, no puedo sentirme feliz —dijo él—. Yo esperaba que te sintieras completamente dichosa. Pero si no, no. De nada sirve

fingirlo. Sería bastante triste para ti; ¡y, de rechazo, también para mí!

—Es que me resulta desagradable, como aquella otra mañana...; eso es todo —susurró ella—. Venga, vamos.

Salieron cogidos del brazo camino del Registro, sin más testigo que la viuda Edlin. El día era frío y triste, y una bruma pegajosa que provenía de la Real fortaleza del Támesis envolvía la ciudad. Los peldaños de la oficina estaban sucios del barro de los pies de la gente que había entrado, y el vestíbulo estaba lleno de paraguas mojados. Dentro se encontraban varias personas reunidas, y nuestra pareja entró en el momento en que estaban casando a un soldado y una joven. Sue, Jude y la viuda se quedaron de pie en un rincón esperando a que terminaran, y Sue se puso a leer los anuncios de matrimonios que había pegados en la pared. Era un lugar bastante deprimente para dos personas del temperamento de ellos, aunque los que lo frecuentaban podían encontrarlo de lo más corriente. Una de las paredes estaba tapizada de mohosos libros de Derecho encuadernados en piel. En otra se amontonaban los Anuarios Oficiales y demás libros de consulta. Los casilleros estaban repletos de documentos archivados en carpetas, y unas cuantas cajas fuertes llenaban un hueco; el desnudo entarimado del suelo estaba, como la entrada, manchado por los pies de los visitantes anteriores.

Al soldado se le veía sombrío y maldispuesto; la novia, triste y encogida, estaba evidentemente a punto de ser madre y tenía un ojo amoratado. Terminaron pronto y abandonaron la sala en compañía de sus amistades; al pasar, uno de los testigos dijo a Jude y a Sue, como si los conociera de antes:

—¡Mirad la pareja que entra por ahí! ¡Ja, ja! El tipo acaba de salir de la cárcel esta mañana. Ella ha ido a buscarle a la puerta de la prisión y se lo ha traído aquí derecho. Ella es la que lo paga todo.

Sue se volvió y vio a un individuo mal encarado y a una mujer con el rostro picado de viruelas cogida de su brazo, con los colores arrebolados por la bebida y la satisfacción de ver que estaba a punto de cumplir su deseo. Saludaron bromeando a la pareja que salía y fueron a colocarse enfrente de Jude y de Sue, los cuales se sentían cada vez más cohibidos. Sue se volvió de espaldas y miró a su amante con la mueca del niño que está a punto de romper a llorar:

—¡Jude, esto no me gusta! ¡Ojalá no hubiéramos venido! Este sitio me horroriza; ¡me parece monstruoso que sea este el momento supremo de nuestro amor! De casarnos, hubiera preferido hacerlo en la iglesia. ¡Allí no resulta tan vulgar!

—Mi pobre pequeña —dijo Jude—. ¡Qué nerviosa y qué pálida estás!

—Ya no tenemos más remedio que casarnos aquí, ¿verdad?

—No..., no creo que sea absolutamente preciso.

Fue a hablar con el escribiente y volvió.

—No...; no es necesario que nos casemos aquí ni en ninguna parte si no queremos, ni siquiera ahora —dijo—. Podemos casarnos en una iglesia; si no con el mismo certificado, con otro que nos dará él, creo. De todos modos vamos a salir hasta que te hayas calmado un poco, cariño, y yo también; y de paso lo hablamos.

Salieron furtivos y culpables como si hubieran cometido alguna fechoría, cerrando la puerta sin hacer ruido, y le dijeron a la viuda, que esperaba en el vestíbulo, que se fuera a casa y los esperara allí, que ellos le pedirían a algún transeúnte que hiciera de testigo si era menester. Una vez fuera, se metieron por un callejón poco transitado y empezaron a pasear arriba y abajo como hicieran en otro tiempo en el mercado de Melchester.

—Bueno, mi vida, entonces ¿qué hacemos? Me da la impresión de que nos estamos armando un lío. De todos modos, yo quiero lo que tú quieras.

—¡Jude, cariño, no te doy más que problemas! Tú querías que viniéramos, ¿no?

—Bueno, a decir verdad, al entrar se me han quitado un poco las ganas. El sitio ese me deprime igual que a ti: es repugnante. Y luego me ha venido al pensamiento lo que has dicho esta mañana de si debíamos casarnos o no.

Siguieron caminando sin rumbo, hasta que ella se detuvo; y su vocecita comenzó de nuevo:

—¡Titubear de esta manera me parece una muestra de debilidad, también! De todos modos, es mucho mejor que obrar precipitadamente por segunda vez... ¡Qué horrible me ha parecido esa escena! La cara lacia de esa mujer que viene a entregarse a un malhechor, no por unas horas como ella quisiera, sino para toda la vida y por obligación. Y esa otra pobre criatura: para escapar de la vergüenza convencional por su propia debilidad de carácter, se degrada a la verdadera vergüenza de someterse a un tirano que la desprecia, cuando su única posibilidad de salvación estaría en no verle nunca más... Esta es nuestra parroquia, ¿no? ¿No es aquí donde teníamos que habernos casado, de haber marchado las cosas por su camino normal? Parece que están celebrando los oficios.

Jude subió hasta la puerta y se asomó.

—Vaya, están celebrando una boda aquí también —dijo—. Hoy parece que todo el mundo hace lo que nosotros.

Sue dijo que debía de ser porque acababa de terminar la Cuaresma, pues en esta época siempre había gran cantidad de bodas.

—Vamos a entrar —dijo ella—; así sabremos el efecto que nos hará cuando la celebremos en la iglesia.

Pasaron dentro y se sentaron en uno de los últimos bancos, dispuestos a presenciar lo que sucedía ante el altar. La pareja de contrayentes parecía pertenecer a la clase media acomodada y la ceremonia era completamente normal. Aunque estaban lejos, podían ver cómo temblaban las flores en las manos de la novia, y la podían oír murmurar maquinalmente palabras cuyo significado no parecía alcanzar a comprender del todo bajo la presión de su propia conciencia. Sue y Jude escuchaban, y cada uno se veía realizando esa misma forma de autocompromiso en su propio pasado.

—Pobre muchacha; no lo ve como lo vería yo, si lo hiciera por segunda vez, con mi actual experiencia —susurró Sue—. Se nota que son novatos y toman la ceremonia como cosa corriente. Pero conociendo su tremendo significado como lo conocemos nosotros por experiencia, al menos yo, que a veces soy demasiado escrupulosa, creo que es francamente inmoral que cojamos ahora y hagamos lo mismo otra vez con los ojos abiertos. El haber entrado aquí a ver esto me hace temer el casamiento por la iglesia lo mismo que los otros me han hecho temer el civil... Somos una pareja débil; en seguida nos echamos a temblar, Jude, y lo que a los demás puede inspirar confianza, a mí no me inspira más que dudas: ¡otra vez mi interior se resiste a las sórdidas exigencias de un contrato matrimonial!

Luego trataron de reír y siguieron comentando en voz baja el aleccionador ejemplo que estaban presenciando. Y Jude dijo que él también había pensado que los dos tenían la sensibilidad demasiado a flor de piel, que no debían haber nacido, y mucho menos debían pensar en unirse los dos en la más descabellada de las aventuras para ambos: el matrimonio. Su prometida se estremeció, y le preguntó con toda seriedad si consideraba él que no debían ir y firmar a sangre fría por segunda vez ese contrato de unión para toda la vida.

—Sería horrible pensar que no somos lo bastante fuertes para soportarlo y nos pushiéramos ser perjuros a sabiendas —dijo ella.

—Creo que tienes razón..., ya que me lo preguntas —respondió Jude—. Recuerda que estoy dispuesto a hacer lo que tú prefieras, mi amor.

Mientras ella dudaba, Jude siguió confesándole que, a pesar de considerar que podían llevarlo a cabo, se sentía igual de inseguro que ella por las rarezas de los dos, ya que eran distintos al resto de la gente.

—Somos terriblemente sensibles; eso es lo que nos pasa en realidad, Sue —declaró.

—¡Estoy convencida de que hay mucha más gente como nosotros de la que creemos!

—Bueno, no sé. La intención del contrato matrimonial es buena y justa para muchas personas, de eso no cabe duda; pero en nuestro caso puede resultar al revés por lo raros que somos: en nuestra familia, cuando nos sentimos obligados por los lazos conyugales, perdemos toda cordialidad y sentimiento espontáneo.

Sue siguió sosteniendo que no eran tan raros y excepcionales, que todos eran más o menos así.

—La gente empieza a pensar como nosotros. Lo que pasa es que tú y yo vamos un poco adelantados; eso es todo. Dentro de cincuenta o cien años, los descendientes de esta pareja actuarán y pensarán peor que nosotros. Verán la humanidad mucho más encenagada de como la vemos nosotros, como unas

Formas semejantes a nosotros mismos, horriblemente multiplicadas, y tendrán miedo de reproducirse.

—¡Qué verso más terrible! ..., aunque yo he tenido ese mismo pensamiento respecto de mis semejantes, alguna vez que me he sentido deprimido.

Así siguieron discutiendo en voz baja, hasta que Sue dijo más animada:

—Bueno..., el problema general no es de nuestra incumbencia; ¿para qué nos vamos a atormentar con eso? Aunque nuestros motivos sean distintos, llegamos a la misma conclusión: que para nosotros dos en particular es una temeridad hacer un juramento irrevocable. ¡Así que, Jude, vámonos a casa y no matemos nuestro sueño! ¿De acuerdo? ¡Qué bueno eres, cariño: me das gusto en todos mis caprichos!

—Están muy de acuerdo con los míos.

Jude le dio un beso fugaz detrás de un pilar mientras la atención de todos los presentes se centraba en la comitiva que en ese instante se dirigía a la sacristía; después los novios y sus acompañantes salieron del templo. Aguardaron en la puerta hasta que regresaron dos o tres coches que se habían ausentado por un rato, y los recién casados salieron a la luz del día. Sue suspiró.

—¡Las flores que lleva la novia en la mano tienen un triste parecido con esas guirnaldas con las que adornaban a las terneras que sacrificaban en la antigüedad!

—Sin embargo, Sue, no es peor para la mujer que para el hombre. De eso no se dan cuenta algunas mujeres y protestan contra el hombre, que también es otra víctima, en vez de protestar contra la situación; es igual que cuando, en medio de una muchedumbre, una mujer insulta a un hombre porque la estruja, cuando no hace más que transmitir la presión que ejercen los demás.

—Sí..., algunas hacen eso en vez de unirse con el hombre para luchar contra el enemigo común: la opresión de la sociedad.

Los novios se habían ido ya, y ellos se marcharon con el resto de los mirones.

—No; no nos casaremos —prosiguió Sue—. Al menos por ahora. Volvieron a casa, y al pasar por delante de la ventana cogidos del brazo, vieron a la viuda que los estaba mirando.

—Vaya —exclamó la invitada cuando entraron—, al veros venir tan acaramelados me he dicho: ¡por fin se han decidido!

En pocas palabras le dieron a entender que no se habían casado.

—Cómo..., pero ¿de verdad no os habéis casado? ¡Válgame el Cielo, que haya vivido lo bastante para ver cómo le dais la patada a ese viejo refrán que dice: «Cásate deprisa y arrepíentete despacio»! En fin, ya es hora de que me vuelva para Marygreen; ¡apañados estamos si..., si son esas las nuevas ideas que nos quieren meter! En mis tiempos, a nadie se le habría ocurrido tenerle miedo al matrimonio; ni a nada, quitando los cañonazos y las despensas vacías. ¡Cuando nos casamos mi pobre marido y yo, la misma importancia le dimos que a una partida de tabas!

—No le digas nada al niño cuando baje —susurró Sue nerviosa—. Así creerá que estamos casados; es mejor que piense eso a que se quede extrañado y perplejo. Además, solo se trata de aplazarlo para pensarlo mejor. Si somos felices así, a nadie le importa.

V. 5.

La labor de un cronista que se limita a describir acontecimientos y estados de ánimo no le exige que exprese su criterio personal sobre la grave discusión anteriormente expuesta. Que la pareja era feliz —en los intervalos que mediaban entre sus momentos de tristeza—, era indudable. Y la inesperada aparición del hijo de Jude en la casa, en vez de trastornarlos como hubiera podido esperarse, trajo a sus vidas un nuevo y tierno interés de naturaleza noble y generosa que contribuía a su felicidad.

Efectivamente, para dos seres deseosos de ayudar como ellos, la llegada del niño aportaba un interés por el futuro, sobre todo teniendo en cuenta que hasta el momento había carecido de casi todas esas ilusiones que son normales en la niñez. Pero la pareja procuró, de momento al menos, no pensar demasiado en las perspectivas de porvenir.

Hay en el Alto Wessex un antiguo pueblo de unas nueve o diez mil almas, cuyo nombre puede ser el de Stoke-Barehills. Se alza este pueblo (con su antigua iglesia, flaca y sin atractivo y su barrio nuevo de ladrillo rojo) en medio de un terreno llano y arcilloso cubierto de maizales, casi en el centro de un triángulo imaginario cuyos vértices están formados por los pueblos de Aldbrickham, Wintoncester y el importante cuartel militar de Quartershot. La gran carretera que sale de Londres hacia el oeste lo atraviesa cerca del punto donde se bifurca para juntarse después unos treinta kilómetros más a occidente. Esta bifurcación y esta confluencia solían suscitar entre los que viajaban en alguna clase de vehículo, antes del ferrocarril, interminables discusiones sobre si era mejor un trayecto que otro. Pero actualmente la discusión está tan muerta como el carretero, el ordinario y el conductor de la diligencia que la sostenían; y probablemente ni un solo habitante de Stoke-Barehills estará enterado hoy de que las dos carreteras que salen de su pueblo se vuelven a juntar; porque ya nadie viaja a diario por la carretera del oeste.

Lo más familiar de Stoke-Barehills hoy es su cementerio, situado entre pintorescas ruinas medievales cerca de la vía férrea; y las modernas capillas, las tumbas recientes y arbustos que han plantado no hace mucho dan una impresión de intrusismo en medio de los ruinosos muros antiguos cubiertos de hiedra.

Sin embargo, un día del año en que transcurre nuestro relato —a primeros de junio—, pese a que la fisonomía del pueblo en sí no despierta gran interés, llegan muchos visitantes en los trenes; los de tercera especialmente se quedan vacíos allí. Es la semana de la Gran Exposición Agrícola de Wessex, cuyo vasto campamento se extiende por las afueras del pueblo como las tiendas de un ejército en un asedio. Las filas de toldos, barracas, puestos, pasajes, porches de lona..., toda clase de estructuras provisionales cubren el campo en un área de casi un kilómetro cuadrado, y las multitudes de recién llegados atraviesan el pueblo en masa y se dirigen directamente al lugar de la feria. El camino hasta allí está flanqueado de tenderetes, puestos y vendedores ambulantes que forman un mercadillo a lo largo de la calle hasta la feria propiamente dicha, invitando al desprevenido a aligerar los bolsillos antes de llegar a la entrada de la exposición, a la que había venido expresamente.

Es el día popular, el día de a chelín el billete y de las constantes llegadas de trenes que desde puntos opuestos entran a la vez en andenes contiguos. Uno de los que acaban de entrar, como otros que le han precedido, procede de Londres; el otro viene por la vía que pasa por Aldbrickham; y del tren procedente de Londres desciende una pareja: un hombre bajito, rechoncho, de vientre voluminoso y piernas cortas que le dan un aire de trompo con dos púas, acompañado de una mujer de figura más bien hermosa y cara colorada, vestida con ropas negras y cubierta de lentejuelas desde el sombrero hasta la

falda haciéndola relumbrar como si llevara una cota de malla.

Echaron una mirada alrededor. Iba el hombre a tomar un coche como habían hecho algunos otros, cuando dijo la mujer:

—No tengas tanta prisa, Cartlett. Después de todo no cae tan lejos el lugar de la feria. Vamos andando hasta allá. A lo mejor me decido a comprar algún mueble viejo si me resulta barato, o algo de porcelana. Hace muchos años que no he venido por aquí... Cuando vivía en Aldbrickham, de chiquilla, solía venir de excursión con mi novio; pero desde entonces no he vuelto.

—Pero no puedes llevarte muebles a casa viajando en tren —dijo con voz gruesa el marido, el dueño de Los Tres Cuernos de Lambeth; porque para venir habían dejado ambos la taberna, situada en «ese excelente y populoso vecindario amante de la bebida», que habían tomado desde que el anuncio del traspaso, redactado en esos mismos términos, les atrajera allá. El aspecto del tabernero mostraba que, como sus clientes, se iba aficionando también a las bebidas que vendía.

—Bueno, si veo algo que valga la pena, mandaré que me lo envíen —dijo su mujer.

Echaron a andar, pero apenas habían entrado en el pueblo, cuando reparó ella en una pareja que iba delante con un niño, y que acababa de salir del otro andén, donde se había detenido el tren procedente de Aldbrickham. Caminaban justo delante de los taberneros.

—¡Válgame Dios! —exclamó Arabella.

—¿Qué pasa? —preguntó Cartlett.

—¿Quién crees tú que es esa pareja? ¿No reconoces al hombre?

—No.

—¿No, con las fotos que yo te he enseñado?

—¿Es Fawley?

—Pues claro..., hombre.

—Bueno. Supongo que le habrá apetecido venir a echar una mirada como a todos. —El interés de Cartlett por Jude, cualquiera que fuese el que tuvo cuando conoció a Arabella, se había esfumado desde el momento en que sus encantos y sus modales, sus moños suplementarios y sus hoyuelos voluntarios iban resultando una historia archisabida.

Arabella moderó su paso y el de su marido para guardar la distancia con los otros tres, cosa que le fue fácil sin llamar la atención en medio de la marea de transeúntes. Las respuestas que daba a los comentarios que iba haciendo

Cartlett eran vagas y distraídas, porque el grupo que iba delante le interesaba más que todo el espectáculo de alrededor.

—Se quieren, y parece que están encariñados con el hijo que tienen, también —continuó el posadero.

—¡Que tienen! ¡Qué van a tener! —dijo Arabella con una extraña y repentina codicia—. ¡No hace tanto que están casados para que sea de ellos!

Pero aunque su latente instinto maternal fuera lo bastante fuerte para rebatir la hipótesis de su marido, bien pensado no estaba dispuesta a ser más franca de lo necesario. El señor Cartlett estaba convencido de que el hijo que tuvo su mujer de su primer marido estaba con los abuelos en la otra parte del mundo.

—Sí, es verdad. Ella parece una muchacha.

—Son amantes nada más, o se han casado recientemente y se han hecho cargo del niño; eso salta a la vista.

La muchedumbre seguía andando. Sue y Jude, la pareja en cuestión, habían decidido visitar esta Exposición Agrícola, montada a unos treinta kilómetros del pueblo donde vivían, porque esta excursión les brindaba la oportunidad de hacer un poco de ejercicio físico y distraerse de manera instructiva por muy poco dinero. No pensaban solo en sí mismos, sino que se habían preocupado de traer al Padrecito Tiempo con el fin de procurar animarle y hacerle reír por todos los medios como los demás chicos, aunque representara en cierto modo un estorbo para esa comunicación encantadora y sin reservas con la que tanto disfrutaban en sus peregrinaciones. Pero no tardaron en dejar de considerarlo como un observador, y continuaron con esas tiernas atenciones mutuas que ni el más tímido puede ocultar y que, creyéndose rodeados de gentes desconocidas, no se toman ninguna molestia en disimular. Sue, con su flamante vestido veraniego, grácil y ligera como un pájaro, y su pulgar en alto apretando el mango de su blanca sombrilla, caminaba como si no tocara el suelo, como si el más leve soplo de viento la fuera a levantar por encima del seto llevándosela hacia los campos vecinos.

Jude, vestido con su traje gris de los domingos, iba realmente orgulloso de su compañía, más por su manera y palabras cariñosas que por su belleza atractiva. Esa absoluta comprensión mutua, en la que cada mirada y cada gesto eran tan elocuentes como las palabras, hacía de ellos casi dos partes de un todo único.

Pasaron los dos con el niño por el torniquete, y Arabella y su marido pasaron después a poca distancia. Cuando estuvieron en el interior, la mujer del posadero pudo ver que los dos se ocupaban del muchacho señalándole y explicándole un sinnúmero de cosas interesantes, animales y aparatos; una sombra

de tristeza pasaba por sus semblantes cada vez que no conseguían sacarle de su indiferencia.

—¡Cómo se pega a él! —dijo Arabella—. No..., me parece que no se han casado; si no, no estarían tan pendientes el uno del otro de esa manera..., ¡digo yo!

—Pero ¿no dijiste que se habían casado por fin?

—Tenía entendido que iban a casarse, nada más; que se habían decidido por fin, después de haberlo dejado una o dos veces... Míralos, parece que no hay nadie más que ellos dos en la feria. ¡Si fuera yo, me daría vergüenza hacer el ridículo de esa manera!

—Yo no veo nada de particular en su comportamiento. Si no me lo llegas a decir, ni me habría dado cuenta de que están enamorados.

—Tú nunca ves nada —replicó ella.

Sin embargo, la idea de Cartlett sobre el comportamiento de las parejas de enamorados o de jóvenes matrimonios era indudablemente la de la inmensa mayoría, a quienes por lo visto no chocaba en absoluto lo que descubría la aguda mirada de Arabella.

—¡Lo tiene hechizado como si fuera un hada! —continuó Arabella—. Mira cómo la está mirando y cómo se queda embelesado; me da la sensación de que ella no le quiere a él igual. Para mí que esa no es muy ardiente que digamos, aunque esté todo lo enamorada que quiera..., vamos, hasta donde sea capaz; y le hará sufrir cada vez que quiera... lo que es natural que un hombre quiera. Mira, van a entrar en las cuadras de caballos de tiro. Vamos.

—Pero yo no quiero ver caballos de tiro. Nosotros no tenemos por qué seguir a esos dos. Si hemos venido a ver la exposición, quiero que la veamos a nuestra manera, lo mismo que ellos la ven a la suya.

—Bueno..., supongo que prefieres que quedemos en un sitio a una hora determinada, ¿en aquella tienda de refrescos, por ejemplo, y va cada uno por su lado? Así podrás ver lo que te apetece, y yo igual.

A Cartlett no le pareció mala la idea, y se separaron; él se dirigió al pabellón donde se exhibían los procesos de malteado de la cerveza y Arabella se alejó en la misma dirección que habían tomado Jude y Sue. Sin embargo, antes de volver a tenerlos a la vista se le puso delante una cara radiante, nada menos que la de Anny, la amiga de su juventud.

Anny soltó una carcajada franca y cordial por el mero hecho de haberse encontrado casualmente.

—Sigo viviendo allá —dijo tan pronto como recuperó la calma—. Me voy

a casar pronto, pero mi futuro no ha podido venir conmigo. De todas formas hemos venido un montón de amigas a esta excursión, aunque de momento las he perdido de vista y no sé por dónde andan.

—¿Has visto a Jude y a su joven amiga, o esposa, o lo que sea? Yo le acabo de ver hace un momento.

—No. Lo menos hace años que no le he visto.

—Bueno, deben de andar por aquí cerca. Sí; allí están..., ¡junto al caballo gris!

—¡Ah!, conque esa es su amiga...; ¿su mujer dices que es? ¿Es que se ha casado otra vez?

—No sé.

—Es bonita, ¿no?

—Sí..., no está mal; pasable, diría yo. Aunque no es para estar seguros, tratándose de una personita tan endeble y nerviosa.

—¡Él tiene una pinta estupenda también! No tenías que haberle dejado, Arabella.

—Creo que tienes razón —murmuró ella.

Anny se echó a reír.

—¡Así eres tú, Arabella! Siempre te gustará cualquier hombre menos el tuyo.

—Bueno, me gustaría saber a qué mujer no le pasa lo mismo. En cuanto a la individua esa que lleva a su lado, no sabe lo que es amor...; ¡al menos a lo que yo llamo amor! Se le ve en la cara que no.

—Y, seguramente, mi querida Abby, tú tampoco lo sabes según lo entiende ella.

—¡Ni quiero saberlo!... Mira, se van al Pabellón de Arte. Me gustaría ver algo de pintura. ¿Vamos allá? ¡Vaya, parece que se ha juntado aquí toda la gente de Wessex! Ahí viene el doctor Vilbert. Hacía años que no le veía, y está igual que cuando yo solía ir a verle. ¿Cómo está usted, doctor? En este mismo momento estaba diciendo que le encuentro igual de joven que cuando me veía usted de soltera.

—No es más que el resultado de tomar regularmente mis propias píldoras. Solo cuesta dos chelines y medio la caja... debidamente garantizadas con el sello del Gobierno. Permítame aconsejarle que siga mi ejemplo y compre esa misma inmunidad contra los estragos del tiempo. Se la dejo en tres peniques menos.

El médico se había sacado una caja del bolsillo del chaleco y Arabella se vio obligada a comprarla.

—Al mismo tiempo —prosiguió él, cuando hubo cobrado sus píldoras—, cuenta con la ventaja de tenerme a su disposición, señora...; ¿no es usted la señora Fawley, antes llamada señorita Donn, que vivía en las afueras de Marygreen?

—Sí. Pero ahora soy la señora Cartlett.

—¡Ah! ..., ¿lo perdió usted entonces? ¡Un muchacho que prometía! Era alumno mío. Yo le enseñé lenguas muertas. Y, créame, en poco tiempo llegó a saber tanto como yo.

—Lo he perdido; pero no como usted se figura —dijo Arabella con sequedad—. Nos hemos separado judicialmente. Mírelo; allí está vivo y coleando; con su mujercita. Ahora entran en la exposición de arte.

—¡Válgame Dios! Y parece que la quiere.

—Dicen que son primos.

—Yo diría que el parentesco debe de resultarle muy cómodo para sus sentimientos, ¿verdad?

—Sí; eso debió de pensar el marido de ella cuando decidió divorciarse... ¿Vamos a la exposición de pintura nosotros también?

El trío cruzó el césped y entró. Jude, Sue y el niño, ignorantes del interés que estaban despertando, se habían acercado a la maqueta de un edificio que había en un rincón de la galería y estuvieron contemplándola largo rato antes de continuar. Arabella y sus amigos se acercaron poco después y leyeron el cartelito: «Maqueta del Colegio Cardinal, Christminster; por J. Fawley y S. F. M. Bridehead».

—Admiraban su propia obra —dijo Arabella—. ¡Este Jude... siempre está pensando en los colegios de Christminster, en vez de pensar en ganar dinero!

Curiosearon un poco los cuadros y siguieron en dirección al templete de la banda de música. Después de escuchar un poco a la banda militar, Jude, Sue y el pequeño se encaminaron a la otra parte. A Arabella no le preocupaba que la reconocieran, pero iban demasiado ensimismados y embargados de emoción por los aires marciales que interpretaba la banda de música, para descubrirla debajo de aquel velo cuajado de lentejuelas. Dio un rodeo por fuera de la muchedumbre que escuchaba y pasó por detrás de los dos enamorados, cuyos movimientos tenían hoy un insospechado atractivo para ella. Al observarlos atentamente desde atrás, vio cómo la mano de Jude buscaba la de Sue y cómo se juntaban los dos para ocultar, así lo creían ellos, esta tácita expresión de afecto mutuo.

—¡Qué idiotas...; parecen dos críos! —murmuró Arabella para sus adentros de mal humor, mientras iba a reunirse con sus acompañantes, y sumiéndose después en un mudo abstraimiento.

Entretanto, Anny le había comentado en broma a Vilbert el ansioso interés de Arabella por su primer marido.

—Oiga —le dijo el galeno a Arabella aparte—, ¿le interesaría esto, señora Cartlett? No forma parte de mi farmacopea habitual, pero a veces lo piden. —Sacó una pequeña redoma que contenía un líquido claro—. Es un filtro amoroso como los que empleaban los antiguos con tanto éxito. Lo descubrí estudiando sus escritos, y no sé que haya fallado una sola vez.

—¿De qué está hecho? —preguntó Arabella con curiosidad.

—Bueno..., lleva una destilación del jugo extraído de corazones de paloma, o bien de pichones. Ese es uno de los ingredientes. Se necesita un centenar de corazones para llenar este frasquito.

—¿Y dónde consigue usted tantos pichones?

—Es un secreto; pero, en fin: cojo un pedazo de sal gema, cosa que a las palomas les gusta un disparate, y la pongo en el palomar de mi casa. En pocas horas acuden palomas de los cuatro puntos cardinales: norte, sur, este y oeste, y así consigo todas las que me hacen falta. Para emplear este líquido tiene que verter unas diez gotas en la bebida del hombre deseado y hacer que se la tome. Pero, recuerde, esto se lo cuento solo porque deduzco por sus preguntas que tiene idea de comprarlo. Tenga confianza en mí.

—Muy bien; le compraré un frasco y se lo daré a alguna amiga para que lo pruebe con su prometido. —Sacó cinco chelines, que era el precio estipulado, y ocultó la pequeña redoma en su amplio seno. Al poco rato dijo que había quedado con su marido y se separó, dirigiéndose hacia el puesto de refrescos; Jude, su compañera y el niño habían continuado su recorrido hasta el pabellón de horticultura, donde los vio Arabella contemplando un rosal en flor.

Se detuvo un momento a observarlos, y luego fue a reunirse con su marido con no muy afables sentimientos. Lo encontró sentado en un taburete junto a la barra, charlando con una de las mozas picarescamente vestidas que le servía de beber.

—¡Yo creía que tenías bastante con lo de casa! —comentó Arabella de mal humor—. No habrás hecho ochenta kilómetros de viaje desde tu propio bar para venir a meterte en otro. ¡Vamos, llévame a dar una vuelta, como hacen los demás hombres con sus mujeres! ¡Pues sí, cualquiera diría que eras un soltero sin otra cosa en qué pensar que en ti mismo!

—Pero si habíamos quedado en que nos veríamos aquí; ¿qué otra cosa

podía hacer?

—Bueno; ya estamos juntos, vámonos —replicó ella dispuesta a pelearse con el lucero del alba. Y salieron los dos, el hombre barrigón y la mujer exuberante, con el humor contrariado y regañón que suelen tener la mayoría de los matrimonios de la cristiandad.

Mientras tanto, la pareja excepcional y el chico seguían en el pabellón de flores: un palacio encantado para el gusto exquisito de ambos... Las mejillas de Sue, habitualmente pálidas, reflejaban el matiz sonrosado de las mismas rosas que contemplaba, porque la alegría de los espectáculos, el aire, la música y la emoción de pasar un día fuera con Jude la habían animado, encendiendo en sus ojos una chispa de vivacidad. Le encantaban las rosas, y Arabella había visto cómo Sue había detenido a Jude contra su voluntad, mientras ella leía los nombres de las diversas variedades, y había presenciado cómo acercaba la cara a pocos centímetros de las flores para olerlas.

—¡Me gustaría meter la cara dentro de ellas, de lo que me gustan! —había dicho—. Pero seguro que está prohibido tocarlas, ¿verdad, Jude?

—Sí, mi amor —dijo él. Luego, en broma, le dio un ligero empujón, de suerte que fue a meter la nariz entre los pétalos.

—¡Nos va a pillar el guardia y yo le voy a decir que la culpa es de mi marido!

Y se volvió a mirarle, y sonrió de una manera que a Arabella le pareció bien elocuente.

—¿Eres feliz? —murmuró él.

Ella asintió.

—¿Por qué? ¿Porque has venido a ver la Gran Exposición Agrícola de Wessex o porque hemos venido?

—Siempre estás tratando de hacerme confesar toda clase de ideas absurdas. Naturalmente, porque me instruyo viendo todas esas máquinas de arar, y esas trilladoras, y esas segadoras, y las vacas, y los cerdos, y las ovejas.

Jude se consideraba más que satisfecho con cualquier respuesta de su siempre ambigua compañera. Pero cuando ya no se acordaba de que le había preguntado eso, ni esperaba respuesta alguna, ella prosiguió:

—Me da la sensación de que hemos vuelto a la felicidad griega, que nos hemos tapado los ojos para las enfermedades y el dolor y hemos olvidado lo que la humanidad nos ha enseñado durante veinticinco siglos desde entonces, como dice una de tus lumbreras de Christminster... Sin embargo, hay una sombra cerca de nosotros, solo una. —Y miró al niño viejo, al que habían ido

enseñádoselo todo con el deseo de despertar su interés, aunque habían fracasado de la manera más rotunda.

El niño sabía lo que se decían entre sí y lo que pensaban.

—Lo siento muchísimo, muchísimo, padre y madre —dijo—. ¡Pero no os preocupéis por mí, por favor! No lo puedo remediar. ¡A mí me gustarían las flores una barbaridad si dejara de pensar que dentro de unos días se habrán marchitado todas!

V. 6.

La vida que habían llevado hasta ahora había pasado inadvertida, pero a partir del día del fallido intento de matrimonio comenzó a llamar la atención de otras personas, además de Arabella. La gente de la calle de la Primavera y del vecindario en general no entendía, ni tal vez estaba preparada para entender, los sentimientos particulares, las emociones, las situaciones y los temores de Sue y de Jude. La llegada inesperada de un niño que llamaba padre a Jude y madre a Sue, la interrupción de una ceremonia matrimonial que debía haberse llevado a cabo en la oficina del Registro Civil, junto con los rumores de los respectivos divorcios, eran hechos extraños que solo tenían una explicación para la mentalidad de todos.

El pequeño Tiempo —pues aunque se le asignara formalmente el nombre de «Jude» le quedó el apodo por lo bien que le cuadraba— volvía por la tarde de la escuela y repetía en casa los comentarios y preguntas que otros niños le habían hecho, y esto causaba a Sue y a Jude honda pena y tristeza cuando lo oían.

El resultado fue que poco después de la frustrada ceremonia del Registro Civil, la pareja se ausentó —se decía que habían ido a Londres— varios días, dejando a alguien al cuidado del niño. Cuando regresaron dieron a entender indirectamente, con total indiferencia y aire de cansancio, que por fin se habían casado. Sue, a quien hasta entonces habían llamado señora Bridehead, adoptó ahora abiertamente el nombre de señora Fawley. Su actitud apagada, temerosa e indiferente parecía corroborar todo esto.

Pero el error (así fue como lo llamaron) de haber ido a casarse tan en secreto vino a añadir más misterio a sus vidas; y se dieron cuenta de que su situación no había mejorado ante sus vecinos como ellos habían esperado. Un enigma vivo no dejaba de ser tan interesante como un escándalo apagado.

El chico del panadero y el de la tienda de comestibles, que al principio solían quitarse el gorro galantemente en presencia de Sue cada vez que iban a

llevarle algún encargo, no se tomaban ya la molestia de rendirle ese homenaje; y las mujeres de los artesanos de la vecindad mantenían la mirada fija hacia delante cuando se cruzaban con ella.

Nadie se metía con ellos, es cierto; pero comenzaron a sentirse envueltos en una atmósfera opresiva, sobre todo a partir de la excursión a la Feria, como si esa visita hubiera atraído alguna mala influencia sobre ellos. Y el temperamento de ambos era precisamente de esos que sufren en un ambiente así y les cuesta un triunfo aclarar las cosas con una explicación vigorosa y sincera. Su evidente esfuerzo por normalizar la situación había llegado demasiado tarde para que diera resultado.

Los encargos de lápidas y epitafios empezaron a escasear, y dos o tres meses más tarde, cuando llegó el otoño, Jude comprendió que debía volver a entrar a trabajar a jornal, solución tanto más desafortunada en esos momentos, cuanto que todavía no había saldado las costas del juzgado del año anterior.

Una noche se hallaba sentado a la mesa compartiendo la cena con Sue y el niño.

—Estoy pensando —le dijo a ella— que tengo que marcharme. Aquí nos va bien, desde luego; pero si pudiéramos irnos a un lugar donde nadie nos conozca, viviríamos más a gusto y tendríamos más posibilidades. Así que me temo que lo mejor será dejar este pueblo, ¡aunque sé lo difícil que va a ser para ti, pobrecita mía!

Sue, que se afectaba siempre mucho cuando la consideraban como objeto de lástima, se entristeció.

—Bueno, no me importa —dijo al cabo de un momento—. Me deprime muchísimo la manera cómo me miran aquí. ¡Y tú que querías esta casa y estos muebles exclusivamente por mí y por el niño! A ti te sobraban y era un gasto innecesario. En fin, hagamos lo que hagamos, y vayamos a donde vayamos, no quiero que me separes del niño, ¿eh, mi vida? ¡No podría dejarle que se fuera ahora! Esa sombra que oscurece su espíritu me resulta patética; ¡espero verla desaparecer un día! Y me quiere también. No irás a separarme de él, ¿verdad?

—¡Claro que no, mi vida! Vayamos a donde vayamos, buscaremos un alojamiento que sea agradable. Tendré que moverme, probablemente... conseguiré un empleo aquí y otro allá.

—Yo también trabajaré en algo, por supuesto, hasta... hasta... Bueno, ahora que no puedo ayudarte rotulando tendré que buscar alguna otra cosa.

—No tengas tanta prisa en buscar trabajo —dijo él con pesar—. No quiero. No me gustaría, Sue. Ya tienes bastante con ocuparte de ti misma y del niño.

Llamaron a la puerta y Jude fue a abrir. Sue se puso a oír la conversación.

—¿Está en casa el señor Fawley?... Biles y Willis, los contratistas de obras, me envían para saber si tomaría usted el encargo de repasar la inscripción de los Diez Mandamientos en una pequeña iglesia que han estado restaurando recientemente no lejos de aquí, en el campo.

Jude lo pensó y dijo que sí podría.

—No es un trabajo muy artístico —prosiguió el del recado—. El cura es un individuo chapado a la antigua y se ha negado a que le hagan en su iglesia otra cosa que no sea limpiar y reparar.

—¡Un anciano muy valiente! —se dijo Sue, que se oponía sentimentalmente a los horrores de las restauraciones sobrecargadas.

—Los Diez Mandamientos están sobre el muro oriental —continuó el recadero—, y quiere que se los restauren como el resto del muro, ya que se ha negado a que se los lleven como parte del material de desecho que el contratista se queda, según es costumbre en estos contratos.

Ajustaron el precio del encargo y Jude volvió a entrar.

—Mira —dijo alegremente—. Otro trabajo en el que me puedes echar una mano..., al menos puedes intentarlo. Tendremos toda la iglesia para nosotros solos, puesto que el resto de la obra está terminado.

Al día siguiente fue a la iglesia, que estaba solo a tres kilómetros. Era cierto lo que había dicho el empleado del contratista. Las Tablas de la Ley se alzaban severas sobre los instrumentos de la gracia cristiana como principal ornamento del presbiterio, talladas en el estilo seco y elegante del siglo anterior. Y como estaban enmarcadas por una franja de escayola ornamental, no era posible quitarlas de allí para restaurarlas. Primero hacía falta renovar una parte que la humedad había deteriorado. Después de terminar esto y de limpiar el conjunto, comenzó a remozar la inscripción. Al segundo día fue Sue por la mañana a ver en qué podía ayudarle y también porque tenía ganas de estar con él.

El silencio y la soledad del recinto le dieron confianza y, encaramada en un andamio de escasa altura que Jude había armado, al que había subido de todos modos con un poco de miedo, comenzó a pintar las letras de la primera tabla mientras él restauraba las de la segunda. Estaba muy contenta de su práctica; había aprendido en la época en que pintaba textos iluminados para la tienda de objetos religiosos de Christminster. Parecía que nadie iba a molestarlos; y el agradable canto de los pájaros y el susurro del follaje de octubre les llegaba a través de la ventana y se mezclaban en sus conversaciones.

Sin embargo, no los iban a dejar disfrutar de esta tranquilidad mucho tiempo. A eso de las doce y media oyeron pasos en la grava del exterior.

Entraron el vicario y el fabriquero de la iglesia, y al acercarse a ver lo que estaban haciendo, se quedaron sorprendidos al descubrir que el ayudante era una mujer joven. Pasaron a la nave lateral, al tiempo que la puerta se abría nuevamente y entraba la figura del pequeño Tiempo, que venía llorando. Sue le había dicho dónde podría encontrarlos entre las horas de clase, si quería. Bajó ella del andamio y le dijo:

—¿Qué te ocurre, mi amor?

—No he podido quedarme a comer en la escuela porque decían... —Y le contó que algunos chicos habían insultado a su madre adoptiva; y Sue, apenada, manifestó su indignación a Jude que estaba en lo alto. El niño salió al atrio y Sue reanudó su trabajo. En esto volvió a abrirse la puerta e irrumpió con paso decidido la mujer de la limpieza con su delantal blanco. Sue la reconoció, pues tenía amistades en la calle de la Primavera a quienes solía ir a visitar. La mujer miró a Sue, abrió la boca y alzó las manos; evidentemente, había reconocido a la compañera de Jude como esta la había reconocido a ella. A continuación fueron dos señoras las que entraron, y después de charlar con la asistenta se acercaron también, y como Sue estaba arriba, se pararon a presenciar cómo trazaba las letras y a mirar con impertinencia su figura recortada contra la blanca pared, hasta que Sue se puso tan nerviosa que comenzó a temblar visiblemente. Después se dirigieron adonde estaban los demás hablando en voz baja, y una dijo sin que llegara a oídos de Sue:

—Es su mujer, ¿no?

—Unos dicen que sí y otros que no —contestó la asistenta.

—¿No? Entonces debería serlo; de él o de quien sea... ¡la cosa está bien clara!

—Deben de haberse casado hace muy pocas semanas, si es que lo han hecho.

—¡Extraña pareja para venir a pintar las Tablas de la Ley! ¡Me parece que Biles y Willis podían habérselo pensado antes de contratarles!

El fabriquero de la iglesia dijo que posiblemente Biles y Willis no sabían nada del asunto; y la otra, la que había estado charlando con la vieja, puntualizó lo que había querido decir con eso de «extraña pareja».

Los probables derroteros de la conversación en voz baja que a continuación tuvo lugar se pusieron de manifiesto cuando el fabriquero refirió, en un tono de voz que todo el mundo podía oír en el interior de la iglesia, una anécdota sugerida evidentemente por el tema de ese momento.

—Pues bien, es curioso, pero mi abuelo me contó la extraña historia de un caso que pasó hace muchísimo tiempo, cuando pintaban los Mandamientos en

una iglesia de las afueras de Gaymead..., a un paso de aquí. Por aquella época, los Mandamientos se pintaban por regla general con letras doradas sobre fondo negro, y así es como los tenían en la iglesia esa que digo antes de que la reconstruyeran. Y hace un centenar de años hubo necesidad de restaurarlos como ahora los nuestros, y contrataron a unos hombres de Aldbrickham para ese trabajo. Querían que la obra estuviese terminada para un domingo en particular, así que los hombres tuvieron que quedarse trabajando el sábado hasta muy tarde; de muy mala gana, porque por entonces no se pagaba el trabajo extra como se paga ahora. Por aquellas fechas no había verdadera religión en el país ni para los sacerdotes, ni para los sacristanes, ni para los feligreses; y con el fin de que los hombres siguieran trabajando, el vicario les había servido bastante de beber durante la tarde. Al caer la noche enviaron a uno a traer más bebida: ron, para ser exactos. Fue pasando el tiempo y cada vez estaban más achispados, hasta que por último fueron y pusieron la botella de ron y los vasos en la mesa de la Comunión, acercaron un caballete o dos y se sentaron alrededor, y se sirvieron un buen vaso a cada uno. Nada más acabar de vaciarlo de un trago, dicen que cayeron todos sin sentido. No se sabe el tiempo que estuvieron sin conocimiento, pero cuando se levantaron había estallado una tormenta terrible, y les pareció ver en la penumbra una silueta oscura de piernas delgadas y pies extraños encaramada en la escalera, que estaba rematando el trabajo. Cuando se hizo de día vieron que, efectivamente, el trabajo estaba terminado; pero no recordaban en absoluto haberlo hecho ellos. Se marcharon a casa, y de lo primero que se enteraron fue del escándalo que había habido en la iglesia ese domingo por la mañana, porque al entrar la gente en la iglesia y empezar el oficio, vieron que los Diez Mandamientos estaban escritos sin el «no». La gente decente no volvió a asistir a los oficios en esa iglesia durante mucho tiempo, y tuvieron que enviar al obispo para que la volviera a consagrar. Así es como lo contaban cuando yo era niño. Pueden ustedes pensar lo que quieran, pero este caso de hoy me ha traído a la memoria ese otro, como digo.

La concurrencia echó otra mirada como para comprobar si Jude y Sue habían omitido también los «noes», y luego fueron saliendo de la iglesia uno a uno. La vieja salió la última. Sue y Jude, que no habían dejado de trabajar, enviaron al niño a la escuela y siguieron sin decir palabra; por fin, al mirarla Jude con atención, vio que había estado llorando en silencio.

—¡Ánimo, cariño, no hagas caso! —dijo él—. ¡Yo sé lo que es eso!

—¡No puedo soportar que esas gentes, y todo el mundo, juzguen mal a los demás solo porque quieren vivir a su manera! ¡Esas opiniones son precisamente las que hacen que las personas mejor intencionadas se vuelvan atrevidas y lleguen hasta la inmoralidad!

—¡No te dejes abatir! Eso no era más que una historia divertida.

—¡Sí, pero se la hemos recordado nosotros! ¡Me temo que he venido a estropear el trabajo, Jude, en vez de ayudarte!

El haber sugerido semejante historia no tenía ciertamente ninguna gracia, sobre todo teniendo en cuenta la gravedad de la situación. Sin embargo, pocos minutos después, Sue pareció ver que el problema tenía su lado cómico esta mañana, y enjugándose los ojos se echó a reír.

—¡Después de todo —dijo—, tiene gracia que seamos nosotros dos, con nuestra extraña aventura, quienes estemos aquí pintando los Diez Mandamientos! Tú, un réprobo, y yo..., en mi estado... ¡Ay, querido! —Y con la mano en los ojos, rio entrecortadamente y en silencio hasta sentirse sin fuerzas.

—Eso está mejor —dijo Jude alegremente—. Ahora es cuando vamos por buen camino; ¡a que sí, mi niña!

—¡Pero de todos modos, la cosa es seria! —suspiró ella, cogiendo el pincel y enderezándose nuevamente—. ¿Pero ves cómo ellos consideran que no estamos casados? ¡No lo quieren admitir! ¡Es increíble!

—A mí me tiene sin cuidado que lo crean o no —dijo Jude—. No me voy a tomar más la molestia de convencerlos.

Se sentaron a comer —se habían traído la comida para no perder tiempo—; y después, cuando estaban a punto de reanudar el trabajo, entró un hombre en la iglesia y Jude reconoció en seguida al contratista Willis. Este le hizo una seña a Jude y le habló aparte.

—Mire usted, acabo de recibir una queja sobre este asunto —dijo con embarazo—. Yo no quiero meterme en sus cosas; y además no tenía idea de lo que pasaba, como es natural; ¡pero no tengo más remedio que pedirles a usted y a ella que lo dejen, y ya vendrá otro a terminarlo! Es lo mejor para evitar cualquier disgusto. De todos modos, le pagaré la semana entera.

Jude era demasiado independiente para protestar; y el contratista le pagó y se marchó. Jude recogió las herramientas y Sue limpió su pincel. Luego sus ojos se encontraron.

—¡Cómo habremos sido tan tontos como para suponer que podíamos llevar a cabo este trabajo! —dejó caer ella con acento trágico—. ¡Naturalmente, no debíamos..., o mejor, yo soy la que no debía haber venido!

—¡Quién se iba a figurar que fuera a venir nadie a un lugar tan apartado como este y que nos iban a ver! —replicó Jude—. Bueno, ya no tiene remedio, cariño; y desde luego, no quisiera perjudicar a la empresa Willis quedándome aquí. —Se sentaron unos minutos; salieron luego de la iglesia, y después de recoger al niño, prosiguieron el camino hacia Aldbrickham ensimismados en

sus pensamientos.

Fawley seguía aún interesado en la enseñanza y, como era natural por sus propias experiencias, apoyaba activamente, en la humilde medida de sus fuerzas, la «igualdad de oportunidades». Se había adscrito a una Sociedad de Perfeccionamiento Mutuo de Artesanos que se había fundado en el pueblo casi por el mismo tiempo en que llegó él; sus miembros eran gentes jóvenes de todos los credos y filiaciones, incluidos sacerdotes, congregacionalistas, anabaptistas, unitarios, positivistas y demás —del agnosticismo apenas se oía hablar en aquel entonces—, cuyo común deseo era ampliar conocimientos mediante este lazo de unión aceptablemente firme. La cuota era una pequeña cantidad y el local resultaba acogedor; y la actividad de Jude, sus inusitados conocimientos y, sobre todo, su singular intuición para lo que se debía leer y cómo sacar provecho de ello —lograda en sus años de lucha contra su mala estrella—, le habían llevado a formar parte de la junta directiva.

Unos días después de que le despidieran del trabajo de restauración de la iglesia, y antes de recibir ningún otro encargo, fue a una reunión de la citada junta. Era tarde cuando llegó: ya estaban todos los demás, y al entrar le miraron todos con aire dubitativo, murmurando apenas unas palabras de saludo. Sospechó entonces que habían estado discutiendo o deliberando alguna cuestión que le atañía a él. Despacharon unos cuantos asuntos corrientes y pasaron a exponer el hecho de que el número de suscriptores había experimentado un súbito descenso en el barrio. Uno de los miembros —un hombre realmente justo y bien intencionado— comenzó a hablar con evasivas acerca de determinadas causas posibles: que había que atenerse fielmente a los estatutos; porque si la junta no era respetada, y no se observaba al menos una línea de conducta común dentro de sus diferencias, la institución se vendría abajo. No se dijo nada más en presencia de Jude, pero él sabía lo que eso quería decir; así que se dirigió a la mesa y escribió una nota por la que dimitía de su cargo desde ese momento.

De este modo, la sensible pareja se iba viendo cada vez más obligada a marcharse. Luego les enviaron las facturas, y se presentó un problema: ¿qué haría Jude con los pesados muebles de su tía abuela si se marchaba del pueblo para irse no sabía adónde? Esto, y la necesidad de disponer de dinero, hizo que se decidiera a subastarlos, aunque le habría gustado conservar estos bienes venerables.

Llegó el día de la subasta, y Sue preparó por última vez su desayuno, el del niño y el de Jude en la casita que él había amueblado. El día había amanecido lluvioso; además, Sue se encontraba indispuesta, y no queriendo dejar solo a su pobre Jude en tan tristes circunstancias, puesto que él debía estar allí durante un determinado tiempo, siguió el consejo del subastador y se acomodó en una de las habitaciones de arriba que habían podido vaciar de muebles, y

así permaneció apartada de los compradores. Allí fue donde la encontró Jude; y junto con el niño, y entre baúles, cestas y bultos, y dos sillas y una mesa que no estaban en venta, se sentaron a charlar.

Empezaron a sonar pasos, subiendo y bajando por la gastada escalera, de los que venían a inspeccionar los artículos, algunos de los cuales eran de factura tan antigua y singular que tenían un valor artístico. Una o dos veces intentaron abrir la puerta de la habitación donde estaban ellos; y para evitar cualquier intromisión Jude escribió «Privado» en un pedazo de papel y lo pegó en la puerta.

No tardaron en darse cuenta de que, en vez de discutir sobre el mobiliario, los posibles compradores comenzaban a hacerlo sobre la vida de ellos dos y de sus pasados hasta unos extremos insospechados e intolerables. Hasta ahora no habían descubierto en qué ilusorio anonimato habían estado viviendo últimamente. Sue tomó en silencio la mano de su compañero, y con los ojos fijos el uno en el otro, oyeron los comentarios que hacían al pasar; la personalidad extraña y misteriosa del Padrecito Tiempo era uno de los temas que más conjeturas y sospechas suscitaba. Finalmente comenzó la subasta en la sala de abajo, donde se podía oír cómo ajustaban el precio de cada artículo familiar, dejando los más caros muy por debajo de su valor, y los que no tenían ninguno, en unas cantidades irrisorias.

—La gente no nos comprende —suspiró él con pesar—. Me alegro de que hayamos decidido irnos.

—El problema es adónde.

—Lo mejor es a Londres. Allí uno puede vivir como le dé la gana.

—¡No, por favor, a Londres no! Lo sé. Allí seríamos desdichados.

—¿Por qué?

—¿No se te ocurre?

—¿Porque vive allí Arabella?

—Esa es la razón principal.

—Pero en provincias estaré siempre con el temor de que se repita lo que nos ha pasado aquí. Y no es que me importe verme precisado a explicar, pongo por caso, toda la historia del niño. Pero para que olvide totalmente su pasado, he decidido guardar silencio. Estoy asqueado ya de tanto trabajar en las iglesias; ¡me gustaría poder renunciar a ese tipo de trabajo, si me lo llegaran a ofrecer!

—Deberías haber aprendido el estilo clásico. El gótico es un estilo bárbaro después de todo. Pugin estaba equivocado; Wren tenía razón. Recuerda el

interior de la catedral de Christminster, casi el lugar donde nos vimos por primera vez. Bajo esos pintorescos detalles normandos puede ver uno el infantilismo grotesco de un pueblo inculto que intenta imitar las desaparecidas formas romanas, conservadas solamente por una tradición oscura.

—Sí..., me tienes medio convertido a tus ideas por lo que me has dicho en otras ocasiones. Pero uno puede trabajar sin gustarle lo que hace. Tengo que hacer algo, gótico o no.

—Me gustaría que pudiésemos tener los dos un trabajo en el que no contaran las circunstancias personales —dijo ella sonriendo dramáticamente—. Yo estoy inhabilitada para la enseñanza como tú para trabajar en las iglesias. Tendrás que buscar salida en las obras de estaciones de ferrocarril, puentes, teatros, salas de conciertos, hoteles..., cosas que no tengan relación con la conducta.

—No tengo práctica de eso..., podría abrir una panadería. Me he criado en ese oficio viviendo en casa de la tía, ya sabes. Pero aun para ser panadero tienes que someterte a las conveniencias sociales, si quieres hacerte con una clientela.

—Eso si no pones un puesto de pasteles y tortas de jengibre en los mercados y ferias, donde la gente es gloriosamente indiferente a todo, quitando la calidad de la mercancía.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz del subastador:

—Ahora este banco antiguo de roble: ¡ejemplar único de viejo estilo inglés que merecería el interés de todos los coleccionistas!

—Era de mi bisabuelo —dijo Jude—. ¡Me habría gustado poder conservar esa pobre reliquia!

Uno a uno se fueron yendo los artículos, y así transcurrió la tarde. Jude y sus dos compañeros iban sintiendo hambre y cansancio, pero después de los comentarios que habían escuchado, les daba apuro salir mientras no se marcharan los compradores. Sin embargo, se acercaba el momento de subastar los últimos lotes y tendrían que salir pronto bajo la lluvia para llevar las cosas de Sue al alojamiento provisional.

—Y ahora el lote siguiente: dos pares de palomos, vivos y bien gordos; ¡un suculento plato para la comida del domingo!

La inminencia de la venta de estas aves fue la peor prueba de toda la tarde. Sue los quería entrañablemente, y cuando vieron que no había manera de conservarlos, se sintieron más apenados que por la pérdida de todo el mobiliario. Sue trató de contener las lágrimas cuando oyó la insignificante suma en que fueron valorados sus queridos pichones, y cómo fueron subiendo

el precio poquito a poco hasta que finalmente fueron adjudicados. El que los había comprado era un vecino que tenía una pollería, por lo que estaban irremisiblemente condenados a morir antes del mercado del día siguiente.

Al verla tratando de disimular su pena, Jude la besó y dijo que ya era hora de ir a ver si tenían preparadas las habitaciones. Iría con el niño y volvería en seguida a recogerla.

Al quedarse sola se puso a esperar pacientemente; pero Jude no regresaba. Por último se decidió a salir, puesto que no había ya moros en la costa; y al pasar por delante de la tienda del pollero, no lejos de allí, vio sus pichones en una canasta junto a la puerta. La emoción que experimentó al verlos, junto con la creciente oscuridad de la noche, la incitaron a obrar impulsivamente, y después de echar una rápida mirada en torno a sí tiró del pasador de la tapa y siguió caminando. La tapa se desprendió hacia dentro y los pichones echaron a volar con un aleteo que hizo salir a la puerta al furioso pollero soltando juramentos y maldiciones.

Sue llegó temblando a la habitación, y encontró a Jude y al niño arreglándola para que ella se encontrara a gusto.

—¿Los compradores pagan antes de llevarse las cosas? —preguntó sin aliento.

—Creo que sí, ¿por qué?

—¡Porque entonces he hecho una cosa que está mal! —Y se lo contó con amargo pesar.

—Tendré que pagárselos al pollero si no los ha cogido —dijo Jude—. Pero no importa. No te inquietes por eso, cariño.

—¡Ha sido una estupidez por mi parte! ¿Por qué la ley de la Naturaleza será siempre matar?

—¿Es verdad eso, madre? —preguntó el niño inmediatamente.

—¡Sí! —dijo Sue con vehemencia.

—Bueno, seguramente habrán aprovechado la ocasión esos pobres palomos —dijo Jude—. Tan pronto como hayamos arreglado las cuentas de la subasta, y hayamos pagado todas nuestras deudas, nos vamos.

—¿Adónde nos vamos? —preguntó el pequeño Tiempo, preocupado.

—Partiremos en secreto... Iremos a Alfredston, o a Melchester, o a Shaston, o a Christminster. Y si no, podemos ir a cualquier otro sitio.

—¿Y por qué tenemos que ir allá, padre?

—Porque hay una nube que se cierne sobre nosotros; «¡aunque no hemos

ofendido a ningún hombre, ni hemos corrompido a ningún hombre, ni hemos engañado a ningún hombre!». Sino que hemos «hecho lo que era justo a nuestros propios ojos».

V. 7.

A partir de esa semana, Jude Fawley y Sue no aparecieron más por el pueblo de Aldbrickham.

Nadie sabía adónde se habían ido, sobre todo porque nadie hizo nada por enterarse. Cualquiera que fuese lo bastante curioso para hacer indagaciones sobre las andanzas de esta enigmática pareja podría haber descubierto sin gran esfuerzo que habían aprovechado su habilidad profesional para dedicarse a una vida ambulante, casi nómada, que no dejó de tener su encanto por un tiempo.

Allá donde Jude oía decir que había algún trabajo de cantería que hacer se presentaba él, eligiendo con preferencia los lugares más alejados de los que él y Sue habían frecuentado. Entraba a trabajar en una obra, larga o breve, hasta que esta se terminaba; y seguía buscando.

Así pasaron dos años y medio. A veces se encontraba esculpiendo ajimeces para una mansión solariega en el campo, otras colocando balaustradas en un ayuntamiento, tallando sillares para un hotel de Sandbourne o para un museo de Casterbridge, y unas veces llegaba hasta Exonbury, y otras hasta Stoke-Barehills. Más tarde estuvo en Kennetbridge, un pueblo floreciente situado a no más de dieciocho kilómetros al sur de Marygreen, siendo esta la vez que más se aproximó al pueblo donde le conocían; porque tenía un miedo tremendo a que le preguntaran por su vida y sus cosas los que le conocieron en su estudiosa y prometedora juventud, y en su breve y desdichada vida matrimonial.

En algunos de estos lugares permanecía meses enteros, y en otros, unas semanas tan solo. Su extraña y repentina aversión a las obras de carácter religioso, fueran episcopales o anglicanas, que se le había despertado bajo la dolorosa experiencia de sentirse incomprendido, persistió en él aun después de recuperada la calma, menos por temor a una nueva censura que por la rigurosa exigencia que se impuso a sí mismo de no ir a buscar un medio de subsistencia entre quienes censuraban su conducta; y también por la contradicción existente entre sus dogmas anteriores y sus actuales prácticas religiosas, que apenas eran una sombra de aquel bagaje de creencias con que entró al principio en Christminster. Intelectualmente se iba aproximando a la actitud que Sue sostenía cuando se conocieron por primera vez.

Un sábado por la tarde del mes de mayo, casi tres años después de aquel día en que Arabella los viera a él y a Sue en la exposición agrícola, algunas personas que se encontraron allí volvieron a tropezarse.

Era la feria de primavera de Kennetbridge y, aunque el antiguo centro de reunión de comerciantes había disminuido considerablemente desde sus primeros tiempos, la recta y extensa calle por la que se entraba al casco urbano presentaba un aspecto animado hacia mediodía. A esa hora entró en el pueblo un carruaje ligero entre otros muchos vehículos por la carretera del norte, y subió hasta una posada de la liga antialcohólica. De él descendieron dos mujeres: una de ellas, la que conducía, tenía aspecto de campesina; la otra, de figura bien formada, se cubría con el riguroso luto de una viuda. Su vestido severo, bastante entallado, parecía fuera de lugar en medio del bullicio y la confusión de un mercado provinciano.

—Quiero ir a ver exactamente dónde es, Anny —dijo la dama viuda a su compañera, después de que un hombre se hiciera cargo del coche y el caballo—; luego volveré y me reuniré contigo aquí, y entraremos a tomar algo de comer y de beber. Empiezo a sentirme desfallecida.

—De mil amores —dijo la otra—. Aunque habría preferido que nos hubiéramos quedado en el hostel Las Damas o en La Sota. En estas casas de la liga antialcohólica no te sirven gran cosa.

—Bueno, haz el favor de contener ahora tu glotonería, criatura —dijo con reprobación la mujer de luto—. El lugar apropiado es este. Bien: entonces nos veremos aquí dentro de media hora, a no ser que quieras venir conmigo a ver el lugar donde van a construir el nuevo templo.

—No, gracias. Ya me lo contarás.

Las dos amigas emprendieron, pues, cada una su camino, y la de los negros crespones adoptó un paso firme y la expresión de no tener nada que ver con el bullicio que la rodeaba. Preguntando, llegó a la entrada de una tapia, en el interior de la cual se veían las zanjas para los cimientos de un edificio; en el tablero del exterior había unos carteles enormes, en los que se anunciaba que esa tarde, a las tres, vendría un famoso predicador de Londres a colocar la primera piedra del templo que se iba a erigir.

Una vez comprobado el lugar, la impresionantemente enlutada viuda volvió sobre sus pasos y se distrajo un rato observando el movimiento de la feria. Luego le llamó la atención un pequeño puesto de pasteles y tortas de jengibre situado entre tinglados de toldos y caballetes pretenciosos. Estaba cubierto con un paño de una blancura inmaculada y atendido por una mujer joven que no tenía aspecto de estar avezada en el oficio, a la que le ayudaba un niño de cara octogenaria.

—¡Por todos los... santos! —murmuró la viuda para sus adentros—. ¡Esa mujer es Sue..., no puede ser otra! —Se acercó al puesto—. ¿Cómo está usted, señora Fawley? —dijo blandamente.

Sue cambió de color al reconocer a Arabella a través de los enlutados velos.

—¿Cómo está usted, señora Cartlett? —dijo toda envarada. Y al darse cuenta de su vestimenta, le preguntó con cierta simpatía a pesar suyo—: ¿Cómo? ¿Es que ha perdido...?

—A mi pobre marido, sí. Falleció de repente hace seis semanas, dejándome en una situación no muy airosa que digamos, a pesar de que se portó siempre muy bien conmigo. Pero por muchos que sean los beneficios que deje un bar, se los llevan casi íntegros los fabricantes de bebidas, en vez de quedárselos los que las venden... ¿Y tú, pequeño viejecillo? Supongo que me conoces, ¿no?

—Sí, señora. Usted es la mujer que yo pensaba que era mi madre, hasta que vi que no —contestó el Padre Tiempo, que por entonces había aprendido ya a emplear el lenguaje usual de Wessex.

—Muy bien. No importa. Soy una amiga.

—Juey —dijo Sue de pronto—. Vete al andén de la estación con esta bandeja..., me parece que está a punto de llegar un tren.

Cuando se hubo marchado el niño, Arabella prosiguió:

—¡En la vida llegaré a ser una hermosura, el pobre! ¿Sabe que soy su madre verdadera?

—No. Él cree que hay una especie de misterio en torno a sus padres..., nada más. Jude se lo dirá cuando sea un poco mayor.

—Pero ¿cómo ha llegado usted a este trabajo? Me tiene sorprendida.

—Esta ocupación es solo temporal..., una salida que se nos ha ocurrido mientras estamos en dificultades.

—¿Entonces vive con él aún?

—Sí.

—¿Se han casado?

—Por supuesto.

—¿Han tenido niños?

—Dos.

—Y otro que está por venir, a lo que veo.

Sue acusó la tortura de estas preguntas directas y crueles, y sus tiernos labios comenzaron a temblar.

—¡Por Dios, señora, no hay motivo para echarse a llorar! ¡Al contrario, mucha gente se sentiría orgullosa!

—No es que sienta vergüenza, ¡no es lo que usted piensa! ¡Pero resulta tan trágico traer nuevos seres al mundo, resulta tan presuntuoso, que me pregunto a veces si tengo derecho a hacerlo!

—No se lo tome así, querida... Pero no me ha dicho cómo ha venido a parar a un oficio como este. Jude solía ser un tipo más bien orgulloso..., casi se consideraba por encima de cualquier clase de negocio.

—Quizá sea que mi marido ha cambiado un poco desde entonces. ¡Estoy segura de que ahora no es tan orgulloso! —Y los labios de Sue volvieron a temblar—. Me dedico a esto porque él cogió un enfriamiento a primeros de año, cuando trabajaba en una obra de cantería para una sala de conciertos de Quartershot; le tocó trabajar bajo la lluvia porque tenía que quedar todo terminado para un día fijo. Ahora ya está mejor. ¡Pero hemos tenido una época angustiosa bastante larga! Hay una anciana, una viuda, que nos ha ayudado a sobrellevarlo; pero ya no tardará en dejarnos.

—Bueno, yo también me he vuelto una persona respetable, a Dios gracias; y desde que me he quedado viuda pienso con más seriedad. ¿Cómo es que escogió este oficio de vender tortas de jengibre?

—Por pura casualidad. Él se crio en una panadería, así que se le ocurrió echar mano de lo que sabía y hacer estos dulces, porque de esa manera no tenía necesidad de salir de casa. Los llamamos dulces de Christminster. Han sido un éxito.

—Nunca había visto nada parecido. ¡Vaya, son ventanas, y torres, y pináculos! ¡Y están muy buenos, palabra! —Se había servido uno ella misma y se lo estaba comiendo sin el menor miramiento.

—Sí. Son recuerdos de los colegios de Christminster. Ventanales góticos y claustros. Fue una chifladura suya eso de hacerlos en dulce.

—Siempre con la misma canción de Christminster..., ¡hasta en los pasteles! —rio Arabella—. Jude siempre será el mismo. Es una pasión que le domina. ¡Es un tipo raro y no cambiará!

Sue suspiró, mostrando su mal humor al oír cómo le criticaba.

—Vamos, ¿no piensa usted lo mismo? ¡Claro que sí, por muy enamorada que esté de él!

—Desde luego, Christminster viene a ser una especie de idea fija para él de la que jamás se curará. Todavía considera esa ciudad como un gran centro de pensamientos elevados y audaces, en vez de verla tal como es en realidad: un nido de maestros vulgares cuya característica principal consiste en rendir un tímido servilismo a la tradición.

Arabella se burlaba de Sue, más por su manera de hablar que por lo que decía en sí.

—¡Qué raro resulta oír hablar de esa manera a una mujer que vende pasteles! —dijo—. ¿Por qué no vuelve a su trabajo de maestra?

Sue movió negativamente la cabeza.

—No quieren saber nada de mí.

—¿Por el divorcio, quizás?

—Por eso y por otras cosas. Y no existe ninguna razón para que yo desee volver a la enseñanza. Hemos renunciado a todas nuestras ambiciones y nunca habíamos sido tan felices hasta el día en que él cayó enfermo.

—¿Dónde viven ustedes?

—Eso no importa.

—¿Aquí, en Kennetbridge?

La actitud de Sue dio a entender a Arabella que su suposición era acertada.

—Aquí está el muchacho de vuelta otra vez —prosiguió Arabella—. ¡El hijo mío y de Jude!

Los ojos de Sue relampaguearon.

—¡No tiene por qué echarme eso a la cara! —gritó.

—¡Bueno, bueno! ..., aunque casi estoy por decir que me gustaría tenerle conmigo... Pero, por Dios, no vaya a pensar que quiero quitárselo, en la vida se me ocurriría semejante cosa, ¡a pesar de que debe tener usted bastante con los suyos! Está en buenas manos, lo sé; y no soy yo mujer para encontrarle defectos a lo que el Señor ha dispuesto. Ahora he alcanzado una mayor resignación espiritual.

—¿De veras? Cómo me gustaría encontrarme como usted.

—Debería intentarlo —replicó la viuda desde las serenas alturas de un alma consciente no solo de su superioridad espiritual, sino social también—. No es que quiera presumir de haber sentido la llamada de la religión, pero no soy la que era. Después de la muerte de Cartlett, pasé un día por delante de una capilla que hay en una calle vecina a la nuestra y me metí en ella para

protegerme de un chaparrón. Sentía la necesidad de alguna clase de apoyo para soportar la pérdida, y como aquello era mejor que la ginebra, empecé a frecuentar el lugar porque allí encontraba gran alivio. Pero ahora me he marchado de Londres, ¿sabe?, y vivo en Alfredston con mi amiga para estar cerca de mi tierra. Hoy no he venido por lo de la feria. Esta tarde va a venir a colocar la primera piedra de un nuevo templo un famoso predicador de Londres, y he venido con Anny. Bueno, tengo que ir a buscarla.

Y Arabella se despidió de Sue y se fue.

V. 8.

Por la tarde, Sue y la demás gente que animaba la feria de Kennetbridge pudieron oír cánticos dentro de la valla cubierta de letreros, en el extremo de la calle. Los que se acercaron a fisgar vieron una multitud endomingada, con sus libros de himnos en las manos, alrededor de las zanjas donde se iban a erigir los muros del futuro templo. Arabella Cartlett estaba allí con los demás, envuelta en sus velos negros. Tenía la voz clara y poderosa, por lo que destacaba por encima del resto elevándose y bajando según la melodía, al tiempo que su abultado pecho hacía lo mismo.

Dos horas más tarde, Anny y la señora Cartlett, tras haber tomado el té en la posada de la liga antialcohólica, emprendieron el camino de regreso por las tierras altas y llanas que se extienden entre Kennetbridge y Alfredston. Arabella iba pensativa; pero su pensamiento no estaba puesto en la nueva capilla, como Anny había supuesto al principio.

—No..., es otra cosa —confesó por último Arabella de mal humor—. He venido aquí hoy sin pensar en nadie más que en mi pobre Cartlett y en la difusión del Evangelio mediante este nuevo templo que han empezado a construir esta tarde. Pero ha pasado algo que ha venido a sacarme de mis ideas por completo. ¡Anny, he vuelto a oír hablar de él y la he visto a ella!

—¿De quién hablas?

—De Jude; he visto a su mujer. Y desde ese momento, ya podía estar haciendo lo que fuera, y por mucho que cantara los himnos con todas mis fuerzas, no he podido dejar de pensar en él; y eso no está nada bien, siendo miembro de la congregación como soy.

—¿No puedes ponerte a pensar en lo que ha dicho hoy el predicador de Londres y dejar a un lado esas chaladuras?

—Sí. ¡Pero es que tengo un corazón travieso que me lleva por donde él

quiere!

—¡Ah, yo también sé lo que es eso de tener malos pensamientos! ¡Si supieras lo que sueño a veces, por más que me empeño en quitármelo de la cabeza, verías cómo también estoy pasando lo mío! —Anny se había vuelto seria últimamente, desde que su novio la había plantado.

—¿Qué podría hacer? —apremió Arabella con voluptuosidad.

—Podrías cortarle un mechón de pelo a tu difunto marido, hacerte con él un prendedor y estarte mirándolo a todas las horas del día.

—¡No tengo un solo cabello suyo, y aunque lo tuviera, no serviría de nada! ... ¡A pesar de lo reconfortante que dicen que es la religión, me gustaría tener a Jude otra vez a mi lado!

—Debes luchar con valor contra ese sentimiento, ya que pertenece a otra. Y he oído decir que una cosa muy buena, cuando les viene la comezón a las viudas muy ardientes, es ir a la sepultura del marido al anochecer y estarse allí un rato arrodillada.

—¡Bah! Tú y yo sabemos de sobra cuál es el remedio; ¡solo que no quiero!

Siguieron por la recta carretera hasta que Marygreen apareció en el horizonte, a la izquierda, no muy lejos de la carretera general. Llegaron a lo alto de la cuesta, adonde sube el camino del pueblo, cuyo campanario se veía al otro lado de la hondonada. Dejaron el cruce atrás, y cuando pasaba por delante de la solitaria casa que Arabella y Jude habían ocupado durante los primeros meses de matrimonio, y donde tuvo lugar la matanza del cerdo, no pudo contenerse más.

—¡Es más mío que suyo! —prorrumpió—. ¡Quisiera saber con qué derecho lo tiene ella consigo! ¡Como pueda, se lo quito!

—¡Por Dios, Abby! ¡Que solo hace seis semanas que ha faltado tu marido! ¡Pídele al Cielo que no te permita eso!

—¡Que me ahorquen si lo hago! ¡Lo que se siente, se siente! ¡No quiero seguir siendo una vil hipocritona, ya está!

Arabella se había sacado precipitadamente del bolsillo un mazo de folletos que llevaba para repartirlos por la feria, de los que había dado algunos. Y mientras hablaba, arrojó el paquete al otro lado del seto.

—He probado esa especie de remedio, pero ha resultado un fracaso. ¡Ahora voy a ser la que siempre he sido, desde mi nacimiento!

—¡Chist! ¡Estás excitada, querida! Vete a casa tranquilamente y tómate una taza de té; y no hablemos más de él. No vamos a volver a venir por esta carretera que va al pueblo donde él vive, puesto que te pone tan excitada. Ya

verás como no tardarás en encontrarte más serena.

Arabella se fue calmando gradualmente; y cruzaron la calzada romana. Cuando empezaba a descender la cuesta larga y empinada, vieron delante de ellas a un hombre flaco y entrado en años que caminaba meditabundo y cansado. Llevaba una cesta en la mano; su indumentaria denotaba un cierto abandono, lo cual, sumado a ese algo indefinible que había en su aspecto general, hacía ver que era el único dueño, administrador, confidente y amigo de su propia persona, y que no tenía ya a nadie en el mundo que pudiera ejercer ninguna de esas funciones por él. El resto del trayecto era cuesta abajo, y adivinando que se dirigía a Alfredston, se ofrecieron a llevarle, lo que él aceptó.

Arabella le miró, y volvió a mirarle, hasta que por último le preguntó:

—Si no me equivoco, estoy hablando con el señor Phillotson, ¿verdad?

El pasajero se volvió en redondo y se quedó mirándola a su vez.

—Sí, así me llamo —dijo—. Pero yo no la recuerdo a usted, señora.

—Yo me acuerdo perfectamente de usted, de cuando estaba de maestro en Marygreen, porque yo era una de sus alumnas. Yo subía todos los días desde Cresscombe porque allí teníamos a una señorita nada más, y usted enseñaba mejor. Pero no se acordará de mí como yo de usted. Me llamo Arabella Donn.

Phillotson movió negativamente la cabeza.

—No —dijo cortésmente—. No recuerdo su nombre. Y, además, sería muy difícil que reconociera en usted, que ahora es una señora, a la colegiala delgaducha que sin duda sería por entonces.

—Bueno, yo siempre he tenido buenas carnes sobre mis huesos. No importa; el caso es que ahora vivo aquí con unas amigas. ¿A que no sabe con quién llegué a casarme?

—No.

—Con Jude Fawley, que también fue alumno suyo (creo que de la clase nocturna) durante un tiempo, ¿no? Y más tarde volvió a conocerle, si no me equivoco.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Phillotson perdiendo su rigidez—. ¿Usted es la mujer de Fawley? Claro..., ¡tenía mujer! Y él, yo tenía entendido...

—Me divorcié lo mismo que usted, aunque por mejores motivos.

—¿De veras?

—Bueno, en el fondo tuvo razón en decidirse, por él y por mí; porque yo

no tardé en casarme otra vez, y todo me ha ido bastante bien hasta el reciente fallecimiento de mi marido. Pero a usted..., ¡a usted le va francamente mal!

—No —dijo Phillotson con repentino mal humor—. Preferiría no hablar de eso, pero... estoy convencido de que hice lo que debía, lo que era justo y moral. He sufrido por mi decisión y mis ideas, pero así es como pienso todavía; ¡a pesar de que el hecho de haberla dejado me haya supuesto perder muchas cosas más!

—Perdió la escuela y una buena paga que le daban, ¿no? —Prefiero no hablar de ese asunto. He vuelto aquí hace poco...; a Marygreen, quiero decir.

—¿Seguirá en la escuela otra vez, igual que antes?

La tristeza pugnaba por salirle de dentro y al final cedió.

—Estoy aquí —replicó—. Pero no igual que antes. Se me tolera. Era mi último recurso; poca cosa es volver a esto, después de haber estado en mejor situación y después de todos los proyectos que me había hecho durante tantos años: es volver a cero con todas sus humillaciones. Pero es un refugio. Me gusta el aislamiento de este lugar, y como el vicario me conocía ya antes de mi decisión con respecto a mi mujer, que han tachado de excéntrica y arruinó mi reputación como maestro de escuela, aceptó mis servicios cuando todas las demás escuelas se habían cerrado para mí. Sin embargo, aunque aquí me dan cincuenta libras al año, cuando en cualquier otro lugar cobraría doscientas, lo prefiero a tener que correr el riesgo de que me echen en cara mis pasadas desventuras familiares; porque eso es lo que ocurriría, si intentara dar un paso.

—Razón tiene. Un espíritu resignado es una dicha constante. Ella no ha salido mejor parada.

—¿Quiere decir que no le van bien las cosas?

—Hoy mismo me la he encontrado por casualidad en Kennetbridge, y cualquier cosa puede decirse de ella menos que esté nadando en la abundancia. Su marido está enfermo y a ella se la comen las preocupaciones. Fue una estupidez lo que hizo usted con ella, y se tiene merecido el daño que se ha hecho a sí mismo manchando su propio hogar de esa manera, y perdone el atrevimiento.

—¿Por qué?

—Porque ella era inocente.

—¡Qué tontería! ¡Ni siquiera trataron de defenderse!

—Porque les tenía sin cuidado. Por entonces ella era completamente inocente de esa acusación que le devolvió la libertad. Yo la vi poco después y tuve ocasión de comprobarlo por mí misma hablando con ella.

Phillotson se agarró con fuerza al borde de la calesa y se quedó turbado y perplejo ante esa información.

—De todos modos... ella quería irse —dijo.

—Sí. Pero usted no debía habérselo consentido. Esa es la única manera de tratar a las mujeres fantasiosas que andan soñando despiertas, sean inocentes o culpables. Con el tiempo, ella habría cambiado. ¡Todas cambiamos! ¡Es lo normal! ¡Al final todo se arregla! Sin embargo, creo que todavía quiere bastante a ese hombre... tanto si es marido suyo como si no. Usted obró demasiado a la ligera. ¡Yo que usted la habría amarrado bien! ¡No habrían tardado en írseles las ganas de patalear! No hay nada como encerrarnos y tener un cómitre de marido para domesticarnos. Además, usted tenía la ley de su parte. Ya lo dijo Moisés. ¿No le vienen a la cabeza sus palabras?

—En este momento, no, señora. Lo siento.

—¡Y dice usted que es maestro de escuela! A mí me impresionaban mucho cuando las leían en la iglesia, y luego me daban que pensar. «Entonces el hombre quedará limpio; pero la mujer tendrá que soportar su iniquidad». Son condenadamente duras para nosotras; ¡pero no tenemos más remedio que sonreír y callar la boca! ¡Ja, ja! En fin, ahora tiene su merecido.

—Sí —dijo Phillotson, con amarga tristeza—. La crueldad es una ley que se halla presente en la sociedad y en toda la naturaleza; ¡y no podemos sustraernos a ella por mucho que nos empeñemos!

—Bueno... no se olvide de intentarlo la próxima vez, viejo.

—No le puedo contestar a eso, señora. Jamás he conocido a fondo a las mujeres.

Habían dejado atrás la cuesta y rodaban por la llana depresión inmediata a Alfredston; al pasar por las proximidades de un molino, dijo Phillotson que era allí adonde se dirigía; así que se detuvieron, bajó él y les dio las buenas noches con gesto preocupado.

Entretanto, Sue, aunque su venta de pasteles en la feria de Kennetbridge había sido un negocio redondo, había perdido toda la momentánea alegría que le había producido este éxito sobreponiéndose a su tristeza. En cuanto terminó de vender todos los «dulces de Christminster», se pasó por el brazo la cesta vacía, recogió el lienzo con que había cubierto el puesto que había alquilado, y dándole las demás cosas al niño, se marchó de allí con él. Siguieron por un camino, y a cosa de unos ochocientos metros se encontraron con una anciana que llevaba en brazos a un bebé vestido de corto y a otro algo mayor de la mano.

Sue besó a los niños, y dijo:

—¿Cómo se encuentra él?

—¡Mucho mejor! —contestó la señora Edlin alegremente—. Para cuando te vayas a la cama esta noche, tu marido estará del todo bien, conque no pases pena.

Emprendieron el camino de regreso y llegaron a unas casas de tejado oscuro rodeadas de huertos y árboles frutales. Entraron en una de ellas sin llamar y pasaron inmediatamente al cuarto de estar. Saludaron a Jude, que estaba sentado en un sillón; su estado aumentaba el aspecto delicado que normalmente tenía, lo cual, unido a la mirada infantil y expectante de sus ojos, ponía de manifiesto que acababa de pasar una grave enfermedad.

—¿Qué?... ¿Los has vendido todos? —preguntó, con el rostro iluminado por el interés.

—Sí. Arcos, frontones, ventanales y todo. —Le contó los resultados pecuniarios, y luego se quedó indecisa. Por último, cuando estuvieron solos, le contó la inesperada aparición de Arabella y su reciente viudedad.

Jude se removió, inquieto.

—¿Cómo! ¿Vive aquí? —dijo.

—No; en Alfredston —respondió Sue.

El semblante de Jude se ensombreció.

—Me ha parecido que era mejor decírtelo —continuó ella, besándole ansiosamente.

—¡Sí..., Dios mío! ¡Así que Arabella no se encuentra en lo más profundo de Londres, sino aquí cerca! Habrá solo una veintena de kilómetros de aquí a Alfredston. ¿Qué es lo que ha venido a hacer aquí?

Sue le contó lo que sabía.

—Se ha vuelto muy beata —añadió después—; y habla muy a tono.

—Bueno —dijo Jude—; quizá haya sido para bien que tengamos ya casi decidido marcharnos. Hoy me siento mucho mejor, y dentro de una semana o dos podremos irnos perfectamente. Para entonces podrá regresar otra vez a su casa la señora Edlin, nuestra querida y fiel anciana, ¡la única amiga que tenemos en el mundo!

—¿Adónde piensas ir? —preguntó Sue con voz temblona.

Entonces Jude le contó lo que tenía en proyecto. Dijo que se sorprendería seguramente, después de haber evitado durante tantísimo tiempo todos los viejos lugares. Pero unas cosas y otras le habían hecho pensar en Christminster últimamente y, si a ella no le importaba, le gustaría volver allá. ¿Y qué si los

conocían? Sería pecar de suspicaces darle tanta importancia. Podían ir a vender dulces allí, si él no conseguía trabajo. No le daba vergüenza ser pobre; seguramente no tardaría mucho en encontrarse más fuerte que nunca y podría poner allí un taller de cantería.

—¿Por qué quieres tanto Christminster? —dijo Sue con tristeza—. ¡Christminster no te quiere nada a ti, pobre amor mío!

—Bueno, es algo que no puedo remediar. Estoy enamorado de esa ciudad, aunque sé de qué manera aborrece a los hombres de mi condición (a los llamados autodidactas) y cómo desprecia nuestros laboriosos estudios, cuando debería ser la primera en respetarlos; me doy cuenta de cómo se burla de nuestras falsas conclusiones y de nuestra pronunciación defectuosa, cuando debería decir: ¡comprendo tu falta de medios, mi pobre amigo!... De todos modos, para mí es el centro del universo debido a mis primeras ilusiones, y nada podrá cambiarlo. Tal vez no tarde en despertar y se vuelva generosa. ¡Ojalá!... ¡Me gustaría volver a vivir, y tal vez morir en ella! Dentro de dos o tres semanas estaremos allí, si puedo. Entonces estaremos en junio, y me gustaría encontrarme allí para un día concreto.

Demostró que su convicción de que se estaba recuperando tenía sobrado fundamento, hasta el punto de que a las tres semanas llegaron a la ciudad que tantos recuerdos guardaba; pisaban de verdad el pavimento de sus calles y recibían el brillo del sol reflejado en sus muros gastados.

SEXTA PARTE

EN CHRISTMINSTER OTRA VEZ

VI. 1.

A su llegada encontraron la estación animada; unos jóvenes con sombrero de paja habían ido a recibir a unas muchachas que tenían un notable parecido familiar con ellos y llevaban vestidos claros y ligeros.

—Parece que está muy alegre la ciudad —dijo Sue—. ¡Pero si hoy es el Día de la Conmemoración! ¡Jude, mira que eres pillo, lo has hecho a propósito!

—Sí —dijo Jude tranquilamente mientras se hacía cargo del niño más pequeño, le decía al hijo de Arabella que fuera junto a ellos, y Sue atendía al mayor suyo—. Pensé que para venir un día cualquiera, lo mismo podíamos venir hoy.

—¡Pero me da miedo que esto te deprima! —dijo Sue mirándole con ansiedad.

—Eso no ha de ser ningún obstáculo para nuestros planes; tenemos mucho que hacer antes de instalarnos aquí. Lo primero, buscar alojamiento.

Dejaron en la estación los equipajes y las herramientas y siguieron a pie por la calle familiar, en medio de la muchedumbre en fiestas que marchaba en la misma dirección. Llegaron a los Cuatro Caminos, e iban a torcer ya hacia el barrio donde les sería más fácil encontrar hospedaje cuando, al mirar la hora y ver la presurosa multitud, dijo Jude:

—Vamos a ver el desfile, dejemos ahora el alojamiento, ¿quieres? Podemos buscarlo después.

—¿No crees que debíamos tener primero un techo seguro? —preguntó ella.

Pero el espíritu de Jude parecía embriagado de fiesta, así que bajaron por la calle Mayor, con el más pequeño en brazos de él, la niña de la mano de Sue y el hijo de Arabella caminando pensativo y silencioso junto a ellos. Los grupos de graciosas hermanas, ataviadas con sus vestidos ligeros, y de padres, humildes ignorantes que no habían llegado a pisar colegio alguno en su juventud, caminaban en la misma dirección, junto a hermanos e hijos cuyos semblantes reflejaban la firme convicción de que jamás habían existido propiamente seres humanos hasta que aparecieron ellos sobre la tierra aquí y ahora.

—Mi fracaso se me hace más vivo viendo estos jóvenes —dijo Jude—. ¡Hoy me espera una lección sobre la presunción!... ¡Para mí, es el Día de la Humillación!... ¡De no haber venido tú a rescatarme, me habría entregado a la desesperación!

Sue vio en su rostro que se hallaba en uno de sus momentos de humor turbulento y atormentado.

—Habría sido mejor ir directamente a solucionar muchas cosas, cariño —contestó ella—. ¡Estoy segura de que todo esto despertará en ti dolorosos recuerdos y no te hará ningún bien!

—Bueno...; ya que estamos cerca, vamos a verlo —dijo él.

Torcieron a la izquierda por delante de una iglesia de pórtico italiano cuyas columnas salomónicas estaban cubiertas de plantas trepadoras y siguieron por el callejón hasta que llegaron al teatro circular coronado por una linterna que tan familiar le era a Jude, para quien representaba el triste símbolo de sus abandonadas esperanzas; desde esa linterna había contemplado por última vez la Ciudad de los Colegios la noche en que, tras honda meditación, se convenció definitivamente de la futilidad de su intento de llegar a convertirse

en hijo de la Universidad.

Hoy, en la plaza que se abría entre ese edificio y el colegio más próximo, se agolpaba una multitud expectante. En el centro habían hecho un corredor mediante dos barreras de andamios que iba desde la puerta del colegio a la de un gran edificio que había junto al teatro.

—Aquí es...; ¡están a punto de pasar! —exclamó Jude con repentina excitación. Y abriéndose camino a empujones, se situó junto a la barrera con el pequeño aún en brazos; Sue y los otros dos niños le siguieron detrás. La multitud se apretujaba a sus espaldas charlando, bromeando y riendo, mientras llegaban coche tras coche a la puerta de servicio del colegio y se iban apeando unos señores de aspecto solemne, ataviados con ropajes rojos como la sangre. El cielo se había encapotado y se oía tronar de vez en cuando.

El Padrecito Tiempo se estremeció.

—¡Parece el Día del Juicio! —susurró.

—No son más que ilustres doctores —dijo Sue.

Mientras esperaban, empezaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre ellos; el retraso se hacía fastidioso. Sue sintió nuevamente deseos de marcharse.

—Ya no tardarán —dijo Jude sin volver la cabeza.

Pero la comitiva no salía; y alguien, por matar el rato, se puso a mirar la fachada del colegio y preguntó al azar qué querría decir una inscripción latina que había en el centro. Jude, que se hallaba cerca, se lo explicó, y al ver que la gente que los rodeaba escuchaba con interés, continuó describiendo las esculturas del friso (que él había estudiado años antes), y criticando algunos detalles de las fachadas frontales de otros colegios de la ciudad.

La multitud ociosa, incluidos los dos policías de la puerta, le miraban como los licaonios a Pablo, porque Jude era propenso a entusiasmarse demasiado con cualquier tema que le saliera al paso, y todos parecían asombrarse de que aquel forastero supiera más que ellos sobre los edificios de su propia ciudad; hasta que uno exclamó:

—¡Caramba, yo conozco a ese hombre! Trabajaba aquí hace años. ¡Se llama Jude Fawley, eso es! ¿No se acuerdan que le apodaban el Predicador de San Suburbio, eh?, ¿porque eran esas sus ideas? Se ha debido de casar a lo que se ve, y el crío que lleva en brazos debe de ser hijo suyo. Taylor le reconocería en seguida, porque él conoce a todo el mundo.

El que hablaba era un hombre llamado Jack Stagg, con el que había trabajado Jude en otro tiempo restaurando la sillería de algunos colegios; y dio la casualidad de que Taylor el Calderero estaba allí cerca también. La escena le llamó la atención, y al ver de quién se trataba, le gritó a Jude desde el otro

lado de la doble empalizada:

—¡Muy honrados de verte de vuelta, amigo!

Jude hizo un gesto afirmativo.

—A lo que se ve, no has ganado mucho con irte de aquí, ¿eh?

Jude asintió a esto también.

—¡Como no sea unas cuantas bocas que llenar! —El comentario provenía de otro, y Jude reconoció la voz del Tío Joe, otro albañil al que conocía.

Jude contestó de buen humor que no podía decir que no; y entre comentario y comentario, se entabló una conversación entre él y la muchedumbre de ociosos, en el curso de la cual Taylor el Calderero le preguntó si se acordaba aún del Credo de los Apóstoles en latín y de la noche de la apuesta en la taberna.

—Pero la fortuna no te ha acompañado en eso, ¿verdad? —saltó Joe—. No has tenido arrestos para ir hasta el final, ¿a que no?

—¡No les contestes más! —suplicó Sue.

—¡Creo que no me gusta Christminster! —murmuró melancólicamente el Padrecito Tiempo, sumergido e invisible bajo la multitud.

Pero viéndose el centro de la atención de todos, de las bromas y comentarios, Jude no se sentía inclinado a rehuir las explicaciones abiertas de cosas en las que no veía un motivo serio para avergonzarse; y poco después se sintió impulsado a decir en voz alta al gentío que le escuchaba:

—El problema con el que me he tenido que enfrentar, amigos, es difícil para cualquier joven..., y son miles los que, en el momento presente en que todo anda tan revuelto, vacilan entre seguir ciegamente el camino en que se encuentran, sin pararse a pensar primero en sus aptitudes, o a considerar cuáles son sus inclinaciones, y emprender a continuación el camino que esté más de acuerdo con ellas. Yo intenté hacer lo segundo y he fracasado. Pero no estoy dispuesto a admitir que mi fracaso signifique que estaba equivocado, de la misma manera que mi éxito tampoco habría probado que tenía razón, aunque así es como se valoran hoy en día los esfuerzos; o sea, no por su bondad esencial, sino por sus resultados accidentales. Si yo hubiera llegado a convertirme en uno de esos personajes de toga y birrete como los que ahora están saliendo por allá, todo el mundo habría dicho: «¡Hay que ver lo inteligente que ha sido ese joven al seguir sus inclinaciones naturales!». Pero viendo que al final me encuentro igual que al principio, dicen: «¡Hay que ver la tontería que ha hecho ese muchacho, al empeñarse en seguir una chifladura!».».

»Pero ha sido mi pobreza y no mi voluntad la que me ha obligado a darme por vencido. Hacen falta dos o tres generaciones para llevar a cabo lo que he querido hacer yo en una; y mis impulsos, mis afectos, o casi debería llamarlos vicios, eran demasiado imperiosos para no obstaculizar a un hombre sin recursos atándole de pies y manos. Se necesitaría tener la sangre fría de un pez y el egoísmo de un cerdo para tener realmente la suerte de llegar a ser una de las personalidades del país. Podéis ridiculizarme, no voy a molestarme por ello; efectivamente, soy el clásico tipo al que le toman el pelo. Pero creo que si supierais la vida que he llevado estos últimos años os compadeceríais de mí. Y si lo supieran ellos —señaló con la cabeza el colegio al que estaban llegando varias personalidades académicas—, es muy posible que también.

—¡Es verdad, se le ve muy estropeado! —dijo una mujer.

El semblante de Sue pareció experimentar una emoción intensa y repentina; pero aunque estaba junto a Jude, este le daba la espalda.

—Puedo hacer algo bueno todavía, antes de que me toque dejar este mundo: puedo servir de ejemplo de lo que no se debe hacer, ilustrando de ese modo un episodio moral —continuó Jude volviéndose más amargo, a pesar de que había empezado con el ánimo completamente sereno—. ¡Quizá después de todo no sea más que una miserable víctima de esa inquietud intelectual y social que hace desdichadas a tantas gentes en estos tiempos!

—No les digas eso —susurró Sue llorosa, al darse cuenta del estado de ánimo de Jude—. Tú no eres eso. ¡Has luchado noblemente para adquirir conocimientos, y solo los espíritus más ruines del mundo te lo podrían reprochar!

Jude se cambió al bebé para descansar el brazo y concluyó:

—Y si parezco un hombre enfermo y sin dinero, no es eso lo peor. Me encuentro en un caos de principios, ando a tientas en un mundo de tinieblas, obro por instinto y sin seguir ninguna norma. Hace ocho o nueve años, cuando vine aquí por primera vez, tenía un buen número de ideas estables en la cabeza, pero se han ido desmoronando una por una; y cuanto más tiempo pasa, menos seguro me siento. Dudo mucho que tenga actualmente otra norma de conducta que la de seguir las inclinaciones que no hacen daño alguno ni a mí ni a nadie y pueden proporcionar alegría a quienes yo más quiero. Bien, señores, puesto que querían saber cómo me iba, ya lo saben. ¡De provecho les sirva! No puedo explicarles más aquí. Presiento que algo anda mal en nuestras fórmulas sociales: lo que sea, ya lo descubrirán otros hombres o mujeres más perspicaces que yo, si es que alguna vez lo llegan a descubrir..., al menos en nuestro tiempo. «Porque, ¿quién es el que sabe lo que es bueno para el hombre en esta vida?... ¿Y quién puede decir al hombre lo que tras él existirá bajo el sol?».

—Oíd, oíd —decía el populacho.

—¡Bien predicado! —dijo Taylor el Calderero. Y en privado comentó a sus vecinos—: Qué, ¿a que algunos de esos curas de marras que tanto abundan por ahí, de esos que dicen los oficios cuando nuestros reverendos quieren descansar, no habría soltado un discurso como ese por menos de una guinea? ¿A que no? ¡Les juro a ustedes que no! Y además, encima lo traería escrito. ¡Y eso que este no es más que un obrero!

Como una especie de comentario elocuente a las consideraciones de Jude, llegó en ese momento un doctor retrasado y sin aliento, ataviado con su toga, en una berlina cuyo caballo se detuvo unos metros antes del punto requerido para que bajara el pasajero, el cual saltó del coche y se metió por la puerta. El conductor se apeó y comenzó a darle al animal puntapiés en la barriga.

—Si pueden hacerse estas cosas —dijo Jude en las puertas de un colegio de la ciudad más religiosa e intelectual del mundo, ¿quién sabe adónde vamos a parar?

—¡Silencio! —exclamó uno de los policías que había estado abriendo, junto con otro compañero, las grandes puertas de la fachada principal del colegio—. Contenga esa lengua, buen hombre, mientras pasa el desfile.

La lluvia empezaba a arreciar y todos los que traían paraguas lo abrieron. Jude no había traído y Sue solo tenía uno pequeño que le servía de sombrilla. Estaba pálida, pero Jude no se lo notó en ese momento.

—Vámonos, cariño —susurró ella, tratando de protegerle—. No tenemos alojamiento todavía, recuérdalo, y todas nuestras cosas están en la estación; además, no te encuentras completamente bien ni mucho menos. ¡Tengo miedo de que esta humedad te perjudique!

—Ya salen. ¡Un momento nada más, y nos vamos! —dijo él.

Un carillón de seis campanas se puso a repicar; una infinidad de rostros surgió por las ventanas del vecindario, y la comitiva de próceres y doctores hizo su aparición, desfilando sus siluetas vestidas de rojo y negro por el campo de visión de Jude, inaccesibles como planetas ante un telescopio.

A medida que pasaban, las gentes que los conocían iban citando sus nombres; y cuando llegaron al viejo teatro circular de Wren, se elevó una gran aclamación.

—¡Vamos allí! —exclamó Jude; aunque seguía lloviendo de firme parecía no darse cuenta, y los llevó a rastras hasta el teatro. Aquí tuvieron que estar de pie sobre la paja que habían extendido para amortiguar el ruido de las ruedas, junto a unos bustos de gastada piedra que rodeaban el edificio y parecían contemplar con demacrado estupor los acontecimientos, y de una manera

particular a Jude y a Sue y a los niños, que estaban empapados, como si se tratase de unos personajes ridículos que nada tenían que hacer allí.

—¡Cómo me gustaría entrar! —le dijo a Sue con fervor—. Escucha... desde aquí se oyen discursos en latín; las ventanas están abiertas.

No obstante, aparte de los acordes del órgano y de las aclamaciones y hurras que se sucedían entre pieza y pieza de oratoria, el hecho de aguantar mojado no le servía a Jude de mucho, ya que no lograba captar nada, aparte de algún sonoro -um o -ibus de vez en cuando.

—Bueno, ¡al final de mi vida resulta que soy un intruso! —suspiró al cabo de un rato—. Vámonos, mi buena y paciente Sue. ¡Qué bondadosa eres, esperando todo el tiempo bajo la lluvia, nada más que para satisfacer una chifladura mía! ¡De ahora en adelante me va a tener sin cuidado este maldito lugar, te doy mi palabra! Pero ¿qué te pasaba en la barrera que estabas temblando? ¡Y qué pálida estás, Sue!

—He visto a Richard entre la gente del otro lado.

—¡Ah! ¿De verdad?

—Sin duda ha venido a Jerusalén a presenciar la fiesta, igual que hemos venido los demás: lo que significa que seguramente no vivirá demasiado lejos de aquí. Él tenía la misma pasión por la Universidad que tú, aunque no tan violenta. Creo que no me ha visto; a pesar de todo, ha debido de oírte cuando te dirigías a la multitud. Pero parecía que no prestaba atención.

—Bueno, así será. Tu cabeza ya no se inquieta por lo que le pase a él, ¿verdad, mi vida?

—No, creo que no. Pero soy débil. A pesar de que no hay nada malo en nuestra manera de vivir, he sentido un extraño temor al verle; un miedo, o terror, por prejuicios en los que no creo. ¡A veces me invade como una especie de parálisis y me pone inmensamente triste!

—Estás cansada, Sue. ¡Ay, se me había olvidado, cariño! Venga, vámonos en seguida.

Se pusieron a buscar alojamiento, hasta que por último llegaron a un lugar que les pareció prometedor: el callejón del Moho, un lugar que a Jude le parecía irresistiblemente atractivo, aunque a Sue no le parecía tan fascinante; era una calleja estrecha situada justo detrás de un colegio, el cual no tenía acceso por ella. Las casuchas de la otra acera estaban sumidas en la oscuridad debido a la altura de los muros del colegio, cuya vida era tan distinta de la del vecindario del callejón que era como si ambos mundos se hallaran en polos opuestos; sin embargo, los separaba tan solo el espesor de una tapia. Dos o tres de esas casas tenían cartelitos anunciando habitaciones para alquilar. Los

recién llegados llamaron a la puerta de una, y salió a abrir una mujer.

—¡Oye, escucha! —dijo Jude de repente, en vez de dirigirse a la mujer.

—¿Qué?

—Las campanas... ¿de qué iglesia serán? Su sonido me es familiar.

Otro repique comenzó en ese momento a oírse un poco más alejado.

—¡No lo sé! —dijo la patrona con acritud—. ¿Han llamado para preguntar eso?

—No; para pedir habitación —dijo Jude volviendo a la realidad.

La patrona examinó la figura de Sue un momento.

—No tenemos ninguna —dijo, cerrando la puerta.

Jude se quedó cortado, y el niño pareció angustiarse.

—Anda, Jude —dijo Sue—. Déjame probar a mí. Tú no entiendes de esto.

Un poco más allá encontraron una segunda casa; pero aquí la patrona, después de observar no solo a Sue, sino al chiquillo y a los otros dos niños, dijo con toda educación:

—Siento decirles que no alquilamos cuando hay niños. —Y cerró la puerta también.

El pequeñín abrió la boca y se puso a llorar en tono apagado, como intuyendo instintivamente la dificultad. El muchacho suspiró.

—¡No me gusta Christminster! —dijo—. ¿Son cárceles esas casas grandes y viejas?

—No, colegios —dijo Jude—; puede que algún día estudies tú ahí.

—¡No me gustaría! —replicó el muchacho.

—Bueno, vamos a probar otra vez —dijo Sue—. Me taparé bien tapada con la capa... ¡Dejar Kennetbridge para venir aquí me parece como ir de Herodes a Pilatos!...

—Así no te notarán nada —dijo Jude.

Había otra casa y probaron por tercera vez. Aquí la mujer fue más amable, pero tenía poco sitio y solo podía tomar a Sue y a los niños, si el marido consentía en buscarse otro sitio. No tuvieron más remedio que aceptar este arreglo por temor a que se hiciera demasiado tarde. Llegaron a un acuerdo con ella, aunque el precio era algo elevado para sus posibilidades. Pero no estaban en condiciones de escoger hasta que Jude hubiera encontrado un alojamiento más estable; así que Sue tomó posesión de una habitación trasera del segundo

piso, con un cuarto interior para los niños. Jude se quedó a tomar una taza de té; y se alegró al ver que la ventana daba a la fachada posterior de otro colegio. Les dio un beso a los cuatro y salió a hacer algunos recados indispensables y a buscar alojamiento para él.

Una vez que se hubo marchado, la patrona subió a charlar un poco con Sue y a informarse sobre la familia a la que acababa de dar cobijo. Sue no poseía el arte del fingimiento y, después de contar algunos detalles sobre sus recientes dificultades y vagabundeos, se sobresaltó cuando la patrona le preguntó de repente:

—¿Está usted casada realmente?

Sue vaciló; luego le contó impulsivamente que su marido y ella habían sido desgraciados en sus respectivos matrimonios, después de lo cual les asustaba la idea de volverse a unir irrevocablemente y temían que las condiciones de contrato matrimonial mataran su mutuo amor, que deseaban vivir juntos, pero que no habían tenido el valor de repetirlo, aunque lo habían intentado dos o tres veces. Por esto, aunque en el sentido profundo de la palabra era una mujer casada, en el sentido en que la patrona se lo preguntaba, no.

La dueña, no sabiendo qué decir, descendió de nuevo. Sue se sentó con aire meditabundo junto a la ventana. Su tranquilidad se vio alterada por el ruido de alguien que entró en la casa y luego por las voces de un hombre y la mujer, que conversaban bajo. Había llegado el marido de la patrona y ella le estaba explicando que había cogido nuevos realquilados durante su ausencia.

La voz del hombre se alzó súbitamente encolerizada:

—Pero ¿qué falta nos hace coger a una mujer así? ¡Y a punto de dar a luz...! Además, ¿no te tengo dicho que no quiero críos? ¡Acabo de pintar el recibimiento y las escaleras para que vengan ahora niños a patearlo todo! Debías haberte dado cuenta de que había algo raro... viniendo de esa manera. ¡Mira que tomar una familia, con la de veces que te he repetido que no admitas más que a hombres solos!

La mujer trató de persuadirle; pero al parecer el marido siguió en sus trece, porque poco después sonaron unos golpecitos en la puerta de Sue y apareció la mujer.

—Siento tenérselo que decir, señora —dijo—, pero por fin no le puedo alquilar la habitación para toda la semana. Mi marido dice que no quiere; así que vengo a pedirle que se vaya. Puede quedarse esta noche, ya que es bastante tarde; pero me gustaría que se marchara por la mañana temprano.

Aunque sabía que tenía derecho a retener la habitación por una semana

entera, Sue no quiso crear problemas entre la mujer y el marido, y dijo que se iría. Al marcharse la patrona, Sue se asomó otra vez a la ventana. Viendo que había cesado de llover, le propuso al muchacho que, en cuanto metiera a los pequeños en la cama, salieran a buscar otro sitio y apalabrarlo para el día siguiente; así no tendrían tantas dificultades como en este primer día.

Así pues, en vez de deshacer las maletas que Jude acababa de enviar desde la estación, salieron a las calles mojadas y agradables. Sue estaba decidida a no molestar a su marido con la noticia de que debían marcharse, cuando seguramente tendría aún dificultades en encontrar alojamiento para él. En compañía del chiquillo, erró por calles y más calles; pero a pesar de que preguntó en una docena de casas le fue mucho peor sola que con Jude, y nadie le prometió reservarle habitación para el día siguiente. Todas las patronas miraron con recelo a esta mujer y a este niño que buscaban aposento después de anochecido.

—Yo no debía haber nacido, ¿verdad? —decía el niño con desaliento.

Completamente extenuada, regresó Sue por fin al lugar donde no era bien recibida, aunque podía alojarse provisionalmente al menos. Durante su ausencia, Jude había pasado a dejar su dirección; pero sabiendo lo débil que estaba aún, mantuvo su decisión de no ir a hablar con él hasta el día siguiente.

VI. 2.

Sue estaba sentada con los ojos clavados en el desnudo suelo de la habitación —el edificio no era otra cosa que una vieja casucha de intramuros—, y luego se puso a contemplar el exterior desde la ventana sin cortinas. Enfrente, a escasa distancia, tenía los muros exteriores del colegio Sarcophagus —silenciosos, ennegrecidos, sin vanos— que proyectaban sus cuatro siglos de oscuridad, intransigencia y ruina sobre la estrecha habitación que ella ocupaba, impidiendo que llegara la luz de la luna durante la noche y la del sol durante el día. Los contornos del Colegio Rúbrica se divisaban también más allá del otro; y más lejos aún destacaba la torre de un tercero. Y pensó en la extraña pasión de un hombre tan sencillo como Jude, que le arrastraba, a él que amaba a Sue y a los niños con tanta ternura, a llevarlos a todos a un lugar tan deprimente como este, solo porque aún se sentía fascinado por el sueño de su vida. Ni siquiera ahora era capaz de oír la fría negativa que estos muros universitarios devolvían a la llamada de sus deseos.

El vano intento de encontrar otro alojamiento y la falta de espacio en esta casa para su padre causaron honda impresión en el chico; un horror mudo y

soterrado parecía haberse apoderado de él. Y fue él quien rompió el silencio diciendo:

—Madre, ¿qué vamos a hacer mañana?

—¡No lo sé! —dijo Sue con desaliento—. Me temo que esto va a preocupar bastante a tu padre.

—¡Me gustaría que padre estuviera bien del todo y que hubiera bastante sitio aquí para él! ¡Entonces no habría tenido tanta importancia! ¡Pobre padre!

—¡Es verdad, no la habría tenido!

—¿Qué podría hacer yo?

—¡Nada! ¡Todo son dificultades, y desgracias, y sufrimientos!

—Padre se ha ido para dejarnos sitio a los niños, ¿verdad?

—En parte.

—Valdría más no estar en el mundo, ¿verdad?

—Casi, casi, mi amor.

—¿Es por culpa nuestra por lo que no habéis podido encontrar un buen alojamiento?

—Bueno, la gente a veces no quiere coger niños.

—Entonces, si los niños traen tantos problemas, ¿por qué la gente los tiene?

—Bueno..., porque es ley de la naturaleza.

—Pero nosotros no pedimos que nos traigan al mundo, ¿no?

—No, desde luego.

—Y lo peor en mi caso es que tú no eres mi verdadera madre y no tienes ninguna necesidad de tenerme, si no es porque tú lo quieres. No tenía que haberme venido a vivir contigo... ¡esa es la verdad! En Australia molestaba y aquí también. ¡Quisiera no haber nacido!

—No pudiste evitarlo, mi vida.

—¡Pienso que cuando nacen niños que no se desean, deberían matarlos directamente, antes de que tengan un alma, y no permitir que se hagan grandes y empiecen a vivir!

Sue no contestó. Meditaba cómo debía tratar a este muchacho tan excesivamente reflexivo.

Finalmente decidió que, hasta donde lo permitieran las circunstancias, se

mostraría honrada y sincera con este ser que había venido a compartir sus tribulaciones como si fuera un amigo anciano.

—Pronto tendremos a uno más en la familia —comentó ella, indecisa.

—¿Cómo?

—Que vamos a tener otro niño.

—¿Qué? —exclamó el niño, sobresaltado—. ¡Por Dios, madre, no debías haber encargado otro!; ¡con las preocupaciones que te dan los que ya tienes!

—¡Sí, es cierto, y siento tener que decirlo! —murmuró Sue con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

El muchacho se echó a llorar.

—¡Ay, te tiene sin cuidado, sin cuidado! —exclamó con amargo reproche—. ¡Mira que eres mala y cruel, madre! ¡No tenías que hacer esto hasta vernos fuera de dificultades, y hasta que padre se encontrara bien! ¡Traernos a todos más problemas! No hay sitio bastante para nosotros; padre tiene que irse por ahí, y encima nos tenemos que marchar mañana; ¡y dentro de poco, seremos uno más!... ¡Lo has hecho aposta!... Eso..., eso... —Y paseaba arriba y abajo sollozando.

—¡Debes perdonarme, mi pequeño Jude! —suplicó ella, palpitándole el pecho lo mismo que al niño—. No te lo puedo explicar..., ya lo haré cuando seas mayor. Parece... ¡parece como si yo lo hubiera hecho a propósito, ahora que nos vemos en estas estrecheces! ¡No te lo puedo explicar, mi amor! Pero..., pero no es del todo a propósito... ¡No te lo puedo explicar!

—¡Sí que lo es..., sí que lo es! ¡Porque si tú no quisieras, nadie tendría por qué venir a molestarnos! ¡No te perdonaré nunca, nunca! ¡Jamás volveré a creer que me quieres, ni a mí, ni a padre, ni a ninguno de nosotros!

Se levantó y se dirigió a la alcoba contigua, en la que le habían extendido una cama en el suelo. Y allí le oyó decir:

—¡Si los niños no estuviéramos, no habría problemas!

—¡No pienses eso, mi amor! —exclamó ella con determinación—. ¡Anda, duerme!

A la mañana siguiente se despertó Sue cuando eran algo más de las seis, y decidió levantarse rápidamente y acercarse antes de desayunar a la posada donde Jude le había dejado dicho que se quedaba para contarle lo que ocurría, antes de que saliera. Se levantó en silencio para evitar que se despertaran los niños, porque sabía que estaban cansados con el ajetreo del día anterior.

Encontró a Jude desayunando en la oscura taberna que había elegido para

compensar el gasto de la habitación de ella; y Sue le explicó que estaban otra vez sin alojamiento. Jude había pasado la noche angustiado por ella, dijo. De todas formas, ahora era de madrugada y la tarea de buscar alojamiento no parecía tan desalentadora como la noche anterior, ni a ella le impresionaba tanto no encontrar sitio como al principio. Jude convino con ella en que no valía la pena exigir el derecho de retener la habitación por una semana, y que era mejor dejarla en seguida.

—Os vendréis todos a esta posada por un día o dos —dijo—. Es un lugar muy ordinario y no me parece apropiado para los niños, pero así tendremos más tiempo para buscar. Hay un montón de casas de alquiler por las afueras..., en mi antiguo barrio de Beersheba. Desayuna conmigo ya que estás aquí, mi vida. ¿Estás segura de que te encuentras bien? Tenemos tiempo de sobra para volver y preparar la comida de los niños antes de que se despierten. Además, voy a ir contigo.

Se puso a comer apresuradamente con él, y un cuarto de hora más tarde salieron juntos, dispuestos a coger las maletas y marcharse inmediatamente de aquella casa, al parecer demasiado respetable para Sue. Al llegar y subir a la habitación, encontraron en silencio la habitación de los niños, y Sue llamó en voz baja a la patrona para que hiciera el favor de subirle una tetera y algo para desayunar. Así lo hizo esta, y sacando Sue un par de huevos que había traído, los metió en el agua hirviendo y pidió a Jude que se los cuidara mientras llamaba a los pequeños, ya que eran alrededor de las ocho y media.

Jude estaba vigilando la tetera con el reloj en la mano para controlar el tiempo que debían cocer los huevos, de suerte que daba la espalda a la habitacioncita de los niños. Un grito repentino de Sue le hizo darse la vuelta de un salto. Vio que la puerta del cuartito, o más bien del cuchitril —que parecía haber girado pesadamente sobre sus goznes—, estaba abierta y que Sue se había desplomado en el umbral. Se apresuró a levantarla del suelo al tiempo que dirigía una mirada al colchón extendido sobre el entarimado: los niños no estaban allí. Entonces miró asustado por toda la habitación. Detrás de la puerta había dos perchas para colgar ropa, y de ellas pendían los cuerpos de los dos pequeños, con un trozo de cordel de embalar alrededor del cuello, y un poco más allá, el pequeño Jude colgaba de un clavo de manera similar. Cerca del mayor había una silla tumbada. Sus ojos, vidriosos, estaban fijos en la habitación; pero los de la niña y el bebé estaban cerrados.

Medio paralizado por el tremendo horror de la escena, dejó a Sue tendida en el suelo, cortó las cuerdas con su navaja y echó a los tres niños en la cama; pero al tocar sus cuerpos comprendió que debían de estar muertos. Recogió a Sue, que seguía desmayada, y la depositó en el lecho de la otra habitación; después de lo cual le pidió a la patrona que la atendiera y echó a correr en busca de un médico.

Cuando regresó, Sue había vuelto en sí; y las dos pobres mujeres, inclinadas sobre los niños haciendo ímprobos esfuerzos por reanimarlos, componían un cuadro junto con los tres pequeños cadáveres que le hizo perder el dominio de sus nervios. Fue el médico más próximo, pero como Jude había intuido, su presencia era inútil. No podía hacerse ya nada por ellos, porque aunque sus cuerpos estaban muy poco fríos, el médico dedujo que debían de llevar colgados más de una hora. Por lo que pudieron deducir los padres más tarde, cuando fueron capaces de razonar, el mayor de los niños, al despertar, buscó a Sue en la otra habitación y, al ver que no estaba, cayó en un acceso de desesperación, a la que estaba predispuesto su morboso temperamento con los sucesos y la revelación de la noche anterior. Además, encontraron un trozo de papel en el suelo, en el que se leían estas palabras con la letra del niño, escritas con el lápiz que él solía llevar:

«Porque somos demasiados».

Al ver el papel, los nervios de Sue se desataron completamente, convencida de que su conversación con el niño había sido la causa principal de la tragedia, sumiéndose en una agonía convulsiva que no parecía tener fin. La llevaron a la habitación del piso de abajo a viva fuerza y allí quedó echada, sacudida su endeble figura por los sollozos entrecortados, con los ojos clavados en el techo, mientras la mujer de la casa trataba en vano de calmarla.

Desde esta habitación se oía a la gente que andaba de un lado a otro en la de arriba, y suplicó que la dejaran subir otra vez; solo lograron retenerla a base de asegurarle que, en caso de que hubiera alguna esperanza, su presencia podría ser perjudicial, recordándole además que debía cuidarse, no fuera a dañar al niño que estaba por venir. No se cansaba de preguntar, y por último bajó Jude y le dijo que no había esperanzas. Tan pronto como pudo hablar, le confesó lo que le había dicho al niño y le dijo que se sentía culpable de lo que había sucedido.

—No —dijo Jude—. Lo que le impulsó a obrar así fue algo que estaba en su naturaleza. El doctor dice que actualmente surgen niños así..., una clase de seres desconocida en la generación anterior..., niños que no son sino resultado de las nuevas concepciones de la vida. Parece que llegan a ver todo el tremendo terror de la existencia antes de ser lo bastante mayores para tener la fuerza de enfrentarse a ella. Dice que es el principio de un deseo universal de negarse a vivir. Es un hombre de ideas avanzadas este doctor, pero no puede aportar ningún consuelo a...

Jude había reprimido por Sue su propio dolor, pero ahora se desmoronó; y esto contribuyó a que ella se esforzara por condolerse con él, lo cual la distrajo en cierto modo de los punzantes reproches que se hacía a sí misma. Cuando todo el mundo se hubo marchado, le permitieron ver a los niños.

El semblante del muchacho expresaba la historia completa de la situación de toda la familia. En ese rostro pequeño se resumían todas las desdichas y negros nubarrones que habían ensombrecido el primer matrimonio de Jude, junto con todos sus contratiempos, errores, miedos y fracasos. Era el punto nodal de todos ellos, el foco, la expresión unificada de lo que eran sus vidas. Había temido por la inconsciencia de sus padres, había temblado por su falta de entendimiento y por las desdichas de ellos había muerto.

Cuando la casa se quedó vacía y no tuvieron otra cosa que hacer que esperar la encuesta judicial, una voz apagada, inmensa y grave que provenía de los espesos muros de enfrente inundó la habitación.

—¿Qué es eso? —dijo Sue conteniendo su agitada respiración.

—El órgano de la capilla del colegio. El organista debe de estar ensayando. Es la antífona del Salmo setenta y tres: «Ciertamente, Dios ama al pueblo de Israel».

Ella comenzó a sollozar de nuevo.

—¡Ay, ay, hijitos míos! ¡No habían hecho nada malo! ¿Por qué han tenido que morir ellos y no yo?

Hubo otro silencio... que finalmente vinieron a romper dos individuos que conversaban en la calle.

—¡Seguro que están hablando de nosotros! —gimió Sue—. ¡Nos hemos convertido en un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres!

Jude se puso a escuchar.

—No, no hablan de nosotros —dijo—. Son dos clérigos de criterio distinto que discuten sobre la postura de la Iglesia oriental. ¡Bendito sea Dios..., sobre la postura de la Iglesia oriental, cuando hay tanto sufrimiento en toda la creación!

Hubo otro silencio, hasta que Sue experimentó un nuevo arrebato de incontrolable dolor:

—Hay como una fuerza por encima de nosotros que nos grita: «¡No!». Primero dijo: «¡No estudiaréis!». Luego dijo: «¡No trabajaréis!». Ahora dice: «¡No amaréis!».

Jude trató de consolarla diciéndole:

—No está bien que digas eso, cariño.

—¡Pero si es verdad!

Así siguieron esperando, y Sue volvió una vez más a la habitación.

No quiso que guardaran las ropitas, los zapatitos y los calcetines del bebé, que habían quedado sobre una silla en el momento de su muerte; aunque Jude habría deseado quitarle todo eso de la vista. Pero cada vez que lo tocaba, ella le imploraba que lo dejase, y una vez que la mujer de la casa intentó recogerlo también, estalló en una furia casi salvaje.

Jude temía sus silencios apáticos, indiferentes, casi más que sus arrebatos furiosos.

—¿Por qué no me dices nada, Jude? —exclamó, después de uno de ellos —. ¡No me dejes sola! ¡No puedo soportar la soledad de verme fuera de donde tú miras!

—Vamos, cariño; si estoy aquí —dijo poniendo su rostro muy cerca del suyo.

—Sí... ¡Ay, compañero mío, nuestra unión, tan perfecta que nos habíamos fundido los dos en uno, está ahora manchada de sangre!

—Ensombrecida por la muerte, ¡eso es todo!

—¡Ah, pero he sido yo la que le incitó realmente, sin saber lo que hacía! Le hablé al niño como se habla a las personas mayores. Le dije que el mundo estaba en contra nuestra; le dije que para vivir de esta manera valía más no estar en el mundo; y él lo ha tomado al pie de la letra. Y le dije también que iba a tener otro niño. ¡Ah, con qué amargura me lo estuvo reprochando!

—¿Por qué lo hiciste, Sue?

—No lo sé. Quería ser completamente sincera. No podía soportar engañarle en lo que se refiere a la vida. Sin embargo, no fui completamente sincera, porque por una falsa delicadeza se lo dije demasiado oscuramente. ¿Por qué, queriendo ser más inteligente que las demás mujeres, me he quedado solo a mitad de camino, en vez de serlo del todo? ¿Por qué no le contaría algunas mentiras inocentes, en vez de decirle verdades a medias? ¡Fue mi falta de aplomo; así que no pude decidirme ni a ocultarle las cosas ni a revelárselas!

—Tu plan podía haber sido bueno para la mayoría de los casos; solo en nuestra situación particular cabía la posibilidad de que resultara mal. Él tenía que enterarse tarde o temprano.

—Yo que precisamente le estaba haciendo un vestidito nuevo a mi pobre chiquitín; ¡ahora ya no le veré nunca con él puesto, ni le podré decir más cositas!... Tengo los ojos tan hinchados que casi no puedo ver; ¡y ya ves tú, hace poco más de un año me consideraba completamente feliz! ¡Hemos ido demasiado lejos con nuestro amor; nos hemos dejado llevar por el egoísmo más completo! Decíamos (¿te acuerdas?) que íbamos a convertir la alegría en una virtud. Yo decía que era una tendencia de la Naturaleza, una ley de la

Naturaleza y una *raison d'être* que fuéramos dichosos con los instintos con que ella nos había dotado, instintos que la civilización se había encargado de reprimir. ¡Qué cosas más horribles decía yo! ¡Ahora el Destino nos ha clavado esta puñalada por la espalda, por haber cometido la estupidez de fiarnos de la Naturaleza!

Se sumió en muda contemplación, hasta que dijo:

—¡Tal vez sea mejor que se hayan ido! ¡Sí, me doy cuenta de que es así! ¡Es mejor ser arrancado de la vida en su frescor que seguir en el mundo para ir marchitándose miserablemente!

—Sí —replicó Jude—. Algunos dicen que los padres debían alegrarse cuando sus hijos mueren en la infancia.

—¡Pero ¡qué saben ellos!... ¡Ay, hijitos míos, hijitos míos, si pudierais estar vivos ahora! Bien cierto era que el niño no quería vivir, porque si no, no lo habría hecho. Para él no era un disparate la muerte: formaba parte de su naturaleza incurablemente triste, ¡pobre chico! ¡Pero los otros..., mis propios hijos y tuyos!

Nuevamente miró Sue hacia los vestiditos y los calcetines y zapatitos que estaban en la silla; y todo su ser se estremeció como una cuerda de guitarra.

—Soy un ser digno de lástima —dijo—. ¡Estorbo ya en la tierra y en el Cielo! ¡Todos estos acontecimientos me han hecho perder la cabeza! ¿Qué podríamos hacer? —Se quedó mirando a Jude, apretándole fuertemente la mano.

—No se puede hacer nada —contestó él—. Las cosas son como son y van a parar al fin que les está destinado.

Ella meditó un momento.

—¡Sí! ¿Quién dijo eso? —preguntó con desaliento.

—Viene en el coro del Agamenón. No se me va de la cabeza desde que ha sucedido esto.

—Mi pobre Jude, ¡qué manera de estrellarte en todo!; tú más que yo, ¡porque al menos yo te he tenido a ti! ¡Pensar que has aprendido eso por tu propio esfuerzo y, sin embargo, estás viviendo en la miseria y en la desesperación!

Después de estas momentáneas divagaciones, le volvió el dolor como una oleada.

A su debido tiempo llegó el forense y examinó los cuerpos; más tarde tuvo lugar el interrogatorio, y finalmente vino la lúgubre mañana del entierro. La noticia, aparecida en los periódicos, había hecho acudir a un grupo de curiosos

que parecían estar contando los cristales de las ventanas y las piedras de los muros. Las dudas que existían sobre las verdaderas relaciones de la pareja venían a añadir un aliciente más a su curiosidad. Sue había expresado su deseo de acompañar a los dos pequeñuelos hasta la tumba, pero en el último momento se desvaneció, y los ataúdes fueron sacados en silencio mientras ella seguía inconsciente. Jude subió al vehículo y este emprendió la marcha, con gran alivio para el patrón de la casa, que ahora no tenía más que a Sue y los equipajes y esperaba que la habitación quedara desalojada por completo a lo largo del día, liberando al fin su casa de la exasperante notoriedad que había adquirido durante la semana por la desafortunada decisión de su mujer de admitir a esos forasteros. Por la tarde consultó en privado con el dueño del edificio y se pusieron de acuerdo en que, si surgía algún inconveniente a causa de la tragedia que había ocurrido allí, tratarían de cambiarle el número.

Cuando Jude hubo visto las dos cajas depositadas en la tierra —una con el pequeño Jude y otra con los otros dos niños—, volvió apresuradamente al lado de Sue, y al encontrarla echada aún en su habitación no quiso molestarla y se fue. Pero como se sentía desasosegado, volvió a eso de las cuatro. La mujer creía que aún estaba dormida, pero al poco regresó para decirle que no estaba en su dormitorio. Tampoco encontró allí ni su chaqueta ni su sombrero, es decir, que había salido. Jude echó a correr hacia la taberna donde él se quedaba a dormir. Luego, al pararse a pensar adónde habría podido dirigir sus pasos, tomó el camino del cementerio, entró y cruzó en dirección al lugar donde se habían efectuado los entierros más recientes. Los ociosos que habían ido hasta allí atraídos por la tragedia se habían marchado ya. Un hombre con una pala en las manos estaba tratando de terminar de llenar de tierra la fosa común para los tres niños; pero una mujer, plantada en el hoyo a medio llenar y completamente frenética, le sujetaba el brazo. Era Sue; sus ropas de vivos colores, que ella no quiso cambiar por las de luto que él le había comprado, evidenciaban un dolor aún más profundo del que hubiera podido expresar el convencional vestido negro.

—¡Los está tapando, pero no lo hará mientras no haya visto yo a mis pequeñines! —gritó furiosa al ver a Jude—. Quiero verlos otra vez. ¡Jude... Jude, por favor..., quiero verlos! ¡No sabía que ibas a dejar que se los llevaran mientras yo estaba dormida! Me dijiste que los vería otra vez, antes de que cerraran las cajas; ¡pero no has esperado, y has dejado que se los llevaran! ¡Ay, Jude, qué cruel eres conmigo tú también!

—Quiere obligarme a que vuelva a sacar la tierra de la fosa para ver los ataúdes —dijo el hombre de la pala—. Deberían llevarla a casa por bien suyo. Se ve que no es responsable, la pobre. No se puede sacar la tierra otra vez, señora. Ande, váyase a casa con su marido, quédese allí tranquila y dele aún gracias a Dios de que pronto tendrá otro que vendrá a quitarle las penas.

Pero Sue siguió implorando con acento lastimero:

—¿Es que no puedo verlos una vez, una vez nada más? ¿No puedo? ¡Solo un minutito, Jude! ¡Seré muy buena, y no te desobedeceré ya nunca más, Jude, si me dejas verlos! ¡Me iré a casa tranquilamente y no querré volverlos a ver más! ¿Por qué no puedo? ¿Por qué?

Y continuó en estos términos. Jude se sintió embargado por una pena tan honda que pensó si no sería preferible intentar que el hombre accediera a ello. Pero esto no le haría ningún bien a Sue; al contrario, podría serle perjudicial; y comprendió que debía llevársela a casa inmediatamente. Así que la persuadió, le habló con ternura y la rodeó con el brazo para sostenerla; hasta que por fin cedió, desamparada, y se dejó convencer para abandonar el cementerio.

Jude quiso alquilar un coche para llevarla a casa, pero ella se opuso, por economizar, y volvieron andando despacio, Jude vestido de negro y ella de color rojo y marrón. Jude tenía que haber buscado un alojamiento esa misma tarde, pero se dio cuenta de que era imposible; así que un rato después entraban de nuevo en la odiosa casa. Sue se fue a acostar inmediatamente y Jude mandó llamar a un médico.

Jude aguardó abajo hasta bien entrada la noche; y a hora muy avanzada ya, bajaron a darle la noticia de que Sue había tenido el niño prematuramente y que también este había muerto.

VI. 3.

Sue estaba convaleciente, aunque habría deseado morir, y Jude había encontrado trabajo en su antiguo oficio. Vivían en otro sitio, en las proximidades de Beersheba, no lejos de la iglesia de las Ceremonias: San Silas.

Solían permanecer sentados en silencio, desalentados ante la idea de que las cosas, más que obstáculos impasibles, les eran declaradamente hostiles. En los días en que su entendimiento fulguraba como una estrella, Sue había estado obsesionada por vagos y extraños desvaríos, en los que se figuraba que el mundo era como un poema o como una melodía compuesta durante un sueño; que era maravilloso para el espíritu semidormido, pero desesperadamente absurdo para el que estaba completamente lúcido; que la Primera Causa obraba automáticamente como un sonámbulo y no reflexivamente como un sabio; que en el ámbito de las condiciones terrestres parecía que jamás se había llegado a contemplar en las criaturas una perceptividad emocional tan desarrollada como la alcanzada por los seres

pensantes y cultos. Pero la aflicción presta a las fuerzas contrarias una apariencia antropomorfa, y todas esas ideas habían dado paso, para Jude y para ella, a un sentimiento de huida ante un perseguidor.

—¡Debemos resignarnos! —dijo ella con tristeza—. Toda la antigua ira de ese Poder que tenemos encima se ha desatado sobre nosotros, sus pobres criaturas, y debemos someternos. No tenemos elección. No hay más remedio. ¡De nada sirve luchar contra Dios!

—Es solo contra el hombre y las circunstancias impasibles —replicó Jude.

—¡Es verdad! —murmuró ella—. ¡En qué estaría yo pensando! ¡Me estoy volviendo supersticiosa como una salvaje!... Sea quien sea o lo que sea nuestro enemigo, me siento sometida a él. No me quedan ya fuerzas para luchar ni para emprender nada. ¡Me siento vencida, completamente vencida! ... «¡Nos hemos convertido en espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres!»». Ahora ando repitiendo esto a cada momento.

—Yo siento lo mismo que tú.

—¿Qué vamos a hacer? Tú tienes trabajo ahora, pero recuerda que puede que sea solo porque la historia de nuestras relaciones no es del dominio público... ¡Probablemente si se enterasen de que nuestro matrimonio no se ha llegado a celebrar te quitarían el empleo, como hicieron en Aldbrickham!

—No sé... No creo. De todos modos, pienso que debíamos formalizarlo ahora... en cuanto puedas salir a la calle.

—¿Crees que debemos hacerlo?

—Claro.

Y Jude se quedó absorto en sus pensamientos.

—Últimamente me ha dado por pensar —dijo— que pertenezco a esa legión de hombres repudiados por las gentes virtuosas que llaman seductores. ¡Me quedo asombrado cuando lo pienso! No he tenido conciencia de obrar así, ni de guardar malas intenciones contigo, a quien quiero más que a mí mismo. ¡Y, no obstante, soy uno de esos! ¡Me pregunto si no estarán tan ciegos, si no serán tan simples como yo!... Sí, Sue; eso es lo que soy. Yo te he seducido...; tú eras de clase distinta: eras una persona refinada, destinada por la Naturaleza a conservarte intacta. ¡Pero no pude dejarte tranquila!

—¡No, no, Jude! —dijo ella con viveza—. No te reproches algo que no eres. Si alguien tiene la culpa, soy yo.

—Te he apoyado en tu decisión de dejar a Phillotson, y sin mí quizá no le habrías forzado a que te dejara marchar.

—Lo habría hecho de todos modos. En cuanto a nosotros, el que no

hayamos llegado a formalizar nuestro matrimonio es el único detalle sensato de nuestra unión. Con ello hemos evitado insultar la solemnidad de nuestros primeros matrimonios.

—¿Solemnidad? —Jude la miró con cierta sorpresa y comprendió que no era la Sue de sus primeros tiempos.

—Sí —dijo ella con un ligero temblor en la voz—. He sentido unos temores horribles, un miedo espantoso por la insolencia de mi propia acción. ¡He pensado... que todavía soy su mujer!

—¿De quién?

—De Richard.

—¡Por Dios, cariño!... Y eso, ¿por qué?

—¡No puedo explicarlo! Solo puedo decirte que de vez en cuando me viene esa idea.

—Es porque estás débil, ¡es un desvarío de la fiebre que no tiene pies ni cabeza! No dejes que te atormente.

Sue suspiró apesadumbrada.

Como una especie de compensación a estas penosas discusiones, mejoraron de situación económica, cosa que de haberles sucedido en otros tiempos los habría llenado de alegría. Muy poco después de su llegada, Jude había encontrado inesperadamente una buena colocación en su antiguo oficio, a la vez que el tiempo veraniego beneficiaba su frágil constitución; en apariencia los días se sucedían con esa monótona uniformidad que tan bienhechora resulta después de una desgracia. La gente parecía haber olvidado que Jude había manifestado alguna vez ideas peligrosamente desviadas, y él subía a diario a los antepechos y frontispicios de los colegios en los que nunca pudo entrar, y remozaba la ruinosa mampostería de los ventanales desde los que nunca pudo asomarse, como si jamás hubiera abrigado otro deseo que el de hacer lo que hacía.

Pero había experimentado un cambio: ahora ya no asistía a los oficios religiosos con asiduidad. Había una cosa que le turbaba más que ninguna otra y era que Sue y él habían emprendido un camino espiritualmente opuesto desde la tragedia; los acontecimientos que habían ampliado su concepción de la vida, leyes, costumbres y dogmas, no habían influido en Sue en el mismo sentido. No era ya la misma de aquellos días independientes, cuando su inteligencia brillaba como una fulgurante luz por encima de los convencionalismos y formalismos que él respetaba por entonces, aunque ahora ya no.

Cierto domingo por la tarde volvió él a una hora avanzada. Sue no estaba

en casa; pero no tardó en regresar, y la notó silenciosa y sumida en sus pensamientos.

—¿En qué piensa mi mujercita? —preguntó él con curiosidad.

—¡Bueno, no sabría decírtelo con claridad! He estado pensando que hemos sido egoístas, inconscientes, incluso impíos en nuestra conducta, tanto tú como yo. Nuestra vida ha sido un intento inútil por alcanzar el goce personal. Pero la abnegación es un sendero más elevado. ¡Deberíamos mortificar la carne..., esta carne terrible que es la maldición de Adán!

—¡Sue! —murmuró—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Deberíamos sacrificar continuamente nuestra propia vida en aras del deber! Pero no; yo siempre he hecho lo que me ha apetecido. ¡Me merezco el castigo que he recibido! ¡Quisiera encontrar el medio de arrancar el mal que hay en mí y todos mis monstruosos errores y toda mi conducta pecaminosa!

—¡Sue..., mi pobre pequeña! Tú no tienes un interior malo. Tus instintos naturales son perfectamente sanos; quizá no sean lo apasionados que yo quisiera, pero son buenos, elevados y puros. Como te he dicho muchas veces, eres la mujer más etérea y menos sensual que ha existido jamás, sin llegar a una inhumana carencia de sexo. ¿Por qué hablas ahora de este modo tan extraño? No hemos sido egoístas, salvo cuando no perjudicaba a nadie que lo fuéramos. Tú solías decir que la naturaleza humana es noble y paciente, no vil y corrompida, y yo he terminado por creer que tenías razón. ¡Y ahora parece que has adoptado un punto de vista mucho más bajo!

—Quiero tener un corazón humilde y un espíritu limpio; ¡pero nunca he tenido ni lo uno ni lo otro!

—Tú has sido valerosa en tus pensamientos y en tu manera de sentir, y yo debía haberte admirado más de lo que lo he hecho. Pero estaba demasiado lleno de dogmas estrechos en aquel tiempo para poder apreciarlo.

—¡No digas eso, Jude! Quisiera poder arrancar de mi vida cada una de mis palabras y pensamientos atrevidos. Renunciar a una misma...; ¡eso es lo que está por encima de todo! La verdad es que no puedo humillarme lo bastante. ¡Me gustaría cubrirme toda entera de espinas para que con mi sangre saliera toda la maldad que hay en mí!

—¡Chist! —dijo él, apretando el pequeño rostro de Sue contra su pecho, como si fuera una niña—. ¡Es el dolor lo que te hace hablar así! ¡Esa clase de remordimiento no es para ti, mi pequeña sensitiva, sino para los seres malvados de la tierra... que son incapaces de sentirlo!

—No deberías hablar así —murmuró ella, después de permanecer un rato en la misma actitud.

—¿Por qué no?

—Eso es debilidad.

—¡Y dale! Pero ¿hay algo mejor en este mundo que el que nos amemos?

—Sí; depende de la clase de amor; y el tuyo, el nuestro quiero decir, es malo.

—¡Yo no quiero que lo sea, Sue! Venga, ¿cuándo quieres que formalicemos nuestro matrimonio en una sacristía?

Sue guardó silencio; parecía desasosegada.

—Nunca —susurró.

Ignorando el hondo significado de sus palabras, aceptó Jude serenamente su negativa y no dijo nada. Transcurrieron unos minutos y él la creyó dormida; pero le habló con suavidad y se dio cuenta de que había estado completamente despierta todo el tiempo. Sue se incorporó en la cama y suspiró.

—Esta noche hay un perfume extraño e indescriptible en torno a ti, Sue —dijo él—. No me refiero solo a tu espíritu, sino a tus ropas también. Una especie de olor vegetal que me resulta familiar, aunque no lo logro identificar en este momento.

—Es incienso.

—¿Incienso?

—He estado en los oficios de San Silas y me he puesto cerca de donde humeaba el incienso.

—¡Ah! ..., en San Silas.

—Sí. Suelo ir a veces.

—¡Conque vas allí!

—Escucha, Jude, me encuentro muy sola aquí por las mañanas cuando te marchas al trabajo, y pienso y pienso en... en mis... —Se detuvo hasta que logró dominar el nudo que se le hacía en la garganta—. Y ya que está tan cerca, me he acostumbrado a ir.

—Claro, claro... Por supuesto, no tengo nada que objetar. Solo que me resulta extraño en ti. ¡Qué poco se figuran lo que tienen entre ellos!

—¿A qué te refieres, Jude?

—Bueno...; a que eres una escéptica, para ser claro.

—¿Por qué quieres causarme este dolor, Jude, cariño, en mis tribulaciones? Pero sé que no te referías a eso. De todos modos no debes decirlo.

—Me callo. ¡Pero estoy bastante sorprendido!

—Bueno, quiero decirte otra cosa, Jude. No te enfadarás, ¿verdad? Lo he pensado la mar de veces desde que faltan los niños. Creo que debería dejar de ser tu mujer... o de vivir como tal.

—¿Cómo?... ¡Pero si eres mi mujer!

—Desde tu punto de vista; pero...

—Por supuesto, le tenemos prevención a la ceremonia; y una infinidad de personas, de tener las mismas razones que nosotros, habrían hecho lo mismo. Pero la experiencia se ha encargado de probar que nos hemos juzgado mal y que hemos exagerado nuestras debilidades; y si tú empiezas a respetar los ritos y las ceremonias, como parece, me pregunto por qué no eres tú la primera en querer que nos casemos inmediatamente. Pues claro que eres mi mujer, Sue; en todos los aspectos menos en el legal. ¿Qué quieres decir con todo eso?

—¡Yo creo que no lo soy!

—¿No? Supongamos ahora que hubiésemos celebrado la ceremonia. ¿Considerarías entonces que lo éramos?

—No. Ni siquiera entonces me lo parecería. Entonces me parecería mucho peor de lo que me parece ahora.

—¿Por qué, mi vida, en nombre de toda la maldad del mundo? —Porque soy de Richard.

—¡Ah, ya me has hablado antes de esa idea absurda!

—Antes no era más que una impresión; pero a medida que pasa el tiempo me siento cada vez más convencida: o le pertenezco a él o no le pertenezco a nadie.

—¡Dios mío..., qué manera de cambiarnos el sitio!

—Sí. Es posible.

Una noche de verano, pocos días más tarde, se hallaban los dos sentados en el mismo saloncito de abajo cuando llamaron a la puerta de la casa del carpintero donde vivían. Unos momentos después sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitación que tenían realquilada. Antes de darles tiempo a levantarse, se abrió la puerta y apareció una figura de mujer.

—¿Está aquí el señor Fawley?

Jude y Sue sintieron un sobresalto, a la vez que él respondía maquinalmente que sí; era la voz de Arabella.

Jude le rogó por puro formalismo que pasara, y Arabella fue a sentarse en

el banco de la ventana, donde vieron su perfil recortado contra la luz. Aunque no podían distinguir ni la expresión de su cara ni su aspecto general, sin embargo había algo en ella que parecía indicar que no disfrutaba de una situación desahogada ni se arreglaba con tanta exageración como en vida de Cartlett.

Los tres trataron de sostener una embarazosa conversación acerca de la tragedia, de la que Jude se había considerado obligado a informarla inmediatamente, en su día, aunque ella jamás contestara a esa carta.

—Acabo de venir del cementerio —dijo ella—; he preguntado por la sepultura del niño y la he encontrado. No pude venir al entierro... Gracias por avisarme, de todos modos. Leí la noticia en los periódicos y comprendí que no hacía falta aquí... No, no pude venir al entierro —repitió Arabella, la cual, completamente incapaz de adoptar una actitud a la altura de la catástrofe, no hacía más que darle vueltas a lo mismo—. Pero me alegro de haber encontrado la sepultura. Como es tu oficio, Jude, supongo que podrás hacerles una lápida.

—Les haré una lápida —dijo Jude con aire triste.

—Era mi hijo y naturalmente me siento apenada por él. —Es natural. A todos nos pasa lo mismo.

—Por los demás, como no eran míos, no lo sentí tanto, claro. —Por supuesto.

Se oyó un suspiro en el rincón oscuro donde estaba sentada Sue.

—Más de una vez pensé llevarme al mío conmigo —continuó la señora Cartlett—. ¡Puede que entonces no hubiera pasado nada! Pero, naturalmente, no quise apartarlo de tu mujer.

—No soy su mujer —oyeron decir a Sue.

Lo inesperado de esta declaración hizo enmudecer a Jude.

—¡Ah, le ruego que me perdone, no faltaba más —dijo Arabella—, yo creía que lo era!

Jude se dio cuenta, por el tono que había empleado Sue, de que por debajo de sus palabras latían sus nuevas y trascendentales ideas; pero, naturalmente, todo esto pasó inadvertido para Arabella, salvo su obvio significado. Esta, después de mostrarse sorprendida por la declaración de Sue, se recobró y siguió charlando con plácida grosería acerca de «su» chico por el que, a pesar de no haber mostrado ningún interés cuando estaba con vida, exhibía ahora una ceremoniosa pesadumbre que al parecer reconfortaba su conciencia. Se refirió al pasado y, al hacer cierta observación, se dirigió a Sue otra vez. No obtuvo ninguna respuesta: Sue se había marchado inadvertidamente de la habitación.

—Ha dicho que no es tu mujer, ¿no? —prosiguió Arabella cambiando de tono—. ¿Por qué habrá dicho eso?

—No te lo puedo explicar —dijo Jude escuetamente.

—Lo es, ¿no? Me dijo una vez que lo era.

—Yo no tengo por qué criticar lo que ella dice.

—¡Ah..., ya veo! Bueno, tengo que irme. Voy a quedarme aquí esta noche y he pensado que lo menos que podía hacer era venir a visitarte. Pasaré la noche en donde estuve una vez de camarera y mañana volveré a Alfredston. Mi padre ha regresado y estoy viviendo con él.

—¿Ha vuelto de Australia? —dijo Jude sin mucho interés.

—Sí. No logró abrirse camino allá. Ha pasado lo suyo. Madre murió de disen..., como se llame, durante el tiempo de los calores, y padre y dos de los chicos han vuelto hace poco. Ha tomado una casita cerca de donde vivíamos antes y de momento me ocupo yo de mantenerla en orden.

La primera mujer de Jude conservó su actitud formularia de buena educación aun después de haberse marchado Sue, y limitó el tiempo de su visita a lo que exigiría la más estricta respetabilidad. Cuando se hubo marchado, Jude, visiblemente aliviado, subió y llamó a Sue..., preocupado por el cambio que había experimentado.

No tuvo respuesta, y el carpintero que atendía las habitaciones de arriba le dijo que no había subido. Jude se quedó perplejo y luego se alarmó, puesto que era bastante tarde para salir. El carpintero llamó a su mujer, y esta dijo que a lo mejor se había llegado a la iglesia de San Silas, ya que solía ir allí a menudo.

—Pero no a estas horas de la noche —dijo Jude—. Ahora estará cerrada.

—Ella conoce a alguien que tiene la llave y se la dejan a la hora que vaya a pedirla.

—¿Desde cuándo viene sucediendo esto?

—Desde hace unas semanas, me parece.

Jude echó a andar maquinalmente en dirección a la iglesia, a la que no se había acercado ni una sola vez desde que vivió aquí hacía años, cuando sus ideas juveniles eran más místicas que ahora. Los alrededores estaban desiertos, pero la puerta no estaba cerrada con llave; levantó el picaporte sin hacer ruido, y cerrando la puerta tras él, se quedó dentro completamente inmóvil. El silencio reinante parecía albergar un rumor, como una respiración agitada o sollozante que provenía del otro extremo del templo. La alfombra del suelo amortiguaba sus pasos al avanzar en aquella dirección, en medio de una oscuridad que apenas rasgaba el desmayado resplandor de las luces de la calle.

Allá enfrente, muy por encima de los peldaños del presbiterio, Jude pudo distinguir una enorme cruz latina sólidamente construida: con seguridad era igual de grande que el modelo que reproducía. Parecía suspendida en el aire por unos alambres invisibles, y la habían adornado con grandes joyas que fulguraban débilmente por alguna luz que provenía del exterior al ladearse la cruz a derecha e izquierda en un movimiento apenas perceptible. Al pie de ella había como un bulto de ropas negras, del cual provenían los sollozos que había oído al entrar. Era la silueta de Sue arrodillada en el pavimento.

—¡Sue! —susurró.

Una cosa blanca surgió de la negra silueta: había vuelto su rostro.

—¿Qué... quieres de mí aquí, Jude? —dijo casi con acritud—. ¡No debías haber venido! ¡Quería estar sola! ¿Por qué vienes a importunarme aquí?

—¡Qué preguntas tienes! —replicó él con reproche, porque le hería en lo vivo esa actitud que había adoptado ante él—. ¿Por qué vengo? ¡Quién había de venir sino yo, que te quiero más que a mí mismo y más... muchísimo más de lo que tú me has querido a mí! ¿Por qué razón me dejas para venirte sola aquí?

—No me censes, Jude. ¡No podría soportarlo! Ya te lo he dicho varias veces. ¡Debes tomarme como lo que soy, una desdichada... destrozada por culpa de mis locuras! No he podido soportar la presencia de Arabella; me sentía tan completamente desdichada que he tenido que irme. Ella parece aún tu mujer, ¡y Richard, mi marido!

—¡Pero si no son nada para nosotros!

—Sí, mi buen amigo, sí lo son. Yo veo el matrimonio de otro modo ahora. ¡Mis niñitos me han sido arrebatados para hacérmelo saber! El hecho de que el hijo de Arabella matara a los míos ha sido un juicio: el bien aniquilando al mal. ¡Y qué, qué es lo que puedo hacer! ¡Soy un ser despreciable... demasiado indigno para vivir entre las personas corrientes!

—¡Esto es terrible! —dijo Jude al borde de las lágrimas—. ¡Es monstruoso y antinatural que ahora tengas tantos remordimientos, cuando no has hecho mal alguno!

—¡Ah..., tú no sabes lo mala que soy!

Jude respondió con vehemencia:

—¡Sí que lo sé! ¡Conozco cada átomo y cada partícula tuya! Me haces odiar el cristianismo, o el misticismo, o el sacerdotalismo, o como quiera que se llame, si es eso lo que ha ocasionado este derrumbamiento tuyo. ¡Que una mujer de sensibilidad poética y clarividente, de un espíritu que resplandecía como el diamante, de quien todos los sabios del mundo se habrían sentido

orgullosos de haber tenido la dicha de conocerte, se degrade de esta manera! ¡Me alegro de no tener nada que ver con las cosas divinas..., me alegro una barbaridad, si son capaces de arruinarte de esta manera!

—Estás furioso, Jude, y eres muy duro conmigo; además no ves las cosas como son.

—Entonces vente a casa conmigo, cariño, y quizá llegue a entenderlo. Estoy abrumado... y tú también te encuentras desquiciada en este momento.
—La cogió por el talle y la ayudó a levantarse, pero aunque ella obedeció, prefirió hacerlo sin su ayuda.

—No es que me desagrades, Jude —dijo con voz dulce y suplicante—. ¡Te amo lo mismo que antes! Solo..., solo que no debo amarte... nunca más. ¡Ay, nunca más!

—Eso no puedo consentirlo.

—¡Pero yo estoy convencida de que no soy tu mujer! Le pertenezco a él... Estoy unida a él mediante sacramento para toda la vida. ¡Y eso es algo que nada puede cambiar!

—¡Pero somos un hombre y una mujer, si es que existen hombres y mujeres en el mundo! ¡Y evidentemente, ante la naturaleza, es ese el matrimonio propiamente dicho!

—Pero no ante el Cielo. Ante el Cielo he aceptado otra clase de unión y la he formalizado para toda la eternidad en la iglesia de Melchester.

—Sue, Sue..., ¡el dolor te ha conducido a este estado de insensatez! ¡Después de convertirme a tus ideas en tantísimas cuestiones, ahora vienes y das media vuelta de repente... sin razón de ninguna clase, confundiendo todo lo que decías al principio por intuición únicamente! Has matado en mí el poco afecto y respeto que me quedaba por mi vieja amiga la Iglesia... Lo que no puedo entender en ti es tu extraordinaria ceguera para con tu antigua lógica. ¿Es una reacción personal tuya o es esto corriente entre las mujeres? ¿Es la mujer una unidad de pensamiento realmente o se trata solo de una fracción que requiere siempre su acoplamiento a una totalidad? ¡Cuántas veces has defendido que el matrimonio no es más que un contrato rudimentario, cosa que es verdad, haciendo ver todos los inconvenientes y todos los contrasentidos en los que incurre! ¡Si dos y dos eran cuatro cuando éramos felices juntos, supongo que deberían seguir siéndolo ahora! ¡La verdad es que no lo entiendo, lo repito!

—¡Ah, mi querido Jude!, eso es porque eres igual que el sordo que observa a la gente que escucha música. Tú dices: «¿Qué estarán mirando? No hay nada». Pero la verdad es que hay algo.

—Eso es muy duro viniendo de ti; ¡y no existe paralelismo alguno con ese ejemplo! Habías arrojado la vieja corteza de los prejuicios y me enseñaste a hacer lo mismo; y ahora te vuelves en contra de ti misma. Confieso que estoy completamente estupefacto y no sé qué pensar de ti.

—¡Mi querido amigo, mi único amigo, no seas duro conmigo! No puedo evitar ser como soy y estoy convencida de que tengo razón..., de que por fin veo la luz. Pero, ¡ay!, ¡cómo sacar provecho de ello!

Siguieron andando un poco más, hasta que salieron del templo y ella fue a devolver la llave.

—¿Puede ser esta la muchacha —dijo Jude cuando regresó, animado de una cierta beligerancia ahora que se encontraba en la calle— que trajo deidades paganas a la ciudad más fervorosamente cristiana, la que se burlaba de la vieja señorita Fontover cuando esta se puso a pisotearlas? ..., ¿la que citaba a Gibbon y a Shelley y a Mill? ¡Dónde estarán el amado Apolo y la adorable Venus ahora!

—¡Por favor, no seas tan cruel conmigo, Jude, que soy muy desdichada! —sollozó ella—. ¡Es superior a mis fuerzas! Estaba en el error..., no puedo razonarlo contigo. Estaba equivocada..., ¡me dejaba llevar por mi propia vanidad! La aparición de Arabella ha sido el final. No te burles de mí: ¡es una cosa que me hiere como un cuchillo!

Jude la rodeó con sus brazos y la besó apasionadamente allí, en la calle silenciosa, sin dar tiempo a que ella se lo impidiera. Siguieron caminando hasta que llegaron ante un pequeño café.

—Jude —dijo ella conteniendo las lágrimas—, ¿te importaría alquilar una habitación aquí?

—Lo haré... si realmente es ese tu deseo. ¿Tú quieres que lo haga? Deja que te acompañe y trate de comprenderte. —Siguieron andando y entraron los dos. Ella dijo que no quería cenar; subió a oscuras a la habitación y encendió una luz. Al volverse vio que Jude la había seguido y que permanecía en el umbral de la puerta. Sue se acercó a él, puso la mano sobre las suyas y le dijo:

—Buenas noches.

—¡Pero Sue! ¿Es que yo no vivo aquí?

—¡Has dicho que harías lo que yo deseara!

—Sí. ¡Muy bien!... ¡Tal vez he hecho mal en discutir de manera tan desagradable! Tal vez al no podernos casar escrupulosamente desde un principio a la manera tradicional, deberíamos habernos separado. Tal vez el mundo no esté lo bastante iluminado para comprender una experiencia como la nuestra. ¡Quiénes éramos tú y yo para asumir una empresa de pioneros!

—Me alegro que comprendas eso por fin. Yo nunca me propuse hacer lo que hice de una manera deliberada. ¡Llegué a adoptar una actitud falsa por celos y por atolondramiento!

—Y sin duda por amor...; ¿tú me amabas?

—Sí. Pero yo quería que no pasáramos de esos términos, y seguir amándonos siempre como al principio; hasta...

—¡Pero los enamorados no pueden vivir toda la vida así!

—Las mujeres sí; los hombres no, porque ellos... no quieren. La mujer media es superior al hombre en esto; en que jamás incita, solamente responde. Deberíamos haber vivido en una mera comunión espiritual y nada más.

—He sido yo la desdichada causa del cambio, ¡ya lo he dicho antes!... ¡Bueno, como quieras!... Pero la naturaleza humana no puede evitar ser así.

—Claro, pero eso es justamente lo que hay que aprender: el dominio de sí mismo.

—Lo repito, si alguien ha tenido la culpa de todo esto no eres tú, sino yo.

—No, la he tenido yo. Tu maldad ha consistido solo en el deseo natural del hombre de poseer a la mujer. La mía no fue el deseo recíproco, hasta que los celos me incitaron a desplazar a Arabella. Yo creía que dejarte que te acercaras a mí obedecía a un sentimiento de caridad, que era horriblemente egoísta torturarte del mismo modo que a mi anterior amigo. Pero yo no habría cedido si no me hubieras hecho caer amenazándome con volver con ella... ¡Pero no hablemos más de eso! Jude, ¿quieres dejarme ahora?

—Sí... Pero, Sue, esposa, ¡porque lo eres de veras! —exclamó él—, aquel reproche que te hice era verdadero en definitiva. Nunca me has amado a mí como yo a ti; ¡nunca, nunca! ¡Tú no tienes un corazón apasionado, tu corazón no arde como la llama! Tú eres, por encima de todo, una especie de hada o de duende, ¡no una mujer!

—Al principio yo no te amaba, Jude; eso lo reconozco. Al principio de conocerte quería solo que te enamoraras de mí. No quería coquetear contigo exactamente; pero esa ansia innata que mina la moral de algunas mujeres casi más que una pasión desenfrenada, esa ansia por atraer y cautivar sin tener en cuenta el daño que esto le ocasiona al hombre, palpitaba en mí; y cuando me di cuenta de que te tenía cogido me asusté. Y luego no sé lo que pasó, no podía consentir que te fueras, que volvieras con Arabella, seguramente; así que decidí amarte, Jude. Pero ya ves, aunque acabé queriéndote mucho, la cosa empezó con el deseo egoísta y cruel de hacer sufrir tu corazón sin permitir que el mío sufriera por ti.

—¡Y ahora aumentas tu crueldad dejándome!

—¡Ah, sí! ¡Cuanto más tarde en decidirme, más daño te haré!

—¡Pero Sue! —dijo él con una repentina intuición de su propio peligro—. ¡No cometas una inmoralidad en nombre de unos principios morales! Tú has sido mi salvación social. ¡Quédate conmigo, aunque solo sea por humanidad! Tú sabes lo débil que soy. Conoces de sobra mi dos grandes enemigos: mi debilidad por el sexo femenino y mi inclinación a la bebida. ¡No me abandones a ellos, Sue, aunque sea solo para salvar tu alma! ¡Las dos cosas las he mantenido alejadas de mí desde que tú te convertiste en mi ángel de la guarda! Desde que te tengo a ti he sido capaz de vencer cualquier tentación sin el menor riesgo. ¿No vale mi salvación el pequeño sacrificio de un principio dogmático? ¡Tengo verdadero terror a que, si me dejas, haga lo que el cerdo: que después de lavarlo se va al lodazal a revolcarse!

Sue se echó a llorar.

—¡Ay, no hagas eso, Jude! ¡No lo harás! ¡Yo rezaré por ti noche y día!

—Bueno, no importa; no te aflijas —dijo Jude con generosidad—. Bien sabe Dios lo que he sufrido por ti en otro tiempo, y lo que ahora sufro también. Pero tal vez no sea tanto como lo que sufres tú. ¡Por regla general, la mujer se lleva la peor parte a la larga!

—Es cierto.

—A no ser que sea absolutamente indigna y despreciable. ¡Y este no es tu caso!

Sue respiró con agitación.

—¡Me temo que sí lo es!... Bueno, Jude, buenas noches, ¡por favor!

—¿No puedo quedarme? ¿Solo una vez? Igual que tantas veces. ¡Sue, mi mujercita!, ¿por qué no?

—No, no; ¡tu mujer no!... ¡Por favor, Jude, estoy en tus manos; no trates de hacerme volver atrás ahora que tengo tanto ganado!

—Muy bien. Como quieras. Es algo que te debo, cariño, en castigo por haber impuesto mi voluntad al principio. ¡Dios mío, qué egoísta he sido! Seguramente..., ¡seguramente he echado a perder uno de los amores más elevados y más puros que hayan existido jamás entre hombre y mujer!... ¡Entonces, que el velo de nuestro templo se rasgue en dos desde este momento!

Se llegó a la cama, quitó una de las dos almohadas y la arrojó al suelo.

Sue le miró, se inclinó sobre la barandilla de la cama y lloró en silencio.

—¡No comprendes que para mí es un problema de conciencia y no que

haya dejado de quererte! —murmuró ella entrecortadamente—. ¡Dejar de quererte! ¡Pero no quiero decirlo más, porque me parte el corazón y destruirá todo lo que he empezado! ¡Jude, buenas noches!

—Buenas noches —dijo él, y se volvió para marcharse.

—¡Pero dame un beso! —dijo ella, incorporándose de un salto—. ¡No puedo..., no puedo soportar...!

La estrechó entre sus brazos y le besó el rostro lloroso como casi nunca lo había hecho anteriormente, y así permanecieron hasta que ella dijo:

—¡Adiós, adiós!

Y luego, apartándole con dulzura, trató de mitigar su pena diciendo:

—Seguiremos siendo muy buenos amigos de todos modos, Jude, ¿quieres? Y nos veremos a menudo... ¡Sí!, y olvidaremos todo esto y trataremos de ser lo mismo que éramos antes, ¿quieres?

Jude no fue capaz de contestar, así que dio media vuelta y bajó las escaleras.

VI. 4.

El hombre al que Sue consideraba ahora como su legítimo marido, según el nuevo giro de sus ideas, vivía en Marygreen.

El día antes de la tragedia de los niños, Phillotson los había visto a los dos, a ella y a Jude, cuando estuvo en Christminster presenciando el desfile hasta el teatro. Pero en ese momento no le dijo nada a su amigo Gillingham, el cual, como viejo amigo suyo que era, había ido a estar una temporada con él, y de él precisamente había partido la idea de ir a Christminster a pasar el día.

—¿En qué vas pensando? —dijo Gillingham cuando volvían de regreso—. ¿En el título universitario que nunca llegaste a tener? —No, no —dijo Phillotson con sequedad—. En alguien a quien he visto hoy. —Y un momento después añadió—: En Susanna.

—Yo la he visto también.

—Pues no has dicho nada.

—No quería que la vieras. Pero ya que la has visto, podías haberle dicho: «¿Qué tal, mi querida excompañera?».

—¡Ah! Desde luego. Pero a ver qué piensas tú de esto: tengo motivos más

que suficientes para suponer que ella era inocente cuando nos divorciamos, y que yo estaba completamente equivocado. ¡Así como suena! Tremendo, ¿no?

—Ya se ha ocupado ella después de que tuvieras razón, por lo que se ve.

—Déjate de bromas fáciles. Decididamente, yo tenía que haber esperado.

Al finalizar la semana, después de regresar Gillingham a su escuela próxima a Shaston, Phillotson se fue como de costumbre al mercado de Alfredston; seguía dándole vueltas a lo que le había contado Arabella el día que bajaban la larga cuesta que él había conocido mucho antes que Jude, aunque para él no tenía un significado tan intenso. Una vez en el pueblo, compró su semanario local de siempre, y al sentarse más tarde en un bar a tomar un refresco, antes de emprender la caminata de ocho kilómetros que suponía el regreso, se sacó el periódico del bolsillo para leer un rato. Y sus ojos tropezaron con la noticia del «Extraño suicidio de los hijos de un picapedrero».

Aunque era de naturaleza poco impresionable, le afectó hondamente dejándole no poco asombrado, porque no alcanzaba a entender la edad del mayor que consignaba el periódico. Sin embargo, no cabía duda de que la noticia debía de ser cierta.

—¡Su cáliz de dolor se ha colmado ahora! —se dijo, y siguió pensando y pensando en Sue y en lo que había sacado con dejarle.

Dado que Arabella se había ido a vivir a Alfredston y que el maestro de escuela visitaba todos los sábados el mercado de ese pueblo, no es de extrañar que a las pocas semanas se encontraran de nuevo... justo cuando hacía muy poco que ella había regresado de Christminster, donde había permanecido mucho más tiempo de lo que en un principio se había propuesto, a fin de observar de cerca a Jude, a pesar de que él no la había vuelto a ver. Iba Phillotson de regreso a casa, cuando se encontró con Arabella, que se dirigía al pueblo.

—¿Le gusta este camino, señora Cartlett? —dijo él.

—Hace poco que he empezado a frecuentarlo otra vez —replicó ella—. Por aquí he vivido yo de soltera y de casada, y todas las cosas de mi vida que me han dejado algún recuerdo están unidas a esta carretera. Por cierto, que hace poco han venido a removerse dentro de mí, porque he estado de paso por Christminster. Sí; he visto a Jude.

—¡Ah! ¿Qué tal soportan los dos la terrible desgracia?

—¡De una manera bas-tan-te, bas-tan-te extraña! Ella ha dejado de vivir con él. He oído algo sobre el particular justo antes de venirme, aunque me da la sensación de que las cosas andaban ya así cuando fui a visitarlos.

—¿No vive con su marido? ¿Por qué?; yo creía que eso habría servido para unirlos aún más.

—Él no es su marido, después de todo. Al final no llegaron a casarse, aunque hayan pasado por marido y mujer durante bastante tiempo. Y ahora, este triste percance en vez de serviles para decidirse y poner las cosas en regla, a ella le ha dado una extraña preocupación por lo religioso, igual que a mí cuando tuve la desgracia de perder a mi pobre Cartlett, solo que ella lo ha tomado más a lo histérico que yo. Y según tengo entendido va diciendo por ahí que es la mujer de usted a los ojos del Cielo y de la Iglesia..., de usted y solo de usted, y que no puede ser de ningún otro, por muchas cosas que hayan pasado.

—¡Ah!, ¿conque se han separado?...

—Verá, el mayor de los niños era mío...

—¿Cómo, suyo?

—Sí, pobre crío..., nació en legítimo matrimonio, a Dios gracias. Y a lo mejor ella considera, por encima de las demás cosas, que yo debería haber estado en su lugar. No sé. De todos modos, por lo que a mí me toca, no tardaré en marcharme de este pueblo. Tengo que cuidar ahora de mi padre, y no podemos estar viviendo en un agujero como este. Creo que no tardaré en encontrar trabajo en algún bar de Christminster o de alguna otra gran ciudad.

Se separaron. Phillotson siguió subiendo la cuesta; pero se detuvo a los pocos metros y, volviendo apresuradamente, la llamó:

—¿Qué dirección tienen ahora?

Arabella se la dio.

—Muchas gracias. Adiós y buenas tardes.

Arabella sonrió con astucia al reanudar su camino y no paró de hacerse hoyuelos en las mejillas mientras caminaba por la carretera, desde los sauces desmochados hasta los viejos hospicios de la primera calle del pueblo.

Entretanto, Phillotson subió a Marygreen y, por primera vez tras un prolongado período, miró con esperanza hacia el futuro. Al cruzar bajo los árboles inmensos del prado en dirección a la humilde escuela con la que se tenía que conformar, se detuvo un momento y se imaginó a Sue saliendo a la puerta a esperarle. Jamás hombre alguno ha sufrido más contratiempos debido a su propia caridad, ya fuera cristiana o pagana, que Phillotson por dejar marchar a Sue. Las gentes virtuosas le habían arrastrado de Herodes a Pilatos casi más allá de lo soportable; estuvo muy cerca de morir de hambre, y ahora dependía exclusivamente del sueldo irrisorio que tenía asignado la escuela de este pueblucho (en donde murmuraban del sacerdote justamente por haberle

protegido). A menudo había pensado, por los comentarios que había hecho Arabella, que debía haber sido más severo con Sue, que podía haber vencido su obstinación. Sin embargo, era tal su terquedad y su desprecio de la opinión de los demás y de los principios con los que había sido educado, que la convicción que tenía de haber obrado rectamente respecto a su mujer no sufrió la menor vacilación.

Unos principios alterados por el sentimiento en un sentido pueden ser propensos a desatar la misma catástrofe en sentido contrario. Los impulsos que le habían llevado a devolverle la libertad a Sue le inducían ahora a considerar que no tenía demasiada importancia que hubiera vivido un tiempo con Jude. Todavía sentía afecto por ella, a su manera extraña, si es que no la amaba, y dejando aparte toda consideración, no tardó en comprender que para él representaría una gran alegría tenerla consigo de nuevo, suponiendo que ella deseara volver.

Pero se daba cuenta de que sería preciso recurrir a algún artificio para contener el soplo frío e inhumano del desprecio del mundo. Y aquí estaban precisamente los elementos que necesitaba para ello. Teniendo a Sue nuevamente, y casándose con ella otra vez con la respetable justificación de haberla juzgado erróneamente y haberse divorciado de ella por equivocación, podía conseguir cierta comprensión social, reanudar sus antiguos cursos, volver quizá a la escuela de Shaston, e incluso llegar a predicador.

Decidió escribir a Gillingham para pedirle consejo, rogándole que le contestara qué le parecía la decisión que había tomado de enviarle una carta a ella. Naturalmente, Gillingham contestó que ahora que ella se había ido, lo mejor era dejarla estar; le parecía que si había que considerarla mujer de alguien, debía ser del hombre de quien había tenido tres hijos y a quien debía sus trágicas aventuras. Probablemente, como su afecto parecía tan excepcionalmente fuerte, esta singular pareja terminaría legalizando su unión, y entonces todo quedaría arreglado, sería decente y estaría en orden.

—¡Pero si ella no quiere, no quiere! —exclamó Phillotson para sí—. ¡Qué positivista es este Gillingham! Ella está influida por el espíritu y las enseñanzas de Christminster. Yo comprendo perfectamente que considere indisoluble el matrimonio y sé de dónde le vienen esas ideas. Desde luego no son mías, pero me serviré de ellas.

Escribió una breve contestación a Gillingham:

Sé que estoy completamente equivocado, pero no estoy de acuerdo contigo. El hecho de que haya vivido con él y le haya dado tres hijos, a mi juicio (aunque no puedo aportar ahora ninguna justificación lógica o moral para ello, según las ideas tradicionales), le ha valido poco más que para completar su educación. Le escribiré y así sabré si lo que dice esa mujer es

verdad o no.

En realidad no tenía por qué haberle comunicado nada a su amigo, ya que había tomado esta decisión antes de escribirle. Sin embargo, Phillotson tenía esa manera de actuar.

Por consiguiente, le dirigió a Sue una epístola cuidadosamente meditada y, como conocía su temperamento emocionable, dejó traslucir entre líneas una severidad rigurosa, ocultando escrupulosamente la heterodoxia de sus sentimientos para no asustarla. Le explicaba que había llegado a su conocimiento que sus ideas habían cambiado considerablemente, por lo que se sentía impulsado a confesarle que las suyas también se habían modificado bastante con los acontecimientos que se derivaron de su partida. No le ocultaba que esta carta no pretendía ser ni mucho menos una apasionada declaración de amor. Solo se debía al deseo de que sus vidas, si no llegaban a ser dichosas, al menos no acabaran en un absoluto fracaso, como indudablemente ocurriría, por haber actuado él con lo que consideró entonces que era estricta justicia, caridad y razón.

Según veía, en esta vieja civilización no estaba permitido dejarse llevar por un sentimiento instintivo e incontrolado de la justicia y el derecho. Era preciso obrar con el sentido adquirido y cultivado de la equidad, si se deseaba disfrutar de un bienestar medio y una reputación aceptable, y dejar a un lado todo afecto amoroso que careciese de trabas.

Le sugería que fuera con él a Marygreen.

Después lo pensó y quitó el penúltimo párrafo; volvió a redactar la carta y la envió inmediatamente, esperando con cierto nerviosismo la respuesta.

Pocos días después, una figura atravesaba la niebla blanquecina que envolvía el barrio de Christminster llamado de Beersheba, en dirección al lugar donde Jude Fawley había ido a vivir al separarse de Sue. Sonaron unos tímidos golpecitos en la puerta de la casa donde vivía.

Era de noche, de modo que él se encontraba en casa; y por una especie de presentimiento, se levantó de un salto y acudió a abrir la puerta personalmente.

—¿Quieres salir un momento? Preferiría no entrar. Quiero..., quiero hablar contigo y que vayamos juntos al cementerio.

Las palabras de Sue sonaron temblorosas. Jude se puso el sombrero.

—No está bien que andes por ahí a estas horas —dijo él—. Pero si no quieres entrar, a mí me da lo mismo.

—Prefiero caminar un poco. No te entretendré demasiado.

Jude se sintió al principio demasiado afectado para poder decir nada;

también ella estaba en ese momento hecha tal manojito de nervios que había perdido todo su valor inicial, y siguieron caminando durante un rato a través de la niebla como dos espectros de Caronte, sin pronunciar una sola palabra.

—Quiero decirte algo —empezó Sue al cabo de un momento, hablando atropelladamente unas veces y otras, con embarazo—, para que no te enteres después por casualidad. Me voy con Richard. Él, generosamente, se ha dignado perdonarme.

—¿Vuelves? Pero cómo vas a volver...

—Nos casaremos los dos otra vez. Solo por guardar las formas y para dar una satisfacción al mundo, que no ve las cosas como son. Aunque, por supuesto, soy ya su mujer. Eso no puede cambiarlo nada.

Jude se volvió hacia ella con una angustia casi feroz.

—¡Pero si eres mi mujer! Sí, lo eres. Y lo sabes de sobra. Yo siempre he lamentado ese fingimiento nuestro de marcharnos fuera para volver diciendo que nos habíamos casado legalmente, solo por salvar las apariencias. Yo te quería y tú me querías a mí; y nos comprendíamos a las mil maravillas; y eso es el matrimonio. Aún nos queremos, lo mismo tú a mí que yo a ti, ¡lo sé, Sue! Y por eso no ha terminado nuestro matrimonio.

—Sí; me doy cuenta de cómo lo ves tú —contestó ella en un desesperado esfuerzo por negarse a sí misma—. Pero voy a casarme con él otra vez, como tú dirías. Estrictamente hablando, ¡y no me importa decirlo, Jude!, tú también deberías volver con... Arabella.

—¿Con Arabella? ¡Dios mío...!, ¿y qué más? Entonces, ¿qué habría pasado si tú y yo llegamos a casarnos legalmente como estuvimos a punto de hacer?

—Entonces yo habría considerado, como ahora, que nuestro matrimonio no era válido. Y volvería con Richard aun sin tener que celebrar otra vez el sacramento, si él me lo pidiera. Pero «el mundo y sus normas tienen un cierto valor» (supongo yo); por eso consiento en repetir la ceremonia... ¡No me arranques la vida burlándote o tratando de discutir, te lo suplico! Yo he sido en otras ocasiones la más fuerte, lo sé, y puede que te haya tratado con crueldad. ¡Pero, Jude, te pido que devuelvas bien por mal! Ahora soy la más débil. No te desquites, sé bueno. ¡Sé bueno conmigo, ahora que no soy más que una pobre mujer que se ha portado mal y trata de enmendarse!

Jude movió la cabeza con desesperación, con los ojos arrasados. El golpe que había supuesto la dolorosa pérdida de los niños parecía haber destruido en Sue toda facultad para razonar. Su viva inteligencia parecía ahora ofuscada.

—¡Es un error, un completo error! —dijo con sequedad—. ¡Me parece una

equivocación y una terquedad! Es algo que me subleva, me saca de mis casillas. ¿Es que le quieres? ¿Le amas acaso? ¡Sabes que no! Eso sería una fanática prostitución... ¡El Señor me perdone, pero eso es lo que sería!

—Yo no le quiero. ¡Lo confieso con el más profundo de los remordimientos! Pero trataré de aprender a amarle obedeciéndole.

Jude discutió, insistió, suplicó, pero su convicción lo resistió todo. Parecía que era la única cosa en el mundo sobre la que se sentía segura, y que esta seguridad la dejaba vacilante en todos los demás impulsos y anhelos que poseía.

—He sido lo bastante considerada para venir a contártelo todo, para que sepas la verdad —dijo secamente—, y para que no te sientas desairado enterándote por otros de mi decisión. He llegado incluso al extremo de confesarte que no le quiero. ¡No pensaba que me tratarías con esta rudeza por obrar así! Iba a pedirte...

—¿Que sea tu padrino de boda?

—No. Que me enviaras... mis baúles..., si quieres. Pero supongo que no querrás.

—¿Por qué no? Claro que lo haré. Pero ¿es que no va a venir a buscarte para celebrar la boda aquí? ¿No quiere condescender a eso?

—No; yo no se lo permitiría. Me voy con él voluntariamente, de la misma manera que me fui de su lado. Nos casaremos en la pequeña iglesia de Marygreen.

Dejaba traslucir una tristeza tan dulce en lo que él llamaba su obcecación, que Jude no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas más de una vez, de lástima que sentía por ella.

—¡Nunca he conocido a una mujer que se infligiera impulsivamente tantas penitencias como tú, Sue! ¡Cuando uno espera que sigas un camino recto y adoptes una conducta racional, vas y tuerces a las primeras de cambio!

—Bueno, ¡dejémoslo!... ¡Jude, ahora debo decirte adiós! Pero quería que vinieses conmigo al cementerio. Quiero que nos despedamos allí, junto a las tumbas de los que murieron para hacerme ver el error en que estaba.

Se dirigieron al cementerio y pidieron que les abrieran la puerta; Sue había ido a menudo y conocía el camino incluso a oscuras. Llegaron a la tumba y se detuvieron.

—Aquí es... donde quería despedirme —dijo ella.

—¡Como quieras!

—No creas que soy dura porque obro según mis convicciones. ¡Tu generosa lealtad hacia mí es incomparable, Jude! Tu fracaso en la vida, si es que has fracasado, más bien te enaltece. Recuerda que los mejores y más grandes de la humanidad son aquellos que no triunfan en el mundo. Todo hombre que alcanza el éxito es más o menos egoísta. El abnegado fracasa... «La caridad no pretende su propio bien».

—Sobre ese capítulo estamos de acuerdo, mi amor; así que teniéndolo presente, nos despedimos como amigos. ¡Cuando el resto de lo que tú llamas religión haya desaparecido, ese versículo permanecerá vigente!

—Bueno, no discutamos más. ¡Adiós, Jude, cómplice mío en el pecado y mi mejor amigo!

—Adiós, mi pobre y equivocada esposa. ¡Adiós!

VI. 5.

Al día siguiente por la tarde, la niebla habitual de Christminster flotaba aún en las calles de la ciudad. Apenas se distinguía la frágil silueta de Sue camino de la estación.

Jude no tuvo valor para acudir al trabajo ese día. Ni se atrevió a ir a ningún sitio por donde pudiera pasar ella. Tomó una dirección opuesta, hacia un paraje sombrío, extraño, llano, que no había visitado hasta entonces, donde goteaban las ramas de los árboles y eran frecuentes las toses y las enfermedades de pecho.

—Sue se ha ido... ¡se ha ido de mi lado! —murmuraba con desesperación.

Entretanto, ella había partido en tren y había llegado a la estación de Alfredston; allí tomó el otro tren que la llevó hasta el pueblo. Le había pedido expresamente a Phillotson que no fuera a esperarla. Quería, le dijo, volver voluntariamente con él, a su verdadera casa y hogar.

Era viernes por la tarde, y había elegido precisamente ese día porque el maestro estaba libre desde las cuatro de ese día hasta el lunes por la mañana. Mandó parar el coche que había alquilado en El Oso para ir hasta Marygreen y se apeó al final del camino, cuando faltaba poco más de medio kilómetro; el coche siguió con el escaso equipaje que ella traía. Poco después lo volvió a ver cuando volvía de regreso, y le preguntó al cochero si había encontrado abierta la casa del maestro. El hombre dijo que sí, y que el maestro en persona se había hecho cargo de sus cosas.

Ahora podía entrar en Marygreen sin llamar demasiado la atención. Cruzó

por delante del pozo, bajo los árboles, se dirigió a la preciosa escuela que se alzaba al otro lado, y abrió la puerta sin llamar. Phillotson estaba en el centro de la habitación, esperando, como ella le había pedido.

—He vuelto, Richard —dijo pálida y temblorosa, dejándose caer en una silla—. Aún no puedo creer... que perdones a tu... mujer.

—Todo está perdonado, querida Susanna —dijo Phillotson.

Sue se estremeció ante esa expresión de ternura, aunque en realidad él había hablado así deliberadamente y sin convicción. A continuación, Sue se animó otra vez.

—Mis hijos... han muerto... ¡y es justo que haya ocurrido así! Casi..., casi me alegro. Eran fruto del pecado. ¡Fueron sacrificados para enseñarme cuál era mi deber! Su muerte ha sido el primer paso de mi expiación. ¡Por eso considero que no han muerto en vano!... ¿Me quieres a tu lado?

Phillotson se sintió tan conmovido por el tono lastimero de sus palabras que hizo más de lo que era su intención. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Sue se estremeció instintivamente, temblando al contacto de sus labios. A Phillotson le dio un vuelco el corazón, porque el deseo renacía en él.

—¡Todavía me tienes aversión!

—¡No, querido, yo... es que hay mucha humedad por ahí fuera y he cogido frío! —dijo con una precipitada sonrisa de temor—. ¿Cuándo nos casamos? ¿Pronto?

—Había pensado que mañana por la mañana temprano, si tú estás decidida. Voy a mandarle aviso al vicario de que has llegado. Se lo he contado todo y celebra nuestra decisión: dice que traerá a nuestras vidas un resultado fructífero y bueno. Pero ¿estás segura de ti misma? Todavía estás a tiempo de echarte atrás si... si consideras que no te sientes capaz; ¿te das cuenta?

—¡Sí, sí podré! Quiero que nos casemos cuanto antes. ¡Díselo, díselo en seguida! ¡Estoy sin fuerzas... y no puedo esperar mucho tiempo!

—Toma algo de comer, después descansarás en una habitación que tienes preparada en casa de la señora Edlin. Le diré al vicario que esté dispuesto para mañana por la mañana a las ocho y media, antes de que haya gente por la calle... ¿No será demasiado pronto para ti? Mi amigo Gillingham ha venido para asistir a la ceremonia. Ha tenido el detalle de venir de Shaston, a pesar de la molestia que eso representa para él.

A diferencia de cualquier mujer corriente, cuya vista es tan perspicaz para las cosas materiales, Sue parecía no ver nada de lo que había en la habitación donde estaban, ni reparaba en ninguno de los detalles que la rodeaban. Pero al

cruzar el recibimiento para ir a dejar su manguito soltó una pequeña exclamación y se puso más pálida que antes. Su mirada parecía la del reo que acaba de ver su ataúd.

—¿Qué ocurre? —dijo Phillotson.

El buró estaba abierto por casualidad y, al dejar el manguito, su mirada había caído sobre un documento que había allí encima.

—¡Oh, solo ha sido... una tonta sorpresa! —dijo riendo, tratando de disimular el efecto de su exclamación al volver a la mesa.

—¡Ah, sí! —dijo Phillotson—. La licencia matrimonial... acaba de llegar.

Gillingham bajó de su habitación para reunirse con ellos y Sue procuró estar simpática con él, en medio de su nerviosismo, hablándole de aquello que pensó que podía interesarle, menos de sí misma, aunque era eso lo que más le interesaba en realidad. Obedientemente, tomó algo de cenar y se dispuso a marcharse en seguida a su alojamiento. Phillotson cruzó el césped con ella y le dio las buenas noches junto a la puerta de la casa de la señora Edlin.

La anciana acompañó a Sue a su aposento provisional y la ayudó a deshacer las maletas. Entre otras cosas, sacó un camisón primorosamente bordado.

—¡Oh, no sabía que me lo había traído! —dijo Sue atropelladamente—. No tenía intención de traerlo. Aquí hay otro distinto. —Sacó un nuevo sin ningún adorno y de un percal color crudo.

—Pero el más bonito es este —dijo la señora Edlin—. ¡Eso no es más que ropa de saco, como dicen las Escrituras!

—Sí, precisamente por eso. Deme ese otro.

Lo cogió y empezó a rasgarlo con todas sus fuerzas, y los desgarrones sonaron en la casa como chillidos de corneja.

—¡Pero niña, niña!, ¡qué idea te ha...!

—¡Es un camisón adúltero! Representa cosas que no quiero recordar... Lo compré hace tiempo porque le gustaba a Jude. ¡Tengo que destruirlo!

La señora Edlin alzó las manos al Cielo; y Sue, excitada, siguió rasgándolo en trozos que iba tirando al fuego.

—¡Me lo podías haber regalado a mí! —dijo la viuda—. Me duele en el alma ver cómo tiras al fuego una labor tan preciosa..., aunque no esté una vieja como yo para disfrutar de un camisón con tantos adornos. ¡Hace mucho que pasaron mis tiempos!

—¡Está maldito..., me recuerda cosas que quiero olvidar! —repitió Sue—.

Solo sirve para arrojarlo al fuego.

—¡Por Dios, eres demasiado severa! ¿Por qué dices eso, por qué condenas al infierno a los hijitos inocentes que has perdido? ¡Para mí, eso no se llama religión!

Sue hundió el rostro en la cama sollozando.

—¡No, por favor, no! ¡Eso es matarme! —Se sintió sacudida por el dolor y resbaló lentamente cayendo de rodillas.

—Si quieres que te lo diga, esto es lo que pienso: ¡que no debías casarte con ese hombre otra vez! —dijo la señora Edlin, indignada—. ¡Tú estás enamorada todavía del otro!

—¡Sí, debo casarme con él; soy suya ya!

—¡Bah! Dirás del otro. Si no os gustaba la idea de celebrar una unión solemne como la primera vez, razón de más para confiar en vuestras conciencias, teniendo en cuenta vuestras razones; así, habríais podido seguir viviendo juntos y ya se iría arreglando todo después. Al fin y al cabo, a nadie le importaba más que a vosotros dos.

—Richard dice que me volverá a tener a su lado, ¡y mi obligación es volver con él! Si me hubiera rechazado, no habría tenido ninguna obligación de... dejar a Jude. Pero... —Siguió con el rostro oculto en las ropas de la cama, y la señora Edlin abandonó la habitación.

Mientras tanto, Phillotson se había reunido otra vez con su amigo Gillingham, que aún estaba sentado ante la mesa de la cena. Poco después se levantaron y salieron a dar una vuelta por el prado y a fumar un rato. Una luz ardía en la habitación de Sue, y de vez en cuando se veía cruzar una sombra por delante de la persiana.

A Gillingham le había impresionado evidentemente el encanto indefinible de Sue y después de guardar silencio un rato, dijo:

—Bueno, por fin la tienes en casa. Ahora ya no le va a ser tan fácil marcharse por segunda vez. Ha caído en tus manos como un fruto maduro.

—¡Sí!... Supongo que hago bien en confiar en su palabra. Confieso que hay algo de egoísmo en esto. Quitando, naturalmente, lo que ella representa, o sea, un lujo para un vejestorio como yo, me colocará además en buen lugar a los ojos del clero y de las gentes piadosas que nunca me han perdonado que la dejara marcharse. Así que, en cierto modo, podré reanudar mis antiguos proyectos.

—Bueno, ¡si tienes una buena razón para casarte con ella otra vez, adelante, en nombre de Dios! Yo siempre he sido contrario a tu idea de abrirle

la jaula al pajarillo y soltarlo de esa manera suicida. A estas alturas ya serías inspector de enseñanza primaria o reverendo, si no te hubieras portado con tanta debilidad con ella.

—Me he hecho a mí mismo un daño irreparable, ya lo sé.

—Una vez que la tengas en casa de nuevo, ácala corto.

Phillotson fue más evasivo esa noche. No le importó admitir abiertamente que tomar a Sue de nuevo con él no tenía nada que ver con su arrepentimiento por haberla dejado ir, sino que era ante todo un instinto humano alentado por los usos sociales y la profesión. Dijo:

—Sí, me casaré. Ahora conozco mejor a la mujer. Por muy justo que pareciese dejarla que se fuera, fue poco lógico, de acuerdo con mi manera de pensar sobre las demás cuestiones.

Gillingham se quedó mirándole y se preguntó si, empujado por las ideas reaccionarias que las ironías de la vida y el mismo deseo físico habían despertado en Phillotson, no iría a portarse con ella de manera ortodoxamente cruel, a pesar de la amabilidad espontánea y hasta perversa con que la había tratado en los primeros tiempos.

—Me doy cuenta de que no hay que dejarse llevar por los impulsos —prosiguió Phillotson, sintiendo por momentos la necesidad de afirmarse en su nueva actitud—. He desobedecido las enseñanzas de la Iglesia; pero fue sin premeditación alguna. Las mujeres son tan extrañas con sus influjos que te llevan a tergiversar tu buena voluntad. De todos modos, ahora me conozco a mí mismo mejor. Un poco de prudente severidad, tal vez...

—Sí; pero debes tirar de las riendas poquito a poco nada más. No seas demasiado enérgico al principio. Con el tiempo, ella irá adonde tú quieras.

No era necesaria la advertencia, pero Phillotson no dijo nada.

—Recuerdo lo que me dijo el vicario de Shaston al marcharme, después del escándalo que se armó porque la dejé marcharse con su amante: «Lo único que puede usted hacer para recuperar su posición y la de ella, es reconocer que ha sido un error no sujetarla con mano dura e inteligente, dejarla que vuelva si quiere y ser más firme en el futuro». Pero entonces estaba yo tan obcecado que no le hice el menor caso. Y ni se me pasó por la cabeza que después del divorcio se le ocurriera hacer lo que ha hecho.

Se oyó el ruido de la verja de la casa de la señora Edlin y alguien cruzó en dirección de la escuela. Phillotson dijo:

—¡Buenas noches!

—¡Ah, es usted, señor Phillotson! —dijo la señora Edlin—. Venía a verle.

He estado con ella, ayudándola a deshacer el equipaje, ¡y palabra, señor, que no deberían dar ese paso!

—¿Qué paso..., la boda?

—Sí. La pobre se lo está imponiendo a la fuerza; y no tiene usted idea de lo que sufre. Yo no he estado nunca ni a favor ni en contra de la religión, pero no puede ser justo obligarla a hacer eso, y usted debería quitárselo de la cabeza. Claro, que todo el mundo dirá que está muy bien que usted le haya abierto los brazos otra vez y le perdonarán. Pero yo, ni hablar.

—Es ella la que quiere casarse y yo estoy de acuerdo —dijo Phillotson con grave reserva, sintiendo que esta oposición le hacía afirmarse más en su decisión de manera ilógica—. Voy a corregir gran parte de mi falta de firmeza.

—No lo creo. Si es mujer de alguien, es del otro. Ha tenido tres hijos de él y la quiere con locura; ¡y es una vergüenza obligar de mala manera a hacer una cosa así a la pobre chiquilla! No tiene a nadie. Y la muy terca no quiere dejar que se le acerque el único hombre que es amigo suyo de verdad. ¡Digo yo que quién le habrá metido esa idea en el magín!

—No lo sé. Yo no, se lo aseguro. Es algo completamente voluntario por su parte. Eso es todo cuanto tengo que decir —dijo Phillotson con dureza—. Ha cambiado usted mucho, señora Edlin. ¡Es impropio de usted!

—Bien. Ya sabía yo que se iba a ofender; pero no me importa. La verdad es la verdad.

—No estoy ofendido, señora Edlin. Ha sido usted una vecina muy amable. Pero es obligación mía ver qué es lo más conveniente para mí y para Susanna. Entonces ¿no vendrá a la iglesia con nosotros?

—No. ¡Mal rayo me parta si voy!... ¡No sé adónde vamos a parar en estos tiempos! El matrimonio se ha vuelto una cosa tan seria en esta época que solo de pensar en casarse va a tener una que echarse a temblar. En mis tiempos nos lo tomábamos con más alegría; ¡y no nos iba tan mal! Cuando nos casamos mi pobre marido y yo, lo estuvimos celebrando toda la semana y hubo bebida para toda la parroquia, ¡y eso que tuvimos que pedir prestada media corona para poner casa!

Después de marcharse la señora Edlin otra vez a su casa, Phillotson dijo, preocupado:

—No sé si debería dar este paso...; al menos, con tanta precipitación.

—¿Por qué?

—Si es cierto que ella obra en contra de sus inclinaciones, solo por un sentimiento nuevo del deber o de la religión, tal vez sería prudente esperar un

poco.

—Ahora que has recorrido todo este camino no debes echarte atrás. Mi opinión es esa.

—No resulta fácil dejarlo ahora: eso es cierto. Pero me ha dado un vuelco el corazón cuando he visto que daba un respingo al descubrir la licencia.

—Bueno, procura que no te dé más vuelcos el corazón, muchacho. Tengo intención de llevarla yo hasta el altar, y tú la vas a tomar por esposa. Siempre he sentido sobre mi conciencia no haberme opuesto con más energía a que la dejaras irse, y ahora que hemos llegado hasta aquí no me quedaré tranquilo si no te ayudo a terminar de solucionar este asunto.

Phillotson asintió y, viendo la firmeza de su amigo, se volvió más sincero:

—Seguramente, cuando la gente se entere de lo que he hecho, más de uno dirá que soy un idiota y un blando. Pero nadie conoce a Sue como yo. Aunque tiene una forma de ser tan evasiva, en el fondo es de una honestidad tal que no creo que haya actuado jamás en contra del dictado de su conciencia. El que haya vivido con Fawley no significa nada. El día que me dejó para irse con él estaba completamente convencida de que actuaba con toda justicia. Ahora en cambio piensa que no.

Llegó la mañana siguiente, y se consumó el autosacrificio de la mujer en aras de lo que a ella le gustaba llamar sus principios, con el consentimiento de estos dos amigos, cada uno desde su propio punto de vista. Phillotson fue a casa de la viuda Edlin a recoger a Sue unos minutos después de las ocho. La niebla que los días anteriores estuvo remansada en las depresiones había subido ahora hasta aquí, dejando prendidos en los árboles del prado unos jirones que no tardaron en convertirse en gruesas gotas. La novia aguardaba ya dispuesta, con el sombrero puesto y todo. Jamás en su vida se había parecido tanto a un lirio como a la pálida luz de esa mañana. Purificada, cansada del mundo y arrepentida, el tremendo esfuerzo de sus nervios había hecho presa en su carne y en sus huesos haciéndola parecer más menuda que antes, aunque Sue no había sido alta ni en los días en que había gozado de buena salud.

—Vamos —dijo el maestro de escuela, cogiéndola magnánimamente de la mano. Pero reprimió el impulso de besarla al recordar el sobresalto de la víspera, que tan desagradablemente le había impresionado.

Gillingham se unió a ellos y salieron de la casa. La viuda Edlin se mantuvo firme en su decisión de no asistir a la ceremonia.

—¿Dónde está la iglesia? —dijo Sue. Apenas había estado en el pueblo desde la demolición de la vieja iglesia, y en su preocupación había olvidado la nueva.

—Aquí cerca —dijo Phillotson; un momento después, la torre del campanario surgía grande y solemne de la niebla. El vicario estaba ya allí y cuando los vio entrar dijo alegremente:

—Casi hará falta encender las velas.

—¿De verdad..., quieres que sea tuya, Richard? —preguntó Sue con un susurro.

—Claro, querida: por encima de todo en el mundo.

Sue no dijo nada más; y por segunda o tercera vez sintió él que no obraba con ese instinto humanitario que un día le impulsara a dejarla marchar.

Estaban de pie los cinco: el sacerdote, el sacristán, la pareja y Gillingham; y llevaron inmediatamente a cabo la sagrada ceremonia. En la nave del templo había dos o tres personas, y cuando el cura llegó a lo de «Lo que Dios ha unido», se oyó una voz de mujer que dijo en alto:

—¡Al fin los ha juntado Dios!

Fue como si sus propios espectros repitieran aquella otra escena similar ocurrida hacía años en Melchester. Cuando estamparon sus firmas en el libro, el vicario felicitó al marido y a la esposa por haber realizado un acto noble y justo de mutuo perdón.

—Todo está bien cuando termina bien —dijo sonriendo—. Ahora pueden ser muy dichosos, después de haberse «salvado por el fuego».

Cruzaron el templo casi vacío y se dirigieron a la escuela. Gillingham quería volver a casa esa misma noche, y se despidió temprano. Felicitó igualmente a la pareja.

—Bueno —dijo al despedirse de Phillotson, que le había acompañado un trecho—, ahora podré dar la noticia a la gente de tu pueblo; y no pases cuidado, ya verás cómo dirán todos: «Bien hecho».

Cuando el maestro de escuela volvió, Sue andaba ocupada en quehaceres domésticos, esforzándose por aparentar que había vivido allí toda la vida. Pero se quedó cortada al verle acercarse y él se sintió dolido al darse cuenta.

—Por supuesto, querida, no voy a entrometerme en tu intimidad personal, como tampoco lo hice antes —dijo gravemente—. Lo hemos hecho por nuestro bienestar social; esa es su justificación, aunque no sea mi razón para hacerlo.

Sue se animó un poco.

VI. 6.

La escena tenía lugar en la puerta de la casa donde vivía Jude, en las afueras de Christminster, lejos de San Silas, porque ese barrio donde había vivido antes le deprimía tremendamente. Estaba lloviendo. Una mujer vestida con unas ropas negras ya raídas estaba junto al umbral hablando con Jude, que sujetaba la puerta con la mano.

—Estoy sola, sin una perra y sin casa..., ¡ni más ni menos! Mi padre me ha echado a la calle después de pedirme hasta el último penique para meterlo en su negocio, y luego va y me trata de holgazana solo porque estaba a la espera de encontrar colocación. ¡Estoy lo mismo que un pordiosero! Si tú no me puedes echar una mano y tenerme contigo, Jude, tendré que ir a parar a un hospicio o a algún sitio peor. Hace un minuto acaban de guiñarme el ojo un par de estudiantes. ¡Qué difícil le resulta a una mujer ser virtuosa donde hay tanto joven!

La mujer que hablaba de este modo bajo la lluvia era Arabella, y esa tarde era un día después del nuevo matrimonio de Sue con Phillotson.

—Lo siento por ti, pero yo no soy aquí más que un realquilado —dijo Jude con sequedad.

—Entonces ¿quieres que me vaya por ahí?

—Te daré dinero para que pases unos días.

—Pero ¿no puedes tener conmigo el detalle de tenerme en tu casa? Me resulta insoportable la idea de ir a dormir a una posada; estoy demasiado sola. Por favor, Jude, ¡te lo pido por nuestros viejos tiempos!

—No, no —dijo Jude atropelladamente—. No quiero que me recuerden esas cosas; como te pongas a hablar de eso, no muevo ni un dedo por ti.

—Entonces, ¡me echas! —dijo Arabella. Incluyó la cabeza contra el marco de la puerta y comenzó a sollozar.

—La casa está llena —dijo Jude—. Y aparte de la habitación, solo tengo un cuartito trastero, que es muy poca cosa, para guardar las herramientas, las plantillas y los pocos libros que he querido conservar.

—¡Eso sería un palacio para mí!

—No tiene cama.

—Podría echar algún colchón en el suelo. Me bastaría con eso.

Como no tenía valor para tratarla con aspereza, y no sabía qué hacer, Jude llamó al individuo que alquilaba las habitaciones y le dijo que se trataba de

una conocida que se encontraba en un apuro tremendo, y que se había quedado temporalmente sin sitio donde dormir.

—¿No se acuerda de mí, de cuando estaba yo de camarera en El Cordero y el Banderín hace tiempo? —comentó Arabella—. ¡Mi padre me ha insultado esta tarde y no he tenido más remedio que dejarle, a pesar de que me encuentro sin un céntimo!

El patrón dijo que no se acordaba de su cara.

—Pero en fin, siendo amiga del señor Fawley haré lo que pueda por un día o dos..., si él responde por usted.

—Sí, sí —dijo Jude—. En realidad, me ha cogido completamente desprevenido; pero me gustaría ayudarla a resolver esta dificultad.

Finalmente llegaron a un acuerdo, y metieron una litera en el cuarto trastero de Jude a fin de que Arabella se acomodara en él hasta que resolviera su problema, del que no tenía la culpa, como había declarado, y pudiera regresar otra vez a casa de su padre.

Mientras esperaban a que hicieran los arreglos, dijo Arabella:

—Supongo que te habrás enterado de la noticia.

—Sospecho a qué te refieres; pero no sé nada.

—He tenido carta de Anny, que vive ahora en Alfredston. Dice que se ha enterado de lo de la boda que iba a ser ayer; pero dice que no sabe si se casaron por fin.

—No quiero que hablemos de ello.

—No, no, claro. Solo que eso viene a demostrar la clase de mujer que...

—¡Te digo que no me hables de ella! ¡Es una tonta! ¡Pero es un ángel también, la pobre!

—Si se han casado, puede que a él se le presente la ocasión de recobrar el puesto de antes, según piensa todo el mundo; al menos eso dice Anny. Todas las influencias que tiene se alegrarán, incluyendo al mismísimo obispo.

—Por favor, Arabella.

Arabella se instaló cabalmente en la estrecha buhardilla de arriba, y al principio no hizo nada por acercarse a Jude. Andaba de un lado a otro ocupada en sus propios asuntos, los cuales, según le contaba a él cuando se veían por casualidad en la escalera, no eran otros que los de encontrar colocación en la clase de trabajo que a ella mejor le iba. Cuando Jude le sugirió que en Londres tendría más posibilidades de abrirse camino en el negocio de la bebida, ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, hay demasiadas tentaciones allí —dijo—. Prefiero una humilde taberna en cualquier aldea antes que eso.

Estaba desayunando Jude más tarde que de costumbre el domingo siguiente por la mañana, como siempre hacía, cuando llegó ella muy modosa a preguntarle si podía desayunar con él porque se le había roto el cacharro del té y no podía comprarse otro en ese momento, ya que las tiendas estaban cerradas.

—Sí, cómo no —dijo él con indiferencia.

Comieron durante un rato sin cambiar palabra, y de pronto comentó ella:

—Pareces muy pensativo, muchacho. Lo siento por ti. —Lo estoy.

—Es por ella, lo sé. Ya sé que no es asunto mío, pero si quieres podría enterarme de todo lo referente a la boda, suponiendo que se hayan casado por fin.

—¿Y cómo?

—Quiero ir a Alfredston a recoger unas cuantas cosas que tengo allí. Podría ir a ver a Anny, que es seguro que estará enterada de todo, ya que tiene amistades en Marygreen.

Jude no podía en conciencia dar su consentimiento a este plan; pero sus dudas acabaron por imponerse sobre su discreción y vencieron en la lucha que sostenía en su interior.

—Pregúntale si quieres —dijo—. Yo no he tenido ninguna noticia de allá. Deben de haberla celebrado muy en privado, si... si se han llegado a casar.

—Lo que pasa es que no tengo bastante dinero para ir y volver; si no, habría ido ya. Tendré que esperar hasta que gane algo.

—Bueno..., si es por eso, puedo pagarte yo el viaje —dijo él con impaciencia. Y así, su inquietud por el bienestar de Sue y su posible matrimonio le impulsó a despachar en busca de información al último emisario en quien habría pensado, de haberlo escogido deliberadamente.

Cuando Arabella iba a marcharse, le pidió que volviera en el tren de las siete a más tardar. Pero una vez se hubo ido, se dijo:

—¿Para qué le habré dicho que esté de regreso a una hora concreta? Ella no es nada mío; ¡ni la otra tampoco!

Pero después de terminar el trabajo no pudo resistirlo y se fue a la estación a esperar a Arabella, empujado por la febril premura de saber las novedades que pudiera traerle y enterarse de lo peor. Arabella había venido haciéndose hoyuelos en las mejillas durante todo el viaje de regreso y bajó muy sonriente

del tren. Él se limitó a preguntar lacónicamente: «¿Y bien?», con una expresión que era lo más opuesto a una sonrisa.

—Se han casado.

—¡Sí..., claro, era natural! —replicó. Pero ella se percató de la dura expresión de sus labios al hablar.

—Anny dice que le ha contado Belinda, su parienta de Marygreen, que fue una ceremonia muy triste, ¡y extraña!

—¿Qué quieres decir con eso de triste? Ella quería casarse otra vez con él, ¿no? ¡Y él también!

—Sí, eso sí. En parte, ella quería, pero en parte no. La señora Edlin estaba furiosa con todo eso, y cogió a Phillotson por banda y le dijo en la cara lo que pensaba. Pero Sue estaba tan excitada que tiró al fuego el camisón más precioso que se había puesto cuando vivía contigo para borrarte de su vida por completo. Bueno..., si una mujer piensa así, debe hacer las cosas de esa manera. Yo en eso la alabo, aunque otras no. —Ara-bella suspiró—. Pensó que él era su único marido y que a los ojos de Dios Todopoderoso no pertenecía a nadie más, mientras estuviera con vida. ¡Puede que haya otra mujer que piense lo mismo del suyo, también! —Arabella volvió a suspirar.

—¡Déjate de hipocresías! —exclamó Jude.

—No es una hipocresía —dijo Arabella—. ¡Yo en eso pienso exactamente como ella!

Jude zanjó la cuestión diciendo bruscamente:

—Bueno, ya sé lo que tenía que saber. Muchas gracias por tu información. No voy a ir a casa todavía, así que adiós. —Y se marchó inmediatamente.

Sumido en el abatimiento y la desdicha, Jude anduvo deambulando por casi todos los lugares de la ciudad que había frecuentado con Sue; después no supo adónde dirigirse y pensó en volver a casa para cenar como hacía normalmente. Pero teniendo todos los vicios de sus virtudes, y algo de dinero en el bolsillo, dio media vuelta y, por primera vez desde hacía muchos meses, se metió en una taberna. Entre las posibles consecuencias que podían derivarse de su matrimonio, Sue no había contado con esta.

Entretanto, Arabella había regresado. Pasó la tarde y Jude no volvió. A las nueve y media, Arabella se echó a la calle y se dirigió en primer lugar a un barrio de las afueras, próximo al río, donde su padre había abierto recientemente una miserable tiendecita de carne de cerdo.

—Mira —le dijo—, a pesar de la que me armaste la otra noche he venido a contarte algo. Me parece que voy a casarme y a poner casa otra vez. Pero

tienes que ayudarme: y no puedes negarte, después de lo que he hecho yo por ti.

—¡Haré cualquier cosa con tal de perderte de vista!

—Muy bien. Voy a buscar ahora a mi joven hombre. Me da que anda por ahí sin rumbo fijo y tengo que traerle a casa. Todo lo que quiero es que no pases el cerrojo esta noche, por si acaso quiero yo venirme a dormir aquí si se me hace tarde.

—¡Ya sabía yo que te cansarías pronto de airearte por ahí y de dejarme tranquilo!

—Bueno..., no toques la puerta. Es todo lo que te pido.

Luego se marchó otra vez, se dirigió a toda prisa a casa de Jude, y después de comprobar que no había regresado se puso a buscarle. Un perspicaz presentimiento sobre el probable camino que habría tomado la llevó directamente a la taberna que Jude solía frecuentar al principio, y donde ella estuvo de camarera durante un tiempo. Al abrir la puerta del Bar Privado, le descubrió inmediatamente: estaba sentado en la penumbra, en el fondo del salón, con los ojos fijos en el suelo y la mirada vacía. En ese momento no tomaba ninguna bebida fuerte, sino cerveza nada más. Él no la había visto, así que entró y fue a sentarse junto a él.

Jude levantó los ojos y dijo sin sorprenderse:

—¿Qué, vienes a tomar algo, Arabella?... Yo estoy intentando olvidarla; ¡eso es todo! Pero no puedo y me voy a casa. —Ara-bella se dio cuenta de que solo estaba ligeramente bebido.

—He venido expresamente a buscarte, muchacho. No te encuentras bien. Anda, deja eso y toma algo mejor. —Hizo una seña a la camarera—. Pide un poco de licor, que está más a tono con un hombre instruido que la cerveza. Puedes tomarte un marrasquino, un curasao seco o dulce, o un coñac. ¡Pobre muchacho, te voy a invitar!

—¡Pide lo que sea, me es igual! Coñac mismo... Sue se ha portado mal conmigo, muy mal. ¡No esperaba eso de Sue! Yo me había unido a ella y ella tenía que haberse unido a mí. Habría vendido mi alma al diablo por ella, pero ella no ha querido arriesgar ni una pizca de la suya por mí. ¡Para salvar su alma deja que la mía se vaya al infierno!... Pero no es culpa suya, pobre muchacha... ¡estoy seguro de que no es suya la culpa!

No estaba claro cómo se había procurado dinero Arabella, pero pidió una copa para cada uno, y pagó las dos. Cuando las apuraron, Arabella pidió otra ronda; y Jude tuvo el placer de verse conducido personalmente a través de las distintas variedades intelectuales de licor por alguien que conocía muy bien

sus derroteros. Arabella seguía de lejos a Jude, y aunque daba un sorbito nada más por cada trago de él, bebió hasta donde pudo sin perder la cabeza..., lo que no fue poco, a juzgar por los colores arbolados de sus mejillas.

Cada vez que se dirigía a él, su tono de voz era invariablemente zalamero y persuasivo; y cada vez que él decía: «¡Ahora no me importa ya lo que me pase!», cosa que repetía a cada instante, ella replicaba: «¡Pero a mí sí!». Llegó la hora de cerrar, y se vieron obligados a abandonar el local; entonces Arabella le pasó el brazo por la cintura y guio sus pasos vacilantes.

Cuando estuvieron en la calle, dijo ella:

—¡No sé lo que pensará nuestro patrón cuando vea que te llevo en este estado! Digo yo que la puerta estará cerrada y tendrá que bajar a abrirnos.

—No sé... no sé.

—Eso es lo que pasa por no tener casa propia. Voy a decirte lo que vamos a hacer, Jude. Vamos a ir a casa de mi padre... Hemos hecho hoy las paces más o menos. Yo te llevaré sin que nadie nos vea; y por la mañana te vas a tu casa y en paz.

—¡Qué más da, qué más da! —replicó Jude—. ¿Qué demonios me importa ya a mí?

Siguieron juntos como cualquier pareja un poco bebida; ella seguía llevándole cogido por la cintura, y Jude acabó cogiéndola a ella también, aunque sin intención amorosa alguna, sino solo porque se sentía cansado, vacilante, y necesitaba sostenerse.

—Es... estamos en la plaza de... los Mártires de la Hoguera —tartamudeó él cuando cruzaron con paso vacilante una ancha calle—. Me acuerdo del Estado de Santidad del viejo Fuller... y me viene a la cabeza... al pasar ahora por aquí..., lo que el viejo Fuller dice en su Estado de Santidad: que cuando quemaron a Ridley, el doctor Smith predicó un sermón tomando como base el texto que dice: «Aunque entregue mi cuerpo a la hoguera, si no tengo caridad, mi sacrificio no me servirá de nada». Pienso a menudo en esas palabras cuando paso por aquí. Ridley era un...

—Sí. Exactamente. Es un pensamiento muy profundo, querido, aunque no tiene nada que ver con nuestras dificultades.

—¡Cómo, claro que tiene que ver! ¡Voy a entregar mi cuerpo a la hoguera! Pero... ¡Ah, tú no lo comprendes! ¡Sue es la única que podría comprenderlo! Y yo he sido su seductor..., ¡pobre chiquilla! ¡Y ahora que se ha marchado, a mí no me importa ya lo que me pase! ¡Haz de mí lo que quieras!... ¡Y pensar que lo ha hecho solo por un escrúpulo de conciencia, pobrecita Sue!

—¡Que se vaya al diablo! Bueno, quiero decir que tiene razón —hipó

Arabella—. Yo también tengo mis sentimientos, lo mismo que ella; y lo que pienso es que a los ojos del Cielo soy la esposa tuya y de nadie más, ¡hasta que la muerte nos separe! Nunca, ¡hic!, nunca es demasiado tarde, ¡hic!, para enmendarse.

Habían llegado a la casa del padre, y Arabella abrió sigilosamente la puerta y tanteó a oscuras buscando una luz.

Las circunstancias no eran las mismas que aquella vez en que entraron en la casa de Cresscombe, hacía ya muchos años, ni tal vez tenía Arabella las mismas razones. Pero Jude no pensó en eso, aunque ella sí.

—No encuentro las cerillas, cariño —dijo después de abrir la puerta—, pero no importa, es por aquí. No hagas ruido, por favor.

—Esto está oscuro como un pozo —dijo Jude.

—Dame la mano y yo te guiaré. Eso es. Siéntate aquí y te quitaré las botas. No quiero que se despierte.

—¿Quién?

—Mi padre. Me armaría una bronca seguramente.

Le quitó las botas.

—Bueno —susurró—; cógete a mí; no importa ahora tu peso. Bien, primer escalón, segundo escalón...

—Pero..., ¿es que estamos en nuestra antigua casa de las afueras de Marygreen? —preguntó Jude, asombrado—. ¡Jamás había vuelto a entrar en ella hasta hoy! ¿Eh? ¿Y dónde están mis libros? Eso es lo que me gustaría saber.

—Estamos en mi casa, cariño, donde nadie puede venir a fisgar cómo te encuentras. Venga: tercer escalón, cuarto escalón... y ya estamos. Y ahora, adentro.

VI. 7.

Arabella estaba preparando el desayuno en la habitación trasera de la planta baja de la casucha que su padre había alquilado recientemente. Se asomó a la tienda y le dijo al señor Donn que ya estaba listo. Donn, empeñado en parecer un maestro carnicero, vestido con una grasienta blusa azul y una correa alrededor de la cintura de la que colgaba un cuchillo, entró al instante en la casa.

—Tienes que quedarte en la tienda esta mañana —dijo con despreocupación—. Yo tengo que ir a Lumsdon a traer tripa y medio cerdo y quiero hacer de paso unos encargos. Si vives aquí tienes que arrimar el hombro; al menos hasta que el negocio marche.

—Bueno, pero hoy no sé si podrá ser. —Echó a su padre a una mirada de inteligencia—. Tengo una pieza arriba.

—¡Ah!... ¿Qué es?

—Un marido... o casi.

—¡No!

—Sí. Es Jude. Ha vuelto conmigo.

—¿El que tenías al principio? ¡Pues estamos aviados!

—Bueno, la verdad es que yo siempre le he querido.

—Pero ¿cómo es que está ahí arriba? —dijo Donn, que no salía de su asombro, señalando al techo con un gesto.

—No hagas preguntas inconvenientes, padre. Lo que tenemos que hacer es cuidar de que siga ahí hasta que él y yo volvamos a estar como antes.

—¿Y cómo estabais?

—Casados.

—¡Ah!... Bueno, es lo que me faltaba por oír; casarse otra vez con el marido viejo, ¡con la de sangre joven que hay en el mundo! Para mí que no es eso ninguna ganga. Yo para eso me habría buscado uno joven, en tu lugar.

—No es ninguna cosa rara que una mujer quiera tener consigo otra vez a su primer marido por pura decencia, aunque el hombre que quiere volver con su antigua mujer sea un..., ¡bueno, eso sí que suele ser una cosa rara, más bien! —Y Arabella soltó de pronto una risotada, a la que se unió su padre, aunque más moderadamente.

—Pórtate bien con él y yo haré lo demás —dijo ella después de recobrar la seriedad—. Esta mañana me ha dicho que le dolía la cabeza como si fuera a estallarle, y creo que no sabía ni dónde estaba. Y es lo más natural, teniendo en cuenta la de bebidas que mezcló anoche. Tenemos que hacer que esté aquí contento y feliz durante uno o dos días, y no dejar que vuelva a su pensión. Ahora voy a subir a ver cómo se encuentra el infeliz.

Arabella subió las escaleras, abrió sigilosamente la puerta del primer dormitorio y echó una mirada. Al ver que su Sansón rapado seguía dormido, se acercó y se quedó mirándole. La fiebre provocada por la resaca de la noche anterior le había encendido los colores de la cara, lo que disminuía el aspecto

endeble que tenía de ordinario; sus pestañas y sus cejas oscuras, su pelo negro y ondulado, y su barba recortándose contra la blancura de la almohada, completaban la fisonomía de aquel a quien Arabella consideraba digno de ser recuperado, como mujer de pasiones violentas, y más aún como mujer necesitada de dinero y reputación. Su mirada ardiente pareció afectarle, porque contuvo su respiración agitada y abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras, querido? —dijo ella—. Soy yo: Arabella.

—¡Ah! ¿Dónde?... ¡Ah, ya recuerdo! Me recogiste en tu casa... ¡Me siento como un trapo..., enfermo..., desmoralizado... y condenadamente mal! ¡Ni más ni menos!

—Pues quédate. En casa solo estamos mi padre y yo, y puedes estarte hasta que te encuentres bien. Diré en el taller que te has sentido mal de repente.

—¡Me figuro lo que pensarán en la pensión!

—Yo iré a explicar lo que pasa. Lo mejor será que me dejes ir a pagar, si no van a creer que nos hemos fugado.

—Sí. Ahí en mi bolsillo hay dinero.

Completamente indiferente, Jude cerró los ojos hinchados porque no podía soportar la luz del día, y se quedó dormido otra vez. Arabella le cogió el monedero, salió en silencio de la habitación, se puso ropa de calle y se dirigió a la pensión que habían dejado la noche antes.

Al cabo de una hora y media volvió a aparecer por la esquina acompañada de un mozo con una carretilla en la que traía amontonados los bártulos de Jude, así como las pocas cosas que Arabella se había llevado a la pensión para pasar allá unos días. Jude sufría tanto en lo físico por su desventurado hundimiento de la víspera, y en lo moral por la pérdida de Sue y por haber cedido en su semisomnolencia a las instancias de Arabella, que cuando vio sus cosas colocadas ante sus ojos en esa habitación extraña, y mezcladas con prendas femeninas, apenas si pudo entender cómo habían llegado hasta allí ni qué significaba todo eso.

—Ahora —dijo Arabella a su padre, después de bajar otra vez— tenemos que procurar que durante unos días haya en casa bebida suficiente; le conozco bien y sé que si cae en una de sus depresiones no llegará a tener nunca conmigo el detalle decente que yo necesito y me dejará plantada para siempre. Debe seguir alegre. Tiene un poco de dinero ahorrado en el Banco y me ha dado su monedero para que pague lo que haga falta. Así que con eso pagaré la licencia matrimonial; quiero tenerla a mano por si puedo cogerle en buen momento. Tú ocúpate de la bebida. Y si organizáramos una reunión alegre y tranquila con unos cuantos amigos, la cosa andaría sobre ruedas. Eso le haría

la propaganda a la tienda y de paso me ayudaría en lo mío.

—Eso es la mar de fácil, con tal que se prepare algo de comer y de beber... Vaya que sí: le haría la propaganda a la tienda, desde luego.

Tres días más tarde tuvo lugar la tranquila y alegre reunión que Arabella había sugerido; Jude se había recobrado algo de las horribles palpitaciones de los ojos y el cerebro, aunque se encontraba aún sumido en una confusión mental debida a lo que Arabella le había hecho beber durante este tiempo... para mantenerle alegre, según decía.

Donn había abierto recientemente su miserable tienda de embutidos y carne de cerdo, y tenía a la sazón poquísima clientela; sin embargo, la reunión le hizo buena propaganda, y los Donn alcanzaron verdadera popularidad entre cierta clase social de Christminster que no sabía nada de colegios, ni de lo que se hacía en ellos, ni de la clase de vida que en ellos tenía lugar. Le preguntaron a Jude si se le ocurría alguien más que invitar, aparte de los que habían nombrado Arabella y su padre; y en un arranque de humor negro mencionó a Tío Joe, a Stagg, al subastador venido a menos y a algunos más que recordó que frecuentaban la conocida taberna durante su época de obrero, años atrás. Y sugirió también que se invitara a la «Pecosa» y a la «Flor de Delicias». Arabella le tomó la palabra en lo referente a los hombres, pero hizo caso omiso de las mujeres.

En cambio no fue invitado un conocido común: Taylor el Calderero, a pesar de que vivía en la misma calle; pero la noche de la reunión, cuando regresaba a casa después de su último negocio, se le ocurrió pasar por la tienda para comprar manos de cerdo. No quedaban en ese momento, pero le prometieron que se las tendrían para el día siguiente. Mientras hacía el pedido, Taylor echó una mirada a la trastienda y vio a los invitados sentados en torno a la mesa, jugando a las cartas, bebiendo y disfrutando por cuenta de Donn. Se marchó a casa a dormir, y al salir a la mañana siguiente, se preguntó cómo acabaría aquella reunión. Pensó que no valía la pena entrar en la carnicería a recoger lo que había encargado, porque sin duda Donn y su hija estarían durmiendo aún, después de pasarse la noche de juerga. Sin embargo, al pasar por delante de la puerta vio que estaba abierta y oyó voces en el interior, a pesar de que los postigos de la tienda estaban cerrados. Llamó a la puerta del cuarto de estar y le abrieron.

—¡Bueno; vaya, vaya! —exclamó asombrado.

Anfitriones e invitados estaban sentados jugando a las cartas, fumando y charlando exactamente igual que los había dejado once horas antes. Aunque en la calle hacía dos horas que había amanecido, la luz de gas seguía ardiendo y las cortinas estaban echadas.

—¡Sí! —exclamó Arabella riendo—. Aquí seguimos igual. ¡Nos tenía que dar vergüenza! ¿A que sí? Pero es que estamos celebrando algo así como la inauguración, ¿comprende usted?, y nuestros amigos no tienen prisa. Entre, señor Taylor, y siéntese.

El calderero, o más bien chatarrero venido a menos, no se hizo de rogar, y entró y tomó asiento.

—Perderé un cuarto de hora, pero no importa —dijo—. ¡Bueno, realmente, no podía dar crédito a mis ojos cuando me he asomado! Parecía como si de repente me hubieran trasladado otra vez a la noche anterior.

—Y así es. Ponle de beber al señor Taylor.

Entonces se percató de que estaba sentada junto a Jude y de que lo tenía cogido por la cintura. El rostro de Jude, como los del resto de la concurrencia, mostraba a las claras que había estado bebiendo a más y mejor.

—Bueno, la verdad es que hemos estado esperando a que se hiciera hora —continuó ella con modestia y procurando que su semblante, enrojecido por el alcohol, simulara lo más posible el rubor de una doncella—. Jude y yo hemos decidido hacer las paces y atar otra vez lo que habíamos desatado, ya que nos hemos dado cuenta de que, después de todo, no podemos vivir el uno sin el otro. Así que hemos tenido la luminosa idea de sentarnos aquí hasta que se haga la hora para ir y casarnos inmediatamente.

Jude parecía no prestar demasiada atención a lo que ella estaba anunciando, ni a nada de lo que pasaba. La entrada de Taylor despabiló algo a los presentes, y todos siguieron sentados hasta que Arabella susurró a su padre:

—Bien, creo que ya podemos ir.

—¿Pero lo sabe el cura?

—Sí. Le dije anoche que seguramente iríamos entre las ocho y las nueve; porque por razones de decencia quería que lo hiciéramos lo más temprano y discreto posible; que se trataba de nuestro segundo matrimonio y que la gente se pondría a fisgar si se enteraba. Me dijo que era muy buena idea.

—Bueno: yo estoy preparado —dijo su padre, levantándose y estirándose.

—Bien, mi viejo amor —dijo Arabella a Jude—. Vamos; me lo has prometido.

—¿Cuándo te he prometido yo el qué? —preguntó él, a quien Arabella, con su especial sabiduría en cuestiones de este tipo, había emborrachado de suerte que ahora podía devolverle la sobriedad..., o la apariencia de sobriedad, ante los que no le conocían.

—¡Cómo! —dijo Arabella afectando consternación—. Me has prometido varias veces casarte conmigo, mientras estábamos sentados aquí esta noche. Estos señores, que te han oído, lo pueden decir.

—No lo recuerdo —dijo Jude con terquedad—. Solo hay una mujer...; ¡pero no quiero mencionarla en este Cafarnaún!

Arabella miró a su padre.

—Vamos, señor Fawley, sea decente —dijo Donn—. Usted y mi hija han estado viviendo aquí juntos tres o cuatro días, dando a entender que usted iba a casarse con ella. Naturalmente, yo no habría consentido semejante cosa en mi casa si llego a saber que usted se echaría atrás. Por su honor, ahora no tiene más remedio que dar ese paso.

—¡Haga el favor de dejar mi honor en paz! —exclamó Jude acaloradamente, poniéndose en pie—. ¡Antes me casaría con la P... de Babilonia a cometer un acto deshonesto! Eso no va por ti, querida. Solo es una figura retórica; como dicen los libros: una hipérbole.

—Ahórrese sus figuras cuando se encuentre entre amigos que le protegen —dijo Donn.

—Si he dado mi palabra de casarme con ella, como parece, aunque no tengo ni la más remota idea de cómo he venido a parar aquí, con ella me casaré; ¡y Dios me asista! Yo jamás he tratado de engañar a una mujer ni a nadie en este mundo. ¡No soy de los que quieren salvarse a costa de los más débiles!

—Venga; no hagas caso, cariño —dijo ella pegando su mejilla a la de él—. Sube, lávate la cara y arréglate; después iremos para allá. Haz las paces con mi padre.

Se dieron la mano. Jude subió y poco después bajó con aspecto aseado y tranquilo. Arabella se había arreglado también a toda prisa, y salieron acompañados por Donn.

—No se marchen —dijo Arabella a los invitados al salir—; le he encargado a la chica que prepare el desayuno mientras estamos fuera; cuando volvamos tomaremos alguna cosa. Una buena taza de té bien cargado les sentará bien, antes de irse a casa.

Cuando Arabella, Jude y Donn hubieron desaparecido, la asamblea de invitados comenzó a desperezarse y a despabilar, pasando a discutir la situación con gran interés. Taylor el Calderero, que era el más sobrio, razonaba con más lucidez:

—No es que quiera criticar a los amigos —dijo este—. ¡Pero se me antoja a mí una cosa rara eso de que una pareja se case por segunda vez! Si no se

entendieron la primera vez, cuando eran más blandos de mollera, menos se entenderán ahora, pienso yo.

—¿Crees que se casará por fin?

—Ha dado su palabra, así que se casarán.

—No lo van a poder hacer en seguida. Ni tienen licencia de matrimonio ni nada.

—Ella la tenía ya sacada. ¿No la has oído cuando se lo decía a su padre?

—Bueno —dijo Taylor el Calderero, volviendo a encender la pipa en la llama de gas—. Si la miramos en conjunto, de pies a cabeza, no está mal..., sobre todo a la luz de una vela. Claro que una moneda que lleva tiempo en circulación no va a estar lo mismo de nueva que una recién salida de la ceca. Pero para haber andado rodando unos cuantos años por los cuatro continentes, está más que pasable. Algo ajamonada, tal vez; pero a mí me gustan esas mujeres a las que no se las lleva el primer soplo de viento.

Los ojos de los presentes siguieron los movimientos de la muchachita que extendía sobre la mesa el mantel para el desayuno sin secar siquiera el vino que se había derramado. Descorrió después las cortinas y la casa adquirió un aire matinal. No obstante, algunos invitados se quedaron dormidos en sus sillas. Uno o dos salieron a asomarse a la puerta y miraron calle arriba más de una vez. Taylor el Calderero, que era el que iba delante, entró al cabo de un rato con el semblante excitado.

—¡Diablos, ahí vienen! ¡Me parece que se han casado por fin!

—¡No! —dijo el Tío Joe entrando tras él—. Apuesto a que el muchacho se ha echado atrás en el último momento. ¡Vienen con una cara muy rara, y es por eso!

Aguardaron en silencio, hasta que oyeron que la comitiva de la boda entraba en la casa. Arabella entró ruidosamente delante de todos; su semblante mostraba bien a las claras que su estratagema había dado resultado.

—Supongo que ya eres la señora Fawley, ¿no? —dijo Taylor el Calderero con una cortesía burlona.

—Pues claro. La señora Fawley otra vez —replicó Arabella suavemente, quitándose el guante y mostrando su mano izquierda—. Aquí está el candado, mire... Bueno, ha sido un hombre amable y caballeroso. Dijo el cura. Me ha dicho muy bajito como un niño, cuando todo ha terminado: «Señora Fawley, la felicito de todo corazón —dice—. Porque lo cierto es que he oído contar su historia y la de su marido, y creo que han hecho lo que era justo y de razón. Y estoy convencido de que el mundo sabrá perdonarles ahora sus pasados errores, a usted como esposa y a él como marido —dice—; lo mismo que

ustedes se los han perdonado mutuamente». Sí: ha sido un hombre muy amable y caballeroso. «La Iglesia no reconoce el divorcio en su dogma, hablando estrictamente —dice—, y tenga siempre presente las palabras de los Santos Oficios: Lo que Dios ha atado, ningún hombre puede desatar». Sí: ha sido un hombre muy amable y caballeroso... ¡Pero, Jude, cariño, tenías una pinta como para morirse de risa! Ibas tan tieso y envarado que parecía que estabas haciendo de aprendiz de juez; bueno, al verte manotear buscando mi dedo me di cuenta de que estabas viendo doble.

—Dije que haría cualquier cosa para... salvar la honra de una mujer —murmuró Jude—. ¡Y lo he hecho!

—Bueno, mi viejo amor; ven a desayunar.

—Quiero... un poco... más de whisky —dijo Jude, impasible.

—¡Qué tontería, cariño! ¡Ahora no! No queda ya. El té nos despejará la cabeza y nos dejará frescos como lechugas.

—Está bien. Me..., me he casado contigo. Ella decía que debía casarme contigo otra vez, y al final lo he hecho. ¡Esa es la verdadera religión! ¡Ja, ja, ja!

VI. 8.

Pasó la fecha de San Miguel, y Jude y su mujer, que habían vivido una temporada en casa del padre después de sus segundas nupcias, alquilaron el ático de un edificio más próximo al centro de la ciudad.

Él había trabajado unos días tan solo en los dos o tres meses que siguieron a la boda; pero su salud no había sido buena, y ahora se resentía. Estaba sentado en una silla frente a la chimenea y tosía mucho.

—¡Vaya una ganga que me ha caído por tomarme el trabajo de casarme contigo otra vez! —le decía Arabella—. Tendré que hacerme cargo de ti definitivamente, ¡eso es! Tendré que ponerme a hacer morcillas y salchichas y venderlas por las calles; y todo para mantener a un marido inválido con el que no tenía por qué cargar. ¿Por qué no te cuidaste la salud? ¡Bien sano que estabas cuando la boda!

—¡Ah, sí! —dijo él riendo con acritud—. Hace un momento me estaba acordando de lo tonto y sentimental que me puse cuando matamos aquel cerdo tú y yo, en tiempos de nuestro primer matrimonio. Creo que ahora, el mayor acto de misericordia que se podría tener conmigo sería hacerme el favor que yo le hice al animal.

Esa era la clase de conversación que los dos solían tener a diario. El patrón de la casa, que había oído por ahí que eran una pareja extraña, pensó que no estaban realmente casados, sobre todo desde que sorprendió a Arabella besando a Jude una noche en que ella había tomado un pequeño cordial. Había decidido decirles que se marcharan de su casa, cuando una noche la oyó por casualidad cómo increpaba a Jude con aspereza arrojándole finalmente un zapato a la cabeza, por donde reconoció el sello genuino del matrimonio; así que dedujo que debía de ser un matrimonio respetable y no les dijo nada.

Jude no mejoraba y un día, después de pensarlo mucho, le pidió a Arabella que le hiciese un encargo. Ella preguntó con indiferencia qué quería.

—Que le escribas a Sue.

—Pero, qué demonios... ¿para qué quieres que le escriba?

—Para preguntarle qué tal está y si puede venir a verme..., porque estoy enfermo y me gustaría verla... otra vez.

—¡Es una ofensa pedirle semejante cosa a tu legítima esposa!

—Te lo pido precisamente para no faltarte. Tú sabes que yo quiero a Sue. No tengo ganas de empezar con disimulos...; el hecho es ese: yo la quiero. Podría encontrar docenas de maneras de mandarle una carta sin que te enteraras. Pero quiero ser absolutamente claro contigo y con el marido de ella. Un mensaje tuyo pidiéndole que venga estará fuera de cualquier asomo de intriga. Si ella conserva aún algo de su antigua naturaleza, vendrá.

—¡No tienes ningún respeto por el matrimonio, ni por sus derechos y deberes!

—¡Qué tienen que ver ahora las opiniones mías..., de un desdichado como yo! ¿Qué puede importarle a nadie quién viene a verme durante media hora, cuando estoy con un pie en el otro mundo?... ¡Vamos, escríbele, por favor, Arabella! —suplicó—. ¡Págame mi candidez con un poco de generosidad!

—¡Eso sí que no!

—¡Solo por una vez..., por favor! —Se daba cuenta de que su debilidad física le había despojado de toda dignidad.

—¿Para qué quieres que sepa ella cómo te encuentras? Ella no quiere verte. ¡Es como la rata que huye del barco que se hunde!

—¡No, no!

—Y yo, en cambio, me embarco en él... ¡Idiota que soy! ¡Esa no es más que una cualquiera!

No bien terminó de pronunciar estas palabras, saltó Jude de su asiento y

antes de que Arabella se diese cuenta, la arrojó de espaldas sobre un catre que allí había y le puso la rodilla encima.

—Di otra palabra así —susurró—, y te mato... ¡aquí mismo! Saldría ganando en todo, incluso en caso de que me costara la vida. ¡Así que no pienses que te amenazo en vano!

—¿Qué quieres de mí? —jadeó Arabella.

—Prométeme que no hablarás nunca más de ella.

—Muy bien. Lo prometo.

—Te tomo la palabra —dijo él con desprecio, mientras la soltaba—. Aunque no sé si tu palabra tiene valor alguno.

—¡No podías matar el cerdo, pero a mí sí!

—¡Ah..., ya me has pillado! No..., no sería capaz de matarte... ni aun en un arrebató. ¡No te rías!

Entonces empezó a toser y al verle derrumbarse mortalmente pálido, le miró como calculando el tiempo que le quedaba de vida.

—Le escribiré que venga —murmuró Arabella—, si consientes que esté yo delante todo el tiempo que ella permanezca aquí.

El lado más blando de la naturaleza de Jude, que era su deseo de ver a Sue, le impidió rechazar el ofrecimiento incluso ahora, provocado como había sido, y replicó sin aliento:

—Sí, de acuerdo. ¡Pídele que venga!

Por la noche le preguntó si había escrito.

—Sí —dijo—; le he escrito contándole que estás enfermo y pidiéndole que venga mañana o pasado. Pero aún no he echado la carta.

Al día siguiente, Jude se preguntó si la habría echado por fin, pero no le dijo nada; y la insensata Esperanza, que se alimenta tan solo de migajas, le tenía ansioso y expectante. Sabía las horas de los posibles trenes y estaba atento a cualquier ruido por si era ella.

No fue; sin embargo, Jude no volvió a hablar del asunto con Arabella. Esperó y aguardó durante todo el día siguiente; pero Sue no apareció ni envió nota alguna en respuesta. Entonces concluyó Jude en su fuero interno que Arabella no había llegado a echar la carta, si es que la había escrito. Había algo en su manera de comportarse que la delataba. La debilidad de él era tan grande que se deshacía en lágrimas cuando ella no estaba presente. De hecho, sus sospechas eran fundadas. Arabella consideraba, igual que algunas enfermeras, que tu deber para con tu paciente consiste en tranquilizarle cuanto

antes y como sea, sin tener en cuenta qué es lo que quiere.

No volvió a decirle una palabra más sobre su petición ni sobre lo que pensaba. Una resolución sorda, inconfesada, fue arraigando en él confiriéndole, si no fuerza, sí al menos firmeza y calma. Un mediodía, Arabella, después de haberse ausentado durante un par de horas, entró en la habitación y encontró la silla vacía.

Se dejó caer en la cama, y allí sentada se puso a reflexionar: «¡Bueno! —se dijo—, ¿dónde se habrá metido este hombre?».

Durante toda la mañana había estado cayendo un fuerte aguacero del nordeste con más o menos intermitencia, y al ver desde la ventana el agua que soltaban los canalones, le pareció increíble que se hubiese aventurado a salir enfermo como estaba, exponiéndose casi a una muerte segura. Sin embargo, Arabella se sentía íntimamente convencida de que había salido, lo que pudo confirmar al registrar toda la casa.

—¡Si ha hecho esa idiotez, peor para él! —se dijo—. Yo ya no puedo hacer más.

En ese momento se hallaba Jude en un tren que estaba a punto de llegar a Alfredston; iba fajado de una manera grotesca, pálido como una figura de alabastro y llamando poderosamente la atención de los demás pasajeros. Una hora después, su delgada figura envuelta en un abrigo largo y una manta que había traído consigo, pero sin paraguas, se recortaba cuesta arriba por la carretera de Marygreen, a unos ocho kilómetros del lugar. Su rostro reflejaba una firme determinación, que era lo único que podía sostenerle, aunque contara con los dolorosos cimientos de la debilidad. Al coronar la cuesta estaba reventado, pero apretó el paso; y a las tres y media de la tarde se encontraba junto al conocido pozo de Marygreen. La lluvia seguía sin dejar salir a nadie de casa; Jude cruzó el prado en dirección a la iglesia sin cruzarse con nadie, y encontró la puerta abierta. Se detuvo y miró hacia la escuela, de donde provenía un rumor de canciones que entonaban unas vocecillas que aún no habían aprendido los gemidos de la Creación.

Esperó hasta que vio salir a un pequeño de la escuela, al que habían dejado salir antes de la hora por alguna razón. Jude le hizo una seña con la mano y el niño se acercó.

—Por favor, ve a casa del maestro y dile a la señora Phillotson si es tan amable de venir un momento a la iglesia.

Partió el niño, y Jude le oyó llamar a la puerta de la casa. Entonces se metió en la iglesia. Todo estaba flamante, excepto algunas esculturas salvadas de las ruinas del antiguo templo, ahora instaladas en los muros nuevos. Se quedó junto a ellas; se le antojaban antepasados suyos y de Sue muertos en ese

lugar.

Resonó en la entrada un leve ruido de pasos que casi se confundía con el gotear del agua, y Jude se volvió en redondo.

—¡Oh, no sabía que eras tú! ¡Yo no... oh, Jude! —Dio un respingo histérico y acabó en una serie de resoplidos. Jude dio un paso hacia ella, pero Sue reaccionó rápidamente y retrocedió.

—¡No te vayas!... ¡No te vayas! —suplicó él—. ¡Es la última vez! Pensé que sería menos indiscreto venir aquí que ir a tu casa. Y no volveré nunca más. No seas tan despiadada. ¡Sue, Sue!, ¡estamos obrando según la letra y «la letra mata»!

—¡Me quedaré..., no quiero ser descortés! —dijo ella con los labios temblorosos y los ojos inundados de lágrimas, dejando que él se acercara—. Pero ¿por qué has venido, por qué has hecho este disparate, después de haber obrado tan bien como has obrado?

—¿Qué es lo que he hecho yo bien?

—Casarte otra vez con Arabella. Salió en el periódico de Alfredston. Ella no ha pertenecido nunca a otro más que a ti, Jude... hablando en rigor. Por eso has hecho bien, ¡y muy bien!, al reconocerlo y tomarla otra vez por esposa.

—¡Dios! ...; ¡haber venido aquí para oír esto! ¡Lo más degradante, inmoral y antinatural que he hecho yo en mi vida es este sucio contrato con Arabella que han dado todos en calificar de justo! ¡Y tú también...; tú te llamas a ti misma esposa de Phillotson! ¡Su esposa! Tú eres mía.

—¡No me obligues a dejarte plantado, no puedo aguantar mucho! Pero sobre esta cuestión estoy decidida.

—¡No puedo comprender cómo lo hiciste..., cómo te pasó eso por la cabeza...; no lo entiendo!

—Eso no importa. Él es un marido amable conmigo... Y yo..., yo he luchado, y me he esforzado, y he ayunado, y he rezado. He llegado a someter mi cuerpo casi por completo. Y tú no debes, no debes... despertar...

—¡Qué chiquilla más boba eres! Ahora mismo me pondría a discutir contigo, si no supiera que una mujer en tu estado espiritual es incapaz de razonar. ¿O estás tratando solo de engañarte a ti misma, como suelen hacer muchas mujeres en estas cosas, y no crees realmente en lo que pretendes hacer ver, y lo haces únicamente para permitirte el lujo de sentir emoción ante una creencia simulada?

—¡Lujo! ¡Cómo puedes ser tan cruel!

—¡Mi pobre amor, triste y desventurada sombra melancólica de la más

prometedora inteligencia que he conocido jamás! ¿Qué ha sido de tu desprecio por los convencionalismos? ¡Hubiera querido morir sin doblegarme!

—¡Me estás faltando, casi me estás insultando, Jude! ¡Vete, no quiero verte! —Se volvió bruscamente.

—Me iré. No vendré a verte ya más, ni aun si tuviera fuerzas para ello, cosa que no volveré a tener. Sue, Sue, ¡no eres digna del amor de un hombre!

El pecho de Sue comenzó a bajar y a subir con agitación.

—¡No puedo soportar que me digas eso! —exclamó, y después de mirarle un momento, se volvió impulsivamente hacia él—. ¡No, no me desprecies! ¡Bésame, bésame montones de veces y dime que no soy cobarde ni farsante..., no puedo soportarlo! —se echó en brazos de Jude, y con la boca pegada a la suya, prosiguió—: ¡Debo decírtelo..., tengo que decírtelo..., mi amor! No ha sido... no ha sido más que una ceremonia matrimonial..., ¡un simulacro de boda, quiero decir! ¡Lo propuso él justo desde el principio!

—¿Cómo?

—Quiero decir que estamos casados nominalmente nada más. ¡Entre nosotros no ha habido nada en absoluto desde que he vuelto con él!

—¡Sue! —dijo. Y apretándola contra su pecho, maceró sus labios a besos—. ¡Si la desdicha puede llegar a rozar la felicidad, acabo de tener un momento feliz! Ahora, en nombre de todo lo que consideras más sagrado, dime la verdad y no me mientas. ¿Me quieres aún?

—¡Claro! ¡De sobra lo sabes!... ¡Pero no debo hacer esto!... ¡Yo no puedo devolverte los besos como quisiera!

—¡Hazlo!

—Sin embargo, ¡cuánto te quiero! ..., y qué cara de enfermo tienes...

—¡Tú también! ¡Uno más, por la memoria de nuestros hijitos muertos..., tuyos y míos!

Estas palabras la hirieron como un golpe y dobló la cabeza.

—¡No debo..., no puedo seguir así! —jadeó—. Pero toma, toma mi vida; te devuelvo tus besos; ¡te los devuelvo, te los devuelvo!... ¡Y ahora me odiaré a mí misma para siempre por este pecado!

—No..., deja que te suplique por última vez. ¡Escucha! Los dos hemos vuelto a casarnos de una manera disparatada. A mí me emborracharon para llevarme ante el cura. Y a ti te pasó lo mismo. Yo estaba borracho de bebida y tú, de religión. Las dos formas de embriaguez hacen que se emboten los más nobles ideales... ¡Arrojemos a un lado nuestros errores y huyamos juntos!

—¡No; te repito que no!... ¡Por qué me tientas de esa manera, Jude! ¡Es demasiado cruel!... Pero ya me he sobrepuesto. No me sigas..., no me mires. ¡Déjame, por compasión!

Echó a correr hacia el extremo oriental de la iglesia, y Jude hizo lo que le pedía. No volvió la cabeza, sino que recogió su manta, que ella no había visto, y salió sin más. Cuando pasaba por la esquina de la iglesia, Sue oyó su tos mezclada con el ruido de la lluvia que golpeaba la ventana y, en un último arranque de afecto humano que no pudo reprimir, echó a correr como para acudir en su auxilio. Pero cayó nuevamente de rodillas, se tapó los oídos con las manos, y solo se los destapó cuando comprendió que no podía oírle.

Jude se encontraba en ese momento en el extremo del prado del que arrancaba un sendero que cruzaba los campos en los que solía ahuyentar grajos de chiquillo. Se volvió y miró una sola vez hacia el templo donde todavía se encontraba Sue; luego prosiguió su camino, con la certeza de que nunca más volvería a ver este escenario.

Hay ciertos sitios especialmente fríos en el alto y el bajo Wessex en otoño e invierno; pero el más frío de todos, cuando sopla el viento del norte o del este, es la cima del cerro de la Casa Marrón, donde la carretera de Alfredston se cruza con la antigua calzada. Ahí es donde caen las primeras escarchas y las primeras nieves, y en donde más tarda en deshacerse el hielo en primavera. Por allí siguió Jude su camino, mordido por el viento y la lluvia del nordeste, calado hasta los huesos, con una marcha lenta que era insuficiente para entrar en calor debido a la falta de sus antiguas fuerzas. Se dirigió al mojón, extendió la manta y se echó a descansar bajo la lluvia. Antes de proseguir palpó la parte trasera de la piedra buscando su propia inscripción. Aún estaba; aunque casi cubierta de musgo. Pasó por delante del sitio donde en otro tiempo se había alzado la horca de su antepasado y el de Sue, y descendió la cuesta.

Era de noche cuando llegó a Alfredston; allí tomó una taza de té, porque el frío que comenzaba a apoderarse de sus huesos era excesivo para poderlo soportar en ayunas. Para volver a casa tuvo que coger un tranvía de vapor y dos trenes, además de una larga espera en uno de los trasbordos. No llegó a Christminster hasta las diez.

VI. 9.

En el andén le esperaba Arabella. Le miró de pies a cabeza.

—¿Conque has ido a verla? —preguntó.

—He ido, sí —dijo Jude, temblando literalmente de frío y de cansancio.

—Bueno, será mejor que nos vayamos a casa.

A Jude le chorreaba el agua al andar y se veía obligado a apoyarse en la pared cada vez que le daba un acceso de tos.

—Te la has buscado buena, muchacho —dijo Arabella—. No sé si te das cuenta.

—Claro que me la doy. Esa era mi intención.

—¿Cómo... suicidarte?

—Exactamente.

—¡Pues sí que...! Matarse por una mujer.

—Escúchame, Arabella. Tú te consideras más fuerte y físicamente lo eres, desde luego. Podrías cogermelo y levantarme como si fuera un pelele. Al final no mandaste la carta el otro día y no me enfadé por tu conducta. Pero en otras cosas no soy tan débil como tú crees. Decidí que un hombre recluido en su habitación por una inflamación de pecho, un hombre al que solo le quedan dos deseos que cumplir en este mundo, ver a una mujer y luego morir, podía perfectamente realizarlos de una vez emprendiendo un viaje bajo la lluvia. Es lo que he hecho. La he visto por última vez, y he acabado conmigo..., ¡he puesto punto final a una vida febril que no debía haber empezado jamás!

—¡Dios..., qué trágico te pones! ¿Quieres tomar algo caliente?

—No, gracias. Vamos a casa.

Siguieron andando junto a los colegios silenciosos, y Jude se detenía a cada momento.

—¿Qué miras?

—Fantasías tontas. En este último paseo mío veo otra vez, en cierto modo, a esos espíritus de los muertos; ¡son los mismos que vi la primera vez que pasé por aquí!

—¡Qué tipo más raro eres!

—Parece que los estoy viendo, y casi oigo el susurro de sus pasos. Pero ya no los venero como antes. No creo ni en la mitad. Los teólogos, los apologistas y sus parientes los metafísicos, los estadistas despóticos y demás, han dejado de interesarme. ¡Todo me lo ha triturado la espantosa muela de la realidad!

La expresión cadavérica del semblante de Jude bajo la luz mojada de los faroles parecía reflejar efectivamente la visión de esas gentes en las calles desiertas. Unas veces se detenía ante un pórtico como si viese salir a alguien; otras miraba hacia una ventana como si distinguiera una cara familiar tras los

cristales. Parecía oír voces cuyas palabras repetía como tratando de desentrañar su sentido.

—¡Se están riendo de mí!

—¿Quiénes?

—¡Bueno..., estaba hablando conmigo mismo! Los fantasmas que hay por aquí, en las entradas de los colegios y en los ventanales. Antes parecían benevolentes, particularmente Addison y Gibbon, y Johnson, y el doctor Browne, y el obispo Ken...

—¡Venga, venga! ¡Fantasmas! ¡Por aquí no hay ni vivos ni muertos, quitando a esos malditos policías! Nunca había visto las calles tan vacías.

—¡Imagina! ¡El Poeta de la Libertad solía pasear por aquí; y el gran Disecador de la Melancolía por allá!

—¡Deja de hablar de esas cosas! Me aburre.

—Walter Raleigh me está haciendo señas desde aquel callejón; y Wycliffe, Harvey, Hooker, Arnold y toda una multitud de espectros de la Iglesia tractariana.

—¡Te digo que no quiero saber sus nombres! ¿Qué me importan a mí los que ya están muertos y enterrados? ¡Palabra: estás más en tus cabales cuando llevas unas cuantas copas en el cuerpo que cuando no!

—Tengo que descansar un momento —dijo él, y se agarró a la verja midiendo con la vista la altura de la fachada del colegio—. Este es el antiguo Rubric; y aquel el Sarcophagus; y en ese callejón están el Crozier y el Tudor; y bajando por ahí está el Cardinal con su inmensa fachada y sus ventanas de cejas levantadas que muestran la cortés sorpresa de la Universidad ante esfuerzos como los míos.

—¡Vamos; te invito a comer!

—Muy bien. Eso me ayudará a volver a casa, porque siento como si el frío de la niebla que sube desde el campo del Cardinal fuese como las garras de la muerte clavándoseme en la carne. Como decía Antígona, no vivo ni entre los hombres ni entre los espectros. Pero Arabella, cuando haya muerto, verás mi espíritu deambulando arriba y abajo por aquí, ¡entre los demás!

—¡Bah! Después de todo no vas a morirte. Eres un hueso duro de roer, muchacho.

Era de noche en Marygreen y la lluvia de la tarde no daba muestras de amainar. Hacia la misma hora en que Jude y Arabella recorrían las calles de Christminster camino de casa, la viuda Edlin cruzó el prado y abrió la puerta trasera de la casa del maestro, cosa que hacía a menudo antes de irse a dormir

para ayudar a Sue en las tareas domésticas.

Sue andaba como atontada por la cocina, ya que no era buena ama de casa, a pesar del empeño que ponía, y le impacientaban los detalles domésticos.

—¡Ay, Señor, por qué te pones a hacer todo eso tú sola, cuando vengo yo aposta para eso! ¡De sobra sabías que vendría!

—¡Oh..., no sé..., se me fue de la cabeza! No, no se me fue de la cabeza. Lo he hecho para disciplinarme. He estado fregando la escalera desde las ocho. Debo practicar mis deberes de ama de casa. ¡Los he descuidado de una manera imperdonable!

—¿Y qué necesidad tienes de ello? Él conseguirá una escuela mejor y puede que con el tiempo se haga pastor, y tú podrás tener dos criadas. Es una pena que echas a perder unas manos tan preciosas.

—No me hable usted de mis manos preciosas, señora Edlin. ¡Esta preciosidad de cuerpo que tengo me ha acarreado ya mi propia ruina!

—¡Bah!... Pero ¿es que tienes alguna clase de cuerpo, vamos a ver? Más bien me haces pensar en un espíritu. Pero esta noche noto algo raro, querida. ¿Tienes al marido de mal humor?

—No. Nunca está de mal humor. Se ha ido a acostar temprano.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No se lo puedo decir. Hoy he hecho algo malo. Y quiero arrancarlo de mí... Bueno, le diré que Jude ha estado aquí esta tarde y me he dado cuenta de que aún le quiero. ¡Oh, qué vergüenza! No puedo decirle más.

—¡Ah! —dijo la viuda—. ¡Ya te dije yo lo que pasaría!

—¡Pero eso no puede ser! No le he dicho nada a mi marido de su visita; no hay ninguna necesidad de inquietarle porque no tengo intención de ver a Jude nunca más. Pero voy a poner en paz mi conciencia en lo que respecta a Richard..., imponiéndome una penitencia: la última que me cabe. ¡Es mi deber!

—Yo no lo haría, puesto que él consiente en lo otro y la cosa ha ido bien durante estos tres meses.

—Sí; él se aviene a vivir como yo quiera, pero comprendo que es algo que no debo exigirle. No debía haberlo aceptado. El remedio va a ser terrible..., pero debo ser más justa con él. ¡Por qué seré tan poco valerosa!

—¿Qué es lo que no te gusta de él? —preguntó la señora Edlin con curiosidad.

—No se lo puedo decir. Es algo... no se lo puedo decir. Lo triste del caso

es que nadie lo admitiría como una razón suficiente para sentir lo que siento yo; así que no tengo excusa posible.

—¿Le dijiste a Jude alguna vez qué era?

—Nunca.

—Yo he oído contar cosas extrañas sobre maridos en mis tiempos —comentó la viuda en voz baja—. Dicen que cuando andaban los santos por el mundo, los demonios solían tomar la forma de los maridos por las noches y causaban a las pobres mujeres toda clase de sinsabores. Pero no sé por qué me ha venido eso a la cabeza, porque no es más que un cuento chino... ¡Qué viento y qué lluvia tenemos esta noche! Bueno, no tengas tanta prisa en cambiar las cosas, querida. Piénsatelo.

—¡No, no! Me he forzado lo que he podido para tratarle con más amabilidad, y tiene que ser ahora..., inmediatamente..., ¡antes de que pierda el valor!

—Yo creo que no deberías sacrificar tu forma de ser. Eso no se le debe pedir a ninguna mujer.

—Es mi deber. ¡Apuraré mi cáliz hasta las heces!

Media hora más tarde, cuando la señora Edlin se puso el sombrero y el chal para irse, Sue se sintió presa de un vago terror.

—No, no... no se marche, señora Edlin —imploró con los ojos abiertos, sin parar de lanzar vivas y nerviosas miradas por encima de su hombro.

—Pero es hora de acostarse, criatura.

—Sí, pero... hay una habitación libre..., la que tenía yo. Está completamente arreglada. ¡Quédese, por favor, señora Edlin!... La voy a necesitar mañana por la mañana.

—Bueno..., a mí no me importa, si ese es tu deseo. No les va a pasar nada a mis cuatro paredes porque vaya o deje de ir.

Así pues, echó Sue el cerrojo y subieron juntas las escaleras.

—Aguarde aquí, señora Edlin —dijo Sue—. Entraré en mi habitación un momento para arreglarme.

Dejó a la viuda en el pasillo y entró en la alcoba que había sido exclusivamente suya desde que llegara a Marygreen; cerró la puerta y se arrodilló junto a la cama durante un minuto o dos. Luego se levantó, y tomando su camisón de debajo de la almohada, se desvistió y salió a reunirse con la señora Edlin. En la habitación de enfrente se oía roncar a un hombre. Le dio las buenas noches a la señora Edlin y la viuda entró en la habitación que

Sue acababa de dejar libre.

Sue fue a abrir la puerta del otro dormitorio, pero invadida por un desfallecimiento, se dejó resbalar hasta el umbral. Se levantó de nuevo, entreabrió la puerta, y dijo:

—Richard.

Se estremeció visiblemente al oír su propia voz.

Los ronquidos cesaron por completo durante unos momentos, pero él no respondió. Sue pareció sentirse aliviada y llamó atropelladamente en la alcoba de la señora Edlin.

—¿Está acostada ya, señora Edlin? —preguntó.

—No, querida —dijo la viuda abriendo la puerta—. Soy vieja y tardo bastante en desvestirme; aún no me he desatado el lazo de la falda.

—¡No... no le oigo! A lo mejor..., a lo mejor...

—¿Qué, criatura?

—¡A lo mejor se ha muerto! —jadeó—. ¡Y entonces yo estaría libre, y podría irme con Jude!... ¡Ay..., no..., me había olvidado de ella... y de Dios!

—Vamos a escuchar. No... está roncando otra vez. Pero la lluvia y el viento arrecian de tal manera que apenas se oye nada.

Sue se retiró de nuevo arrastrando los pies.

—¡Señora Edlin, buenas noches nuevamente! Siento mucho haberla hecho salir. —La viuda se retiró por segunda vez.

La tensa y resignada expresión volvió al rostro de Sue cuando volvió a quedarse sola.

—¡Tengo que hacerlo, tengo que hacerlo! ¡Debo apurar las heces! —murmuró—. ¡Richard! —dijo de nuevo.

—¿Eh..., qué? ¿Eres tú, Susanna?

—Sí.

—¿Qué quieres? ¿Ocurre algo? Aguarda un momento. —Se puso algunas ropas encima y salió a la puerta—. ¿Sí?

—Cuando vivíamos en Shaston preferí saltar por la ventana antes que dejar que te acercaras a mí. Nunca he hecho nada para desagraciarte hasta ahora: he venido a pedirte perdón por ello y a rogarte que me dejes entrar.

—A ver si consideras que solo es un deber. Yo no quiero que vengas en contra de tus sentimientos, ya te lo he dicho.

—De todos modos, te pido que me dejes entrar. —Esperó un momento, y repitió—: ¡Déjame entrar, te lo suplico! He caído en el error, incluso hoy mismo. He abusado de mis derechos. No tenía intención de decírtelo, pero seguramente mi deber es hacerlo. He pecado contra ti esta tarde.

—¿Cómo?

—¡He visto a Jude! No sabía que iba a venir. Y...

—¿Y bien?

—Le he besado y le he dejado que me besara.

—¡Vaya... la historia de siempre!

—Richard, ¡yo no sabía que nos íbamos a besar hasta que lo hicimos!

—¿Cuántas veces?

—Muchas. No lo sé. Me siento horrorizada al acordarme y lo menos que puedo hacer después de eso es venir a ti.

—Bueno..., me parece muy mal, ¡después de lo que he hecho por ti! ¿No tienes nada más que confesar?

—No.

Sue intentó decirle también: «Le he llamado mi amor», pero toda mujer arrepentida se calla siempre algo, y ella se guardó esa parte de la entrevista. Y prosiguió:

—No voy a volver a verle nunca más. Me habló de algunas cosas del pasado y eso fue superior a mis fuerzas. Me habló de... los niños... Pero ya te dije que me alegro, que casi me alegro, mejor dicho, de que hayan muerto, Richard. ¡Así queda borrada toda esa parte de mi vida!

—Vamos a ver..., sobre eso de no volver a verle más en la vida; ¿de veras tienes esa intención? —El tono de Phillotson dejaba traslucir que los tres meses que llevaba de segundo matrimonio con Sue no habían sido tan satisfactorios como su magnanimidad o su paciencia amatoria había hecho suponer.

—¡Sí, sí!

—¿Serías capaz de jurarlo sobre el Nuevo Testamento?

—Sí.

Phillotson entró en la habitación y sacó un pequeño ejemplar marrón de los Evangelios.

—Di ahora: ¡Pongo a Dios por testigo!

Sue juró.

—¡Muy bien!

—Ahora te lo suplico, Richard: déjame entrar. Eres el único a quien pertenezco y a quien deseo honrar y obedecer como he prometido.

—Piénsalo bien. Ya sabes lo que eso significa. Tenerte de nuevo en casa es una cosa, y esto es otra. Así que piénsalo.

—Ya lo he pensado... ¡y quiero entrar!

—Eso se llama ser complaciente..., y puede que tengas razón. Con un amante rondando a tu alrededor, lo mejor es que termines de consumir un matrimonio a medias. Pero repito mi advertencia por tercera y última vez.

—¡Ya te he dicho mi deseo!... ¡Oh, Dios mío!

—¿Por qué dices «oh, Dios mío»?

—¡No lo sé!

—¡Sí lo sabes! Pero... —Contempló con gesto sombrío su figura delgada y endeble, encogida ante él, envuelta en sus ropas de dormir—. Bien, ya había pensado yo que la cosa podía acabar así —dijo un momento después—. No te debo nada después de lo que me has contado; pero te dejo entrar bajo tu palabra y te perdono.

La rodeó con su brazo para ayudarla a levantarse. Sue hizo un gesto instintivo de retroceder.

—¿Qué pasa? —preguntó él, hablando por primera vez con sequedad—. ¿Todavía me tienes aversión?... ¡Igual que antes! —No, Richard; yo... yo... no pensaba...

—¿De veras quieres entrar?

—Sí.

—¿Tienes presente lo que esto significa?

—Sí. Es mi deber.

Phillotson colocó la palmatoria sobre la cómoda, la hizo pasar adentro y cogiéndola en brazos, la besó. Una sombra de aversión cruzó por el semblante de Sue, pero apretó los dientes y logró reprimir el grito.

Entretanto, la señora Edlin se había desvestido y estaba a punto de meterse en la cama, cuando se dijo a sí misma:

—¡Ah!..., tal vez sea mejor que vaya a ver si esa criatura se encuentra bien. ¡Cómo arrecia el viento y la lluvia!

La viuda salió al pasillo y vio que Sue había desaparecido.

—¡Ah! ¡Pobre chiquilla! Hoy en día las bodas parecen funerales. ¡Cincuenta y cinco años hace que nos casamos mi marido y yo! ¡Lo que han cambiado los tiempos desde entonces!

VI. 10.

A pesar suyo, Jude se recuperó algo y trabajó en su oficio durante varias semanas. Pero después de Navidad volvió a recaer.

Con el dinero que había ganado trasladó su domicilio a un barrio aún más céntrico de la ciudad. Pero Arabella se daba cuenta de que probablemente no podría seguir trabajando mucho tiempo más, y estaba bastante disgustada por el cariz que habían tomado las cosas desde que se habían casado de nuevo.

—¡Que me ahorquen si no has andado tú más listo en esta última jugada! —decía—. ¡Te has hecho con una enfermera gratis solo con casarte conmigo!

Jude permanecía absolutamente indiferente a lo que ella decía y a menudo tomaba sus insultos por el lado humorístico. Otras veces se sentía de peor humor y, postrado en su lecho, pensaba en el fracaso de sus proyectos juveniles.

—Todos los hombres tienen aptitud para alguna cosa —se decía—. Y yo no he sido nunca lo bastante fuerte para el oficio de picapedrero; sobre todo para la sillería. Acarrear bloques de piedra me ha dejado siempre rendido; y si son las corrientes de aire, cuando he tenido que trabajar en edificios que aún no tenían colocadas las puertas y ventanas, me han hecho coger mis buenos resfriados. Creo que así es como me empezó este mal de dentro. Pero hay algo para lo que yo hubiera servido, de haber tenido oportunidad. Podía asimilar ideas y transmitir las a otros. Me pregunto si los fundadores serían espiritualmente como yo: individuos que solo servían para eso... He oído decir que no tardarán en ponerse mejor las cosas para los estudiantes sin recursos, como era mi caso. Hay proyectos en marcha para que la Universidad sea más asequible y extienda su influencia. No estoy muy al corriente. ¡Pero es demasiado tarde para mí! ¡Ah, y para muchos otros que me han precedido y que valían más que yo!

—¡Aún sigues rumiando esas cosas! —decía Arabella—. Yo creía que a estas alturas ya se te habría quitado esa chifladura por los libros. Desde luego, ya se te habría ido si tuvieras un poco de cabeza. Pero eres tan tonto como cuando nos casamos la primera vez.

En una ocasión en que él monologaba en estos términos la llamó «Sue» sin darse cuenta.

—¡Te agradecería que tuvieras en cuenta con quién estás hablando! — exclamó Arabella, indignada—. Llamar a una respetable mujer casada por el nombre de esa... —Se acordó a tiempo y él no llegó a captar el epíteto.

Pero el tiempo pasaba; y viendo el cariz que tomaban las cosas y comprendiendo cuán poco tenía que temer de la rivalidad de Sue, tuvo un rasgo de generosidad.

—Supongo que te gustaría ver a tu... Sue, ¿no? Bueno, no me importa que venga. Puedes tenerla aquí, si quieres.

—No quiero volver a verla.

—Vaya... ¡eso sí que es cambiar!

—Ni quiero que le digas nada de mí..., ni que estoy enfermo ni nada. Ella ha elegido su vida. ¡Déjala!

Un día recibió Jude una sorpresa. La señora Edlin fue a verle exclusivamente por cuenta suya. La mujer de Jude, a la que ahora le tenía sin cuidado la dirección que pudieran tomar sus sentimientos, salió de casa dejando a la anciana sola con Jude. Él le preguntó de forma impulsiva cómo estaba Sue; pero luego dijo bruscamente, al recordar lo que ella le había dicho:

—Supongo que seguirán siendo marido y mujer nominalmente nada más, ¿no?

La señora Edlin vaciló.

—Bueno, no... Ahora es distinto. Ha empezado ella, hace poco... por su propia voluntad.

—¿Cuándo empezó? —preguntó Jude vivamente.

—La noche del mismo día que estuviste tú. Se lo impuso a sí misma como penitencia, la pobre. Él no quería, pero ella insistió.

—¡Sue, Sue, mi pobre tonta..., esto es más de lo que puedo soportar!... Señora Edlin... no se asuste de mis desvaríos... Me he acostumbrado a hablar conmigo mismo, acostado aquí solo durante tantas horas... Hace tiempo, era una mujer de una inteligencia que al lado de la mía parecía una estrella junto a una lámpara de petróleo: consideraba todas mis supersticiones como telarañas que ella podía barrer con una palabra. Después nos llegó la amarga desgracia, su inteligencia se desmoronó, y se sumió en las tinieblas. ¡Qué extraña diferencia entre los sexos! El tiempo y las circunstancias, que suelen darle más madurez al pensamiento de la mayoría de los hombres, vuelve casi invariablemente más estrecho el de las mujeres. Y ahora sobreviene el horror

final: ¡se entrega de ese modo a algo hacia lo que siente auténtica repugnancia, solo por someterse a los formalismos!; ella, tan sensible, tan frágil que el mismo aire parecía rozarla con deferencia... En cuanto a Sue y yo, cuando todo nos iba viento en popa, hace mucho, y teníamos las ideas claras y no nos daba miedo la verdad..., ¡no era sazón aún! Nuestras ideas iban cincuenta años por delante de nuestra época y no podían servirnos de nada. ¡Y así, la resistencia con que tropezaron produjo esa reacción en ella, y me ha traído a mí el abandono y la ruina!... Ya ve usted, señora Edlin, cuáles son los pensamientos que me dan vueltas continuamente en la cabeza aquí echado. Debo de estar aburriéndola.

—Eso ni hablar, chiquillo. Podía estar escuchándote el día entero.

A medida que reflexionaba más y más sobre la noticia que le había traído, Jude se fue sintiendo más inquieto, y en su agonía mental comenzó a emplear un lenguaje terriblemente profano sobre los convencionalismos sociales, provocándole incluso un acceso de tos. Un momento después oyeron llamar abajo en la puerta de la calle. Como nadie salió a abrir, bajó la señora Edlin.

El visitante dijo blandamente:

—Soy el doctor. —La descarnada figura correspondía al médico Vilbert, a quien había llamado Arabella.

—¿Cómo está hoy mi paciente? —preguntó el galeno.

—Mal..., ¡muy mal! Pobre chico, se ha excitado y blasfema de manera terrible, porque le he contado algo sin darme cuenta. La culpa es mía. En fin..., debe usted disculpar a un hombre que sufre; espero que Dios sabrá perdonarle.

—¡Ah! Subiré a verle. ¿Está en casa la señora Fawley?

—En este momento no está, pero no tardará en volver.

Subió Vilbert; pero aunque Jude había tomado hasta entonces las medicinas de este solapado galeno con la mayor indiferencia cada vez que Arabella se las hacía tragar, se encontraba ahora tan fuera de sí por los acontecimientos, que le soltó en su misma cara lo que pensaba de él con tanta energía y tales epítetos, que Vilbert volvió a bajar a toda prisa. En la puerta se encontró con Arabella; la señora Edlin se había ido. Arabella le preguntó cómo estaba su marido esta vez, y viendo que el doctor parecía enfadado, le preguntó si quería comer algo. Él asintió.

—Se lo traeré aquí al pasillo —dijo ella—. Hoy no hay nadie en la casa más que yo.

Le llevó una botella y un vaso, y Vilbert se sirvió. Arabella comenzó a reír con una risa ahogada.

—¿Qué ocurre, muchacha? —preguntó él chascando la lengua.

—Nada; ¡que ese vino tiene algo más! —Y sin dejar de reír, añadió—: Le he echado el filtro amoroso que usted me vendió en la Exposición Agrícola, ¿no se acuerda?

—¡Claro, claro! ¡Qué mujer más lista! Pero debe prepararse para las consecuencias. —Y rodeándola por los hombros, la besó allí mismo.

—¡Por favor, por favor! —susurró ella riendo de buen humor—, que mi hombre puede oírlo.

Le acompañó hasta la puerta y al regresar se dijo a sí misma:

—¡Bueno! Las débiles debemos ser previsoras por si llegan malos tiempos. Y por si me quedo sin este infeliz que tengo arriba, cosa que no tardará en ocurrir, más vale tener algo a la vista. No puedo andar eligiendo ahora como hace unos años. Si una no puede echar mano de un joven, tendrá que echar mano de un viejo.

VI. 11.

Las últimas páginas sobre las que el cronista de estas vidas reclama la atención del lector se refieren a los sucesos que acontecieron dentro y fuera de la alcoba de Jude, cuando llegó de nuevo el frondoso verano.

Tenía ahora el rostro tan flaco que apenas habrían podido reconocerle sus amigos de antaño. Era por la tarde, y Arabella se estaba ondulando el pelo delante del espejo, operación que realizaba calentando la caña de un paraguas en la llama de una vela, y aplicándosela sobre sus mechones de pelo. Al terminar se hizo un hoyuelo, se colocó todos sus pelendengues y volvió los ojos hacia Jude. Parecía que dormía, aunque estaba un poco incorporado porque la enfermedad le impedía tenderse del todo.

Una vez arreglada, Arabella se sentó con el sombrero encasquetado y los guantes puestos, como si aguardara a que llegara alguien a relevarla de su trabajo de enfermera.

Cierto bullicio procedente del exterior indicaba que la ciudad estaba en fiestas, aunque bien poco podía verse desde allí de los festejos, fueran los que fuesen. Comenzaron a repicar las campanas, y sus tañidos llegaron a la habitación por la ventana abierta y penetraron en la cabeza de Jude como un zumbido. Los repiques aumentaron la impaciencia de Arabella, que finalmente se dijo a sí misma:

—¡Por qué tardará tanto padre!

Volvió a mirar a Jude, calculó lo que tardaría en apagarse su vida, como solía hacer a menudo en esos últimos meses, y después de consultar el reloj de él que estaba colgado en la pared, se levantó impaciente. Jude seguía durmiendo; así que, tomando una determinación, salió de puntillas de la habitación, cerró la puerta con sigilo, y bajó las escaleras. La casa estaba vacía. El mismo motivo que impulsaba a Arabella a salir había hecho, evidentemente, que los demás inquilinos se echaran a la calle mucho antes.

El día era caluroso, despejado, tentador. Cerró la puerta de la calle y se encaminó presurosa hacia la calle Mayor, y cuando ya andaba cerca del teatro oyó las notas del órgano ensayando el concierto que iba a comenzar. Se metió en el atrio del colegio Oldgate, donde unos hombres se afanaban en colocar toldos en el patio para el baile que se iba a celebrar esa noche. La gente que había venido del campo a pasar el día estaba comiendo sobre la hierba, y Arabella siguió por los caminos de grava bajo los tilos añosos. Pero al ver que en ese lugar había poca animación volvió a la calle y, mezclada con la gente, presencié el paso de los carruajes de numerosas personalidades en compañía de sus esposas, y de estudiantes con sus alegres compañeras, que se dirigían al concierto. Cuando cerraron las puertas y comenzó el concierto, Arabella siguió su camino.

Las poderosas notas de ese concierto traspasaban las persianas amarillas de las ventanas abiertas, se propagaban por encima de los tejados y estremecían el aire estancado de los callejones. Llegaban incluso a la habitación donde Jude estaba; y hacia esa misma hora, le empezó la tos otra vez y se despertó.

Tan pronto como pudo hablar, murmuró con los ojos todavía cerrados:

—Un poco de agua, por favor.

Nadie sino la desierta habitación recogió esta súplica, y empezó a toser otra vez hasta el agotamiento; y repitió con voz aún más débil:

—¡Agua..., un poco de agua... Sue... Arabella!

La habitación permaneció tan silenciosa como antes. Al cabo de un rato, volvió a jadear:

—Mi garganta..., agua... Sue..., querida..., un poquito de agua..., por favor... ¡Por favor!

El agua no llegaba; y las notas del órgano, débiles como un susurro, seguían sonando como antes.

Mientras tomaba aliento con el rostro alterado, unos gritos y vivas sonaron desde algún lugar cerca del río.

—¡Ah..., ya sé! Las fiestas de la Conmemoración —murmuró—. Y yo aquí. ¡Y Sue mancillada!

Se repitieron las aclamaciones, que ahogaron las débiles notas del órgano. El semblante de Jude se alteró aún más: susurró despacio, casi sin mover los labios resecos:

—«Maldito el día en que nací y la noche en que dijeron mis padres: Hoy hemos engendrado un hijo».

(¡Hurra!)

—«Que el día se hunda en las tinieblas; que Dios no lo contemple desde las alturas, ni la luz lo ilumine. ¡Mirad!, dejad que la noche permanezca solitaria, que no se eleve alegremente voz alguna».

(¡Hurra!)

—«¿Por qué no moriría yo en el seno de mi madre? ¿Por qué no expiraría al salir de su vientre?... Ahora, tranquilo, imperturbable, ¡gozaría del sueño y del eterno descanso!».

(¡Hurra!)

—«Allí descansan juntos los prisioneros; no oyen la voz del opresor... Allí se encuentran los pequeños y los grandes; y el siervo se ve libre de su señor. ¿Por qué ha sido dada la luz al que se encuentra sumido en la miseria, y la vida al que tiene amargado el corazón?».

Entretanto, Arabella, en su escapada a la descubierta, atajó por un callejón estrecho, luego atravesó un pasaje oscuro y fue a desembocar al patio del Cardinal. Estaba lleno de gente, deslumbrante bajo el sol, con flores y demás preparativos para el baile que también iban a celebrar allí. La saludó un carpintero que había sido compañero de trabajo de Jude años atrás. Estaban instalando un pasillo desde la entrada hasta el pie de la escalinata del edificio, adornado con alegres colgaduras rojas y de piel de ante. Allí cerca había estacionados varios carruajes cargados de cajones repletos de preciosas plantas cuajadas de flores; y la gran escalinata estaba cubierta con una alfombra roja. Arabella saludó a unos cuantos trabajadores y, con el pretexto de que los conocía, subió al vestíbulo donde estaban colocando un nuevo suelo y decorándolo para el baile. La campana de la catedral, no lejos, llamaba a los oficios de las cinco.

—Bien me gustaría bailar un poco aquí, con el brazo de un joven alrededor de mi cintura —le dijo a uno de los operarios—. ¡Pero, Señor, tengo que volver a casa..., tengo mucho que hacer! ¡No puedo contar con bailar!

Cuando llegó a casa se encontró en la puerta a Stagg y uno o dos picapedreros más, compañeros de Jude.

—Íbamos al río a ver las regatas —dijo el primero—. Pero hemos querido pasar a ver cómo está su marido.

—Ahora duerme tranquilo, gracias —dijo Arabella.

—Me alegro. Bueno, ¿por qué no se toma media hora de descanso, señora Fawley, y se viene con nosotros? Eso la distraerá.

—Sí me gustaría —dijo ella—. Nunca he visto una regata y me han dicho que son divertidas.

—¡Véngase entonces!

—¡Cómo me gustaría! —Miró deseosa hacia la calle—. Esperen un minuto. Subo un momento a ver cómo se encuentra. Creo que está mi padre con él; así que a lo mejor sí puedo ir.

Esperaron y entró ella. Abajo, los inquilinos seguían ausentes; de hecho, se habían ido todos al río a ver el desfile de embarcaciones. Al llegar a la habitación se encontró con que su padre no había llegado aún.

—¡Por qué no estará aquí todavía! —se dijo con impaciencia—. Seguro que se ha ido a ver también las regatas..., ¡eso es lo que ha pasado!

No obstante, al mirar hacia la cama se sintió animada, porque Jude seguía durmiendo al parecer, aunque no estaba en la acostumbrada postura medio incorporada a que le obligaba la tos. Se había escurrido hacia abajo y estaba totalmente horizontal. Al mirar con más detenimiento sintió un sobresalto y se acercó a la cama. El rostro de Jude estaba completamente blanco, y se iba poniendo gradualmente rígido. Le tocó los dedos; estaban fríos, aunque el cuerpo aún estaba caliente. Le puso el oído en el pecho. No oyó nada dentro. El pulso de casi treinta años había dejado de latir.

Pasado el primer susto por lo sucedido, oyó las débiles notas de una banda militar o un conjunto de instrumentos de viento que tocaba en el río; y exclamó en tono irritado:

—¡Mira que venir a morir ahora! ¡Por qué habrá tenido que ser ahora precisamente!

Después, tras una breve reflexión, se dirigió a la puerta, cerró suavemente como antes y bajó la escalera otra vez.

—¡Ya está aquí! —dijo uno de los obreros—. Nos estábamos preguntando si vendría por fin. Vamos; tenemos que ir ligeros si queremos coger buen sitio... Bueno, ¿y cómo está él? ¿Sigue durmiendo bien? Naturalmente, nosotros no queremos obligarla a venir si...

—Sí, sí... está como un tronco. Tardará en despertarse —dijo apresuradamente.

Siguieron a la muchedumbre por la calle Cardinal y llegaron al puente: las alegres embarcaciones aparecieron ante sus ojos. Desde allí cruzaron por una estrecha pasarela y descendieron al camino que bordeaba el río, polvoriento, caluroso, atestado de gente. No bien acababan de llegar, comenzó el gran desfile de embarcaciones; los remos, dando de plano sobre el agua, provocaban unos chasquidos que parecían besos sonoros.

—¡Oye, cuánto jolgorio! ¡Cómo me alegro de haber venido! —dijo Arabella—. Además... a mi marido no puede molestarle que haya venido.

Al otro lado del río, donde se apiñaban los lanchones, había vistosos ramilletes de mujeres hermosas elegantemente vestidas de verde, rosa, azul y blanco. La bandera azul del Club Náutico indicaba el centro de interés, y debajo, una banda de música de rojo uniforme lanzaba al aire las notas que ella había oído ya desde la cámara mortuoria. Estudiantes de todas clases, a bordo de las canoas en compañía de sus damas, cruzaban a toda velocidad de un lado para otro atentos a «nuestra» piragua. Estaba contemplando esta escena bulliciosa cuando alguien la tocó en las costillas; y al volverse vio a Vilbert.

—¡El filtro está haciendo efecto! —dijo echándole una mirada de soslayo—. ¡Debería avergonzarse de hacer sufrir de esa manera a un corazón!

—Hoy no puedo hablar de amor.

—¿Por qué? Hoy es un día de regocijo general.

Arabella no replicó. El brazo de Vilbert se deslizó alrededor de su cintura, cosa de la que nadie se dio cuenta con las apreturas. Una expresión picaresca cruzó por el rostro de Arabella al notarlo, pero siguió mirando hacia el río como si no se hubiera enterado de que la estaban abrazando.

La multitud inició un movimiento de vaivén, empujando a Arabella y a sus amigos de modo que estuvieron varias veces a punto de caerse al río, y de buena gana se habría reído ella con el alboroto que siguió a continuación, si no le hubiera enfriado los ánimos el recuerdo del semblante pálido y marmóreo que acababa de ver.

Las bromas y risas que tenían lugar en el agua alcanzaron su máxima excitación; hubo chapuzones y gritos: unos perdieron la regata y otros la ganaron; las damas vestidas de rosa, azul y amarillo desembarcaron de las lanchas, y la gente que lo había estado presenciando empezó a abandonar el lugar.

—Bueno..., ha estado francamente bien —exclamó Arabella—. Pero ahora tengo que volver a cuidar a mi pobre marido. Tengo allí a mi padre, creo; pero será mejor que vaya.

—¿Qué prisa tiene?

—Tengo que irme... ¡Señor, Señor, qué fastidioso es todo esto!

En la estrecha pasarela que subía desde el camino hasta el puente, el gentío se apretujaba formando una masa sudorosa... Arabella y Vilbert con los demás; se quedaron allí detenidos, y Arabella seguía suspirando: «¡Señor, Señor!», más impaciente cada vez; porque se le acababa de ocurrir que si llegaba a descubrirse que Jude había muerto solo, podría muy bien dar lugar a que se abriese una investigación.

—¡Qué preocupada estás, mi amor! —dijo el galeno, que no tenía necesidad de esforzarse personalmente para tocarla, ya que la multitud le aplastaba contra ella—. Paciencia: ¡no hay manera de salir de aquí!

Transcurrieron casi diez minutos antes de que la multitud embotellada pudiera avanzar lo bastante para dejarlos salir de la pasarela. En cuanto ella puso los pies en la calle, echó a correr, prohibiéndole al médico que la acompañara ese día por más tiempo. No se dirigió directamente a casa, sino que fue en busca de una mujer que prestaba los últimos servicios a los difuntos más necesitados, y llamó allí.

—Mi pobre marido acaba de fallecer —dijo—. ¿Podría venir a amortajarle?

Arabella esperó unos minutos; y las dos mujeres emprendieron el camino abriéndose paso entre la riada de gente endomingada que salía del campo del Cardinal, con peligro de ser atropelladas por los carruajes.

—Tengo que ir a ver al sacristán para el repique, también —dijo Arabella—. Cae cerca de aquí, ¿verdad? Nos veremos en la puerta de mi casa.

Hacia las diez de la noche, Jude yacía en el lecho de su habitación, cubierto con una sábana y tieso como un palo. A través de la ventana entornada llegaban las gozosas notas de un vals que tocaban en el baile del colegio Cardinal.

Dos días más tarde, con el cielo despejado y el aire igualmente quieto, dos personas se hallaban de pie junto al ataúd abierto de Jude, en la misma habitación estrecha. A un lado estaba Arabella, y al otro, la viuda Edlin. Las dos contemplaban el rostro de Jude; y los viejos y cansados párpados de la señora Edlin estaban enrojecidos.

—¡Qué guapo es! —dijo.

—Sí. Es un hermoso cadáver —dijo Arabella.

La ventana seguía abierta para que se ventilara la habitación, y como era alrededor de mediodía, el aire transparente estaba sosegado y tranquilo en el

exterior. Se oían voces a lo lejos, y el inequívoco ruido de pasos de numerosas personas.

—¿Qué ocurre? —murmuró la anciana.

—Nada; los doctores se dirigen al teatro. Van a darle el título honorífico al duque de Hamptonshire y a un montón de señores ilustres de esos. Es la Semana de la Conmemoración, ¿sabe? Los vivas son de los jóvenes.

—¡Sí; de jóvenes con buenos pulmones! No como los de este pobre chiquillo.

De vez en cuando se escapaba por las ventanas abiertas del teatro alguna palabra suelta de los discursos y llegaba hasta ese rincón silencioso donde parecía provocar como una especie de sonrisa en los rasgos marmóreos de Jude; mientras las viejas ediciones Delphin de Virgilio y Horacio, y la edición griega del Nuevo Testamento plagada de anotaciones del estante vecino, y unos cuantos libros más de los que Jude no había llegado a desprenderse, deslucidos por el polvo de piedra que se les había metido al cogerlos él en sus ratos de descanso, parecían adquirir una palidez enfermiza con esa salmodia. Las campanas repicaban alegremente y sus ecos traspasaban el aire de la alcoba.

La mirada de Arabella se desplazó de Jude a la señora Edlin.

—¿Cree usted que vendrá? —preguntó.

—No sé. Juró que no volvería a verle.

—¿Qué tal se siente ella?

—Cansada y miserable, la pobre. Parece que ha envejecido varios años desde cuando la vio usted la última vez. Ahora es una mujer estropeada. Y todo por culpa de su marido... No lo puede tragar, ¡ni siquiera ahora!

—Si Jude estuviera vivo y pudiera verla, puede que no sintiera el menor interés por ella.

—Eso no lo sabemos... ¿No le pidió nunca que le avisara, después de aquella vez en que fue a verla de manera tan extraña?

—No. Al contrario. Me ofrecí yo a llevarle el recado y me dijo que hiciera por que no se enterara de lo enfermo que estaba.

—¿La llegó a perdonar?

—No, que yo sepa.

—Bueno... ¡Pobre chiquilla, espero que haya encontrado el perdón en alguna parte! ¡Decía que había encontrado la paz!

—¡Ella podrá jurar eso de rodillas con la Santa Cruz colgada del cuello hasta quedarse sin voz, pero no es verdad! —dijo Arabella—. ¡Ella no ha encontrado la paz desde que le dejó y no la volverá a encontrar hasta el día en que esté como está él ahora!